

Cartas de Nicodemo

CARTAS DE NICODEMO

Jan Dobraczynski

Versión española por Ana María Rondón Klemensiewicz, hecha sobre la edición original polaca de la obra Listy Nicodema, de Jan Dobraczynski.

ÍNDICE

...Señor — dije —, en la rama de aquel árbol hay un cuervo, comprendo que tu majestad no puede rebajarse hasta mí. Pero yo necesito un signo. Cuando termine mi oración, ordena a este cuervo que emprenda el vuelo. Esto será como una indicación de que no estoy completamente solo en el mundo... Y observé al pájaro. Pero siguió inmóvil sobre la rama. Entonces me incliné de nuevo ante la piedra.

Señor —dije—, tienes razón. Tu majestad no puede ponerse a mis órdenes. Si el cuervo hubiera emprendido el vuelo, yo ahora me sentiría más triste aún. Porque este signo lo hubiera recibido de alguien igual a mÍ, es decir, de mí mismo; sería el reflejo de mis deseos. Y de nuevo no hubiera encontrado sino mi propia soledad.

Me prosterné y me volví.

Pero en aquel preciso instante mi desesperación se transformó en una inesperada alegría...

Antoine de Saint-Exupéry

GLOSARIO

Adar *:* Decimosegundo mes del año (febrero-marzo).

Adonai: «Señor mío». Nombre que se daba a Dios en el Antiguo Testamento en sustitución de Yahvé, demasiado santo para ser pronunciado.

Amhaares: Sinónimo de plebeyo; término despreciativo empleado por los fariseos para designar a la persona que no observaba las prescripciones de la Ley.

Archisinagogo: Jefe de la sinagoga, elegido entre los ancianos de la comunidad local.

As: Moneda de cobre.

Ascarios: Guardianes del Templo.

Bar: Hijo de...

Batlanim: Persona encargada del culto diario en la sinagoga.

Belial: Nombre del jefe de los espíritus malignos.

Cufieh: Prenda de vestir para cubrir la cabeza.

Cuttona: Vestido, túnica.

Chanuca: Fiesta de la dedicación del Templo, instituida por Judas Macabeo para purificarlo de la profanación de los gentiles,

Edom: Nombre dado por los escritores talmudistas al Imperio Romano, aunque en realidad corresponde al país de los edomitas o idumeos.

Efod: Parte de la vestidura oficial del sumo sacerdote en funciones, especie de manto para hombros y espalda.

Estadio: Medida de longitud igual a 185 m.

Fariseo: Miembro de la secta que consideraba como norma fundamental del judaísmo no tanto la Ley escrita dada por Moisés como la Ley oral basada en la tradición.

Filacterias: Capsulitas conteniendo tiras arrolladas de pergamino en que estaban escritos algunos pasajes de los libros sagrados y que, durante la plegaria, el fariseo se aplicaba sobre la frente y el brazo izquierdo.

Forminge: Especie de cítara que precedió a la lira.

Gehinnon, Gehenna: Infierno.

Gere hasan: Prosélito de la puerta; extranjero que vivía entre israelitas y debía acomodarse a la vida pública de éstos.

Goim: Pagano, en contraposición a los del pueblo elegido.

Haberim: (Etim. «coaligado») Perteneciente al Gran consejo de los fariseos.

Harem: Maldición divina.

Hagadá: Ampliación exegética de un pasaje bíblico y desarrollo de un nuevo pensamiento basado en él.

Haggim: Fiestas solemnes.

Halaká: Glosa de la Ley, precepto práctico.

Hallel: Himno constituido por los salmos hebraicos 113-118.

Hanuka: Fiesta de la dedicación del templo.

Hasán: En la sinagoga, el ayudante del archisinagogo.

Hosen: Ornamento sagrado del sumo sacerdote. Consta de un pectoral cuadrado, doble, sujeto al *efod* por unas cadenitas de oro. Lleva en el interior doce piedras preciosas (las doce tribus de Israel), entre las que se encuentran las piedras Urim y Tummim, mediante las cuales el sumo sacerdote se comunica con Dios.

Iyyar: Segundo mes del año (abril-mayo).

Khamsin: Simún.

Kinnor: Especie de cítara.

Kislév: Noveno mes del año (noviembre-diciembre).

Mashal: Parábola.

Meil: Túnica de hilo, que cae hasta las rodillas, de color azul oscuro, usada por el sumo sacerdote.

Mínimo: Persona considerada indigna; expulsada, echada.

Mikwoth: Uno de los doce tratados del Talmud, que se refiere a la pureza.

More: Lo mismo que mínimo.

Nabí: «Hombre de Dios», profeta.

Naggar: Carpintero.

Nasi: Cabeza del Sanedrín.

Nazareno: Persona que ha hecho voto de consagrarse a Dios.

Nisán: Mes con el que comienza el año santo.

Ofir: País del que Salomón hizo traer el oro y las maderas preciosas para la construcción del Templo.

Rabbí o rabí: «Mi maestro», título que se daba a los doctores de la ley.

Rabban: Forma solemne de *rabbí*.

Rosh-hake neseth: Jefe de la sinagoga.

Saduceo: Miembro de la secta contraria a la de los fariseos, que reconocía sólo la autoridad de la Tora, o sea la Ley escrita.

Sanedrín: Supremo consejo nacional y religioso.

Seliah: Persona encargada de la lectura en las sinagogas.

Sekiná: Nombre dado a Dios en sustitución del de Yahvé.

Seol: Morada subterránea donde se reúnen los muertos.

Shaburah: Pascua de Pentecostés.

Shema: Oración compuesta de tres pasajes del Pentateuco.

Sicarios: Miembros de una fanática y agresiva secta judía.

Siclo: Única moneda nacional de los judíos; correspondía a un *stater* griego.

Simlah: Manto, abrigo.

Soferim: Maestro de la Ley, estudioso de las Escrituras.

Soteh: Necio, loco.

Taliss: Prenda de vestir que los judíos se echaban a los hombros al ir a orar.

Tamuz: Cuarto mes del año (junio-julio).

Targumista: En las sinagogas, persona encargada de la traducción aramea del texto hebreo de la Biblia.

Teruma: Carne de las victimas sacrificadas durante las fiestas.

Tishri: Séptimo mes del año (septiembre-octubre).

Torah: La Ley escrita dada por Moisés al pueblo escogido.

Tummim: Véase *hosen*.

Urim : Véase *hosen*.

Zelota: Perteneciente a una secta que aplicaba hasta las últimas consecuencias el principio nacional teocrático esencial al fariseísmo.

Zizith: Borlas o franjas que los israelitas llevaban en los vestidos para recordar los mandamientos de la Ley de Dios.

CARTA PRIMERA

Esta enfermedad. Justo, me está destrozando. Antes yo era un hombre lleno de energía, sabia mostrarme suave y comprensivo con los que me rodeaban. No sentía esta continua irritación e impaciencia, esta insoportable necesidad de quejarme sin cesar a los demás, Solamente ahora descubro en mí estas desagradables características del ser perseguido, que como una vid silvestre desea trepar sobre cualquier seto y está resentida contra todos porque ninguna la acerca al sol tanto como ella desearía. ¡Antes sabía negarme a tantas cosas! Hoy apenas cumplo los ayunos prescritos. También reconozco que me estoy volviendo intolerante con los demás. Cada vez me siento más alejado de mis *haberim* del Gran Consejo. Me aburren mortalmente sus inacabables disputas sobre el tema de las purificaciones y sus discusiones sobre las nuevas *halakás*. Todas estas cuestiones me son cada día más indiferentes. Se puede pasar toda una vida cumpliendo escrupulosamente las prescripciones y, sin embargo, no recibir nada a cambio... ¿Por qué ha tenido que ser ella precisamente la víctima de esta enfermedad? Toda la Ley se resume en las palabras del salmo: «Haz, hombre, lo que te mande el Altísimo y Él nunca te abandonará.» Nunca... No hay muchos hombres que hayan ayunado, observado la pureza, hecho ofrendas y meditado las *halakás* y *hagadás* tan tenazmente como yo. Aquí falla algo. No son tantos mis pecados como para que el Altísimo tenga que castigarme por ellos con una desgracia tan horrible. Es verdad que las Escrituras narran la historia de Job... Pero aquel idumeo, en primer lugar, no era fiel, y en segundo lugar no sabía cómo se sirve al todopoderoso Sekiná. Se obstinaba en no querer reconocer que toda persona peca si no vigila, constantemente y sin descanso, la pureza de sus pensamientos y de sus actos. Y, además, el Altísimo le hizo sufrir a él mismo y no a alguien que le fuera tan querido como lo es Rut para mí. La enfermedad es una cosa horrible: a menudo veo estas repugnantes y retorcidas criaturas que viven en las grietas de la vieja muralla cerca de la puerta Esterquilinia. Pero contemplar, cruzado de brazos, cómo

la enfermedad devora el cuerpo del ser más querido, es algo a lo que es imposible resignarse.

Con quienquiera que hable he de mencionarlo. Dentro de poco la gente huirá de mí como de quien contagia tristeza, igual que hay quien contagia la lepra o la enfermedad egipcia de los ojos. Sólo una cosa me salva: mi trabajo. Creando *hagadás* y comentando en ellas la grandeza del Innominable, busco el olvido como en el vino. Sé que se habla de ellas con creciente interés. Los comentarios que llegan hasta mí me sirven de cierto consuelo. Pero, junto con las alabanzas, recibo también críticas, y éstas me hieren de un modo particularmente doloroso. La gente parece no comprender que mientras vivo la enfermedad de Rut sólo puedo hablar con palabras duras que no admiten paliativo. Si a veces se me ocurre una palabra impropia, no lo bastante fuerte, qué remedio... Con más frecuencia cada vez me digo: «qué remedio», y con esta expresión, a modo de escudo, protejo mi corazón ensangrentado. Entonces me siento como una tortuga que ha escondido la cabeza y las patas bajo su caparazón y prefiere no moverse antes que exponerse a un contacto doloroso. Anteriormente, cuando pronunciaba dicha frase, ésta significaba que el asunto era importante y que ningún sacrificio sería excesivo para solucionarlo. Hoy mi «qué remedio» significa: más vale ignorar las cuestiones más importantes que tener que sufrir más aún. Pero, a decir verdad, ¿cómo se puede sufrir más aún? ¿Acaso no ha colmado la medida del dolor humano aquel que por miedo a ulteriores sufrimientos se siente ya incapaz de defender nada?

También me deprime ver que mi sufrimiento ha venido en los momentos en que el mundo entero se encuentra en esta difícil encrucijada. No sólo tú lo notas. Aquí también parece como si una extraña fiebre se hubiera infiltrado en la sangre de todos. Nunca en el Gran Consejo ni el Sanedrín estallaban disputas tan violentas como ahora. Estas discusiones continúan luego bajo el pórtico, en Xystos, y se convierten en peleas en las que, desgraciadamente, toman parte incluso los más sabios e ilustres doctores. Los conflictos más grandes los solucionan los sicarios. ¡Qué escándalo! Esta secta, la de los más fieles, se presta a matar simplemente por dinero a aquellos cuya muerte ha sido deseada por alguien. Los hombres viejos y experimentados dicen que semejante excitación y odio existía hace veinte años cuando, desde Galilea, iban llegando, una tras otra, las bandas de rebeldes. Los romanos han logrado apaciguar el país y hay que reconocer que su gobierno es más soportable que la tiranía de

Herodes y sus hijos. Pero, ¿podrá durar mucho tiempo esta paz relativa? Algo flota en el ambiente, a modo de un inquietante soplo de tormenta que se esconde aún detrás de las montañas, pero ya está cerca. Todos están contra todos. Para nadie es un secreto que el legado romano en Siria odia al procurador romano en Judea, que el procurador y los tetrarcas se pelean como perros por un hueso y que entre los descendientes de Herodes hay tal rivalidad, que todos estarían dispuestos a matarse y envenenarse mutuamente. Y por encima de todo esto, como la roja sombra del Khamsim, se extiende el recuerdo del lejano emperador, cruel y loco. Las noticias de las sanguinarias proscripciones que él ordena en Roma despiertan un salvaje e irrefrenable sentimiento de odio en quien las escucha. En Cesarea los griegos han atacado varias veces a los nuestros. Dicen que incluso ha habido escaramuzas en Alejandría y Antioquía. Según he oído decir, al saber que los pretorianos se han llevado a Seyano, la multitud ha atacado nuestro barrio en Roma. Por todas partes guerra, sangre y matanzas. ¡Y hace tan poco todavía que los escribas romanos anunciaban la «era dorada» y la «paz eterna»!

Tengo el presentimiento de que algo malo se prepara. En momentos así, ¿verdad?, uno preferiría sentirse libre para poder estar alerta y vigilar de qué lado vendrá el peligro. Ahora, en cambio, toda mi atención la absorbe esta enfermedad. Quizá mañana o pasado ocurran hechos de importancia decisiva y yo ni siquiera me daré cuenta. Soy como una persona que, por llevar un gran peso encima, apenas puede mirar dónde pone los pies. Algo se está avecinando. ¿Qué crees tú, Justo, que pueda ser esto? Contéstame: ¿tú esperas, realmente, que un día aparecerá Este a quien llamamos Mesías? Los saduceos hace ya tiempo que no creen en su llegada. Empapados de filosofía griega, lo consideran simplemente un símbolo. Se ríen desdeñosamente cuando alguien les habla del Hombre Mesías. Y. a decir verdad, ¿para qué necesitan al Mesías? A ellos sólo les interesa que exista el Templo, que en este templo todo Israel deposite sus ofrendas, que sólo ellos sean los intermediarios entre el hombre y el altar del Señor, y, finalmente, que los romanos no se opongan a este estado de cosas. Nosotros estamos bien lejos de quitar a la gente la fe en el Mesías. Hablamos de El a menudo y en numerosas *hagadás* explicamos cómo será su llegada. Pero, a pesar de haber hablado y escrito tantas veces sobre esto, te confieso que no puedo librarme de la idea de que todas estas promesas suenan demasiado bien. Malka Messiah, vencedor del Hedón, señor del mundo y de la naturaleza, que con su llegada la hará fecunda como no lo había sido jamás.

¿Parece muy verosímil todo esto? ¿Quiénes somos nosotros? Una nación pequeña, rodeada por docenas de otras naciones y, lo mismo que ellas, encadenada al carro vencedor de la bárbara Roma. Llenos de discordias internas... ¿Quién tendría que ser ese Hijo de David para poder cambiar este estado de cosas? ¿Un simple hombre o más bien un semidiós? Pero los semidioses andan por la tierra sólo en los Cuentas griegos. Yo creo que hubo un tiempo en que el Altísimo obraba hechos milagrosos. Pero hoy día sólo suceden cosas vulgares... Se cuenta que en algún lugar más allá de los mares existe la tierra de los milagros. Pero los que lo dicen son unos mentirosos incorregibles. El mundo que nos rodea está lejos de ser maravilloso. Sé que lo gobiernan la ira, el odio, el orgullo, la soberbia y las pasiones... Para vencer este mundo se tendría que ser más malo, más orgulloso, odiar más y estar más dominado por las pasiones que todos los demás. En este mundo sólo la guerra trae la victoria. El Mesías tendría que ser un jefe que pudiera enfrentarnos con todos nuestros enemigos, ¡y de éstos hay legiones enteras! Quizás esto te desagrade, pero no puedo imaginar un Mesías semejante. No sé apartarme de lo que veo, oigo y siento... A un hombre que con un puñado de nuestros jóvenes se enfrentara con el mundo entero y lograse vencerlo, ¿podríamos considerarlo un ser de carne y hueso? Desgraciadamente, y a pesar de odiar todo lo que viene de los saduceos, siento que empiezo a pensar como ellos. El Mesías se me aparece sólo como un modelo ideal de todas las virtudes que nos hubiera sido dado y mediante el cual, si pudiéramos imitarlo, aunque sólo fuese en parte, haríamos mejores nuestras vidas, más agradables y más bellas. Y creo que no solamente yo pienso así. También algunos fariseos, cuando se menciona en su presencia la profecía sobre la vuelta de Elías, dicen «esperadlo, esperadlo», mas con el tono de quien no cree que esto haya de cumplirse jamás. Pero, aunque lo piensan así, no lo dicen en voz alta. Yo tampoco suelo hablar de ello: sólo a ti te lo escribo. Justo, y lo comento a veces con José. Como sabes, no es fariseo ni saduceo y practica la filosofía según la cual el oro honradamente ganado es lo que da su verdadero sentido a la existencia humana. Mis *haberim* me reprochan mi amistad con él y que tengamos negocios en común, lo consideran impuro a causa de sus relaciones con los *goim*. En realidad, José es un gran pecador..., pero yo le tengo un gran afecto. A pesar de los muchos asuntos que no le dan tiempo para detenerse aquí, en Jerusalén, ni en Arimatea, se interesa siempre por la salud de Rut y aun encuentra ocasión para visitarla, charlar con ella, distraerla o llevarle algún

obsequio. Parece extraño que pueda poseer tanta bondad un hombre que no sigue las prescripciones de la Ley: estoy seguro de que si no fuera por sus riquezas ya le hubieran considerado mínimo. Siempre he juzgado a las personas por su piedad y jamás sospeché que precisamente José y yo llegaríamos a un trato tan cordial. Si no fuese por él... He vivido momentos de completa desesperación. Sentía deseos de blasfemar, de renegar, de buscar el olvido en los pecados. En días así, las grandes pero insinceras palabras de consuelo que me dirigían mis *haberim* me producían náuseas. En cambio, una sencilla frase de José, alguna broma dicha con el deseo de aliviar mi pena, me ayudan a recuperar el equilibrio. Nunca como ahora me es necesaria la amistad de las personas y nunca la había buscado con tanta insistencia. Pero, ¡es una perla tan difícil de hallar, sobre todo cuando la necesitamos!

Aunque ahora no colabore en nada, mi fortuna crece y se multiplica gracias a haberme asociado con José. Soy casi tan rico como él. La gente nos considera como los más acaudalados de toda Jadea. Si Rut estuviera sana, ¡cuántas alegrías podría proporcionarle con mis riquezas! Pero ella contempla indiferente todo cuanto le regalo. A veces dejo sobre su lecho joyas valiosas traídas de lejanos países. No quiere disgustarme —tiene ahora una sensibilidad extrema —; por eso juega un poco con los anillos y pulseras, los coge en sus pequeñas manos, tan hábiles para toda clase de costura, y dice: «Sí, son muy bonitos...» Mas, aunque trate de ocultármelo, noto el desaliento en su voz. Luego añade: «Llé-vate esto...», y con un ligero movimiento de cabeza me indica que la deje sola. Cierra los ojos... ¡Ah! Se me hace un nudo en la garganta cuando la veo así, y ahora cuando lo escribo.

Siempre había creído que las riquezas que el Altísimo me ha permitido adquirir me habían sido dadas en señal de aprobación por su parte. Cuando releo alguna de mis *hagadás* antes de darla a conocer a la gente, pienso que he debido de agradar al Eterno si permite que hable así de Él. ¿Por qué, pues, ha venido esta enfermedad, que es como una espina clavada en mi costado? ¿Por qué Él me castiga con tanta dureza, habiendo tantos pecadores impunes a mi alrededor? A veces me parece estar encerrado en una horrible prisión recibiendo crueles torturas y, al mismo tiempo, creo ver más allá de las rejas casas donde la gente vive normalmente, ama y disfruta de las pequeñas alegrías cotidianas, tan insignificantes en sí, pero tan deseadas en la cautividad. ¿Quién, antes de tener una

enfermedad en su propia casa, es capaz de comprender lo que es la salud? ¿Quién sabe hasta qué punto el amor puede anular todas nuestras fuerzas cuando de pronto perdemos la posibilidad de ayudar a quien más amamos?

Me parece como si el dolor se encarnizara en mí más que en nadie. Y, sin embargo, reconozco que el mundo entero está lleno de sufrimientos terribles que alcanzan a todos y que todos, en cierto grado, son dignos de compasión. ¿No será que cada uno de nosotros vive en una prisión y, cuando contempla la casa de otro pensando con envidia en su felicidad, no ve en realidad sino otra prisión? Si lo que ha de venir ahora al mundo ha de provocar un cambio verdadero, es necesario que traiga también una contestación a la falta de sentido de nuestras vidas. He escrito «falta de sentido» y, aun admitiendo la inexactitud de estas palabras, no puedo tacharlas. Tú me conoces, Justo, y sabes que siempre seré fiel al Altísimo. No sabría renunciar a la esperanza de que algún día me ayudará. Además, incluso dejando aparte esta esperanza, jamás osaría abandonarle. ¿Qué me quedaría entonces? Soy un verdadero israelita, uno de los que están destinados a dar testimonio de Él. A lo largo de toda mi vida y en todo lo que hago, mi misión consiste en servirle; sin ésta, todo trabajo me repugna por su falta de sentido. No huiría ante Él como Jonás, y diría de corazón todo cuanto Él me ordenase decir... Pero, ¿por que consiente esta enfermedad?

He aquí, querido maestro, mi actual estado de ánimo por el que preguntabas. Como ves, ha cambiado mucho desde los tiempos en que escuchaba tus enseñanzas sentado a tus pies. A veces me parece haber envejecido mucho, aunque no debiera hablar así por respeto a tu venerable senectud. Contéstame y volveré a escribirte acerca de mí mismo y de Rut... ¡Ojalá entonces pueda ya decirte: «Está curada»!

CARTA II

Querido Justo:

Viendo padecer a Rut, intento a toda costa hacer algo. Puede que esto no sea sino un inconsciente buscar remedio para mi propia desesperación. Para el caso, da lo mismo. Prefiero imaginar que la ayudo en algo a tener que contemplar con los brazos cruzados su rostro cada día más pálido, sus párpados transparentes surcados de pequeñas venas violeta, o escuchar su respiración, que es como un gemido. ¡Oh, Adonai! ¡Esto sobrepasa las fuerzas humanas! Job perdió a sus hijos, pero no está escrito que fuera testigo de sus sufrimientos. El dolor ajeno crea un mundo cerrado de dependencia, un mundo en el que es imposible vivir y del que no se puede huir ni con la muerte. Aunque, a decir verdad, cuando se ha de escoger entre el dolor y la muerte no se elige ninguno de los dos.

Así, cuando el Gran Consejo de los fariseos envió a Chuz, Eleazar y Samuel para que observaran más de cerca la actuación de Juan, hijo de Zacarías, yo me uní a ellos. Y no lo hice sólo por curiosidad. Han arraigado fuertemente entre nosotros las historias de los libros sagrados sobre profetas que curan y resucitan a las gentes. Recordé al hijo de la viuda, en Sarepta de Sidón... Ella era pagana y, aunque piadosa, no de nuestra sangre ni de nuestra fe. Yo, en cambio, soy judío, fiel seguidor de la Ley, fariseo y consumidor de *teruma*. Toda mi existencia está consagrada al Señor. No escatimo limosnas, no me trato con los paganos, observo la pureza, cumplo los ayunos y rezo las oraciones. Pero no quiero alabarme... Cuando yo mismo o alguien lo hace, siento al primer momento cierta satisfacción y alegría que pronto desaparecen... Ocurre como cuando se come un higo sabroso y después ningún otro fruto parece bueno. Además, ya me conoces... No quiero vanagloriarme, pero tengo la impresión de que mi trabajo tiene un valor real. Enseño y sé que soy escuchado. Las *hagadás* que escribo de un modo accesible a todos hablan de la grandeza, del

poder y de la gloria del Eterno. Voy a transcribirte una que compuse recientemente:

«Cierto rabí iba andando por un camino y encontró a un ángel que llevaba un arca Se hallaban en un lugar muy angosto y ninguno de los dos quería ceder el paso al otro. "Déjame pasar — dijo el rabí —. Estoy meditando en Él... Apártate..." Pero el ángel no se movió. "¿Por qué me detienes?" Se impacientó el maestro: se trataba de un rabí muy sabio, conocedor de todos los secretos del cielo y de la tierra. [Mientras escribía esta *hagadá* pensaba en ti, Justo.] Entonces el ángel dijo: "Te cederé el paso cuando me hayas dicho cómo es Él." El rabí sonrió y dijo: "Has acertado, porque sólo yo te lo puedo explicar. Él es como un rayo que, acompañado de un trueno, cae sobre el pecador y le deja clavado en la tierra..." "¿Y qué hace con el justo?", preguntó el ángel. "¿Llevas su arco y no lo sabes? —replicó el rabí—. También a él le atraviesa a veces con sus flechas..." "Pero, ¿por qué?" "Lo hace cuando el hombre crece demasiado. ¿Recuerdas que, no pudiendo vencer a Jacob durante la lucha, al fin le hirió en un costado?" "¿Creéis, pues, ilustre rabí, que Él teme al hombre?" «¡No digas esto, sería una blasfemia! Hay que decirlo de otro modo: Hay en Él una secreta debilidad, y cuando el hombre la descubre se vuelve igual a Él en fuerza. Mas este secreto lo conocen sólo los más sabios..." Entonces el ángel cedió paso al sabio maestro.»

¿Qué te parece mi *hagadá*? Según mi idea, Él es todopoderoso, pero tiene algún punto débil. Solamente hay que descubrir la adecuada fórmula de encantamiento. Nuestro padre Jacob sin duda alguna la conocía, cuando no le cedió en nada. Yo, desgraciadamente, la ignoro. Pero, ¿dónde y cómo buscarla? Antes me imaginaba que el mundo se componía de dos partes: una grande, en la que estaban los pecadores y los paganos, y otra pequeña, destinada a los seguidores de la Ley y a los justos. Hoy empiezo a pensar que ésta es una división demasiado sencilla. Hay pecadores, como José, a los que no sé imaginar junto a los peores, y, en cambio, hay fieles, como los saduceos, que si quedaran justificados sería porque la verdadera justicia no existe. No basta ser llamado fiel, llevar el talis, las filacterias y cinco *zizith* en el manto. Hay una escalera, como la que vio en sueños Jacob, por la que vamos subiendo, subiendo sin cesar. Y no es fácil decir en cuál de sus peldaños se encuentra la palabra que obliga el Altísimo. No se llega al final ni aun siendo fariseo... No todos mis *haberim* me parecen personas bastante santas., Por ejemplo, el rabí Joel... Me irritan con la falsa piedad que

muestran a todo el mundo, como hace la meretriz con su nueva *cuttona* cuando persigue a los hombres. A pesar de que no todos los fariseos son realmente buenos y virtuosos, ¿cómo podemos comparar a su pureza, sus oraciones, ayunos y meditaciones, la moralidad de un simple *amhaares*? Todos ellos no son sino unos viles pecadores que sólo se preocupan de satisfacer sus pasiones. Esta gente nunca levanta la mirada a lo alto; vive con el cuello doblado hacia el suelo como un rebaño de ovejas, sin acordarse del Altísimo, de sus ángeles y de sus virtudes, e incluso sin darse cuenta de su existencia... El venerable Hillel decía: «Acerquemos la Ley al pueblo.» Al menos yo así procuro hacerlo. Mis *hagadás* van a los *haberim* y ellos las explican a sus oyentes. Pero, ¿qué *amhaares* desea escucharlas? Si les explicara cómo hacer pan de la arena, acudirían en tropel. Mas nada les interesa referente al Altísimo.

Pero, ¿cómo pensar en acercar la Ley al pueblo cuando se tiene en casa una enfermedad como ésta? Los sufrimientos de Rut son espantosos... No pueda meditar en la gloria del Altísimo cuando a mi lado oigo gemidos lastimeros y veo unos labios entreabiertos, crispados por el dolor. ¿Preguntas qué dicen a esto los médicos? No saben decir nada. Además, los médicos... Al principio llegaban, seguros de sí mismos y de su ciencia, y describían la enfermedad aun antes de que se les hablara de ella. Más tarde, cuando sus remedios fracasaron, se volvieron silenciosos y enigmáticos. Después de consultarse entre sí con palabras incomprensibles, dejaban mis preguntas sin responder. Cada vez exigían más, no prometían nada y no daban ninguna solución. Finalmente, comenzaron a desaparecer... Uno tras otro iban abandonando mi casa. Al marchar aseguraban que Rut recuperaría la salud. Pero cómo lo haría y cuándo ninguno sabía decírmelo. Aconsejaban esperar pacientemente. Como si les cansaran mis preguntas, me daban a entender, con un encogimiento de hombros, que les pedía lo imposible. Ninguno quiso confesar que su ciencia había fracasado. Más bien parecían culpar de todo a mi insistencia...

¿Te indigna saber que, en medio de mi dolor, haya pensado en la salvación que podía venirme de manos de este hombre de familia sacerdotal, que pasa su vida en el desierto quemado por el sol? Cada vez se dice más de él que es un profeta. ¡Es una gran palabra! Hace ya muchos años que no ha habido profetas en Judea. Y este hombre recuerda realmente a Elías: se ha pasado años enteros viviendo solo, entre rocas, entre el Hebrón y las orillas del mar de Asfalto. Cuando,

por fin, ha abandonado su soledad y ha llegado hasta el vado cerca de Bethabara, las gentes se han puesto a temblar. Es alto, atezado, viste una piel de camello, tiene los cabellos encrespados y los ojos como ascuas. Dicen que no habla, grita. Repite sin cesar: «¡Haced penitencia! ¡Haced penitencia! Arrepentíos de vuestros pecados...» Sumerge a las gentes en el Jordán, les moja la cabeza y les da consejos de cómo han de comportarse. Ingentes multitudes acuden a él de todas partes.

En cuanto atravesamos las puertas de la ciudad, nos encontramos con el gentío. En Jerusalén estos últimos días han sido fríos: por la noche caía lluvia mezclada con nieve. Pero a medida que bajábamos hacia Jericó el calor iba aumentando y nuestros *simlah* de lana comenzaron a molestarnos. De abajo, del lago, subía el calor como de un horno de pan. En la carretera había cada vez más gente. Llegaban de los caminos laterales y por los atajos. Al mismo tiempo subían otros que ya estaban de vuelta. Les preguntaban a gritos: « ¿No se ha marchado aún el profeta? ¿Continúa en el mismo lugar?» «Sí, sigue allí», les contestaban. « ¿Todavía bautiza?» «Sí, bautiza.» Los que volvían del Jordán estaban serios, como un poco asustado, « ¿Grita y amenaza?», les preguntaban, y ellos contestaban: «Acusa a los sacerdotes y a los fariseos, pero para los demás es bueno...» A Jerusalén ya había llegado la noticia de que Juan, aun siendo de estirpe sacerdotal, vibra de indignación contra los saduceos. Y tiene razón. Pero, ¿qué puede tener contra nosotros? Sólo nosotros recordamos que hay que venerar a los profetas y también decimos al pueblo que haga penitencia. Muchos de nuestros *haberim* hacen penitencia voluntaria por los pecados de los impuros *amhaares*. Un profeta que apareciera ahora aquí, sólo en nosotros encontraría apoyo.

Cada vez hacía más calor, el aire se volvía más pesado y aumentaba la muchedumbre. Habiendo salido muy temprano de la ciudad, nos paramos el mediodía a descansar allí donde las blancas y rojas colinas se funden con la llanura que rodea a Jericó. Las escasas plantas que hasta entonces crecían sólo entre las grietas se convertían allá en compactas masas de vegetación que formaban como una mullida alfombra, de la que sobresalían esbeltas palmeras. La ciudad se extendía sobre la colina con la blancura de sus casas y la suntuosidad de sus palacios. Al fondo del *ghor*, detrás de un espeso grupo de altas hierbas y arbustos de bálsamo, deslizábase velozmente el Jordán. La gente bajaba a él de todas partes, formando

como un sinfín de riachuelos. Llegaba gente de toda clase: *amhaares,* artesanos, de la ciudad, humildes tenderos, publicanos, meretrices pintarrajeadas, importantes y ricos comerciantes, banqueros, levitas, servidores del Templo, soldados, médicos, hombres versados en las Escrituras e incluso sacerdotes. Entre la algarabía que producían los centenares y millares de voces, se distinguían los dialectos galileo, cananeo, siriofenicio, la lengua nasal de los griegos, los gritos de los árabes... Se dirigía hacia el vano la nación escogida; judíos, galileos, gente llegada de la diáspora, y también samaritanos, idumeos y otros muchos. Infinitas plantas hollaban la arena de las márgenes que antes de derrumbarse eran altas y recortadas. El lecho del Jordán, que durante varios estadios es hondo e inaccesible, al llegar allí se hace más amplio. En aquel lugar la gente lo cruzaba entrando en el agua, que se arremolinaba formando espuma. Los que no querían mojarse eran transportados a la otra orilla por medio de balsas y embarcaciones. El que poseía una barca o sabía construirse una balsa clavando unos cuantos maderos, podía ganarse una buena cantidad de dinero. Todos gritaban a la vez y se lanzaban en tropel hacia los recién llegados aparentemente más acaudalados, arrastrándolos casi a la fuerza hacia sus embarcaciones. Estallaban continuas disputas y peleas. Ambas orillas del río estaban atestadas de gente y por encima de esta enorme aglomeración se elevaba una tremenda algarabía. Se hablaba del profeta, se discutía, se contaban historias. Verdaderos rebaños de vendedores ambulantes se abrían paso entre la multitud con cestas llenas de vituallas, pregonando sus pequeños panes de cebada, sus cosquillas, sus peces secos o los pequeños *teridios* que el pueblo come en crudo. Aquí y allá se habían encendido grandes hogueras, donde se preparaba la comida. Otros vendedores comerciaban con frutas. Este gentío, desparramado allí entre la vegetación, me recordaba a las multitudes de peregrinos que acampan bajo los muros de la ciudad en los días de la Pascua y de la fiesta de los Tabernáculos.

Cuando llegamos a orillas del río, ya era casi de noche. Un disco luminoso colgaba sobre las colinas de Judea, cuyos contornos, precisos y recortados, parecían a contraluz unas sombras oscuras y severas. Era demasiado tarde para cruzar el río e ir a hablar con el profeta; mejor sería esperar hasta la mañana siguiente. Así que nos buscamos un lugar un poco apartado de la alborotada muchedumbre, entre la que forzosamente debía haber gente impura. Después de hacer las abluciones de rigor, nos acomodamos para la cena. El sol seguía su curso descendente; las largas sombras de los árboles caían

sobre el agua, color verde pardusco, abarcando toda la anchura del río. Todavía algunos lo cruzaban a pie, pero la mayoría se disponía ya a descansar. Probablemente el profeta también se había marchado, porque la gente de la orilla opuesta, que antes formaba un grupo compacto al borde mismo del agua, se había diseminado ahora por las márgenes. Sobre toda aquella extensión cada vez más incolora, las hogueras, con su rojo cálido, iban siendo encendidas una a una. Las montañas del Moab se elevaban, ligeras como una nube rosada, por encima del desfiladero que había quedado como petrificado en la penumbra. Pero pronto se apagaron y, al volverse grises, bajaron de nuevo de las nubes a la tierra. El agua corría, sonora, y el bullicio comenzó a disminuir. Después de rezar las plegarias nocturnas, nos envolvimos en nuestros mantos y nos echamos sobre el suelo. Los juncos silbaban. Desde el fondo del *ghor,* el cielo parecía menos alto que de costumbre, daba la impresión de ser como la techumbre plana de un templo. De pronto, sin saber cuándo, se encendieron las estrenas en lo alto.

Acostado boca arriba pensaba en Rut. El contacto con una enfermedad nos predispone a la meditación más que el contacto con la muerte. La muerte termina algo, la enfermedad no termina nada... Ésta llena inesperadamente, se enciende, se apaga, vuelve a encenderse... Cuando creemos que ya se ha marchado, vuelve. Es como un continuo balanceo, hacia delante y hacia atrás. Apretamos los dientes y esperamos que pase. Pero no pasa. Por fin, un día llegamos a la conclusión de que va no podemos soportarla más, de que ya no nos quedan fuerzas más que para hoy, mañana... Pero los días siguen uno tras otro; desde aquel «mañana», han transcurrido ya varias semanas y todo sigue igual. Una ligera mejoría, luego otra recaída...

Al principio me sobraban fuerzas. Podía velar, buscar soluciones, probar nuevos medios. Pero al fin mis fuerzas se han agotado, y ahora me reservo como el luchador que sólo resistiendo sabe que podrá vencer al contrario. Esta enfermedad se ha convertido para mí en algo así como una joroba a la que comienzo a acostumbrarme. Antes no podía comer ni dormir. Ahora mi sueño es cada vez más fuerte, como si temiera despertarme. Y tengo apetito... Algún día llegue así quizás a sospechar que la enferma gime sin motivo... No he cesado de luchar y, sin embargo, tengo la sensación de haber traicionado esta causa. La he traicionado, aunque yo mismo no sé cuándo ni cómo.

Sobre el *ghor* colgaba una cortina de niebla, detrás de la que se asomaba la roja hoz de la luz. Se oía el rumor del agua. Tardé mucho en dormirme...

Nos despertó temprano el bullicio de aquel hormiguero humano. Las gaviotas que volaban sobre el río daban gritos lastimeros. Vimos que se nos acercaba un grupo de sacerdotes y levitas. Avanzaban lentamente apoyándose en sus bastones, arrastrando sobre la húmeda arena sus largas vestiduras. Unos servidores del Templo iban delante, apartando a la gente para que los sacerdotes pudieran pasar sin rozarse con la turba. Jonatán, hijo de Ananías, iba delante vestido con el *efod*, dando así a entender que llegaba allí como representante del Templo. Por esto fuimos los primeros en saludarle, aunque ninguno de nosotros podemos sufrirlo. Es hijo del anterior sumo sacerdote, cuñado de Caifás y *nasim*, cabeza del Sanedrín. Es un repugnante saduceo que se burla de los que creen en la resurrección. Se ha hecho tan parecido a un griego, que es una desfachatez por su parte vestirse con el *efod*. Él es quien ha rodeado con sus gentes el estanque de las ovejas y cobra un tanto por cada animal que va allí a lavarse.

Correspondió a nuestro saludo con una sonrisa amistosa, como si no fuera él quien nos llamó hace unos días «topos que abren corredores bajo el Templo». Nos dijo: «Os damos los buenos días, ilustres maestros.» Esperamos que más dijera. Siempre sonriendo amablemente, nos explicó el motivo de su presencia en aquel lugar. Según parece, ni los mismos saduceos pueden continuar fingiendo que no ven a las multitudes que se dirigen a Bethabara. Dicen que también el procurador ha mandado a un mensajero preguntando qué significa esta concentración a orillas del río. Incluso en el pequeño Sanedrín se habló de esto durante todo el día. Alguien ha recordado a tiempo la antigua tradición según la cual cada profeta nuevo debe explicar su misión en el Templo. Por esto decidieron mandarle a Juan una delegación que se encargara de hacerle declarar cuál era el motivo de su llegada. El hecho de que Jonatán en persona se haya puesto al frente de ella, indica cuán seriamente tratan los sacerdotes de este asunto.

—Ahora, pues, dentro de unos instantes sabremos quién es él —resumió el *nasim*—, y conste que no nos contentaremos con palabras solas. Puesto que es Elías —aquí Jonatán sonrió con malicia —, exigiremos que nos dé una señal. Que haga un milagro. Naturalmente,

si es capaz de hacerlo... —Se rió de nuevo, acariciándose la barba—. Le exigiremos un milagro. Y entonces...

Los saduceos no creen en milagros y, por lo tanto, creen que esto es una magnífica trampa para desenmascararle. Desde luego, tienen razón en querer disminuir el prestigio del hijo de Zacarías. Los romanos siempre sospechan y en todo huelen una conspiración. Quizá podrá estallar algún día la lucha por la liberación, pero hemos de evitar a toda costa que sea una lucha desorganizada, inútil. Es evidente que Juan no es el hombre indicado para conducir a nuestro pueblo...

Jonatán propuso que nos uniéramos a ellos para hablar con el profeta.

Sería más eficaz dijo que vosotros, maestros también, le hicierais unas preguntas. Si no las puede contestar y se azara, tanto más palidecerá su prestigio...

Cuando se trata de despellejar al miserable *amhaares* que viene a depositar su ofrenda, los saduceos saben arreglárselas muy bien sin nuestra ayuda. Pero, cuando hay que convencer de algo al pueblo, prefieren aparecer en nuestra compañía. Son cobardes como los verdaderos traidores. Quién sabe si no sospechan que estemos en contacto con Juan, y prefieren asegurarse atacándole conjuntamente. Estuvimos un rato considerando la proposición de Jonatán. Finalmente la aceptamos. Juan no es de los nuestros y no tenemos por qué defenderle.

Nos transportaron a la otra orilla en dos grandes embarcaciones. Encontramos una gran multitud colocada en semicírculo al borde mismo del agua. Del centro de aquella turba nos llegaba la voz del que estaba hablando. Es verdad: no habla, grita. Los criados comenzaron a abrirnos paso y la gente se apartaba, curiosa de presenciar lo que iba a ocurrir. Avanzábamos lentamente por el centro. Al fin vi a Juan. Estaba en la orilla, inclinado sobre un grupo de personas sumergidas en el agua. Es un gigante moreno y enjuto. Pero no observé que tuviera la mirada ardiente de un dragón. Al contrario, bajo sus erizadas cejas aparecían unos ojos soñadores, tristes, de color gris azulado como un cielo de primavera temprana. Si no fuera por la barba que le avejenta, parecería muy joven. En todos sus movimientos y ademanes hay fiebre. Del mismo modo que al hablar grita, al andar corre. Al vernos, se nos acercó. Por un instante me sentí inquieto porque lo hizo como si fuera a lanzarse contra nosotros.

Pero, mientras sus movimientos y su voz parecen provocativos, su mirada tranquiliza. Se paró ante nosotros y se apoyó en su largo bastón. El viento de la mañana le enmarañaba los cabellos y descubría su torso, ancho y fuerte. Al pararse, lo hizo bruscamente y en su rostro se pintó una expresión de desengaño: podía creerse que esperaba a alguien. Jonatán se adelantó y, después de aspirar una honda bocada de aire, habló con voz potente para que todos le oyeran.

—Juan, hijo de Zacarías. Venimos a ti en nombre de José el sumo sacerdote, y de todo el Sanedrín. Debemos hacerte unas preguntas, tal como lo manda la tradición. ¿Estás dispuesto a contestarlas?

—Sí —respondió en tono tajante. Tiene una voz sonora y profunda—, Preguntad...

—Juan, hijo de Zacarías, hijo de Abías... — Jonatán hablaba ahora con tono solemne y grave. La gente se apretujaba a nuestro alrededor, en silencio, para no perder ni una palabra del diálogo —. ¿Quién eres tú? ¿Eres el Mesías?

Se apresuró a negarlo. El sacerdote aún no había acabado de hablar, cuando él exclamó:

— ¡No! ¡No! ¡No soy el Mesías!

Pensé que esta respuesta desvanecía en realidad todo el peligro. Si Juan se hubiera proclamado el Mesías, ya no hubiese tenido que contestar a las otras preguntas. El Mesías está por encima del Templo. Aunque Jeremías... Pero estos son hechos antiguos. Hoy en día un profeta debe bailar al son de lo que le dicen los sacerdotes, o bien estar de nuestra parte...

— ¿O quizás eres Elías? — preguntó Jonatán.

Ahora iba a decidirse la suerte del bautista del Jordán. Pero la respuesta llegó tan rápida como las anteriores:

—No lo soy...

Jonatán tuvo que tragar saliva varias veces. Comprendí que aquella contestación negativa le había desorientado. A mí también, a decir verdad. Las masas hablaban de él como si fuese Elías. Al decir que no lo era, le mitad de su gloria derrumbó se sobre la arena.

— ¿Eres profeta?

— ¡No!

Miré, intrigado, los ojos azulgrises que se perdían en el espacio más allá de nosotros. Juan apenas si mira a los que le rodean. Su mundo empieza en algún lugar lejano, más allá de los que se agolpan a su alrededor. Observé que tiene los ojos rodeados de pequeñas arrugas, como los caminantes del desierto o los navegantes, acostumbrados a escudriñar lejanos horizontes. Habla y escucha como si estuviera ausente. Aseguraría que al mismo tiempo está oyendo algo.

—Entonces, ¿quién eres?

En la pregunta de Jonatán se adivinaba el desprecio. Contestó con la frase de Isaías:

—Soy la voz que dama en el desierto...

Entonces yo le dije:

— ¿Por qué, siendo así, bautizas?

Por un momento su mirada volvió de la lejanía y se posó en mí. Noté fiebre y dolorosa tensión en sus ojos.

—Yo bautizo con agua — dijo —, pero... — Sus ojos retrocedieron de nuevo y se fijaron en algún punto lejano, más allá de la multitud, al otro lado del río —. Existe ya aquél que ha sido antes de mí, pero vendrá después de mí.

Le temblaban los labios. Perdida la mirada en el horizonte, hablaba con una extraordinaria ternura, casi como una mujer cuando habla de su amado.

—No soy digno de desatar la correa de sus sandalias... — Pero en este momento se rompió la nota blanda y suave de su voz, y el profeta exclamó, gritando —: ¡Él vendrá y os bautizará con el Fuego y el Espíritu!

Los grises y afables ojos se volvieron súbitamente terribles. Desaparecida su soñadora bondad, comenzaron a despedir llamas como ascuas sacadas del fuego y lanzadas al aire. Avanzó un paso, apretando el bastón entre sus dos manos, y dijo:

— ¡Vosotros...! ¡Linaje de víboras! ¿Creéis que podéis escapar a la ira del Señor? ¡El árbol podrido no se salvará del hacha! ¿Habéis venido a preguntar? — Jonatán iba retrocediendo mientras el enorme profeta le acosaba, acribillándole con coléricas palabras—. ¿Queréis preguntar? Sólo una cosa os digo: ¡haced penitencia! ¡haced penitencia! Haced penitencia entre polvo y cenizas. ¡Como Nínive!

¿Creéis que sois distintos de ellos? — Y dibujó un círculo con la mano.

Jonatán desapareció a mis espaldas. El profeta, loco de furor, se irguió ahora ante mí; sus enfurecidas palabras me daban de lleno en el rostro, como llamas.

—No creáis que por ser hijos de Abraham estáis libres de pecado. ¡Mira! — Se inclinó, recogió del suelo un puñado de pequeñas piedras pulimentadas por el agua, y las puso delante de los ojos, sobre su mano extendida ¡Cuando el Altísimo lo desee, hará que de estos guijarros nazcan nuevos hijos de Abraham! ¿Has comprendido?

Me asaltó un temblor tan grande que fui incapaz de contestar. Comprenderás que hay motivo para asustarse al verse uno amenazado de cerca por un hombre tan enorme y encolerizado. No sé cómo fue, pero de pronto me encontré solo. Mis compañeros y los saduceos se escondieron entre la multitud. De todo nuestro grupo sólo yo continuaba allá, y a mí iban dirigidos todos los gritos de Juan. A la estúpida turba aquello debía gustarle, porque la ola cuchichear burlonamente a mis espaldas. Si él se hubiera abalanzado con su bastón sobre mí, seguramente nadie hubiese salido en mi defensa.

—Ya llega Él — volvió a decir —. Ya viene, ya se acerca quizá...

Su dura voz se fue dulcificando. Apartó la mirada de mí como de una hierba insignificante. Entonces comprendí: este hombre vivía en una especie de frontera entre dos mundos, el mundo de los ensueños y el mundo de la ira. Cuando miraba cerca, estallaba: cuando miraba lejos, soñaba.

—Lleva un bieldo en la mano. — Hablaba como si cantara un salmo —. Con él aventará la mies y separará el grano de la paja. Guardará el grano en el granero y quemará la paja en un fuego que nunca se apagará...

Se quedó inmóvil. Su mirada buscaba al que había de venir como el navegante perdido busca el puerto. Pero ya la gente comenzaba a interrogarle. Repitieron las preguntas varias veces antes de que él, volviendo de su ensimismamiento, les viera.

— ¿Qué debemos hacer? — decían — ¿Qué debemos hacer, Juan, qué debemos hacer?

Aunque los miraba, no les reprendía. Su rostro había cambiado de nuevo. Era ahora el de quien entrega todo su amor a una criatura recién hallada. Juan les contestó:

—¿Tienes dos abrigos? Cede uno de ellos a un mendigo...

Se dirigió a un publicano que se había colocado u mi lado: yo ni siquiera había notado que me separaba de este impuro una distancia menor de siete pasos.

—Coge sólo lo que te manden coger.

Un soldado con las insignias de Herodes preguntó:

—¿Qué debo hacer?

Juan le contestó

—Sirve por lo que te pagan. Estáte alerta y vigila lo que te hayan ordenado vigilar, pero no maltrates, no mates, no atropelles...

Luego vi a un *amhaares* que, por su acento galileo, me pareció que debía ser un labrador o pescador de Galilea. Era fuerte y tenía el rostro ancho y tosco. Sus pequeños ojos desaparecían detrás de unos pómulos prominentes. Mostraba unas grandes manos callosas. Con cara de atontado, se adelantó un poco a la multitud. Se le notaba entre asustado y atrevido. Debía pertenecer a esa clase de personas que, cuando en una posada estalla una riña, son los primeros en lanzarse a la pelea y luego los primeros en huir Unas cuantos galileos, temerosos y desgarbados, iban dándole empujones para que avanzara. Seguramente antes les había dicho con todo de suficiencia: «Ya le hablaré yo...», pero ahora se le había trabado la lengua y no le salía ni una palabra. Por fin se decidió a hablar, pero, claro está, gritó tan fuerte que él mismo se asustó de su voz.

—¿Qué debemos hacer?

Juan se paró frente al grupo. Puso su tosca mano, bronceada en el dorso y blanca en la palma, en el hombro del pescador. Los ojos del profeta se detuvieron en el galileo más tiempo que en los demás. Él, tan distraído y que parece verlo todo sólo a medias, fijó ahora toda su atención en la obtusa cara de aquél.

—Echa tus redes — dijo . Y espera... espera...

Y siguió andando hacia los que iban acercándose a él. Cediendo a un incomprensible impulso íntimo (desde que Rut está enferma adopto a menudo las más desesperadas decisiones), también yo me acerqué a él. Me encontré entre un grupo de gente que se dirigía al agua para hacerse bautizar. A mi lado el pescador galileo se despojaba enérgicamente de la *cuttona*, descubriendo su torso bronceado. En realidad, por mi parte, aquello era absurdo. El agua del Jordán debe

de estar espesa de tantos pecados como flotan en ella; los de los *anhaares* publicanos, mujeres públicas y todos aquellos que no cumplen la Ley. Yo procuro cumplirla lo mejor que puedo. Hago penitencia por los pecados de todo Israel. No he venido aquí a purificarme, sino a buscar la salud para Rut. Y a pesar de todo, mientras me acercaba al agua, iba doblando mi abrigo. Aunque me parecía injusto, estaba dispuesto a permitir que me lavara, si aquello había de congraciarme con el profeta. Al cruzarme con él, le mire. Sé que a veces me basta con la mirada para obtener algo. Dije, casi con humildad:

—¿Qué debo hacer, rabí? Mi...

Me interrumpió. Pero su ademán, al tocarme el hombro con la mano, ya no era airado. Ahora no gritaba como antes. Dijo:

—Continúa sirviendo lo mejor que puedas, pero aprende a saber renunciar... Y espera...

Es curioso, ¿verdad? Me dijo «espera», lo mismo que al galileo. Quizá lo dice a muchos, puesto que se considera sólo un predecesor de otro. Pero las palabras «aprende a saber renunciar» no las entiendo en absoluto. ¿A qué he de renunciar? ¿A servir al Altísimo? ¡A esto no renunciaré nunca mientras viva!

El agua del río, caliente y blanda, me resbaló por la espalda. Juan dice que esta agua limpia, pero yo creo que más bien ensucia y cubre de barro. Volví a reunirme con la multitud, avergonzado de lo que había hecho. Seguramente te ríes de que me haya dejado bañar junto con publicanos y meretrices. No quería volver con mis compañeros, pero por suerte todos habían desaparecido. Me escondí entre unos arbustos de la orilla y, sentado en el suelo, pensé en lo tontamente que me había portado. ¿De qué me servía aquella purificación, si a cambio no había recibido siquiera la promesa de una curación para Rut? Pero Juan, según puede verse, no cura nada, aparta a los que le llevan enfermos.

—Mi tiempo es corto — dice — y mi trabajo consiste en enderezar los caminos. Cuando Él venga...

Y otra vez mira a lo lejos. Así, pues, me había bañado en el Jordán para nada. Me consolaba pensando que todos solemos hacer cosas absurdas.

Pasé todo el día en las márgenes del río. En Jerusalén debía de hacer frío. Desde allí se veían pesadas nubes colgando sobre las

colinas de Judea. Donde me encontraba, por el contrario, el aire era húmedo y pesado y los arbustos estaban cubiertos de flores. Pero creo que no solamente por esto no me apresuré a volver a la ciudad. En ella está Rut, y yo, aunque la quiero y haría cualquier cosa para que sanara, cada vez sufro más al mirarla. Su enfermedad se ha convertido en mi enfermedad.

De nuevo llegó la noche, y Juan dejó de bautizar. La multitud, como ayer, se diseminó por las orillas. Se encendían hogueras y los vendedores pregonaban a gritos las excelencias de sus tartas, pescados y frutas, así como del vino joven que guardaban en jarras de barro. No lejos de mi estaba aquel grupo de galileos que presidía el corpulento pescador. A decir verdad todos parecían pescadores. Se sentaron alrededor del fuego, rezaron sus oraciones y se pusieron a comer. Hablaban. Mi pescador contaba algo en voz baja y sonora. Allí, en su círculo, no era tímido: al contrario, parecía excesivamente alborotador. Los otros también hablaban; justamente delante de mí pude contemplar, iluminado por el fuego, el rostro de un muchacho, hermoso como el de una jovencita. El muchacho hablaba poco y muy bajo. Le vi dirigirse a un hombre que estaba de espaldas a mí. «Natanael, no te he visto al lado del profeta...» No pude oír la contestación, sólo vi como el hombre señalaba con la mano a una persona muy alta que se mantenía un poco alejada de las márgenes del río. «Tú siempre estás soñando», añadió el chico, sonriendo. ¿En qué puede soñar gente así? Creía que sólo podían soñar en una barca o en una red nuevas, en una diversión, en unos cuantos denarios fácilmente ganados, en una mujer... En cambio, Simón (así es como llaman al corpulento pescador) dijo: «No es necesario soñar. El profeta Juan dice claramente que él vendrá de un momento a otro. Sólo nos manda esperar...» Imagínate tú: piensan en este alguien como si se tratara de una persona que a cada instante pudiese salir de detrás de los arbustos. Continué escuchando porque me divertía su conversación. « ¿Quién será él?», preguntó uno. « ¿Cómo que quién será? — contestó, riendo, Simón —. ¡El Mesías! Vendrá vestido con una armadura, con una espada en la mano y rodeado de soldados... O bien vendrá a caballo como los centuriones romanos...» « ¿Y crees tú, Simón, que empezará la guerra? » «Quién sabe si será necesaria. Quizá todo se derrumbe en cuanto él llegue...» «Y nosotros, ¿qué?» « ¡Iremos con él! », gritó Simón con ardor. Alguien, a su lado, soltó una franca carcajada, desprovista de amargura: « ¿Acaso él necesitará de gente como nosotros? » «Bueno, Juan, y tú, ¿qué piensas?», preguntaron al muchacho del hermoso rostro de mujer. «Yo creo — y

lo dijo como antes, tranquila y pausadamente — que, a pesar de no ser más que unos pescadores, podremos servirle. ¿Qué importa que él ni siquiera nos vea? Es un placer poder servir al Mesías, aunque sea de lejos...»

«No son vanidosos», pensaba yo, mientras miraba al cielo, acostado sobre mi *simlah* extendida. Como en la noche anterior, tampoco en aquélla se veían las estrellas; una espesa neblina subía desde el río. La luna aún no había salido. Todo estaba oscuro y sólo se veían brillar las hogueras, doblemente numerosas al reflejarse sus destellos en el agua.

Pensaba en Rut y en este alguien anunciado por Juan. Y estos dos pensamientos se iban turnando y entrelazando en mi mente.

Tardé en dormirme, pero me desperté descansado y animoso. Mis galileos ya no estaban allí; seguramente se hallaban entre la muchedumbre que rodeaba al profeta. Yo también fui en aquella dirección. Deseaba contemplar una vez más a Juan antes de emprender el camino de vuelta. Me crucé con un hombre alto, de cabellos oscuros, como salpicados de oro, que le caían sobre los hombros. Andaba pensativo. Aparté a la gente.

Juan estaba en medio. La gente le interrogaba de nuevo y él contestaba. Sus ojos se perdían en aquel punto lejano, más allá de la multitud. Parecía aún más inquieto que ayer. Para poder fijarse en las preguntas que le hacían, el profeta fruncía dolorosamente el ceño. Era como un cantor que deseara cantar y, en cambio, hubiese de estar escuchando aburridas palabrerías. Pero, en el momento en que salí de entre la multitud para acercarme al grupo central, me pareció ver clavados en mí los ojos del profeta, como dilatados por un ardiente sentimiento. Retrocedí un paso creyendo que volvería a estallar su ira. Pero al instante me di cuenta de que su mirada no se fijaba en mí, sino en alguien que estaba a mi lado, y que sus labios no expresaban enojo. Al contrario, temblaban como por efecto de una violenta emoción. Volví la cabeza para ver a quién miraba. Aquel hombre alto con quien antes me había cruzado estaba ahora junto a mí. Tenía uno de esos rostros que no se olvidan: el rostro de alguien a quien se ha encontrado en alguna otra ocasión y ahora no se puede recordar dónde ni cuándo. ¿Qué más puedo decirte? Hay caras que recuerdan el perfil de un pájaro u otro animal y que se diferencian entre sí por tal o cual rasgo. Ésta tenía algo común con todas las otras caras. Pero no se la podía tachar de vulgar. Era como si las miradas bondadosas de todos los hombres se hubieran concentrado en ella sola. Caminaba

lentamente hacia Juan y éste avanzaba hacia él. Cuando estuvieron cerca, el profeta se paró y dijo con voz baja y honda, temblorosa

—¿Has llegado ya...?

Se inclinó como si quisiera caer de rodillas. Pero el recién llegado se acercó a él y le cogió por los hombros.

—He venido para que tú me bautices...

—¿Yo?   exclamó Juan —. ¡Nunca! Si eres tú...

—Así ha de ser — dijo aquél con tranquila determinación.

Quise ver cómo le bautizaba, pero la gente les rodeó formando un corro compacto. Vi cómo mis galileos se abrían paso con los codos, pero yo no tenía ganas de recibir empujones. Decidí regresar.

Atravesé el Jordán. En cierto momento me pareció oír un trueno. Me volví pura mirar y vi como en aquel instante el hombre alto salía del agua y se envolvía en la *cuttona*. Juan decía algo señalándole con el dedo. Pero la multitud continuaba indiferente. Me volví. Me invadió una incomprensible tristeza, como si algo hubiera pasado a mi lado y yo no hubiese sabido retenerlo. «He venido aquí en vano, pensé. Comencé a escalar pesadamente la pendiente y anduve todo el día encorvado bajo una lluvia fría que me calaba hasta los huesos.

CARTA III

Querido Justo:

Otra vez tenemos algo nuevo. Ahora ya no se trata de Juan, hijo de Zacarías. Otro hombre ha eclipsado su fama. La gente, así como antes iba al Jordán, sigue ahora al que ha llegado a esta ciudad desde Galilea en compañía de sus hermanos y amigos. Le llaman profeta, aunque él no anuncia nada. Los profetas hablaban al corazón de los reyes, hacían estremecer tronos y templos. Él no se dirige ni al rey (en esto le doy la razón; sólo un imbécil puede reconocer como tal al libertino del Tiberíades) ni al Sanedrín. Simplemente sigue su camino en un interminable vagabundeo, y habla a los *amhaares* y a toda una chusma entre la que no faltan meretrices, publicanos y pordioseros. No exige respeto para sus enseñanzas; habla donde sea, sentado bajo un árbol, el lado del camino, o sobre una roca en cualquier lugar sombreado. ¿De quién habla? Antes de haberle oído yo mismo, no hubiera sabido responderte. Cada uno de los que le han escuchado parece haber entendido otra cosa. A unos lo que dice les parece insensato, a otros demasiado elevado. Unos creen que habla con excesiva simplicidad, otros consideran que cuesta entenderle; unos se han escandalizado al oírle, otros se han emocionado y entusiasmado. Todos coinciden en afirmar que su lenguaje es sencillo y fluido, lleno de melodiosas inflexiones. Bajo su apariencia de suavidad, su agradable voz tiene una gran fuerza. Cuando alguien intenta contradecirle, se anima y comienza a lanzar palabras que son como rayos. La gente afirma que nunca había oído a nadie hablar como él. Por lo que me contaron al principio, creí que podía ser uno de los discípulos de Hillel que repitiese las enseñanzas del viejo maestro. Incluso dicen que varias veces ha empleado la frase de éste: «Todo el bien que desees recibir hazlo tú primero». Pero pronto llegué a la conclusión de que no era discípulo suyo. Las enseñanzas de Hillel, como las de un verdadero fariseo, consistían en comentar las Escrituras. Él, en cambio, es muy osado en el hablar y no siempre se apoya en ellas. En

todo ello hay algo de profeta; este sentimiento de independencia..., además, no podía conocer a Hillel: es un hombre de mi edad o algo más joven incluso.

Luego pensé que a lo mejor era discípulo de Juan, porque también él bautiza. Pero resultó que no era él, sino sus discípulos, los que bautizaban; aunque ahora ya no lo hacen. No es discípulo de Juan. Pero no quiero decírtelo aún todo... Si lo fuera, sería un discípulo bien ingrato, pues ha oscurecido el nombre de su maestro como se apaga una lamparita con un soplo. Aquel torrente de personas que bajaban hacia Bethabara se ha secado como el Cedrón en el mes de *iyyar*. Quizá por esto Juan ha abandonado la desembocadura del Jordán para ir a Tiberíades y allí, a las puertas del palacio, lanzar maldiciones sobre la cabeza del tetrarca. Antipas al volver de Roma, se ha encontrado con el profeta que, como castigo por su incesto, le ha predicho una muerte ignominiosa en alguna tierra lejana, en Occidente. Otro, en su lugar, se hubiera humillado o hubiese expulsado al desierto al agresivo profeta. Pero Antipas vacila: se pasa el día pegado a las faldas de Herodías y tiembla de miedo ante las predicciones. ¡Y un ser así querría que los romanos le entregaran el poder sobre Judea!

Vuelvo al profeta de Galilea. Se llama Joshua, Jesús. Un nombre tan atrevido como sus palabras. No he logrado saber el nombre de su padre. Él tampoco lo emplea nunca. Se llama a sí mismo de un modo muy divertido: Bar Nash, el hijo del hombre. ¡Como si todos no fuéramos hijos de seres humanos! Antes era *naggar* en Nazaret, ciudad que incluso entre los galileos tiene fama de ser un nido de avispas. Hacía mesas, sillas, herramientas, arados, y levantaba casas. Parece ser que era entendido en el oficio. De pronto lo abandonó todo y se marchó a predicar a las gentes. Podría vivir bien con su dinero, honradamente ganado, pero prefiere ser un vagabundo y vivir de lo que le da la gente. Es extraño, ¿verdad? Nosotros, aun habiendo conocido de jóvenes la vida aventurera, con los años nos hemos vuelto amantes de una forma de vida más tranquila y segura. Con él ocurre todo lo contrario: al llegar a la madurez, ha cambiado su sosegada y segura existencia por otra llena de sorpresas e incógnitas.

¿Qué más podría decirte de él? No ayuna, no es *nazareo,* no se abstiene de beber vino... En cambio, hace milagros. Esto le ha hecho ganar un gran número de adeptos. Se puede no creer en las tres cuartas partes de lo que cuentan sobre él, pero tampoco hay que rechazarlo todo. Yo mismo he hablado con personas a quienes limpió

la vista, les curó unos granos o quitó la fiebre con sólo tocarlas con la mano. ¿Te extraña que yo hable con gente que se haya aprovechado de las artes mágicas del Galileo? Desgraciadamente, es la enfermedad de Rut lo que me ha vuelto así. No te he hablado de ella ni una sola vez. ¿Y para qué? Si al menos algo hubiera variado... Pero todo sigue igual. O, mejor dicho, cada día me trae algo nuevo, una nueva derrota. La enfermedad se precipita como las ruedas de un carro sobre una pendiente. ¿Qué podría pararla ahora, cuando el cuerpo está cada día más débil? El último médico, al marcharse, me dijo con un falso optimismo: «Confiemos en la fuerza de la juventud, que obra verdaderos milagros...». Ya sabes lo que significa en boca de ellos esta frase de consuelo. Pero, aunque la juventud fuera la única medicina, cada día que pasa disminuye su valor. No es la juventud que devora a la enfermedad, es la enfermedad que devora a la juventud. El carro se precipita cada vez a mayor velocidad y puede seguir haciéndolo por mucho tiempo todavía... Debería decir « ¡afortunadamente! », pero no puedo. Ya te lo escribí en otra ocasión: soy como una ciudad que ha terminado por entregarse, pero cuyo enemigo no acepta la rendición y le ordena seguir luchando...

Me avergüenza decirlo, pero para terminar de una vez este martirio soy capaz de ir a ver al galileo y pedirle que me ayude. ¡No me juzgues mal, Justo! Me han contado que hizo allí, en Galilea, un milagro muy extraño. Estaba en Caná, que es un pueblecito situado a cierta altura, cerca del mar de Genesaret, donde las jóvenes parejas de Galilea suelen ir a celebrar los esponsales. Se encontró allí con una de estas ceremonias, le invitaron a ella y aceptó. Aquí tienes todo un retrato suyo. ¡Se quedó a beber vino y comer tartas de miel entre campesinos galileos que, como sabes, tienen unas costumbres muy primitivas y siempre están a punto de organizar riñas y borracheras! ¿Cómo se puede pensar en conservar la pureza cuando uno se encuentra entre gente de esta clase? Es sabido que allí nadie se preocupa de las oraciones, de los ayunos, de recoger las migajas ni de lavar debidamente los recipientes. En estas fiestas lo primero que hacen los invitados es beber cuanto más mejor, luego se ponen a bailar hasta caer medio muertos mientras otros se desgañitan cantando y, al final, acaban todos dándose pellizcos por los rincones. Ningún fariseo aceptaría semejante compañía. Estamos aquí para dar buen ejemplo a los *amhaares* y no para aplaudir sus desenfrenos. En cambio, .el galileo no sólo estuvo con ellos, sino que, además, cuando les faltó vino, ¡convirtió el agua en vino! Si este milagro ocurrió realmente, hemos de convenir que este don inapreciable estuvo en

unas manos bien irresponsables. A mi entender, un profeta debe ser un hombre excepcional, ¿verdad? ¡A los hambrientos puede dárseles pan, pero no vino! Mis criados reparten diariamente una cesta de pan entre los mendigos; mi administrador calculó no hace mucho que si yo diera cada día dos panes a cada uno de los fieles de Judea, de Galilea y aun de la diáspora, mi fortuna llegaría sólo para tres días de semejante locura. ¡Qué ocurriría si, en vez de darles pan y llamarlos para orar, les diera a todos una jarra de vino y un estímulo para divertirse! La limosna mal administrada vuelve inconscientes a los pobres.

También habría que considerar el valor de esta acción desde otro punto de vista. A los que se cruzaron en su camino les convirtió enormes hidrias de agua en vino, para que bebieran hasta embriagarse, entre gritos y regocijos. Pero, ¿qué hizo a los que no se encontraran con él? Poseyendo un don tan grande, ¿no hubiera debido buscar a los más dignos? ¿No sería mas razonable que curara, por ejemplo, a mi Rut, en vez de inundar de vino (y de excelente calidad, según dicen) la casa de un campesino galileo? Si me curara... Si consiguiera hacerlo, sabría demostrarle mi gratitud.

Llegó a la ciudad antes de las fiestas. Decidí ir a verle. Al saber que solía pararse con sus discípulos y oyentes bajo el pórtico de Salomón, fui en aquella dirección. Le encontré rodeado por una gran multitud. La turba huele a ajo, cebolla y aceite rancio. Son todos *amhaares*, campesinos, pequeños tenderos y artesanos. Todos gritan a la vez, empleando generalmente la lengua impura de los galileos. Seguí andando despacio, como sumido en la meditación, pero por debajo de mi turbante, que me había bajado casi hasta los ojos, lo observaba todo con curiosidad. ¡Por la frente de Moisés! Ahora te voy a decir quién es este galileo. Es aquel hombre alto a quien Juan saludó con tanto entusiasmo y al que luego bautizó en el Jordán. No me equivoco, estoy seguro de ello. Además, tiene ese rostro que no se olvida. Te lo escribí entonces: es un rostro humano... En vano busco otra descripción mejor. Aquélla, ya lo sé, no te dice nada. Pero, ¿cómo describírtelo? Es alto, bien proporcionado y su rostro expresa una armonía infinita... Otra vez me he atascado. ¡Sí! Esta cara le va muy bien a su cuerpo, a su voz, a sus palabras... Es serena, pero viviente. Incluso diría que hay en ella demasiada vida. Sólo que, otra vez, la palabra «demasiado» no responde a la realidad. En este rostro nada falta y nada sobra. Es como un modelo de rostro humano, tal como deberían ser todos. Estos horribles escultores griegos que ha

hecho venir Antipas podrían estarle agradecidos si quisiera hacerles de modelo: estoy seguro que harían con él una estatua para el circo de Cesarea. Pero me pregunto: ¿hay entre ellos alguno, aunque fuera el mejor dotado, que tenga suficiente talento para trasladar este rostro a la piedra? Es tan expresivo que resulta imposible reducirlo a algo simple, que se pueda captar con una sola mirada. Todos los rostros tienen algún rasgo que domina sobre los demás. Así, si quisiera imaginarte a ti (y perdóname esta familiaridad), te describiría como una despejada frente de pensador y, debajo, unas cejas fruncidas con expresión de concentración. El resto ya no tendría importancia. Pero en el rostro del galileo cada rasgo es esencial. Su frente piensa, las aletas de su nariz vibran como por un sentimiento refrenado, y su boca... Su boca ama. No sabría describirla de otro modo. Los finos labios que aparecen entre las barbas, tanto si hablan como si están inmóviles, parecen siempre expresar un grito de amor. Igual que sus ojos. Son negros como un pozo sin fondo, que llama y atrae por su profundidad. No quiero esforzarme más: mis palabras tampoco te darán una idea exacta. Pero no sé describírtelo de otro modo y mi estilete resbala inútilmente sobre la tablilla. Aunque te lo describiera de mil maneras distintas, no lograría formar con todas ellas una sola imagen clara.

Así pues, pasé por su lado cuando él, rodeado de los suyos, les estaba diciendo algo. Fingiendo un momentáneo interés, me acerqué al grupo. No se fijó en mí, y continuó hablando con calor y convicción, acompañando sus palabras con movimientos de las manos. «Se ha acercado el reino de los Cielos...» Sin demostrar gran interés, le pregunté:

–¿A qué llamas reino, rabí?

Sólo por educación le di este título. Me dirigió una rápida mirada y contestó sin vacilar:

—Los profetas, hasta Juan, han predicado la Ley. Quien la conoce, sabe qué es el Reino. Quien la niega, no sabe nada. Pero la Ley perdura. Llegará el fin del cielo y la tierra, mas nada de la Ley variará...

Sus palabras todas son así: sus expresiones, dichas en esta dura lengua de los *amhaares* que él emplea, nos parecen simples, claras, ingenuamente sencillas. Su profundidad, de primer momento inadvertida, se nos hace patente luego. Se encienden y ya no se apagan. Es como si entraras en una cueva con una antorcha a medida

que avanzas, te va mostrando el camino... Los profetas, la Ley, el reino... ¿Cómo este *naggar* de pueblo conoce tan bien las Escrituras? Pero de nuevo volvió a su doctrina. Es inteligente. En seguida compone una *hagadá*. Comenzó a decir:

—Había un rey que deseó a la mujer de su hermano. Devolvió la suya a la casa de su padre y mandó decirle: «No me gusta tu hija, no canta bien y no cuida de que yo esté alegre. Es pendenciera y mueve la lengua como si tuviera una rueca en la boca; además, tú no me has dado por ella suficiente dote. Puedes quedártela.» Pero el padre de la mujer repudiada se indignó y mandó que los mensajeros dijeran al rey: Has obrado mal. Cuando te llevaste a mi hija sabías a quién te llevabas y no te pareció mala esposa hasta que te encaprichaste con la esposa de tu hermano. Obrando así sumas una mala acción a otra. Restitúyele a mi hija sus derechos y devuelve la esposa a tu hermano, con lo cual evitarás que, reuniendo nuestros ejércitos, te castiguemos cada uno por su agravio y que, además, entreguemos tu reino a otro.» Porque yo os digo: quien abandona a su mujer para tomar otra, comete adulterio, y quien se casa con la mujer abandonada también es culpable de adulterio.

Otra vez este abismo detrás de sus palabras. Parece como si contara simplemente la disputa entre Antipas y Aretas, pero de pronto su pensamiento se separa de la tierra y comienza a elevarse. ¿Acaso no da dos imágenes de la misma cosa cuando habla del reino que otro se va a quedar y de aquel que, según él, se nos ha acercado ya? Sentí deseos de preguntárselo, pero me marché, pues me pareció que una persona de mi posición no debía pararse tanto rato entre simples *amhaares*. Pero debo confesarte que jamás oí a un hombre que hablara como él. Un pensamiento no cesa de atormentarme: ¿Y si él fuera capaz de curar a Rut? Ya te lo escribí en otra ocasión: esta enfermedad es como una joroba. Si de pronto desapareciera, la vida me parecería increíblemente ligera. A veces pienso que entonces ya no me faltaría nada para ser feliz. En cambio, a ratos, me parece que si esta preocupación cesara de pronto, saldrían de su escondrijo otras que ahora precisamente a causa de ella me pasan inadvertidas. Y quizás en un momento dado podría llegar a pensar que era mejor la enfermedad de Rut... ¡Pero no! ¡No! ¡Es imposible! ¡No hay nada tan terrible como esta enfermedad!

No pude resistir al deseo de hablarle. Naturalmente, no quise hacerlo mezclado entre la multitud de los impuros. Lo más sencillo hubiera sido mandarle un criado y pedirle que viniera a casa. Pero

también preferí evitar esto. En el Gran Consejo y en el Sanedrín se habla con desprecio del profeta galileo. ¿Qué pensarían allí si lo recibiera en mi casa? Sería cubrirme de ridículo ante todos ellos. Incluso podrían considerarlo un acto impuro. Entonces se me ocurrió que podría entrevistarme con él a escondidas, de noche. Sólo habría una dificultad, y es que nunca se sabe dónde encontrarlo: es como un pájaro que cada noche esconde su cabeza bajo el ala posado en una rama distinta. De modo que antes sería preciso ponernos de acuerdo. Pero es imposible acercarse a él. No está solo ni un momento. Continuamente le asedia la multitud, e incluso mientras come le rodea un grupito de discípulos.

Por fin, al cabo de unos días, se me ofreció una oportunidad. Entre los discípulos del profeta, vi una cara conocida. Era un hombre bajito, oriundo de Karioth, que posee una tienda en Bezetha. Varias veces fui a comprar allí y hablé con él. No es tonto y, a pesar de su juventud, ha vivido bastante. Su aspecto es insignificante: es pequeño, enclenque y está siempre tosiendo. Tiene unas manos inquietas, escurridizas, siempre sudadas. El negocio no le fue bien: en Bezetha nadie puede competir con los levitas que manejan el oro de Ananías y sus hijos. Los acreedores se lo llevaron todo. Creí que había muerto. Pero ha reaparecido al lado del profeta. Le sigue, le escucha y, cuando la gente se apretuja demasiado, restablece el orden dándose unos aires como si fuera la persona de más confianza del maestro. Logré apartarlo del grupo por un momento. Su mano húmeda se tragó unos cuantos siclos que le puse en ella. Prometió facilitarme una entrevista nocturna con el profeta.

Ayer vino a traerme noticias. Me dijo que el galileo pasaría la noche en una pequeña casita en el Ophel y que si yo iba allá antes de la segunda guardia podría hablar con él. La perspectiva era poco atrayente: Ophel es el barrio de los miserables y es peligroso meterse de noche en este laberinto de barracas malolientes. Pero comprendía que era la única manera de poder hablar con el maestro sin llamar la atención. Renegaba en mi interior al pensar que yo, una de las más importantes personas de Judea, miembro del Sanedrín y del Gran Consejo de los fariseos, debía ir a entrevistarme a escondidas con el profeta de los *amhaares*. Pero no había elección posible. Además, tengo constantemente ante mis ojos el rostro de Rut, cada día más pálido, y sus negras cejas recogidas sobre la frente en un nudo de dolor...

Por la noche salí de casa envuelto en una *simlah* negra. El círculo de la luna, ya casi completo, esparcía sobre la ciudad una luz mortecina. A cada momento, cubríanla nubes que atravesaban velozmente el cielo perseguidas y maltratadas por el viento. Me acompañaban dos de mis siervos, provistos de espadas y garrotes. Bajamos por las escaleras y nos hundimos en la negra profundidad de la ciudad baja. El acueducto extendía su arco sobre nuestras cabezas. Desde el majestuoso barrio de los palacios penetramos, como en un abismo, en el tenebroso hormiguero de las barracas de barro. Aquí vive la gente más pobre y aquí, durante las fiestas, paran los peregrinos que no pueden pagarse un albergue mejor. Por suerte, las fiestas ya se han terminado y no quedan extranjeros. Sólo han dejado montones de basura y abono animal. Sobre todo el barrio flota una repugnante fetidez. Todo aquí huele mal y de las negras aberturas sale un pestilente olor a suciedad y miseria. Nuestros pasos resuenan en el silencio de la noche interrumpidos sólo por los ronquidos de la gente dormida que nos llegan de todos los rincones. Seguramente no hubiéramos sabido hallar la casa de aquel Fegiel donde se hospedaba el galileo si el ruido de nuestras pisadas no hubiesen hecho salir de algún negro agujero a mi Judas. Evidentemente, estaba esperando nuestra llegada.

—Por aquí, rabí, por aquí — dijo —. Con cuidado. Es fácil torcerse un tobillo...

Comenzamos a subir por unos peldaños medio derruidos, atravesamos pequeños y repugnantes pasadizos y anduvimos a lo largo de unas paredes increíblemente mugrientas. Las nubes habían tapado de nuevo la luna. El viento nocturno soplaba con más fuerza y rugía lúgubremente en las estrechas callejuelas. Mi inquietud aumentaba a medida que me iba hundiendo más y más en el corazón de aquel laberinto, sin esperanza de poder encontrar por mí mismo la salida.

Nunca había imaginado que en Jerusalén, casi a los pies del Templo, existiera semejante cenagar compuesto de toda clase de inmundicias. Hasta entonces sólo conocía la ciudad baja desde el camino que une Xystos con las Tumbas Reales, la piscina de Siloé y la puerta de le Fuente. Judas iba siempre delante, deslizándose ágil y rápido como una rata entre escombros. Debía conocer cada rincón. En la oscuridad, las casas y casitas parecían amontonarse unas sobre otras como personas que treparan sobre los cadáveres de sus

compañeros. La fetidez de aquel estercolero humano nos envolvía a oleadas de diversa intensidad.

Por fin Judas se paró al pie de una higuera cuyo tronco medio podrido crujía sacudido por las violentas ráfagas. Ante nosotros había una pared y en ella una abertura muy baja. Judas me dijo que esperásemos mientras él entraba. El árbol se movía y el ruido producido por sus hojas secas recordaba el tintineo de pequeñas monedas. A pesar de que iba bien abrigado, tenía frío y me sacudían los escalofríos. Mis hombres miraban en todas direcciones, inquietos. Vi que aquel lugar también despertaba en ellos cierto temor. En medio de la oscuridad me llegó la voz de Judas.

—Pasa, rabí. El maestro no duerme y está dispuesto a recibirte. Tus hombres que esperen fuera...

Me separé a disgusto de mis acompañantes. No veía nada; avancé a tientas con los brazos extendidos. Pero Judas puso su mano sobre la mía y me guió. Pasamos por una especie de corredor que me pareció muy largo. Fuera rugía el viento. No lo sentía, pero podía oírlo lamentarse con prolongados silbidos.

El corredor terminó de pronto y con él la oscuridad. Inesperadamente, me encontré en una pequeña habitación iluminada por una lamparita. Había allí dos bancos y unos cuantos objetos sencillos. Al fondo se veía una ventana con una celosía que el viento sacudía de vez en cuando como si quisiera arrancarla. En uno de los bancos estaba sentado el galileo con la cabeza apoyada en las manos, sumido en la meditación, completamente inmóvil. Ahora le veía de lado. Sobre la brillante pared se dibujaba claramente su perfil afilado, duro, casi anguloso, y al mismo tiempo extrañamente suave y dulce. Vi una larga nariz arqueada, con las aletas muy marcadas, unos labios anchos pero delicados, una barbilla enérgica... Junto a esto, unos ojos extraordinariamente bondadosos y compasivos. ¡Otra vez esta curiosa contradicción! Podría decirse de él que es un hombre hermoso. Pero su belleza no es modo alguno afeminada. Mientras que sus ojos hechizan, sus labios parecen dar órdenes. Denotan fuerza y una voluntad inquebrantable. ¿No será, acaso, un deseo de mandar? No lo creo... Las pasiones son como la fiebre: arden, pero bajo las brasas se esconde la debilidad. Es verdad que la ambición puede ser duradera. Pero también ella, a medida que se acerca a la meta, destruye la paz y el equilibrio. Este hombre, en cambio, puede desear algo con extraordinaria vehemencia, pero nunca alargará una mano febril para coger el objeto de sus deseos. La más anhelada tentación

no le convertiría en un tirano. Me paré, parpadeando, bajo el dintel de la puerta. Me invadió una rara timidez. No te sorprenda esto. Quizá no sea más que un simple *amhaares*, pero sabe mirar como si fuera el amo. Levantó los ojos y fijó en mí su mirada. Era una mirada serena, amable, más bien suave y extrañamente penetrante. Cuando me mira tengo la sensación de que ve todo mi interior, que lo sabe todo y que no necesita palabras. Judas desapareció y nos quedamos los dos solos en la estancia vacía. De pronto sonrió. Es una sonrisa como la luz del sol, que despeja el cielo y nos quita el desaliento en cuanto aparece. Le contesté con otra sonrisa. Avancé un poco, quise ser amable y le dije:

—Te saludo, buen rabí...

Con un movimiento pausado me indicó que me sentara a su lado en el banco.

—¿Por qué me llamas bueno? — preguntó —. Solo el Todopoderoso es bueno...

Su pregunta podía tener un solo significado ¿Me crees alguien próximo al Altísimo, o bien, como declaran mis adversarios, consideras que soy un instrumento de Satanás? Vacilé. En realidad, ¿qué sé yo de él? Pero comprendí que si no le mostraba respeto no podría obtener nada para Rut. Además, aunque su mirada no sea severa, cuesta decirle a la cara: eres un siervo de Belial... Así pues, le dije:

—Confío, rabí, que vienes de su parte. Nadie sin la ayuda divina podría hacer los milagros que tú has hecho.

Me senté en el banco y esperé a ver qué decía. Continuaba con los ojos fijos en mí. Aseguraría que sabía para qué había ido a verle. Contestó pausadamente.

—Confías... Has de saber que quien desee ver el Reino tendrá que nacer de nuevo... Completamente de nuevo...

Concentré mis pensamientos. Este hombre habla de sí mismo y de este Reino como si los dos fueran la misma cosa. No como si él fuera el que lo anuncia o el que nos guía hacia el Reino, sino como si él mismo fuera este Reino. Pero este Reino que no existe, puesto que no lo podemos ver, ¿qué es? ¿Hay que volver a nacer? Esto me pareció absurdo. ¿Qué significa nacer de nuevo? ¿Tendrán los hombres que morir y volver luego otra vez al mundo? ¿O es que al llegar a viejos se volverán niños y entrarán de nuevo en el vientre de

su madre? Hice esta última observación en voz alta, quizás incluso con cierto desdén. El nimbo del profeta había disminuido a mis ojos. Con él siempre ocurre así: a veces sus palabras son irresistibles, arrebatadoras, pero luego, de pronto, comienza a alejarse y entonces todo parece falso. Permíteme que te repita mi descubrimiento: él quizá podría ser un tirano, pero no quiere serlo...

Así que hube hecho aquella observación, mis palabras me sonaron a falsas, como si chirriaran. Pareció no darles ninguna importancia y continuó hablando con voz grave.

—Todo aquel que no nazca del agua y del Espíritu no entrará en el Reino. La carne nace de la carne y es carne. Tienes razón: el viejo no volverá al seno de su madre. Pero del espíritu también se nace y se nacerá eternamente. No te extrañes al oírme decir hay que nacer de nuevo ¿Oyes este viento?

Tendió en dirección a la celosía una mano blanca y expresiva en la que se veían todavía las huellas de un duro trabajo.

—Oyes su rumor, pero no lo ves. No sabes de dónde viene ni adónde va, pero conoces al que tiene en su mano los vientos y les manda soplar... Igual ocurre con lo que nace del Espíritu: ya ha nacido, pero tú aún no lo has visto...

— ¿Cómo? — exclamé —. ¿Cómo ha nacido?

— ¿No lo sabes — me preguntó con una bondadosa ironía —, tú que eres maestro, tú que conoces las Escrituras, explicas *halakás* y creas *hagadás*...?

Su voz se volvió grave al añadir:

—Sabed que os digo lo que sé y os doy testimonio de lo que he visto. Pero vosotros no me creéis. ¿Encontraré algún día fe en la tierra?

Ahora me pareció como si en sus palabras hubiera dolor y decepción. Dejó caer la mano que había levantado al hablar, y su rostro, con el labio inferior caído, tomó una expresión de triste ruego. Por un instante me pareció ver ante mí a un mendigo en acto de mostrar a los transeúntes toda su miseria. Lo que había dicho iba dirigido a mí. Pero al mismo tiempo hablaba a la oscuridad, a la ciudad invisible tras las paredes de la habitación, al mundo entero:

—Os hablo de cosas terrenales y no me creéis. ¿Cómo vais a creerme cuando os hable sobre cosas del Cielo? Sólo Aquel que ha

descendido de los cielos conoce el camino para llegar allí: el Hijo del Hombre.

Sentí un escalofrío en la espalda. ¡Este abismo detrás de cada palabra! No se dirigía a mí, ni siquiera me miraba. Tenía los ojos fijos en el espacio. Su voz, sonora, pausada, aumentaba en potencia a cada palabra. Aquello era como una llamada formulada a alguien invisible, como el final de una disputa incomprensible. Aventuré una tímida mirada a su rostro. Seguía sin comprender de qué me estaba hablando y no sé si hay alguien que pudiera comprenderlo: su pensamiento supera a las palabras... Habla como un sabio o como un perturbado... ¿Volver a nacer? ¿Cómo? ¿Quiere esto decir que hay que conocer algo? ¿Entenderlo? ¿Descubrirlo? ¿De qué está hablando? Sólo una cosa vi clara y es lo necia que había sido mi observación sobre aquel viejo que debía volverse niño. Él debe referirse a algún elevado misterio del Espíritu. ¿Pertenece acaso a la secta de los esenios o a la de los sadokitas? ¿Le habrá sido revelado algún conjuro que nos descubrirá un gran misterio?

El galileo siguió:

—Primero tendrá que ser levantado en alto como la serpiente de bronce que Moisés colgó de un palo en la falda del monte Hor. Entonces, quien lo mire y crea no morirá. Habrá nacido para toda la eternidad. El Altísimo ama tanto al género humano que le ha mandado, a su Hijo unigénito. No lo ha mandado para juzgarlo, sino para que dé testimonio de amor y misericordia. No para que acuse y castigue, sino para que socorra y perdone. Quien se aparte de Él se perderá a sí mismo. Quien venga a Él encontrará la salvación...

No sé cuánto rato estuvo hablando. Perdí la noción del tiempo. No le contestaba, sólo escuchaba sus palabras en silencio. Acabé por no entender nada. Pero nació en mí la firme convicción de que el misterio que él me anunciaba debía ser un misterio grandísimo, el más grande de todos. Continuaba sin comprender en qué consistía, pero presentía su valor. Los milagros y el reino; por fuerza hay una relación entre ellos. El reino llega junto con los milagros y el más grande de todas ellos, aunque invisible, es la bondad... Pero no sólo la bondad si no entendí mal, la palabra bondad: no expresa ni siquiera en parte el verdadero sentido de esta virtud del Altísimo. Puesto que el Todopoderoso ha de ser bueno, debe ser el mejor. Se puede ser absolutamente justo, pero, ¿qué significa ser absolutamente bueno? La justicia tiene un límite; la bondad, no. Hay sólo una justicia verdadera. El mundo de la caridad es infinito...

Mi banco temblaba y me parecía como si el techo de barro se me cayera encima. El mundo se dividía en dos mitades. Esta conversación lo dividía todo. Antes de ella yo era un hombre perfectamente equilibrado, poseía unos sólidos puntos de vista sobre la vida y estaba ajeno a toda duda. ¡Ahora ya no estoy seguro de nada! Me siento invadido por una extraña inquietud. Todo se ha desmoronado a mi alrededor. Dicen que los moribundos sienten algo por el estilo; les parece que no son ellos los que abandonan el mundo, sino que es el mundo el que se cae de sus hombros y se deshace como un manto viejo roído por la polilla...

Cuando se levantó del banco tuve un sobresalto. Con paso precipitado se dirigió hacia la ventana, apartó el madero que la cerraba y empujó la celosía, que se abrió con ruido. Una tenue claridad penetró en la habitación, junto con un último soplo de aire, y apagó antes que éste la mortecina llama de la lamparita.

—La luz ha descendido sobre el mundo — dijo. Al principio pensé que se refería a que acababa de amanecer. Mas él siguió con sus pensamientos: — Pero los hombres —añadió — temen la luz y prefieren las tinieblas que encubren sus malas acciones. La luz las llama, pero ellos le vuelven la espalda. El sol las busca, pero ellos prefieren la sombra...

Alzó las manos, las mantuvo un rato a la altura del rostro y las apoyó por fin en el marco de la ventana. A través de ella se veía brillar a los rayos del sol la blanca y verde pared del Ophel. La sombra del hombre con sus brazos abiertos parecía el cruce de dos direcciones. De lo alto, desde el Templo, llegaba el sonido metálico de las trompetas de plata que tocaban los levitas saludando el amanecer.

No se movió. Continuó de pie como un fiel que rezara el *shema,* de cara al Templo. Terminó en voz baja:

—El día tiene sólo doce horas...; luego... — Otra vez aparecía una nota dolorosa en su voz —. Luego... en lo alto... en lo alto..., para que todos...

Poco después me marché. No le hablé de Rut. No

Al llegar a casa me arrepentí de no haberlo hecho. Aquí pierde sentido todo lo que no sea esta enfermedad. Es como una espina clavada en el pie, que primero sólo molesta y luego se hace insoportable. Había desperdiciado la ocasión... ¿Qué había sacado de aquella conversación? Había estado escuchando unas palabras incomprensibles, quizás absurdas, y me había enterado de que debía

nacer otra vez... ¡Esto es todo! ¿Qué relación hay entre este incomprensible consejo y la salud de Rut? Acabo esta carta mirando su rostro espantosamente pálido. ¡Oh, Justo! ¿Por qué me ocurre esto? Sin duda alguna soy una persona que podría proclamar la gloria del Eterno mejor y durante más tiempo que muchos. Otros no le quieren servir, mas yo le sirvo con toda mi existencia; no hay en ella nada que no sea la expresión de una forma de servirle. En lugar de reconocer esto, Él me ha mandado esta enfermedad que me está destrozando lentamente, día tras día. En lugar de castigar a sus enemigos, castiga a sus más devotos servidores. Aquel milagro de bondad de que me hablaba el galileo, ¿no parece, visto así, una broma dolorosa? ¡Oh. Justo! ¡Aquella conversación no me ayudó en nada! Incluso me parece como si después de ella mi desespero fuera aún mayor. Precisamente después de todo lo que él dijo. Antes me hubiese sido posible reconciliarme con el mundo. ¡Ahora, no! ¡No! ¡No!

CARTA IV

Querido Justo:

En mi casa todo sigue igual.

El profeta se marchó, volvió a Galilea. No le he visto más desde aquella entrevista en una callejuela del Ophel. Sé que aún se quedó un tiempo en Judea, hasta que ocurrió la noticia de que Juan había sido encarcelado. Antipas, instigado por Herodías, esperó a que Juan emprendiera otra vez el camino de Tiberíades al Jordán y mandó tras él a sus soldados, que lo alcanzaron y prendieron. Lo encerraron en Maqueronte, una antigua fortaleza situada en las montañas del Moab, fronteriza con la tierra de los nabateos. En cierta ocasión Aristóbulo se defendió allí contra los romanos. Luego, en el mismo sitio donde estaba antes el castillo destruido por Gabinio, Herodes hizo construir otro enorme y de mal gusto, como todo lo suyo. La sombra de Nebo se extiende sobre sus muros. Estuve allí una vez. Según parece, es imposible apoderarse de aquel fuerte, a no ser por traición. Está construido sobre una roca que cae perpendicularmente sobre el mar, formando una pared elevadísima y vertical. Da vértigo asomarse a aquellos muros, más aún que cuando se llega a la esquina del pórtico de Salomón. Por los otros lados rodean el castillo profundos desfiladeros cubiertos de salvaje y exuberante vegetación, así como gran profusión de manantiales de agua caliente que exhalan un olor nauseabundo. Todo aquel paraje está como transido de terror. Seguro que por entre todas aquellas rocas pueden encontrarse huellas de garras diabólicas. Me imagino la infinidad de espíritus impuros que deben agolparse ahora en torno al profeta encerrado en su mazmorra. Les gustan los seres ingenuos y soñadores como él. Penetran en el corazón humano a través de unos labios soñadores, y una vez dentro, ya no hay remedio. No sirven para ahuyentarlos ni la «raíz de Salomón» ni el encantamiento más eficaz. Tan pronto se supo que Juan había sido encarcelado en Maqueronte, Jesús desapareció de Judea. Hizo bien. Cuando un profeta es eliminado, los otros no tardan

en seguir su misma suerte. El ejemplo es contagioso en cuanto Juan fue encarcelado, los saduceos comenzaron a decir que lo mejor sería encarcelar también al profeta de Nazaret. Nosotros, en el Gran Consejo, le consideramos con cierta condescendencia. Hasta ahora no nos ha molestado demasiado y, en cambio, puede aún sernos útil: de sus ataques contra los saduceos tampoco tenemos por qué quejarnos...

Así pues, el profeta ha vuelto a su Galilea. Ha vuelto y continúa obrando milagros. Pienso en esto sin cesar y escucho ávidamente todas las noticias que me dan los que vienen de allá. La salud de Rut no ha experimentado la más ligera mejoría. El carro sigue precipitándose cuesta abajo. No puedo pensarlo, ni mirarlo, ni comentarlo por escrito y tampoco, ni por un instante, apartar de ello mi atención. Ahora todas las demás cuestiones son para mí solamente como un juego de sombras. Parecen importantes y, no obstante, ¡qué poca profundidad tienen! Fallan por la base. Sólo la enfermedad es realmente importante y se la advierte en el fondo de toda otra cuestión, como el poso en una vasija. Vivo, como, bebo, duermo, hablo con la gente, le sonrío, me sumo en profundos razonamientos, pero todo esto es inconsistente como el sueño. Todo es un sueño, excepto esta enfermedad. O, mejor dicho, también ésta lo es, porque ni en sueños logro librarme de ella. No sé cuándo me halla más indefenso si al martirizarme mientras duermo o cuando llega a pleno sol y en plena conciencia, implacable, como una espada sobre mi cabeza.

La enfermedad se infiltra muy adentro, quizás hasta la misma alma del hombre. Los médicos quieren sacarla de allí y le tienden redes. Pero no se deja atrapar. Se escabulle victoriosa de entre todas las trampas. Raramente se ensaña en los cuerpos débiles, miserables. Si los ataca, es sólo para darles un desdeñoso golpe de gracia. Su verdadero botín es el cuerpo joven, hermoso, floreciente. Convertir el tierno bracito de un niño en un hueso purulento en los codos y cubierto con colgajos de piel escamosa, he aquí su mayor triunfo.

El doctor Sabatai dice que las enfermedades son el vaho del infierno que los demonios esparcen por el mundo. Quizás está en lo cierto. Pero yo a veces pienso que todo ha sido creado por el eterno Adonai y, por tanto, todo lleva su señal. Las enfermedades también fueron creadas durante aquellos seis días. Satanás no puede hacer nada de la nada. Sólo procura estropear la obra del Altísimo...

Pero el profeta de Nazaret vence a las enfermedades. Lo hace con una asombrosa naturalidad, casi como sin darse cuenta. Ignoro hasta qué punto es verdad todo lo que la gente dice de él, pero voy a relatarte tres milagros suyos que me han contado recientemente. Apenas llegado a Judea — ¡imagínate! —, atravesó Samaria y, por el camino, se paró en Sicar, donde se quedó varios días hablando con los samaritanos. Apenas llegado a Judea, digo, se fue a Caná, donde anteriormente había hecho aquel milagro un poco absurdo de cambiar el agua en vino. Allí salió a su encuentro un hombre de la corte de Antipas, medio griego y medio árabe, persona no muy honrada, según dicen. Quiso que el profeta bajara a Cafarnaúm para curar a su hijo atacado de unas fiebres maligna. Para encontrar apoyo entre la multitud repartió unos cuantos *ases* y ordenó que todos gritasen «¡Ayúdale, rabí! ¡Es un buen hombre! ¡Ayúdale! ¡Cúrale a su hijo!» Cuando Jesús entró en la ciudad, comenzaron todos a vociferar: « ¡Ayúdale! ¡Ayúdale! » Él se paró y miró a la multitud. Frunció las cejas. Como aquel que trae un tesoro y la gente sólo le pide unas monedas, dijo: «Siempre exigís señales y milagros. ¿Sois incapaces de creer sin ellos?« Las gentes se callaron y quedaron con la boca abierta. Si al menos les hubiera dicho: « ¿Por qué llamáis buen hombre a este desaprensivo?», o bien: Gritáis así porque os ha dado dinero; callad, es un pagano...» ¡Pero no! Les reprendió porque pedían milagros. Como si no supiera que le siguen sólo por esto. Entonces se acercó el padre del muchacho y comenzó a suplicarle: «Ven, Señor; cura a mi hijo. Baja aprisa porque se está muriendo. El camino de bajada no es difícil. Te dejaré a la vuelta un asno para que no te canses subiendo. Ven, Señor...» El maestro le interrumpió: «Vuelve a tu casa, tu hijo vive», y emprendió de nuevo el camino, seguido por la multitud. El otro quedó anonadado. Seguía al nazareno, balbucía algo, le tiraba de las ropas. Luego, se paró, se rascó la cabeza, llamó a los suyos y se fue a casa. Al día siguiente volvió a Caná. Su hijo había sanado en el preciso momento en que Jesús había dicho: «tu hijo vive». ¿Comprendes, Justo? Lo curó diciendo una sola palabra, a la distancia de Caná a Cafarnaúm. No pronunció ningún encantamiento, ni siquiera tocó al chico. Simplemente dijo, como sin querer: «tu hijo vive»..., y al instante la fiebre desapareció. Quién sabe si entonces, cuando estábamos en el Ophel, no hubiera podido decir también, «está curada», y Rut se hubiese levantado. No hubiera sido necesario traerle a casa. Pero, ¿sabía yo tener fe en él? Pasé por su lado en vano.

Hizo luego otro milagro. Fue en Acabara. Cuando pasaba por aquel pueblecito —- siempre va de un lado para otro como si no pudiera quedarse fijo en un sitio (acaso lo hace porque los soldados de Antipas le van pisando los talones) — salió a su encuentro un leproso. ¡Un hombre con la *cuttona* descosida había entrado en la ciudad! ¿Qué debía hacerse ante semejante violación de la Ley? Esto sólo podía ocurrir en Galilea. En casos así, la Ley ordena reunir a un grupo de gente que a pedradas haga volver al impuro al desierto. Pero él se acercó al hombre del rostro vendado como si no lo viera. El desgraciado comenzó a gritar: « ¡Rabí, cúrame! ¡Rabí, límpiame! He pecado, pero ahora hace ya mucho tiempo que sufro. ¡Cúrame! Si tú quieres puedes hacerlo...» Primero parecía como si no le oyera, pero después de las últimas palabras se paró. Le dirigió una mirada escrutadora. Alargó la mano, tocó al leproso y dijo: «Sí, lo quiero.» La blanquecina piel de las manos del impuro se oscureció como si hubiera caído sobre ellas una sombra. El hombre las levantó, y con un brusco tirón se arrancó la venda que le cubría el rostro. Estaba como en fuego; las llagas se rellenaban de carne y las manchas desaparecían como lavadas por unas manos invisible, « ¡Rabí! », exclamó, y cayó de rodillas. No pudo decir más porque le ahogaban el llanto, la risa y los gemidos. El profeta se inclinó sobre él y dijo: «Ve en paz. Coge dos gorriones, un trozo de madera de cedro, un hilo carmesí y una ramita de hisopo. Ve con esto a Kades y preséntate al sacerdote; que él confirme tu purificación. Luego deposita tu ofrenda como lo manda la Torah. No peques más y no cuentes quién te ha curado...»

De nuevo esta especie de indiferencia... Una sola palabra, «quiero», y hace desaparecer la enfermedad más horrible que existe. Y a continuación: «no lo cuentes». Como si quisiere decir: la cosa no tiene importancia, no hay de qué hablar. Pero, en tal caso, ¿qué hay que tenga importancia? Si curar enfermedades y padecimientos no es nada, ¿en qué se encierra el verdadero sentido de sus actos? Ya te he dicho que las palabras de este hombre abren como un precipicio. Suenan como palabras humanas corrientes, pero, una vez han sonado, ya no enmudecen. Al contrario, aumentan de sonoridad. Se llenan de ecos. Igual que sus actos. Curó a un hombre: esto basta; pero cuando se cura a muchos, este acto se asemeja a un alud de piedras que comienza a precipitarse por la ladera de una montaña. Puede él decir cien veces: «no lo cuentes», mas las piedras que bajan lo repiten sin cesar.

Y ahora el tercer milagro. Habiendo llegado a orillas del lago, a Cafarnaúm, que es su ciudad preferida desde que lo expulsaron de Nazaret (¡luego te lo contaré!),el profeta se fue a la sinagoga. Era sábado. Cuando el *seliah* terminó los salmos y se volvió hacia los reunidos para designar al que debía leer a los profetas, el nazareno levantó una mano. Con decidido ademán, subió al púlpito. El *hasán* le tendió el rollo de los profetas. Estaba a punto de comenzar el primer versículo cuando entre la multitud se dejó oír un grito salvaje. El que así gritaba era un endemoniado. Hoy en día el demonio se ha apoderado de muchos fieles seguidores de la Ley. Algunos experimentados *soferim* dicen que nunca se habían visto tantos endemoniados. La gente se apartaba del hombre, que se agitaba, rasgaba sus vestiduras y aullaba con la boca llena de espuma. « ¡Márchate! ¡Vete! — gritaba —. ¿A qué has venido? ¡Vete! ¡Quieres nuestra perdición! Te conozco; sé quién eres...

— ¡Cállate! — exclamó Jesús.

Los ojos del poseído quedaron inmóviles. De su boca salía un ronco estertor y abundante saliva blanca. —¡Sal de él! — ordenó con voz sosegada. El hombre dio un alarido tan espantoso que la gente, despavorida, comenzó a abandonar la sinagoga. Se desplomó en el suelo, de cara al empedrado, con un ruido sordo. Lo sacudieron unas fuertes convulsiones y, con los dedos crispados, arrancaba las baldosas de piedra. Se retorcía, pero cada vez más despacio. Por fin todo su cuerpo se distendió y quedó inmóvil. Parecía como si hubiera muerto. En la sinagoga reinaba un silencio absoluto y todos estaban paralizados de miedo. Da pronto, el hombre levantó pesadamente la cabeza. Se incorporó apoyándose en las manos y fijó los ojos en el nazareno, que seguía de pie sobre el púlpito, con sus escritos en la mano. «Oh, Señor!», murmuró con la voz de una persona que ha pasado por una larga enfermedad. Se acercó a él a rastras. Sus labios buscaron la mano del profeta, mientras la multitud prorrumpía en gritos de asombro, admiración y entusiasmo.

¿Te das cuenta, Justo, del poder que tiene la palabra de este hombre? Decir «quiero» y curar a una persona, exclamar «sal» y derrotar al demonio, son muestras de un poderío que hasta ahora desconocíamos. Si es verdad que toda enfermedad es un ataque del demonio, estar poseído por él debe ser la peor de todas. Ya conoces las fantasías de nuestros médicos que se imaginan poder encontrar al fin alguna hierba o encantamiento que cure todos los males. El profeta

de Nazaret ha encontrado algo por el estilo: sabe penetrar en el centro preciso de las cosas.

Pero, ¿acaso hay varias clases de enfermedad? ¿Todas son un castigo? Últimamente leo mucho el libro de Job. ¿Por los pecados de quién estaría padeciendo Rut? No por los suyos, esto es seguro. ¿Será por los míos? El Altísimo sabe que le sirvo con todas mis fuerzas y que siempre he procurado hacerlo. Seguramente hay personas mejores y más piadosas que yo. Pero si yo, un fariseo, aún no soy bastante puro, ¿cómo debe ser un *amhaares* cualquiera o un pagano? ¿Por qué alguien debería pagar tan duramente por mis descuidos, cuando los familiares de tantos pecadores gozan de espléndida salud?

Las noticias de estos milagros llegan a Jerusalén desde todas partes. ¿Sabes quién es el que me ha contado más cosas? Ese Judas de Karioth que me guió a casa del profeta. Llegó a Jerusalén hace poco. Se mete por todas partes y tantea el terreno. Quizá lo envía el mismo Jesús para que trate de averiguar la opinión que tienen de él los hombres del Templo; o quizás el mismo Judas no está del todo seguro de si continuar al lado del maestro o volver a Bezetha. Es un hombrecillo curioso. Tiene la enfermedad del dinero. No sé qué sería de él si repentinamente se convirtiera en dueño de un gran tesoro. Seguramente esto le costaría la vida. Bastan unos denarios para producirle fiebre. Sólo al verlos le salen en las mejillas unas manchas rojizas y los ojos le brillan extrañamente. Judas odia a aquellos pescadores galileos que siguen también al profeta. Considera que todos son unos imbéciles. Pero ante el maestro siente un temor mezclado de admiración. Ya te dije que este pequeño tendero es bastante listo. Me confesó en cierta ocasión que, según él, el poder de Jesús es mayor que su habilidad para servirse del mismo. Cree que con un poder como el suyo podría hacerse algo mejor que enseñar a los toscos campesinos galileos la manera de amarse los unos a los otros. Pero no creo que Judas sepa lo que el profeta debería hacer. O quizá sí lo sabe, pero no quiere descubrirme todos sus pensamientos. Creo que hay en su corazón todo un mar de odios. Siendo así, nunca comprenderé por qué ha querido seguir al profeta de las palabras y los actos misericordiosos. Creo que lo único que le satisfaría sería desviar el poder del maestro hacia el camino de la venganza. Odia a los comerciantes que han contribuido a la ruina de su tienda, odia a los saduceos y a los levitas que le han aplastado con su oro, odia a la gente acaudalada, a la gente rica, a la gente feliz. Pero al mismo

tiempo odia a los miserables como él. No hay que dejarse engañar por su humildad; es sólo un modo de actuar que desechará a la primera ocasión propicia. Su propio orgullo herido se rebela contra todo. Es curioso, pero a veces tengo la impresión de que este tendero, echado de su rincón de Bezetha por los competidores, lleva en su interior unos anhelos que sobrepasan con mucho a su pequeño cuerpo.

Fue Judas quien me contó la expulsión de Jesús de Nazaret. Nazaret tiene fama de ser un pueblo de aventureros, desaprensivos y estafadores. Cuesta imaginar que este hombre, sin duda alguna virtuoso y digno, haya pasado allá toda su infancia y juventud. Quizá si hubiese vivido entre gente distinta hubiéranse manifestado antes sus asombrosas cualidades. Pero en Nazaret le descubrieron cuando ya se hablaba de él en toda Judea y Galilea. Volvió a su ciudad y ésta lo recibió con muestras de incredulidad. A nadie le gusta reconocer que no ha sabido ver lo que todos han visto. Los nazarenos se reunieron en la sinagoga y sus rostros expresaban mil dudas. Sólo en una cosa estaban de acuerdo: No sería poco lo que les tendría que mostrar este *naggar*, cuyos hermanos y hermanas estaban allá, entre ellos, y cuya madre se había colocado entre las mujeres, al otro lado de la reja. Llevaron a las puertas de la sinagoga unos cuantos enfermos. La gente, apretujada a la entrada, esperaba la llegada del profeta. Compareció éste al fin rodeado de sus discípulos. Pasó entre los enfermos como si no los viera. No curó a nadie... Entró en la sinagoga. Cuando llegó el momento de leer a los profetas se levantó del banco y subió al púlpito. Te estoy contando lo que me dijo Judas, pero me parece como si yo mismo estuviera viéndole desenrollar las tiras de pergamino y leer los versículos con su voz fuerte y sonora, tan llena de inflexiones. Le tocó leer a Isaías. Por su colorido y vivacidad, las profecías del hijo de Amós deben gustarle más que cualquiera otra. Comenzó a leer:

—«El Espíritu del Señor está sobre mí por esto me ungió, para que proclame la buena nueva a los pobres, lleve la salud a los necesitados, la libertad a los presos, abra los ojos a los ciegos, haga descender la gracia sobre los que sufren y anuncie a todos el año de la remisión y de la misericordia...»

Interrumpió la lectura y sus grandes ojos, oscuros como un mar tempestuoso, apartaron la mirada de los pliegos para posarla sobre la gente. ¡Cuán fácil resulta reconstruir los movimientos de este hombre aunque no se le haya visto más que una vez! Cuando dijo, con aquella fuerza que hace estremecer el corazón: « ¡He aquí que hoy se ha

cumplido esta Escritura ante vuestros ojos! », debió producirse en la sinagoga el más profundo de los silencios. La gente le miraba con los ojos muy abiertos. Ahora, pensaban, ocurrirán los milagros que todos esperamos y el profeta mostrará su poder como nunca hasta entonces. Le escuchaban conteniendo la respiración. Mas él continuó hablándoles con creciente violencia.

—¡Ciegos! exclamaba—. ¡Ciegos y sordos! Se acerca la primavera y vosotros no salís con la simiente al campo; se acercan las lluvias y vosotros no recogéis las espigas maduras. ¡Ciegos! Queréis señales y no veis las señales. Queréis milagros y no os habéis dado cuenta del milagro. ¡He aquí las palabras que escucháis desde hace siglos! ¿Qué hacen vuestros pobres? ¿Es que no lloran de hambre y frío? Y vuestros presos, ¿acaso no sufren atados a sus cadenas? ¿Y los pecadores? Pecan más por ignorancia que por maldad. ¿Y el año de la remisión? ¿Dónde está el grano dejado en el campo para el pobre? ¿Dónde está el santo descanso? Sus palabras salían veloces, una tras otra. Los nazarenos le escuchaban con cierta humildad. Incluso movían sus cabezas como reconociendo la belleza de su lenguaje. Aquí y allá alguien comentaba: «Mira, mira, cómo habla. Es increíble que pueda ser el mismo *naggar* que durante tantos años hemos visto pulir madera en su taller...» Seguían esperando los milagros que vendrían después de las palabras. Pero cuando exclamó: « ¡Ciegos! Esperáis la señal y la señal ya hace tiempo que os ha sido dada», se removieron impacientes en sus bancos. ¿Cómo? ¿No les quiere mostrar un milagro? Sintieron que ya estaban hartos de escuchar. ¡No faltaba más! También querían ver algo. Uno de ellos interrumpió al profeta gritando:

—¡Basta ya de palabras! ¡Haz un milagro! Se oyeron otras voces:

—¡Haz un milagro! ¡Un milagro! ¡Haz un milagro! ¿Oyes? ¡Ya has hablado bastante!

Los miraba fríamente... Digo mal. Él nunca mira con frialdad; pero cuando la gente le pide con insistencia algo que él no quiere o no puede otorgar, entonces su mirada se vuelve vidriosa e inmóvil, como la de una persona que intenta contener las lágrimas. Los miraba sosteniendo en las manos las quejas de Isaías. Ahora todos comenzaron a chillar a la vez: « ¡Haz un milagro! ¡Basta ya de palabras! ¡Haz un milagro! »

¿Acaso sus hermanos gritaban también? Él continuaba de pie frente a toda aquella multitud vociferante. Si conoce a las personas

debe saber que en semejante situación es siempre el histrión el que ha de ceder. Aquí entraba en juego el honor de Nazaret. Hubiera podido obrar un milagro y luego reprocharles de nuevo sus mentiras, su vileza, su falta de corazón. Le hubieran escuchado sumisos. Pero él les dijo todo lo que pensaba de ellos y luego no quiso hacer el milagro. ¿Acaso no podía? Cuando cura, añade a veces: «Tu fe te ha curado.» Quizá para que el bien descienda sobre un hombre es necesario que haya una especial aceptación de este don por parte del que lo recibe; pero si no la hay, ¿puede el bien convertirse simplemente en un mal? Pero él continuaba impasible. Comenzaron a patear y vociferar:

—¡Un milagro! ¡Un milagro! ¡Queremos un milagro!

Él seguía callado, pero no bajaba del púlpito. Permitió que alborotaran durante largo rato, hasta que al fin levantó la mano para indicar que quería hablar. Al instante se hizo el silencio. Estaban seguros de su victoria. Esperaban que les preguntase con una sonrisa conciliadora ¿Qué queréis, pues, que os haga?» Cada uno tenía preparadas mil peticiones. Le pedirían que cada nazareno, al salir, encontrase un cofre lleno de oro, que los campos de Nazaret comenzaran a producir cosechas diez veces más abundantes, que la fuente para la que hay qui ir hasta la falda de la montaña, manase en lo alto de la roca, que el ganado naciera más gordo y no enfermase nunca...

Pero él dijo:

—Me pedís un milagro. Exclamáis Has curado extranjeros: enseña ahora cómo curas a los tuyos. Nos han llegado noticias tuyas desde Cafarnaúm, desde Cana. No queremos ser menos que ellos. Haz aquí algo muy grande, más grande que en ningún otro lugar. Es esto lo que queréis, ¿verdad? Pero yo os digo: los mayores enemigos de un profeta son su patria, su casa y su familia. Recordad que en aquellos días de hambre el cuidado del profeta. Elías no le fue confiado a ninguna viuda israelita, sino a una fenicia de Sarepta. Y Eliseo mandó que se lavara siete veces en el Jordán, no los leprosos de Israel, sino un caudillo sirio...

Hasta a mí me parece oír el alboroto que se debió producir en la sinagoga después de aquellas palabras. Les había herido en lo vivo. La turba entera osciló como un bosque sacudido de pronto por una ráfaga de viento y se abalanzó sobre él. Dicen que cada nazareno lleva en su interior a un asesino. El profeta debía pagar dolorosamente

sus insolentes palabras. Centenares de manos le agarraron. Le sacaron arrastrándole de la sinagoga y de la ciudad, aullando, silbando y vociferando. Detrás de las últimas casas de Nazaret se abre un hondo precipicio. Llevaron allí al profeta. Si le hubieran despeñado se hubiera roto los brazos y las piernas, e incluso hubiera podido matarse. Pero él, que hasta allí se había dejado arrastrar sin resistencia alguna, sacudió los brazos con fuerza y sus perseguidores cayeron como las hojas de otoño cuando se sacude el tronco del árbol. No tuvo que luchar con ellos. Bastó una sombra de resistencia para que la enfurecida pero cobarde turba diera un paso atrás. Un ser que obra milagros puede ser peligroso, y ellos estaban firmemente convencidos de que no había obrado ningún milagro sólo porque no había querido hacerlo y no porque no pudiera. Pasó entre ellos como si atravesara un agua turbia y se fue. Nadie intentó detenerle. Se quedaron inmóviles, con los dedos torcidos como garras y los labios entreabiertos a punto de dar un grito. Antes de alejarse, se volvió para mirarlos. Tenía esa mirada que yo llamo «fría». Quizá también había en ella extrañeza. Dejó de mirarles y se alejó sin prisa, solo. (Sus discípulos se habían dispersado entre las matas.) Sus anchas espaldas estaban encorvadas como si cargaran con un gran peso. De nuevo se volvió. Desde lo alto veía toda Nazaret, esparcida sobre la ladera como huesos entre la hierba. Allí había pasado los años en que no era nadie. Hoy, cuando otras ciudades le abren sus puertas, su ciudad natal le repudia, le rechaza. Debía despreciarlos. Pero él, en vez de enojarse, se enterneció. Se cubrió el rostro con las manos y un temblor sacudió sus hombros. Estaba llorando, ¿te imaginas? ¿Qué le daba tanta tristeza? ¿El fin de su existencia gris entre gente miserable? Judas dice que estuvo largo rato llorando.

Se le ha visto llorar más de una vez. Él, que tiene tanto poder, llora viendo cómo los otros sufren y lloran. Es como si hubiera en él dos personas: una sabe que puede curar, pero no se da ninguna prisa para hacerlo; la otra parece robarle a la primera el poder de obrar milagros para hacer algo en contra del sentido común... Porque, sin duda alguna, parece mucho más sensato no curar y no mostrarse poseedor de un poder sobrehumano...

Jesús no curó a ningún enfermo de Nazaret, aunque todos estaban seguros de que precisamente entre ellos obraría sus mayores milagros. En otras partes no se lo pidieron y el había curado: allí lo esperaban, pero él, indiferente, pasó de largo. O quizás indiferente no. Habrás notado que más de una vez corrijo mis expresiones. Pero es

que, si bien nuestro juicio sobre las otras personas resulta a menudo demasiado simple, siempre simplificamos en exceso nuestro juicio sobre él. En lugar de decir «pasó indiferente», debí haber dicho: «pasó simulando indiferencia». Pero la palabra «simular» tampoco es adecuada. El nunca simula nada: se deja llevar por sus sentimientos como nadie y a la vez siempre sabe dominarse como nadie. Es un hombre como todos nosotros: necesita comer, beber, dormir, amar, sufrir. No hay flaqueza humana que el no posea. Pero son sólo flaquezas. ¿No crees tú, Justo, que confundimos demasiado fácilmente flaqueza con pecado? Imaginamos que la virtud significa ausencia de flaqueza. Por otro lado, entre la flaqueza humana y el pecado existe una frontera parecida a la que separa la enfermedad de la muerte. No toda enfermedad termina en la muerte, no todo enfermo está condenado a morir. Hay un momento en el que sobreviene la crisis. Este momento es el más importante. La virtud no siempre está lejos de este punto. A veces se la encuentra al borde mismo. Precisamente allá donde más le cuesta aparecer.

Así pues, ya no está aquí el profeta de Nazaret. Recorre Galilea, cura, ahuyenta a los demonios y predica sus enseñanzas, que sólo hablan de amor y perdón. Yo me he quedado con mi Rut enferma y con mi inquietud, nacida de la idea de que él hubiera podido salvarla, mas yo no se lo pedí. Ni yo mismo sé por qué ha ocurrido así...

¿Y si fuera a buscarle?

Desde hace unos días me persigue la idea de que podría ir a su encuentro en Galilea y pedirle ayuda. ¿Crees que podría negármela? Es absurdo que pueda pensar siquiera en la posibilidad de una negativa considerando quién es él y quién soy yo. Ayer comuniqué este proyecto a Judas y él me animó mucho a que lo realizara. No sé qué espera ganar con ello, pero se ha vuelto en extremo solícito.

Pero, ¿y si voy y él no quiere hacer nada por mí? El carro sigue precipitándose a una velocidad vertiginosa. ¡No, él no puede negármelo! Hace tantas cosas para los otros... Lo hace siempre igual, como si no le costara el menor esfuerzo. ¡Que salve a Rut! Si lo hace...

A decir verdad, ¿por qué cura? No es un médico que vea en ello su misión. Cura como a pesar suyo. Como si diera una señal. ¿Qué señal? ¡Qué importa qué señal sea ésa! ¡Que cure a mi Rut! ¡Que la cure! ¡Toda mi vida depende de esta curación!

CARTA V

Querido Justo:

Te estoy escribiendo en casa del ilustre Heleg, hijo de Aram, fariseo de Cafarnaúm. He realizado mis planes y he venido a Galilea. Estoy contemplando el lago, sentado ante la casa de mi huésped, a la sombra de un sicómoro que extiende sobre mi cabeza sus múltiples brazos.

El sol baja como un torrente de resina caliente por las inclinadas laderas de las montañas, que llegan hasta el borde mismo del agua, y luego resbala por su superficie hacia la otra orilla, y que emerge suave e irisada de mil colores, como una alfombra tejida con infinitos hilos. El lugar es muy bello. En Judea, los días son fríos todavía y el verdegris de los olivos apenas comienza a destacarse por entre las paredes de las casas amarillentas después de las lluvias invernales. Aquí, en cambio, el tiempo es delicioso ahora: todavía baja un airecillo fresco de las cumbres nevadas, mientras del mar se desprende un suave calor como de un fuego que se estuviera consumiendo lentamente. Sobre su inmóvil superficie aparecen manchas irisadas de mil colores cuando en ella se reflejan el cielo, alto y azul, el dorado sol, las verdes montarlas, las casas blancas y las rocas color naranja. Entre estas manchas pasan lentamente, como nubecillas, los triángulos de las velas. Los pescadores vuelven de la pesca nocturna. Quizás él va en una de esas barcas...

Estoy, pues, en Galilea. Tal vez debí venir antes... Pero con esta enfermedad ocurre lo siguiente: cuando la contemplas, te repele; querrías huir cuanto más lejos mejor, para no verla. Pero a la vez algo te retiene al lado del enfermo, como si estuvieras amarrado a su lecho. Una enfermedad es un continuo echarse a volar y caerse. Es un infinito número de flujos que despiertan la esperanza y otros tantos reflujos que quitan el valor y las ganas de luchar. De improviso, sin saber cómo ni por qué, aparecen los síntomas que tantas veces produjeron una mejoría. Rut sonríe, come, empieza a desear la vida...

Y otra vez, no se sabe cómo ni por qué, llega, como una negra nube, el empeoramiento. La veo entonces acostada, desanimada, silenciosa, triste, apagada, y se me caen los brazos de nuevo. ¡Oh, Adonai! Entonces querría huir a los confines del mundo para no verlo. ¡Ojalá pudiera cerrar los ojos y olvidarlo todo...! Pero, ¿de qué me sirve cerrar los ojos? Cuando eras niño, también debía de darte miedo una blanca *simlah* colgada en un oscuro rincón de la habitación. Entonces cerrabas los ojos y te cubrías la cabeza con la manta. Ya no veías más al fantasma. Pera no podías dormirte porque sabías que aquello continuaba allí... Lo mismo me ocurre con la enfermedad de Rut. A menudo, muy a menudo, cierro los párpados. Entonces no veo sus tristes ojos y el movimiento de desánimo de su delgada mano. Pero sé, sé, siempre sé que es así precisamente como ella mira, que es así como mueve la mano, como reprochándome mi impotencia...

Hasta ahora no he acudido a él... Pero mira: presiento qué clase de médico es. Sé de muchos que han pedido un precio elevado a cambio de unas sabias palabras que no iban a servir para nada. No sé qué querrá darme. Pero sospecho que puede pedirme a cambio mucho más que a los otros... Ya sólo por las primeras palabras que me dirigió... Pero esto te lo contaré más adelante. Te voy a escribir por orden tal como ha ocurrido todo durante estos últimos meses.

Pasaba el invierno y yo seguía dudando: ¿ir a verle?, ¿no ir? Por fin cesaron las lluvias y llegaron las fiestas. Supuse que vendría a Jerusalén y que, por lo tanta, no era necesario ir a buscarle a Galilea. Y así fue. Pero su estancia fue tan corta que me enteré de ella cuando ya se había marchado. Llegó con una multitud de peregrinos galileos y se marchó con ellos. Aquí, en Judea, no es muy atrevido; quizá teme la suerte de Juan. Confía en los suyos, pero prefiere evitar a la gente del Templo. Así y todo, antes de marcharse hizo algo de lo que toda la ciudad no cesa de hablar. ¡En verdad no comprendo qué clase de persona es! Hay en él una mezcla de prudencia y atrevimientos, de sensatez y cierta tendencia a cometer locuras. Escúchame bien. Sabes que en uno de nuestros estanques de las Ovejas, en Bezetha, cada año, durante las fiestas, ocurre un milagro, el agua de pronto empieza a hervir a borbotones y el primer enfermo que entonces logra entrar en ella queda curado. ¿Me preguntas por qué no he llevado allí a Rut? Claro... Pero imagínate la escena: los pórticos desbordantes de miseria y mendigos... No existe enfermedad que no encuentres allí. Cada piedra está empapada de sudor, pus y orina. Las moscas se te meten a enjambres en la boca, en la nariz, en los ojos. Aquellos

pobres que yacen por allí sólo aguardan el momento del milagro. Apenas el agua mueve un poco, todos se lanzan y corren atropellándose unos a otros. Ninguno vacilaría en matar a quien se le pusiera por delante. Soy de esa clase de personas que detesta llegar el primero a base de dar empujones y estar acechando para ver a quién podría ganarle la delantera. Y no es que me importe su desgracia. Quiero serte sincero. Si pudiera comprar el acceso al agua no dudaría en hacerlo. Creo que tengo más derecho a un milagro que muchos de los repugnantes pecadores que yacen por allí. Pero luchar por un sitio, por la primacía... No sé hacerlo. De modo que intento convencerme a mí mismo de que entre aquella plebe nunca lograría llegar al agua el primero. Mientras tanto, la chusma rodearía a Rut y podría contagiarle alguna porquería. ¿Sería posible evitar que se rozara con algunos de esos enfermos cuya sola vista horroriza? Quien desea un milagro debe exponerlo todo a una sola carta. Pero a mí no me gusta el azar. Esta clase de decisiones no son para mí. Prefiero actuar lentamente, conservando la mesura y el buen sentido.

Pues bien, Jesús fue al estanque. Él siempre va allí donde hay la peor gentuza, la más sucia, la más repugnante. Andaba entre gente jadeante de dolor, impaciencia y odio contra todos aquellos que habían logrado ocupar un sitio mejor, más cercano al agua. Se paró junto a un hombre, enfermo desde hace largo tiempo, que lleva muchos años tratando inútilmente de echarse al agua en el momento oportuno. Él hace esto a menudo: se acerca a alguien que no le llama y le hace preguntas a las que no necesita respuesta... Le preguntó: ¿Quieres sanar?» El enfermo, como es natural, comenzó a contarle sus penas, entre gemido y gemido: «Pues sí, claro está, ¿quién no lo querría? Ya hace tantos años que no me levanto... Pero, ¡qué le voy a hacer! Nunca podré llegar al agua... Mis piernas no me llevan. Siempre se me adelantan los otros... ¡Oh, la gente es muy mala!... Sí, sólo me queda morir. Si tú, rabí, quisieras quedarte a mi lado para conducirme de prisa hacia el agua así que la vieras moverse... Pero sé que no querrás... Es mi destino...» Estuvo hablando así largo rato, como toda persona a quien se le ha incrustado una enfermedad en la vida, oscureciéndole el mundo entero. Pero Jesús le interrumpió a secas, como si le aburriesen aquellas quejas, diciéndole: «Coge tu lecho y vete...» ¡Y el enfermo se levantó! Se puso de pie, echose el jergón a la espalda y se fue. Ni dio las gracias al nazareno, que ya había desaparecido entre la multitud que se había formado en seguida a su alrededor.

Pero, cuando atravesaba la ciudad con su carga a cuestas, le pararon los fariseos y los *soferim*, escandalizados. ¡Cómo! ¿No dicen muchas *halakás* que está prohibido llevar pesos en día de fiesta? ¡Y era un sábado! Comenzaron a reprenderle, pero el hombre se defendía diciendo que aquél que le había curado le había mandado coger su lecho y marchar a casa con él. De nuevo me parece que este hombre tiene más poder que sentido común. ¿Por qué le curó sin que él se lo hubiera pedido y precisamente en sábado? ¿No pudo haber esperado hasta el día siguiente? ¿Era aquél el que más había merecido su curación? Se crea enemigos inútilmente. Incluso los nuestros comienzan a odiarle. Porque escandalizar así a la gente es una muestra de insensatez. Estamos aquí para preservar la pureza, y quien desobedece las leyes nos tiene por fuerza en contra de él. Nosotros, los fariseos, cuidamos de que cada palabra y cada acto del pueblo sean constructivos. Mientras que él, haciendo cosas en principio buenas, escandaliza por el modo como las hace. ¡Y si la cosa terminase aquí...! Pero, al anochecer, aquel hombre encontró a Jesús en el Templo y comenzó a gritar: « ¡Mirad, mirad, éste es el que me ha curado! Es un grande y sabio profeta...» Al oírlo, la gente acudió y formó corro en torno a ellos. Fueron también varios fariseos y hombres versados en las Escrituras. Uno de ellos, Saúl del Hebrón, dijo al nazareno:

—Has hecho un acto pecaminoso al curar a este hombre en sábado. Y todavía has aumentado tu pecado ordenándole que cargara con su jergón en día de fiesta...

Fíjate ahora en lo que le contestó. Si juntos se hubieran puesto a examinar *halakás*, quizá hubieran encontrado alguna fórmula que explicara su comportamiento. Mas él, con voz pausada pero tajante como una espada, dijo:

—Mi Padre obra así siempre, y yo obro así...

Ahora comprenderás por qué todos se indignaron. Ningún profeta osó llamar al Eterno padre suyo. Quizás este hombre predica las enseñanzas del santísimo Adonai. Se lo reconocí así aquella vez... Pero, ¡cuánto orgullo significa creerse más próximo al Altísimo que todos los otros mortales! Alguien exclamó:

— ¡Has blasfemado!

Pareció como si no hubiera oíd. Siguió exponiendo su idea

—El Hijo debe imitar al Padre en todo. El Padre, por amor al Hijo, le muestra su modo de obrar. Por esto veréis cosas mayores todavía,

para que os maravilléis... Igual que el Padre resucita a los muertos, así el Hijo devolverá la vida a quien Él quiera. El Padre dio al Hijo todo su poder, para que le adoréis como al Padre. Quien no adora al Hijo, no adora al Padre que le envió... Por esto, oídme — aquí su voz se hizo solemne como siempre que dice palabras oscuras cuyo profundo significado es imposible descubrir —: quien crea en mi palabra creerá en la palabra del Padre y alcanzará la vida cierna. Dentro de poco los muertos también oirán al Hijo, a fin de que ellos también puedan vivir. El Padre vertió todo su poder en el Hijo y le confió su juicio porque el Hijo es un hombre... Por mí solo no puedo hacer nada. Cuando juzgo, juzgo por la voluntad de Aquel que me ha enviado. Cuando doy testimonio de mí, no soy yo el que da testimonio, sino que Él, mi Padre, es quien da testimonio de mí. Queríais que Juan os dijera quién soy. Tengo un testigo mejor que Juan, aunque él era como una antorcha de llama muy potente. Mis obras os dicen que es el Padre el que me envía...

—¡Está blasfemando, blasfema! — repetían todos. Si yo hubiera estado allá seguramente también hubiese dicho: «está blasfemando». ¿Comprendes, Justo? Él se cree el mayor de los profetas, alguien que no ya con sus palabras, sino con su vida entera representa al Altísimo... Saúl del Hebrón dijo:

—No hemos oído palabras suyas que nos den testimonio de ti.

— ¿No las habéis oído? Arqueó las cejas y su mirada se volvió desafiante y conciliadora a la vez. Señalando los pliegos que los *soferim* sostenían en la mano, exclamó: Examinad las Escrituras y encontraréis que os hablan de mí. Pero vosotros no buscáis porque no tenéis amor a Dios... Vienen otros en nombre propio, buscando su propia gloria, y a éstos sí les escucháis. Pero a mí, que he venido en nombre de mi Padre y cuya gloria sólo busco, no me queréis escuchar. ¡Si al menos creyerais a Moisés! Él escribió sobre mí y me anunció. ¡Pero ni a él creéis! ¿Cómo, pues, vais a creerme a mí?

Después de aquellas palabras tan fuertes, cortantes, firmes e insolentes, estas últimas sonaron como una nota dolorosa. « ¿Cómo, pues, vais a creerme a mí?» Nuestros *haberim* se quedaron en silencio, atragantándose con su propio furor. Sólo les faltaron estas palabras para acabar de odiarle. Luego oí cómo relataban este suceso en el Gran Consejo; el odio salía de sus bocas a bocanadas, como el olor a ajo recién masticado. Lo que más les había ofendido era la afirmación de que no creen en Moisés. En cuanto a mí, no sé realmente qué pensar. Reconozco que este hombre dice a veces

cosas simplemente indignantes. Tú, que eres tan sabio, sabes que hay dos clases de verdad. Hay una exclusivamente para el entendimiento. La admitimos o la rechazamos, nos dejamos convencer o creamos nuestra propia «antiverdad» para combatirla. Pero cuando dejamos de pensar, cuando comemos o dormimos, sostenemos una conversación corriente con los nuestros o amamos, entonces esta verdad nos es en realidad indiferente. Pero hay otra que no basta aceptar con el entendimiento. Debemos aceptarla con todo nuestro ser porque, mientras no lo hacemos, sentimos que ella se rebela en nuestro interior y nos produce dolor. ¡Quién sabe si Él no predica precisa- mente esta clase de verdad y por esto sus palabras me ocasionan, cada vez que las oigo, una conmoción tan fuerte! Cada una de ellas me parece una petición. ¡Y qué petición! Yo no le odio... ¿Por qué iba a odiarle? A veces, incluso pienso que sería muy bello si existiera una verdad tan absoluta y que llenase tanto la vida como la que predica. ¿Me comprendes, Justo? Quizás ahora mis palabras te indignan. Hubo un tiempo en que pusiste todo tu esfuerzo en inculcar en mi alma la indiferencia del sabio al que importa no la vida, sino la verdad. En cambio, este hombre, si sólo se le pudiera llamar filósofo, parece predicar otra teoría. Dice que lo importante es la vida, puesto que la verdad está en él... O algo por el estilo... De todos modos, para él la verdad y la vida no son dos conceptos distintos. Para mí..., pues, ¡no lo sé!

Por la mañana todos, en la ciudad, hablaban de esta conversación. Discutían y buscaban a Jesús. Pero él desapareció durante la noche y ya no ha vuelto a aparecer en Jerusalén. Las fiestas terminaron y comprendí que esperaba en vano a que volviera. Si deseo aprovechar su poder y su sabiduría para salvar a Rut, debo ir en su busca. Rut presenta de nuevo muy mal aspecto; no come y tiene aquella mirada tan desgarradoramente triste...

Me puse en camino. Seguí, claro está, el curso del Jordán para no encontrarme con los samaritanos. Al fondo del *ghor* hace ya muchísimo calor y casi se pueden ver crecer los árboles y arbustos. Un agua turbia, cuyo caudal apenas ha disminuido después de los desbordamientos de primavera, llena el cauce del río hasta los bordes. Pasa por allí mucha gente; sobre todo peregrinos que vuelven de las fiestas. Encontré a dos jóvenes que habían venido de Perea pasando por el vado cerca de Bethabara. Anduvimos juntos y durante el descanso nocturno me enteré de que eran discípulos de Juan y llevaban un mensaje de su parte para Jesús. Eso despertó mi curiosidad

e intenté averiguar en qué consistía el mensaje. No quisieron decírmelo, pero, en cambio, me contaron muchas cosas de su maestro. ¡Pobre Juan! Mientras seguí el curso del Jordán le tuve constantemente ante mis ojos tal como le había visto hace un año. ¡Pobre Juan! Continúa en las mazmorras de Maqueronte. El, que durante años enteros no supo qué es una casa que protege del sol y la lluvia, está ahora encerrado en una estrecha celda mal ventilada. ¡Qué negros pensamientos deben de llenar su mente! Ya entonces vivía en un mundo irreal formado por visiones perturbadoras. Juan es un cantor como aquel griego que hizo surgir de la nada una guerra por causa de una ciudad y la vuelta de uno de sus conquistadores a través del mar Grande. Se cuenta de él que era ciego. Yo creo que realmente lo fue. Sólo un hombre que no ve lo inmediato puede ver aquello otro tan lejano... Pero Juan no es ciego. ¡En qué constante martirio debe de vivir! Estoy seguro de que tú comprendes, Justo, este desgarro interno de la persona que vive en dos mundos a la vez y siente que uno de ellos es la negación absoluta del otro. En realidad, cada uno de nosotros..., ¿verdad? Cada uno de nosotros lleva en su interior algo que le une con la tierra más allá del horizonte. Pero, al mismo tiempo, hay que vivir, vivir normalmente. Yo también... Por esto quizá comprendo tan bien el infortunio de Juan. Comprendo las tentaciones que le atormentan. Para él aquel otro mundo es como una espina que no puede ser extraída. Desgraciadamente, nunca sabemos expresar nuestros anhelos de tal modo que podamos, por el mero hecho de expresarlos, ahogar la conciencia de nuestra debilidad... Esto me recuerda aquella historia griega sobre Tántalo... ¡Sufrir y no poder dejar de sufrir! Como yo a causa de Rut... Pero no sólo a causa de ella. Me sentiría igualmente desgraciado si Rut no se me estuviera muriendo ante mis ojos desde hace años ¿Conoces esta sensación? Alguien a tu lado está gritando. Al principio no le haces caso. Luego este grito se apodera de tu mente. No puedes apartarlo, no puedes concentrarte en nada. Al fin ya no sabes si es otro el que grita o eres tú mismo... Sin querer, también tú te pones a gritar. Al darte cuenta, cierras la boca con fuerza, aumentas la atención y buscas en tu interior la voz que hace poco salía a pesar tuyo. ¡Es inútil! Otra vez el grito se apodera de ti. Pero, al mismo tiempo, sabes que aquella voz baja que antes has querido ahogar es lo más importante de tu vida. Lo darías todo — o así te lo parece — para oírla de nuevo...

Aquellos dos jóvenes, con los rostros de expresión retraída y ausente, son como las manos de Juan tendidas en el espacio con el

ademán de un ciego que busca ayuda. Nuestros profetas habían sido grandes hombres. Juan también lo es. Pero creo que la protección de los profetas ante su propia grandeza era esta continua proyección hacia el futuro de su visión profética. Pero, ¡ay del profeta que, como Juan, ha sobrevivido a su misión! Si todo lo que él esperaba debía concretarse en la aparición del nazareno, ya no debería seguir viviendo. Deberíamos morir antes de terminar nuestra obra; más nos vale luchar por ella que verla ya realizada. Sobre todo los cantores deberían morir antes de terminar su canto... La gente dice que el nazareno es el Mesías, pero yo, claro está, no lo creo. ¡No, no! ¿Te imaginas lo que sería para el cantor que hubiera creado en su alma la visión de un máximo triunfo la llegada de semejante Mesías? Un Mesías que es un hombre perseguido por los sacerdotes, odiado por los fariseos y amenazado por Antipas y los romanos: un mendigo de vida siempre insegura, un maestro incomprendido incluso por los suyos...

Porque ellos no le comprenden. Me he convencido de ello. Le encontré en Cafarnaúm: caminaba por entre las verdes colinas de Galilea seguido de un inmenso gentío. Cuando entramos en alguna ciudad, no lejos del lugar donde él esté predicando, no se encuentra en ella un alma viviente. Todo y todos le siguen. Cuando se detiene, la multitud le rodea y contempla con los ojos muy abiertos. A veces alguien más atrevido le interroga. Entonces habla. La gente, sentada sobre la hierba, no aparta la vista de él; todos estarían dispuestos a escucharle durante días enteros. Y hay que... También él es un cantor, sólo que su canto tiene una madurez inaccesible. Ninguna nota sobra o desentona. De nuevo me recuerda a aquel griego ciego. Pero su canto consistía en descubrir el mundo que ya fue, mientras que el del nazareno, no. En su canto, la belleza del mundo es una belleza viva. Oí como decía: «Mirad los lirios del campo...» Su voz se volvió entonces suave, extrañamente delicada. Cuando dice «lirios», aunque no veas la flor, sientes su delicado perfume y te parece estar tocando sus pétalos. Y luego: «Ni aun Salomón en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos...» Fíjate en esta comparación. Otros compararían la púrpura de un manto real a un incendio, sus destellos al brillo de una joya... Él, en cambio, toma una florecilla insignificante. Nos descubre la belleza allí donde ya hemos dejado de hallarla. No necesita hacer comparaciones altisonantes. De nuevo seme ocurre aquello que te escribí en otra ocasión: él no avasalla a nadie. Atrae a las personas sin gritar, a media voz..

Cuando se dispone a proseguir la marcha, la multitud se aparta ante él, formando como un estrecho callejón que no tiene fin. A su paso yacen, puestos en hileras, enfermos, lisiados e impuros. Cuando se acerca, levantan las manos hacia él, gritan y le llaman. Toda la miseria de la tierra galilea se le pone allí en formación. Él se inclina sobre los enfermos, les toca a veces la frente o el hombro y habla bajito, aprisa, siempre con el mismo tono de voz, como si con estas palabras se alejara de su propia obra: «Levántate... estás purificado... ya no estás enfermo... quiero que te cures...»

Yo le encontré en un momento así. Avanzaba entre la multitud acompañado por los gritos de los enfermos que le llamaban y del vocerío de los que habían sido curados. Nos paramos en un lugar donde había menos gente. Se acercó prodigando curaciones como limosnas que una persona humilde pone a escondidas en la mano de un mendigo. Los dos discípulos de Juan se adelantaron y colocáronse delante de él. Se paró. La gente acudió en seguida ávida de cada una de sus palabras.

Preguntóles,

—¿Qué queréis?

—Rabí — dijo uno de ellos, nuestro maestro. Juan, hijo de Zacarías, ha oído hablar de ti en la cárcel. Nos ha mandado para que te busquemos y te preguntemos: ¿Eres aquel que había de venir, o hemos de seguir esperando?

En esto, pues, consistía su mensaje. ¡Pobre Juan! En aquella mazmorra oscura su canto ha cesado, y en su lugar ha aparecido la duda. ¿Podemos extrañamos? Más de una vez los profetas han huido ante el peso de las palabras, como hizo Jonas. Juan no huyó. Pero cuesta demasiado soportar la carga de un desengaño... A lo mejor en aquella pregunta se escondía algo más. La unción con la que los mensajeros pronunciaron aquellas palabras parece extraña. Cada profeta debe dar testimonio de sí mismo. Aquella vez, como enviados del Sanedrín, pedimos a Juan que nos explicara su misión. El Sanedrín no ha mandado a nadie para interrogar a Jesús. Quizá por esto Juan ha hecho lo que debe hacerse con todo nuevo anunciador de las palabras del Altísimo: le ha enviado discípulos suyos para que preguntaren: ¿quién eres?

—Id —contestó — y contad a Juan lo que habéis visto. El ciego ve, el sordo oye, el cojo se ha curado y puesto a correr como un

ciervo, el mudo habla, el leproso está limpio, el muerto ha resucitado, el pobre ha escuchado la buena nueva.

Estas palabras son simples. No hay en ellas nada de incomprensible. Y en su simplicidad dan la respuesta más justa y más innegable. Si él también había comprendido la pregunta de Juan como un llamamiento para que definiera su misión, no pudo contestarle mejor. Sus palabras, mezcladas con citas de Isaías, dichas en este prado lleno de gente enloquecida de alegría por su curación y entre una multitud que lo sigue como a quien le trae la más gozosa de las nuevas, tienen la virtud de devolver las fuerzas a un corazón solitario. Los mensajeros le saludaron y se retiraron entre la multitud. Sus rostros abrasaban. Estoy seguro de que ocurrirá lo siguiente: irán a ver a Juan, le repetirán lo que les ha dicho el nazareno y volverán presurosos para convertirse en discípulos suyos. ¡Qué pronto atrae a la gente!

Los mensajeros se fueron, pero él no se movió. Se dirigió a la multitud que seguía aumentando sin cesar:

—¿Quién es Juan? — preguntó, como si esperara que alguien le contestase: pero, naturalmente, nadie habló. Siguió diciendo —-: ¿Es un junco del desierto mecido por el viento o un cortesano de palacio vestido con una blanca *cuttona*? ¿O un profeta? ¡Sí, y más que un profeta!

Citó a Malaquías con esa facilidad con que menciona y esclarece los más oscuros textos de los profetas.

—Mando a un ángel para que te prepare el camino... Sabed que nunca entre los nacidos de una mujer ha habido alguien más grande que Juan. ¿Por qué no habéis aceptado su bautismo? Habéis despreciado la ayuda que el mismo Dios os ha enviado. Como niños. Como niños inconscientes, viendo que Juan no comía ni bebía, habéis exclamado: « ¡No le escuchemos! El demonio está con él! » Cuando veis que el Hijo del Hombre come y bebe, decís: « ¡No le escuchemos! »

Entre la muchedumbre reinaba un gran silencio.

—Pero, así y todo —concluyó inesperadamente— Juan es más pequeño que el más pequeño en el reino de Dios.

Salió en defensa de Juan abierta y decididamente. Si Juan le había anunciado presentándole como a alguien mucho más importante que él, Jesús habla de él con afecto y casi con ternura,

pero no cambia nada de su mutua relación. Creo que así es mejor para Juan. Sería peor que en su cautiverio pudiera pensar que el maestro no se considera a sí mismo tal como él le anunciaba. Sólo una cosa no puedo comprender: ¿por qué, en este reino del que habla, Juan no es nadie? Como si quisiera aumentar mis dudas, siguió diciendo:

—Los profetas, hasta Juan, profetizaron. El será el último... Pero vosotros matabais a los profetas y negáis el Reino. Queréis usar la fuerza. ¡Lo intentáis en vano! El cielo y la tierra dejarán de existir antes que cambie una sola letra de las profecías del Señor. ¿Creéis que Elías ha de volver? ¡Pues habéis tenido a Elías entre vosotros!

Apenas se pone a hablar se abre ante los oyentes todo un mundo de misterio. ¿Elías?

¿Así pues, Juan es Elías? Pero, ¡si él mismo lo había negado! Había dicho: «no lo soy.... » Es verdad que ningún profeta había predicho un futuro tan próximo a sí mismo. Lo anunciaban decenas y centenares de años antes. La tragedia y la grandeza de Juan es esta conciencia de haber llegado a la orilla... Pero si después de Juan comienza algo realmente nuevo, este algo debe tener un nombre: Reino de los Cielos... Éste sería el sentido de sus misteriosas palabras sobre Juan, que es el más pequeño. Juan se ha quedado en la otra orilla. Pero estas dos orillas, ¿no se juntarán? ¿Qué significa esta división del tiempo que el profeta de los *amhaares* anuncia con una tan inconmovible firmeza? ¿Un reino? Sigo sin comprender...

Súbitamente me di cuenta de que él me estaba mirando Miraba como si quisiera que yo dijera algo, que le preguntase algo. ¿Acaso me había reconocido? Dicen que siendo aún niño hacía en el Templo tales preguntas a los sabios sacerdotes, que dejaba a todos estupefactos. Ahora también pregunta. Pero más a menudo aún exige que se le pregunte. Se para ante un hombre y mira como si quisiera decir: ¿Me ves y no me interrogas? ¿Por qué? Yo te puedo contestar a todo... Cedí. Tragando saliva, le pregunté:

—Rabí, ¿qué es el reino? ¿Cómo llegar a él?

—Tienes los mandamientos — contestó — ¿Acaso no los conoces tú, un estudioso, un conocedor de la Ley?

Me había reconocido.

—Los conozco — dije —. Pero... — Quería decir: los conozco, pero no sabía que cumplirlos condujera a ningún reino... Yo mismo

soy un fiel servidor de la Torah, observo la pureza, cumplo escrupulosamente todo lo que me mandan las prescripciones. Soy fariseo... Y a pesar de todo no conozco el reino, el reino de la felicidad en el que no existen desgracias, dolores, separaciones ni enfermedades... Balbucí —: Pero, ¿cuál, rabí? ¿Qué mandamiento es el más importante para hallar tu reino?

Sonrió: Fijaba en mí una mirada suave, bondadosa, que me traspasaba todo.

— ¿El más importante, preguntas? ¿No es éste? Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Y este otro, parecido a él: Ama al prójimo como a ti mismo...

Sentí como una sacudida. Seguramente has experimentado algo parecido: es la súbita conciencia de haber descubierto la existencia de un hilo que une miles de pensamientos conocidos formando uno solo. Me pareció haber comprendido el sentido de aquellas palabras. No hay mandamiento (no mates, no cometas adulterio, no mientas, no robes) que no se volviera necesario si existiera el amor. Un amor así, claro está. Los hombres son malos porque no aman. ¡Si se pudiera enseñarles esto! ¿De qué sirve que el emperador mande ofrecer sacrificios en nombre suyo si el soldado romano nos odia? ¿De qué sirve que los ascarios recojan los impuestos para el Templo, si la masa de los *amhaares* está dominada por la ira y el odio? Él tiene razón. A la gente hay que enseñarle a amar. ¡Si se pudiera obligarla a ello! ¡Pero no se puede forzar a amar...! Sí, es un pensamiento muy bello... ¡Pero tan ilusorio! ¡No habrá muchas personas en este reino suyo! Con todo, consideré que, para fortalecer a la gente, debía darle la razón.

—Has dicho bien, rabí — contesté —. Hay que amar al Eterno con todas las fuerzas y al prójimo como a uno mismo. Esto es más importante que todos los sacrificios u holocaustos...

Sus ojos, que habían permanecido cerrados unos instantes, me miraron. Su luz descendió sobre mí. La sentí como se siente el efecto de un trago de leche caliente en un cuerpo helado. Dijo pausadamente, sin dejar de mirarme:

—No estás lejos del reino...

— ¿Pretendía esto ser un elogio? Pero si lo era, no muy grande en todo caso. Si de mí, que soy un fariseo, apenas puede decirse que no estoy lejos, ¿qué decir entonces de aquellos vociferantes

amhaares que lo rodean? Pero aquello no era un elogio. No lo dijo del modo como se elogia a un hombre que ha expuesto razonablemente una cuestión. No sé, pero tengo la impresión de que sus palabras tenían poca relación con las mías. «No estás lejos...» ¿Por qué? ¿Porque le había dado la razón? ¿O fue por...? Casi me inclino a creer que él me había destinado un lugar «no lejos del reino», y que es allí donde me ve, o donde desearía verme...

Continuó su camino y yo le seguí.

Así voy desde hace unos días vagando por los prados, sentándome en la hierba para escuchar sus enseñanzas y admirando los milagros que obra cada día. A veces comparto con él los alimentos. Vive de un modo muy sencillo. Generalmente pasa la noche al aire libre, envuelto en su manto, cerca de alguna hoguera. Cuando los otros ya duermen, se levanta, se dirige a la colina más próxima y se pone a orar. Come muy poco, lo que encuentra o lo que los otros le dan, y más de una vez, cuando la afluencia de gente es muy grande, se olvida de comer. Durante el día nunca está solo. Siempre se halla rodeado de personas sedientas de oír sus palabras y presenciar sus obras. Pero mientras los oyentes ocasionales van cambiando sin cesar, un grupito de discípulos incondicionales le acompaña constantemente. Él los trata como a sus amigos más íntimos. ¡Pero estos discípulos...!

Dicen que él mismo los ha escogido entre muchos. Podría creerse que estaba ciego cuando lo hizo. ¡Qué manera de elegir! Son doce. Casi todos pescadores locales, gente sencilla y grosera. A alguno le conocía por haberle visto hace un año a orillas del Jordán. Desde luego, recuerdo a aquel hombretón alto, de facciones toscas como talladas con un hacha y voz hueca como el sonido de un tambor árabe. Le gusta hablar, vanagloriarse, sobresalir entre los demás. La boca no se le cierra ni un instante. Pero los otros tampoco se quedan cortos. Parecen sentirse enormemente orgullosos de que el nazareno los haya escogido como compañeros. Se jactan de ello y muestran aires de suficiencia a los de fuera. Pero entre ellos se pelean a más no poder. Cada uno se cree el mejor y querría ser el primero después del maestro. Cuando él habla, se callan, pero basta que deje de hablar o se aleje un poco para que vuelvan a alborotar. Comienzan a cruzar por el aire palabras groseras. Cualquiera que los oyera sin haber visto ni oído antes al nazareno huiría de aquella compañía convencido de que se trata de una pandilla de borrachos. Por su intimidad con el maestro, esperan alguna extraordinaria gloria en el futuro.

¡Realmente, no le veo el provecho de trabar amistad con gente de esta clase!

El pescador de la voz hueca se llama Simón, hijo de Jonás. También está aquí su hermano Andrés. Luego dos pescadores más, también hermanos: Santiago y Juan, a los que el Maestro llama «los hijos del trueno». Juan es un muchacho todavía y tiene un hermoso rostro de adolescente (creo que a él también le vi cuando permanecí a orillas del Jordán). Pero las duras cuerdas ya le han estropeado las manos y tiene la lengua afilada como los otros. A continuación viene Felipe, un muchacho con cara de atontado que continuamente se asombra de todo y se preocupa por cualquier cosa; pero cuando el maestro le soluciona esta preocupación prorrumpe en grandes demostraciones de ingenua alegría, palmotea, grita y canta. Luego viene Natanael, oriundo de Caná, que se considera, no sé porqué, el más listo de todos; ¡un tontivano de pueblo! Otro es Simón, también de Caná, antiguo zelota y quizá sicario, actualmente expulsado de su sociedad a causa de unos robos de poca monta o algo por el estilo. Éste también tiene muy elevada opinión de sí mismo y todo porque, en cierta ocasión, tomó parte en un asalto a unos legionarios borrachos. Luego viene Tomás, un pequeño artesano impulsivo y atolondrado como Simón; estos dos a cada momento llegan a las manos. En contraposición a ellos está Mateo, que es el representante de la mayor miseria que uno pueda imaginarse. Los otros son *amhaares*: éste, para colmo, es, o mejor, era publicano. ¡Servía a los impuros y recogía ases para los romanos! A pesar de todo, el nazareno le admitió en su grupo, de modo que éste también le sigue, aunque afortunadamente no abre la boca. No hace sino mirar a todos lados, temeroso de que la gente comience a echarle piedras.

Los dos siguientes son hermanos del maestro. Por más que no propiamente hermanos, sino hijos de la hermana de su madre o del hermano de su padre. Santiago se parece un poco al nazareno, es alto, bien parecido y tiene una mirada pensativa. Generalmente habla despacio, no discute con nadie, pero también se las da de listo. Él siempre sabe mejor lo que se debía haber hecho y cómo, y es el único que se atreve a hacer observaciones a su hermano. Le dice: «esto lo has hecho mal», o bien: «lo que has hecho es injusto». Jesús, al oírlo, calla y sonríe. Su otro hermano, Judas, es callado y obediente como Mateo. Sigue a los otros, no abre la boca y mira al maestro con los ojos de ciervo asustado. Algún día se perderá y nadie se dará cuenta de su ausencia.

El último es aquel tendero de Karioth a quien conozco. Este hombre sueña con alguna venganza, pero es listo, experimentado e incluso un poco versado en las Escrituras. Me es más fácil hablar con él que con los otros. Desprecia a sus compañeros y considera que el maestro cometió un gran error escogiendo unos discípulos como aquéllos. Según él, el nazareno también es culpable de que tal distinción se les haya subido a todos a la cabeza. No le ha bastado con haberlos admitido como amigos suyos, sino que, además, les ha enseñado a curar gente y echar al demonio. Escribo «les ha enseñado», aunque no es la expresión adecuada. Judas afirma que no les ha enseñado nada. Simplemente les dijo «curad...» Ya varias veces han logrado vencer una enfermedad y echar al demonio. ¡Qué idea entregar semejante poder en manos como aquéllas!

Pero ellos prueban de hacerlo sólo cuando Jesús se aleja por un momento. En su presencia no alardean de sus facultades. Por ahora sólo él cura, y sus curas... Pero no son sólo curas. Te escribí que mandó decir a Juan «los muertos resucitan...» Y es verdad. Unos días antes de que yo llegase resucitó a un hombre. La cosa ocurrió como sigue: Cuando entraba en el pueblecito galileo llamado Naim vio a unos hombres que conducían un féretro, seguidos por la madre del muchacho muerto. La mujer gritaba, gemía, se mesaba los cabellos y se rasgaba la *cuttona*. Ya sabes cómo hacen las madres. En Jerusalén cada día se ven plañideras por el estilo. Desde luego, compadezco a la gente, sobre todo cuando se les muere un niño. No hay nada tan doloroso como la muerte de un niño; es imposible pensar en ello tranquilamente y menos resignarse a esta idea. Debe ser aún más difícil soportarlo cuando se tiene la conciencia de haberlo provocado con los propios pecados. A menudo se ven mujeres así, pero a él le conmovió la desesperación de aquella madre precisamente... Se acercó, tocó el féretro (no se fija en las reglas para conservar la pureza) y paró a los que lo conducían. Dijo, como de costumbre, sólo unas pocas palabras: «Muchacho, levántate, te digo.» Y el muerto se incorpora. Como es natural, se produjo un tremendo alboroto; los hombres dejaron caer el féretro y huyeron como locos. Es raro que esta sola resurrección no le haya costado varias vidas porque, con el pánico que se produjo, muchos hubieran podido morir pisoteados. Pero todo terminó bien. Con razón pudo decir a los mensajeros de Juan: «el muerto se ha levantado de entre los muertos». Me pregunto si resucitaría a alguien más, al hijo de otros padres que se lo pidieran.

Yo continué siguiéndole, pero aún no le he hablado de mi problema. Escucho lo que dice y cada vez estoy más persuadido de que si hace algo por mí será pidiéndome mucho a cambio. Quizá no me lo pida.... pero yo tendré que dárselo... Me paro a considerarlo y dejo que los días vayan pasando...

El paisaje es muy bonito. Aspiro a pleno pulmón el perfume de las primeras flores, pero así que empiezo a disfrutar de ello siento como un golpe en el pecho: «tú aquí, y allí Rut...» Mi alegría se extingue entonces como la llama de una lamparita bajo un soplo de aire. Me encierro en mí mismo, exprimo todo el dolor que me llena y repito las palabras del sabio: «vanidad de vanidades y todo vanidad...» Luego el dolor, las penas y la añoranza se mezclan con una sensación de gusto que aparece no sé cómo. En verdad te digo: más vale seguirle y escuchar sus explicaciones, como cuentos que un cantor compusiera en una noche cuajada de estrellas altas, en medio del silencio interrumpido sólo por el rumor de los riachuelos.

CARTA VI

Querido Justo:

Me pides que te diga en pocas palabras en qué consiste la doctrina del galileo. No sé si sabré hacerlo. No es una tarea fácil. Si me preguntaras qué quiere el maestro de Nazaret, podría contestarte con una sola palabra: todo. Esta es la verdad: exige de nosotros todo, absolutamente todo. Te imagino arqueando las cejas para darme a entender que no comprendes mis palabras. Estoy de acuerdo contigo, pero mira: a él también cuesta entenderle. La verdad que anuncia es tan simple en sus pormenores que hasta un niño la comprendería. Pero en su totalidad sobrepasa las posibilidades del entendimiento humano. Habla de un modo claro y transparente como si te condujera por un camino muy recto. Pero de pronto este camino se corta y a uno le parece que se cae en un abismo. Entonces dice: dame la mano, apóyate en mí, confía... cierra los ojos.

No hace mucho acudieron a verle unos discípulos de Juan, que andan por aquí perdidos como ovejas sin pastor; no han querido reunirse con los seguidores de Jesús y murmuran contra él como si estuvieran celosos de que esté en libertad mientras su maestro continúa encarcelado en la «fortaleza negra». Le preguntaron: «¿Cómo es que tus discípulos no ayunan? « Les contestó: «Cuando el esposo está de bodas no es el momento de ayunar. Pero llegará un día en que él marchará y entonces todos llorarán y se lamentarán. Nadie remienda una vieja *simlah* con tela nueva ni vierte vino nuevo en odres viejos...» Aparentemente, palabras sin sentido. Pero medítalas y comprenderás lo que yo he descubierto en ellas. La doctrina que nos ha traído no puede servir para remendar lo viejo. No completa nada, no sirve para nada ya existente. Forma una unidad en sí misma, es un todo. Quien quiera adoptarla debe tirar el manto viejo y desprenderse de los aires viejos. Debe procurarse un manto nuevo y nuevos pellejos.

Pero tú querías saber en qué consisten sus enseñanzas... Hace dos días Jesús cruzaba unos prados, en las afueras de la ciudad, rodeado por una inmensa multitud. El día era claro como siempre aquí. Por el cielo se deslizaba una única nube perdida, como una gran bola de algodón. A lo lejos se divisaba el lago color esmeralda, brillante y lleno de vida. Más allá, confundidas con el pardusco horizonte, blanqueaban las cumbres del Antilibano, cuyos contornos, dibujados en el aire con trazos blanquecinos, las lucían aparecer como separadas de su base. El gentío avanzaba produciendo un rumor como de un torrente de montaña. De pronto, todos se pararon. En aquel lugar la colina quedaba cortada por un talud rocoso. El nazareno escaló rápidamente el talud cubierto de hierba y apareció sobre nuestras cabezas, recortada su blanca silueta contra el azul del cielo y envuelta la cabeza en un halo de luz.

Las gentes, que ya le conocen, adivinaron que se disponía a hablarles y comenzaron a sentarse al pie de la colina o en las laderas. La hierba, las piedras, las rocas, todo desapareció bajo aquella masa humana. Él continuaba de pie en lo alto, esperando tranquilamente a que todos estuvieran sentados. Luego levantó la cabeza hacia el cielo y, por unos instante, pareció que sus labios se movían como si dijera algo, pero tan bajo que nadie pudo oírlo. ¡Cuánto reza! ¡Hasta parece extraño...! Lo hace muy a menudo, pero poco rato. Incluso no sé si se puede llamar oración a lo que hace: simplemente lanza unas palabras al aire y al instante vuelve de nuevo a la tierra. Aquella vez también: sacudió la cabeza, extendió los brazos y miró a la multitud.

Generalmente empieza con una *hagadá*. Cuenta alguna historia: había un rey, cierto labrador, un padre... Las gentes escuchan esta narración y mientras tanto la verdad, hábilmente disfrazada, penetra en sus corazones sin que ellos se den cuenta. Pero esta vez comenzó de otro modo. Dijo:

—La bendición del Altísimo para los simples, para los que creen, para los que tienen fe y para los pobres de espíritu. Ellos alcanzarán el reino de los Cielos...

Lo dijo con tanta gravedad que me pareció ver a un segundo Moisés bajando de la cumbre del Sinaí para anunciar los mandamientos recién recibidos. A decir verdad, aquello era como los puntos de un rescripto del César, en el que se enumera a las personas que han sido admitidas ante la presencia del emperador. Continuó:

—La bendición del Altísimo para los mansos y los pacíficos Ellos poseerán la tierra. La bendición del Altísimo para los pobres, para los que lloran, para los hambrientos, para los enfermos y para los presos. Sus sufrimientos terminarán y se convertirán en alegrías... La bendición del Altísimo para los perseguidos y para los que han padecido injusticias. La justicia del Señor les será otorgada...

Presté toda mi atención. Ahora, pensé, lo sabré todo. El maestro hablaba como si leyera un código de leyes. Pero los preceptos que enunciaba me parecieron muy singulares: no hablaban de culpa y de castigo, sino de virtud y de recompensa. Incluso de dos recompensas. ¿No te parece raro esto? : «la bendición del Altísimo para los que han padecido injusticia». Según ello, resultaría que el que ha sido injustamente tratado sólo por esto sería ya bienaventurado. Y, además, como por añadidura, se le hará justicia. Podría creerse que no hay en el mundo mejor provecho que haber padecido injusticia. ¡O bien estos que lloran! ¿Quién puede saber por qué llora un hombre? Quizá porque le ha correspondido un castigo merecido Pero él no hace distinción entre los que lloran. Según él, todo el que llora es bienaventurado y las lágrimas de todos se convertirán en alegrías. ¿No te parece que esto es querer simplificar demasiado las complicadas cuestiones de la vida? Pero escucha lo que dijo a continuación:

—La bendición del Altísimo para los misericordiosos. Ellos también obtendrán misericordia. La bendición del Altísimo para los que tengan el corazón limpio y libre de deseos. Ellos verán al gran Sabaoth. La bendición del Altísimo para los que hagan la paz, para los que devuelvan bien por mal dando pan a cambio de una piedra. Ellos serán llamados hijos de Sekiná...

Entonces vi claramente que estaba exponiendo como un segundo decálogo, las bases de su doctrina. Desde luego, era una hermosa recopilación. Pero, ¡cuánta ingenuidad en ella! ¿De qué sirve prometer la bendición del Altísimo para los misericordiosos y los justos si no se anuncia a la vez un castigo para los egoístas y los ladrones? Seamos razonables: el mundo está lleno de maldad; junto a un número muy reducido de personas que han escogido el camino de servir al Eterno, hay millones y millones de *amhaares* que no cumplen los mandamientos y preceptos y una incalculable multitud de paganos impuros e idólatras.

Una doctrina tan bella debería ser vigilada como una piedra preciosa. Quien la profesase debería encontrarse bajo la protección de la ley. Moisés decía: «Quien trabaja en sábado, debe morir; a quien

practica la magia, hay que matarlo; quien ofrece sacrificios a los dioses, debe morir; el buey que cornee a un esclavo, será muerto a pedradas y su amo pagará al amo del siervo treinta ciclos de plata...»

Él, por el contrario, abandona a los buenos a su propia suerte. ¡Tienen la bendición y esto ha de bastarles! Pero no les protege contra el mal. Porque, fíjate, coloca al mismo nivel a los buenos y a los desgraciados. «La bendición del Altísimo para los que lloran.... ¡Qué punto de vista tan singular! Comprendo que con lágrimas se pueda expiar una culpa y ganar con ello la bendición. Pero quien la haya recibido ya no debería llorar. ¿De qué serviría la bendición si tuviera que ir acompañada de lágrimas? Se va a Dios en busca del bien, como yo he seguido al galileo buscando la salud para Rut. ¿Qué clase de médico sería el que agravase aún la enfermedad de su paciente? Él parece tratar las virtudes y las desgracias como algo similar. Dice: «La bendición del Altísimo para los mendigos, para los presos, para los inválidos, para los enfermos...« Sólo hay una bendición para el enfermo: ¡la salud! ¡Quien no tiene salud tampoco tiene bendición alguna...! Pero creo que me he dejado llevar por las palabras. La cosa tampoco es tan sencilla. ¿Por qué yo no puedo obtener la bendición para mi Rut? Lo he ofrecido todo al Eterno Adonai, Si para mí no hay bendiciones, ¿quién las tendrá? ¿Alguien sólo por el hecho de ser mendigo? Yo hago limosnas, pago los diezmos, no escatimo ofrendas... ¡Ni Job dio más! «La bendición del Altísimo para los que lloran...» ¿Tú crees, Justo, que yo no lloro? Como un niño, como un niño pequeño lloro y sollozo, yo no he de tener derecho a esperar justicia? ¿Y Rut a recibir la salud? ¡Por todo mi vida esta enfermedad! Si fuera verdad lo que él dice, yo tendría ya la bendición. ¡Cien bendiciones! Y, si las tuviera, la enfermedad hubiese desaparecido Pero no desaparece, y yo ni sé ya imaginarme qué sería si de pronto se fuera. Así, ¿qué? ¡Es un círculo vicioso!

Él tiene razón, quien desee aceptar su doctrina debe ponerse una *simlah* totalmente nueva. Ningún remiendo sirve. Al contrario: el vino nuevo reventaría los odres viejos. Hay que cambiar la manera de pensar, la manera de mirar al mundo, y hay que considerar como razonable algo que hasta entonces nos había parecido una locura. No sé por qué le sigo y qué espero. Con seguridad este nuevo odre equivale a ese nacer por segunda vez del que hablábamos aquella noche. Pero el hombre no muda de piel como las serpientes. Ha de continuar siendo él mismo y no lograrán cambiarle tan radicalmente

una amenaza o una promesa. A mí siempre me parece que él exige demasiado.

Acabó con estas palabras:

—Le bendición del Altísimo para los que sufren por la justicia. Ellos alcanzarán el reino de los Cielos... Y a vosotros todos también os bendecirá — extendió los brazos hacia la multitud — cuando os odien, cuando os echen de las sinagogas, cuando os calumnien, cuando os persigan y os maten en mi nombre, como perseguían y mataban a los profetas. Entonces gozad, alegraos y esperad. Vosotros también seréis recompensados...

¿Esto es todo?, me preguntaras. Sí. Tengo la impresión que en este canto sobre las bendiciones él ha encerrado toda su doctrina. Digo canto porque era como un salmo. Habla de un modo extraordinariamente sencillo y quizá por esto sus palabras van transformándose, sin que nos demos cuenta, en un canto... ¿Acaso un canto no es siempre una manera artificial de hablar, compuesta con la única finalidad de divertir a las turbas? Querías que te explicara su doctrina. En lugar de hacerlo, te he ido citando sus palabras. ¿Te ha satisfecho esto? Supongo que no. Yo también hubiese preferido escuchar algo diferente, algo que tuviera más base y fuese menos turbador. Cuando le escucho, me parece como si el sol cayera verticalmente sobre mi cabeza desde un cielo radiante.

He de confesarte que más de una vez me pregunto si no pretende destruir la Ley, como afirman los saduceos. Este odre viejo, ¿no quiere significar la Torah?

Él mismo asegura que no tiene la menor intención de abolir la Ley. Incluso ha dicho: «Mientras existan el cielo y la tierra no se cambiará una sola letra de las Escrituras. No he venido a destruirlas, sino a cumplirlas. Quien respete y siga la Ley encontrará su puesto en el reino de los Cielos, aunque sea un puesto bajo y secundario... Pero quien la cumpla será el más grande de todo el Reino...»

Cuando dice «cumplir» no parece referirse al simple cumplimiento de las prescripciones. Para él, «cumplir la Ley» significa encontrar en ella algún sentido oculto, profundo. Por ejemplo, elige la antigua prohibición de las Tablas del Señar «No matarás» y la explica así: «Quien se encolerice contra su hermano, es como si le matara. Quien le llame necio, será arrojado a la Gehenna.» O bien recuerda el mandamiento «No cometerás adulterio», y añade: «Pero yo te digo: con sólo haber deseado a la mujer de otro, ya has cometido adulterio.

Tu mujer es tu cuerpo. Si la abandonas, recuerda que tú serás el culpable de que ella se entregue a otro.» A veces dice cosas inquietantes. Así, cierto día dijo: «Oísteis lo que mandó Moisés: si alguien golpea a otro y esto le cuesta la vida, debe pagarlo con su vida; ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, golpe por golpe... Pero yo os digo: si alguien te golpea en una mejilla, ofrécele también la otra; si alguien te roba la *cuttona*, dale tu *simlah*; si alguien te obliga a acompañarle, síguele y ve más lejos aún; si alguien te pide un préstamo e insiste en ello, dáselo aunque sepas que haces una limosna...»

¿Acaso esto no es exigir demasiado? Pero escucha algo más irritante aún. Ocurrió esta mañana precisamente. Entre la multitud que le rodeaba estaban las familias de aquellos galileos que fueron muertos por los romanos durante las últimas fiestas de la siega. Alguien mencionó aquel suceso y, naturalmente, en el acto se oyeron llantos y lamentaciones. Estos gritos conmovieron al maestro. ¡Si vieras cómo inclina hacia la gente su cabeza, que se vuelve de color de oro viejo, oscuro, cuando la iluminan los rayos de sol; si vieras sus ojos profundos, brillantes de compasión! Cuando alguien le habla de sufrimientos, parece sufrir más que el que lo cuenta. «Mi hijo...», sollozaba una mujer de rostro enjuto y surcado de arrugas como un bloque de arcilla resecada por el sol. «Mi marido...», decía una campesina joven y esbelta, con esa voz dura e incolora con la que revestimos el dolor. Los labios de Jesús temblaban. Suspiró y dijo de pronto a los que le rodeaban:

—¿Creéis, acaso, que su hijo o su marido habían pecado más que cualquiera de vosotros?

Se hizo un silencio lleno de asombro e inseguridad.

—No — sacudió la cabeza —, pero si no hacéis penitencia moriréis todos...

En sus palabras resonaba un grito de desesperación contenido. Bajo la ondulada barba, las mandíbulas se apretaron con fuerza. Pero entonces pareció como si le dominara otro pensamiento. Abrió mucho los brazos como siempre que quiere hablar a todos y para todos. Comenzó:

—¿Recordáis lo que está escrito en el Libro del Sacerdote? No desees la sangre de tu hermano, no le guardes rencor, no busques la venganza, y ámale como te amas a ti mismo. Pero yo os digo — su voz creció como el Jordán en época de lluvias —: Amad a todos

vuestros enemigos y orad por los que os persiguen y os odian. ¿Qué recompensas esperáis recibir si amáis sólo a un hermano o a uno que os ama? Los paganos también lo hacen así. Pero vosotros sed diferentes: sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial...

Cuando oí esto, mi primer impulso fue abandonarle inmediatamente y volver a Jerusalén. ¿Qué conseguiré yendo por estos mundos en pos de un hombre cuyas palabras son como piedras? «Ofrécele la otra mejilla... ama a tus enemigos... » ¿Ama? ¿Quién puede amar a un pecador, a un hombre que nos está matando? ¿Es que puede hacerse algo de provecho cuando se ha adoptado esta actitud respecto a nuestros enemigos? Repito: el mundo está lleno de maldad, el bien no puede defenderse a sí mismo: sólo él no sabe verlo. Imagina que la verdad ha de vencer sólo porque es verdad. Desgraciadamente, no es así. Siempre se ha tenido que ayudar a la verdad. Siempre ha sido necesario imponerla a los hombres.

Si quisiéramos escucharlo, tendríamos que abandonar la enseñanza y comportarnos tal como querríamos que se comportaran los demás. Pero, a decir verdad, esto es lo que él hace. Cuando le observo de cerca, sé y siento que me ama tanto a mí como a un *amhaares* cualquiera de entre la multitud, un árabe, un romano, un griego o...ve a saber quién. ¡Y esto no es todo! Ama igualmente a un desconocido que a alguien muy próximo: a su madre, a sus discípulos, a sus hermanos y hermanas... Al decir «igualmente» quiero dar a entender que su amor por cada uno de nosotros es tan grande que no puede haber en él diferencias. Se ama más o menos cuando no se ama mucho. Pero su amor parece no tener límites. No puedo imaginármelo negándole algo a alguien. La gente le pide milagros como si fuera un préstamo que, evidentemente, jamás le devolverán. ¡Y él los otorga! Los otorga como a pesar suyo, como por querer estar de acuerdo con sus propias palabras. Pero habla sin cesar de la misericordia y bondad del Altísimo. Y todas las curaciones que realiza a diario son como signos visibles de esa verdad. Cura a los enfermos con el fin de demostrar que Adonai no puede comportarse de otro modo con los que han tenido fe en Él. Parece decir: mira cómo es Él: yo te he curado, ahora sabes qué puedes esperar de ÉL Por este signo deberías confiar en Él... Pero, ¿y si esta señal no le fuera necesaria a alguien? ¿Si alguien tuviera fe en el Eterno sin el testimonio de un milagro? Este pensamiento ha nacido en mí hoy y comienza a inquietarme. Es como si se me abriera una trampa bajo

los pies. Has recibido la salud para que sepas que el Señor es misericordioso. Y cuando lo hayas creído, entonces, ¿qué?

¿Con qué derecho habla en nombre del Eterno? Su atrevimiento siempre me predispone mal. No puedo sufrir esta presunción suya. Hace unos días estuvimos con él en el pueblecito de Corozaim, muy cerca de Cafarnaúm. La gente le recibió con visible emoción, como todos por aquí: le llevaban a sus enfermos, le tiraban del manto y de los cordones, pues creen que con sólo tocar sus vestiduras o incluso su sombra, van a quedar curados. Y, en efecto, así ha ocurrido más de una vez... Escuchaban sus palabras, se golpeaban el pecho, se restregaban la nariz y se rascaban la cabeza como una persona que por fin se decide a hacer un pequeño sacrificio. Pero, cuando llegamos al pueblo por segunda vez, lo primero que vimos fue un cortejo nupcial que, después de dejar a la novia en casa del esposo, regresaba entre gritos desaforados a la casa de sus padres para continuar allí los festejos. De pronto, el maestro se paró enfurecido. Nunca se sabe qué hará o qué dirá; si sonreirá a un impuro rebaño de *amhaares* o arremeterá furiosamente contra ellos. Él, tan suave y silencioso, sabe tener también accesos de cólera. Dice entonces palabras duras como si le silbara sobre la cabeza el látigo de un camellero. Alzó la mano y la dejó caer con violencia como un profeta cuando lanza una maldición y exclamó:

—¡Ay de ti, Corozaím! Si Tiro y Sidón hubieran presenciado tantos milagros como tú, ya estarían expiando sus culpas entre llanto y cenizas. Por esto te digo: en el día del juicio mejor lo pasarán las ciudades fenicias que tú.

Llevado por el mismo impulso volvió la cara al camino por el que habíamos venido de Cafarnaúm, ciudad que parece amar tanto que hasta la gente la llama su ciudad. Exclamó:

—Y tú Cafarnaúm, ¿acaso te elevas hacia el cielo? No. El *seol* te arrastra. Eres peor que Sodoma. En verdad te digo que en el día del juicio mejor lo pasarán los hombres entre los que vivió Lot que tus habitantes...

Enmudecimos todos. Sólo Simón, con los brazos en jarras, nos miró a todos desde arriba. También los hijos de Zebedeo comenzaron a gritar: « ¡Tiene razón! ¡Tiene razón! ¡Así pasará con los pecadores! ¡Se tratan con los paganos! ¡Han merecido un castigo! ¡Veréis, caerá sobre vosotros el fuego del cielo! » Yo miraba el rostro del nazareno. Cuando éste se encolerizó, tenía una expresión de dignidad ofendida

como si alborotaran para insultarle a él personalmente. Pero cambió muy pronto. Se apagó el brillo de sus ojos. Ahora parecían la superficie de un pozo muy hondo que no se sabe si brilla por el frío o despide calor como las fuentes de Callirhoe. El tono enojado de su voz cedió de pronto. Lo que dijo a continuación era como la queja de una madre quo llama a un hijo desobediente. La dirigió a sus discípulos « ¡No sabéis de quién es vuestro espíritu...! » Luego siguió hablando a los habitantes de Corozaim.

—Venid a mí todos, todos los que sufrís y trabajáis duramente. Tomad mi yugo y llevadlo como yo, con humildad y en silencio. Si lo hacéis así no os faltará la alegría. Porque mi yugo no es una carga, es la felicidad...

¿La felicidad? La persona que ha recibido una bendición es feliz. «La bendición para los que lloran...» es una manera de decir sois felices porque lloráis...

Pero el que llora, ¿puede ser feliz? No, Justo, esta filosofía no es para mí. Yo lloro y no soy feliz. Sirvo al Señor, pero esto no me da la felicidad. Si Rut se pusiera buena... Pero no, quiero serte franco. Siento este dolor más adentro aún, como una flecha con la punta rota que se hubiera quedado clavada en no sé qué punto de mi interior. ¿Qué es lo que él nos ofrece? Todo es pura palabrería. Cuando me duele la cabeza, no puedo cambiar este dolor por un dolor de muelas aunque el de cabeza me parezca en ese momento el más molesto. Pero el ayuno es un dolor que nos buscamos nosotros mismos. ¿Por qué, pues, no puedo ofrecer todos mis ayunos a cambio de los sufrimientos de Rut?

«La bendición del Altísimo para los misericordiosos, para los pacíficos, para los que lloran...» Lo dice y no se le puede contradecir porque él mismo da testimonio de ello. Es misericordioso cuando se inclina sobre los que sufren y parece extender sobre ellos su poder. Él hace la paz: en esa indisciplinada y ruidosa pandilla de galileos nadie se pega, no surgen demasiadas peleas y cuando él habla todo queda en silencio, sólo se perciben suspiros anhelantes y fuertes latidos de los corazones. Él también llora; debe de hacerlo muy a menudo: aunque no lo demuestra, lo atestiguan los profundos surcos de sus frescas mejillas. Es pasible y sufre persecuciones. Posee todo lo que, según sus palabras, es signo de bendición y felicidad. Nosotros también sentimos esta bienaventuranza, que forma como una aureola alrededor de su cabeza cuando le da el sol. Pero no creas que es alguien muy extraordinario. Es un hombre como todos... Pero no, de

nuevo he de contradecirme a mí mismo. No es esto. Irradia de él algo que no podemos definir, impalpable, pero evidente. No ha existido hombre alguno que haya hablado como él... Si nos habla de una fe tan grande en el Eterno que hasta parece una blasfemia es porque él mismo ha sentido esta fe.

—No viváis acongojados — repite a menudo pensando en qué comeréis o beberéis o de qué modo vestiréis. Mirad los pájaros: no hacen provisión de granos y, sin embargo, no se atormentan pensando en lo que ha de venir. Han tenido fe y por esto cada uno de estos gorriones, que se venden a un *as* la pareja, está en la mano del Señor. No os preocupéis pensando en el mañana. Bastantes preocupaciones tenéis hoy. Buscad el reino de Dios, buscadlo ante todo, con perseverancia, con obstinación, sin desmayo, y lo demás os será dado por añadidura. Vuestro Padre en el Cielo sabe que el hombre no puede vivir sin pan...

Su existencia es así, como la de un pájaro, sin preocuparse por el mañana aunque no sin una mira en el mañana. ¡Quién supiera vivir de este modo! Pero a personas como nosotros nos cuesta demasiado volvernos aunque sólo sea un poco inconscientes. Prevemos demasiado. Hoy vivimos ya en las tribulaciones del mañana. Si no llegan, ni siquiera nos damos cuenta, preocupados como estamos por otras nuevas. Vivimos constantemente angustiados: qué diremos cuando hagamos aquello y, cuando lo hayamos dicho, cómo nos comportaremos... ¡Cuántas mentiras inventamos, pensando que así será mejor, que así será más razonable! Más de una vez tiemblo al pensar qué sucederá si la enfermedad de Rut dura aún un año, dos... ¡Cómo nos atormentamos nosotros mismos!

Él vive ajeno a todo esto. Aunque sólo sonría, su sonrisa es más radiante que la sonora carcajada de otra persona. En su voz se siente vibrar a menudo el dolor, la pena, casi la desesperación. Pero más a menudo aún la alegría. Cuesta creerlo..., pero la tiene. Es una alegría extraña que resuena como el agua en lo hondo de la grieta de una roca. Podemos oírla siempre si nos acercamos y aguzamos el oído. Pero hay momentos en que el manantial salta hacia arriba a modo de surtidor y brilla al sol con todos los colores del arco iris. Cierto día exclamó: « ¡Pedid! ¡Llamad! Todo el que pida recibirá; a todo aquel que llame le será abierta la puerta. Si has pedido un pescado, no se te dará una serpiente...» Al decirlo, el entusiasmo irradiaba de sus palabras. Parece tener una sola pena y une sola alegría: la pena de que los hombres puedan ser malos y la alegría, que lo compensa

todo, de saber mayor la bondad del Altísimo que la maldad humana... No hace mucho; cuando atravesábamos Cafarnaúm, se nos acercaron siete ancianos de la sinagoga para pedirle que curara a un hombre gravísimamente enfermo. Se trataba del siervo de un centurión romano, jefe de un manípulo destinado e guardar la frontera entre las tetrarquías de Antipas y Filipo. Según decían, el centurión estaba bien dispuesto hacia los fieles y, habiendo él mismo entrado a formar parte de «los que temen al Señor», contribuyó a la construcción de la sinagoga de Cafarnaúm. «Ayúdale, rabí — decían todos —; es un buen hombre...» Él contestó «Conducidme allá.» Anduvimos por un camino entre negros cipreses, a orillas del mar, en dirección a la desembocadura del Jordán. Veíamos a Genezaret bañado en sol y toda la llanura al fondo del valle; en la superficie del agua danzaban unos reflejos de luz que parecían peces voladores. Los pescadores, con sus *cuttonas* y sus *cufieh* en la cabeza, tiraban afanosamente de las cuerdas para traer las redes hacia la rocosa orilla. Naturalmente, Simón. Juan y Santiago se animaron al verlos y comenzaron a aconsejar a gritos cómo debían hacerlo. Las manos y los pies se les iban solos hacia aquellas cuerdas y corchos, hacia aquella agua cruzada por corrientes frías y calientes. Siguieron al maestro, mas toda su naturaleza se quedó junto a aquellas barcas y aquellas redes: ¡Gente sencilla! Ni después de mil llamadas y avisos se hubieran decidido a abandonarlo todo. Hasta que cierto día él debió hablarles de ese modo irresistible. Conozco este episodio por lo que me contó Juan, hijo de Zebedeo. Este muchacho a veces se decide a hablar. Me dijo: «Ocurrió antes de la estación de las lluvias. El maestro hablaba a las gentes y, para evitar las apreturas, se subió a nuestra barca. Pero cuando ya el sol se había escondido tras el Carmelo y todos se habían marchado, dijo a Simón: « ¡Echad las redes!» Habíamos pasado toda la noche en el mar, sin haber pescado nada. Dos días antes habíamos tenido un fuerte temporal y los peces se habían alejado de la orilla. Ahora sabíamos que tampoco íbamos a pescar nada; las olas batían contra la orilla con demasiada furia. Pero Simón dijo: « ¡Puesto que el rabí lo manda, partamos...! » Nos hicimos a la mar. Cuando echamos las redes, ya las primeras manchas de la noche flotaban sobre la superficie. Comenzamos a golpear con palos el fondo de la embarcación. « ¡Los corchos se mueven; hay peces! », exclamó Simón. Seguimos adelante y nos pusimos a tirar de las redes. A pesar de que éramos cuatro, la red ni siquiera se movió. Como si estuviera clavada al fondo. «¡Más fuerte, mas fuerte, muchachos!», gritó Simón, y él mismo se puso a tirar con todas sus

fuerzas. Pero fue inútil. Por suerte, estaba cerca la barca de un amigo. Todos los que iban con él agarraron las cuerdas por el otro lado. Sin embargo, tardamos en sacar la red. Andrés gritó: « ¡Se están rompiendo las cuerdas! » Era verdad, se nos rompían en las manos. Simón, pegado a la borda con todo su corpachón, procuraba hacer de contrapeso. Gimió entre dientes: « ¡Perderemos la red...! » Hubiera sido una pérdida desastrosa. No poseíamos ningún ahorro y nunca hubiéramos podido comprar otra. Jadeábamos e igualmente jadeaban los de la otra barca. « ¡Ahora sí! », exclamó Andrés. « ¡Más, más! ¡Más fuerte!», nos decía Simón. Ahora la red realmente subía. El agua entre nuestras barcas comenzó a bullir. Apenas nos quedaban fuerzas. De pronto, sobre la negra superficie apareció, como una roca que surgiese del mar, una masa plateada de peces. ¡Cuántos había! Nunca, rabí, he visto nada parecido. Solos, jamás hubiéramos podido arrastrarlos todos hasta la orilla. Pero nos ayudaron gentes de otras embarcaciones. Cuando oímos el choque de la barca contra las piedras del fondo, ya un oscuro atardecer lo había envuelto todo. El maestro estaba en la orilla. Simón se abrió paso, saltó de la barca al agua y en unos cuantos saltos ganó también la orilla. Vi cómo se lanzaba a los pies del maestro. Tú le conoces y sabes lo impulsivo que es. Exclamó: « ¡Apártate de mí, rabí!, no soy sino un pescador...» Pero el maestro sonrió, le tocó la cabeza con la mano y dijo: «No importa...» Apoyó con fuerza las manos en los hombros de Simón y añadió: «A partir de ahora serás pescador de hombres...» Entonces — y al decirlo Juan sonrió con melancolía — lo abandonamos todo...»

Luego torcimos a la izquierda para llegar al puente sobre el río, ya que la casa de aquel centurión está en Julias. A medio camino vimos que se nos acercaba un jinete a caballo. Al vernos se paró y descabalgó. Iba vestido con una corta túnica roja de soldado, un pesado cinturón del que colgaba un sable y unas cáligas de piel atadas a las pantorrillas. En la mano sostenía el emblema de su cargo: una varilla de cepa. Su rostro, rasurado, tenía una expresión de seriedad. Se quedó a un lado del camino. Esperaba, muy rígido, a que el nazareno llegara hasta él. Cuando le tuvo cerca dobló una rodilla y la apoyó en el suelo. Mantenía la cabeza baja y una masa oscura de pelo rizado le tapaba el rostro. Jesús se detuvo

—Éste es el centurión a cuya casa nos dirigimos — le susurró el *hasán*.

Mientras tanto el soldado se había levantado, pero su cabeza continuaba inclinada y tenía las manos juntas. Habló en griego con ese duro acento de los bárbaros del Norte:

—No te molestes, Señor... Al saber que venías he salido a tu encuentro para decirte que no soy digno de que seas mi huésped y hables conmigo, ni de que yo te sirva... Ya sé — continuó —; basta que tú lo digas para que mi siervo quede curado. Eres como el tribuno que manda a un soldado: ve allá o haz aquello, y el soldado obedece...

Se hizo un gran silencio. El centurión continuaba con la cabeza baja, a la sombra de un árbol. Los negros ojos del nazareno se fijaban en el soldado de un modo extrañamente penetrante. Diría que con inquietud... Parecía estar esperando algo con gran tensión.

—Vete, pues — dijo de pronto —. Has creído y ha sido como tú querías...

Tampoco ahora el centurión levantó la cabeza. Con un rígido movimiento de soldado dobló la rodilla y se inclinó muy abajo, como si quisiera tocar con los labios el borde de la *simlah* del maestro. Luego se levantó, enderezando todo el cuerpo. Sólo entonces pude ver su rostro, joven aún, resplandeciente de alegría. Este hombre se había contentado con la palabra en vez de la obra. Vaciló, como si no supiera qué hacer: si correr adonde estaba el caballo, o caer otra vez de rodillas. De pronto levantó la mano e hizo un saludo militar al maestro de Nazaret, como a un general. Se fue a paso rápido hacia el caballo y montó de un salto. Tiró con tanta fuerza de las riendas que el corcel se encabritó. Dio media vuelta y comenzó a subir la cuesta. Todavía se volvió una vez y levantó la mano. Luego se lanzó al galope con un seco golpear de los cascos sobre el empedrado del camino.

Nos quedamos mirándole mientras se alejaba. Cuando la silueta de caballo y jinete desapareció en la lejanía, Jesús se volvió hacia nosotros. Te he hablado ya de su alegría. Nunca la había vista tan patente. Se podría pensar que un manantial secreto había brotado en el corazón de este hombre. Sacudió ligeramente la cabeza, como si se extrañara o dudara de algo. Dijo en voz baja, casi para sí mismo:

—Aún no he encontrado aquí una fe como la suya...

Los ojos del maestro se alzaron lentamente. Vi que, por encima de nuestras cabezas, miraba el lago, parecido a una enorme *forminge* cruzada por la plateada cuerda del Jordán, los montes de Galaad,

cobrizos y pardos, y las orillas galileas cubiertas por una infinita gama de verdes... De pronto añadió:

—Sí; en verdad os digo que vendrán gentes de oriente y occidente y se apoderarán del reino...

En su voz la alegría resonaba como las campanitas de las ovejas en el aire cristalino de la mañana. Pero, de súbito también, la empañó una tristeza como la niebla que aparece con las primeras lluvias.

—Los hijos del reino — concluyó en voz baja—serán arrojados a las tinieblas...

No comprendimos sus palabras. Pasó entre nosotros y comenzó a descender hacia el mar. Le seguimos. Mientras bajaba, yo iba pensando: se podría creer que hay en él dos personas: una se alegra por la llegada de extraños, la otra llora porque los hijos de la heredad podrían verse privados de ella.

Él lo quiere todo a la vez... Comprendí esto de pronto y fue como si un rayo hubiera caído sobre la tranquila superficie del lago.

Él lo quiere todo... Ésta es, Justo, su doctrina sobre los bienaventurados que son felices y lloran y sobre este reino que está lleno de prójimos y extraños. En verdad, no sé por qué le sigo... ¿Por qué y para qué?

Pero sabe que aquel siervo del centurión quedó curado a la misma hora en que él había dicho: «ha sido..

CARTA VII

Querido Justo:

Confieso que no sé qué escribirte. Lo que he visto últimamente ha cambiado todos mis juicios sobre él. Varias veces te dije que le consideraba un hombre como todos. Hoy he de decirte no sé quién es, si sólo un hombre, o más bien un ser misterioso que imita a los hombres...

Si no fuese porque cada día le veo comer y beber como cualquiera de nosotros; si no fuera porque cierto día, cuando entramos en el taller de un *naggar*, le vi sucumbir a la tentación de las sierras, cepillos, martillos y formones, dejarlo todo de pronto, coger de un rincón un tronco y trabajarlo a conciencia mostrando a cada movimiento que conocía bien el oficio; si no fuese por la tristeza que más de una vez he notado en su voz; si no fuese por todo esto, dejaría de creer que realmente existe... Sin embargo, es un hombre. Sus plantas dejan huellas en la arena y la hierba se dobla bajo su peso. Cuando está cansado lo noto en su rostro, que palidece como el de quien ha perdido mucha sangre. Entonces se apoya en una roca o contra la borda de una embarcación y se queda dormido. Así se durmió precisamente cuando estábamos navegando, con el profundo sueño de un obrero cansado capaz de dormir aun estando de pie. Pero espera; voy a contártelo todo tal como ocurrió.

Anda, predica y cura. Raramente pasamos más de una noche en el mismo lugar. Seguimos las carreteras y caminos de Galilea sin hacer caso al tiempo, que ya se ha vuelto muy caluroso. Estamos en pleno verano. Todo a nuestro alrededor ha florecido y madurado. Pronto terminará la siega y dentro de poco podremos ya coger dátiles. La sequía aumenta de día en día. En los pueblos y poblados se oye el grito de: « ¡A mí! ¡Venid a mí! ¡Agua! » Los estanques y torrentes más pequeños se han secado. El Jordán ha bajado de nivel y brilla como una cinta plateada al fondo del *ghor*. Al atardecer se oyen en las cercanías del lago los gritos de los que van a sacar agua y el chirriar

de las ruedas. La abundante vegetación que cubre las colinas circundantes se mantiene verde gracias al incesante esfuerzo de los campesinos galileos. Si ellos dejaran de trabajar, unas negras rocas comenzarían a despuntar entre la vegetación, como los huesos de un esqueleto por entre los restos descompuestos. La blanca capucha del Hermón se ha fundido; y sobre el cielo se recorta la cumbre verde y gris que apenas sobresale de las escarpadas y amplias lomas.

Dondequiera que esté se pone a predicar. Habla en las sinagogas, pero prefiere hacerlo al aire libre. Le gustan las colinas con un declive pronunciado y escoge sobre todo las que tienen un amplio campo visual para, desde allí, poder invocar como testigos de sus palabras a las ciudades, montañas y mares lejanos. Observo que últimamente su modo de hablar ha variado. Cuando antes contaba una *hagadá*, explicaba en seguida su sentido. Hoy habla sólo con parábolas y casi nunca deja entrever claramente su pensamiento. Sólo si sus discípulos no le han entendido les da explicaciones más tarde.

Quizás esta actitud tiene por causa las contrariedades que ha tenido últimamente. El pueblo continúa siguiéndole, escuchando todas sus palabras y maravillándose de sus milagros. Pero los nazarenos no están ociosos, han hecho circular por todo el país calumnias contra su paisano. Han logrado que el Templo se fijara en él. Entre los grupos que escuchan a Jesús cada día se ven más sacerdotes, levitas y *soferim*, incluso hay fariseos. También a mí han venido a preguntarme mi opinión sobre el nuevo maestro. Vigilan cada palabra y cada acto suyo y tratan de atraparle en alguna falta. Varias veces habló mal de nuestros *haberim*. Ni una de estas palabras ha sido olvidada. En la sala de la Piedra Cuadrada lo saben todo. Me preguntaron:

"¿No has observado, rabí, que descuida las abluciones antes de las comidas y coge el pan con manos impuras? No se puede comer en la misma mesa con él. Tampoco observa el sábado. Lo hemos comprobado con nuestros propios ojos. Cierto sábado, cuando aún había trigo en los campos, pasó con sus discípulos entre unos trigales; ellos arrancaron unas espigas, las desmenuzaron y se comieron los granos. ¿Es que nuestras *miwkoth* no nos prohíben hacerlo? Cuando le llamamos la atención sobre lo que habían hecho sus discípulos, ¿sabes, rabí, cuál fue su respuesta? Nos recordó cómo el gran rey David — que el Eterno tenga su alma — cogió del Santuario los panes de la proposición y comió de ellos. ¡Comparó a estos impuros *amhaares* con el gran rey! Y aún añadió: «Hay aquí alguien que es mayor que el Santuario...» ¿Quién es? ¿Él, quizá? ¡Qué blasfemia tan

grande compararse a sí mismo con el Santuario en el que entra el sumo sacerdote con sus sacrosantas vestiduras! Luego añadió: «Bar Nash es el Señor del sábado...» ¡Esto es otra blasfemia! ¿A quién llama «el Hijo del Hombre»? Daniel hablaba así del Mesías... Pero él, cuando se refiere a su persona, dice: «Bar Nash...» ¡Se da a sí mismo el nombre del que ha de venir! ¡Es una blasfemia! Sólo el Todopoderoso es Señor del sábado. Cuando le dijimos que es Baal Zebub quien expulsa a los demonios sirviéndose de él, nos gritó que somos unas víboras y que entrarán en nosotros no uno, sino siete espíritus impuros... Tú, rabí, eres sabio, perteneces al Gran Consejo y al Sanedrín. Tu nombre significa «vencedor». ¡Véncelo tú! Destruye su doctrina ante los ojos de estos sucios *amhaares*. Que no puedan ya sentirse orgullosos de él. ¡Has oído lo que dicen, que pertenece a la estirpe de David! ¡Blasfeman! ¡Blasfeman! No es más que un humilde *naggar*. Los libros de las estirpes fueron quemados por Herodes. ¡Que su nombre sea maldito, y que sea confinado para siempre al más bajo círculo del Gehinnon, pues ahora por culpa suya cualquier pordiosero puede decir que desciende de familia real! ¡Discútele públicamente sus enseñanzas, rabí! Tú eres tan sabio. Tú conoces la Ley. A través de ti habla Bath Kol, la voz del cielo. Cuando tú hables, los mismos cielos callarán. Ya lo dice la *halaká:* la autoridad del hombre versado en leyes es mayor que la de un ángel. Hazle callar. Ya ha pasado el tiempo de los profetas. Ahora vosotros, sólo vosotros, los *soferim*, podéis hablar en nombre del Altísimo. ¡Hazle callar, rabí!”

Los ojos les brillaban bajo sus *cufieh* hundidos hasta las cejas y sus largos y oscuros dedos tiraban nerviosamente de los cordones del *talis*. Le odiaban todos de dondequiera que vinieran. Pero querían que fuese yo el que le atacase. Me presionaban, me tentaban con palabras aduladoras. ¡Oh, palabras, así tienen más fuerza que un sable apoyado en la garganta! Aunque yo pensaba: si me enfrento con él, ¿quién salvará a Rut? Ya sé que blasfema y que no cumple las prescripciones. Pero hay algo en él que me hace sentirme impotente en su presencia. ¿Acaso al decirme que estaba cerca del reino lanzó un maleficio sobre mí? ¡Qué sé yo! Pero no quiero argüir con él. Les contesté que todavía era demasiado pronto, que más valía seguir escuchando lo que dice. Exclamaron: « ¡Ya ha hablado bastante! ¡Ha dicho tantas blasfemias! Esa pandilla de *amhaares* le escuchan y se tragan sus palabras como si fueran higos dulces. Amenázale, rabí, y hazle callan. Cuando los estropee, nadie querrá luego escuchar nuestras enseñanzas.» Quise convencerles de que no podía hacerlo. Necesito aún observarlo y oírle hablar. Discutimos hasta muy entrada

la noche. Cuando se marchaban, uno de ellos, un fariseo de Gischala, dijo: Das muy mal ejemplo escuchándole y luego callándote...»

No pude dormirme hasta la madrugada. Quizás es verdad lo que ellos dicen. Pero, ¿qué puedo hacer? No sé a quién dar la razón. Con sólo que obligara a sus discípulos a que se lavaran las manos y santificara el sábado, nadie podría reprocharle nada. Su doctrina no contiene errores. Los milagros que obra parecen atestiguar que el Todopoderoso está con él. Pero, ¿por qué es tan poco razonable? ¿Por qué dificulta tanto mi tarea?

De modo que tal vez por causa de todos estos que le escuchan impacientes, esperando poder atraparle en algo, cuenta *hagadás* y no las explica luego.

En cierta ocasión dijo:

—El reino de los Cielos es como la siembra. Un hombre salió a sembrar. Una semilla cayó entre cardos y éstos la ahogaron, otra cayó junto al camino donde los que pasaban la pisotearon, otra sobre una piedra y el sol la secó, otra en un pedregal donde germinó pronto, pero igualmente pronto se agostó. Otras, por fin, cayeron en tierra profunda y de ellas germinaron pesadas espigas que dieron al sembrador más de lo que había perdido con las otras semillas...

—El reino de los Cielos — dijo en otro momento — es como la semilla que alguien sembró y fue creciendo en silencio, de día y de noche, y antes de que el sembrador se diera cuenta tenía ya todo un campo de espigas a punto de siega. Y se maravilló porque la semilla y la tierra, la lluvia y el sol lo habían hecho todo y él no tenía más que recoger el fruto...

Aquí, a orillas del lago, comienzan ahora a sembrar por segunda vez; por esto todas sus *hagadás* hablan de la siembra. Las ruedas de las bombas chirrían, y los cubos con agua hasta los bordes pasan y vuelven a pasar por entre los rojos surcos de las tierras recién aradas. Él nunca habla de cosas que sus oyentes no pueden ver o no sepan imaginar fácilmente. «Mirad los lirios... Un labrador salió a sembrar...» En sus narraciones no hay sabios, ángeles, demonios o voces celestiales, sino personas corrientes, simples *amhaares* como los que ve a su alrededor. Los grandes Shammai, Abtalión e Hillel decían que en esto precisamente ha de consistir la enseñanza acercar la Ley al pueblo... Así pues, él habla bien. Pero también por este camino, desde Josué hasta los profetas, y luego desde los profetas hasta los sabios como Shammai e Hillel, han llegado hasta nosotros las reglas sobre

las abluciones y se han convertido en algo más sagrado que la misma Ley, ya que nos hemos impuesto esta obligación voluntariamente para mayor gloria del nombre de Sekiná. ¿Por qué, pues, hay en él esta continua contradicción? Si quisiera ser de otro modo, si sólo quisiera comprender... Porque a él no se le puede tratar como se trataría a un sabelotodo cualquiera que engañara a las gentes con vana palabrería, contraria a las enseñanzas de los sabios.

Le siguen ingentes multitudes, como si ésta no fuera la época de los trabajos en el campo. ¡Millares de personas! Desde la madrugada hasta bien entrada la noche le acompañan a todas partes. Esperan cada una de sus palabras y le llevan a sus enfermos. Se nota que está ya muy cansado de todo, pero es incapaz de negarle nada a nadie. Hace poco sus discípulos intentaron apartar a la gente para que tuviera al menos un momento libre para comer y descansar. Pero se dio cuenta de que trataban de alejar a un grupo de madres que le llevaban a sus hijos para que los bendijera y les reprendió severamente. Dijo: « ¿Por qué alejáis de mí a los niños? De ellos es el reino de Dios...» (Otra vez él y el reino como una misma cosa...) A pesar de esto, cada día se le ve más agotado. Así que le dejan tranquilo, apoya la cabeza en una mano y se queda totalmente inerte. Ayer, en un momento así, oí como decía a Simón. «Preparad la barca, al atardecer nos haremos a la mar...» Comprendí que deseaba escapar de todos estos admiradores que le dejaban extenuado. Tuve miedo de que, si se marchaba, luego me costaría volver a encontrarle. No querrás creerlo, pero hasta ahora no le he pedido la curación de Rut ni he intentado siquiera hablarle... Esta continua aglomeración de gente... Tendría que ir a empujones junto con los enfermos, los *amhaares*, los publicanos y las mujeres públicas, pues la turba que le rodea está compuesta por toda clase de gente de la más baja extracción. Hubiera tenido que exponer mi caso a la vista de todos ellos... Además, nunca he sabido cómo dirigirme a él. Pero, cuando oí que quería marchar a la costa oriental del lago, decidí pedirle que me llevara consigo. Pensé que en la solitaria orilla de Decápolis encontraría una ocasión más propicia para hablarle. Me acerqué y dije:

—Rabí, he sabido que tienes intención de pasar a la otra orilla. Déjame ir contigo y con tus discípulos...

Levantó la cabeza, que tenía apoyada en una mano. Los calores y el continuo esfuerzo habían hundido sus mejillas y todo su rostro estaba como recubierto por un velo violáceo. Me miró con sus negros

ojos sobre los que caía un mechón de cabello. ¡Qué rostro tan hermoso tiene! Unas delicadas venas le surcan las sienes y una red de arrugas diminutas aparece y desaparece en la comisura de sus ojos. No lleva filacterias en la frente ni en el brazo. Se viste el *taliss* sólo cuando entra en la sinagoga. Si no fuera por los *zizith* de su abrigo, se podría creer que es un *goim*. Fijó en mí su cansada mirada. Siempre mira así, como si viera en nosotros todo, incluso lo que nosotros mismos ignoramos.

—Si quieres — dijo —, ven... Pero recuerda: las zorras tienen sus guaridas, los pájaros sus nidos; sólo el Hijo del Hombre no tiene casa en la que refugiarse...

Le di las gracias e iba a marcharme cuando llegó uno de sus discípulos, Tomás, al que ellos llaman también «el Gemelo», con el pelo en desorden y la cara cubierta de tierra. Se paró ante él y comenzó a lamentarse. Resultó que acababan de comunicarle la muerte de su padre.

—Rabí — sollozaba —, he de rendir mi último servicio al que me dio la vida. No iré contigo y marcharé a ocuparme del entierro y del banquete...

Con gran sorpresa, vi al nazareno mover la cabeza.

—Ven con nosotros — le dijo, como siempre, con calma, más como un ruego que como una orden, pero de ese modo que no admite discusión—. Que los sepultureros se ocupen del muerto...

Y, de nuevo, ¿cómo he de juzgar estas palabras? El mandamiento del Señor dice «honra a tus padres». Y tantas prescripciones como hablan de las obligaciones del hijo hacia el padre... ¿Quién debe enterrar a éste, sino el hijo? Él, en cambio, le dice: ¡déjalo a los sepultureros! En esto también rechaza las enseñanzas de los *soferim*. ¿Cómo justificar luego su conducta?

Al anochecer nos reunimos en la orilla. Mientras tanto, Simón y Andrés prepararon la barca, la metieron en el agua e izaron la vela. Los doce tenían que ir con el maestro. Tomás también estaba con ellos. Se había alisado el pelo después de untárselo con aceite. Sonreía. Nada en él denotaba luto. ¡Qué influencia tan grande tienen sus palabras sobre estos *amhaares*! En pos del nazareno llegó a la orilla toda una multitud. Les desorientó la marcha del maestro... «Pero, ¿volverás, rabí, verdad que volverás?», preguntaron ansiosamente. Contestaba con un movimiento de cabeza. Debía de estar tan cansado que no tenía ni fuerzas para hablar. Le vacilaban las piernas.

Ya antes noté que Simón, Andrés y los hijos de Zebedeo estaban a un lado discutiendo acaloradamente. Llegaron a mí palabras como: «En el «Gran Cofre» retumbaba mucho... El maestro dice que debemos partir hoy... Avísale... Él lo sabe todo... Pero ¿y si...?» Me sentí inquieto. El «Gran Cofre» es el nombre de unas rocas situadas entre la Betsaida galilea y Cafarnaúm, donde, según los pescadores de aquí, se oyen retumbar las olas del mar Grande cuando, desde occidente, se avecina una tempestad. Intranquilo, escruté el cielo. El tiempo parecía muy sereno. Pero se ve que no sólo los discípulos habían oído algo porque entre la multitud se oyeron voces gritando: «No te vayas hoy, rabí dicen que el Gran Cofre retumba. Podría haber tormenta...» Pareció no prestar atención a estas palabras. En cierto momento se adelantó de entre la multitud el jefe de la sinagoga local, Jair, hijo de Gedidah, el mismo que había tratado de convencer al maestro de que curase al siervo del centurión romano. Abriendo las manos bajo el *taliss*, dijo:

—Es mejor que no os embarquéis hoy, rabí. Dicen que se avecina un temporal. El sol, a poniente, se ha vuelto rojo...

En un último esfuerzo de voluntad pareció vencer el cansancio y contestó:

—Por el aspecto del cielo podéis conocer el tiempo. ¿Cómo no sabéis conocer que ya ha llegado la hora? Simón y Juan le tendieron las manos y, ayudado por ellos, entró en la barca por una estrecha pasarela. Le dispusieron en la popa un manto y un almohadón. El viento de occidente aún no había comenzado a soplar, parecía retrasarse, y los pescadores tuvieron que coger los remos. Sin gran entusiasmo me subí a la barca. La amenaza de una próxima tormenta me había quitado las ganas de embarcarme. Incluso estuve dudando si quedarme. También los discípulos estaban intranquilos. Sin pronunciar palabra, nos hicimos a la mar. El sol teñía de rojo las cumbres de las orillas galileas, a la vez que bañaba en oro la orilla oriental hacia la que nos dirigíamos. La gente que había quedado en tierra agitaba las manos y nos deseaba a gritos una feliz travesía. Pero el nazareno no parecía oírles. Así que entró en la barca, se dejó caer pesadamente sobre el almohadón. Cerró los ojos. Al instante su respiración se hizo lenta y un poco pesada, como la de una persona dormida.

Varias veces escruté intranquilo el cielo. En cuanto el sol se hubo hundido detrás de las colinas, comenzaron a encenderse, aquí y allá, las primeras estrellas. Nos íbamos alejando más y más de la costa

galilea, que parecía fundirse con la tranquila superficie del agua. Frente a nosotros las cumbres de las montañas seguían pareciendo ascuas, aunque su rojo destello perdía intensidad por momentos. Los remos se hundían rítmicamente en el agua. El viento seguía sin aparecer y la vela colgaba ociosa. Mi inquietud comenzó a mitigarse. Parece que no habrá tormenta, pensé. Sólo nos querían asustar. Querían retener al maestro... Al no estar familiarizado con el mar, la perspectiva de una lucha con las olas me producía verdadero terror. Pero no llegué a tranquilizarme del todo. La temerosa espera continuaba allí, a flor de piel, como una espina. Mientras la orilla fue visible, su proximidad me daba ánimos; pensaba que, en caso de tormenta, siempre estaríamos a tiempo de refugiarnos en ella. Pero al fin el sol se escondió y todo quedó envuelto en la oscuridad, iluminado sólo por el tenue resplandor de las estrellas. No veíamos la orilla, no veíamos nada a nuestro alrededor; avanzábamos como cubiertos por la tienda del Kedar. Incluso llegué a dudar de si seguíamos avanzando. Era como si el agua se hubiera petrificado aprisionándonos en medio del lago. Apenas si podía discernir la silueta del maestro. Estaba acurrucado sobre el banco de popa. De los discípulos, unos remaban y los restantes dormitaban apoyados unos en otros. Nadie hablaba, y el silencio era roto sólo por el ruido de los remos. Mi inquietud creció de nuevo. No podía dormir como los otros. Mi mente creaba visiones. Si hubiera tormenta, me preguntaba, ¿lograríamos escapar? Estos pescadores que tiemblan a la sola posibilidad de su llegada, ¿sabrían hacerle frente? Procuraré desviar mi atención en otra dirección: comencé a pensar en Rut. Pero éste era un pensamiento negro como la noche que nos rodeaba, pesada, húmeda y asfixiante. Cuando mis pensamientos vuelan al lado de Rut siento que me falta el aliento... ¡Oh, Adonai! ¿Qué hace ella ahora? Y en seguida me la imagino acostada con los ojos abiertos, fijos en la oscuridad, la frente sudorosa, los labios resecos y callada para no despertar a nadie con sus gemidos. ¡Cuánto desea ella la salud, que nosotros ni siquiera sabemos apreciar en nosotros mismos! ¡Oh, Rut!... Me pareció que le estaba hablando, y de mis labios crispados se escapó un sollozo. Pero ella callaba... ¿Qué piensa mientras permanece así acostada, atenta sólo al cruel ritmo de la enfermedad que devora su cuerpo? ¿Por qué se queda muda y tan pocas veces contesta a nuestras palabras? ¡Rut!... ¡No he hecho nada por ella! O, mejor, todo lo que he hecho hasta ahora no sirve para nada... ¿De dónde viene esta enfermedad? ¿Por qué ella precisamente ha sido víctima? ¡Oh, Adonai!... Tenía razón Elifaz al decir que frente a ti ni el

cielo, ni las estrellas, ni los ángeles son bastante puros... Pero yo, a pesar de todo, he de hablar contigo. ¡Tienes que decirme por qué ella sufre tanto! ¿A causa de qué pecado? ¿Y de quién? Cualquiera que sea la prueba a que me sometas, confiaré en ti como Job... ¡Quiero tener fe..., quiero...! ¡Oh, Adonai!... Si es verdad que él cura en tu nombre, ¿por qué no me ha ofrecido la salud para ella? Otros no le piden nada y reciben. Yo mendigo en silencio... ¿Es posible que él no lo vea?

Supongo que nunca habrás oído contar cuán súbitamente el viento de occidente cae sobre el mar de Galilea durante una noche tranquila. Diríase que un puño enorme e invisible se había desprendido de la oscuridad para golpear nuestra embarcación. El mástil crujió de pronto con un estruendo terrible. Algo nos levantó y nos empujó hasta la cresta de una gigantesca ola para luego lanzarnos desde muy alto a un negro y rugiente abismo. El silencio huyó como un pájaro asustado cediendo su lugar a miles de sonidos. La negra y petrificada superficie del agua cobró vida y se convirtió en un hervidero de blancas espumas. De nuevo fuimos lanzados al aire y otra vez caímos en un precipicio sin fondo. La espuma, con un ronco bramido, pasó por encima de nuestras cabezas calándonos hasta los huesos. Los hijos de Jonás se lanzaron gritando hacia la vela. Quisieron atarla. Pero se escapó de sus manos como un ser viviente. Una vez más una fuerte sacudida nos lanzó hacia arriba y bajo nuestros pies se hizo un vacío en el que nos pareció que íbamos cayendo indefinidamente. Tambaleándose y agitando los brazos, los discípulos continuaban luchando con la vela. Al fin lograron recogerla y ahogar el ruido ensordecedor de la tela hecha jirones. Pero el rugido del mar continuaba pareciéndose a una música enloquecida. Las olas golpeaban furiosas como si fueran piedras salidas del agua. A través de los maderos de la barca, las sentíamos agitarse como una enfurecida manada de lobos. Los golpes caían sobre nosotros desde todas direcciones. Nos parecía que íbamos dando vueltas como un hombre azotado por un látigo. De pronto, en medio de la oscuridad, por el lado de proa, saltó una enorme columna de agua que se abatió sobre nosotros. Con agua hasta las rodillas, nos agarrábamos desesperadamente a la borda y a los bancos, mojados, ensordecidos y maltratados por el viento que nos oprimía el aliento en el pecho. Otra ola saltó por la borda de estribor y nos pareció como si la invisible noche nos hundiera hasta el fondo mismo del lago. El agua nos llegaba ya a media pantorrilla. Pareme que alguien a mi lado hablaba en un horrible susurro. Pero era un grito. Debía de ser Simón el que

gritaba: « ¡Achicad el agua!» Agarrándome al banco con una mano, e incliné y toqué el fondo de la embarcación. El agua corría furiosamente de una borda a otra. En vano intenté llenar con ella el hueco de mi mano. En este preciso momento fuimos lanzados de nuevo a la superficie y otra vez arrastrados al abismo. Me agarré convulsivamente a los maderos mojados. Otra ola gigantesca se abalanzó sobre nosotros como una columna deshecha en pedazos. Me sentía mojado y destrozado. Oí de nuevo una voz humana que el viento llevó en seguida lejos de mí: « ¡Achicad el agua! ¡El agua! ¡Nos hundimos!» La embarcación dio un brinco como si las olas la hubieran lanzado contra un poste clavado en el agua. El banco se me escapó de entre las manos. Me senté en el fondo de la barca, en el agua. Miré maquinalmente hacia arriba. Las lenguas de espuma parecían nieve sobre unas vacilantes cumbres montañosas. Arriba, en un fragmento de cielo que puede entrever, las estrellas brillaban tranquilas como los ojos de un ciego, indiferentes a lo que estaban presenciando.

Intenté levantarme. Alguien saltó por encima de mí. De nuevo oí una voz que el viento unas veces ahogaba y otras dejaba llegar hasta mí con toda la desesperación encerrada en ella.

— ¡Maestro! ¡Maestro!

Entonces me acordé de él. Hace poco todavía estaba en la barca, dormía... Intenté levantarme de nuevo. Otra cascada de agua me mojó de arriba abajo.

Agarrado a la borda, logré ponerme de rodillas. El viento me arrancó el mojado *cufieh* azotándome las mejillas. El agua entraba por todos lados. Alguien muy corpulento estaba de pie a mi lado. Debía de ser Simón. Al fondo, a popa, a pesar del balanceo y la oscuridad, vi la blanca figura acurrucada igual que antes. ¡La tempestad no le había despertado! ¡Dormía en la barca medio hundida como en un mullido lecho en una habitación caldeada!...

— ¡Maestro! — gritaba la ronca voz de Simón.

— ¡Maestro, estamos perdidos! Maes... — gritaban también los otros.

Todos los hombres de aquella embarcación zarandeada por el viento, perdida en la oscuridad, prorrumpieron en gritos. Yo también grité: « ¡Maestro!» Recibimos una fuerte sacudida. Para no caer, me agarré al duro brazo de un pescador. El agua que llenaba la barca entorpecía nuestros movimientos. Fijé los ojos en la oscuridad y en aquella silueta dormida que asustaba por su inmovilidad. Por fin se

movió y pareció que se agigantaba todo él. Debió despertarse entonces. ¿Se habría quedado mudo al abrir los ojos en medio de aquel caos? De pronto, dominado el rugido del mar, oí su voz, infinitamente tranquila, cansada y como dolorida.

—¿Dónde está vuestra fe? ¿Por qué no confiáis en mí?

Confiar... Sentí una quemazón en el pecho como si me hubieran asestado una puñalada. Como el eco de una canción que nos llega rezagada, recordé las palabras de Job que yo había dicho antes de la tempestad: Ocurra lo que ocurra, confiaré en ti...» ¡Qué fe tan ilimitada posee él, pensé, y qué fe tan ilimitada exige! Esta tempestad parecía desgarrar el mundo hasta lo más profundo. Todo el mundo, no sólo el que nos rodeaba. La blanca y esbelta silueta creció inesperadamente ante mí. Se había levantado. Oí que hablaba, pero su voz ya no era la cansada y triste voz del maestro que corrige en vano una y mil veces. Fue como el sonido de un trueno en medio de la tempestad, un trueno que se enfrenta con los rugidos del viento y del mar... Habló sin gritar. Pero esta voz natural, tan llena de autoridad, llegó hasta las estrellas y hasta el fondo del mar. Al empezar no fue sino un sonido más, perdido en el caos de la tormenta, mas terminó siendo una potente llamada en la noche, silenciosa como el mismo silencio... Todo lo que antes se agitaba, los vientos, las aguas, así como las tinieblas, dejaron de pronto de existir y fue como si nunca hubieran existido... ¿Comprendes? Hacía apenas unos minutos que las olas nos tapaban las estrellas y rozaban el cielo. Ahora el silbido del viento había enmudecido como la cuerda rota de un instrumento... Sobre nuestras cabezas volvió a aparecer el cielo majestuoso y las estrellas caían de nuevo en el mar para dormirse, seguras, sobre su levemente rizada superficie. Si no fuera que estábamos empapados de agua, jadeantes, rendidos por la lucha contra el viento, con los nervios en tensión y con la barca llena de agua, hubiéramos podido pensar que toda la tempestad no había sido más que un sueño... Jesús se dejó caer sobre un banco, se acurrucó y quedose inmóvil. ¿Había vuelto a dormirse? Simón nos mandó a media voz que achicáramos el agua de la barca. Mientras lo hacíamos, le mirábamos. Durante el temporal lo habíamos olvidado. Ahora, no importa lo que estuviésemos haciendo, todos nuestros pensamientos estaban concentrados en él. No nos cabía en la cabeza que, después de todo aquello, fuera capaz de quedarse dormido como un niño cansado que cae en la inercia del sueño, que es como la antesala de la muerte...

Pero aquí no termina todo, Justo. Por la mañana nos acercamos a la orilla que se alzaba ante nosotros formando un vertical acantilado. Sólo por un punto podíamos llegar a ella y allí era por donde el agua había desgastado la roca que, al desmoronarse, se había convertido en un montón de informes y puntiagudos bloques de piedra. El maestro se despertó y, sin pronunciar palabra, con un signo dio a entender a Simón, que como un perro fiel no le perdía de vista, que desembarcáramos allí. Con prudencia, examinando el fondo con un remo, pasamos por entre las rocas. El agua entre ellas se movía, pero el mar que él había calmado estaba tan tranquilo que sin temor alguno pudimos dejar la embarcación y tomar tierra en la rocosa orilla. Entre los negros bloque s crecían plantas verdes y matas con flores color púrpura.

El pedregal formaba como una brecha en el alto y casi inaccesible acantilado y conducía en suave pendiente a un pequeño llano cubierto de abundante hierba y árboles. No lejos divisamos una ciudad. «Es Gerasa», dijo Jaime, que conocía bien aquella región. Una enorme piara de cerdos pacía a la sombra de unas majestuosas encinas. Cuidaban de ella unos chiquillos medio desnudos, vestidos sólo con unas pieles negras que les cubrían las caderas. Nos miraron con curiosidad. De pronto uno de ellos lanzó un grito y señaló en nuestra dirección como si nos quisiera prevenir de algo.

Nos volvimos, al mismo tiempo oímos un alarido salvaje y espantoso.

Algo venia hacia nosotros. Al principio fue difícil distinguir si se trataba de un hombre o de un animal. Era un ser enorme, desnudo, cubierto de pelos, barro y sangre coagulada. De una de sus muñecas colgaba un trozo de cadena. Comprendimos que se trataba de un loco. Venía corriendo y lanzaba unos gritos inhumanos. Miré a los pastorcillos y vi que cada uno había agarrado una pesada maza. Sus perros comenzaron a ladrar furiosamente. Aquel demente debía de ser peligroso. Abría las fauces y daba dentelladas en el aire con sus afilados dientes, como un animal. Sus puños, cerrados, parecían dos enormes martillos. Aún tuve tiempo de ver unos orificios sangrantes en el pecho y los brazos del desdichado, pero ya Simón se había alejado un poco y gritó: « ¡El maestro! », y él y Tomás se volvieron para protegerle. Los otros se pararon también. Mientras tanto el demente llegó junto a Jesús, que se había quedado inmóvil, sin demostrar el menor temor. Pero no se abalanzó sobre él, sino que se dejó caer al suelo lanzando un horrible alarido que parecía a la vez un

sollozo y una carcajada. Dio con la cabeza contra la piedra y la sangre le salpicó la frente. Arrancaba con ambas manos la hierba y la arrojaba al aire. De su boca abierta salía a borbotones una saliva blanca y espesa. De pronto, entre los gritos del demente, pude distinguir unas palabras:

— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vete de aquí. Jesús! — vociferaba ¡Fuera! Vete, hijo de Él! ¡Nada tienes que ver con nosotros! ¡Todavía no ha llegado tu hora! ¡Fuera! ¡Vete!

Sentí un escalofrío. Aquel loco debía de estar poseído del demonio. Confieso que nunca había visto tan de cerca a un energúmeno. Conozco los exorcismos: sé cómo conjurar a Zamael, padre de Caín, y a Asmodeo, nacido de un insecto... Pero entonces estaba tan impresionado que olvidé todas las instrucciones. El hombre daba alaridos, arañaba la tierra con las uñas, se lanzaba con todo su cuerpo contra las piedras y lo salpicaba todo de sangre y espuma. Se me ocurrió pensar que así mismo debió de comportarse el padre de la mentira ante el trono del Eterno, al verse obligado a confesar que no había podido vencer a Job... Temblaba. De pronto, Jesús dijo:

—Deja a este hombre.

Como siempre, su voz era suave y firme, igual que cuando ordenó a la tempestad que enmudeciese. En sus palabras no había irritación ni estridencia alguna. Era simplemente una orden que no podía ser desobedecida.

El poseído dio un aullido más fuerte aún y vociferó con voz ronca (él les habla, pero los endemoniados, en su presencia, siempre gritan):

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡Oh, nos estás agotando! Pero no tememos —chilló de pronto ¡Somos muchos!

—¿Cómo te llamas? — preguntó Jesús.

—¡Somos muchos! ¿Has oído? ¡Muchos! Todo un día no bastaría para decirte nuestros nombres. Estamos aquí todos. Somos toda una legión...

—Todos, pues, salid de él.

El hombre gritaba como si le estuvieran torturando. Se clavó los dientes en el brazo y se arrancó de cuajo un pedazo de carne. Bajo el grito se oía cada vez más distintamente un sollozo. Gemía:

—¡Vete! ¡Déjanos! ¿Qué quieres? ¿Por que me torturas? — De un salto el endemoniado se levantó, adelantó las piernas y se sentó. Sobre su cara ennegrecida, sobre sus labios ensangrentados apareció una leve sonrisa implorante —. ¿Adónde iremos? — preguntó —. Tú sabes cómo se está allí... —Una contracción de terror le retorció la boca —. Deja que nos quedemos... Aquí —señaló con su negro dedo a Gerasa — nos quieren. A ti no te esperan... Déjanos... ¡Nos lo podríamos repartir! Tú allí, nosotros aquí. Te ofrecíamos todo el mundo. No lo quisiste y ahora pretendes... Ellos no te quieren, puedes creerme. Estas piaras les son más preciosas que tú...

—Por esto os mando entrar en ellas. ¡Salid!

El hombre se echó hacia atrás y durante unos minutos se estuvo retorciendo con unas fuertes convulsiones: Algo como una ráfaga pasó junto a nosotros, agitó nuestros mantos mojados y se desvaneció en el espacio. Oímos gritos de los pastores y aullidos de los perros que huían con el rabo entre las piernas. Los cerdos dejaron de hozar la tierra. Daban vueltas y chillaban despavoridos, levantando las jetas. Súbitamente, como un negro alud de barro, toda la piara atravesó corriendo el prado en dirección al mar. Aquellos miles de pezuñas hollando la tierra produjeron un rumor parecido a lejanos truenos. Los primeros cerdos llegaron al borde del acantilado y, sin disminuir la velocidad, se lanzaron al espacio. Les siguieron todos los restantes Nada podía detenerlos. Todos, hasta el último, salieron despedidos por el borde rocoso y, agitando torpemente sus cortas patas, cayeron al agua, que se cerró sobre ellos como una tapa. Ni uno solo salió a flote, el mar engulló total- mente la enorme piara.

Entonces Jesús señaló al hombre que yacía sin sentido en tierra y dijo:

—Ocupaos de él.

Luego se dirigió lentamente hacia una roca, se sentó sobre ella y escondió el rostro en las manos. ¿Rezaba o lloraba? Sin dejar de observarle, nos ocupamos del hombre. Se recobró pronto. Era obediente como un niño. Se vistió una baja *cuttona* que él mismo encontró no lejos de allí en una gruta. Se lavó la sangre de la cara y las manos. Vi que examinaba con terror su cuerpo herido. Nos seguía con la vista sin decir palabra. Cuando, más tarde, nos acercamos al maestro para desayunar, él también se aproximó. Fijó en él una mirada llena de admiración, temor y agradecimiento. Permaneció callado, pero sobre su cara salvaje y bestializada apareció una

expresión humana. Entretanto Jesús repartió el pan y los peces que habíamos traído. También llamó con una seña al demente. Pero tardó en acercarse para tomar su parte. Parecía como si no pudiese creer que aquello era realmente para él. Por fin se arrodilló y tendió tímidamente las manos, en las que el maestro depositó el pan. Lo comía despacio como si antes besara cada trozo. No se levantó: sentose sobre sus talones y, del mismo modo que antes el pan, parecía ahora devorar cada palabra del maestro, que nos estaba diciendo:

—¿Os ha asustado la tormenta? ¿Creéis, acaso, que habéis sido llamados para participar en una alegre siega? No; en verdad os digo que vendrán peores tempestades y el Hijo del Hombre os será arrebatado. Pero no te asustes, pequeña grey: vuestro Padre os dará el reino. Cuando yo arrojo demonios por mediación del espíritu de Dios, es que este reino ya ha llegado. Ya está cerca... Mas no os asustéis. Ocurra lo que ocurra, yo estaré con vosotros. No me negare a quien tampoco me haya negado a mí. Y aunque pierda la vida, ganará la vida.

Mientras escuchábamos aquellas asombrosas e inesperadas palabras, una enorme multitud de la ciudad se nos acercó sin que nos diéramos cuenta. Venían gritando, pero al acercarse enmudecieron. Observé que nos miraban asustados. Al frente de ellos iban unos ancianos con barbas blancas, vestidos con unos largos mantos. Desde luego eran paganos. Les habían conducido hasta allí aquellos pastorcillos vestidos con pieles negras sobre las caderas. Nos señalaban a nosotros, al prado por el que hacía una hora corrieron los cerdos y al mar que los había engullido a todos. La gente se detuvo a cierta distancia de nosotros. Advertíase que tenían miedo de acercarse más. Uno de los ancianos se adelantó un poco y, saludando respetuosamente al maestro, le dijo en griego:

—*Kyrie*, a ti que has destruido nuestras piaras, te rogamos que te vayas. Debes de ser un gran mago, puesto que has podido liberar a este desdichado. En modo alguno queremos ofenderte... Pero márchate, te lo rogamos. Por tus vestiduras vemos que eres judío. Vuelve con los tuyos. Nos has causado un gran daño, a pesar de que nosotros no te hemos ofendido en nada. Te lo pedimos todos... vuelve a embarcarte. Se ha perdido una gran riqueza. Se hubieran podido dar muchos banquetes... No te lo reprochamos, *Kyrie*. Pero déjanos. Eres demasiado grande para permanecer en nuestra ciudad. Además,

vosotros, los judíos, no aceptáis nuestra hospitalidad y nuestra comida os parece impura. Embárcate de nuevo y vete.

Le hizo una respetuosa reverencia.

—Márchate, te lo rogamos — repitió la multitud a coro.

Todos comenzaron también a hacerle profundas reverencias. Pensé que les contestaría. Pero se levantó y, sin decir palabra, se encaminó hacia el mar. Le seguimos. La multitud se quedó allí mismo, formando un semicírculo y observando todos nuestros movimientos. Llegamos hasta la barca, que se balanceaba suavemente sobre el agua verde. Primero entró el maestro y a continuación todos nosotros fuimos ocupando nuestro sitio. Cuando ya nos habíamos acomodado, vi que el hombre liberado del demonio estaba en una piedra junto a la barca. Apoyó un pie en la borda, vacilando, y miró al nazareno con aire de súplica. Por primera vez desde que le habían abandonado sus verdugos habló en voz muy baja:

—Llévame también a mí, *Kirie*...

Pero Jesús negó con la cabeza. (¡Nunca se sabe lo que va hacer!)

—Quédate — le dijo —. Vuelve a casa y cuenta a todos los tuyos cuán grande es la misericordia de Dios. Cuéntaselo a todos... — añadió, apoyando cada una de las palabras.

Hasta ahora te había escrito que siempre recomendaba que no lo contaran a nadie. Pero a éste le dijo: «Cuéntaselo a todos». El hombre se apartó. Sus ojos se entristecieron, pero su expresión era de obediencia. Simón empujó la barca con un remo y salimos de entre las rocas. El otro continuaba de pie junto al agua. Más arriba, en la orilla, se veía el semicírculo de los gesarenos observando atentamente nuestra embarcación. De pronto, el hombre gritó para que le oyéramos, a pesar de la distancia que nos separaba:

—¡Lo contaré a todos! ¡Sí, lo contaré!

No tardamos en estar de vuelta en Cafarnaúm. Aún no habíamos tocado tierra y ya una gran multitud acudió a recibir al maestro. Le saludaban agitando las manos y gritando alegremente. Entre ellos vi a Jairo. De nuevo hizo Jesús una cosa impresionante. Pero esto te lo contaré en la próxima carta. He de ordenar mis ideas y decidir... ¿Quién es él, Justo? ¿Quién es este hombre que serena las tempestades, ahuyenta a todo un ejército de demonios y se queda dormido en medio del rugido de los vientos?

CARTA VIII

Querido Justo:

De un modo totalmente inesperado he tenido que separarme de él. Vuelvo a Jerusalén con la sensación de no haber sabido poner en claro quién es este hombre, qué es lo que realmente enseña y qué quiere de mí.

Cierta mañana. poco después de haber vuelto de Gerasa, el maestro, sus discípulos y yo nos encontramos en aquella misma colina desde la que no hacía mucho él había proclamado sus bienaventuranzas. El rocío, semejante a unas gotitas de leche que se hubieran escapado de una jarra rota, cubría la hierba. Esta colina tiene una profunda hendidura que rasga la cima en dos picos. Por ella, como si fuera a través de una ventana triangular, se divisa a lo lejos el lago de Genezaret, parecido a la enorme arena de un circo romano. Aquella mañana se extendía por doquier una compacta masa de niebla amarillenta y espesa que el sol en vano intentaba traspasar. Como nos ocurre a menudo en nuestras correrías, pasamos la noche entre unas rocas. Dormí mal, despertándome repetidas veces. Cada vez que levanté la cabeza de mi húmedo manto y miré, vi vacío el sitio del maestro. Hacia el atardecer había subido a la cima de la colina y allí se quedó rezando hasta la madrugada. Cuando comenzamos a desperezarnos nos llamó desde lo alto:

—Venid: quiero deciros algo.

Fuimos adonde estaba. Como otras veces, los discípulos se lanzaron a ver quién llegaba primero. Juan, que tiene las piernas más largas, llegó antes junto al maestro, adelantándose a Simón, que siempre se enfada por esto. Sólo Judas y yo no tomamos parte en este juego infantil.

Nos esperaba en la colina. Parecía impaciente, como si tuviera prisa por comunicarnos su pensamiento. Estaba al borde mismo de la

pendiente, que en este punto es muy vertical; apoyó afectuosamente las manos sobre los hombros de Juan y Simón. Dijo:

—Escuchadme, hijos míos: quiero que os separéis y os marchéis por toda la tierra galilea para anunciar a la gente que ya ha llegado la hora y que todos deben hacer penitencia...

Calló y los observó como si quisiera saber el efecto que les habían producido estas palabras tan inesperadas. Pero ellos evitaron su mirada y sólo de enojo se miraban unos a otros con caras que expresaban sorpresa, desconfianza e inquietud. Comprendí su inseguridad. Estos *amhaares* sólo se encuentran bien cuando van en grupo. Cada uno de ellos, incluso un sabelotodo como Natanael, cuando está solo se siente perdido y tiene miedo. Apenas les hubo dicho esto ya no les quedó nada de su anterior seguridad en sí mismos, de su orgullo y de sus ingenuos sueños de «reinar en el reino del maestro». Simón se rascó la nuca con su enorme mano.

—¿Y tú, maestro? — preguntó —. ¿No iras con nosotros?

El mostró una clara sonrisa y movió la cabeza. Estaba como una persona que ha dicho todo lo que quería decir y ahora espera los argumentos contrarios para ir rebatiéndolos uno a uno.

—No. Iréis solos, de dos en dos...

Se quedaron mudos. Si antes estaban medio dormidos, ahora se sintieron anonadados.

—¿Cuándo, maestro? — preguntó uno de ellos.

—Ahora mismo — contestó con una suave firmeza. Comenzaron a darse codazos y mirarse significativamente. ¿Acaso pensaban que después de toda una noche en vela el maestro no sabía bien lo que estaba diciendo? Sobre todo los turbaba el tono risueño de sus palabras. Se consultaban con la mirada: «¿Qué pensáis de esto?» Santiago el Menor (lo llaman así para distinguirlo del hijo de Zebedeo) torció la boca con gesto desdeñoso. Evidentemente, no le había gustado el proyecto del «Hermano». Se frotó la nariz con el revés de la mano e iba a decir algo, pero Felipe se adelantó.

Éste siempre sale con algo cuando parece que los otros se hayan tragado la lengua. Enroscándose en un dedo los pocos pelos que le cuelgan sobre la oreja, dijo:

—Antes tendríamos que bajar a la ciudad para adquirir provisiones. Ninguno de nosotros lleva sandalias decentes... — miró a los compañeros con orgullo, como si hubiera descubierto una fuente

en medio del desierto. —Con estos agujeros —- levantó el pie — no llegaríamos lejos...

—No tenemos ni un *as* — observó Judas.

Como queriendo confirmar la veracidad de sus palabras, abrió la alforja y nos mostró su fondo vacío. El maestro le había encargado que administrara el poco dinero con que la gente los socorría.

Movieron las cabezas y dirigieron una mirada interrogante al maestro. Pero él volvió a sonreír como un niño encantado con su propia idea.

¡No necesitáis nada! — exclamó con calor —. Ni dinero, ni provisiones, ni siquiera una bolsa. Marchad con las sandalias rotas y con lo que lleváis puesto. Que cada uno se haga un bastón con la rama de un árbol: no necesitáis la vara de peregrino. Marchad tal como vais y no os equipéis para ir de viaje. Allá... — entendió una mano y se acercó al borde, empujando, al pasar, unos guijarros, que cayeron rodando por la pendiente. La niebla, en el valle, había disminuido y a la grisácea luz del amanecer veíase el mar, salpicado de espuma, con centenares de casas esparcidas a sus orillas —, allá —repitió — os espera la siega. Id a trabajar. No visitéis a paganos y samaritanos, antes bien buscad las ovejas descarriadas del rebaño de Israel. Decidles a ellas: ha llegado la hora. Y, como señal, curad a los enfermos ungiéndolos con aceite, limpiad a los leprosos y expulsad demonios. Aceptad lo que os den, como el obrero que no discute su paga, y no pidáis nada. Habéis recibido de balde; dad, pues, de balde también.

Aquí interrumpiose y los miró esperando ver su reacción. Pero ellos seguían mirándose unos a otros, inmóviles en su sitio. Sus palabras, en vez de animarles, aún habían aumentado su temor. Porque no era lo mismo curar o aventurarse a expulsar demonios cuando el maestro estaba allí, dispuesto a ayudarles, que tener que ir ahora lejos con este poder entre las manos. En el silencio que reinaba resonó le estridente voz de Santiago:

—Nos mandas e buscar las ovejas... Pero allí donde hay ovejas hay también lobos...

—Has dicho bien — afirmó. Pero su voz seguía siendo alegre —. Os mando como ovejas en medio de lobos... Entre ellos debéis ser confiados como palomas y astutos como zorros...

—Pero si la oveja confía en el lobo, el lobo no la soltará... —observó Simón.

—La oveja muerta no teme al lobo — contestó dirigiéndose al fuerte pescador —. Vosotros temed sólo e Aquel que, incluso después de muerto, puede conservar su poder sobre vosotros. ¿Y qué, si os matan el cuerpo? ¿Y qué, si os conducen a juicio? Sí, todo esto llegará un día... —agregó de pronto con un tono totalmente distinto.

Aquel arranque de alegría que tenía al principio se extinguió. Apartó de nosotros su cansada mirada y la fijó en el espacio: parecía que estuviera mirando algo muy lejos, más allá de las grises montañas, al otro lado del mar. Su brillante mirada se nubló como si la hubiera cubierto la niebla que ahora se estaba levantando por encima del lago y se derretía bajo los rayos del sol.

Siempre como si buscara sus pensamientos más allá del horizonte, siguió diciendo:

—He venido a traer la paz. Pero mis palabras traerán la guerra. Por causa de ellas habrá disputas en las casas: los hermanos, irán contra los hermanos, la mujer contra el marido. Por ellas el hermano traicionará al hermano, el hijo al padre... He venido a traer el amor. Pero por su causa os odiarán... A mí me odian y vosotros correréis la misma suerte... Este será el destino de los discípulos. Seréis perseguidos como yo, buscaréis dónde esconderos y nunca encontraréis la ciudad que os dé refugio. En verdad os digo que aún no os habrán prendido y ya tendréis que cargar sobre vuestras espaldas la cruz de vuestros presentimientos, de vuestras dudas y de vuestros temores...

Dejó de hablar, pero siguió con la mirada perdida en el espacio. Sus labios temblaban ligeramente. Pero aquél era un día en el que toda niebla debía ceder a la tuerza del sol. Su mirada volvió de la lejanía para posarse en aquel pequeño grupo de personas, todavía más asustadas después de oírle. Apareció de nuevo su alegre sonrisa.

Recordad, con todo, lo que os dije aquella mañana después de la tempestad: estoy con vosotros. Quien pierda la vida por mí, la habrá ganado, quien lleve su cruz por mí, me encontrará... Quien os reciba durante vuestra peregrinación me recibirá a mí y, junto conmigo, a Aquel que me ha enviado. Bendecir a todo aquel que os escuche. ¡Marchad ya, poneos en camino! Dentro de un mes volveremos a encontrarnos en esta colina. Os estaré esperando. Marchad pronto, el

trigo ya está maduro y la hoz os espera. No debéis permitir que los granos caigan al suelo...

Se miraron por última vez. En el silencio del amanecer se percibía su agitada respiración. La niebla del lago se había desvanecido totalmente y el aire se volvió transparente como el cristal. En el valle, unas pequeñas olas blancas corrían como agua derramada sobre la azul y brillante superficie del lago. El calor aumentaba gradualmente y se bebía toda la humedad que aún quedaba en la hierba y en nuestros mantos. Tocándose con los codos, comenzaron o juntarse en grupos de dos. Simón llamó a Juan: «Ven conmigo» (creo que temía que Juan se quedara con el maestro). Vi que mi Judas escogía como compañero a Simón el Zelota. Los taciturnos Judas y Mateo, el antiguo publicano, se hicieron a un lado. Pero ninguna de las parejas quería ser la primera en marchar. Iban demorando la partida y no hacían más que mirarse unos a otros. Uno de ellos suspiró como si aspirara aire antes de tirarse al agua. Me llegó la voz de Felipe: «Debemos marchar sin más demora. No tardará en hacer mucho calor...» A éste siempre le importa no el qué, sino el cómo. Pero él tampoco se adelantó a los otros. Todos parecían ocupados en recogerse la *cuttonas* y apretarse las correas de las sandalias mientras con el rabillo del ojo observaban lo que hacían los demás. Creo que allí se hubieran quedado si el maestro no hubiese dicho:

—Hijos, marchad, marchad ya. Debéis iros. *Salom alehem*...

Contestaron: *salom alehem;* y todo aquel compacto grupito osciló al borde de la pendiente como una roca socavada por el agua que oscila sobre ella misma antes de caerse. Los primeros en marchar — imagínate tú — fueron Judas, el «hermano» del Señor, y Mateo. Los guijarros crujieron bajo sus pies. Los otros tampoco tardaron en ponerse en camino. Pareja por pareja se inclinaban ante el maestro y desaparecían detrás de la roca. Poco después quedamos sobre la colina solamente nosotros dos: él y yo. Desde el fondo del barranco nos llegaban las voces de los caminantes y el golpear de sus bastones. Los perdimos de vista durante un buen rato y, cuando por fin aparecieron de nuevo, formaban ya sólo un cordón de blancas manchas que avanzaba por el sendero en medio de un verde prado. El maestro los siguió con la mirada. Yo, a un lado, le observaba: su rostro expresaba emoción y ternura. Ya te lo he escrito en otra ocasión: él ama como si en su amor no hubiera diferencias... Se podría pensar que ama a aquel grupo de *amhaares* como un padre a sus hijos más queridos y que considera que más que darles la vida les

ha creado, como hizo el Todopoderoso cuando tomó de la tierra un puñado de arcilla y la soltó de su mano transformada en un ser viviente...

Sólo cuando desaparecieron definitivamente entre los arbustos dejó de mirarlos y, levantando los ojos a lo alto, pareció murmurar al cielo una corta plegaria. He aquí llegado el momento, pensé, que tanto he esperado.

Estábamos los dos solos, lejos de la gente, con el lago allá en el valle y sobre nuestras cabezas el cielo, inmensamente grande. Comprendí que debía ser entonces o nunca... Busqué las palabras adecuadas. Confieso que después de todo lo que he visto últimamente ya no sé hablarle como antes: me sigue resonando en los oídos el rugido de la tempestad que serenó, el vocerío que se produjo entre la multitud cuando la mujer de Jairo salió de su casa gritando... Esto todavía no he tenido tiempo de contártelo. Pero, ¡ocurren tantas cosas nuevas cada día! Hace poco resucitó a la hija de un *rosh-hakenesth*. Cuando se dirigía a la casa de Jairo, la gente le decía «No te molestes en ir, rabí. Lástima de tu tiempo. ¡Ya ha muerto!... Escucha a las plañideras que han comenzado ya sus lamentos...» Pero no les hacía caso. Seguía andando y movía la cabeza. «Os equivocáis... está dormida...» Ni siquiera se daba prisa. Por el camino tuvo que detenerse un momento porque se le acercó una mujer que tocó los *zizith* de su manto y quedó curada sin que él hiciera nada... De esto también se podría hablar largamente. Luego entró en la casa, de la que salía un ruido ensordecedor de pífanos. Llevó consigo solamente a Juan, Simón y Santiago. Yo me quedé fuera entre la multitud. Todo fue cuestión de pocos instantes. De pronto, los pífanos y los lamentos enmudecieron. Se hizo un gran silencio en el que resonó un espantoso grito de mujer. La mujer de Jairo apareció a la puerta. Las lágrimas caían sobre sus mejillas llenas de arañazos y sus labios sonreían. Hablaba aprisa, con una voz jadeante que desfallecía constantemente: «¡Ha revivido! Ha dicho: "Despiértate"... y ella ha abierto los ojos. Se ríe y come...» Tan de prisa como había salido volvió a entrar en la casa. Y un grito de admiración estremeció las turbas.

Siempre me parece que delante de él lo mejor es callarse. Pero si no se lo decía ahora, ya nunca encontraría salvación para Rut... Comencé tartamudeando:

—Yo rabí...

En la mirada que me dirigió leí un sentimiento de extrañeza: ¿por qué no me preguntas? Él nos fuerza a exteriorizar nuestros pensamientos más recónditos, aun aquellos de los que nosotros mismos no tenemos todavía plena conciencia...

—¿Quieres algo de mí? — preguntó.

Me quedé cortado. En aquel momento todo debía quedar aclarado. Su afable mirada me facilitaba la tarea. Y, a pesar de todo, ¡no pude! No mencioné a Rut. Cuanto más íntimo es el pensamiento que he de confesar, tanto más me cuesta hacerlo.

Sólo pude susurrar:

—Rabí, ¿qué debo hacer para alcanzar el reino...? La vida que dijiste... aquello de volver a... ¿Recuerdas? Me indicó con la mirada que entendía mi pregunta.

—Tú sabes — dijo — qué exige la Ley y cuáles son los mandamientos que trajo Moisés...

—Sí, lo se,.. — afirmé.

—Y sabes también — continuó — cuál es el mandamiento más importante... ¿Qué más, pues, deseas saber?

Abrí los brazos, descorazonado.

—Estas prescripciones — al hablar, las palabras se me endurecían en la boca y las soltaba cada una por separado, como si fueran piedras — nunca he dejado de cumplirlas. Desde mi juventud siempre he deseado estar en la casa del Señor, siempre he amado el esplendor de su Templo... Le he servido con todas mis fuerzas, por encima de todo...

—...y a pesar de esto... — dijo como para ayudarme,

—¡Sí! — exclamé —. ¡A pesar de esto me falta algo!

—¿Y no sabes qué?

—No... — contesté con voz muy baja. Sentía los latidos de mi corazón.

Se quedó silencioso como si meditara. Los saltamontes comenzaron a cantar entre la hierba soleada.

—Te lo voy a decir —oí por fin—. Tienes demasiadas preocupaciones, disgustos, inquietudes y angustias... Dámelas a mí, dámelas todas, Nicodemo, hijo de Nicodemo; ven y sigue mis huellas.

—¿Cómo puedo darte mis preocupaciones, rabí? —pregunté.

La voz, de pronto, comenzó a temblarme y sentí una enorme emoción porque me di cuenta de que había puesto el dedo en la llaga de mi corazón.

—Dámelas todas — repitió suavemente.

No me explicó sus palabras. Temí que dijera como aquella vez: «tú eres sabio, conoces las Escrituras, deberías saber...» ¿De qué me sirven mis conocimientos? No sé nada, nada, nada. Le miré tímidamente, pero la expresión de su rostro me animó: había en el la misma afabilidad que cuando despedía a sus discípulos. Confesé:

—Tú sabes que no te comprendo, rabí...

No me respondió ni se rió de mí. Me habló, lleno de bondad:

—Quiero que me entregues todo lo que te aprisiona... quiero que saques de tus espaldas la cruz de tus penas y temores y tomes la mía... ¿Cambiamos de cruces, Nicodemo?

Sentí una sombra de disgusto. ¡Qué comparación! La cruz es un instrumento de castigo infame y no es agradable mencionarla siquiera. Sólo la más baja chusma ciudadana goza contemplando semejante espectáculo. Por suerte, recientemente, Pilotos prometió no imponer este castigo más que a los peores criminales.

—Rabí, ¿por qué mencionas la cruz? — dije con cierto tono de reproche —. Es una muerte ignominiosa. ¿Es que tus palabras significan un deseo de que alguien te acompañe en la dura prueba?

Como un eco en un desfiladero entre montañas, repitió mis últimas palabras.

—Sí; desearía que alguien me acompañase en la dura prueba...

Vacilé. En mi interior, los pensamientos y los sentimientos estaban sosteniendo una lucha. Se me ocurrió que quizás él había notado la creciente hostilidad de los fariseos hacia su persona. ¿Acaso espera que yo le ayude? Al mismo tiempo comprendí cuán peligroso era ofrecerle ayuda. ¿Cómo puedo saber lo que aún hará o dirá? Detesto las decisiones tomadas a la ligera... Levanté lentamente los ojos: su mirada avasalla a los hombres. ¿Comprendes, Justo, qué significa descubrir que este hombre me ama? Cuando éramos jóvenes nos parecía que el mundo ascendía hacia las estrellas. Pero, ¡cuánta más alegría no experimenta la persona que, al llegar al borde de la vida humana, tiene la suerte de encontrar el amor...! El adolescente busca el amor, pero no lo conoce. El hombre que ha pasado ya la misteriosa línea de los cuarenta sabe lo que vale este trofeo. Y por esto desea

más que nunca el amor de otra persona... ¡Si tú supieras de qué modo él nos mira! Con milagros se puede comprar una multitud, pero conquistarla sólo es posible así. En esto debe residir el secreto de esta absoluta entrega de los *amhaares*. Incluso ellos lo han sentido a través de su dura piel. ¿Cómo podemos decir a un ser que nos ofrece semejante amor que no queremos prometerle nada? Soy blando y a menudo me arrepiento de las promesas hechas. Quizás ahora también me arrepienta. ¡No sé qué más puede pedirme este hombre! ¡Exige tanto! Me dijo: «dame tus penas y angustias...» ¿Todas? ¿Quiere decir también la preocupación de Rut? Porque, adivinando como adivina él los pensamientos humanos, no es posible que ignore esta enfermedad. Quiere aligerarme de todo... Pero, ¿qué me dará a cambio? ¿también algún otro «todo»? Lo ha llamado cruz... ¡Qué comparación tan desagradable!

Cuando yo estaba en la edad en que los niños dejan su casa y pasan a estudiar a la del maestro, los soldados de Coponio rodearon a Séforis con un círculo de cruces... Fue la última gran locura... ¡Qué cosa tan horrible! Con razón las Escrituras dicen: «Maldito sea el que ha sido colgado de una cruz.» ¿Sabes, Justo? Realmente, no sabía cómo responderle. El seguía mirándome y me pareció que de nuevo, como un velo de niebla, había oscurecido su rostro, antes radiante. Pero esta tristeza no disminuía su amor. Quizá lo hacía resaltar más aún (si esto es posible) porque nada es más amor que el amor nacido a pesar del dolor. Entonces no pude resistir más. Le dije:

—Si lo deseas, rabí...si así lo deseas, hágase... Pero en este momento me invadió un miedo, un miedo horrible que me traspasó todo produciéndome una sensación de ahogo. En otra ocasión te he hablado de esa trampa... Sentía como si hubiese caído en ella. El ofrece dones a los que quiere vencer. Pero, ¿qué dará al que le haya prometido fidelidad? ¡Rut, oh Rut! Le miré y mi temor aumentó más aún. En sus ojos clavados en mí, en sus ojos amantes como el mismo amor, me pareció leer una sentencia... ¡Oh, Adonai! Comprendí que ahora ya no podía pedirle nada como Jairo: ni siquiera podía intentar robarle su poder como aquella mujer del flujo de sangre. ¡Entregué a Rut a cambio de aquella mirada! ¡Adonai! ¡Adonai! ¡Adonai! Jairo salvó a su hija... La mujer de Naim recuperó a su hijo... Pero, ¿y yo? La trampa presentida se ha cerrado sobre mí... No hay salida... ¡Oh, Adonai, ten piedad!

Mientras he estado escribiendo, se ha hecho de noche. El viento mueve las hojas de las palmeras y recoge el reflejo de las estrellas en

la superficie del mar. Quizá no es verdad lo que he pensado en relación a Rut, quizá todo quedará como antes... ¿Como antes? Pero, lo que ahora existe, ¿puede quedar así? Cuando me imagino lo peor, pienso: ¡todo menos esto! ¡Que esta enfermedad dure aunque sea decenas de años! Pero sé que cuando vuelva y vea sus sufrimientos repetiré con desesperación: ¡esto tiene que terminar de algún modo! ¡Tiene que acabarse!

El maestro y yo hemos hecho, pues, una especie de pacto. ¿Qué resultará de él? No lo se. Le dejé en la colina. Quizás esperará allí la vuelta de los discípulos. Yo vuelvo a Judea. Procuraré defenderle de las acusaciones que habrán ido llegando contra el al Sanedrín durante mi ausencia. No, no soy discípulo suyo. No tengo nada en común con aquellos *amhaares*. Nuestro pacto sólo nos concierne a nosotros dos: a él y a mí. ¿Un pacto o una amistad? Ni yo mismo lo sé... A decir verdad, todo esto resulta un poco ridículo: le he entregado mis preocupaciones, que, claro esta, han quedado igualmente conmigo, y he cargado con la promesa de algo ante lo cual siento un miedo inexplicable... La cruz, ¡qué instrumento tan odioso! Afortunadamente, tenemos la promesa de Pilatos... ¡Qué idea tan extraña hablar de una cosa así!

CARTA IX

Querido Justo:

No sé cómo darle las gracias. El joven, pero inteligente médico de Antioquía que me recomendaste, vino a casa y visitó a Rut. Me gustó: parece un hombre de horizontes amplios y, a pesar de ser griego, sabe comprender nuestras costumbres. ¿Qué me ha dicho? Que debe curarse... ¡Ojalá! Pero, desgraciadamente, todos sus predecesores decían lo mismo. Siento decirlo por ti. Pero, compréndeme: ¡tantas veces he oído asegurar lo mismo! La gente me manda continuamente médicos; todos hablan con entusiasmo del suyo. Pero ahora ya temo cada cara nueva. Temo un nuevo desengaño... Este Lucas parece más honrado que los otros. Sus palabras no parecen sólo misteriosas palabras para ocultar un vacío. Expone su ciencia abiertamente, como en un mostrador, y explica minuciosamente qué se podría hacer, qué se podría emplear, qué se podría probar... Estoy seguro de que este hombre no se rendirá hasta el final. Pero, ¿dará resultado alguna de estas innumerables pruebas que me propone? ¿Permitirá el tiempo aplicarlas todas? El carro sigue precipitándose. ¿Cuánta pendiente le queda aún para seguir rodando?

Sólo él podía curarla. Pero pasó indiferente por mi lado, como hizo con aquellos nazarenos enfermos. Quiso castigarlos. Pero a mí, ¿por qué me castiga? A mí, que he accedido a cargar con lo que él llama «la cruz». Empieza a nacer en mí la inquietante sospecha de que, bajo sus palabras, se esconde un peligro mayor del que se podía suponer al principio. Su llamada acaba siendo irresistible... Y parece un hombre insaciable, dispuesto a recoger lo que él mismo no sembró...

Una gran sequía lo está quemando todo. La tierra se ha vuelto como una ceniza blanda y ligera. Cuando, al anochecer, sopla un poco de viento, arrastra consigo una rojiza nube de polvo. El Cedrón se ha secado. El monte de los Olivos rechaza el calor con el brillante verdor de las hojas de sus olivos, pero los viñedos se han

ennegrecido, la hierba se ha vuelto amarilla y frágil, las palmeras han doblado sus ramas como camellos cansados que bajan sus cabezas, y los higos han madurado en las tupidas copas, entre las hojas. La gente se acuesta a la sombra y espera, jadeante, la llegada de la brisa nocturna. Todos han huido de Xystos y Bezetha para refugiarse bajo el pórtico de Salomón. Allí se puede encontrar ahora gente de la más baja extracción. Porque, ¿quién ha quedado en la ciudad? Los sacerdotes, con sus familias, y todos los más ricos han marchado de Jerusalén y han ido a sus posesiones de verano. Yo también hace días que hubiera marchado a mi residencia, cerca de Emaús. Nunca había estado en Jerusalén durante esta época de calores estivales. Pero esta vez he tenido que quedarme. La enfermedad de Rut no permite cambio alguno...

Vivimos como asediados: el rojo desierto ha llegado hasta las puertas de la ciudad y como una hiena parece esperar su presa. En la piscina de Siloe el agua baja cada día más de nivel. Nubes enteras de moscas zumban en el aire, denso como el aceite. Estoy sentado al lado de Rut y las ahuyento. Tiene los ojos cerrados y respira con dificultad. Sus blancas manos, caídas sin fuerzas sobre las sábanas, expresan una tristeza espantosa. No puedo soportarla... Hasta ahora no he tenido ocasión de hablar con nadie del maestro. De los miembros del Gran Consejo no he visto más que a Joel bar Gorión. Ya te dije en otra ocasión que me es odioso. Es pequeño y cargado de espaldas (afirma que lleva sobre ellas los pecados de todo Israel). Cuando le encontré estaba rezando por los pecadores. Tenía los brazos levantados y se golpeaba sin cesar la cabeza contra la pared. Tuve que esperar mucho rato a que terminase. Por fin se volvió y aparentó que hasta entonces no había notado mi presencia. Me saludó con una gran cordialidad que siempre me suena a falsa.

—¡Oh, a quién veo! Al gran rabí, al sabio rabí Nicodemo, al bar Nicodemo... ¿Ya has vuelto, rabí? ¡Cuánto me alegro! Todos nos preguntábamos dónde habías ido y por qué has estado tanto tiempo ausente de la ciudad. ¿Es verdad, rabí, que estuviste en Galilea? Vino aquí gente que afirmaba haberte visto allí... ¡Repugnantes calumniadores! Dijeron, imagínate tú, que te habían visto entre una multitud de impuros *amhaares* escuchando a un charlatán que con gran regocijo de los galileos les cuenta un sinfín de tonterías. Dije a Johanaan ben Zakkai (que el nombre de este ilustre y sabio rabí sea siempre ensalzado) que castigara a aquellos mentirosos. Le dije:

nuestro rabí Nicodemo nunca tocaría a un *amhaares,* como ninguno de nuestros *haberim* tocaría un cadáver o un cerdo...

Le tuve que dar las gracias y pregunté:

—¿Qué habéis oído aquí sobre... el profeta de Nazaret?

Los ojuelos de Joel brillaron bajo sus párpados. Siempre se mueven de un lado para otro como dos pequeños ratones negros. Hizo una mueca como si hubiese mordido un limón áspero.

— ¡Je, je, je! —comenzó a reír. Cruzó los dedos y se restregó las palmas de las manos —. ¡Je, je, je...! El ilustre y sabio rabí bromea. ¿Profeta? ¿Qué profeta? ¿De Nazaret? De Nazaret sólo salen borrachos, ladrones y locos. Sobre este mentiroso ya se ha hablado en la sala de la Piedra Cuadrada y se ha hablado más de lo que se merece un *more* de su especie. Lo sabemos todo acerca de él...

Apretó los labios; en las comisaras aparecieron unos blancos hilitos de saliva espumeante. Pero en seguida volvió a frotarse las manos y soltó una carcajada, breve y nerviosa:

— ¡Je, je, je...! Está bien que el ilustre y sabio rabí haya vuelto ya. Galilea es un país de tinieblas. Allá los fieles han de rozarse a cada paso con los *goim*...

También he visto a Jonatán, hijo de Ananías. Me lo envió el sumo sacerdote. Se trata de que los dos representemos al Sanedrín en los festejos que está organizando Antipas para celebrar su cumpleaños. No me hace la menor gracia ir: ¡odio a los bastardos de Herodes! Pero Caifás insistió mucho en que fuera e incluso, para congraciarse, me mandó una hermosa cesta de frutas para Rut. Antipas sabe que ningún israelita decente entraría en Tiberíades, que él construyó sobre un cementerio (creo que el de los saduceos, pero no estoy seguro), y prepara festejos en Maqueronte. En la desembocadura del Jordán dos galeras aguardarán a los invitados. Las fiestas revestirán gran esplendor, primero porque Antipas cumple cincuenta y cinco años, y segundo porque quiere lucir a Herodías, que, por cierto, le tiene completamente dominado. Pero la gente cree que el principal motivo de todos los festejos es la supuesta presencia en ellos del procurador Pilatos. Antipas estuvo enemistado con él durante largo tiempo, pero ahora a instancias de Herodías (ella sabe dirigir el juego) y quizá también por mandato de Vitelio, ha querido mejorar sus relaciones con él. Y tiene razón: más de una vez Pilatos se quejó de él al César...

Contesté a Jonatán que iría. De paso le pregunté qué había oído sobre el maestro. Me respondió con una alegre carcajada.

—¿A mí me preguntas qué sé de él? ¡Ja, ja, ja! Soy yo quien debería preguntártelo. Todos dicen que es un fariseo. Alguien dijo a Caifás que repite las enseñanzas de Hillel, otro que compone *hagadás* a la manera de Gamaliel. Confiesa, Nicodemo, que es uno de los vuestros. Pero es igual. A nadie le importaría que contase cosas sobre la resurrección, los ángeles y otras maravillas si su persona no provocara tantos tumultos entre la plebe. Apenas se terminó con el otro... Quiero serte sincero —adoptó un tono grave— y te diré que hemos decidido llamar sobre él la atención de Antipas. ¡Que se ocupe de él! A vosotros, los fariseos, os gusta hacer tonterías que irritan a los romanos. Nuestro parecer — que tú, en tu fuero interno debes compartir, puesto que eres un hombre sensato — es que cuanto más cuidemos de de eliminar de nuestras vidas todo lo que pueda irritar a los romanos, tanto más se fiarán de nosotros y tanto más podremos obtener de ellos... ¿No estás de acuerdo, Nicodemo? A vosotros, los doctores, os gusta completar la Ley con vuestras propias enseñanzas. En realidad, no hay en ello ningún mal (esto, claro está, te lo digo sólo a ti) mientras se conserve la unidad del culto y del Templo... Pero sabes bien que toda enseñanza, fe y moralidad terminan en el momento en que cualquier aventurero del desierto comienza a imitar a un Judas Macabeo. Y Séforis, no lo olvides, está situado en la misma colina que Nazaret...

Es verdad, en la misma. Al otro lado. Las cruces que hace veinticinco años plantó Coponio debían proyectar su sombra sobre Nazaret. Estuve allí hace poco... A decir verdad, ahora quería hablarte de esto y no de todo el alud de asuntos que me han caído encima al volver a Jerusalén. Durante mi estancia en Galilea me he desacostumbrado un poco de este agitado ritmo de vida de aquí. Allí el hombre piensa con lentitud y lentamente también se llena, a la par que de silencio, de unos rumores apenas perceptibles. ¡Aquí no hay tiempo para nada! Hay que asimilar aprisa y estar siempre preparado para recibir mil sorpresas. ¡Aquí hay que gritar para ser oído y no se oyen más que gritos! ¡Una vida absurda, de la que es imposible escapar!

Después de dejar al maestro en la colina que los nativos llaman «Cuernos de Hattim», en lugar de volver directamente siguiendo el Jordán, torcí hacia Nazaret. Recuerdo las veces que me dijiste que para conocer bien a una persona hay que ir a visitar el lugar donde

vino al mundo y donde transcurrió su infancia. La fama de Nazaret no es buena. Pero pensé que la voz pública también puede estar equivocada; hay que verlo todo con nuestros propios ojos. Sin apresurarme, en dos días llegué al lugar. Es un pueblo como otros tantos pueblecitos galileos. Las colinas forman un semicírculo, en el centro del cual, sobre una ladera, está Nazaret como un gato en los brazos de un niño. Ya de lejos se ve un puñado de casitas blancas desperdigadas entre negros cipreses que forman casi un bosquecillo. A los pies de la colina mana una fuente por debajo de un arco de piedra y rodeada por una cerca hecha también de piedra. Me paré allí, cansado y sediento. Durante largo rato no tuve con quien hablar; sólo pasaban por allí mujeres con cántaros en la cabeza. Más tarde llegó un levita y me saludó amablemente. Le pedí que me condujera a una posada donde pudiera pasar la noche. Subimos juntos al pueblo por el mismo camino por el que bajaban riendo las mujeres a buscar agua. Son bonitas, altas, esbeltas y morenas. No vi entre ellas a ninguna que tuviera el cutis claro y el pelo cobrizo de tantas mujeres de Judea. Sobre la colina cortada por la blanca raya de la carretera, el Tabor levanta su pesada cabeza... Durante años enteros él debió tenerlo constantemente ante los ojos... Ya de lejos divisé entre las casas la sinagoga, rodeada también por una fila de cipreses. La posada estaba sobre la misma carretera, antes de llegar a las primeras casas del pueblo.

Di las gracias al levita y quise despedirme, pero no quiso marcharse sin antes haber llamado al posadero para encomendarme a sus cuidados. Por el camino hablamos y se enteró de quién era yo. Su amabilidad, que ya antes era grande, aumentó entonces considerablemente. Se marchó al fin, después de haberme saludado repetidas veces. A continuación fue el posadero quien quiso probarme su solicitud. Debo confesar que me gustaron aquellas muestras de respeto. Al dirigirme a Nazaret esperaba encontrar lo peor grosería y falta de educación. Quedé agradablemente sorprendido. El posadero me sirvió la comida a la sombra de una robusta higuera. Me levanté para rezar las oraciones. Cuando acabé y me disponía a comer, oí un grito:

— ¡Rabí, no comas!

Levanté la cabeza, extrañado. Unos hombres entraron en el patio. Por sus vestiduras se adivinaba pronto que se trataba de los ancianos de la sinagoga local: el archisinagogo, el *seliah,* el *targumista* y varios *betlanim*. El levita les había conducido hasta allí. Todos llevaban el

taliss sobre los hombros y las filacterias en la frente. Parecían gente piadosa y digna. El archisionagogo llamó al posadero y le preguntó severamente si los utensilios y la comida que me había servido no habían sido contaminados por algún contacto impuro. Pero quedó demostrado que sus temores eran infundados. Entonces el *rosh-hakenesth* se volvió hacia mí. Primero me saludó ceremoniosamente mostrando una gran alegría por el hecho de haber querido honrar con mi presencia su mísero pueblecito, y luego me pidió disculpas por haber gritado. Dijo:

—Discúlpame, ilustre rabí, pero uno nunca puede fiarse de esta gente de pueblo. Dejan que las mujeres lo toquen todo. Y el sabio del Señor dice: «entre mil podrás encontrar a un hombre recto, pero no encontrarás a ninguna mujer que lo sea.., Discúlpame, por favor, y come tranquilo lo que este hombre te ha servido.

Estaba realmente sorprendido de encontrar tanta amabilidad. Los invité a que compartieran mi comida. La temperatura era deliciosa; el calor del día había disminuido y un suave airecillo balanceaba sobre nuestras cabezas las ramas de la higuera. Bebimos leche agria y comimos gallina asada con ensalada de cebolla y pan. Los rebaños volvían al pueblo: se oían los balidos de las ovejas y los gritos de los pastorcillos. Cuando terminamos de comer nos estiramos cómodamente sobre unos bancos que el posadero había colocado debajo del árbol para todos los invitados.

—¿Podríamos saber, ilustre rabí, qué te ha traído a nuestro pueblo? — preguntó al fin el archisinagogo —. Nazaret es un mísero lugarejo y no tenemos aquí nada que pueda alegrar los ojos de tan distinguido visitante. Además, tiene mala fama... Pero es una fama injusta: créeme, rabí... Es verdad que ha habido aquí gente de toda clase... Pero, ¿dónde no hay pecadores? A medida que vamos trabajando y enseñando al pueblo la palabra del Señor, su número es cada vez menor. Si quisieras juzgarlo por ti mismo, gran rabí.

—No lo pongo en duda — respondí —. Cuando os oigo a vosotros, tan respetables, comprendo que todo lo que dicen de los nazarenos es mentira...

—Las palabras del gran rabí son para nosotros como un ungüento aplicado sobre una herida abierta... — observó uno de los *betlamin*.

—Las enseñanzas del sabio valen más que el oro — añadió el levita.

—Rabí, mañana, en la sinagoga, ¿no querrías alegrar nuestros oídos con tus doctas palabras? — dijo con tono solemne el archisinagogo —. Hace tiempo que no ha hablado ante nosotros nadie tan famoso...

— ¡Qué gran honor sería para Nazaret si hablara en nuestra sinagoga el mismísimo *rabban* Nicodemo, hijo de Nicodemo! — exclamó con voz chillona el *seliah,* que se recreaba los propios oídos con los elogios que me dedicaba.

Sentí que no podía resistirme a tantas palabras halagadoras. Estoy acostumbrado a las muestras de respeto, pero aquellas palabras tenían un atractivo particular.

—Dígnate ofrecernos un poco de tu sabiduría — pedían. Debían de considerar mi silencio como una negativa —. No nos niegues, «No escatimes el pan a un mendigo ni la palabra de Dios al que la desee escuchar», decía el gran Hillel. Escucha nuestros ruegos y habla, rabí. Aquí nunca viene nadie. Hace años que no hemos oído las enseñanzas de un gran *soferim* de Jerusalén... Siempre hablan los mismos...

—Excepto cuando un día alguien se atreve a...

El hombre que esto decía cortó la frase en seco, acribillado por las miradas de los demás. Comprendí que se refería al maestro.

—¿Se trata acaso de vuestro Jesús? — pregunté. Se produjo un silencio como si yo hubiese pronunciado una palabra prohibida. Dirigiéndose rápida y furtivas miradas, mis invitados continuaron callados. Debían de estar furiosos contra el que había dejado escapar aquel recuerdo del maestro.

—Sí — dijo por fin el *rosh-hakeneseth* — . Simón bar Arak ha mencionado ahora a este mínimo... No nos gusta hablar de él — confesó con sinceridad —. Lo hemos excluido de la sinagoga por blasfemo y le hemos lanzado el *harem*... Pero va impunemente por el mundo, predica y engaña a la gente... Debería morir lapidado — terminó secamente.

Miré a los otros y vi que todos apretaban los labios y movían la cabeza en señal de asentimiento.

—El rabí Jehudá está en lo cierto — exclamó uno en voz alta —. Este hombre ha deshonrado nuestro pueblo... ¡Por su culpa se habla mal de Nazaret!

— ¿De veras tiene tanta culpa? — pregunté .

Sin pronunciar palabra asintieron con la cabeza.

—Es de Nazaret, ¿verdad? — seguí preguntando.

—Desgraciadamente, sí — contestó el archisinagogo.

—Creció entre nosotros como un cachorro de lobo entre perros — exclamó el levita con odio en la voz.

—O como una serpiente en la grieta de un muro —dijo otro en el mismo tono.

—Nadie sospechó de él...

—Le dábamos encargos... Carpinteaba para nuestras casas...

—Desgraciadamente — repitió el rabí Jehudá. Suspiró —. Aunque, a decir verdad —añadió —, podríamos renegar de él. No nació en Nazaret.

—¿No fue aquí?

—No; nuestros libros de linaje, que mis predecesores lograron esconder a la gente de Herodes (que el *seol* nunca le sea propicio), no mencionan su nacimiento. Su padre era judío... —Y añadió entre dientes — ¡Qué bajo ha caído el linaje real!

—Así, ¿es verdad que pertenece a la estirpe de David?

—Esto dicen nuestros libros. Pero podría haber en ello algún error... Tú, ilustre maestro, sabes mejor que nadie cuán bajo ha caído nuestra grandeza. Ya lo decía el rabí Isaías: «príncipes infieles, compañeros de ladrones». Nuestra salvación está en la sabiduría de los estudiosos como tú, rabí, y no en la sangre de David...

—Pero — interrumpió el levita — está escrito que de David nacerá el Hijo de la Justicia...

El rabí Jehudá respondió con aire de suficiencia:

—Hay quienes afirman esto. Pero los más insignes sabios versados en las Escrituras — me miró con expresión aduladora, invitándome con la mirada a que apoyara sus palabras — dicen que los puros son los verdaderos descendientes de David... Además, no se puede tomar al pie de la letra cada palabra de los profetas...

—Sí —asentí.

—El rabí lo afirma —dijo con un tono que cerraba toda discusión.

El levita, observando que nadie le apoyaba, se calló. Jehudá se enderezó con aire de triunfo. Comenzó a contar:

—En los tiempos en que todo el país se vio sacudido por unos tremendos terremotos, seguramente por los pecados de Herodes, llegó a Nazaret, desde Judea, Jacob, hijo de Matán, *naggar* de oficio. Se estableció aquí y se puso a trabajar... Tuvo un hijo: José. Esto fue cuando el general romano se marchó a Jerusalén llevándose a Antígono, hijo de Aristóbulo, el último del linaje de los Macabeos. Este José se trajo de Jerusalén una mujer, hija de Joaquín, tejedor de oficio. Poco tiempo después, los romanos (¡malditos sean!), por primera vez y contraviniendo la ley del Altísimo, mandaron hacer el censo de los hijos de Israel. José, tal como lo ordenaba el reglamento, se marchó al lugar de donde era todo su linaje: Belén. Se llevó consigo a su esposa... que estaba esperando un hijo. Se marcharon... y no volvieron... No se sabe por qué. Debían de tener un motivo u otro. Las mujeres entendidas habían dicho que aquel niño nacería antes de tiempo, como si hubiera sido concebido antes del día en que la esposa se instalara en la casa del esposo..., pero la verdad es que nadie entonces tenía tiempo para ocuparse de ello, Era la época de las luchas de Judas, hijo de Ezequías, de Simón, de Athronges... Cuando, por fin, José volvió con su esposa y el niño, todo había ya pasado. ¿Dónde habían estado? No se sabe. Es seguro que no estuvieron todo el tiempo en Belén. Parece ser que llegaron hasta Egipto... Así lo cuentan. Pero poco importa. Volvieron y pusiéronse a trabajar. José era *naggar* como su padre y enseñó este mismo oficio a su hijo. Su esposa trabajaba a jornal: hilaba, tejía cosía... No tuvieron más hijos. José era un buen artesano y no le faltó trabajo. Pero enfermó y su esposa tuvo que tejer más aún para tener de qué vivir. Al fin José murió. Su hijo iba entonces al colegio conmigo... Era mucho más joven que yo, pero le recuerdo cuando, sentado entre los otros niños, recitaba las palabras de la Tora. Debían de ser muy pobres, porque nunca vi que llevase sandalias y se cubría con un manto que era una vieja *simlah* de su padre... Más tarde se puso a trabajar y tampoco le faltó quehacer. Dejó de ser un muchacho y llegó a la edad en que el hombre puede tomar la palabra en la sinagoga. Pero nunca decía nada. Se quedaba en la puerta, entre los más pobres, junto a aquellos a los que se manda el limosnero, y sólo escuchaba. Hasta que un día...

—¡Abandonó la ciudad! — gritó el que primero había hablado del maestro.

—Se marchó sin preocuparse de nada — dijo otro - Dejó el taller y la casa y se fue...

— ¡No cumplió con la obligación de cuidar a su madre! — exclamó el levita con indignación.

—No — el rabí Jehudá confirmó sus palabras con severidad en la voz Si ella no trabajase la tendría que mantener la comunidad.

— ¡Es un mal hijo! — repetía el levita, sacudiendo la cabeza.

Un *amhaares* siempre será un *amhaares*.

—La maldad se esconde en el hombre y aparece de pronto...

Hablaban todos a la vez con creciente excitación. Movían tanto los brazos que uno de ellos hizo caer a otro la cajita que contenía las palabras de las Escrituras y que aquél llevaba sobre la frente. Notabase que le odiaban terriblemente. Su recuerdo permanecía vivo en sus corazones como un tumor cuya existencia no se puede olvidar ni por un instante. Todos querían hacerse oír a la vez y levantaban las manos con bruscos movimientos que desordenaban la abundante tela de sus anchas mangas. Sus delgados dedos estaban curvados como garras. Hasta pasado un buen rato el rabí Jehudá no se dio cuenta de lo sorprendida que yo estaba por aquella explosión tan vehemente. Con un severo «chis...» hizo callar a sus compañeros. Bajó la cabeza y dijo con una sonrisa:

—Discúlpanos, grande e ilustre rabí... Nos hemos dejado llevar por la indignación. Este hombre ha deshonrado el nombre de nuestro pueblo ante todo Israel. Pero es un *amhaares* del que no hay que hacer caso... Discúlpanos... Un sabio en el Señor no mira a un perro que ladra a su lado...

—Discúlpanos... — repitieron los otros —. Hablamos de alguien que no es digno de que tus oídos se ocupen de él... Discúlpanos.

Parpadeaban y hacían unas muecas que querían ser sonrisas. Pero en su mirada continuaba brillando la indignación. Repetían «discúlpanos», pero no sabían encontrar algún tema que los apartara de aquella cuestión. Y a mí solamente esto me interesaba. Pregunté:

—Pero, ¿cómo era cuando todavía estaba entre vosotros? Decís que es un mal hijo... ¿Lo fue siempre? ¿Fue insolente siendo niño o poco honrado luego como artesano? ¿Hizo algo malo? ¿Por qué se mereció el odio de todos? Quizá sabríais decírmelo... Es interesante...

Les fui mirando uno por uno. Se mordían los labios para no estallar de nuevo. Esperaban lo que diría Jehudá, que por fin murmuró:

—Bueno... No hizo daño a nadie... En realidad...

Seguían sentados, rígidos, como si tuvieran delante un plato mal condimentado que no pudieran despreciar, pero que tampoco les fuera posible comer.

—¿Y sus padres? — seguí preguntando sin piedad.

—¿Sus padres...?

—José fue, según parece, un buen artesano — masculló el archisinagogo —; hacia bien su trabajo...

—¿Y su madre?

Como una manzana obstinada que no quiere caer del árbol hasta haber recibido varias sacudidas, así llegó la respuesta.

—No... es una buena mujer...

Alguien añadió a disgusto:

—Ayudaba a los otros...

Todavía otro dejó caer, como una moneda que no hay más remedio que dar para pagar el vino consumido:

—Si alguien estaba enfermo, ella le cuidaba...

Como un sonido retardado me llegó del otro extremo de la mesa:

—Muchos la bendicen...

Jabada apoyó la mano en la mesa pesadamente, como si quisiera poner un dique a aquel torrente de palabras. Dijo con fría animosidad:

— ¡Pero es su madre!

— ¡Sí! ¡Ella le dio a luz! — exclamó el levita.

— ¡Todo es por su culpa! — añadió el *targumista*.

—Pero — comprendí que con una pregunta más llegaría a ser odiado como él —, pero si decís que no hizo mal a nadie ni engaño nunca a nadie, entonces, ¿por qué...?

—Si hubiera querido seguir trabajando honradamente — me interrumpió el rabí Jehudá, mirando a no sé qué punto del espacio —, nadie le reprocharía nada. Era un buen *naggar*...

—También... ayudaba a los otros — dijo por lo bajo uno de los *betlanim*.

—Conocía las Escrituras —dijo el *seliah*.

—Cumplía fielmente los preceptos de la Ley...

—Sí, si él... — comenzó a decir el que primero había mencionado al maestro, mas se interrumpió asustado, temiendo decir de nuevo algo inoportuno.

— ¿Por qué, pues, sois enemigos suyos? — pregunté.

El *rosh-hakeneseth* tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—¿Enemigos? — preguntó desdeñosamente. Miró a los compañeros —. ¿Enemigos? — repitió. Se encogió de hombros —. Todo pecador es enemigo del Señor — citó —. Pero es como si el hacha se rebelara contra el leñador... Ninguno de nosotros es enemigo suyo... Un *amhaares* no es digno de la sonrisa ni del desprecio del sabio... — continuó citando.

Se produjo un gran silencio. No se volvió a reanudar la conversación. Se marcharon resentidos.

A la mañana siguiente llamé al chiquillo que cuidaba de los asnos y le pregunté

—¿Sabes dónde está la casa de Jesús, hijo de José, el *naggar*?

—Si, lo sé — respondió.

—Llévame allí y te daré un siclo...

El chiquillo empezó a andar de prisa. Era temprano. El sol apenas comenzaba a asomarse por detrás del Tabor como un niño escondido tras un montón de heno mira si le están buscando. Subimos toda la colina, dejando a nuestras espaldas las casas del pueblo. Bajo la lisa pared rocosa se veían varias chozas de barro, pegadas a la roca como un nido de pájaros... Las pasé de largo y llegué a la amplia cumbre cubierta de hierba. Por el otro lado la colina bajaba en suave pendiente hacia el valle de Jesrael. A mi derecha, al otro lado de la vertiente, debía estar Séforis. Ante mí se alzaba el Carmelo. Digo mal «se alzaba», pues mejor sería decir que se extendía como una espuela clavada en la llanura del mar, de un gris plomizo.

Bajé de nuevo hacia las chozas. El chico que me conducía iba dando saltos de alegría: la promesa de una moneda de plata le había puesto de buen humor. Corría y luego volvía a mi lado. Constantemente bailaban ante mis ojos sus delgadas piernas, casi negras. (¡Oh, Adonai, pienso en los pies de Rut, hinchados y nunca besados por el sol!) De pronto se paró y preguntóme:

—Rabí, ¿quieres ver dónde vivió el *soteh*?

—Sí, quiero — contesté - ¿Por qué lo llamas así?

Se rascó despreocupadamente el vientre a través de un agujero de su *cuttona*.

—Todos le llaman así — contestó, mas sus infantiles ojos brillaron con astucia. Se sacudió los pelos que le caían sobre la oreja y agregó —: Pero otros dicen que hace unos milagros muy grandes.

Nos paramos ante una choza. La vieja y pesada puerta estaba cerrada con un travesaño que parecía de confección casera. Levanté el pestillo. Del interior salió una bocanada de aire frío; seguramente hacía tiempo que nadie había dejado penetrar allí ni un solo rayo de sol. Se ofreció a mi vista un mísero interior, como el de una modestísima choza de algún campesino galileo: había sólo unos pocos objetos: un molinillo, una prensa de mano y una mesa de carpintero arrimada a la pared. El suelo, de tierra apisonada, estaba cuidadosamente barrido y los utensilios de carpintería colgaban de la pared, en orden, tal como deben quedar durante el sábado. Por los rincones vi lo que debían ser las partes de una mesa sin terminar. Al lado de la puerta había dos tinajas de barro llenas de agua. Mi mirada saltaba de un detalle a otro, deseosa de descubrir algo nuevo acerca de las personas que habían vivido allí. Sobre la mesa no había ni una viruta. Encima de la madera, oscurecida por el tiempo (seguramente había pasado del abuelo al nieto), blanqueaba una cruz de madera recién tallada. ¡De nuevo la cruz! Probablemente piensa en ella sin cesar. ¡Qué rara predilección por este instrumento de tortura tan infame!

Por lo demás, no vi nada interesante. Salí. Pregunté al pequeño:

—¿Su madre ya no vive aquí?

—No — contestó . Dicen que vive en Betsaida.

«Quiere estar más cerca del hijo», pensé. Se comprende. Además, ¿por qué debería quedarse aquí, donde por odio hacia él serian capaces de negarle hasta un vaso de agua? Se me ocurrió pensar que era una lástima no haberla encontrado. Pero no sentía deseos de volver al lago. Saqué un siclo y se lo di al muchacho. Lo cogió ávidamente con sus sucios dedos. Di la vuelta y comencé a bajar. De pronto experimenté tal indignación contra aquella gente que, en lugar de ir a la sinagoga como había prometido, me puse en camino sin demora.

¿De modo que es realmente del linaje de David? Y no ha nacido en Nazaret, sino en Belén. Debería también ir allá para convencerme de ello, verlo...

En Belén. ¿No te recuerda esto la profecía del rabí Miqueas? «Belén, la más pequeña de las ciudades, de ti saldrá el rey de Israel, nacido de la eternidad...» ¡Tiene suerte con las profecías!

Imagínate: aquel médico de Antioquía me contó que los griegos también esperan la llegada de algo o de alguien... Vivimos en una época muy interesante... Pero para mí nada existe fuera de la enfermedad de Rut...

CARTA X

Querido Justo:

Acabo de volver de Maqueronte. Escucha lo que ha ocurrido allí en estos últimos días.

Antipas se ha desvivido organizando unos festejos como no habíamos visto desde los turbulentos tiempos de su padre. La fortaleza estaba adornada toda ella con colgaduras de colores como la tienda de un cacique negro, e iluminada de noche igual que Jerusalén en los primeros días de las fiestas de la siega. Los solitarios y salvajes desfiladeros montañosos resonaron durante toda la semana con los tambores árabes, cítaras, *kinnor* y pífa- nos. Digno hijo de Herodes, quiso contentar a todos, para los romanos había carreras, luchas y toda clase de juegos: para los árabes, música salvaje y bailarinas, para los fieles, cantos religiosos que entonaban por las mañanas y por las noches los levitas venidos de Galilea.

¡Y cuántos invitados! No faltaba nadie. En primer lugar la digna familia del tetrarca: su hermano Filippo, gobernador de Traconítide, Batanea y Hauranítide, su sobrino Alejandro, hijo de Alejandro, Agripa, recién llegado de Roma, y Herodes, rey de Culcidia. El más decente de todos ellos es Filippo; es un hombre tranquilo y silencioso y desde un principio parecieron disgustarle aquellas ruidosas diversiones. Dicen que gobierna su tetrarquía con justicia. Alejandro, un jovencito fogoso, parece siempre dispuesto a realizar grandes hazañas, pero siempre se apaga su ardor y cede el paso a la indecisión y a un visible miedo: podría creerse que teme morir envenenado antes de tiempo. A Agripa se le ha subido por completo a la cabeza su estancia en Roma. Habla sólo en la lengua de los griegos y de los romanos, se ha cortado la barba y se vanagloria de su amistad con el joven Cayo, hijo de Germánico. Junto con los descendientes de Antipatros, había también en la fiesta toda una banda de reyezuelos y jefes árabes. Cuando ven que Antipas los mira, mueven las cabezas con falsa admiración, como en señal de aprobación. En el fondo le odian por la

ofensa infligida a Aretas, que goza de una gran popularidad entre los idumeos.

Llegó para la ceremonia el esperado Julio Poncio Pilatos. Fue la primera vez que pude verle de cerca y hablar con él. Últimamente no se le ve casi nunca en Jerusalén. A primera vista me dio la impresión de ser uno de estos hombres que contemplan el mundo con filosófica indiferencia. Pero esta impresión cambió en cuanto empezó a hablar. Entonces vi que tenía ante mí a un soldado sin educación ni cultura. Cada ademán suyo delataba su baja condición. Cuentan de él una historia curiosa parece ser que es hijo de un jefe galo. De niño le mandaron a Roma como rehén. Entonces se llamaba Vinix. Allí se ocupó de él alguien de la familia de los Claudios y le latinizaron hasta tal punto que Vinix nunca más quiso volver junto a los suyos. Se cambió el nombre, ingresó en el ejército, le hicieron tribuno y se distinguió en varias guerras. Luego se casó con Procla, hija del senador Marco Metelo Claudio, mujer ya un poco pasada, pero emparentada, como lo indica su apellido, con la familia del César. Alguien me ha dicho que en aquella época Pilatos distaba mucho de llevar una vida ejemplar, pero tenía sueños de grandeza. En Roma cada tribuno se imagina que llegará a emperador. Seguramente por esto se casó con una mujer fea y entrada en años, pero perteneciente a una antigua familia patricia. Sin embargo, no consiguió mucho con ello: cierto día el Emperador le nombró procurador de Judea. Hará de esto seis años. Los romanos consideran este puesto como una especie de destierro: Valerio Grato solía decir que las minas de cobre en Chipre y el gobierno de Judea son lo mismo en este sentido. En compensación, permitió que Pilatos, violando con ello el derecho romano, se llevase a su mujer (que así ha escapado a la suerte que ha corrido últimamente toda la familia de los Claudios Metelas). Apenas desembarcó en Cesarea, Pilatos quiso mostrarnos lo que es gobernar con mano dura. Quizá pensaba que así llamaría la atención del César y lograría que le diera un destino mejor. Habrás oído hablar de aquellas insignias militares que hizo entrar en Jerusalén de noche y de aquellas tablillas votivas que mandó colgar en los muros de la torre Antonia. Pero en los dos casos el procurador perdió la partida. Tuvo que ceder ante la intransigente oposición de todos. Esto le estropeó el humor para varios años. Dejó como jefe de la guarnición de la Antonia a Sarcusio, su tribuno de confianza, y él mismo se encerró en Cesarea. Viene a la ciudad muy de tarde en tarde, durante las fiestas más señaladas, y su llegada siempre es presagio de algún suceso sangriento. Hace un año, durante las fiestas de la siega, ordenó que

sus soldados atacaran sin más ni más a unos galileos que habían venido a depositar sus ofrendas. Deseaba ver sangre. Preferimos que se esté quieto en su casa no venga a Jerusalén. Se ha vuelto alcohólico, ha engordado y dicen que de puro aburrimiento se ha puesto a filosofar. Ha comprendido, según parece, que ya nunca le sacarán de aquí, porque ha dejado de molestarnos. Las relaciones entre él y el Sanedrín han quedado tácitamente solucionadas de manera que él permanece en Cesarea y no se mezcla en nuestros asuntos mientras nosotros cuidamos de que en la ciudad reine una paz absoluta. Todo iría bien si no fuera por su ilimitada codicia. Ya que no tiene poder, quiere tener oro. Exige que se le paguen por todo grandes suma. Pide precios descaradamente elevados. A veces es imposible colmar su avidez, lo sé porque es José quien lleva las negociaciones con él en nombre del Sanedrín. También los hijos de Manías lo hacen por su propia cuenta. Les vende sin escrúpulo alguno todos los cargos y cierra los ojos cuando ellos despojan hasta del último céntimo a los pobres peregrinos. Gracias a él, los saduceos, aunque odiados, han aumentado su poder. Por suerte, también nosotros tenemos cierta influencia sobre él. Su mujer es *gere hasar,* prosélito de la puerta.

Pilatos es de mediana estatura, ancho de espaldas; tiene unas manos grandes y torpes y los brazos bien musculados. Sobre su calva cabeza no le quedan más que unos pocos mechones de pelo rojizo. Anda pesadamente como un oso y reparte a derecha e izquierda grandes palmadas sobre las espaldas de todo el mundo. Continuamente, sin motivo alguno, estalla en grandes carcajadas. Él y Antipas se pasearon un buen rato por el jardín, hablando parecían dos perros que se están oliendo y se acercan el uno al otro con las piernas rígidas. Cada uno quería hacer ver al otro que se encontraba allí por propia voluntad, dando a entender que el otro lo hacía por mandato de Vitelio. En realidad, los dos son unos juguetes en manos del legado.

Luego volvieron del jardín y Pilatos fue a saludar a todos los que estábamos allí reunidos. Se acercó sonriendo como si fuera un tribuno que inspecciona a los nuevos reclutas. Dio una amistosa palmada en el vientre a uno de los jefes árabes, y a otro le tiró de la barba. Prorrumpía en grandes risotadas delante de cada persona, hacía muecas y guiñaba el ojo significativamente. No cuesta adivinar que donde este hombre se encuentra mejor es en una cuadra o en un cuartel. Los jefes árabes, a los que daba palmaditas como si fueran caballos, le contestaban con una risa que me recordaba el balido de

una oveja. Pero en el fondo de sus negros ojos se veía hostilidad. Tanto o más odiábamos el procurador los que estábamos bajo su poder. Pero debo reconocer que con nosotros se mostraba menos rudo. Sólo a Jonatán le saludó como si se conocieran mucho:

—¿Cómo estás. Jonatán? — dijo con una mueca que debía de indicar buen humor —. Por cierto — se inclinó hacia él como si de pronto recordara algo —, ¿cuándo me traeréis el dinero?

—Lo estamos recogiendo — contestó Jonatán con una inclinación

—Lo estáis recogiendo... — repitió burlonamente —. ¡Ja, ja, ja! — prorrumpió en una sonora carcajada, y guiñó el ojo —. ¿Crees que podrás engañarme? ¿Para qué lo estáis recogiendo? Os basta meter la mano en vuestro tesoro. Hay allí oro suficiente. Sé algo de esto. Te lo prevengo, daos prisa... —y le amenazó con el dedo, medio en broma, medio en serio.

Jonatán, como queriendo desviar su atención en otra dirección, me presentó a él,

—Aquí tienes, ilustre procurador, al rabí Nicodemo: un gran sabio y fariseo, representante del Sanedrín.

— ¡Salve! — Pitusos movió la mano con cierta negligencia. ¿Fariseo? Se sorprendió de pronto como si esta palabra le recordara algo. Se paró y preguntó. Es uno de esos que hablan de una vida después de la muerte, de un premio, de un castigo, de espíritus, ¿verdad?

—Sí, noble Pitusos — respondió prontamente Jonatán —; el rabí Nicodemo es uno de los más grandes doctores fariseos.

— ¡Ja, ja, ja! — Pilatos lanzó una carcajada como un general para quien todo lo que no sea conducir una cohorte en pie de guerra y conquistar fortalezas son nimiedades de las que sólo los tontos se ocupan — ¡Ja, ja, ja! Es divertido. Según vosotros, los espíritus vuelan así, ¿no es esto? —y levantó una mano hasta la frente, moviendo los dedos en el aire—. A mi esposa le encantan esa clase de historias. A menudo la visitan unos fariseos y le cuentan cosas sobre espíritus. Pero nosotros, Jonatán, sabemos qué pensar de todo esto, ¿verdad? — Puso su enorme mano sobre el hombro del hijo de Ananías y soltó una carcajada estentórea que resonó por todo el castillo—: ¡Ja, ja, ja!

Al pasar delante de mí hizo un movimiento como si quisiera golpearme el estómago con su puño de gladiador, que es como un

martillo. Sólo de pensarlo me sentí mareado. Pero pasó de largo y se mezcló entre los demás invitados, riendo y gesticulando.

Las borracheras fueron aumentando de día en día. Los banquetes se sucedían sin interrupción. En cierto momento vi a Pilatos rodeado de bailarinas, hablando con Herodías, que estaba recostada sobre su lecho, al otro lado de la mesa. Esta mujer, a pesar de sus años, sabe hechizar todavía a los hombres. Su cuerpo conserva una línea magnifica. Parece casi una jovencita. Pero cuando contempla a Antipas con la tierna mirada de sus negros y brillantes ojos de largas pestañas, cuesta creer que esta misma mujer se haya deshonrado ya una vez con una ilícita unión con uno de sus tíos, le haya engañado y abandonado luego para irse a vivir con Antipas, también tío suyo. A los pies de Herodías estaba sentada una muchacha joven, esbelta y de tez morena. Cuando miro a una criatura se me aparece en el acto la imagen de Rut. ¡Ojalá pudiera no pensar en ella! Creí que era una sirvienta, pero resultó ser la hija de Herodías y Filipo. La madre la hace estar allí y ella nos contempla a todos con sus enormes ojos negros.

Oí fragmentos de la conversación entre Pilatos y Herodías. Ella intentaba convencerle de que su nuevo marido desea ser su mejor amigo:

—Ya verás, ilustre procurador; te lo demostrará en el momento oportuno... Cuando más lo necesites...

— ¡Nunca voy a necesitar nada de él! — contestó altivamente, mientras mordía un muslo de pavo —. Pero ya que tú me lo aseguras — echó el hueso debajo de la mesa —, estoy dispuesto a creer. — Se limpió la boca con el revés de la mano y se quedó contemplándola —: ¡Por Hécate, tienes unos bonitos hombros, Herodías! —dijo, acariciando al mismo tiempo a una de las bailarinas.

Luego se inclinó sobre la mesa y comenzó a decirle algo en voz baja, pero ya no pude oírlo. Sólo me llegó una palabra que se le había escurrido como un siclo de una bolsa agujereada: «corbán». ¿Qué es lo que él puede querer del tesoro del Templo? La mujer le escuchaba sonriendo.

— Es verdad, noble procurador — asintió al fin — realmente hay allí demasiados tesoros... — Tomó una copa y la acercó a la de Pilatos volviendo a sonreírle —: ¿Bebemos? — dijo —. De lo otro me ocuparé yo personalmente, pierde cuidado.

Me había picado la curiosidad y no sabía qué pensar de aquella conversación. Consideré que debía contárselo a Jonatán. Pero él se encogió de hombros:

— ¡Oh, ya sé! Varias veces ha querido convencernos de que paguemos con el dinero del Templo la construcción de una conducción de agua desde Siloé hasta la Antonia. Pero tendrá que contentarse con el proyecto: una conducción de agua, bien, ¿por qué no? Pero no con nuestro dinero. No se lo negamos y aparentamos no acabar de entender lo que nos pide. Dejemos pasar el tiempo. Ahora buscará apoyo en Herodías, ¡el necio!

Se marchó riendo y unos minutos más tarde le vi hablando alegremente con Pilatos. Comienzo a creer que le tienen más cogido de lo que nos imaginamos.

La fiesta degeneró en una orgía. Bailarinas árabes y nubias ejecutaban sus bailes y luego se mezclaban con los invitados. Los reyezuelos árabes eran los que más se divertían. Los criados servían una tras otra las ánforas de vino y acompañaban a los vomitorios a los que querían vaciar sus estómagos demasiado llenos. Mi repugnancia aumentaba por momentos. Pilatos se destornillaba de risa en un extremo de la mesa y repartía fuertes palmadas que resonaban hasta el techo. Al otro extremo estaba sentado Antipas, cada vez más sombrío a pesar de su borrachera, que iba en aumento. Entre él y Pilatos había nacido una visible hostilidad. En vano Herodías trataba de aproximarlos. Continuaban tan ajenos el uno al otro como los árboles en las márgenes opuestas del Jordán. Antipas parecía ser el que oponía más resistencia; era evidente que desconfiaba de la ruidosa familiaridad del procurador.

Cierta mañana, cuando los invitados, cansados de la orgía nocturna, roncaban aún sobre sus lechos, salí al jardín para rezar mis oraciones matinales. Al volver, me encontré con Antipas: el rey estaba solo y caminaba con aire sombrío, con las manos cruzadas a la espalda. Pensé que pasaría junto a mí sin hacerme caso. Pero, al verme, me llamó como si precisamente me hubiera estado buscando. Me cogió del brazo y nos dirigimos al fondo del jardín.

—Debe de indignarte, rabí — dijo, mientras caminábamos a lo largo de una avenida de palmeras que conservaban aún el frescor de la noche todo lo que está ocurriendo aquí estos días. Tú eres fariseo y un hombre recto y piadoso... Pero no deberías indignarte. No tengo más remedio que hacerlo así para todos los no circuncisos que están

aquí — hablaba como si desde tiempos inmemoriales fuese un seguidor de la Ley, cuando no lo fue hasta que Herodes se avino a que los hijos de Malthake fueran circuncidados —. Si no tratara de vivir en buenas relaciones con todos ellos, acabarían por destrozarme. Este Pilatos es una alma mezquina y, para congraciarse con Tiberio, sería capaz de contarle no sé qué calumnias... Agripa también querría aniquilarme. Se cree superior a mí porque es nieto de Mariamme... Igual que Alejandro, pero éste es más tonto. Por todas partes sólo veo enemigos... La vida es una lucha contra todos. He de estar continuamente en guardia. Yo sólo deseo la paz. No me importa que Pilotos «reine» en Judea. Me basta con lo que tengo... Herodías me ama, y podría ser feliz... Pero tampoco me dejan disfrutar de esta felicidad. Por todas partes hay gente mala y envidiosa... Como vuestros saduceos, por ejemplo. ¿Qué quieren de mí? Por un lado halagan a los romanos, por otro hacen negocios con Pilatos. ¿Puede uno ser honrado en un mundo en que nadie lo es? Rabí, tú que eres tan sabio, dime: ¿Se puede luchar continuamente contra todos y no tener a nadie en quien apoyarse?

Dimos la vuelta a un pequeño estanque iluminado por el sol que parecía un bloque de ámbar rojo y dorado en el que hubieran quedado aprisionados unos pececillos de ojos saltones y colas como un solo de muselina. Volvimos lentamente hacia el palacio.

Dímelo continuó. Pero no esperó mi respuesta. Me iba arrojando sus penas como una comida mal digerida. Por todas partes enemigos y sólo enemigos. Comenzó a contarlos con los dedos, Pilatos. Vitelio, Tiberio, Agripa, Alejandro, Filipo, Aretas, los saduceos...—. Vosotros también me sois hostiles... Me creéis un impío, lo se. El también es tan severo... Pero yo únicamente deseo paz y un poco de felicidad. Herodías me ama y me cuida. Nadie me ha amado nunca, nadie me ha cuidado. Nunca podía saber si un día cualquiera me darían un veneno. No podía fiarme ni de mi mujer. Por esto la devolví a su padre. Herodías me seguiría hasta los confines del mundo. ¡A su lado estoy seguro! ¡Qué me importa que haya sido mujer de Filipo! Ella no le quería, ni él a ella.

¡El despreciable hijo de un padre malvado me había escogido como confidente de sus penas! Cree que todos le odian (y en esto no se equivoca), que está rodeado de enemigos que amenazan su vida y que sólo Herodías le protege contra los peligros. En este hombre, mezcla de idumeo y samaritano, han revivido todos los temores de Herodes. Ahora, por un exceso de afecto, debería envenenar a

Herodías y luego construir un palacio en su honor, como hizo su padre con la madre de Alejandro y Aristóbulo.

— ¡Por qué él me lo reprocha? — estalló de pronto cuando entramos de nuevo en la sombreada avenida en dirección al estanque —. Yo le tenía en gran estima, y le tengo aún. Es un rabí sabio y santo. Es un profeta. Le venero como veneraría a Elías o a Isaías si volvieran a la tierra. No le condenaré a muerte aunque ella lo desea... Pero, ¿por qué me trata así? ¿Qué le he hecho? El dice que he obrado peor que David con Urías ¡Yo no he hecho matar a nadie! Yo sólo amo a Herodías y ella me ama a mí...

Entonces recordé a Juan. Últimamente había olvidado por completo que él estaba encerrado en una mazmorra de la fortaleza y que, mientras sobre su cabeza se organizan banquetes y fiestas, él en su prisión sueña con la libertad perdida. Este necio le tiene encerrado, pero aún le teme. Herodes era un lobo astuto, pero valiente. En cambio, Antipas, como una vez dijo con razón el maestro, no es sino un zorro capaz de merodear de noche, pero sin atreverse a plantar cara de día. Nunca logrará hacer una acción grande.

—Juan — me aseguraba con insistencia, quizá pensando que todos los fariseos somos de la misma opinión — es un santo profeta. Me gusta hablar con él. Le escucho. Haría todo lo que me dijera. Incluso lo hice. Pero no renunciaré a Herodías. ¡No! ¡No! La amo y ella me ama. Sólo a su lado estoy seguro. La necesito. A su lado puedo ser bueno, justo, caritativo. Un rey para ser bueno, necesita que le amen. Tengo entendido que vosotros, los fariseos, conocéis una ley según la cual hay muchos motivos por los cuales se puede dar una carta pidiendo el divorcio. Filipo le dará una carta así, seguro que se la dará... ¡Le obligaré a que se la dé! Juan no quiere ni oír hablar de esto. No se puede hablar con él porque en seguida grita y amenaza.

Estuve paseando así durante más de una hora, de un lado a otro del jardín, mientras él me hablaba siempre de lo mismo. Por fin, para librarme de él, le dije que estaba dispuesto a entrevistarme con Juan para ver si le convencía de que no debía juzgar tan severamente las relaciones entre Antipas y Herodías. Esta idea le entusiasmó. Quería darme las gracias. Sentí cerca de mi rostro sus repugnantes y siempre húmedos labios. Exclamó que por fin había encontrado a un amigo. Mandó llamar al jefe de la guardia y le encargó que me escoltara hasta la mazmorra del prisionero.

De este modo fui a visitar al profeta de Bethabara, aunque hubiera podido hacerlo sin la ayuda de Antipas: la enrejada ventana de su celda da a un patio por donde el hijo de Zacarías puede comunicarse con sus discípulos, darles sus enseñanzas y consejos. Bajé por unos resbaladizos peldaños de piedra. En la mazmorra, sobre un jergón de paja, yacía un hombre. Le reconocí en el acto, a pesar de lo mucho que había cambiado durante aquellos años. Estaba delgado y envejecido y su piel, antes bronceada por el sol, tenía ahora un color pardo amarillento de tela descolorida. Allí nadie le torturaba, no llevaba cadenas y a su lado, en el suelo, había una cesta repleta de excelente comida. Pero a un hombre como Juan nada puede compensarle el sufrimiento de sentirse cautivo. Por esto quizá sus claros cabellos comienzan a volverse blancos y su rostro, crispado y surcado por infinitas arrugas, tiene las mejillas hundidas como un odre vacío.

Cuando entré, el prisionero no se movió. Ni siquiera levantó la cabeza. Yacía con el cuerpo medio fuera del jergón; un rayo de sol caía sobre su rostro como una mancha luminosa. Meditaba... o quizá no pensaba en nada y sólo exponía la cara a la caricia del sol. Cuando me acerqué a él, abrió lentamente los ojos y se incorporó. El guardia salió, dejándonos solos en la oscura celda, que aparecía aún mas oscura a causa de aquella oblicua columna de luz solar que se clavaba en ella. Pero pronto mi vista se acostumbró a esta mezcla de luz cegadora y oscuridad absoluta. El hombre estaba sentado frente a mí, apoyado en sus rodillas levantadas. La larga sombra de su nariz le alargaba el rostro: no podía verse si tenía la boca abierta o cerrada. Levantó la cabeza y. al desaparecer la sombra que producían sus cejas encrespadas, pude ver los ojos del profeta. Aquellos ojos eran lo que menos había cambiado; seguían siendo soñadores como antes. Eran los de un ser que busca y espera algo. Ya no quedaba en ellos ni sombra de su indignación contra todo lo que le rodeaba. Parecían barcos que hubieran entrado para siempre en alta mar. Por de pronto tuve la impresión de que volvían de aquella alta mar. De nuevo se encendió en ellos el fuego de antes y sus párpados se agitaron como velas movidas por el viento. Oí una voz ronca y baja, la misma que entonces tronaba a orillas del río.

— ¿Ya vienes a buscarme?

—Rabí... — comencé. No comprendí su pregunta. Experimenté cierta timidez ante aquel hombre que hablaba sin temor alguno ante

multitudes enteras —. He venido a visitarte. No debes de acordarte ya de mí. Una vez estuve contigo en Bethabara...

—Es posible — admitió, como si no quisiera hacer el esfuerzo de recordar —. Eres fariseo, ¿verdad? Asentí con un movimiento de cabeza. Supuse que seguiría interrogándome. Pero no dijo ni una palabra más. Parecía como si de nuevo se hubiera alejado de la orilla a la que yo le había llamado.

—Entonces, rabí, me mandaste esperar — agregué después de una pausa —. Y me dijiste que sirviera, pero que supiera renunciar al servicio...

Levantó la cabeza y fijó en mí una mirada como si yo acabara de decir algo enormemente importante, algo que se introduce en la mente con lentitud e insistencia. Era una mirada interrumpida en su trayectoria como agua pasada por un tamiz.

—Sí — repitió despacio —: saber renunciar... — Me pareció que no se dirigía a mí —. Renunciar — repitió — como aquel que entrega al amigo su prometida y, cuando los dos se alejan seguidos de sus invitados, él se queda solo pero feliz por la felicidad del amigo. Cumplir su obligación y luego desaparecer. Quemarse como una lamparita hasta la última gota de aceite... Y no arrepentirse de nada...

Levantó aún más la cara y el sol le inundó con su luz las delgadas mejillas y los labios, fuertemente apretados. Parecía una persona que, después de una larga temporada de calor, expone su rostro a las primeras gotas de lluvia refrescante. Pero al poco rato aquella expresión soñadora se transformó en un sentimiento de disgusto a impaciencia. De pronto exclamó:

— ¿A qué has venido? ¿Qué quieres de mí?

Su voz comenzaba a ser violenta. « ¿Qué quieres?» Era como el sonido de unos truenos a orillas del Jordán.

—Rabí — quise explicar tímidamente —, entonces decías, enseñabas...

—Entonces — exclamó con acento dolorido — todo era diferente. Entonces yo era la voz. La voz del que clama en el desierto. Entonces era el momento de preguntar y de contestar... Hoy — se pasó la mano por su delgado pecho desnudo —, ¿quién soy yo? ¡Nadie! Me han arrancado la lengua. Soy el silencio... Ve con él, es a él a quien debes preguntar —. Bajó la cabeza hasta apoyar la frente en las rodillas: su respiración se hizo entrecortada.

Entonces me pareció que le había comprendido. Su cántaro estaba lleno hasta los bordes. Vino otro y le quitó los discípulos mientras él mismo iba a parar a una mazmorra. Bajo la piel de sus costados vi cómo sus costillas se estremecían con violentas sacudidas. Todo su cuerpo era presa de escalofríos.

—¿Por qué te quedas ahí parado? — me dijo, sin levantar la cabeza —. Te lo repito: ve con él. Él debe crecer, mientras yo voy disminuyendo, encogiéndome, y cuando vengan por mí seré como un niño —. Su voz, irritada e impaciente, se hizo luego suave y persuasiva —. Ve... ¿Qué esperas de mí? Ahora soy un árbol seco. Es él quien tiene hojas ahora.

Se irguió con esfuerzo, apoyándose contra la pared. Su respiración se hizo honda y pausada. Le pulsaban las sienes.

—Él es la vida — siguió murmurando en voz baja —: el ciego ve, el cojo anda, el leproso queda limpio, el miserable oye la buena nueva... Sí, él es... —Cerró los ojos y movió la cabeza —. Ve con él. Y que otros vayan también. Él lo sabe todo. Él ha venido del Cielo. Él dice la verdad. Mis discípulos lo han seguido: mis buenos, mis inteligentes discípulos. Sólo yo no puedo seguirlo...

No pude dejar de preguntar:

— ¿Tú seguirlo a él? Si fuiste tú quien le bautizaste y no él a ti...

Sonrió cama sise compadeciera de mi falta de fe.

—La madre cría al hijo, pero el hijo, al crecer, se hace mayor que ella. Él quería que la lluvia celestial cayera primero sobre las manos de los hombres y de allí a la tierra. Él quiere nuestro canto, pero cuando a nosotros nos falla la voz él lo termina y lo hace más hermoso que el nuestro... Nuestro espíritu tiene un límite. Sólo él no conoce límite alguno. El Padre se lo ha dado todo. Quien vaya con él lo habrá ganado todo...

¿Así pues, crees tú, rabí, que él es... — me arrodillé junto al lecho de paja — que él es el Mesías?

Me contestó con una estrofa de Ezequiel:

— «Ya no habrá en Israel mas visiones falsas, ni profecías que no podamos comprender.» — Volvió a su canto —: El ciego ve, el muerto ha resucitado, el pobre ha oído la palabra de consuelo. ¿Preguntas si él es el Mesías? — dijo, como si aún no hubiera contestado a mi pregunta—. Él es aquel que había de venir. Para él he estado allanando los caminos. He estado anunciando su llegada. Ha venido y

ha traído la salvación. Seguidlo a él y a mí dejadme. ¡Dejadme! — Sus palabras eran de nuevo violentas. Gritaba como si en la mazmorra hubiera muchas personas y no realmente yo —. ¡Dejadme! ¡Yo soy como una concha vacía! Como uno de esos enfermos que quedan en el camino después de su paso. ¡Seguidlo! Yo ya no puedo servirle. No tengo con qué. Ya no me necesita...

En otra ocasión te escribí lo triste que es la suerte de los profetas que llegan al final de sus profecías. Las palabras de Juan están veladas por el dolor. Lleva en su interior un gran vacío, pero ni una sombra de rebelión. ¡Qué extraño! Justamente él, que se cree el último de los profetas, hubiera debido esperar otra clase de Mesías.

Pero, en lugar de esto, se está torturando por otro motivo. Parece como si envidiara a sus discípulos que han seguido al maestro de Nazaret. Ellos se han ido y él no ha podido ir... Y esa extraña frase de Jesús: «Juan es más pequeño que los moradores del reino»... Parece como si estos dos seres estuvieran ligados por un misterio que yo soy incapaz de descifrar.

—Pero tú eres un gran profeta — le dije, queriendo consolarle.

—No soy profeta — negó del mismo modo que cuando se lo preguntamos en nombre del Sanedrín —. Soy la voz que ha dejado de oírse... ¡Ahora ya no hace falta la voz! — exclamó de pronto.

En sus palabras vibraba aún la nota de dolor, pero, su rostro se iluminó igual que cuando, por encima de mi hombro, vio venir al galileo. Hablaba con calor, fijando los ojos en la columna de luz llena de relucientes partículas de polvo.

—Ahora todo hablará: las personas, los árboles, las piedras, las estrellas. Él ya no necesita mi voz...

—Pero no todos le siguen —observé.

Me pareció ver una sonrisa sobre su oscuro rostro. Asintió levemente con la cabeza.

—Lo sé, no queréis recibirlo. Pero él os llamará —aseguró con una fe inconmovible —, y a cada uno en su día. A mí también. Todavía una vez voy a serle útil. Una sola vez... La última...

¿Podía yo suponer entonces que aquélla era mi última entrevista con Juan, que le quedaba tan poco de vida?

Después de seis días de diversión continua, los invitados de Antipas habían comenzado a sentirse hastiados. Pero aquella noche

la animación creció de nuevo. Antipas —o mejor dicho, Herodías, que por todos los medios trata de mejorar las relaciones entre Antipas y Pilatos — hizo servir a sus invitados, en vez de vino, una bebida embriagadora elaborada en Siria con granos de maíz; pretendía excitarlos de nuevo a la incontinencia. El efecto fue inmediato. Los comensales se lanzaron a un frenético torbellino de diversiones licenciosas. Bebían y comían, comían y bebían, gritando desaforadamente, riendo e importunando a las bailarinas y a las mujeres que repartían entre ellos las cestas con frutas. La orgía de los días anteriores se convirtió en un verdadero desenfreno que recordaba los repugnantes festejos frigios en honor de su divinidad. No sé quiénes llevaban más la voz cantante, si los romanos, los griegos o los idumeos. Jonatán también tomaba parte en ellos. Bajo la luz de las lámparas medio veladas por el humo del incienso, bajo las guirnaldas de flores y entre el olor a sudor, aceite, vino y salsas de carne, se veían unas masas informes de cuerpos medio desnudos entrelazados, agitándose como en un ataque de fiebre. Yo, desde mi rincón, contemplaba todo aquello con infinita repugnancia. Estaba aguardando el momento de poder escabullirme de la sala sin ser visto, Cuando miro un espectáculo como aquél no sólo me siento asqueado, sino también extrañamente ajeno a todo. Me siento distinto... Pero creo que esto me ocurre no sólo en casos como éste... ¿Es a causa de la enfermedad de Rut? ¿O será por los ayunos y los años pasados estudiando las Escrituras? Siento que soy un hombre diferente de todos y esto me produce malestar. Es como le dije en aquella ocasión: ¡me falta algo... me falta algo...

Vi a Antipas entre la multitud. Permanecía sentado en el trono y a su lado, inclinada hacia él, estaba Herodías. El tetrarca le rodeaba el talle con el brazo, pero ella se lo apartó. Le hablaba como si quisiera convencerle de algo o pedirle algo. Por segunda vez apartó su brazo y se fue de su lado, muy erguida la cabeza y con cara de ofendida. No la creo capaz de ceder. Antipas la llamó, pero ella siguió sin volver la cabeza. Se recostó en su lecho, al otro extremo de la sala.

Alguien, inesperadamente, me dio un empujón tan fuerte que estuve a punto de caer. Me volví, irritado; estaba seguro de que había sido algún criado por distracción. Pero me encontré cara a cara con Pilatos. El procurador andaba tambaleándose. Tenía los ojos medio entornados; un mechón de pelo rojo se le pegaba a la frente sudorosa.

—¿Te he empujado? — preguntó con aire provocativo como si quisiera iniciar una pelea. Pero en seguida soltó una carcajada — ¡Ja,

ja, ja! Eres tú, el fariseo — apoyó su manaza en mi hombro —. Bueno, no te enfades. ¿No te habré impurificado al tocarte? ¡Ja, ja, ja!

No apartó la mano de mí, sino que me atrajo aún más hacia él, como si quisiera abrazarme. (¡Qué asco: por la mañana Antipas, por la noche este romano!)

—No te enfades — repitió —. Después podrás lavarte. Hay que lavarse; hay que tener baños, lapidarios, sudatorios, fuentes... El agua es necesaria. ¡Ja. Ja, ja! Escúchame, amigo fariseo — mientras él hablaba sentí sobre mi nuca su brazo afeitado y su aliento fétido sobre mi rostro —, dicen que eres terriblemente rico.

Esperó unos momentos y se rió otra vez.

—Me gustan los ricos. ¿Nunca me has necesitado para nada? ¿Por qué? ¿Cómo es que nunca has venido a verme? Quiero conocerte más a fondo. Escucha... Quiero que vengas a verme... Recuérdalo... El agua es muy necesaria... Te lo aseguro... Tú te lavarás y yo me bañaré. ¡Ja, ja, ja!

Se fue tambaleándose en dirección a la mesa. Al pasar junto a Herodías, la reina le detuvo por una punta de la túnica. Se inclinó sobre ella. Le vi acariciarle desvergonzadamente el brazo hasta la espalda. Herodías se reía mirándole a los ojos. Pensé que estaría borracha y que si en aquel momento se le hubiese ocurrido echar los brazos al cuello de Pilatos, Antipas hubiera sido capaz de matarla. Llegaron a mis oídos las palabras del procurador: « ¿Qué, preciosidad, ya lo has pensado?» No pude oír la respuesta. Sólo vi a Herodías pasar los dedos por la tensa mejilla del romano. Él, entusiasmado, quería sentarse a su lado. Pero allí estaba Salomé. Herodías hizo levantar a la niña, la llamó y le dijo algo señalando el centro de la sala. La pequeña alzó tímidamente los brazos y se tapó la cara con ellos. Parecía como si la asustara lo que su madre le pedía. Ahora fue Pilatos quien le habló, y sus palabras hicieron que Salomé se apartara de ellos con expresión de dignidad ofendida. El romano se acomodó, riendo, al lado de la reina.

Busqué con la mirada a Antipas. Seguía sentado en el trono, pero vi que estaba observando atentamente el comportamiento de Pilatos. Si Herodías quería acercar a aquellos dos hombres, ahora lo había estropeado todo. O quizá no: es tan astuta que hay que suponer que aquello formaba parte de algún juego complicado. Los ojos de Antipas echaban chispas y sus manos apretaban convulsivamente el pie de su pesada copa. Parecía como si el tetrarca, de un momento a otro, fuera

a levantarla y lanzarla contra el romano. Pero procuraba dominarse y bebía un trago detrás de otro.

Mientras tanto, la pequeña Salomé, echada del lado de su madre, había quedado en medio de la sala, intimidada, en el espacio donde antes bailaban las danzarinas libias. Cuando contemplo una silueta infantil se despiertan en mí dos sentimientos contradictorios: uno de ternura y otro de enojo al ver ante mí a una criatura sana. Al principio la niña me dio pena; tenía un aire inocente y parecía extrañamente solitaria entre aquella desenfrenada multitud. De puntillas dio una lenta vuelta como si de pronto sintiera curiosidad por toda aquella gente de la sala. Nadie se fijaba en ella. Las mujeres que habían bailado antes estaban ahora recostadas en los lechos de los invitados. Los gritos de los hombres borrachos se mezclaban con sus risas chillonas Seguí mirando a la pequeña. Con un movimiento medio displicente y medio divertido levantó los brazos y dio otra vuelta de puntillas. Parecía como si imitase el baile que acababa de ver. Los músicos árabes seguían tocando sus melodías, acompañándolas con el son de los tambores, pífanos estridentes y gritos salvajes. Salomé continuaba dando vueltas cada vez más rítmicamente. Sus menudos pies se movían, ágiles, acompañados por el tintineo de los brazaletes de plata que llevaba en los tobillos. Parecía imitar lo que había visto antes, pero su baile era muy diferente del de aquellas mujeres adultas. Parecía más maduro... Aquella jovencita de cuerpo todavía infantil parecía entender mejor que ellas el significado de aquellas contorsiones, de aquel balanceo, de aquel movimiento de piernas. Las esclavas no hacían sino repetir las figuras que les habían enseñado. Ella parecía matizar su significado obsceno. De aquellas vueltas tímidas fue pasando a unos movimientos cada vez más vivos. Los músicos, al ver bailar a la princesa, comenzaron a tocar con más ímpetu y entusiasmo. Salomé también aceleró el ritmo del baile. Era como si hubiera olvidado a todos los que la rodeaban, atenta sólo al hechizo de la música. Sus movimientos perseguían el ritmo salvaje de la melodía beduina. De entre los pliegues de la *cuttona* surgía su delgado cuerpo moreno de talle flexible y muslos largos y finos; sus pechos florecían como tiernos capullos después de la lluvia primaveral. Costaba creer que no conociera el significado de aquellos movimientos. Yo no podría soportar que Rut... ¿No podría soportarlo? ¿No sería mejor que pudiera bailar aunque fuera de ese modo?

Ahora incluso los invitados se levantaron y rodearon a la danzarina. Centenares de manos acompañaban con palmadas el

ritmo de la música. Ojos ardientes de pasión devoraban a Salomé. Aquella desvergonzada pantomima absorbía la atención de todos. Incluso yo, al mirarla, sentía cómo, a pesar mío, se iban despertando en mí unos impulsos terribles... Hay momentos en que aun las más bellas *halakás* se desvanecen y huyen de nuestra mente como el humo. Somos más débiles que nuestro cuerpo... Cuando Salomé hacía algún movimiento más expresivo, del círculo de hombres que la rodeaban salía una especie de aullido de lobo en una noche de luna. A veces se oían sólo unas risas cortas, excitadas...

Alguien se abrió paso con violencia hasta la primera fila del círculo. Era Antipas. Tenía las mejillas pálidas, respiraba jadeante, en sus labios había una mueca de crueldad. Perseguía con la mirada a la niña, pero al mismo tiempo sus ojos se movían una y otra vez hacia Herodías, que se había levantado y estaba al otro lado, apoyada en Pilatos. Entre aquella multitud de gente excitada, el tetrarca y su mujer eran como la personificación de la sensualidad. Salomé parecía una mariposa que volara entre dos flores. Tomó sobre sí la furia de sus deseos, de su amor y de su odio...

Pero entonces algo imprevisto hizo que la niña volviera de su arrebato. En su rostro, petrificado, apareció una expresión de miedo y turbación. De pronto dejó de bailar y, como un animalito asustado, recorrió el círculo buscando por donde poder huir. Pero la gente no quería que interrumpiera el baile. Al fin corrió hacia su madre y escondió la cabeza debajo de su brazo.

Entre los invitados estallaron risas y gritos. La excitación general se transformó de nuevo en orgía y una de las bailarinas comenzó a dar gritos histéricos perseguida por un tribuno romano. Los reyezuelos árabes volvían a sus lechos empujando ante sí a las mujeres como a un rebaño de cabras. De pronto se oyó la voz de Antipas: — ¡Salomé, continúa bailando!

La niña volvió un poco la cabeza, pero de nuevo la escondió bajo el brazo de su madre.

— ¡Salomé, baila! Baila otra vez. — Antipas hablaba con violencia. Se acercó a la niña —. Baila... Te daré a cambio unos hermosos pendientes, unos brazaletes. —La pasión insatisfecha le hacía vibrar las aletas de la nariz . Baila otra vez, Salomé...

El tetrarca hablaba a la pequeña, pero sus palabras parecían dirigidas a Herodías.

—¡Baila! Te daré una esclava, dos esclavas. Te daré un puñado de corales, perlas, una sortija, dos sortijas... Podrás escoger del tesoro lo que quiera, ¡Pero baila!

En vez de contestar, la pequeña se escondió más aún detrás de la madre.

— ¡Baila! —continuó Antipas. Su ronca voz se hizo violenta, salvaje —. Baila, te lo pido. ¡Yo, el rey, te lo pido! Baila... —Estaba borracho; las piernas no le sostenían y se le trababa la lengua Baila, ¿me oyes? —gritó —. Te lo ordeno... Si no me obedeces... ¡Ordénale que baile! — dijo a Herodías.

— ¿No ves que la niña es tímida? — contestó ella, mirando fijamente al marido.

— Es tímida, pero antes bien ha bailado — gritó —. ¡Volverá a bailar para mí! ¿Lo oís bien? — a su fiebre se unía ahora la violencia —. ¡Lo hará! Antes no bailaba para mí, pero ahora lo hará sólo para mí. Nunca me habías dicho que supiera bailar así... Me lo ocultabas para que ahora, para... para... ¡Tú!

—Antipas... — dijo fríamente Herodías.

Su voz tenía un sonido metálico y su mirada rechazaba con firmeza el ardiente fuego de los negros ojos del rey. Dicen que la mujer puede amar a un hombre hasta la locura. Pero el amor de Herodías sabe dominar la locura. Le miraba como un domador a sus fieras, y este idumeo, cuyo padre mataba sin piedad a los que más amaba, se dejaba vencer por esta mirada. Herodías es s más la nieta de Herodes que Antipas su hijo. Apagado su ardoroso empuje, comenzó a decir, malhumorado:

—Que baile... Dile que baile para mí. Haré para ella lo que pida — y en un nuevo arranque comenzó a golpearse el pecho con el puño —. ¡Todo! ¡Tendrá todo lo que desee! Aunque sea la mitad de mi reino... Escuchadme — exclamó mirando a los invitados-: si la pequeña Salomé baila para mí una vez más, le daré todo lo que me pida, aunque sea la mitad de mi reino...

Pilatos soltó una carcajada,

— ¡Ja, ja, ja! Esto significa el fin del tetrarca. ¡Tendré que escribir al César para decirle que ahora tenemos una reina en lugar de un rey!

Pero Antipas no oyó estas palabras. Estaba excitado, se movía, daba palmadas y gritaba:

—Si Salomé baila para mí, doy mi palabra de rey de que le daré todo lo que desee. ¡Venid, venid a ver cómo baila la pequeña Salomé!

La madre se inclinó hacia la niña y le estuvo hablando un rato en voz baja. La niña asintió lentamente con la cabeza, y se colocó, obediente, en el centro de la sala, en medio de un nuevo círculo de personas. La música volvió a sonar con su ritmo violento y salvaje. En el rostro de Salomé se leía timidez y miedo. Tenía los ojos fijos en su madre, como si esto le diera fuerzas. ¡Qué poder tiene esta mujer para obligar a los otros a depender de ella! Herodías sonrió a la niña y ésta le devolvió la sonrisa. Echó la cabeza hacia atrás y sus pequeños pies comenzaron a moverse, primero lentamente, como si pisara uvas en un lagar, y luego de prisa, cada vez más de prisa, hasta que por fin se lanzó al torbellino del baile. De nuevo vi su cuerpo moreno entre las arremolinadas gasas, sus grandes ojos, los labios entreabiertos y sus manitas ejecutando mil rápidos movimientos. Todo el impudor de aquel baile volvió a hacerse patente. Intenté no pensar en lo que aquel baile significaba, procurando recordar que tenía ante mí a una criatura... ¿Se puede hablar de justicia en un mundo en el que los niños viven para servir al libertinaje de los mayores? No podía dejar de pensar: si fuera Rut... La gente aplaudía, y su respiración, fuerte y jadeante, se hacía tan rápida como sus palmadas. Antipas aplaudía también. Su cara irradiaba alegría, orgullo y voluptuosidad. Por el escote de su desabrochada *cuttona* mostraba el pecho cubierto de pelo negro y rizado. Movía sus gruesos labios como si saboreara algo glotonamente. Sus ojos seguían a Salomé o se volvían hacia Herodías. Vencí la excitación que se había apoderado también de mí y me dirigí hacia la salida; quería aprovecharme de que todos estaban absorbidos por el baile para huir de la fiesta. Pero en aquel momento Salomé, después de ejecutar un ademán obsceno, se paró. Hizo una rápida inclinación ante Antipas y, de un salto, se colocó al lado de su madre. Si no lo hubiera hecho, la multitud, enardecida, la hubiese lastimado. Centenares de manos se tendían hacia ella. Las respiraciones, jadeantes, se convirtieron casi en un grito. Los reyezuelos idumeos hacían chascar la lengua y pellizcaban de entusiasmo a las bailarinas.

De nuevo no se oyeron más que gritos, carcajadas y risitas. Pero la voz de Antipas dominó toda aquella baraúnda.

—Ven, ven aquí, mi querida, mi hermosa palomita... Has bailado maravillosamente...

Herodías dijo algo a su hija y ésta, tímidamente y de puntillas, se acercó al tetrarca.

—Ven, quiero darte las gracias. Has alegrado mi corazón. Nunca ha bailado nadie como tú. Ha sido maravilloso — Le puso las manos en los hombros y la besó tiernamente en la frente —. ¿Verdad que has bailado sólo para mí, verdad que sí? Ahora pídeme lo que quieras. ¿Me oyes? Juro ante todos los presentes que te daré todo lo que desees. Habla, no temas. Oro, esclavas, un palacio, todo, todo lo que pidas será tuyo. ¿Oyes, honorable procurador? — dijo, dirigiéndose a Pilatos—. Porque ha bailado para mí como no lo había hecho nunca nadie, recibirá todo lo que desee. Habla, Salomé, habla fuerte para que todos te oigan.

Se hizo un gran silencio. La pequeña miró a su madre, que hizo un pequeño ademán can la cabeza. Entones Salomé se escurrió ágilmente de los brazos de Herodes, retrocedió unos pasos, se irguió como si fuera a dar un salto y dijo:

—Puesto que quieres recompensarme — su voz era profunda, nada infantil y un poco temblorosa dame ahora mismo, en una bandeja, la cabeza del falso profeta que está en tu prisión...

Dicho esto, fue corriendo a esconder la cabeza en el regazo de Herodías. El silencio se hizo aún más impresionante, tan grande que podía oírse el zumbido de los mosquitos alrededor de los candelabros.

—¿Quieres la cabeza del rabí Juan, el Bautista? —preguntó Antipas lentamente como si no quisiera dar crédito a sus propios oídos. Miró a Herodías y reflejose en sus ojos un miedo mortal —. ¿Es que el vino os ha ofuscado el cerebro? — preguntó con voz chillona, casi de mujer —. Este hombre es santo, es de Dios gritaba cada vez más, como un condenado que rechaza las acusaciones ante los jueces —. ¿Sabéis qué puede ocurrir si yo levanto la mano contra él? ¡Eres tú quien le ha sugerido esto!

Se acercó a la niña y se inclinó para tener su rostro a la misma altura que el de ella.

—Salomé —dijo —, te daré todo lo que desees. No escuches a tu madre. Te daré oro, perlas, sedas, esclavas, caballos... Pídeme lo que quieras. Dilo tú sola. ¡Pronto!

Pero ella, con voz ahogada como antes, repitió:

— Dame la cabeza del falso profeta...

— ¡Maldición! —- vociferó ¡Me has cogido en una trampa! — gritó a su mujer—. Nunca he querido concederte esto. ¡Me has hecho caer en una trampa! Le daré todo menos esto... ¿No lo sabes? Un rey que mata a un profeta pierde su reino para siempre...

— Te estás comportando como un niño — respondió tranquilamente Herodías, y añadió más bajo — . Ya te lo he dicho: o él o yo. ¿Qué puede ocurrirte, puesto que yo cuido de tus bienes? Luego habló con voz fuerte para que todos pudieran oírla —. Has dicho que le darías lo que te pidiera: has dado tu palabra de rey...

—He dado mi palabra — gimió.

De nuevo estaba apagado, anonadado. Miró la sala y los invitados como si los viera por primera vez. Debió de ver a Pilatos sonriendo burlonamente, pero no le contestó con una mirada de odio. Parecía buscar en torno suyo una salida de aquella situación. De pronto, como un hombre que se agarra a cualquier madero, sin comprobar siquiera su solidez, exclamó:

—El procurador romano me censuraría por semejante acto...

La mirada de todos se posó en Pilatos. Éste seguía sonriendo, pero ahora su sonrisa era amable. Las palabras del tetrarca debieron de halagarle.

—Tú eres el rey —dijo — y él es prisionero tuyo... Parece ser que trataba de sublevar a la gente... Haz lo que mejor te parezca...

Antipas miró desesperadamente a Herodías.

—Has jurado — dijo ella.

—¡No puedo matarle! — gritó.

—Así, ¿prefieres quebrantar tu palabra?

Salomé repitió con voz lenta, como un lorito amaestrado:

—Dame la cabeza del falso profeta...

—Dale lo que le prometiste — insistió Herodías.

—Provocaréis una desgracia, una desgracia horrible —gimió.

El miedo había enfriado su pasión. Tenía lágrimas en los ojos. Parecía un repugnante muñeco henchido de dolor impotente.

Oí, como en un susurro, la voz de Herodías:

—Yo estoy a tu lado...

—Pero, ¿para qué matarle? Ya no puede hablar, está encerrado — intentaba él explicarle.

Ella se encogió de hombros.

—Mientras viva siempre podrá recuperar la libertad. Entonces tendrás una rebelión en todo el país, una guerra... Los romanos tomarán cartas en el asunto — añadió aún más bajo.

—Es un profeta — repetía Antipas —, un santo profeta...

—No tiene nada que profetizar — contestó ella con impaciencia — Ahora eres rey. Luego... —hizo un movimiento despectivo con la mano —. El presente es lo único que importa...

— ¡Ay! — se lamentaba Antipas —. ¡Ay, ay! ¿Por qué le ordenaste bailar? No hubiera tenido que prometer nada...

—Tú mismo lo has querido.

— ¡Sí, yo mismo, yo mismo! ¿Por qué ha bailado?

La niña repitió otra vez:

—Dame la cabeza del falso profeta...

—Dásela — dijo Herodías con tono imperativo —. ¿No has oído lo que ha dicho el romano? Pensará que lo que tú quieres es encubrir a un hombre que intenta provocar disturbios en Judea...

El tetrarca lanzó un profundo suspiro. Con la cabeza entre las manos, encorvado, se dirigió con paso lento hacia el trono. Se sentó en él. La sala continuaba sumida en el más absoluto silencio, sólo se oía el crepitar del aceite en las lámparas. Por último, Antipas llamó al jefe de su guardia personal:

— ¡Proxenio! ¡Ve, corta la cabeza al rabí Juan y tráela aquí en una bandeja!...

Proxenio inclinose y salió. Nadie se movía y el silencio hacíase más denso por momentos. La gente, con los labios separados, quedose inmóvil como queda el Jordán en el espeso abrazo del mar de Asfalto. Las mujeres se agrupaban por los rincones, asustadas. Todos los presentes estaban horrorizados. Movíanse las luces y unas ráfagas agitaban la cargada atmósfera de la sala. Oyese un grito lejano, salido de algún punto apartado y profundo del palacio. La respiración de todos se hizo más fuerte. Era como el momento precedente a la caída del primer rayo desde el cielo negro y denso. El desenfreno y la embriaguez se habían disipado por completo. Parecía como si todos desearan levantarse y huir y nadie se atreviera a

hacerlo el primero. Oímos unos pasos, primero en los lejanos corredores del palacio, que fueron acercándose poco a poco, rápidos y lentos a la vez, cada vez más fuertes. Cada paso resonaba en nuestros corazones como un sonajero agitado con violencia. El hombre seguía andando y el ruido de sus pasos nos parecía ensordecedor. Por fin el soldado apareció en el umbral de la sala. Cuando pasó por mi lado vi sobre la bandeja una cabeza con los rubios cabellos bañados en sangre y los ojos muy abiertos... Miraba hacia el techo adornado con guirnaldas de flores, como si contemplara el sol naciente. Proxenio se detuvo ante Antipas y le alargó la bandeja. Pero el tetrarca se cubrió los ojos con las manos y la rechazó con un movimiento de horror.

— ¡No la quiero! — gritó ¡ Dásela a ella!

El soldado se acercó a Salomé. La niña cogió la bandeja y siempre de puntillas llevó la cabeza cortada a su madre. Ésta se limitó a hacer un tranquilo ademán de aprobación. Alguien se rió con una risa parecida al súbito chirriar de una rueda oxidada. El primero en romper el silencio fue Pilatos. Dijo con tono indiferente

—Hay que castigar a los rebeldes...

—Has dicho bien, noble procurador — asintió Herodías —; para que sirva de escarmiento a los demás.

—Dicen que por Galilea anda otro profeta — observó uno de los invitados.

Al oírlo, Antipas comenzó a vociferar como un loco.

— ¡No es otro profeta, es él, es él...! Yo lo he matado, pero él volverá a andar. Nadie puede matarle... Él mismo lo decía: «me haré pequeño, insignificante, dejaré el camino libre...» ¡Es él!

Gimiendo y sollozando, se cubrió la cabeza con el manto. Herodías dejó el lecho, se acercó a su marido y le rodeó el cuello con los brazos. Él, sin dejar de sollozar, se abrazó a ella como un niño asustado.

Aquella misma noche huí de Maqueronte. Pero no fui yo solo: lo mismo hicieron casi todos los demás invitados.

CARTA XI

Querido Justo:

He seguido tu consejo. Me he levantado antes del amanecer para salir de casa temprano. El tiempo no era muy alentador: durante la noche había soplado un viento huracanado y caído una lluvia densa y fría mezclada con nieve. Cuando me asomé a la azotea, me envolvió una helada ráfaga que me hizo estremecer. Todo estaba blanco. La nieve, al fundirse, resbalaba por las paredes formando unos pequeños hilitos de agua. Decidí aplazar la salida. Pero entonces recordé que, según me habían contado, cuando ellos, hace años, emprendieron el viaje a la ciudad real, el tiempo era tan malo como hoy. Pensé que, si quería encontrarlo todo tal como había estado entonces, debía ponerme en marcha sin pérdida de tiempo, a pesar de ese cielo frío e inhóspito. Eres tú. Justo, quien me ha enseñado que si realmente se desea descubrir algo, hay que abandonar la actitud del hombre que lo mira todo de lejos; si se quiere conocer a alguien, hay que seguir sus huellas, no cuando el sol ya las ha borrado, si cuando aún son profundas en la nieve. ¿Ves, querido maestro, cómo recuerdo cada uno de tus consejos?

Cogí, pues, el bastón, me envolví en mi *simlah* y, después de rezar las oraciones matinales, salí de casa. Las calles estaban desiertas. Sólo el viento las recorría como un perro sin amo, excitado y hambriento. Los pies se me helaron ya antes de llegar al palacio. Ahora está deshabitado, pero entonces se estaba muriendo en él aquel monstruo. Le consumía la fiebre, no podía dormir. Dicen que por la noche andaba por el palacio aullando como un chacal en noche de luna. Invocaba los nombres de los hijos de Mariamme, a quienes había mandado ahogar, y el de Feroras, aquel hermano al que mandó envenenar también por exceso de amor salvaje. Mataba a todos a su alrededor, mataba con pasión, con verdadero frenesí; como si con ello pudiera evitar que ellos le traicionaran. Se cuenta que, en cierta ocasión, escribió al César: «Los mato porque podrían dejar de

amarme. Y yo quiero que me amen, que estén alegres cuando yo lo estoy y lloren cuando yo lloro..» Augusto le tenía por loco y mandó al legado de Siria para que fiscalizara los asuntos de Judea, como si el país estuviera ya bajo el poder romano. Por esto Quirinio ordenó el censo general sin preguntarle siquiera al rey su parecer. La gente quedó muy sorprendida cuando le fueron leídos los apógrafos. Es sabido que al anunciar los otros censos hubo mucha oposición e incluso se llegó a verter sangre. Pero entonces a nadie se le ocurrió luchar. La gente se puso en camino de mala gana. El tiempo era parecido al de hoy: por entre la blanca niebla surgían las cumbres nevadas de las montañas y los caminos estaban intransitables a causa del lodo, fríos y resbaladizos. Hundiéndose en él hasta las rodillas, cruzaban el país caravanas enteras de hombres maldiciendo a los romanos y a Herodes. Rara vez se veía a una mujer. El censo no las incluía a ellas y en un tiempo como aquél sólo acompañaba a su hombre alguna jovencita enamorada o alguna que de ningún modo podía quedar sola.

Pero aquellos dos emprendieron el camino juntos. No dejé de pensar en ellos desde que salí por la puerta de taifa y comencé a andar por las laderas de la montaña del Mal Consejo. Me sentía helado, y a cada paso me parecía que el frío aumentaba. Sobre las laderas del lado norte se veían aún manchas de nieve, de las que bajaban unos negros y tortuosos torrentes de agua parecidos a una serpiente cuando sale del nido. El camino iba ganando altura lentamente. El viento me azotaba el rostro con miles de gotitas heladas. De tan fríos, dejé de sentir los dedos de los pies. Me dolía la nuca. De vez en cuando unas fuertes ráfagas me impedían la respiración. Entonces me quedaba encogido y no me era posible pensar en nada. En cuanto el viento disminuía un poco mi pensamiento volvía a ellos.

No debió de ser un viaje agradable para una mujer que tenía que dar a luz aquella misma noche. No se si fue montada en un asno o si a causa de su extrema pobreza tuvo que hacerlo a pie, apoyada sólo en su compañero. Mas, tanto si fue a pie como si no. pensé, tuvo que sobreponerse a su debilidad. Pero podía hacerlo. Siendo la madre de un gran hacedor de milagros, acaso ella misma también supiera hacerlos. Pero la gente de Nazaret afirma que durante muchos años los tres llevaron una vida completamente normal. Antes, esto me parecía incomprensible. Ahora comienzo a comprenderlo. Puesto que un profeta — ¡me cuesta llamarle el Mesías! — ha de aparecer como

un hombre ya maduro, es natural que durante su infancia se vea forzado a encubrir su misión. Pero aunque no lo muestre, posee un poder del que puede servirse cuando lo desee. El que hoy cura a las gentes es seguro que de niño nunca estuvo enfermo. Igualmente ella, su madre, es probable que no sintiese el tremendo miedo de toda mujer ante los primeros dolores... ¡Quién sabe! A lo mejor, durante el camino, tampoco sintió el azote del viento, quizá sus pies no se helaron al contacto con el agua fría de los charcos: quizá tampoco sintió luego ese dolor que llega a oleadas. El sufrimiento y la miseria debieron de ser para ella sólo una apariencia que encubría la próxima gloria. Los viajeros, al cruzarse con ellos, se preguntarían si aquel par de caminantes que avanzaban penosamente, casi agotadas sus fuerzas, llegarían a alguna posada antes del anochecer. Pero al pensarlo apretarían el paso preocupados sólo de que a ellos mismos no les faltara albergue. Aunque, ¿es cierto que a aquella mujer apenas le quedaban fuerzas para seguir andando? No, no: seguramente no fue así. En su interior debían actuar ya los manantiales de su poder. Debía saber que no desfallecería a medio camino, que no se encontraría mal antes dé tiempo, que lograría llegar a un lugar donde poder dar a luz cómodamente. Además, aunque hubiera estado débil, sabría que nada malo iba a ocurrirle. ¡Y todo, incluso lo más horrible, no parece tan malo cuando se sabe que terminará bien!

Llegué al punto más elevado del camino, a partir del cual comenzaba la bajada. El viento soplaba allí con una tremenda intensidad. Se extendía ante mí un valle largo y abierto que se perdía en la lejanía. Al otro lado, sobre una pequeña llanura situada entre una cadena de colinas, se encontraba Belén. La ciudad aparecía enclavada entre dos salientes rocosos de la montaña como un condenado entre sus dos guardianes. Al poco rato, el viento disminuyó, pero, en cambio, comenzó a nevar. El aire se llenó de blancos copos que caían lentos y pesados y desaparecían apenas tocaban la tierra.

Llegue al pueblecito cansado, helado y hambriento. Sólo deseaba una cosa: sentarme cerca de algún fuego. Me abandonaron las fuerzas para seguir buscando las huellas ajenas. Me sentí enojado conmigo mismo y censuré mi propia conducta. Me preguntaba por qué había dejado mis ocupaciones, mis meditaciones sobre las Escrituras y la composición de *hagadás*. En lugar de malgastar tiempo y energía caminando con aquel frío hacia un pueblucho cuyo pasado era una cosa bien muerta ya, hubiera hecho mejor quedándome junto a un

buen fuego, meditando las palabras del Eterno. Esto es lo más importante, o al menos lo es para mí. Sentí que mi enojo se dirigía contra él como si él me hubiera ordenado ir al lugar de su nacimiento en aquella mañana fría y desapacible. En mi cabeza, cubierta hasta la frente por la capucha, nació la idea de que si él fuera realmente el Mesías facilitaría el viaje a todo aquel que quisiera seguir sus pasos. Sería una señal de que lo es...

Junto al camino, antes de llegar a las otras casas, había una posada. Entré. El interior era como todos: un patio circular rodeado de pórticos. Estaba vacío. El centro, destinado a los animales de carga, parecía un estanque: estaba lleno de agua mezclada con barro y estiércol. Bajo el pórtico había un fuego protegido por una estera y junto a él se balanceaba, dormitando, el que debía de ser el dueño de la posada, porque al verme se levantó en seguida y me saludó con amabilidad.

—El Altísimo sea contigo, caminante.

—Y a ti te proteja siempre — contesté.

—Que vuelvas sano y salvo de cada viaje.

—Que tu casa te sea siempre grata.

—El ángel te proteja contra los bandidos y los impuros.

—Que tus arcas nunca estén vacías.

Me senté al lado del fuego y sentí un agradable calorcito. El posadero me ofreció vino, pan, queso y aceitunas. Se quejó del tiempo, de los romanos y de los impuestos. Cuando me quité el manto y vio que era fariseo, comenzó a llamarme «rabí». De las tejas del pórtico caía el agua en abundancia, pero aquel ruido no me parecía desagradable ahora que tenía un buen fuego para calentarme. Mi mal humor se desvaneció. Al contrario, me sentí muy complacido de estar allí y de poder al fin llegar a saber la verdad.

—Escucha — dije al posadero —, ¿hace tiempo que eres dueño de esta posada?

Contestó que había pertenecido a su padre e incluso a su abuelo. Yo lo había supuesto ya.

—¿Has oído hablar de Jesús de Nazaret?

Asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, rabí, he oído hablar de él. Es un profeta. Antes eran dos, pero a uno de ellos, Juan, le hizo matar el tetrarca Antipas.

—¿Es verdad — al decirlo no se por qué me tembló la voz — que este Jesús nació aquí, en Belén?

—Sí — contestó de prisa —, nació aquí, en nuestra posada.

Le observé detenidamente. Tenía unos ojos negros y brillantes y una barba espesa que le llegaba hasta la mitad del pecho. Se notaba que se había criado en un ambiente de casa de huéspedes, en un lugar donde se cruzan noticias de todo el mundo. No tuve que forzarle para que hablase. Se puso a contar sin esperar a que yo le preguntara más cosas, Hacía muchos años (él aún no había nacido), llegó allí, hacia el atardecer, una pareja de caminantes. La posada estaba completamente llena de gente y no había sitio para albergar a los recién llegados. El padre de Margalos (así se llamaba el actual posadero), primero no quería dejarlos entrar. Pero pronto ocurrieron hechos que demostraron que aquellas personas sabían obrar grandes milagros. Las paredes de la posada se agrandaron para que todos pudieran caber; la nieve mezclada con lluvia dejó de caer y comenzó a hacer calor como en el mes de *tamuz*; sobre la ciudad apareció una extraña estrella con cola que señalaba la posada de su padre. Al ver todos estos prodigios, les hicieron pasar y les cedieron el mejor sitio al lado del fuego. Todos los viajeros y los huéspedes deseaban servirles y honrarles. La mujer estaba encinta. Aquella misma noche dio a luz un hijo. Todas las mujeres de la posada la atendieron. Bañaron y fajaron al niño, que era hermoso como ningún otro en la tierra. Al nacer ya sabía hablar. Se vio en seguida que había venido al mundo un gran profeta. El niño crecía rápidamente como un joven tallo de morera y al cumplir un año ya sabía más cosas que un chico de quince. Hizo muchos milagros. Al ver que su madre debía cargar, cada día, desde le fuente que está al pie de la montaña, con un cántaro lleno de agua, golpeó una piedra con el pie y de la roca viva manó un manantial. Siguió manando mientras sus padres estuvieron en Belén. Cuando decidieron marchar a Galilea, el niño tocó con la mano la cadena que dividía el patio y ésta se transformó en una cascada de denarios y estaterios que fueron cayendo al suelo. Los padres pudieron comprar toda una caravana de asnos para volver cómodamente a su tierra.

— ¡Mientes, mientes! — dijo una voz.

Escuchando la narración del hombre no me había dado cuenta de que se había acercado a nosotros una mujer vieja con un cántaro en la cabeza. Bajo la *cuttona* que llevaba atada a la cintura aparecían sus

delgadas piernas, con las venas a flor de piel, cubiertas de barro hasta más arriba de los tobillos.

— ¡Mientes! — repitió con voz seca y cortante, apretando con fuerza los labios, que se rodearon de una red de pequeñas arrugas.

— ¿A qué has venido, madre? — le preguntó Margalos, dando evidentes muestras de descontento. Pero se calló y volvió la cabeza.

—He venido porque he querido venir — refunfuñó la vieja —: ¡y tú no mientas! No haces sino mentir y mentir...

—Así, ¿no era verdad lo que tu hijo me estaba contando? — pregunté —. ¿Cómo fue, entonces?

Nunca dirijo la palabra a una simple *amhaares,* pero aquella vez mi curiosidad fue más fuerte. La mujer debió de quedar muy sorprendida de que yo le hablara porque se quedó callada un buen rato. Antes de contestar se acercó un poco. Se mantuvo ante mí erguida con su cántaro apoyado en el hombro, como un soldado ante su jefe, con la lanza levantada. Comenzó con voz insegura.

—Si me permites, rabí, voy a contártelo todo. No es verdad nada de lo que mi hijo te ha dicho. El cree que contando mentiras entretiene mejor a sus huéspedes. Pero es un necio...

Carraspeó. No se había desatado la *cuttona* y seguía enseñando sus delgadas piernas, cansadas, cubiertas de barro rojizo.

—La cosa ocurrió así... — empezó —. Hacía un día como hoy. Igual, igual. Nevaba, todo estaba cubierto de barro, los camellos y los asnos temblaban de frío y tenían el pelo enmarañado y mojado. Habían llegado muchísimos viajeros. Era por causa de aquel censo... Al llegar la noche la posada estaba llena de animales y los hombres dormían uno al lado de otro.

«Me cansé terriblemente. Estaba extenuada. Mi marido no cesaba de gritarme que fuera a buscar agua, o moliera grano, o cuidara de los camellos. Mi Judas, mi hijito pequeño, lloraba en mis brazos porque el cansancio me había secado el pecho. Sólo deseaba que llegara de una vez la noche y que toda aquella gente, que no hacía sino hablar y comer, se fuera por fin a dormir. Entonces se me acercó un hombre. Debía de haber llegado en aquel momento porque llevaba la ropa muy mojada. En voz baja, como si allí todos no hablaran a grito pelado, produciendo una insoportable algarabía, me preguntó si podía darles alojamiento a él y a su esposa. Me explicó que acababan de llegar, que estaban muy cansados, que la mujer se había encontrado mal

durante el camino y que esperaba dar a luz de un momento a otro. Yo estaba como loca de cansancio. Grité con toda mi voz: "¡No. aquí no hay sitio! Buscad otra posada. ¿No ves lo lleno que está todo esto?" Intentó explicarme que ya habían recorrido todo el pueblo y que nadie había querido acogerles. "Si quisierais tener un poco de caridad y la gente intentara estrecharse un poco", continuó diciendo con aquel suave tono de voz, "seguramente se encontraría aún un rinconcito para mi esposa... Yo puedo quedarme fuera". Estas palabras acabaron de irritarme. Con su puño menudo, Judas me golpeaba el pecho del que ya no salía nada... Los hombres, a mi alrededor, hablaban y gritaban como locos. Con su estúpida jactancia masculina amenazaban a los romanos. Entre todo aquel griterío oí la voz de mi marido que me llamaba; probablemente quería que fuera de nuevo a buscar agua a la fuente. Al pensar que otra vez me haría bajar allí de noche y con aquel frío, sentí que la rabia me ahogaba. Comencé a gritar como si aquel hombre me hubiera hecho algo: "¡Fuera, fuera marcha de aquí! ¿Oyes? ¡Aquí no hay sitio para ti ni para tu mujer! ¡Fuera!".

»Debí de gritar mucho, porque mi marido me oyó y se acercó. Estaba encantado con el movimiento que reinaba en la posada; conversaba con los recién llegados, escuchaba sus relatos y contaba a otros viajeros los sucesos que había oído. "¿Por qué le gritas así a este honrado caminante?", preguntó. No podía soportar aquella amabilidad suya de tendero. Consideraba que había que mostrar respeto a todo recién llegado. Claro, él no se cansaba, el sólo hablaba y luego recogía el dinero por la comida y la cama. Me asusté al pensar que sería capaz de ceder mi jergón, en el que yo estaba soñando desde hacía horas, a la mujer de aquel hombre. Estallé de nuevo. "¡Que se vaya! ¡No tenemos más sitio! ¿Quieres que sirva a este mendigo? ¡Si es un desgraciado que no tiene con qué pagar el hospedaje! ¡Mírale bien!" La expresión de inquietud que apareció en el rostro del hombre me confirmó lo acertado de mi suposición. Debía de ser realmente muy pobre. Grité más aún buscando con ello mi propio provecho: "¡Conozco a la gente así! Ahora pide pan y fuego y luego no hará sino lamentarse... ¡Échale de aquí! ¡Que se vayan él y su mujer!"

»Mis palabras produjeron el efecto deseado. La amable expresión de mi marido cambió radicalmente. Pero aquel par debió darle lástima porque llamó al hombre aparte y se puso a hablar con él. El otro insistía y rogaba señalando a su mujer. A unos pasos de él estaba su compañera. Apoyaba todo su cuerpo contra uno de los postes que

sostienen el techo. Precisamente contra éste, rabí... Sus pies estaban sucios de barro como los míos ahora. Su abrigo, empapado de agua, yacía en un charco. Se oprimía el pecho con sus manos amoratadas. Su tez había adquirido un tono terroso, entornaba los ojos y se mordía los labios. Notábase que se le estaba acercando la hora. Pero yo comencé a gritar de nuevo porque me parecía que mi marido iba a ceder y les ofrecería mi cama. Casi estaba dispuesta a saltar sobre ellos y golpearles como me estaba golpeando mi Judas. Mi marido se encogió de hombros y se rascó la cabeza. A no ser por mis gritos, hubiera acabado por dejar que se quedaran en algún rincón. El hombre seguía implorando, señalando a la mujer, que luchaba con su dolor sin pronunciar palabra. Con un movimiento de cabeza mi marido les indicó la puerta de le posada. "Venid, os voy a encontrar algo...", dijo. La mujer, doblada en dos, avanzaba agarrándose a cada poste que encontraba. El hombre iba a su lado, mirando con temerosa esperanza la cara de mi marido. Éste les acompañó hasta la verja, les señaló una dirección y les dijo algo. Salieron. El hombre rodeó a su mujer con el brazo y la condujo lentamente.

»No pude acostarme hasta mucho después. Aún tuve que servir a más gente, cocer tartas, acarrear agua y cuidar de los camellos. Todos me llamaban a la vez, me daban prisas, me insultaban así que tardaba un poco. Lloraba de rabia impotente. Judas, hambriento, se había dormido sobre mi hombro. Mi marido, por el contrario, andaba satisfecho entre la gente, escuchaba sus conversaciones y aceptaba todo el vino que le ofrecían. Silbaba alegremente y hacía sonar las monedas que llenaba en una bolsa de cuero sobre la barriga. Pasando por mi lado, dijo: "He dejado que aquella gente se instalara en la cueva, detrás del pesebre... Allí no sopla tanto el viento". Yo solté entre dientes: "Hubiera sido mejor echarles de aquí y aun perseguirles con los perros. ¡Mendigos descarados!" "¿Qué bicho te ha picado hoy?", dijo él bonachonamente. "¡Pobre gente! La mujer esta a punto de dar a luz. Podrías ir a verla..." "¿Sí? ¿y qué más'", exclamé. "¡Que se las componga ella sola! ¿Voy a ocuparme de cada pordiosero que pase por aquí? Quien quiera críos..." La cólera me salía de la garganta a borbotones, como sangre. "Veo que eres muy caritativo hoy para los vagabundos sin un *as"* Me separé de él porque de nuevo alguien pedía un cubo para los camellos.

»Por fin, ya muy entrada la noche, la gente terminó de hablar y comer y se dispuso a descansar. La posada se llenó de ronquidos. Mi marido dormía a mi lado; había cedido su yacija a un viajero que se la

pagó a buen precio. Cuando vino a la mía olía asquerosamente a vino. Era repugnante... Se durmió contento y satisfecho. Me empujó a un lado y el se quedó repantigado en el centro. En lo que quedaba de jergón tenía que dormir Judas. Para mí ya no había sitio: me quede en el suelo. A pesar de mi fatiga sobrehumana, no podía dormirme. Me quedé con los ojos abiertos, temblando, de frío. En el patio, los camellos, arrodillados, gemían y tosían. Paró de llover. Luego vino la helada, que endureció el agua en los charcos. Cesó el ruido del agua que caía de la azotea...»

—¿De modo que las paredes de vuestra posada no se agrandaron? — pregunté, impaciente . ¿Y no hubo ninguna estrella que señalara este lugar?

Se encogió de hombros y contestó sin levantar la vista:

—Las mujeres como yo no tenemos tiempo para fijarnos en estas cosas. Contemplar las estrellas es asunto de hombres...

Aunque había hablado bastante rato, no se quitó el cántaro del hombro.

Pero luego oí decir — añadió después de una pausa — que, en efecto, apareció una estrella. Me lo contó Simje, el hijo de Tadeo. Dicen que también se oyeron voces y cantos. Los encontré cuando salían de la cueva... Fui allí porque no podía dormir. Recordé lo que yo había sufrido al dar a luz... Cogí un cacharro con agua caliente, un poco de aceite, algunos trapos... Me costó salir de la posada, pues el suelo estaba atestado de hombres dormidos. Tenía que pasar entre ellos con cuidado. Uno me cogió por una pierna... ¡Como si no tuviera bastante con haberme pasado el día entera sirviéndoles a todos! Por suerte no levantó la voz. En la cueva que mi marido había mencionado recogimos nuestros animales: dos cabras, un buey y un asno. Había allí un pesebre hecho con un tronco vaciado. Por la abertura de la cueva salía una claridad que iluminaba el camino. Antes de entrar en ella oí llorar al niño. Había nacido antes de que yo llegase. La mujer estaba arrodillada junto al pesebre y hablaba al recién nacido en voz baja. Debe de parecerte raro que en seguida, después de dar a luz, pudiera levantarse y moverse. Pero nosotras, las mujeres que hemos de trabajar duramente, sabemos que cuando no hay otro remedio las fuerzas nos han de venir de donde sea. Su marido había encendido fuego en un rincón. Pero el humo no tenía por dónde salir y llenaba por completo la cueva. El niño lloraba porque

aquel humo denso le irritaba los ojos y la madre lloraba inclinada sobre él...

»Al verme se asustó. Quizá pensó que iba a echarles de allí. Pero al comprender que había ido con intención de ayudarla, su temor se convirtió en alegría. Fue afectuosa conmigo como si no recordara que había sido yo quien los había echado de la posada. Le fui útil. Ella era joven e inexperta. Tuve que enseñarle todo: cómo se baña al niño, cómo se le da d pecho, cómo se le envuelve en pañales... Tampoco había nada con que envolver al pequeño; la bolsa de viaje de su madre estaba casi vacía. Después de bañarle tuvimos que ponernos a lavar. Intenté mecer un poco al niño. El humo le entraba en los ojos y en la garganta. No cesaba de llorar. Le canté canciones, las mismas que solía cantarle a Judas. Por fin su llanto se convirtió en sollozo, lo cual era señal de que se estaba durmiendo. Lo deposité en el pesebre. A mí también me escocían los ojos y me dolía la cabeza como si llevara una cuerda anudada a la frente. Aún ordeñé la cabra para que la madre pudiera beber un poco de leche caliente. Cuando me disponía a salir, la mujer se acercó y me dijo: "Gracias, hermana..." Me abrazó y apoyó su mejilla contra la mía. Estaba mojada de lágrimas; lloraba y reía al mismo tiempo. "Gracias", me susurró al oído. "Él te lo devolverá..." Creí que se refería al marido, que seguía añadiendo leña al fuego. Me ardían las sienes. Pero al salir me envolvió una oleada de aire puro, seco, refrescante. Me apoyé en una roca. La noche tocaba a su fin, envuelta en unos ligeros vapores blanquecinos. La escarcha brillaba sobre la hierba. Presentía que el día que estaba comenzando volvería a ser terriblemente agitado, sin un momento para reposar. No me imaginaba cómo iba a aguantarlo después de una noche sin dormir. Pero, en lugar de volver y procurar dormir un poco, me quedé apoyada en aquella roca, respirando a pleno pulmón el aire puro de la noche.

»Entonces fue cuando vi al viejo Timeo, que venía acompañado de sus dos hijos y unos cuantos pastores más. Daban un cierto respeto con sus cayados en la mano y sus cuchillos en el cinto. « ¿Eres tú, Sara? » Al verme bien vino hacia mí. "¿Es verdad que en la cueva donde guardáis los animales ha nacido un niño?" Me quedé helada de miedo. A pesar de su aspecto, Timeo es un hombre pacífico. Pero entonces me pareció que tras sus palabras se escondía una amenaza. ¿Vendrían acaso con intención de dañar a aquella gente que yo no había dejado entrar en la posada? ¿Un niño? ¿Qué puede importarles a unos pastores del llano aquel niño, hijo de unos

pobretones, que había nacido en una cueva destinada a albergar animales? "¡No! No!", me apresuré a contestar. Creí que mi mentira les detendría. Pero ellos, no dando crédito a mis palabras, fueron hacia la cueva. Quise cortarles el paso. Me puse a gritar, "¿Qué estáis tramando? ¡No os dejaré pasar! Es una pobre gente... No dejaré que les hagáis nada malo. Si lo que queréis es dinero, aquí tengo dos denarios... No es mucho, pero..." "Eres necia, Sara", me soltó Timeo en plena cara, con profundo desdén. Me cogió de los hombros y me apartó del camino. Entró en la cueva seguido de sus compañeros. Sólo Simje se paró un momento y me contó en dos palabras lo de la estrella, la voz y la claridad. Pero no le creí. Sin escuchar el final de sus explicaciones seguí a los otros. Al entrar vi que se habían quedado a la puerta, intimidados, contemplando el techo bajo de la cueva, lleno de goteras. El día, que se introducía al mismo tiempo que ellos, les iba descubriendo todos los rincones. La mujer, al verles, se levantó rápidamente, asustada. Se quedó de pie con el niño en los brazos, apretándolo contra su pecho. Así se quedaron todos, inmóviles, unos frente a otros: ella y ellos. Luego oí la voz de Timeo. Con gran asombro vi que se arrodillaba y entregaba a la mujer, como si fuera un tesoro de incalculable valor, una blanca bola de queso fresco. Los otros también se arrodillaron. Al verlo, el rostro de la joven madre comenzó a cambiar de expresión. Parecía no comprender aún el significado de aquel homenaje nocturno que le era ofrecido por unos hombres desconocidos de aspecto feroz, envueltos en pieles de cordero. Pero a todo aquel que mira sonriendo a nuestro hijo le hemos de contestar con una sonrisa... Adelantose un paso. Como un sacerdote que antes de sacrificar la víctima la muestra al pueblo, así ella, sobre sus brazos extendidos, mostró niño a los pastores..

— ¿Es verdad que era hermoso y sano? — pregunté.

—Un niño siempre es hermoso — contestó —.Pero no era muy sano, lloraba a menudo, y cuando él lloraba también lo hacía su madre. Era menudito, como los niños que llegan al mundo antes de tiempo. Su madre no siempre podía criarlo y el niño más de una vez pasó hambre. Tuvieron que quedarse varios días en la cueva hasta que la posada se vació un poco y pudieron pasar a ella. Debido al frío que hacía, la delicada piel del niño se cortó y le escocia mucho. Muchos días después aun tenía los ojos enfermos a causa del humo...

—Tu hijo me ha dicho que se desarrollaba mucho más de prisa que un niño corriente.

Se encogió de hombros.

— Se desarrollaba como hubiera hecho cualquier otro niño en su situación. Era el niño de unos padres pobres nacido en un sitio frío donde pasaba hambre y sufría incomodidades...

— ¿Por qué no se le procuraron mejores condiciones? —pregunté —. Puesto que sabía hacer milagros... Si él mismo, con un solo golpe del pie, hizo manar de la roca un manantial...

— ¿Un manantial? Mi hijo te ha mentido, rabí. A menudo toqué sus pies con mis propias manos. Eran rosados, delicados como los pies de todo niño y sensibles al dolor. Si hubiera golpeado con ellos una roca se hubiese lastimado y habría llorado. Su madre cuidaba de que no se lastimara. No, no hizo manar ningún manantial en la cima de la colina. Su madre, igual que todas nosotras, bajaba cada día a buscar agua allí al fondo...

— ¿Y aquel dinero que salió de la cadena?

— ¡También esto es mentira! — exclamó —. ¡Qué mentirosa sabe ser la lengua de un hombre ocioso! Dinero... Cuando iban a marcharse de aquí, su padre me entregó un denario diciendo que no podía darme más porque no tenía, pero que si lo deseaba estaba dispuesto a hacerme algún utensilio, puesto que era *naggar*, y entendía en carpintería. Le dije que me hiciera una mesa y me la hizo. Aquí la llenes, rabí, a tu lado...

Miré. Era una mesa sólida como las que suelen tener los campesinos ricos, pero mejor terminada.

— ¿Es esto todo lo que sabes sobre el nacimiento de Jesús de Nazaret? — pregunté al final.

—Esto es todo, rabí.

— ¿Estuvo aquí alguna otra vez?

—No, nunca. He oído sólo que anda por Galilea y predica...

Se acercaba la noche; decidí quedarme a dormir en la posada y volver a Jerusalén a la mañana siguiente. La mujer se fue, y aún la oí trajinar ocupada en distintos trabajos caseros.

Margalos, que debía de estar avergonzado por las palabras de su madre, no decía nada y, sentado a mi lado, se limitaba a canturrear algo. La oscuridad invadía el solitario patio. Ya bien entrada la noche llegó a la posada una pequeña caravana de vendedores ambulantes que iban del Hebrón a Damasco. Me mantuve alejado de ellos; me parecieron gente impura. Además, la noche, oscura y húmeda, y aquel

lugar desconocido en el que me sentía tan solo, me llenaron de pensamientos tristes. Pensé en Rut... En el fondo, toda mi vida se reduce a un constante temor por ella... Vi que la vieja salía de la posada. Le pregunté:

—¿Vas quizás en dirección a la cueva? Me gustaría verla.

— Ven conmigo, rabí.

Soplaba un siento fuerte, pero una parte del cielo estaba ya limpia de nubes, y aparecían las estallas. La mujer llevaba una lamparita de aceite cuya llama protegía con una mano. Me condujo hasta una pared rocosa en la que había una abertura. Entramos. La cueva olía a animales y a paja húmeda. La mujer levantó la lámpara. El pesebre, hecho de un tronco vaciado, estaba apoyado en dos soportes de madera. Sobre él resoplaba un buey de labranza.

—Es aquí... —dijo.

—Es aquí... —repetí.

La paja estaba podrida. El pesebre era duro y poco hondo. En un ángulo había un montón de basura y excrementos de animales. Sólo el más mísero ser de la tierra, pensé, ha podido nacer en semejante abandono. Aquél no era un lugar para un descendiente de David, para un profeta, para un Mesías.

Me sentí más triste aún. Tenía la impresión de que aquel bajo techo se había bajado hasta mí y me oprimía la frente con su peso. La llamita de la lámpara se consumía temblorosa y las sombras, como murciélagos asustados, se debatían contra las paredes de la cueva. El buey rumiaba y la saliva de su boca caía a gotas dentro del pesebre. La vieja no decía nada. Una vez más miré aquel interior y salí al aire libre. El viento seguía silbando y parecía como si luchara en la oscuridad con algún arbusto invisible.

—Escucha — dije a la mujer —: dijiste que tenías entonces un hijo, un niño pequeño. Me parece incluso que lo llamabas Judas. ¿No es ese con quien he estado hablando?

—No — contestó.

Anduvimos en silencio un trecho más. Después de una pausa, agregó con voz sorda:

—Judas murió...

—¿Fue entonces...? — pregunté con palabra vacilante. Recordé de pronto y vi como en un cuadro los acontecimientos de aquellos

tiempos —. Fue entonces cuando aquel monstruo mandó matar a todos los niños de Belén. Parece increíble que él haya logrado escapar a la espada de los mercenarios tracios.

—Sí — continuó la mujer —, le mataron los soldados del rey cuando buscaban al pequeño Jesús...

—Buscaban al pequeño Jesús... — respondí. Me pareció que había encontrado un nuevo eslabón de una cadena que iba saliendo lentamente de las tinieblas. — Así pues, ¿le buscaban a él?

—Sí, a él: preguntaban por él. Pero ellos lograron huir la noche anterior. Los soldados no querían creerlo. Amenazaban, advertían y luego, para asegurarse de que no se les escapara, mataron a todos los niños...

—De modo que lo perdiste por causa de él... — dije entre dientes.

No contestó. Sentí que me invadía una nueva oleada de disgusto, casi de odio, contra aquel hombre cuya verdad había venido a descubrir aquí. Comencé a hablar con enojo.

—¡Pues no te pagaron mal los cuidados que les dispensaste...! ¡Seguramente hoy te arrepientes de no haberles echado también de la cueva, a la nieve y al frío!, ¿verdad?

—No... — dijo —. Su contestación fue apenas perceptible, como si viniera de muy lejos —. Lo que siento es haber sido mala y poco caritativa con ellos. Me paré y, casi con rabia, le dije:

—Pero por su culpa ha muerto tu hijo. ¿O es que no le querías? — Solamente suspiró —. Si ellos no hubieran venido aquí — continué con violencia —, vuestros hijos no hubieran sufrido las consecuencias. ¡Él se salvó, pero varios niños tuvieron que pagarlo con sus vidas! ¡La vida de los niños tiene un valor incalculable! — exclamé. Dejé de pensar en su hijo y mi pensamiento se concentró en ella. El viento me levantaba la *simlah* —. ¿Era necesario que aquello ocurriera? — añadí, como si discutiese con alguien que no fuera aquella mujer —. ¿Por qué cura y resucita a unos y, en cambio, a otros les deja morir por su causa? ¡Los niños no deberían morir! —Y, dirigiéndome de nuevo a la vieja, terminé bruscamente—: ¡Yo, en tu lugar, les odiaría!

Me eché el manto el brazo y seguí hacia la posada. La mujer anduvo a mi lado y, cuando nos acercábamos ya a la verja, dijo:

— No soy sino una pobre *amhaares,* simple e ignorante... ¿Qué puedo saber yo? ¿Por qué iba a odiarles? Yo fui mala con ellos y no me lo tuvieron en cuenta. Fueron tan buenos conmigo... Nadie nunca

me ha sonreído como lo hiciera aquella mujer y aquel niño... Me tendía los bracitos. ¡Quién sabe! Acaso Judas también hubiera muerto. Acaso se hubiese ahogado en un pozo o hubiera muerto de fiebres. En todo está la voluntad del Altísimo... ¿Qué puedo saber yo, pobre e ignorante? ¿Dices que por su culpa murieron nuestros niños? Pero ahora dicen que él cura, resucita, expulsa demonios y dice cosas muy hermosas... Es como si mi Judas hubiese ayudado a que él pudiese ahora hacer todo esto...

¿Qué podía contestarle? Entré en la posada, me eché sobre la cama e intenté dormirme. Pero el sueño tardó en venir. Por encima del tejado del pórtico vi aparecer las estrellas, una a una. Mi excitación se convirtió en tristeza. Sé por qué estoy triste. De nuevo no he podido hallar lo único cuyo descubrimiento podría darme la paz y la felicidad. ¿Quién es él, Justo? ¿Por qué unas veces obra milagros y otras veces no? ¡Si su victoria pudiera ser también mi victoria y la de Rut!... Pero esta victoria parece más una derrota mía, de Rut, de él...

CARTA XII

Querido Justo:

Pasó el invierno, la primavera, y ha llegado el verano. Un verano seco, caluroso, inhumano como siempre. Pero yo no me doy cuenta de nada. El ardor del mediodía no me dobla como a una palmera. No veo nada a mi alrededor. Vivo como si no viviese: soy todo dolor...

¿Recuerdas, Justo, cuántas veces te he escrito que ya no podía soportar más estos continuos cambios en la salud de Rut? Hoy aquellos tiempos casi me parecen felices. Después de cada recaída podía tener medio día o un día entero de descanso. Podía recuperar las fuerzas perdidas. Ahora todo esto pertenece al pasado. La enfermedad ha entrado en otra fase; ya no hay mejoría sino un constante empeoramiento... Antes, el carro que bajaba por la pendiente disminuía a veces la velocidad; hoy corre cada vez más de prisa... Este ímpetu me paraliza la respiración; me tambaleo como un hombre que ha perdido el equilibrio...

¿No valdría más confesar abiertamente que ya no podré ayudarla en nada, que debe morir?

¡Qué palabra tan horrible! Sólo al oírla siento escalofríos. Si ella tuviera que morir... Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Querría gritar ¡Non lo permitiré! No murió cuando la peste mataba diariamente a centenares, a millares de personas. El Altísimo la libró de ello como libró a aquellos campesinos israelitas que Nabucodonosor precipitó en un horno encendido. ¡Cuánto se lo agradecí entonces! Pero Él no necesitaba nuestro agradecimiento... La salvó entonces para matarla ahora... ¡No, no lo he dicho! Ella vive aún, ¿comprendes, Justo? Vive aún. ¡Y vivirá! ¡Yo tengo fe en Él, de verdad la tengo!... ¿Qué hacer para tener más fe aún? Repito sin cesar el salmo: «Tú eres mi refugio y mi torre de fortaleza... Tú me cubres con las plumas de tus alas... A tu lado no temo al miedo de la noche ni a la flecha enemiga que llega en la oscuridad, ni a la enfermedad que hiere en pleno día...» Cierro

los ojos y digo con toda la sinceridad de que soy capaz: confío, confío, confío... pero haz que cuando abra los ojos ella esté mejor... Ya ni siquiera le pido que se cure, pido sólo que sea como antes... Pero abro los ojos y todo sigue igual. Su rostro desfigurado, más pálido a cada momento, más irreconocible... ¡Oh, Rut! ¡Rut! ¡No te vayas! Quiero tener fe... Nunca creí que fuera capaz de amar tanto, que se pueda llegar a amar tanto, con todo nuestro ser... Pero ella se va... Cada día está más cambiada, más lejana... Está tan distinta... Desaparece como un sueño que el día va borrando de la memoria. ¿Qué aspecto tenía cuando aún sabía sonreír? ¡Rut! Rut! ¡Oh, Adonai...!

No le he visto durante un año entero. No vino para las fiestas de la siega, ni para la *Chanuka*, ni para la semana de Pascua. Creo saber el motivo de ello: sus enemigos aumentan constantemente. Si bien los saduceos ya se han calmado un poco, ahora es todo el Gran Consejo, quien desearía tenerle entre sus garras. Cada día, en la sala de la Piedra Cuadrada, escuchan, rechinando los dientes, las palabras de Jesús que les repite la gente enviada para seguirle. Él realmente parece hacer todo lo posible para estar en guerra con nosotros. Cuando alguien le preguntó por qué él y sus discípulos no observan las reglas de la pureza, contestó a los *haberim* que había entre la multitud: «Todas las *mikwoth* son invención vuestra y vosotros las habéis colocado más alto que los mandamientos del Señor. Ya lo dijo el nabí Isaías: hay personas que honran al Altísimo con los labios, pero sus corazones sólo aman la riqueza, la gloria, el poder, la habilidad... No con oraciones en voz alta es como más se honra al santo Sekná...

«Y no basta lavar por fuera el cuerpo o el plato... La suciedad no viene del exterior y no es ella la que mancha. Es del corazón de donde salen las impurezas y cubren toda la persona. ¿Por qué no enseñáis a la gente cómo lavar estas impurezas? ¿Les habéis aconsejado que fueran con Juan? No, queréis que os escuchen sólo a vosotros y que os canten vuestras alabanzas. Exigís que os respeten, que os llamen "rabí", aunque hay un solo maestro verdadero: el Mesías; o bien os hacéis llamar "padre", cuando sólo hay un Padre, que está en los cielos. Habéis cargado sobre las almas de los hombres un peso superior a sus fuerzas, pero no queréis compartirlo con ellos. ¡Por eso sed malditos, vosotros que habéis cerrado la puerta y tirado la llave

para que nadie más pueda entrar! ¡Sed malditos, vosotros que maltratáis a las viudas y pesáis minuciosamente las ofrendas de comino, pero sois avaros en ofrecer vuestro corazón! ¡Sed malditos, sepulcros blanqueados, que seguiréis apestando cuando se os quite la cal! ¡Sed malditos los que ensalzáis a los profetas, pero no recordáis ni una sola de sus enseñanzas! ¡Ciegos, guías de ciegos! Habéis matado a todo aquel que os ha sido enviado! ¡Sed malditos los que no veis un camello aun cuando sabéis ver un mosquito...!»

Son palabras terribles. Aunque fueran dichas una sola vez, equivalen a una guerra declarada. Entre él y el Gran Consejo no puede existir ahora más que odio. Osó atacar a los maestros en presencia de toda una muchedumbre de *amhaares*. Dicen que aún añadió: «Escuchad lo que ellos os enseñan, pero no obréis como el/os...» La multitud estaba de su parte. Ahora ya no hay salvación para él...

Pero yo... sigo sin poder considerarle un enemigo. Debería odiarle... Y, por añadidura, estas maldiciones... Desgraciadamente, yo mismo conozco la falsedad y los pecados de varios de nuestros *haberim*. Pero, ¿por qué hablar de esto públicamente? Él quiere, y con razón, que los hombres tengan los corazones puros, no sólo las manos. Mas, ¿quién sabe si obligando a la gente a cumplir muchas prescripciones de pureza no se facilita al pecador el camino de la virtud? Él siempre me ha parecido poco práctico. En todo caso prefiero un fariseo que observe la pureza, aunque sólo sea exteriormente, a un *amhaares* con el corazón tan cargado de pecados como el cuerpo de suciedad. El lo quiere todo... Por otro lado, dejando que se acerque a él toda esta chusma compuesta de pecadores, publicanos y meretrices, da muestras de contentarse con bien poco... ¿Dónde está, pues, la lógica de su actuación?

Te estaba escribiendo esta carta cuando oí frente a la puerta un ruido de pasos. Me volví y vi con sorpresa que era Judas de Karioth.

—¿Qué haces aquí? — pregunté —. ¿Venís todos? Continúo abrigando la secreta esperanza de que él, a pesar de todo, vendrá y la curará. Pero Judas me dio una respuesta negativa con la cabeza y examinó toda la habitación con una mirada inquieta, como queriendo asegurarse de que no había allí nadie más. De puntillas, sin hacer el menor ruido, se acercó a mí. Nunca como entonces me recordó a una rata asustada. Pero aquella rata pegada a la pared estaba dispuesta a morder. De debajo de la habitualmente cobarde apariencia de mi visitante surgía una llama de ira y desesperación. Se llevó el dedo a

los labios para indicarme silencio. Incluso sus movimientos dejaron de ser los comedidos movimientos del tendero de Bezetha: ahora eran duros, bruscos, provocadores. De momento no pude adivinar si había venido para hablarme o para amenazarme. De pronto se me ocurrió que quizás el maestro había sido hecho prisionero. Olvidando que me había pedido silencio exclamé:

— ¿Le han prendido?

— ¡Chis! — Casi me puso el dedo en los labios para hacerme callar —. ¡Silencio! ¿Por qué levantas la voz, rabí? ¿Por qué toda la casa ha de saber que estoy aquí? — Se quedó un momento en silencio, lleno de miedo y enojo al mismo tiempo —. No, aún no le han prendido. Pero le cogerán mañana o pasado. Ahora ya no se les escapará. Es el final...

— ¿El final de qué? — pregunté, más sorprendido por su comportamiento que por sus palabras.

—De todo — abrió los brazos con ademán de desesperación —-, de todas nuestras esperanzas...

— ¡Ha traicionado! — Dos grandes dientes le brillaron sobre el labio inferior, igual que los de una rata.

— ¿Ha traicionado? — Cada vez entendía menos las palabras de Judas —. ¿A quién ha traicionado?

— ¡A nosotros! A nosotros, a los hombres, a todos... — Hablaba con exageración, como solía hacer cuando en el mercado acusaba a un vecino que le hacía, según él, una injusta competencia. — Se ha mostrado cobarde... —como todo cobarde, acusaba a los otros de cobardía —. No quiere aceptar la lucha...

—No entiendo ni una palabra de lo que estás diciendo — le dije —- Siéntate y cuéntamelo todo desde el principio. Puedes estar tranquilo porque nadie va a entrar.

A pesar de mis palabras, miró de nuevo a todos los rincones. Se sentó en un taburete, con las piernas muy abiertas. Mechones de cabellos relucientes en forma de rizos le caían sobre las mejillas. Observé que, cuando yo hablaba, su rostro expresaba miedo, y cuando comenzaba a hablar él, el miedo se transformaba en odio.

—Bien, voy a contártelo, rabí — dijo. Se golpeó las rodillas con el puño—. ¿No te he dicho siempre, rabí, que si él quisiera lo podría todo? Tiene un poder como ningún otro hombre ha poseído jamás.

¿Has oído aquello que hizo no hace mucho? ¿Lo de dar de comer a miles de personas?

En la sala de la Piedra Cuadrada había oído contar una fantástica historia según la cual el maestro, en Decápolis, había alimentado milagrosamente a toda una multitud de *goim,* pero entonces no lo creí. Recuerdo que en cierta ocasión él dijo: «No vayáis con los paganos ni con los samaritanos..., id con los hijos de Israel... El Hijo del Hombre ha venido para encontrar lo que se había perdido en la nación elegida...« También dijo: «No penséis en lo que vais a comer...»

—¿Vas a hablarme de cuando dio de comer a los impuros de Decápolis? — pregunté.

—Esto fue la segunda vez — contesto —. Pero la primera dio de comer a los fieles. Estaba entonces a orillas del mar, cerca de Betsaida. Pasaba por allí una enorme multitud de peregrinos que iban a Jerusalén para la Pascua. Al verle se pararon para escuchar sus enseñanzas. Les habló durante todo el día, hizo curas y volvió a predicar. Al llegar la noche le dijimos: «Es muy tarde, no sigas; te han estado escuchando todo el día y ahora deben de estar hambrientos. Que vayan a las aldeas vecinas a comprarse pan». Contestó como si le hubiera importunado nuestra intervención: «Dadles de comer vosotros».

Sabía que en aquel solitario lugar no había ni una sola tienda. Además, ¡cuánto pan hubiéramos tenido que comprar para dar de comer a todos! Nosotros, como de costumbre, no teníamos ni un *as*. El necio de Felipe calculó que para aquella multitud se hubieran necesitado panes de cebada por valor de unos doscientos denarios como mínimo. ¡Doscientos denarios! ¡Nuestra bolsa nunca había contenido semejante suma! Nos quedamos sin saber qué hacer. Él siguió predicando. Tú sabes, rabí, que le gusta poner a las personas en un aprieto y, cuando ya no saben cómo actuar, entonces él les da una solución completamente inesperada...

—Sí —murmuré—, sé algo de esto —. Era una observación acertada.

—Por fin terminó de hablar — siguió diciendo Judas— y nos llamó. «¿Qué tenéis», preguntó, «para poder dar a la gente?» Hubiera podido creerse que se burlaba de nosotros. Andrés dijo: «Marcos lleva en su cesta cinco panes pequeños y dos peces... Pero con ello no tenemos bastante ni para nosotros...» Como si no hubiera oído esta observación, dijo: «Haced que la gente se siente en grupos de

cincuenta para poder hacer las partes más fácilmente...» Decidí impedir que la cosa siguiera adelante: estaba seguro de que saldría mal. «Rabí», le interrumpí, «deja que se vayan. ¿Qué les daremos? Con cinco panes para tanta gente no hay ni para empezar... Creerán en tu promesa y luego se molestarán y se reirán de ti...» Pero él repitió con firmeza: «Haced que se sienten...» Simón, que hace todo lo que él desea, se puso a gritar a la multitud. Les prometió pan en nombre del maestro. Sentí deseos de huir. Estaba seguro de que luego tendríamos que cargar con las consecuencias de no haber cumplido lo prometido. Él obra maravillas, pero no suponía que en aquella ocasión tuviera intención de hacer un milagro tan extraordinario. ¡Mayor aún que el de Caná! Mandó a Marcos que se acercara y cogió de su cesta el pan y los peces. ¿Recuerdas, rabí, que él nunca come sin antes haberle compartido todo con los más próximos? Igual hizo entonces: partía cada pan y nos lo daba diciendo que a su vez lo repartiéramos entre los demás... ¡Aquello fue maravilloso! Cuando partí mi trozo comprendí que cada una de aquellas partes podía ser partida de nuevo, otra vez y otra, hasta el infinito. Yo partía un pan por la mitad y las mitades resultaban iguales que el pan entero; podían volver a partirse por la mitad y así sucesivamente... No comprendo cómo pudo ser... Con cada pedazo ocurría lo mismo. El pan crecía en la mano. Los pedazos, al llegar a manos de la gente, se volvían grandes como panes enteros. Quien se lo comía todo se quedaba sin él, pero, si lo partía, de cada parte podía hacer cien, doscientos, mil nuevos panes de cebada. Lo mismo acontecía con los peces. La gente, al principio no comprendió que allí estaba sucediendo algo que no había ocurrido nunca hasta entonces. Pero pronto entre los reunidos se levantó un murmullo de sorpresa y admiración. Comían y hablaban y una vez saciados armaron una tremenda algarabía. Pero su admiración no podía compararse con la nuestra. Yo me sentía como fulminado por un rayo. Comprendí que al fin él se nos había mostrado en todo su poder. Ahora, pensé, tiene que ocurrir lo que todos estamos esperando. Puesto que él puede multiplicar indefinidamente el pan, sabrá hacer lo mismo con oro, tierra y armas... ¿Quién entonces podrá vencerle? Nosotros, en cambio, venceremos a todos. El griterío de la gente se convirtió en un verdadero alboroto cuando él mandó recoger las sobras, con las que se llenaron doce enormes cestos, los más grandes que se pudieron encontrar entre los reunidos.

«Mientras todos comían, él se quedó sentado entre nosotros, en lo alto de la colina, y comió también. Parecía cansado y contento. Pero cuando la gente se levantó y comenzó a aclamarle, su rostro denotó

inquietud. Nos llamó precipitadamente a su lado. "Coged las barcas y marchad ahora mismo hacia la otra orilla. ¡Apresuraos!" "¿Y tú, rabí?", preguntó Simón. "No os preocupéis por mí. Subid a las barcas. ¡Pronto! "Ahora no nos marcharemos", intervine yo. "Has hecho hoy tu milagro más grande. Todo este gentío y nosotros queremos honrarte como es debido..." Pareció muy contrariado y exclamó."¡Calla! ¡Marchad ahora mismo!" Los otros también se resistían a obedecer: "Déjanos quedar, rabí. La gente quiere honrarte". La multitud, saciada ya, se nos iba acercando en medio de crecientes ovaciones. Él parecía terriblemente asustado. "Marchaos ahora mismo. ¿Cuántas veces habré de repetíroslo? ¡Id, marchaos ya!" Nos lo pedía, nos lo ordenaba; a toda costa quería apartarnos de él. Nunca le había visto tan excitado. Nos asustó aquella brusquedad atemorizada. Cedimos; comenzamos a retirarnos de mala gana. "Al menos deja que yo me quede contigo...", le susurré en voz baja. “Ésos son unos necios *amhaares*, pero yo he vivido en la ciudad...”. Me interrumpió, enojado: "¡Tú debes ser el primero en marchar!"

»Bajamos y llegamos a la rocosa playa. El agua estaba negra y parecía espesa. Desatamos la embarcación.

En la ladera, por encima de nuestras cabezas, se veía una gran mancha blanca como si fuera nieve: era la gente que le había rodeado. Su griterío caía sobre el lago, resbalaba sobre su ondulada superficie como cuando se tira una piedra plana, y volvía en forma de eco desde las rocas de Galaad. "¿Y si volviéramos...?", propuso Tomás. "Volvamos", insistí yo.

»Comprendí que una circunstancia como aquélla no volvería a producirse. La gente le fuerza a menudo a hacer un milagro. ¿Por qué nosotros no podíamos intentarlo también? ¡Así terminaría de una vez aquella espera de algo que cada uno de nosotros podría hacer en su momento! "La gente lo proclamará rey", intenté persuadirles. "Él convertirá una espada en mil. Podremos vengar las humillaciones recibidas..." "¡Volvamos, volvamos!", repitieron los otros. Estaba seguro de haber ganado la partida. Saqué una pierna por la borda. Pero en aquel momento Simón, con un fuerte golpe de remo, apartó la barca de la orilla. "¡No!", exclamó. "El maestro nos ha ordenado marchar." "Eres un necio", grité. "Un día nos estará agradecido por haberle forzado a..." Por toda contestación hizo silbar un remo sobre mi cabeza. "¡El necio eres tú!", dijo. "Miradlo; quiere saber más que el mismo rabí. ¡Haz lo que él manda y no te hagas el listo!" ¿Qué podía contestarle a esto? Este *soteh* es fuerte como un toro; hubiera podido

tirarme al agua y ahogarme como a un cachorro. Estay seguro de que lo hubiera hecho sin la menor vacilación. Su opinión prevaleció. Nadie se atrevió a decir ni media palabra más sobre la vuelta. Andrés, Jaime y Juan recogieron los remos, obedientes. Navegábamos contra el viento y contra las grandes olas que azotaban la proa. Yo seguí diciendo, casi llorando de rabia impotente: "Sois unos necios, unos necios. Si hoy le hubiéramos forzado, se hubiese mostrado a todos tal como es. ¡Necios! Mañana seríamos nosotros los amos de Israel y no esos ricachos de la ciudad alta. ¡Necios, cobardes anthaores, dignos sólo de tratar con animales y pescado podrido..." Resollaban en la obscuridad, pero nadie dijo nada. Perdí los estribos. "¡Asnos, ovejas sin voluntad, necios!", les eché a la cara, envuelta por el lienzo de la noche. "¡Perros con los rabos entre las piernas! ¡Vaya grupo de imbéciles que se ha buscado el maestro!" Cegado por la rabia y la desesperación iba dando puñetazos en la borda.

»Mientras tanto, el negro espacio nos había engullido. Ya no veíamos la colina ni los millares de blancas *simlah*. El vocerío de todos aquellos hombres aún nos perseguía, aumentando o disminuyendo de intensidad, pero se hacía menos fuerte a medida que nos íbamos apartando. Y no a causa de la distancia, sino porque la gente había dejado de gritar. ¿Era el viento, cada vez más fuerte, lo que había apagado el entusiasmo de los peregrinos? ¿O es que, pensé, habrá prometido ponerse al frente de ellos al día siguiente y ahora les ha mandado descansar? Pero, ¿por qué nos había alejado a nosotros? Sólo nosotros le hemos sido fieles desde el principio. Dejé de gritar e insultar. Me quedé sumido en tristes meditaciones. Seguimos navegando en medio del gran silencio que nos envolvía como un sudario.

No veíamos las estrellas, pero sabíamos que en algún lugar su paso marca el transcurso de las horas nocturnas. El viento soplaba con creciente fuerza. La nave se balanceaba cada vez más. Grandes olas de blancas crestas venían contra nosotros desde la lejana orilla. El agua saltaba por la borda al interior de la barca. Un fuerte viento silbaba y gemía, luchando con el mástil y las cuerdas que lo sostenían. Parecía como si resonaran en el aire millares de pisadas rápidas y precipitadas. ¿Recuerdas, rabí, aquella noche de tormenta en la que por poco naufragamos todos? Esta vez el viento no era tan violento, pero soplaba con obstinación, aumentando su fuerza por momentos. Por fin no pudimos avanzar más: remando con todas nuestras energías apenas si lográbamos mantenernos en el mismo

punto. Las manos, doloridas de tanto remar, se nos hinchaban y entumecían. Los que no movían los remos sacaban agua de la barca. La noche seguía pasando por el cielo mate, hora tras hora... Forzado a desarrollar una actividad constante dejé de pensar en lo que había ocurrido y en lo que hubiera podido ocurrir. No pensaba en nada. Tenía la frente mojada por el sudor y las olas que me salpicaban el rostro. Mi abrigo y mi *cuttona* estaban completamente empapados y me dolía la nuca de tanto inclinarme hasta el fondo de la barca para vaciar agua. Entre el rugido del viento me llegaban de vez en cuando los gritos de Simón y la cansada respiración de los remeros.

»Concentrada toda mi atención en mi trabajo, no me di cuenta de nada hasta que oí un grito salido de todas las bocas a la vez. Al principio la visión no me pareció nada de particular: pensé que la luna, al reaparecer, había derramado sobre la movida superficie del agua un haz de rayos temblorosos que formaban ante ella un camino como un mosaico de plata. Pero en el acto comprendí que la luna no podía estar sobre la misma superficie del agua y, además, no podía avanzar hacia nosotros por un camino plateado. Lo que primero parecía un disco luminoso resultó ser una grandiosa figura humana que venía andando o volando sobre la superficie del agua, extrañamente tranquila e indiferente a la agitación constante de las olas que se inmovilizaron al contacto con sus plantas. Comenzamos a gritar de miedo; unos se cubrieron la cabeza con el manto, otros cayeron de rodillas. La aparición siguió avanzando como si no nos viera. Llegó junto a nosotros. Los que remaban dejaron caer los remos, algunos de los cuales fueron arrastrados por el agua. Las olas nos empujaban y luchaban por volcar la embarcación. Estábamos a punto de zozobrar. Pero en aquel momento la muerte nos atemorizaba menos que aquella aparición.

»De pronto oímos a nuestro lado una voz humana. ¡Una voz tan familiar! Sus apalabras fueron más fuertes que nuestro temor. Asomamos la cabeza por la borda llenos de perplejidad. Le vimos a él avanzando por el camino plateado; las olas se habían dormido bajo sus pies. Nuestro miedo desapareció y se transformó en una salvaje y alborozada alegría. Felipe daba palmadas, mientras los otros le llamaban y pedían que se acercara. De pronto Simón saltó por la borda. Nos quedamos mudos de sorpresa. Le vimos dirigirse hacia el maestro, los brazos en alto, con el paso inseguro del hombre que intenta andar después de una larga enfermedad. Le miraba a los ojos; estaba ya casi a su lado... En aquel montante llegó una gran ola que

quedó suspendida al borde mismo del sendero de plata. Simón dio un grito y al instante se hundió en el agua. El maestro se inclinó hacia él, le tendió una mano y le dijo unas palabras. A continuación avanzó blandamente hacia la barca como si aquel mar enfurecido fuese un prado de tierna hierba, llevando junto a sí a Simón, que se agarraba convulsivamente a su brazo. Le ayudó a pasar por la borda y luego entró Él. Le hicimos sitio y caímos todos de rodillas. Ninguno se acordaba ya de que el viento soplaba enfurecido y las olas se debatían contra nuestra embarcación... Además, todo se tranquilizó en seguida. Con la velocidad de una flecha, sin haber tocado siquiera los remos, nos encontramos frente a la orilla opuesta y bañados por la luz del nuevo día... Ante nuestros ojos aparecía Cafarnaúm, acariciado por los primeros rayos del sol...»

Me pareció raro que Judas hablara de este modo. Siempre le consideré un hombre insensible a la belleza y al sentimiento. Pero después de haber hablado así se estremeció como si quisiera librarse de un contacto desagradable. En su rostro, que unos instantes antes expresaba algo parecido a una emoción, leíanse ahora disgustos, decepción, enojo y desesperación. Soltó una seca carcajada.

— ¿Ves, rabí? — torció los labios —. Entonces, incluso a mí, todo me pareció luz, alegría, paz... — Añadió entre dientes — Existe una sola alegría. Pero él... —y se encogió de hombros desdeñosamente.

—Todo lo que acabas de contar — le interrumpí — es asombroso. ¿Quién es él, Judas?

Estaba tan impresionado por sus palabras que le formulé esta pregunta como si mi interlocutor fuera un sabio *saferim* y no un simple tendero de Bezetha.

— ¿Quién es él? — repitió mi pregunta despacio como si masticara cada palabra —. Espera, rabí, a que te lo cuente todo. ¿Quién es él...? Aquel día, cuando desembarcamos, yo tenía una respuesta para esta pregunta. Él quiso que descansáramos, pero yo no podía dormir. Pensaba precisamente en esto, en quién es él. Por la tarde nos llamó y fuimos a la sinagoga. Tú la conoces, ¿verdad, rabí? Es un edificio sólido, reciamente construido. Debió costar mucho dinero... Para todo hay dinero, menos para nosotros.... La sinagoga estaba atestada de gente —; era aquella misma multitud que él había alimentado milagrosamente. Después de habernos embarcado nosotros, él logró escabullirse de entre ellos. Pero le buscaron y encontraron en Cafarnaúm. Ya en el atrio, le rodearon todos. Querían

saber cuándo y cómo había atravesado el lago. No les quiso contestar. Severamente, como si hubieran merecido este reproche, les dijo: «Me buscáis porque habéis recibido pan. Buscad otra clase de pan; cuando lo encontréis ya nunca volveréis a estar hambrientos.» «¿Dónde lo podremos comprar?», preguntaron. Él contestó: »Creed en mis palabras y lo tendréis...» Al oírlo me acerqué más. Renació en mí la esperanza de que al fin llegaría el momento en que se le podría coger de la mano y obligarle a actuar. «Danos una señal de que tus palabras son verdaderas», pedía la gente. «Moisés, en varias ocasiones, mandó a nuestros padres el maná del cielo. Haz otro milagro con el pan...» «Tenéis razón», murmuré. «Él puede hacerlo. Y lo hará con tal que se lo pidáis.» Parecía escucharles a disgusto. Dijo al fin, con tono displicente: «No fue Moisés quien envió el maná al desierto, sino vuestro Padre. Hoy os da de nuevo un pan que es la vida misma...» «Dinos, pues, dónde buscarlo», exclamaban. ¿Es el pan que tú nos has dado? Dánoslo otra vez para que volvamos a probarlo.» Vi que apretaba los labios y cerraba los ojos, ¿sabes, rabí?, como una persona que se obstina en una idea fija. Al fin dijo con voz dura: «Yo soy este pan...» La gente se echó hacia atrás: estas palabras chocaron a todos desagradablemente. Él siguió hablando como si quisiera desconcertarles más aún: «Aquel a quien yo me dé nunca volverá a tener hambre...» No lo entendían. Se miraban unos a otros y se encogían de hombros. «Veo que no queréis creerme», exclamó. «Pero yo he bajado del cielo para que ninguno de vosotros muera.» Todos se pusieron a gritar: «¿Qué? ¿Qué dice? ¿Qué ha dicho? ¿Del cielo? ¿De qué cielo? ¿Piensa que aquí nadie le conoce? ¿Que nadie sabe quién es? ¡Si es el hijo de José, el *naggar*! Y su madre vive en Betsaida. ¿Por qué dice que él es el pan? ¿Se ha vuelto loco?»

Pero él les hizo callar a todos con un grito

« "¡Basta de alboroto! Nadie llegará a mí si el Padre no se lo concede antes. Pero vosotros tenéis las palabras del Padre y deberíais saber cómo se llega a mí. En verdad os digo", ya conoces, rabí, su manera de hablar cuando quiere fijar algo en la memoria de sus oyentes, "en verdad os digo que quien ha creído en mí ha encontrado la vida eterna. Si, es verdad. Yo soy el pan. Vuestros padres comieron el maná, pero han muerto: mas quien coma de mí no morirá".

»Después de esto todos se pusieron a gritar a la vez, llenos de ira e indignación, y se burlaron de él. ¿Qué dices? ¿Qué cuentos te estás

inventando? ¿Quién habla de comer carne humana? ¡Te has vuelto loco! Sí, pan del cielo, ¿verdad? ¿Y qué más? ¡Loco! ¡Loco! ¿Cómo quieres que te comamos? ¿Crudo o asado?

»La admiración y respeto que sentían por él después de aquel milagro se había derrumbado como una pared de arcilla. Yo estaba en lo cierto al creer que aquél había sido el momento oportuno. A no ser por aquellos necios, se le hubiera podido forzar a actuar. Ahora ya era demasiado tarde. Se burlaban y reían de él. Y precisamente en Cafarnaúm, que era llamada "su ciudad", y donde antes escucharon tanto sus palabras. Los gritos de "¡Loco! *¡Soteh! ¡More!*" resonaban bajo el techo de la sinagoga adornada con motivos vegetales. En vano el *rosh-hakeneseth* intentó defenderle. Él no aceptaba ninguna defensa. En lugar de callarse seguía hablando con una rara obstinación, como si deseara perderlo todo: "En verdad os digo que quien no coma de mi cuerpo y no beba de mi sangre no resucitará. Porque sólo mi sangre es la bebida verdadera y sólo mi cuerpo es el pan verdadero..."

»En otro lugar, después de estas brutales palabras, se le hubiera expulsado de la sinagoga. Pero en Cafarnaúm tiene de su parte a Jairo y a varios de los más ancianos, y por esto la gente se contentaba con escupirle a los pies y marcharse. Decían: "¡Basta de escuchar tonterías! ¿Qué significan estas palabras incomprensibles? ¡Dejemos a este perturbado!"

»Quedamos a su lado solamente nosotros y un pequeño grupo de personas que lo acompañaban siempre y se consideran discípulos suyos. Pero él, como si no tuviera bastante con haber defraudado a los otros, se volvió hacia los que quedaban. "¿Os habéis escandalizado?", preguntó. "¿Y luego? ¿Luego qué ocurrirá? El Espíritu es lo que vivifica, no el cuerpo. Pero mis palabras son Espíritu... También entre nosotros hay quien no cree en mí...", suspiró.

»Miré a todos. Unos y otros de los asiduos oyentes encogiese de hombros y se marchaba. El grupito que le rodeaba era como un puñado de nieve puesta sobre una piedra al sol. ¿Por qué obró de aquel modo? ¿Qué pretende? ¿Que se crea en él? ¿Que él es el pan del que todos podrán comer hasta saciarse sin que nunca llegue a faltar? Yo creía y sigo creyendo que si él lo quisiera podría cambiar la faz del mundo... ¡Pero no lo quiere!»

— ¿Lo crees así? — pregunté a Judas.

— ¡Estoy seguro de ello! — exclamó con energía. La ira, como una espuma, cubrió de nueva sus palabras y sus pensamientos.

—Te lo repito, rabí se ha mostrado cobarde y nos ha traicionado. Pero aún no te lo he contado todo. Escucha y me darás la razón.

Hablaba con violencia, estaba excitado y se olvidó de la prudencia que me había recomendado al llegar. Siguió contando:

—Al salir de la sinagoga no quedábamos a su lado más que nosotros doce. Él iba delante, cabizbajo, triste, deprimido, sin decir palabra. Quizá comenzaba a darse cuenta del resultado de sus insensatas palabras. La gente de la calle gritaba al verle: « ¡El loco! ¡Pan del cielo! *¡Soteh!* »

»De pronto se volvió hacia nosotros y nos dijo, con un susurro que me pareció un grito: "¡Venid!" En seguida, inmediatamente, sin preguntar dónde ni por qué, marchamos y abandonamos Cafarnaúm. Nos condujo a través de Gishala a la región de Tiro, entre los paganos. Nos perdimos entre los *goim* como una aguja en un pajar. Estoy seguro de que él comprendió que había perdido y huyó, atemorizado por el peligro que se cernía sobre él. ¿Acaso hasta entonces no había comprendido que este peligro le acechaba en todas partes? Durante los años anteriores habíamos errado de un lugar para otro como una manada de animales perseguidos. Pero ésta era una huida causada por el miedo. Huía sin perder un instante, ciego de terror. Dormíamos bajo el cielo raso y, si comparecíamos entre la gente, era sólo durante el tiempo indispensable para comprar pan o, mejor dicho, para mendigarlo, porque no poseíamos ni una moneda. Pocas veces logramos obtener nada. Los siriofenicios odian a los israelitas. Por esto casi siempre estábamos hambrientos. Él, como si no lo viese, nos hacía seguir andando sin descanso. Retrocedía, escogía caminos secundarios y parecía como si quisiera borrar sus huellas ante alguien que le estuviese persiguiendo. No se detuvo a predicar ni hizo milagros... Sólo curó al hijo de una pagana que no quería apartarse de él a pesar de que se había negado a cumplir su ruego. Después de unos días de vagabundeo, volvimos a Galilea. Fuimos rodeando en silencio todas las grandes ciudades para pasar inadvertidos. Apenas si tuve tiempo de visitar a la mujer del filiarca Chuz, que me dio unos denarios para que no pasáramos tanta hambre. En Decápolis los paganos supieron su llegada y llevaron en masa a sus enfermos para que él los curara. Hizo muchos milagros, les habló y alimentó milagrosamente. Los impuros comieron hasta saciarse de siete panes y aún llenamos cuatro cestas con las sobras.

¡Mientras tanto, nosotros continuábamos con los estómagos vacíos! ¡No muestra ni asomo de sentido común! Alimenta a los desconocidos y a los suyos les hace pasar hambre y fatigas. Me dolían terriblemente los pies de tanto andar. Su miedo se me contagió también a mí. Subimos a una barca y nos fuimos a Betsaida. Hizo una visita relámpago a la ciudad; fue a saludar a su madre, curó a un ciego... Éste fue su último milagro. Comencé a creer que su poder estaba declinando ya. Anteriormente curaba e incluso resucitaba diciendo una sola palabra. Esta vez tuvo que mojar los ojos del ciego con saliva, como si fuera un mago, y cuando le preguntó: "¿Ves bien?", el ciego contestó que no veía muy claramente. Dijo: "Veo personas que parecen árboles..." Sólo después de tocarle los ojos por segunda vez el hombre vio bien. Yo me iba llenando de presentimientos cada vez más negros...

»Ni siquiera pasamos la noche en Betsaida: aquella misma tarde, al anochecer, nos fuimos hacia el Norte. Anduvimos, siguiendo el Jordán, por un sendero entre rocas que se iba empinando progresivamente. Durante el camino habló mucho con nosotros. Pero observé que no nos decía nada nuevo. Repitió antiguas *hagadás* y *masalas* y nos las volvió a explicar. Ya no me quedaba la menor duda de que algo había cambiado... Como si hubiera agotado sus fuerzas con aquellos dos grandes milagros. Ahora era como un hombre que se sabe próximo a la muerte y no desea sino asegurar lo que ha hecho durante su vida. Teníamos los pies ensangrentados de andar sobre rocas; el hambre nos había debilitado y sufríamos atrozmente de calor. El lago Meron quedó a nuestras espaldas y entramos en un valle lleno de fango. Nos siguió conduciendo siempre hacia el Norte. Por fin llegamos a una región hermosa y agradable surcada por unos hondos desfiladeros por donde el Jordán pasa en forma de estrecho y plateado torrente, saltando por encima de unas enormes roas negras. Reinaba allí un frescor delicioso. Entre las ramas de los olivos, de los sicómoros y de los álamos se oían cantar millares de pajarillos. Desde lo hondo nos llegaba el rumor del agua. A veces, por entre el ramaje, asomaba la cumbre del Hermón aún cubierta por manchas de nieve. Por fin el maestro moderó el ritmo de su huida. Nos permitió descansar entre la hierba verde y jugosa, o bien sentarnos sobre las rocas junto al rumoroso torrente. Él se alejaba y durante horas enteras se entregaba a la oración. Ahora rezaba más incluso que antes. ¿Acaso pedía al Altísimo que le devolviera el poder perdido? Le observé con detenimiento. Me parecía intranquilo y muy triste... ¡Ellos son los culpables de todo! Por su culpa él no es nadie a estas horas.

Ya nada cambiará: como hasta ahora, gobernarán Sión los ricos, sacerdotes y saduceos...»

Estoy seguro de que tuvo que hacer un esfuerzo para no añadir: «y los fariseos».

—Siguiendo el bosque, dejamos a un lado Paneas, que ahora es la capital del tetrarca y se llama Cesarea. En las afueras de la ciudad hay una roca muy grande de la cual mana una fuente. Hay también en la roca un agujero negro y hondo, como una entrada que condujese al mismo infierno. Los *goim* echan allí flores y afirman que honran así a su dios. Con cierta aprensión y algunos incluso con miedo, pasamos bajo la roca. Pero él se detuvo allí precisamente. Aquel día aún no nos había dirigido la palabra: anduvo solo, apartado de nosotros, pensativo y ensimismado. Entonces nos llamó a su lado y nos interrogó como si no hubiera para hacerlo ningún sitio sino aquél, que parecía la entrada al templo infernal de una divinidad pagana. « ¿Quién cree la gente que soy yo? » Nos miramos todo, « ¡Hemos oído últimamente tantas versiones distintas! Los siervos de Antipas dicen que es Juan resucitado y que esto lo cree el mismo tetrarca. Otros dicen que es Elías, otros que Jeremías o Ezequías.» Se lo repetimos y el nos escuchó cabizbajo, con los ojos fijos en el agua que salía de la roca. De pronto alzó la vista. Sus ojos estaban inquietos, ardientes. Nos miró como una persona cuyo destino depende de las palabras que va a oír. Me pareció que todo él temblaba. Nos envolvió a todos con una mirada, sin fijarse en nadie en particular. Pero me pareció que era más bien a mí a quien se dirigió. Dijo con voz seca, cortante, lanzándonos las palabras como si fuéramos un recipiente cuya resistencia quisiera de este modo probar: «Y vosotros, ¿quién creéis que soy?»

»Repito: tuve la impresión de que lo preguntaba más a mí que a los otros. Al fin y al cabo, soy el único de sus discípulos que posee experiencia de la vida y un cierto conocimiento del mundo..., ¿verdad? Pero, ¿qué podía contestarle yo? Si me lo hubiera preguntado entonces, allí, a orillas del mar, después del milagro de los panes, mi respuesta hubiera sido inmediata. Entonces tuve el convencimiento de que era el Mesías. ¡Pero un Mesías no desfallece antes de lograr la victoria definitiva! ¡Un Mesías no sabe qué es la derrota! Después de todo lo que había ocurrido últimamente, después de aquella huida, ¿podía aún decirle que era un gran hacedor de milagros? Es verdad, había obrado dos milagros magníficos... pero con ellos su poder había terminado. Y fuera de estos milagros, ¿quién es el? Nadie... Aquella

pregunta estaba fuera de lugar. ¿Es que también desea que nosotros le abandonemos? Los otros discípulos permanecían silenciosos; tampoco sabían qué contestar. Sentí cómo su mirada se volvía de fuego. De pronto resonó la honda voz de Simón. Aquel necio, como si no se hubiera dado cuenta de todo lo ocurrido últimamente, exclamó: "¡Tú eres el Mesías y el hijo del Altísimo!"»

Judas carraspeó y con un movimiento nervioso se pasó los dedos por la desaliñada barba. Escuché con redoblada atención. No sin sorpresa sentí que mi corazón latía apresuradamente.

—Se produjo un gran silencio — continuó diciendo — porque entre nosotros jamás se habían pronunciado palabras como aquéllas. No sabía si le reprendería, aunque el mismo las había provocado, o si, por el contrario, le complacerían. Su mirada se apartó de nosotros y descansó en el rostro de Simón. El hijo de Jonás, alto y corpulento, estaba con la boca abierta, sonriendo tontamente como si quisiera cubrir con ello su turbación. Me pareció que de pronto desaparecían del rostro del maestro todos los temores, inquietudes y penas que últimamente habían ensombrecido sus facciones. La alegría se extendió por ellas como se extiende el fuego que prende en un puñado de hierba seca. Cuando él sonríe todo parece sonreír al mismo tiempo. Es como si el mundo entero fuera distinto... Alzó las manos y las apoyó sobre la cabeza de Simón. «La bendición del Altísimo descienda sobre ti. Simón.» Hablaba despacio, con gravedad, pero a la vez con una alegría que apenas lograba disimular. »No por ti mismo acabas de decir lo que has dicho; es mi Padre quien le lo ha revelado. Por eso le daré hoy otro nombre. A partir de ahora te llamarás Kefa (roca): sobre ella edificaré mi reino y las puertas de la Gehenna nunca podrán vencerlo. Voy a darte las llaves para que puedas abrirlo y cerrarlo según quieras. Lo que abras en la tierra, quedará abierto allí en el cielo, y lo que cierres aquí en la tierra, quedara cerrado en el cielo..,

— ¡Qué promesa! — exclamé —. ¡Y a quién se la dio!

— ¿Verdad, rabí? — repitió conmigo —. ¡Un *soteh*, un *amhaares*...! ¡Él le ha hecho el primero después de sí mismo! Pero no será un reino muy grande el que él quiere construir. ¡Si muriera ahora lo formaríamos sólo nosotros doce, y aun no todos! Porque yo no me quedaría ni una hora bajo las órdenes de Simón-Kefa. ¡Vaya roca! ¡Un necio y un pecador! Ninguna secta sobreviviría a sus fundadores si se buscaran sucesores como él.

—Cierto — asentí —. Sólo tú podrías ser su jefe. A pesar de su enojo esbozó una sonrisa.

—¡Supongo que desde aquel momento — dije — Simón se habrá vuelto insoportablemente orgulloso!

— ¡Oh! — Soltó una carcajada amarga y maliciosa a la vez —. Veo que lo conoces bien, rabí. Aquel mismo día discutió ya con el nuestro. Pero quiero terminar de contártelo todo... Cuando aún no habíamos reaccionado después de aquel nombramiento, el maestro se sentó en la hierba entre nosotros y nos dijo que ahora debía ir a Jerusalén, donde los *soferim*, los sacerdotes y los ancianos le matarán...

—¿Le matarán? — exclamé —. Creo que exagera... Pero quizás esté en lo cierto. Aquí todos le odian después de aquella cura en el estanque de las Ovejas. Incluso los mendigos... Creo que no te he dicho que, desde aquel milagro suyo, el agua no ha vuelto a hervir. La gente ha perdido la esperanza de que vuelva a moverse nunca más. Ya no se ven aquellas multitudes bajo los pórticos. Y Jonatán ha perdido una buena fuente de ingresos, porque sus criados cobraban dos ases por cabeza de todos los enfermos que esperaban allí a que el agua se moviera. Pero si cree que aquí le amenaza la muerte, que no venga. En Galilea y en Traconítide le será más fácil esconderse...

—Él dice que debe venir aquí y que es necesario que sufra. Dijo: « ¿De qué le serviría a un hombre poseer el mundo entero si al mismo tiempo se perdiera a sí mismo? »

— ¿No crees que se ha vuelto loco? — exclamé —. El que muera nunca podrá obtener nada...

—Tú mismo ves, rabí, que algo malo ha ocurrido con él —. Judas sacudió las manos por encima de su cabeza —. Incluso nuestro archisabio jefe, Kefa, ha comprendido que todo esto carece de sentido. Pero, como que ahora se siente tan importante, se llevó al maestro a un lado para demostrarle allí, cara a cara, la insensatez de sus palabras. Pero el maestro, así que le hubo escuchado, le gritó severamente: « ¡Fuera! ¡Vete! ¡Fuera con tus tentaciones, satanás...! » Sólo después de un rato, como si hubiera reflexionado un poco, añadió: «No sabes distinguir lo que viene de Dios y lo que viene de los hombres...» Volvió a nuestro grupo y continuó: ¡Escuchadme, hijos! Quien de vosotros quiera seguirme, debe coger su cruz y llevarla como yo la llevo...»

—Otra vez la cruz —dije más para mí mismo que para Judas.

—Habla de ella constantemente — afirmó —. La cruz, la cruz. ¡Qué reino será el que tenga semejante emblema! Claro que, según dice, resucitará. E incluso dijo que moriremos hasta que no le veamos venir de nuevo en toda su gloria.

—Es un consuelo bien pobre e inseguro — murmuré. Sentí lo mismo que debe de sentir Judas: una tristeza hondísima que quita todo deseo de vivir. Mi obsesión por la enfermedad de Rut, que había olvidado momentáneamente absorto por la narración, volvió a mí aumentada aún por esta tristeza. El mundo me pareció lúgubre como en un día de crudo invierno. Súbitamente perdí el interés por todo —. ¿Cómo reaccionaron a esto los discípulos? — pregunté aún.

—Perdieron el ánimo — respondió Judas - Se movían y miraban unos a otros, asustado, Sí, es bien poco consuelo estar esperando un milagro cuando su poder ya no existe y quizá no volverá jamás... Me estuve preguntando si no sería mejor dejarlo y marcharme. Los otros, te lo juro, querían hacer lo mismo. Él se dio cuenta. Preguntó: « ¿Vosotros también queréis dejarme?» Entonces habló Simón, esta vez con humildad y timidez: « ¿Adónde hemos de ir y con quién, puesto que hemos creído que tú, rabí, eres el Mesías? ». En sus palabras no habla entusiasmo. El maestro apoyó la cabeza en las manos y de nuevo me pareció triste, inquieto, dolorido, como antes de aquella conversación al pie de la roca del dios pagano. «Sí», dijo en voz baja, «sólo he escogido a doce, pero también entre ellos está el demonio...» Yo lo oí y asimismo debió de oírlo Simón, porque bajó la cabeza. Sin duda comprendió que se refería a él...

—Así pues, os marchasteis — dije.

—No — respondió —. Ellos, si se hubieran marchado realmente, no habrían sabido adónde dirigir sus pasos. Yo tampoco le he abandonado. Volveré y lo observaré todo... Quizá recupere su poder. Pero entonces le cogeré de la mano y... ¡Aquellos necios no podrán impedírmelo por segunda vez!

Se marchó de mi casa tal como había llegado: sin hacer ruido, con precaución, como una rata. Volvió a su maestro, en el que había perdido la confianza, y yo volví a la enfermedad ante la que me sentía totalmente desarmado... El mundo ahora es para mí como un día nublado y lluvioso, uno de esos días que llegan después de la *Hanuka*... Si él ha perdido ya la facultad de curar, ¿dónde podré encontrar salvación para Rut?

CARTA XIII

Esto me ha tranquilizado un poco. Por lo demás, estaba como ausente, le tenía constantemente ante mis ojos tal como la encontré al volver: débil, delgada, incapaz de cambiar de postura por sí misma... Te dije en cierta ocasión que parecía como si tuviera vergüenza de su propio cuerpo. Pero entonces, sobre su cuerpo hinchado, vi por primera vez una expresión de absoluta indiferencia por todo. No le importaba que yo hubiese vuelto. Dejó que le volvieran la cabeza en mi dirección y movió ligeramente los labios como si me mandara un beso a distancia. Nada lograba despertar su interés, ni mis palabras ni los regalos que le había llevado. Sin levantar la cabeza del almohadón, agitó una mano. Siempre la recordaré así, con su negra cabeza sobre la blanca funda y el brazo, horriblemente delgado, en alto...

¿Qué más puedo decirte? Aquella noche, a pesar de todo, me pareció que mi esperanza renacía un poco. «No creo que el caso sea desesperado — me aseguraba Lucas —. Está muy débil, pero...» Me agarré ansiosamente a estas palabras. Para poder soportar la noche quería convencerme e mí mismo de que aquello no podía ser... ¿Cómo se puede conciliar el sueño si se sabe que aquello ocurrirá ya al día siguiente? ¿O es que todo entonces se me volvió indiferente? Sólo deseaba tragarme las palabras del médico como si fueran píldoras soporíferas: cerrar los ojos y no despertar hasta que todo hubiera terminado. Estaba agotado, Temía no poder soportar otra prueba.

Quedé profundamente dormido sin ensueños, ajeno e mi propia existencia...

Me despertó un grito. Ni por un instante dudé de su significado. Me levanté de un salto, sereno, tembloroso, pero dispuesto a plantar cara a otra nueva experiencia. Me llamaron a su habitación. Fue a primeras horas de una madrugada gris y fría. También es posible que el frío lo llevara yo en mi interior. Me vestí con esmero, como si fuera a emprender un viaje. Me movía aprisa, pero mi mente percibía con

mayor rapidez aún cada uno de mis movimientos. Casi me cogieron desprevenido cuando me avisaron que, aunque todo parecía indicar el final, aún no se sabía nada cierto... En vez de mandar a alguien por Lucas fui a buscarle yo mismo. Lo hacía todo como en sueño, ¿Conoces esta sensación de estar corriendo y parado al mismo tiempo? La blanca niebla del amanecer me parecía espesa y pegajosa. Me crucé con varios transeúntes... Mi cerebro trabajaba y hacía observaciones: ¡cuánta gente hay levantada a una hora tan temprana! Y no a todos se les está muriendo alguien. ¿Muriendo? No, claro que no. Hablaba conmigo mismo. Estos son pequeños artesanos para quienes la jornada de trabajo siempre resulta demasiado corta; tenderos que van a estas horas en busca de mercancías para vender, publicanos que se dirigen a su trabajo, mendigos que se dan prisa para poder ocupar los mejores puestos a la entrada del Templo, meretrices que no vuelven hasta ahora a sus casas. Jerusalén está lleno de gente así. Durante el día no se ven. Yo, al menos, nunca me había fijado en ello, Para verlas he tenido que salir a esta hora tan temprana... Pero, a decir verdad, ¿qué me importan todos ellos? ¿Qué me importa el mundo entero? Rut se está muriendo... ¿Muriendo? Hace tres años, tres largos años que la veo morir. ¿Qué valor tendrá mi vida sin ella, incluso sin esta constante preocupación por su salud? Pero, ¿también todo lo otro terminará con su muerte? ¿Acaso yo también podré morir? ¿Qué me une ahora a la vida? ¿Mi trabajo?¿Mis *hagadás*? Nimiedades; no comprendo cómo he podido perder tanto tiempo con ellas... He malgastado mi vida... No debía apartarme ni un instante de Rut... No, no — me defendía —, debo conservar la serenidad. El hombre no ha sido creado para soportar tanto. Cada uno de nosotros tiene una misión que cumplir. Mis *hagadás* tienen su razón de ser. Si el Altísimo no deseara que yo las escribiera, no conduciría toda mi vida par un camino tan definido. ¿Acaso hubiera podido ser alguien distinto de quien soy? Sí y no. Habría podido si hubiera encontrado en mi vida otros elementos. Si hubiese encontrado un poco de satisfacción... Pero para mí toda alegría se convierte en amargura. Tenía a Rut, y Rut se me está muriendo... La fama, el respeto, los honores son como ecos lejanos de los que nunca estoy seguro. ¿Las riquezas? ¡Una preocupación más! Muchas veces di gracias al Eterno por habérmelas otorgado: creía que eran un premio a mi vida. Pero, ¿qué me han dado? No he logrado salvar a Rut. Si fuera un mendigo, si hubiera sabido mendigar...

Soñaba con poder abrazar a un ser en cuyos brazos verter todas mis lágrimas, coger una mano cuyo solo contacto me hiciera el dolor

menos amargo. ¡Todo el vano! Estaba solo, solo con todo mi dolor y con mi fe en el Invisible. ¡Oh, Adonai! Nunca como entonces comprendí qué dura prueba es para nuestros corazones esta invisibilidad. Sólo unos brazos que se pudieran tocar, el real contacto con una mano, hubiera sido capaz de mitigar mi desesperación. Aunque, a decir verdad, entonces no estaba desesperado. Desesperarse significa rechazar por completo la esperanza. Yo no la había rechazado; era ella la que me había abandonado. Me dejó un vacío en el que no hay sitio ni para la rebeldía...

Cierto día llevaron un paralítico a Jesús. Una gran multitud se agolpaba en torno a la casa donde estaba él, haciendo inaccesible la entrada. Los familiares del paralítico, no queriendo privarle de la ayuda del maestro, subieron al enfermo a la azotea, hicieron tiras con sus sábanas y le descolgaron dejándole a los pies de Jesús, el cual no se extrañó; contempló al paralítico como si no viera su enfermedad, o como si descubriera otra que sólo él podía ver, y dijo: «Estás curado de tus pecados...» Pero luego añadió otra palabra y el paralítico se levantó.

No agujereé la azotea para echar a Rut a sus pies. ¡Al contrario! Cuando todos buscaban en él consuelo y fortaleza yo me avine a compartir su debilidad. Aquella vez me dijo: «Tienes demasiadas preocupaciones... toma mi cruz.... ¿Podía saber entonces que su cruz es también la cruz de cada uno de los hombres y que al entregarle la mía, creyendo que así me libraba de ella, él me daba a cambio la suya? Ésta es su verdad...

El sol se había elevado sobre las montañas y los levitas hacían resonar sus trompetas. Me paré para rezar la *shema*. Pero la oración cotidiana se quedó como paralizada en mis labios. En vez de decir: «Escucha, Israel; nuestro Señor es uno...» Brotó de mi corazón un grito: ¡Adonai, devuélveme a Rut!» Y así me quedé repitiendo una y mil veces: «¡Devuélveme a Rut, devuélvemela!» De pronto una fuerza desconocida me selló los labios, me ahogó ese grito. Me pareció que mi cuerpo se entumecía y que me abandonaban los sentidos. Pero no podía caer; moría y no podía morir. El dolor, que iba describiendo círculos en torno mío como una fiera que se prepara a atacar, se abalanzó ahora sobre mi corazón y clavó en él todas sus garras. Aquello era el máximo grado del dolor, era espina clavada en la carne viva. Como en sueños, comprendí que sólo podía decir una palabra más y que debía decirla. Ella era mi única salvación. Murmuré con

unos labios duros y secos como dos trozos de madera: «Si éste es tu deseo, ven y coge...» Y de nuevo sentí que me desmoronaba como un tejado resecado por el sol y maltratado por golpes de bastón y pisadas. No era yo quien la descolgaba por la azotea de la casa en la que él estaba predicando. Yo era esta casa y, a través de mi cuerpo lacerado, él cumplía su obra...

Subí las escaleras corriendo. Subí rápidamente, pero mi pensamiento corría más aprisa que mis piernas. Rut estaba sentada, pero era porque la sostenían. Sus ojos se refugiaron bajo el párpado superior y sus labios permanecían entreabiertos descubriendo un poco los dientes. Lo vi todo, mil detalles que no había visto o que había preferido no ver hasta entonces... Luego los que la sostenían la soltaron. Aquello ya no era Rut... Era un cuerpecillo pequeño y encogido. Diría que incluso estaba despojado de toda su dignidad... Toqué una mano caliente aún; pero aquélla ya no era su mano. ¿Dónde está Rut? ¿Dónde estás? No puede ser que tú ya no existas. Sé que existes... Lo sé, lo siento... Pero, ¿dónde? Siempre quería ir delante de ti, apartar de ti todo peligro. Ahora te has ido la primera... No estas... Ésta no eres tú, es sólo tu cuerpo recostado. Las plañideras gritan en la habitación contigua, los músicos tocan los tambores y los pífanos, horriblemente estridentes... Sé que es así, pero yo no oigo nada. Yo también he muerto.

No, no he muerto. Sufro, lo cual indica que aún vivo. Aquel enfermo se marchó curado. Nadie podrá volver a cubrir el tejado de mi cuerpo. Yo soy como una casa abierta a la lluvia y al sol...

CARTA XIV

Querido Justo:

Excusa mi largo silencio. Me era difícil escribir. El tiempo pasaba y yo quedaba atrás como una isla que sigue inmóvil aunque junto a ella pase una corriente. Pero no, en realidad no me quedé así; la corriente me llevaba como a un tronco seco. Ya de día, me dormí, pero luego abrí los ojos y miré a mi alrededor, perplejo. ¿Qué había ocurrido? Estamos a finales de otoño. Han pasado los grandes calores y sólo la tierra, seca, dura y polvorienta, nos recuerda el martirio estival. En el cielo las nubes se acumulan en mayor cantidad cada día. Dentro de unas semanas se convertirán en lluvia. Mientras tanto el aire, sofocante y seco, agota nuestras energías. Por la noche el viento levanta nubes de polvo rojizo y sacude las higueras que ya no tienen higos; penetra en la ciudad y silba entre las hojas secas de las ramas que recubren las chozas. Todos los jardines, plazas y patios están llenos de ellas. Han llegado las fiestas y desde hace dos días ningún hombre ha vuelto a casa a dormir o a comer. Ayer noche ardían en la ciudad millares de fuegos y en el patio del Templo tuvo lugar un gran baile. Han llegado a Jerusalén muchos peregrinos. Las calles están atestadas de gente que se dirige en grandes grupos hacia el Templo o bien vuelve de los pórticos riendo, cantando, agitando ramos festivos hechos con hojas de limonero, palmeras, sauce y mirto y gritando la fórmula sagrada del Hallel: « ¡Hosanna! »

Yo no puedo estar alegre. No pasan por mis labios las palabras, «Te doy gracias por haberme escuchado y haber querido ser mi salvador. Alabad al Señor porque es misericordioso...» Todo este alboroto festivo me irrita. Estas aparentemente alegres fiestas de la cosecha me parecen llenas de una amarga tristeza. Se las podría llamar igualmente fiestas de la muerte... La tierra, extenuada de calor, jadea como un asno cansado de trabajar. Los torrentes, completamente secos, presentan un aspecto desolado. Todo ha muerto y sólo el hombre sigue viviendo. ¡Parece una burla! ¿Por qué

no poder inclinar la cabeza y morir también? Poder morir en vez de este diario despertar, antes de la cuarta guardia, con el grito terrible, este grito en el corazón siempre igual...

Rut no está y la vida sigue su curso. ¡Odio a ésta! Y no sólo la siento latir en mi pecho, sino que después de varios meses de lucha, cuando parece que también sobre ella la muerte ha puesto sus garras, siento como vuelve a renacer y reanimarme. A pesar mío siento renacer la esperanza... ¡No puedo soportar por más tiempo esta superposición continua de vida y muerte! El hombre debería vivir sólo mientras lo deseara... Somos como los árboles: quedamos sin vida, pero luego llegan las lluvias y los fríos, a los que sigue la primavera y el sol y debemos volver a florecer. Después de cada llanto vuelve la alegría. ¡Yo no la quiero! Rut no volverá a la vida... Deseo quedar hasta el final triste, dolorido y con la herida abierta... Pero, ¿,qué hacer si incluso ella se cicatriza! ¿Para qué? ¿Es que alguien envidia también mi dolor?

Me es completamente indiferente volver a verle o no... Pero, a pesar de todo, el corazón me latió con más fuerza cuando el día antes de la fiesta de la Expiación se me presentó en casa, Juan, hijo de Zebedeo. Debería odiar todo recuerdo que me ligara con el tiempo en que seguía al maestro como un mendigo mudo, implorando piedad. En cambio, la llegada de Juan me dio una gran alegría. El maestro ha comunicado a sus discípulos algo de su poder tranquilizador y calmante, pero que al mismo tiempo hiere e inquieta. Sus toscos rostros, sus torpes movimientos parecen poseer algo de su poder. Además, Juan tiene un rostro encantador: bueno, agradable, hermoso e inteligente. Más de una vez me he preguntado de dónde salen estas facciones tan delicadas en un simple *amhaares*. Me saludó con respeto, a lo que yo contesté con sincera cordialidad. Le rogué que se sentara y mandé traer pan, fruta, miel y vino. Con sus curtidas manos de pescador, que no corresponden en absoluto a su rostro, hasta el punto que parecen las de otra persona, partía el pan del mismo modo que lo parte el maestro.

—¿Cómo estáis todos? — pregunté —. ¿Qué hace el maestro? Debes prevenirle que en Jerusalén el número de sus enemigos no ha disminuido...

Me contestó con tono un tanto misterioso:

—El maestro vendrá aquí para las fiestas... Le expresé mi extrañeza

—Es una ligereza que podría costarle cara. Debería mantenerse lo más alejado posible de este avispero. Si ya antes tenía motivos para esconderse y huir, tanto más prudente debería ser ahora. A pesar de haber estado ausente de Jerusalén medio año, el odio contra él va en aumento. Su vida podría peligrar. Nuestros *haberim* serían capaces de prenderle. ¿Quién le defendería? ¿La multitud? Es un aliado poco seguro. ¡Cuesta tan poco engañarla! ¿Y qué ha sido de su poder? Me contaron que había disminuido después de aquellos dos grandes milagros de la multiplicación de los panes. ¿Es cierto?

—Sí... Hace tiempo que el maestro no ha obrado ningún milagro... — confesó Juan, bajando la cabeza —. Evita a la gente y sólo quiere estar con nosotros... Nosotros también creemos que no debería venir aquí: Pero él... Cuando sus «hermanos» gritaban que debía ir a Jerusalén y mostrar al mundo quién es, dijo que no iría porque aun no había llegado su hora... Y añadió estas extrañas palabras: «pero la vuestra es siempre...» Cuando ellos se marcharon nos encargó a Judas y a mí que nos fuéramos a Jerusalén con las mujeres: su madre, la mía, la viuda de Alfeo y Juana, mujer de Chuz, a santificar la fiesta de los Tabernáculos. No añadió nada más; pero yo sé que cuando manda a su madre a algún lugar es porque piensa reunirse en breve con ella. A lo mejor sólo quería confundir a los que siguen sus huellas. Estoy seguro de que vendrá.

—Así pues, ¿has venido con ellas?

—Sí, rabí. Y en relación con esto quiero pedirte un favor: ¿tendrías inconveniente en recibir en tu casa a su madre y a la hermana de ella? En la ciudad hay tanta gente que es difícil encontrar un lugar cómodo donde albergarlas. Ella no pide nada, pero yo no puedo dejarla en cualquier parte. Es su madre... Piensa mucho en él, reza... No es como las otras mujeres.... En tu casa, rabí, estaría muy bien.

—Con mucho gusto. La casa, como ves, es espaciosa. Y está vacía... Tráelas aquí y cuidaré de que no les falte nada.

Quise aún añadir: «si él llega, que venga también», pero no lo dije. Si se descubriera que se esconde en mi casa esto podría acarrearme serios disgustos. El odio que sienten hacia él lo verterían sobre mí... Sería insensato exponerme a esto. Tengo bastantes enemigos a pesar de hacer toda lo posible para vivir en buenos términos con

todos... Además, prefiero no verle en mi casa. Cuando le pedía la curación de Rut parecía no darse cuenta de mi llamada. Hoy, cuando ya es demasiado tarde, no podría soportar la visión de su persona al lado de su lecho vacío.

Aquella misma tarde Juan vino con las dos mujeres. En los tiempos en que yo le seguía, ardía en deseos de ver cómo era su madre. Fui siguiendo sus huellas en Nazaret y en Belén y la imaginé de cierta manera. Ahora, pues, esperaba impaciente su llegada. Cuando entraron en mi casa quedé muy sorprendido. ¿Acaso no ocurre siempre esto cuando esperamos algo con demasiada impaciencia? Ella es completamente distinta de como la había imaginado. Es una mujer de aspecto insignificante, con el rostro quemado por el sol y el viento, una *amhaares* como todas, sin nada de particular. Sólo una cosa sorprende en ella: a primera vista parece una niña. La madre de un hijo adulto, y que además se ha de ganar duramente la vida, debería parecer una anciana. Pero ella ha conservado todo el esplendor de la juventud: es como un capullo que se hubiera abierto y conservado en su intacta floración. Su hermana, según dicen más joven, podría ser su abuela. Los negros ojos de María están llenos de vida y sus labios se iluminan con una sonrisa que parece un rayo de sol sobre un campo florido. ¡Y cuánto se parecen ella y su hijo! Es el mismo rostro repetido; el mismo y a la vez totalmente distinto. Las facciones son iguales, pero el de él es varonil en todos sus detalles: tiene una expresión de serenidad, fuerza, voluntad, energía y dominio. El de ella es un rostro de mujer lleno de bondad, entrega, dulzura y confianza. Cada ademán suyo habla y convence. Parece estar siempre escuchando y esperando algo. ¿Esperando? ¿Esperando qué? No sé... Toda mujer espera el amor y su fruto. Ella ha tenido ya ambas cosas, ¿y aún espera?

Su voz es dulce y, al mismo tiempo, firme, igual que la de él. Habla poco y bajito. No se parece en nada a su hermana, que habla mucho y fuerte, como una verdadera galilea (¡a decir verdad. nuestras judías no son mucho más silenciosas!). Deben de gustarle los niños, porque le bastó cruzar unas pocas calles para que la siguiera todo un cortejo de niños morenos y medio desnudos que le hablaban como si la conocieran de siempre. Por primera vez desde hace mucho tiempo, por primera y última vez, oí voces infantiles en el atrio de mi casa. Se despidió de los pequeñuelos con una sonrisa y acarició con la mano la cabeza o la mejilla de varios. Esta mujer es una verdadera madre; hubiera debido tener muchos hijos y nietos que

estuvieran a su lado y vinieran a consultárselo todo. ¡Un solo hijo es demasiado poco para ella!

Entró sonriendo en mi enlutada casa y en seguida pareció que se desvanecía un poco la atmósfera de tristeza que reina ahora en ella. ¡Cuanta alegría irradia! Y no es que no tenga preocupaciones e inquietudes. Basta que alguien a su lado mencione los peligros que amenazan al maestro para que un súbito brillo de sus ojos descubra el sentimiento que arde en su interior, escondido como el fuego bajo la ceniza. Estoy seguro de que el temor por este hijo único no la abandona ni un instante. Viviendo con este continuo temor parece increíble que no esté siempre amargada, quejosa, enojada. Todas sus palabras están llenas de dulzura y comprensión...

De noche, incluso en sueños, recuerdo siempre que está bajo mi techo. Esto no me priva de despertarme cada día a la trágica hora del grito... Cada mañana me despierto como si hubiera oído su grito de muerte... Pero debo confesar que hoy, por primera vez desde entonces, más que en Rut he pensado en la mujer dormida en el otro piso. El día anterior me había dirigido apenas unas pocas palabras de saludo. Pero ya toda la casa quedó impregnada de la atmósfera que ha traído consigo...

Al amanecer salí a la terraza para rezar la *shema* con el rostro vuelto hacia el Santuario. Ella estaba allí contemplando la vista que se extendía ante sus ojos. Desde mi casa se divisa el Templo y la ciudad en todo su esplendor. Bajo un cielo alto y claro del que parecía caer como un torrente el resplandor del sol naciente, se destacaba la pesada mole verde oscuro del monte de los Olivos, por el que pasa, surcándolo oblicuamente, el camino de Betania. Las estribaciones del monte llegan por el lado sur hasta el mismo muro de la ciudad y allí junto con la pirámide de la montaña del Mal Consejo, forma una brecha que es a modo de una ventana ampliamente abierta hacia el mar de Asfalto. Sobre el fondo del monte de los Olivos se recorta el Templo, dorado y blanco, que domina todo un bosque de casas y casitas, palmeras, higueras, olivos y tamarindos. A través de la columnata que da al Tiropeón se ve el atrio dividido en su interior por un muro bajo, los peldaños que conducen al Santuario y su enorme fachada detrás de la que suben al cielo nubes de humo azul y que proyecta una sombra rosada sobre el tejado erizado de agujas. Precisamente en aquel instante resonaron las cuatro trompetas de plata de los levitas. Incliné la cabeza y, después de bajarme el *taliss* sobre la frente, me puse a rezar con recogimiento. Que el

Innominable, pensé, proteja su templo contra todo aquel que osara atacarlo. Después no sé qué me indujo a dirigirle la palabra. En ella hay, lo mismo que en él, algo como una llamada. Ella también, con su actitud, parece decir: pregunta, puedo contestarte; pide, puedo dar...

—¿Cómo te sientes, Miriam? — pregunté —. ¿Has podido descansar bien?

—Gracias, rabí —y me sonrió con su suave, increíblemente bondadosa sonrisa (escribo «increíblemente» porque a esta sonrisa asoma una bondad que no podemos siquiera imaginar) —. He salido aquí antes del amanecer para contemplar el Templo bañado por los primeros rayos de sol. ¿Verdad que es bello? Nunca me cansaría de mirarlo...

—Vienes poco a Jerusalén...

—Ahora poco. Pero he vivido años enteros en el Templo.

—¿Años enteros? ¡Qué hacías allí?

—Estaba entre los niños consagrados al servicio del Altísimo. Tenía muy pocos años cuando me trajeron aquí. Fui la primera hija de mis padres. Vine al mundo cuando ya habían perdido toda esperanza de tener descendencia. Quisieron agradecerle al Señor su bondad y me entregaron al Templo. Me dieron con ello una gran alegría...

Bajó la cabeza como avergonzada de haber hablado tanto de sí misma. Por debajo del manto que le cubría la cabeza vi sus labios ligeramente entreabiertos, lisos, suaves como los de un niño.

—¿Te dieron luego marido los sacerdotes? —pregunté.

—Luego fui a casa de José, el *naggar* — contestóme.

—Pero ahora tu marido ha muerto, ¿verdad? — recordé lo que me habían contado en Nazaret.

—Ha muerto — asintió.

Me pareció advertir en su voz una nota de tristeza y ver pasar una sombra por su rostro medio vuelto hacia mí. En esto también es igual a su hijo: su tristeza parece estar al lado mismo de su alegría y las dos se entrelazan como una planta trepadora. O quizá su tristeza es sólo una faceta de su alegría, como su alegría lo es de su tristeza.

—Ha muerto — repitió bajito — mi querido y buen José. No ha podido ver el gran día...

—Debías de querer mucho a tu marido — observé. La idea de la muerte siempre hace sangrar mis heridas —. La muerte — dije con amargura — siempre se lleva a los que más amamos...

Levantó la cabeza y leí en sus ojos una creciente inquietud. Cuando alguien pronuncia la palabra muerte, pienso en Rut, pero ella debe de pensar en su hijo. Con énfasis, como quien quiere dominar el sentimiento con un duro razonamiento, dijo:

—Él vencerá a la muerte..

— ¿Quién es él?

—El Mesías... — murmuró.

Volvió la cabeza y miró el dorado y puntiagudo tejado del Santuario, que parecía un enorme erizo. Me acerqué un poco a ella; pero siempre quedaban entre nosotros siete pasos. ¿Vencer a la muerte? De pronto pregunté:

— ¿Es tu hijo el Mesías?

El sol ascendía cada vez más, blanco, suave, otoñal. Apoyó la mano en la balaustrada de piedra. Miré sus delicados dedos, que llevaban las señales de un duro trabajo. Ahora tampoco me miraba. Parecía meditar la contestación. Comenzó a hablar lentamente, deteniéndose antes de cada palabra:

—No soy más que una mujer... Eres tú, rabí, quien debería saberlo. Conoces las Escrituras, los Profetas... Yo... — pareció dudar, como si cerniera exponer todo su pensamiento —. Ya he recibido tanto... Él ha hecho para mí las cosas más grandes... Para una simple muchacha como yo... Lo que yo pedía lo pedía también todo Israel: hombres sabios, santos, profetas... Nunca comprenderé por qué me ha escogido a mi precisamente... ¿Acaso tú la comprendes, rabí? — me preguntó.

En su encantadora sonrisa había una timidez de jovencita y, al mismo tiempo, una alegría inmensa, embriagadora.

—Yo no puedo sino alegrarme y proclamar que es grande, misericordioso, bueno, ensalzador de los humildes y consolador de los afligidos...

Dejó de hablar, pero las palabras debieron de continuar fluyendo silenciosas en su interior. Las que yo había oído eran como unos destellos en la superficie del río, que delatan su existencia pero no dicen nada sobre su caudal. De ella ha heredado él la cualidad de

encerrar su pensamiento en un canto que tiene forma, color y perfume. También ella tiene su canto, pero aún no se atreve o no sabe cantarlo: sólo lo entona como un músico que prueba el sonido de su instrumento antes de tocarlo ante los oyentes. Su mirada fue a hundirse, más allá del Templo, en el negro espesor de los olivos.

—No me has contestado — dije — si él es el Mesías.

—Tú deberías saberlo — repitió —. Yo sólo sé —le dijo con firmeza y, a la vez, como si se avergonzara de tener que referirse e ella misma — que llegará un día en que todos dirán de mí: «Bendita, llena de gracia del Señor...» Todo lo que pedirán por mi mediación y todo lo que reciban les será otorgado por intercesión mía... Pero antes siete espadas atravesarán mi corazón y la maldad saldrá a la superficie como la espuma...

¡Qué extraños son todos los que le rodean! Cuando se les pregunta si el es el Mesías, lo afirman en principio, pero lo dicen como si el mesianismo no fuera más que una parte, y no la más importante de su verdad. ¿Consideran que él es el Mesías o no? Bendijo a Simón cuando éste le dijo que era el Mesías y algo más aún, pero a continuación se puso a hablar de martirio, de cruz, de muerte...

—Pero él —comencé de nuevo — por fuerza ha debido decirte quién cree ser. Es tu hijo.

Movió ligeramente la cabeza y me hizo una confesión sorprendente.

–Nunca se lo he preguntado y el nunca me lo ha dicho. ¿Quién soy yo para tener derecho a preguntar? Yo sólo le observo y todo lo que veo lo voy ensartando en mi memoria como se ensartan en un hilo los huesos de las aceitunas para hacer un collar.

—Pero, durante los años — le interrumpí — en que vivió solo contigo...

—Durante todos esos años — entornó los párpados como quien desea ver aparecer ante sus ojos lo que está pensando — fue sólo mi hijo. El más hermoso, puesto que para toda madre el más hermoso es siempre su primer hijo. Aquellos años fueron un período de olvido. Incluso comencé a pensar que lo ocurrido al principio no había sido más que un sueño del que había despertado a la vida. Hoy pienso que precisamente ese tiempo ha sido un sueño y que la realidad fue lo del principio, y es lo de ahora...

—Así, los años que pasó junto a ti, según dices, ¿fueron diferentes? — pregunté cada vez más interesado —. ¿No tuvieron nada de extraordinario, fueron normales?

—Completamente normales — afirmó.

—¿Y cómo puedes soportarlo ahora? — exclamé.

Llegó a mis oídos un suspiro silencioso. Movió la cabeza como si compadeciera su propia debilidad. Dijo:

—Si no poseyera estas pocas cuentas ensartadas, no sé qué sería de mí... Se puede haber recibido un don directamente del Cielo, pero esto no basta para toda una vida. Como si no fuera suficiente...

—Él obra muchos milagros — observé.

—Sí —asintió —, no cesa de abrir ojos a los ciegos. Pero para aquel que ha sido curado una vez ha de bastarle un milagro. El Reino otorga su poder sólo una vez a cada uno...

—Nunca lo he visto así — murmuré.

Una nube de tristeza se posó sobre mí. Retorné con el pensamiento a aquellos días en que lo había seguido sin pronunciar palabra, sin saber cómo pedirle la curación de Rut. No me dio nada a mí cuando repartía dones a derecha e izquierda. ¿Qué puedo esperar ahora que su poder se ha debilitado, según asegura Judas?

—¿Has oído, rabí, aquel *mashal* en el que compara el reino a un grano tirado en tierra que germina y crece de día y de noche mientras el que lo ha sembrado se ocupa en otra cosa o duerme? Lo que esperamos que ocurra quizá ya ha ocurrido. Así fue conmigo. Aún no había terminado de decir «hágase como has dicho» y él ya vivía en mí...

—¿A qué te refieres, Miriam?

Sus palabras me parecieron como el resplandor de una linterna que iluminara de pronto un enorme palacio sumido en la penumbra.

Bajó la cabeza. Sus morenas mejillas curtidas por el sol se colorearon. De nuevo debió de asustarla su propia confesión. Al contestarme, su voz era un tanto temblorosa.

—Me refiero al día en que Gabriel vino a anunciarme que él nacería...

—¿Has visto al ángel? Cuéntamelo. Yo — me apresuré a añadir — creo en los ángeles y no voy a reírme de ti...

Sonrió gentilmente como agradeciéndome las últimas palabras. El recuerdo que sus labios habían dejado escapar debía de ser uno de esos tesoros que preferimos esconder antes que exponerlos a unas palabras irrespetuosas.

—Le vi tan claramente como te veo ahora a ti, rabí. Era de madrugada y el sol apenas se había asomado tras los montes de Galaad. Estábamos en el mes de *adar*. Acababa de llenar las tinajas de agua y me había sentado junto a mi tejedora para comenzar el trabaja Soy una buena artesana. — Se rió con cierto orgullo en la voz —. Mi tejido siempre era el más puro y más blanco. La gente venía desde lejos a encargármelo, y aquella mañana el trabajo me cundía como nunca. La lanzadera pasaba como un rayo entre los tensos hilos. De pronto sentí que había alguien más en la habitación... asustada, grité y levanté la cabeza. Apareció ante mí, como una enorme gota de rocío traspasada por un rayo de sol, una forma brillante envuelta en alas color de arco iris. En seguida supe de quien se trataba. El corazón me latía con tanta fuerza que tuve que apretarlo con las manos. Me pareció que se inclinaba ante mí como un siervo ante su señora. No podía creerlo. Era yo quien sentía deseos de inclinarme y agradecerle su aparición. Pero no pude moverme. Estaba petrificada como la mujer de Lot. Oí su voz. Dijo: «Te saludo, llena de gracias. Bendita...» El estupor, el temor me impedía casi respirar. No sabía qué contestarle: no osaba creer que un ángel del Altísimo había bajado a saludarme a mí, una simple y pobre muchacha. Pera él continuaba allí, como una gran perla resplandeciente en una concha irisada. De pronto se me ocurrió pensar que había bajado para castigarme. ¿Cómo había yo tenido la osadía de pedirle al Altísimo que el tiempo se cumpliera pronto? Quise caer de rodillas. Pero entonces vi con inmensa sorpresa que era él quien estaba de rodillas ante mí. Juntó humildemente las manos y movió las alas en el aire como un manto que no llegara hasta el suelo. «No temas, no te asustes...», parecía rogarme, y este ruego suyo era como el canto de los árboles, de las nubes y las estrellas. «De ti nacerá un hijo al que impondrás por nombre Jesús. Será hijo tuyo como es hijo del Altísimo. Se sentará en el trono de su padre David, pero su reino ya es y nunca tendrá fin...» « ¿Qué dices? », murmuré. «¿Cómo podrá ser? Se la pedí a José y él se avino a todo...» Extendió los brazos en mi dirección como si quisiera detener mis palabras. De nuevo oí la súplica en su voz. «Mira», exclamó: « ¡El espíritu del Señor está sobre ti! » Oí un rumor como si el viento hubiera penetrado en nuestra casita y diera vueltas buscando una salida. Levanté la cabeza y me pareció

ver en la penumbra, bajo el techo, algo como un pájaro luminoso o la llama de una lamparita. «Di una sola palabra», continuó, «y será... ¿Hay algo que Él no pueda hacer? ¡Pero hoy todo su poder está en tu palabra, Miriam!» Sentí de veras que algo se estaba sopesando, como si la tierra se balanceara bajo mis plantas. Sabía que podía aceptar o rechazar el don que se me ofrecía. Él me imploraba, no me mandaba. Tuve la certeza de que si decía: «no me atrevo, no puedo..., volvería a encontrarme al lado de mi tejedora y el tiempo de espera seguiría pasando. Pero que si decía «sí», a partir de este momento las estrellas y el sol lucirían de otro modo, la hierba crecería de diferente manera y se cumpliría la secular promesa dada al padre Abraham. Ya no habrá más tiempo de espera... ¿Podía suponer que esta transformación maravillosa se operaría de un modo tan imperceptible como si nada ocurriera? Pero incluso si lo hubiera sabido hubiese aceptado su voluntad... Porque aquélla era su voluntad. Y por esto la realizó antes de que yo tuviera tiempo de decirle al ángel «Hágase». Me conoce bien y sabe que siempre hubiera contestado así...

—¿De modo que él — pregunté aturdido — de quién es hijo?

Inclinó la cabeza como una esposa sumisa que supedita su voluntad a la del esposo.

—De Él... — Luego sonrió con orgullo y dulzura infinita a la vez y añadió –: y mío...

—¿Y tu marido, Miriam?

Lo que ella acababa de decir me abría unos horizontes nuevos y turbadores. El sol parecía menos claro, el Santuario menos resplandeciente.

Su mirada, perdida en el espacio, era tierna y afectuosa.

—Mi bueno y querido José... Pero ni a él se lo pude decir entonces aunque comprendía cuánto sufriría al saberlo. Me amaba con el amor más hermoso, que no exige nada a cambio. Accedió a todo lo que le pedí... Pero, ¿cómo podía prever que el lugar que él cedía sería ocupado por otro? Accedió a no ser sino mi protector. Renunció a mí... Por este sacrificio podía esperar otro tanto de parte mía. Pero yo no se lo ofrecí. Se le exigió una renuncia mayor aún que la que había hecho... Llegó un momento terrible y fue cuando leí en sus ojos que había descubierto mi secreto. El llanto le oprimía la garganta, pero tampoco entonces pude hablar. ¿Cómo descubrir que se ha sido objeto de una gracia tan inmerecida? ¡Qué daría para que él lo descubriera por sí mismo, como Isabel! ¡Qué daría para poder

estrechar entre mis manos su fidelísima cabeza y decirle que humanamente nada había cambiado, nada, y que él siempre seguiría siendo el mismo para mí! Pero no podía.

Con la mirada dolorida, se fue a la otra habitación, arrastrando pesadamente los pies. Me pareció verle echado sobre su cama, llorando amargamente... Apenas pude dormir aquella noche. Constantemente me parecía oír su llanto. Me quedé acostada a oscuras, llena de tristeza por no saber consolarlo. Toqué mi cuerpo con la mano. Lo sentí moverse en mi interior con el inconsciente movimiento del niño que aún ha de nacer. ¿Inconsciente? Nunca sé dónde termina en él la conciencia que ha recibido de mí y dónde comienza su propio verdadero y misterioso mundo. Con los dedos toqué un pie diminuto. Lo acaricié amorosamente. Murmuré: «Tú, pequeñín mío, tú lo sabes todo, puesto que has podido convertirte en hijo de una mujer como yo. Haz lo que tu madre no sabe hacer. Ayúdale... Haz que él también sepa... No es más que un hombre...» Al fin me dormí. Por la mañana, al mismo tiempo que yo se despertaron mi tristeza y mi temor. No me levante con la primera claridad del día que penetraba por la rendija de la ventana, sino más tarde, y despacio como nunca fui a mis quehaceres. Retrasaba el momento en que sabía que José debía entrar en la habitación. Temí ver su rostro. No recordaba ya mi ruego. Temblaba al pensar que volvería a verle sufrir sin poder aliviar su pena. Molí unos puñados de trigo para el desayuno. Oí sus pasos y el corazón comenzó a latirme apresuradamente. Entró, le miré temblorosa, ya de antemano vencida por su dolor, pero de pronto me invadió una alegría inmensa, sin límites. ¡El niño había escuchado mi ruego! José estaba ante mí alegre, radiante, como si hubiera vuelto a nacer. Se acercó a su mesa de trabajo, canturreando. Entretanto, yo no me atrevía ni a respirar para no interrumpir aquella paz. Oí el ruido de su cepillo y sus taladros y los sonoros golpes de enérgico martillo. Estaba totalmente absorbido por su trabajo, que realizaba a gran velocidad. Al fin lo terminó. Pero él seguía repasándolo con minuciosidad y paciencia como si sintiera tener que dejarlo. Luego levantó la cabeza; vi cómo en su mirada la alegría del triunfo se transformaba en ternura. Pasó suavemente la mano por la lisa superficie de la madera. Preguntó como sin querer, como si se tratara de una cosa evidente y conocida desde hace tiempo: «¿Así, tu hijo se llamará Jesús?.

—¿Y nunca deseó que fueras su mujer? — pregunté sin poder reprimir mi curiosidad.

—No — contestó —. Sabía callar... ¡Oh, sé lo que debió costarle! Créeme, rabí, seguimos siendo los mismos de antes. En personas como nosotros el reino crece despacio, imperceptiblemente. Vienen sequías, vientos, granizos... Parece que va a ser destruido. Pero, no: cuantas más contrariedades ocurren, más frondoso crece. En José creció alto como la planta de la mostaza, que llega a ser como un árbol. Al morir...

—Entonces debió de decirte lo que había sentido.

— ¿Para qué había de decírmelo? El reino no necesita de palabras. Seguía con la vista al que él llamaba hijo suyo. Me llamó a su lado. Me murmuró con una voz ya vacilante: «Miriam, todavía no le he enseñado a hacer ruedas... Y aún no maneja el cepillo con soltura... No podrá ponerse a trabajar en seguida... Tú sola deberás...» Ésta fue su única preocupación al morir.

¿Has comprendido, Justo, el sentido de sus palabras que he tratado de reproducirte con la máxima fidelidad? Si todo esto es verdad, ¿quién es él, nacido del dolor y de la debilidad de una mujer, pero concebido por un acto inescrutable del Todopoderoso? No lo sé y nunca lo sabré... ¿Es que realmente él, que no me ayudó, es algo más que un hombre? A ella la he comprendido. Es un camino hacia el Eterno. Si la hubiese conocido mientras Rut vivía, hubiera sabido cómo pedirle... Pero, ¿es que he de reprocharme de nuevo no haber hecho lo que hubiera podido hacer? ¡No! ¡No! ¡Me volveré loco si sigo así! Ella es un camino que conduce al Incognoscible. Es como la Puerta Dorada que conduce del valle del Cedrón al atrio del Santuario. Según parece, hubo un tiempo en que estuvo tapiada, y el rabí Ezequiel dijo que sería el mismo Altísimo quien la abriría. Podría decirse que ahora se ha cumplido la profecía: en el valle de la muerte hay un camino abierto que conduce directamente al altar del Señor. En antiguas narraciones se descubren a veces significados bien inesperados.

Al anochecer dijo: «Me siento extrañamente inquieta... Él ha llegado a la ciudad....» Efectivamente, cubierto por el manto de la noche, vino Juan (le prohibí acercarse a mi casa de día) con la noticia de que el maestro había llegado a Jerusalén... ¿Qué ocurrirá ahora? ¡Me aterra su inconsciencia!

CARTA XV

Querido Justo:

Judas estaba en lo cierto: este hombre provoca su destino. ¿Qué quiere lograr obrando así? ¿Por qué se obstina en crearse enemigos? Si mal no recuerdo, ya te dije en otra ocasión que en el Gran Consejo se han acordado contra él las medidas más severas. Y poco faltó para que ayer las cumplieran... La brusca decisión de nuestros *haberim* me cogió tan desprevenido que no supe cómo salir en su defensa. ¡Le salvó un incidente imprevisto!

En el último día de las fiestas apareció entre la multitud como una nube que surge de pronto, no se sabe de dónde, sobre un cielo despejado. Yo estaba entonces, pensativo, entre la muchedumbre que se había reunido en la sinagoga al lado de la sala de la Piedra Cuadrada y allí, escuchando sabias enseñanzas, esperaba la salida de la procesión. De pronto oí su voz. Conocería esta voz entre millones de otras voces. Es fuerte, sonora, mantenida en una sola nota, pero no monótona, ni seca o indiferente; vibran en ella un sinfín de sentimientos como la superficie de un lago que se colorea con mil tonalidades distintas cuando la iluminan los primeros rayos del sol matutino. ¿Sabes de alguien que no diga nunca una palabra superflua? Yo no conozco a nadie así. Cada uno de nosotros más de una vez habla por que sí, para decir algo. Pero en él toda palabra, aun la más insignificante, tiene el peso de una roca. Llega hasta el fondo, golpea y produce un eco. Y si no lo produce es porque este fondo no es sino un viscoso cenagal. Pero incluso entonces... Sí, este eco siempre se deja oír, más fuerte o más débil, más rápido o más lento...

Comenzó a abrir el rollo mientras la gente murmuraba: « ¡Es él! ¡Es él! El profeta de Galilea. El que cura, resucita y libra de los demonios... Es él a quien quieren matar... » Oí también estas últimas palabras. ¿De modo que entre los *amhaares* también se habla de su muerte? Pero él no parecía inquietarse por nada. Comenzó a leer el salmo con calma, acentuando cada palabra:

> Tú que juzgas extrañamente, ¡escúchanos!
>
> Autor de nuestra salvación,
>
> Esperanza de la tierra y de las aguas,
>
> Tú que afirmas las montañas con su fortaleza
>
> Y mueves los mares que se agitan a tu contacto, ¡sálvanos! Las naciones tiemblan al contemplar tus milagros. El mundo se ha alegrado de oriente a poniente
>
> Porque has cubierto de dones la tierra y has apagado su sed. Has sembrado el trigo que ha crecido exuberante. Has traído la lluvia y has llenado las espigas. Tus campos han dado ricas cosechas,
>
> Los prados están verdes y las ovejas tienen donde pacer.

Devolvió el rollo al basan y miró todas aquellas caras que le observaban atentamente.

—«Tú que juzgas extrañamente...» — repitió — ¿Sabéis cómo es la justicia del Altísimo? Escuchad. Cierto día, un hombre que tenía muchas viñas se fue muy temprano al mercado para contratar a unos braceros que le ayudaran a recoger las uvas. Acordaron que su jornal sería de un denario al día. Cuando el sol ya estaba muy alto sobre los montes del Moab, hacia la hora tercia, el mismo propietario fue por segunda vez al mercado y contrató a otros braceros prometiendo luego pagarles lo que fuera justo. Volvió a hacer lo mismo a la sexta y a la nona. Al anochecer, cuando ya oscurecía sobre la puerta del mar Grande, a la hora undécima, el hombre fue de nuevo al mercado, donde encontró a gente desocupada que nadie había contratado y que estaba allí jugando, disputándose y quejándose de su suerte. Les dijo: «Id todos a mi viña». Y fueron, unos aprisa y contentos, otros despacio porque el estar ociosos les había vuelto holgazanes. Al llegar la noche, a la hora de dar la paga, el propietario les reunió a todos delante de su casa...»

Siempre que quiere poner un ejemplo habla de cosas que ocurren a nuestro alrededor. Muchos de los que se apretujaban entre la multitud poseían viñas y antes de las fiestas habían tenido que pasar

cuentas con sus braceros; otros, en cambio, pertenecían a la enorme multitud de jornaleros que no poseen más que sus manos y venden su fuerza para tener con que comprar pan para sus hijos. Sus palabras tienen la cualidad de retener totalmente la atención de quien las escucha. Entre el gentío sólo se oían respiraciones precipitadas y ruido de pisadas que se iban acercando cada vez más hacia la puerta.

—...El propietario, al dar la paga, comenzó por los que habían llegado los últimos — siguió diciendo el maestro —. Dio a cada uno un denario y ellos se fueron colmándole de bendiciones y cantando de alegría. Luego pagó a los que había contratado a la hora nona, a la sexta y a la tercia y también les dio un denario a cada uno. Los primeros, que habían trabajado todo el día, creyeron que recibirían más. Pero ellos también recibieron sólo un denario por cabeza. Entonces comenzaron a murmurar y no quisieron aceptar le paga. El amo se extrañó y preguntó: « ¿Por qué murmuráis? ¿Es que os he hecho agravio? ¿No habíamos convenido un denario al día?» «Sí, pero, ¿por qué los otros también han recibido un denario? Nosotros hemos trabajado durante toda la jornada. Hemos sudado y nos hemos cansado. Hemos llenado todo el lagar. Los otros, en cambio, sólo nos han ayudado a pisar la uva. ¡Esto no es justo!» «Pero yo os prometí un denario y vosotros estuvisteis de acuerdo. Un denario es una paga justa y buena. ¿Podéis negármelo?» «No, no has sido avaro», contestaron. «Un denario por un día de trabajo es una buena paga...» «Entonces, ¿por qué no lo tomáis y os vais cantando a casa como los otros?» «Porque no está bien que ellos hayan recibido lo mismo que nosotros. Ellos no se han cansado. Han pasado el día tumbados a la sombra de una palmera y luego, sólo durante una hora, han pisado unas pocas uvas... ¡Y les has dado tanto dinero! ¡Has obrado mal e injustamente!...» « ¿He obrado injustamente porque he sido bueno?, preguntó el amo. ¿No estaba en mi derecho al mostrarme liberal con un hombre que había venido a mi viña a última hora? ¿No puedo hacer con lo mío lo que me parece? La envidia os ha mordido como un escorpión. Pero la viña es mía y mío es el fruto que habéis cogido. Para cada uno de vosotros tengo una buena paga y se la daré a cada uno porque así me place hacerlo. Coged vuestro dinero y marchad en paz. Bienaventurados los pobres de espíritu que no desean riquezas. Se puede tener mucho dinero y quedarse pobre, se puede no poseer nada y tener un corazón de rico. Marchaos antes de que me enoje.... Ved, ésta es la justicia del Altísimo. Justicia misericordiosa para la que los primeros son los últimos y los últimos, incluso aquellos que han ido por fuerza, son los primeros... Pero, ¿por qué estos últimos son

agradecidos mientras que los primeros, aunque hayan estado todo el tiempo en la casa del Padre, no creen que deban agradecerle nada?

Movió la cabeza como si él fuera aquel propietario y nosotros todos los jornaleros descontentos. Alguien me dio un empujón. Volví la cabeza y vi a Judas. El pálido rostro del antiguo mercader expresaba enojo. Parecía como si se hubiera sentido aludido por el *mashal* del maestro y su contenido le hubiera herido en el mismo corazón. Me hizo un guiño significativo. « ¿Ves, rabí? ¿De veras que él...?» Pero sus últimas palabras, dichas en un susurro, fueron ahogadas por el alboroto que se produjo entre la turba de los oyentes. La parábola, aunque no todos la entendieron, provocó la admiración general. La gente movía la cabeza y se decía: « ¡Qué sabio! ¡Es un verdadero profeta! ¿Dónde ha aprendido todo esto? ¿De quién? ¿Quién fue su maestro?

—¿Os maravillan mis palabras? — oí decir al maestro. Se había quedado en el púlpito como si aún quisiera añadir algo —. ¿Os preguntáis de dónde vienen y quién fue mi maestro? — Debió de oír sus exclamaciones y quiso contestarles como si fuera necesario hacerlo—. Sí, esta doctrina no es mía. Tengo un maestro — continuó —. El que busca su propia gloria habla de sí mismo. Pero yo no la quiero. Busco la gloria del que me lo ha enseñado todo y me ha enviado aquí. Repito sus palabras y vosotros sabéis que son verdaderas. Moisés, cuando anunciaba la Ley, hablaba como yo. ¡Pero ninguno de vosotros quiere escucharle!

— ¿Ninguno? — exclamé a pesar mío.

— ¿Ninguno? — gritaron varias voces enojadas. La gente se indignó —. ¿Qué dices? — comenzaron a gritarle de todas partes —. ¿Que no queremos obedecer la Ley? ¿Cómo te atreves a decirlo? ¿Quién te ha dado permiso para juzgarnos? ¡Somos fieles israelitas! Cumplimos las prescripciones. ¿Por qué has dicho esto? Les hizo callar.

—No obedecéis la Ley —repitió severamente —. Y por esto queréis matarme.

Se produjo un corto silencio, pero luego unas voces exclamaron

—¿Nosotros? ¿Nosotros queremos matarte? ¿Te has vuelto loco? ¿Quién quiere matarte?

El resto de la gente callaba observando a los que gritaban y al maestro. Mientras unos negaban haber abrigado nunca malas

intenciones con relación a él, los otros debían de recordar las amenazas que se le habían hecho.

—Vosotros —dijo, imperturbable—. Vosotros —repitió con tristeza como si se quejara a alguien —. ¿Y por qué? ¿Porque hace dos años curé a un hombre en sábado? ¿No circuncidáis vosotros en sábado alegando que deseáis ganar con ello una nueva alma para Israel? ¿Y la vida de un hombre? ¿No os parece bastante importante? Juzgad con justicia si tengo o no razón...

La sinagoga se llenó de rumores. Ahora todos hablaban a la vez y gritaban a cual más fuerte.

—¿Qué dice? ¡Es un loco! ¡Un poseído! ¿Quien es este hombre? ¡Violó el sábado! Entonces, ¿no recordáis? en la fuente de las Ovejas... ¡Y lo sigue violando! ¡Es un mínimo! Decían que este Jesús moriría si se atrevía a venir a Jerusalén. Pero viene aquí, habla con insolencia y no teme a nadie... ¡Hay que echarle y lapidarle! ¡Pero si es el Mesías! ¡No, es un mínimo! ¡Milagros como éstos sólo los puede obrar un Mesías! ¡No puede ser el Mesías! Las Escrituras dicen que el Mesías no se sabe de dónde vendrá, mientras todos sabemos que éste es galileo...

Sobre todo aquel griterío se elevó su voz como el grito de un pájaro en medio de la tormenta.

—Sabéis bien quién soy y de dónde vengo. Confiad en mí, creedme. Veis que no hablo de mí y no digo mi propia enseñanza. Os traigo la palabra de Aquel que vosotros no conocéis. Pero yo le conozco porque vengo de su parte.

— ¿Oís? — exclamó una voz entre la turba —. ¡Dice que lo manda el Altísimo! ¡Blasfema!

—¡Blasfemas! — repitieron varias voces.

Vi a un grupo de fariseos que se abrían paso entre la gente gritando airadamente.

—¡Blasfema! ¡Hay que lapidarle! ¡Blasfema!

—Pero ha hecho tantos milagros... — objetó alguien.

—¡Blasfema, blasfema! ¡Lapidarle! — gritaban otros.

De nuevo sentí sobre mi hombro la mano de Judas.

—¿Ves, rabí, ves? — me susurraba febrilmente el mercader al oído —. ¿Ves?... ¿No te lo decía? ¡Quiere que le maten y a todos nosotros con él! Se ha acobardado y ha perdido su fuerza. Nos ha

traicionado, ya te lo decía... Me llamó ricacho... —En su excitación me pellizcó el brazo como si quisiera arrancarme un trozo de carne —. ¡Yo un ricacho! — Soltó una carcajada sarcástica, llena de odio —. ¿Lo oyes? Así nos paga nuestra fidelidad...

Al final no entendí nada porque sus palabras acabaron siendo un gorgoteo de saliva. Además, en la sinagoga todos gritaban y no se podían distinguir bien las palabras.

—¡Blasfema! ¡Lapidarle!

— ¡Hay que echarle! ¡Echadle!

Los que gritaban así no deseaban ver la sangre del maestro.

—¿Queréis expulsarme? — le oí exclamar ahora. La gente se calló para poder oírle mejor mientras él movía la cabeza como si se compadeciera de todos ellos —. No voy a estar mucho tiempo entre vosotros... Y cuando me marche, en vano me buscaréis, porque allí donde yo vaya vosotros no podéis entrar... Moriréis con vuestros pecados...

—¿Qué está diciendo? — comenzaron a gritar de nuevo. Cada vez le entendían menos.

—¿Adónde quiere ir? ¡Quiere matarse! — gritó una voz que me pareció ser la de Judas.

—¿O es que quiere ir con los *goim*? —preguntó otro.

—¡Quiere darles pan otra vez! ¿,Qué está diciendo? Las preguntas se cruzaban en el aire.

De pronto, un hombre se paró ante el público y, levantando la cabeza, preguntó directamente al maestro:

—¿Tú quién eres?

Le reconocí y un mal presentimiento me asaltó como un escalofrío por la espalda. Aquel hombre pequeño, de frente despejada y mirada penetrante, es uno de los jefes de la guardia del Gran Consejo de los fariseos. Se llama Gadi. Vi también que le seguían unos cuantos guardias con porras. No cabía la menor duda; nuestros *haberim* habían decidido obrar pronto y sin miramientos. Podían permitírselo. Pilatos no había venido para las fiestas y el hegémona Sarcus había sido sobornado. Estaba seguro de que la multitud concentrada en la sinagoga no habría salido en defensa del maestro, y la gente de la ciudad ni siquiera sabía que él hubiera llegado a Jerusalén. La sorpresa de todos fue enorme.

—¿Quién eres? — repitió el pequeño guardia, como impaciente por recibir respuesta.

El rostro del maestro tampoco ahora expresaba inquietud o inseguridad. ¿Acaso no se daba cuenta exacta del peligro que le estaba amenazando? Sin apresurarse en contestar, fijó sus ojos negros, hondos y tranquilos, en los inquietos ojuelos del que le interrogaba.

—Yo soy el principio... — dijo al fin. Levantó la cabeza y envolvió con su mirada a toda la multitud concentrada en la sinagoga —. Pero vosotros habéis rechazado este principio — siguió —. Por esto sólo cuando me levantéis en alto os convenceréis de que soy el que soy y que mis palabras son las palabras del Padre... Yo hago lo que Él desea... y Él no me abandona...

Calló un momento. Ya nadie gritaba. Todos se quedaron con los ojos y la boca muy abiertos, mirándose interrogativamente, moviendo las cabezas y encogiéndose de hombros. Ahora ya no entendían nada. El menudo guardia se rascó la oreja, perplejo. ¿Qué querrá decir con esto? ¿De qué está hablando? ¿Qué significa «soy el principio?» ¿El principio de qué? Una idea cruzó como una ráfaga por mi mente: seguro que quiere decir el principio de algo nuevo. El mundo en el que yo vivía antes de conocerle era un mundo viejo. Todo en él era conocido: el amor y el odio, la miseria y la riqueza... Él ha traído algo totalmente nuevo que comenzó con él. ¿Acaso sus palabras significan esto precisamente? Pero, en este caso, ¿es que anuncia algo o a alguien que aún ha de venir?

—Así pues, ¿quién eres tú? — repitió el guardia.

Vi cómo se humedecía sus resecos labios con la punta de la lengua. Pero el maestro no le contestó. Levantó los brazos en alto (parecía el sacerdote que dentro de poco y con el mismo movimiento de brazos iba a entrar por la puerta de la Fuente con el cántaro de plata) y comenzó a hablar con ese tono suyo de voz tan peculiar, en el que no se sabe qué es lo que domina, si la súplica o el mandato.

—Quien de vosotros esté sediento, que venga a mí. Yo le daré de beber.

Tras los muros de la sinagoga se oyó de pronto un sonido de trompetas, flautas y pífanos y las primeras palabras del himno:

¡Aleluya!

Alabad todos al Señor.
Alabad su nombre.
Bendito sea por los siglos de los siglos;
Alabado sea por los siglos de los siglos,
De levante a poniente

Al oír el himno, la multitud se movió, impaciente. Era hora de salir para tomar parte en la procesión. Pero las palabras del maestro les ataban extrañamente a él. Siguió diciendo,

—Si alguno de vosotros tiene sed, que crea en mí y su sed se apagará. Un río de agua viva saldrá de su corazón... ¿No recordáis ya la promesa de Ezequiel? Allí donde llegue este torrente, todo ser revivirá...

Pero la gente, cada vez más atraída por la música y los cantos que llegaban de fuera, comenzó a abandonar la sinagoga. Sólo un pequeño grupo quedó escuchando al maestro. Los guardias se quedaron en un rincón comentando algo en voz baja y mirando a todos lados. Me inquieté porque supuse que querrían aprovechar aquel momento para prender al maestro. Pero ellos, después de decidir algo, salieron también. Respiré, aliviado. El peligro que le amenazaba me había retenido en aquel lugar. Ahora me sentía liberado. Dejé de escucharle y me dirigí hacia la salida, pensativo.

Pero algo me seguía oprimiendo el corazón. La escena que acababa de presenciar me había confirmado mucho de lo que Judas me había dicho. Él, realmente, parece querer desafiar el peligro. Antes hablaba de un modo claro, sencillo, suave. Ahora habla como si quisiera que todos se pusieran en contra de él. Esto me deprimió. Me pareció que había terminado de hablar y apreté el paso. No sentía deseos de hablar con el. Temía que si me decía algo, yo tendría que referirme a Rut... ¿Qué sucedería si me dijera: « ¿Por qué no me lo dijiste antes? » ¡No, no! Lo pasado pasado está y no hay que pensar siquiera en que hubiese podido suceder de otro modo. Puesto que no se puede hacer retroceder el tiempo, más vale no hablar de ello...

En cambio, decidí que, en cuanto terminaran los festejos, iría al Gran Consejo para tratar de averiguar lo que se está tramando allí contra el maestro.

Salí a pleno sol, guiñando los ojos, y me junté al cortejo que bajaba hacia Siloé agitando ramos y cantando:

He aquí la puerta del Eterno,
La puerta de los justos.
Gracias por habernos escuchado
Y haber querido salvamos.
La piedra desechada por el albañil
Se ha convertido en el nuevo cimiento.
El Altísimo lo ha hecho;
Hemos visto el milagro con nuestros propios ojos...
¡Oh, Señor, sálvanos!
¡Oh, Señor, hosanna!

En el Gran Consejo estaban reunidos todos los más ilustres *haberim*.

Cuando entré, todos rodeaban en círculo al rabí Jonatán bar Azziel, que a grandes voces regañaba a un hombre postrado a sus pies. Reconocí en él a Gadi, el jefe de la guardia.

— ¡Necio! ¡Perro! ¡Impuro! — gritaba el sabio doctor —. ¿Cómo has osado? ¿No te dije bien claro lo que debías hacer? Espera y verás lo que te has ganado. ¡Te liquidaremos a ti y a toda tu familia! ¡Perro miserable! — Nunca había visto al gran doctor en tal estado de excitación —. ¿Así me pagas los favores que te he hecho? — Sin poder dominarse dio un puntapié en la boca del postrado servidor —. ¡Perro maldito! Yo te enseñaré a no cumplir las órdenes! ¿No ves, miserable *amhaares*, quiénes somos nosotros? Nadie en Judea puede seguir vivo si nosotros decidimos que ha de morir. ¡Miserable! ¡Desgraciado! ¡Eras un muerto de hambre cuando te tomamos a nuestro servicio y morirás de hambre cuando te echemos de él!

El hombre trató de acercar sus labios a las sandalias del rabí. Pero éste le dio otro puntapié en la boca.

— ¡Ahora gimes! — gritó —. ¡Pero antes te atreviste a contravenir nuestras órdenes!

—Gracia, ilustrísimo, santo señor, gracia... — gritaba el guardia.

— ¿Pides gracia, perro sarnoso? Explica a todas las ilustres personas aquí reunidas por qué no lo has traído.

—No pude, excelentísimo rabí..., no pude.

—¿No pudiste? ¿Por qué? ¿Logró escapar? ¿Pidió a la multitud que le defendiera?

—No, no —gimió el infeliz —. No hizo nada. Pero nosotros no nos atrevimos.

—¡No os atrevisteis! ¿Habéis oído? — Jonatan se volvió, indignado, hacia los *haberim* —. ¡No se atrevieron! Les tuvo sin cuidado contravenir nuestras órdenes, pero, en cambio, no se atrevieron a coger por el pescuezo a este mínimo y traerle aquí.

—¿Le ordenaste que lo hiciera? — pregunté yo.

Se volvió bruscamente y me miró con sus ojuelos que despedían fuego. Tuve la impresión de que una parte de la furia desencadenada en él por Gadi se vertió en las palabras que me dirigió a mí.

—¿Ah, eres tú, Nicodemo? —e intentó dulcificar el tono de su voz —. Desde luego, se lo he ordenado: Todos lo hemos ordenado. Y lo mismo hubieras hecho tú si hubieses sabido lo que este hombre ha vuelto a decir —. Los labios le temblaban como si estuviera a punto de llorar. Se acercó a mí —. ¿Sabes qué ha dicho? — exclamó—. ¿Sabes? Ha compuesto una *hagadá*. Es tu especialidad, rabí, así que podrás apreciarla en todo su valor... Dijo que dos hombres fueron a orar al Templo: uno era fariseo y el otro publicano. Pero, ¿sabes cuál de los dos era el justo? ¡El publicano! ¡Precisamente el publicano porque oró humildemente. Mientras que el fariseo no hizo sino vanagloriarse de sus virtudes. Es evidente que no ocurre así. ¿Por qué, pues, él lo cuenta? ¡Para sembrar el odio! ¡Para que la gente revuelva contra nosotros! ¡Lo que él quiere es una rebelión! No es ningún profeta, sino un vulgar agitador. No observa el descanso del sábado ni las reglas de pureza y ahora quiere levantar las masas contra nosotros. Ya en Galilea decía a la gente que no se dejara engañar por nosotros... ¿Y por todo esto hemos de alabarle, protegerle y dejar que nos siga atacando? ¡Sí, ordené que la guardia le trajera aquí! ¡Un hombre así no debe andar suelto! Si los sagrados cargos sacerdotales no estuvieran en manos de unos desaprensivos, ya haría tiempo que estaría encerrado. Pero, ¿qué les importa a ellos que alguien ataque la verdadera fe y las prescripciones salvadoras? ¡A ellos sólo les importa el oro, nada más! Ellos mismos traicionan la Ley. He mandado que le traigan aquí. Se lo he ordenado a éste. —

Señaló con el dedo al hombre postrado en el suelo —. Y ha vuelto con las manos vacías. ¡No se ha atrevido a coger por el pescuezo al profeta de Galilea! ¡No se ha atrevido! ¿Por qué no te has atrevido?

— ¡Oh, ilustrísimo!... — gemía el guardia ¡Oh, ilustrísimo!... Yo... él... Nunca ha hablado nadie como este hombre.., nunca... de veras...

—¿Nadie? ¿Nunca? —Jonatán hablaba con irónico desprecio —. ¿Ninguno de los ilustres y sabios rabinos? ¿Sólo ese mínimo, precisamente? — Llamó a los criados —. Sacad de aquí a este necio y a ver si unos palos le aclaran el entendimiento. Dadle treinta y nueve azotes, ni uno más ni uno menos. Pero golpead fuerte. Luego, que os pague diez denarios de multa...

—¡Piedad, piedad!... — gritó el hombre, sollozando —. ¿De dónde sacaré tanto dinero? Mis hijos morirán de hambre...

—Así criarás mejor a los que vengan después —contestó fríamente Jonatán,

Se mandó traer un recipiente y un jarro de agua. Durante un buen rato se estuvo lavando las puntas de los dedos bajo un chorro plateado. Mientras tanto sacaron de la sala al guardia, que seguía gimiendo y sollozando. Jonatán se secó las manos en una blanca toalla de hilo y dijo:

—Se nos ha escapado... ¡Si no fuera por este estúpido, ya habríamos terminado can él para siempre! ¡Pero le cogeremos! No le queda mucho tiempo de vida...

—Así, ¿queríais matarle, rabí? — pregunté con cierta ingenuidad.

Entonces comprendí que el maestro se había salvado de un gran peligro.

—No, sólo quería acariciarle... — contestó lentamente, mirándome con los ojos entornados.

—Nuestra ley — dije, y la voz me tembló de indignación — exige que la persona culpable sea interrogada y juzgada a conciencia...

Jonatán no contestó. En las comisuras de sus ojos leí un profundo desprecio, vi que a duras penas dominaba su enojo. En cambio, el rabí Joel dijo de improviso:

—¡Tú no le defiendas, insigne rabí! — exclamó—. ¡No le defiendas! —El gran penitente por los pecados de Israel temblaba de indignación —. ¿Quizá tú, Nicodemo, también te has hecho galileo desde que fuiste allí con él? ¡Tú no le defiendas!

—En vez de defenderle — dijo el rabí Johanaan ben Zakkai —, harías mejor en coger los libros sagrados y leer un poco. Recordarías que Judea es la madre de los profetas y que de Galilea sólo salen maleantes.

—Sí, más vale que leas la Tora — repitió otro.

Los doctores, puestos en semicírculo, me observaban todos con mirada penetrante. Bajo la capa de fingida cordialidad, sentía la frialdad de aquellas miradas como el contacto de unos cuchillos sobre la piel desnuda. Sentí un escalofrío en la espalda, el corazón me dio un brusco salto en el pecho y me encontré mal, como si fuera a perder el conocimiento. Pero me dominé fingiendo indiferencia. Sin añadir palabra alguna, abandoné la sala.

Al día siguiente el maestro estaba bajo el pórtico de Salomón rodeado de sus discípulos y un grupo de oyentes. Cuando me acerqué, me sonrió amablemente. Dijo:

—Te saludo, amigo; el Altísimo sea contigo...

Nunca me había llamado de este modo, y su sonrisa también me pareció diferente: más cercana a mí, más próximo a mí mismo... Sentí que él debía ya de saber todo lo referente a Rut. Claro que alguien podía habérselo dicho. Pero comprendió mi dolor mejor que nadie. Otros preguntan o expresan su compasión con frases hechas. Él no me dijo nada. Y comprendí que no preguntaría nada. Otros, al verme, ponen una cara de tristeza como si quisieran hacerme creer que han sentido mucho esta muerte. Él, en cambio, me sonrió con verdadera alegría... Como si a los dos nos ligara un secreto: el hechizo de una amistad que nadie más conoce. Y, cosa rara, aquella sonrisa no me fue penosa. La sentí sobre mí como un chorro de agua fresca en un día de calor. ¿Qué significa esta sonrisa? ¿Alegría? ¿Alegría de qué? ¿De que Rut haya muerto y de un modo tan horrendo? Quise rebelarme, pero no pude... ¿Por qué sonríe? Siempre sospeché que no se siente del todo feliz cuando cura a la gente y que lo sería si alguien se acercara y no quisiera ser curado...

Mi llegada interrumpió su predicación. No sé de qué estaba hablando, pero debía de haber dicho algo muy impresionante porque la gente, a su alrededor, estaba muy pensativa, ceñuda y con los dedos hundidos en las barbas o la cabeza apoyada en la mano. Todos los discípulos estaban allí. Miré sus rostros y me pareció leer en ellos una expresión de inseguridad y temor. Algo ha cambiado, pensé. Ya

no recuerdan en nada a aquellos ruidosos *amhaares*, tan insoportables por su firme convencimiento de que, gracias a su maestro, se convertirían en los amos del mundo.

De pronto oí a Simón. Antes de abrir la boca carraspeó y frunció las cejas con tanta fuerza, que se le destacaron dos grandes venas en las sienes. Preguntó con miedo, como quien sondea temeroso el fondo en el que ha quedado embarrancada su barca:

—Entonces, si tal es la condición del hombre con respecto a la mujer..., es mejor, ¿verdad?, no casarse...

—No, Pedro. — Por primera vez oí que le llamaba por su nuevo nombre —. Hay quienes son eunucos ya en el vientre de su madre; otros fueron castrados por los hombres; pero hay también quienes se castraron a sí mismos para alcanzar el reino. Pero no temas el que sea capaz de esto, séalo...

Pero el gran pescador no parecía aún convencido. Con brusquedad en la voz, casi con desesperación, exclamó:

—¿Cómo puede vivir un hombre sin mujer, sin hijos y sin amor?

¿Qué les habrá exigido ahora?, pensé. No me gusta Simón. Pero su intranquilidad era comprensible. Para seguir al maestro había abandonado su casa, su mujer, sus hijos. Quizá ni tuvo tiempo de despedirse de ellos. Pero no ha renunciado a ellos para siempre. Aunque cierto día el maestro dijo que nadie dejara el arado... «Pero, ¿qué más exige ahora?», repetí en mi interior. El maestro dijo suavemente:

—Hay cosas que el hombre no puede hacer ni comprender siquiera. Pero para el Eterno no hay nada imposible.

Su mirada pasó del rostro de Simón, crispado por el esfuerzo, a los rostros angustiados de los otros discípulos, se deslizó sobre ellos como el dedo de un músico sobre las cuerdas de una cítara y se fijó en mí. De nuevo sentí sobre mí su mirada, que es como un rayo de sol, como la más delicada de las caricias.

—Creedme — dijo —; aquello lo recibirá cien veces, y además la vida eterna...

De nuevo sonrió y la congoja desapareció de sus rostros como desaparecen las sombras de la noche al contacto de un rayo de luz. Ellos son superficiales y se les puede consolar con cualquier cosa. Pero reconozco que también en mí produjeron sus palabras una inmensa alegría. ¿Conoces esta sensación? No ha ocurrido nada,

pero de pronto sentimos que el corazón late de un modo distinto y el mundo parece diferente. De nuevo sentí un deseo de rebelarme. Es fácil decir, protesté en mi interior, que una vez lo hayamos dado todo volveremos a recibirlo aumentado cien veces. ¡No quiero cien como Rut...! Sólo quiero que vuelva ella... ¡Pero no volverá! Esto no son sino palabras..., me repetí varias veces. Pero al levantar los ojos, vi que él seguía mirándome, y ya no sentí más deseos de rebelarme.

De repente llegó hasta nosotros un vivo rumor de pasos y voces. La gente venía en tropel en nuestra dirección. Volví a sentirme intranquilo; recordé las amenazas del rabí Jonatán. También los discípulos se asustaron y sus ojos comenzaron a moverse inquietos como si buscaran dónde esconderse. Al frente del grupo iban varios jóvenes fariseos. Pero no vi ninguna guardia. Aquella muchedumbre conducía a alguien. Vi sus brutales movimientos y oí los gritos con que querían obligar a este alguien a que anduviese más de prisa. Los que rodeaban al maestro recularon instintivamente. Él continuó sentado, impasible, con la cabeza alta y la misma acogedora sonrisa de antes.

El gentío se detuvo ante él. Uno de los *haberim* se adelantó un poco e inclinose burlonamente ante el maestro. Comprendí que, más que para atacarle, venían con la intención de divertirse un poco a costa del profeta de Galilea.

—Te saludo, rabí. Mira a quién te hemos traído. Los del grupo se separaron y empujaron hacia delante a una mujer. Estaba casi desnuda y apretaba convulsivamente contra su pecho un pedazo roto de sábana. Aunque, a fuerza de golpes, ya casi no le quedaba colorete en las mejillas y aunque de sus ennegrecidas pestañas caía una cortina de negras lágrimas, no era difícil adivinar cuál había sido su delito. Temblaba. Le habían arrancado un pendiente y le resbalaba de la oreja un hilito de sangre. Bajó la cabeza como si quisiera hundirla entre los hombros y dirigía de uno a otro una mirada asustada. Parecía implorar a cada uno un poco de piedad, prometiéndolo todo a cambio. No se sabía qué la aterrorizaba más: la deshonra o la amenaza de una muerte infame. Sus maltratados pies, con las uñas pintadas de un rojo chillón, hollaban nerviosamente la tierra. Sus ojos, que parecían buscar en todas partes un modo de salvarse, se posaron en el maestro. Al principio se apartaron de él, asustados, quizá su sonrisa le pareció una burla más de aquellos que, por motivos incomprensibles para ella, habían convertido las caricias de momentos antes en despiadados golpes. De nuevo se encogió como un erizo. Pero a poco aventuró otra tímida mirada. Era evidente que desconocía

al hombre que estaba sentado ante ella al pie de una columna. Pero algo debió sorprenderle en su aspecto porque bajó los ojos e hizo un movimiento de brazos como si quisiera cubrir con ellos su desnudez.

El joven fariseo volvió a hablar con voz firme y segura.

—Es una adúltera, rabí. La hemos sorprendido en el acto de pecar.

—¿Qué queréis de mí? — preguntó el maestro. —Queremos que la juzgues. ¿Qué hemos de hacer con ella?

Yo no acababa de comprender cuál era la finalidad de toda aquella escena. De todos modos se trataba, sin duda, de una trampa para coger al maestro; esta intención se leía clara en los rostros de los jóvenes *haberim*. —¿Qué os manda hacer Moisés?

El maestro hablaba tranquilamente, y su suave y plácida mirada descansaba en la mujer como si no le molestara su aspecto. Ella debía sentir esta mirada sobre sí, porque seguía con la cabeza baja y los brazos cruzados, llena de vergüenza.

—¿Moisés? ¡Oh, conocemos la ley! —El fariseo se rió seguro de sí mismo —. La Tora dice: quien cometa adulterio con la mujer de otro debe morir, él y la adúltera... Esta mujer ha cometido adulterio y debe ser lapidada según la Ley. ¿Tú qué dices a esto?

Se inclinó sonriendo astutamente sobre el maestro, sentado al pie de la columna. Ahora me pareció comprender en qué consistía la trampa que le tendían. Ellos conocen su gran misericordia. Querían ponerle en evidencia y demostrar que sus principios son contrarios a la Ley.

— ¡Debe morir! — gritaron varios hombres —. ¡Hay que lapidarla!

—.¡Si, lapidadla! ¡Debe morir! ¡Inmunda! —En la voz que oía a mi lado vibraba un odio vivo. Me volví y con gran sorpresa descubrí que era la de Judas. El discípulo de Karioth tenía los puños cerrados y los labios como si fuera a escupir. Parecía como si quisiera lanzarse sobre la mujer —. ¡Que muera! — replicó.

—Así, ¿estás de acuerdo en que hay que apedrearla como a un perro? — preguntó el fariseo.

En su voz se notaba el desengaño. No había acudido allí para escuchar una confirmación de lo que manda la Tora. La mujer, al oír aquello, tembló todavía más. Pero no hizo el menor ademán implorando piedad. Sólo noté que sus rodillas se doblaban.

El maestro se levantó lentamente. Cuando estaba sentado parecía pequeño e insignificante. Pero al erguirse su cabeza se elevó sobre las de todos. ¡Cómo sabe cambiar! Su suave bondad se trocó en mayestática gravedad. Ahora era alguien ante quien la gente retrocedió respetuosamente unos pasos.

—¿Has dicho — comenzó despacio — que, según la Ley, el adúltero debe morir junto con la adúltera? Quien, pues, de vosotros esté sin pecado lance una piedra sobre ella...

Pareció como si de pronto sus negros ojos despidieran chispas. No estalló, pero su mirada cayó inflexible sobre los hombres que le rodeaban. Éstos dieron otro paso atrás. Algunos tenían ya una piedra en la mano, mas ahora las escondieron apresuradamente entre los pliegues de su *cuttona*. Dieron todos otro paso hacia atrás. Entre la multitud y el maestro quedó un espacio vacío en el que sólo estaba la mujer, parecida a una estaca clavada entre piedras.

No añadió nada más. Se inclinó, arrodillose y, sobre la losa de piedra cubierta de polvo rojizo, al lado mismo de los pies de la pecadora, escribió algo con un dedo. La palabra quedó allí sólo unos instantes, porque la brisa que soplaba aquel día sobre la ciudad borró las letras escritas sobre la arena. Logré aún leer: «Tú también has cometido adulterio». Alguien retrocedió entre la multitud y desapareció; era el joven fariseo. El maestro escribió otra frase que de nuevo decía «Has cometido adulterio». Y otro de los que estaba más cerca dio la vuelta y desapareció también. El dedo, largo y delicado, seguía marcando signos. Las palabras se seguían una tras otra; unas veces lograba leerlas, otras veces no. Pero después de cada una alguien más se esfumaba. Otros marchaban también como no queriendo leer las acusaciones a ellos dirigidas. El corro de gente disminuía sin cesar. Muchos de los que llevaban una piedra en la mano se desprendían de ella disimuladamente. El maestro siguió escribiendo. Era como si lo hiciera sobre el agua: las palabras se borraban solas y desaparecían. Pero el instante que duraban era suficiente...

Al final no quedó ninguno de los acusadores. Sólo Judas continuaba allí con los puños apretados y palabras llenas de odio en los labios. Hasta entonces el maestro no había levantado la cabeza. Pero ahora la levantó. Su rostro, tan plácido aquel día, se había oscurecido como si lo hubiera cubierto una parte del polvo en el que escribía los pecados de la gente. Pareció llamar con la mirada a Judas. Le miraba con una tristeza infinita. Pero él siguió con la misma

actitud de encarnizada obstinación. Entonces se inclinó y de nuevo escribió algo.

No logré leer las palabras. Pero en los ojos del discípulo de Karioth apareció el miedo como en un animal cogido en la trampa. Sus crispados puños se abrieron. Miró en torno suyo para ver si alguien había leído lo que el maestro había escrito, retirose con disimulo y se escondió detrás de la columna.

Esperé ver qué sucedería a continuación.

El maestro seguía arrodillado, con el dedo apoyado en la losa. Pero ya no escribía. Levantó lentamente la cabeza. Su rostro era de nuevo sereno y bondadoso. Miró a la mujer y ella, al instante, comenzó a llorar silenciosamente. Sollozaba con el rostro contraído, sin poder cubrírselo con las manos porque sostenía el pedazo de sábana. Por sus mejillas llenas de colorete resbalaban de nuevo las lágrimas. No miraba al maestro. Apretaba contra el pecho su barbilla, temblorosa, y bajaba cada vez más la frente. Las lágrimas, sucias y negras, caían sobre el polvo rojizo y sus pies desnudos.

—No llores — le dijo afablemente —. Nadie te ha condenado...

Su llanto se hizo aún más desgarrador.

—Pero tú... tú... tú...

—Tampoco yo te condeno — le sonrió dulcemente —. Ve y en adelante no peques más.

Siguió llorando cada vez más bajo; luego dio una vuelta despacio y se fue. Él la siguió largo rato con la mirada, como sosteniéndola en su paso. Todos nos quedamos en silencio. Su dedo rozó de nuevo la losa cubierta de polvo rojizo, en la que escribió, pensativo, unos signos. Al mirarlos más detenidamente vi que eran palabras. Siguió escribiendo, aprisa, sobre la superficie que la brisa alisaba sin cesar. Me pareció leer: «...dijo: ¡no iré!, pero luego se arrepintió y fue a cumplir la voluntad del Padre. En cambio, el otro dijo: ¡iré!, pero no fue. ¿Por qué no vas, después que te he llamado tantas veces?»

¿O acaso me pareció que había escrito esto? ¿A quién iban dirigidas aquellas palabras? Se borraron y desaparecieron. El viento se las llevó. El mismo, como queriendo dar a entender que había terminado, alisó la arena con la palma de la mano. Todos seguíamos callados. No sé por qué, pero de pronto una inquietud se despertó en lo más profundo de mi corazón. Era una inquietud suave, sin sacudidas, sin desesperación. Tenía algo que, a la vez, se me mostraba radiante

como la esperanza... ¿Para quién había escrito ¿por qué no vas?, pensé. ¿Y dónde ha de ir este alguien? ¿Adónde le llama?

Pero acaso no había escrito nada de esto. Sin decir nada, se levantó y se fue seguido de sus discípulos. Sentí como si despertara de un sueño. Reinaba una gran calma; sólo el viento, silbando suavemente, cruzaba los rayos de sol que caían como un velo sobre el valle del Cedrón y las negras laderas del monte de los Olivos. ¿Y si no lo hubiera escrito?, me repetía yo, asomado a la balaustrada sobre el precipicio. ¡Qué hombre tan extraño! Nunca dice si desea o manda algo. Lo pide todo tímidamente, como un mendigo atemorizado. O bien escribe sobre la arena palabras que el viento borra al instante. ¡Y a pesar de todo, cuesta tanto negarle algo!

CARTA XVI

Querido Justo:

Aunque estamos en otoño, y a pesar de las densas nubes y la lluvia que ha caído, hemos pasado varios días muy calurosos. Pero no me refiero al tiempo, sino a los acontecimientos que hasta hoy mantienen a le gente en un estada de febril agitación. La ciudad entera bulle como agua hirviendo en un recipiente y está en constante movimiento como un enorme hormiguero. Gracias a esta fiebre se han olvidado del maestro. Ha sido una suerte, porque su actitud era excesivamente provocativa y, si no fuera por este súbito desmán de Pilatos, es seguro que hubieran atentado de nuevo contra su vida. La tiene en gran peligro. El romano le ha salvado con su acción.

Después del episodio de la mujer adúltera, el maestro desapareció de la ciudad por unos días. Me enteré de que había ido a Betania, donde reside una familia que le recibe en su casa muy a menudo. El cabeza de familia es un hombre llamado Lázaro, tejedor y jardinero, fariseo de grado inferior, persona tranquila y piadosa. Es soltero y vive con su hermana Marta, también soltera, una buena mujer, menuda, siempre atareada, siempre en movimiento y, a pesar de esto, con una perenne sonrisa en los labios. Ella es la primera en ayudar al prójimo, en aliviar su miseria. La conocen los mercaderes de Bezetha, donde se la ve a menudo muy de mañana con un carretón lleno de verduras, frutas o un pedazo de negro cilicio tejido por su hermano. La conocen los mendigos de la puerta Esterquilinia, a quienes lleva una buena limosna siempre que va a la ciudad. Este par de honradas personas tienen una hermana conocida también de todos, mas no por sus virtudes precisamente. María, la menor de los tres, pelirroja, ha ido por mal camino. Durante uno o dos años escandalizó con su comportamiento a toda Jerusalén. Luego se marchó a Galilea con un hombre de la corte de Antipas y allí comenzó su vida de libertinaje, que siguió llevando en Tiberíades, en Magdala, en Naim. Era la cortesana más bella de toda Judea. Estoy seguro de que, si se lo hubiese propuesto,

Antipas, Pilatos e incluso el mismo Vitelio serían amantes suyos. Pero no ha querido ligarse a nadie, aunque se tratara de un rey. Prefería las caricias de los que ella misma iba escogiendo, uno tras otro. Cambiaba de amante más de prisa de lo que una presumida de la ciudad cambia de sandalias. Todos sucumbían a su hechizo. Había quien aseguraba que debía sus éxitos a un talismán de Asmodeo que lucía colgado del cuello. A pesar de llevar esta vida depravada, su belleza aumentaba de día en día. La he visto en más de una ocasión y nunca podré olvidar este rostro perfecto, orgulloso, maravillosamente bello... ¡Qué mujer! Sus ojos brillan como una piedra tallada en mil facetas. Su boca, ligeramente desdeñosa, parece invitar a que se la fuerce a sonreír. ¡Verdaderamente, no es posible olvidarla!

Lázaro y Marta debieron de sufrir mucho con la mala reputación de su hermana. He visto varias veces a Lázaro entregar ofrendas en el Templo y rezar con expresión de súplica. Estoy convencido de que pedía al Altísimo piedad para María. Estos hermanos se tienen un profundo afecto. Nunca oí que Lázaro o María dijeran una sola palabra contra su hermana. En cambio, uno vez Lázaro me dijo, apretando contra la mejilla sus dedos largos y secos: «No es una mala mujer, pero... créeme, rabí... ella no sabe...»

Al día siguiente de llegar el maestro a Jerusalén para las fiestas, una mujer fue por la noche a hablar con su madre. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo y una sencilla *simlah* echada sobre los hombros. Un mechón de pelo color de oro rojizo se le escapó por entre los pliegues del pañuelo y un bellísimo pie blanco, delicadamente curvado, asomó por debajo de la *cuttona*. Miré la cara de la recién llegada y me quedé mudo de asombro. ¡Era ella, María, la mujer pública, la cortesana! Pero, ¡qué cambiada estaba! En su hermoso rostro no había ni rastro de afeites y en sus largos dedos no brillaba ni una sortija; en vez de llevar unas ricas sandalias, iba descalza. Cayó de rodillas ante Miriam y le abrazó las piernas igual que hacen las jóvenes esposas a las madres de sus maridos, en señal de respeto. Debían de conocerse mucho: se hablaron en voz baja, con gran vivacidad, como personas que tienen muchas cosas que decirse. ¿Qué puede haber de común entre la madre del maestro y esta mujer? Mientras escuchaba lo que ella le contaba, María le puso las manos sobre los hombros. Y después de algo que la otra le dijo, se rieron las dos alegremente. ¡Este hombre cambia el orden del mundo! Me quedé impresionado cuando, bajo el pórtico, perdonó a aquella pecadora. Pero perdonar no significa amistad. Él repite a menudo:

«los primeros serán los últimos, los últimos serán los primeros». Lo dijo también cuando contó aquello de los jornaleros de la viña. Pero, ¿qué habrá hecho esta mujer para merecer aunque sólo fuera un denario de gracia?

Se lo pregunté a Judas, quien, al contestarme, soltó una carcajada que sonó como el chirriar de la rueda de un carro demasiado cargado. Este tema excita a Judas como un paño rojo a un toro. Sólo al mencionarlo le brillan los ojos y rechinan los dientes.

—¿Preguntas, rabí, por esta mujer de Magdala, la hermana de Lázaro? — masculló entre dientes —. Desde luego... ¡No hay pecadora de las que comercian con su cuerpo a la que él no esté dispuesto a perdonar! ¡Según él, resulta que sólo nosotros somos culpables! — Se rió con rabia contenida —. Nosotros las seducimos y luego las abandonamos. ¡Ellas nunca tienen la culpa de nada! Sabes bien qué clase de mujer es ella. Incluso en estos tiempos de costumbres relajadas, tanto libertinaje escandaliza. ¿Con quién no ha tenido tratos, a quién no se ha entregado? Aunque, claro esta, escogía a los más ricos... Hasta que un día, entre la multitud que se acercó al maestro para pedirle salud, miré y me costó creer a mis propios ojos. ¡Ella! «¡Ah — pensé — por fin a ti también te ha tocado el castigo! Has contraído una enfermedad. Querrías que el maestro te curase para poder tentar de nuevo a los hombres. ¡Esperarás en vano!» Estaba convencido de que el maestro se daría en seguida cuenta de quién se trataba. Me quedé a un lado esperando ver qué pasaría. Se postró a sus pies chillando. Tenía espuma en la boca. Gritó: « ¡Sálvame! ¡Sálvame! ¡Llévate mis ojos, mis cabellos, mis dientes, todo lo que ellos quieren de mí..., pero líbrame! ¡Entonces sólo seré para ti! » ¡Inmunda! Pero, ¿sabes qué le contestó? Dijo: «Todo esto lo tomo y a ti también... Y vosotros, ¡fuera de aquí! » Los malos espíritus salieron de ella silbando como el aire de una vejiga reventada. Ella cayó desmayada. Pasaron unos días. Estábamos en Naim. El maestro era huésped de cierto fariseo... Estaba sentado a la mesa, cuando de pronto esta María se presentó en la sala. Se acerca corriendo a él y cayó a sus pies. Lloraba y le mojaba los pies con sus lágrimas. Luego se los secaba con esas greñas rojas que ella tiene... Él, en vez de echarla de allí, aun la elogió, lo cual produjo muy mal efecto en todos. Dijo que ella ama más porque le ha sido perdonado más. Le sonrió y le dijo: «Te son perdonados todos tus pecados...» La gente se indignaba. ¿Cómo se puede perdonar a una mujer como aquélla? ¡Tan fácilmente y tan en seguida! La cortesana... ¿A cuántos

ha despojado de su dinero? Los ha conducido a la miseria y luego los ha abandonado... ¡A mujeres así hay que lapidarlas! El mundo nunca llegará e ser mejor mientras una mujer pueda abandonar e un hombre por otro que tenga más dinero.

—Pero, ¿qué hace ella ahora? — pregunté.

—¿Qué hace? Es su más fiel esclava. Por él está dispuesta a todo. Sería capaz de sacarle los ojos a cualquiera que intentara hacerle daño. ¡Ahora lleva una vida extremadamente virtuosa! ¡No debe de costarle mucho! ¡Ya lo ha probado todo, de modo que ahora puede permitirse el lujo de practicar un poco la virtud! A ti, rabí, debe de gustarte a veces comer un mendrugo de pan seco. ¡Pero el que nunca ha tenido más que pan seco para roer, o ni siquiera esto...!

Hasta aquí lo que me ha contado Judas. ¿De modo que María, de mujer pública, ha pasado a ser una seguidora del maestro? ¡Qué extraño! ¿Y él le permite estar entre estas humildes pero virtuosas mujeres que le acompañan en sus viajes? ¡Es una bondad demasiado irreflexiva! La gente es capaz de sospechar de él; además, esta mujer nunca llegará a comprender cuán monstruoso era su pecado. Los enojos de Judas a veces me hacen reír; pero en este caso considero que tiene razón; no hay pecado más repugnante que el de Raab. Es una mancha oscura en el linaje real. Pero, puesto que él también es de este linaje...

Parece que a través de ella conoció a Lázaro y Marta. Últimamente nunca duerme en la ciudad: así que se hace de noche atraviesa el monte de los Olivos y se va a Betania. Dicen que siente un gran amor por este tejedor y su hermana. Escribo «gran amor», pero, a decir verdad, estas palabras no tienen sentido. ¿Por quién no tiene él un gran amor? Basta mirarle para que uno comience a comprender aquella narración sobre los jornaleros de la viña... Ese denario es como su amor... Puede darlo a cualquiera y no habrá injusticia. Porque es algo infinitamente grande...

Aunque desde las fiestas apenas viene a la ciudad, hace poco ha tenido otro choque con el Gran Consejo. Cuando se dirigía al Templo pasó junto a un mendigo sentado al sol. Es un muchacho a quien todos conocen. Sus padres le compraron el derecho de sentarse a la entrada. Nació ciego y siempre lo ha sido. Es penoso verle sentado al sol, con la radiante luz cayendo de lleno sobre sus pupilas sin vida. Cuando pasaban junto a él, Felipe le preguntó:

—Rabí, tú que lo sabes todo, dime: ¿por sus pecados le castigó el Altísimo con la ceguera o fue por los pecados de sus padres?

Felipe es un necio. Pero él se detuvo como para dar más fuerza a sus palabras.

—No fue por sus pecados ni por los de su padre — respondió —. Ha nacido ciego para que se cumplan en él los designios del Altísimo... —Se calló, pero siguió en el mismo lugar. Su mirada pasó del muchacho a los muros del Templo, por los que resbalaba la suave luz del sol invernal —. No tardará en desaparecer esta luz... Se acerca la noche... —- No comprendo a qué se refería, porque apenas comenzaba a despuntar el día —. Y cuando llegue, ya nada podrá dispersar las tinieblas. Pero, mientras yo estoy aquí, he de ser sol... — Se inclinó escupió y, mojando el dedo en su saliva, la mezcló con un poco de tierra. Luego se fue hacia el mendigo llevando en el dedo un poquito de ese barro. Lo extendió sobre los ojos ciegos del muchacho y dijo —: Ve a la piscina de Siloé y lávate.

Mas es verdad que sus milagros ya no son como los de antes. Este hombre comenzó a ver sólo después de lavarse en la piscina. Cuando se dieron cuenta de que veía, se produjo un tremendo griterío. Todos en la ciudad le conocían, y él contaba por todas partes quién le había curado y cómo. Le rodeó una multitud que escuchaba por milésima vez su explicación. Luego vino un guardia y le condujo a la sala de la Piedra Cuadrada. Una hora más tarde fui al Gran Consejo. Ya en los pasillos oí gritos. El rabí Johanaan ben Zakkai interrogaba a un par de viejecitos asustados. Al lado de ellos estaba el muchacho curado. Entré y me puse a escuchar. —Así, ¿éste es vuestro hijo? — preguntó el gran doctor —. ¡Ay de vosotros si decís una mentira!

—Sí, es nuestro hijo — contestó la mujer.

El hombre sólo hizo un signo afirmativo con su cabeza cubierta de pelo cano.

— ¿Y decís que nació ciego?

—Así fue, ilustrísimo...

—Nació ciego... ¿Y cómo es que ahora ve? La mujer miró al hombre, el hombre a la mujer. Se consultaron con la mirada. La madre quería decir algo, pero el marido, con un rápido movimiento, le cubrió la boca con su mano pequeña y arrugada. Explicó, tartamudeando:

—No lo sabemos, ilustrísimo... No lo sabemos. ¿Cómo íbamos a saberlo? Yo soy alfarero y me paso el día entero haciendo vasijas de barro. Mi mujer lava y emplea en ello todas las horas del día. No tenemos tiempo para ocuparnos de lo que la gente dice... ¿Cómo íbamos a saber cómo ocurrió esto de que él ahora vea? Somos gente humilde e ignorante. Él es hijo nuestro, es verdad. Me lo ha dado mi mujer...

—Sí, es hijo nuestro — dijo la vieja —. Nació ciego, el pobre.

—Sí, es tal como te lo estoy diciendo, ilustrísimo... —Y el padre del muchacho, al hablar, arrullaba como una paloma.

—Pero, ¿cómo es que ahora ve? — preguntó severamente el rabí Johanaan.

De nuevo la mujer quiso decir algo y de nuevo el marido no le dejó pronunciar ni una palabra.

—No lo sabemos, rabí; no lo sabemos, ilustrísimo —. A cada palabra hacía una inclinación —. ¿Cómo podríamos saberlo? Somos ignorantes. Él — señaló al hijo— es mayor de edad y puede contestar por sí mismo, ilustrísimo rabí.

Con un ademán de impaciencia, Johanaan llamó al chico.

— ¿Dices que has sido curado? — preguntó. El joven mendigo asintió con la cabeza —. Es posible, es posible... El Altísimo lo puede todo. Depositarás una ofrenda ante el eterno Sekiná por la gracia que ha querido concederle a un hombre como tú. Es él quien te ha curado y no ese pecador...

—No sé si es un pecador — dijo de pronto la voz estridente e irritada del chico —, ¡pero sé que es él quien me ha curado!

— ¿Él? —El rabí Johanaan se encogió de hombros —. ¿Cómo puede hacerlo? ¿Cómo un pecador puede obrar semejante milagro?

— ¡Dilo, dilo! — exclamaban burlonamente los *haberim* que rodeaban al rabí Johanaan.

— ¡Ya os lo he dicho dos veces! —El joven mendigo se impacientó —. ¿Queréis que os lo cuente otra vez? Haceos discípulos suyos y vosotros mismos lo sabréis...

— ¡Silencio! — gritó el rabí Johanaan ¡Silencio, necio! — golpeó el suelo con el pie —. ¡Tú sí que puedes ser discípulo suyo! ¡Es un maestro digno de mendigos y pecadores como tú! Pero los justos tienen un solo maestro: Moisés. Él escuchó las palabras del Señor en

la cumbre del monte y bajó con ellas entre la gente. Nuestros padres contemplaron su gloria. En cambio, nadie sabe de dónde ha venido éste...

—¡Es extraño que vosotros no lo sepáis! —exclamó el muchacho —. Decís: « ¡Pecador, pecador...! » —prosiguió con energía, a pesar de que sus padres le hacían signos desesperados para que se callara —. ¡Pero este pecador cura a la gente! ¿Un pecador puede curar? Un milagro tan grande... Todos en la calle decían que sólo un hombre enviado por el Altísimo ha podido hacer una cosa así.

— ¡Silencio! — La voz de Johanaan resonó como una trompa —. ¡Cállate, miserable y desvergonzado *amhaares*! ¡Pordiosero! ¡A quién vienes a dar lecciones! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Lárgate! ¡Fuera! ¡No vuelvas a entrar en la sinagoga! ¡Eres un mínimo! — Alzó las dos manos y las agitó por encima de su frente adornada con las filacterias —. ¡Fuera! ¡Por el gran Ha-Makom, cuyo nombre no se puede pronunciar y se escribe con cuarenta y dos letras, por el eterno Sabaoth, por Miguel Arcángel y los doce restantes arcángeles, por los serafines y los tronos, te proclamo impuro! ¡Fuera de aquí! ¡No manches el suelo de esta casa! ¡Fuera! ¡Apártate de los fieles para que no se impurifiquen a tu contacto! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Caigan sobre ti todas las desdichas! ¡Que la muerte y la destrucción se apoderen de ti! ¡Húndete en la Gehenna! ¡Satanás te coja entre sus garras! ¡Fuera!

El chico salió disparado, empujado hasta la calle por los guardias. Sus padres cayeron de rodillas y comenzaron a golpear el suelo con la frente. Los sacaron también de allí. El rabí Johanaan se bajó el *taliss* sobre la frente y oró con los brazos levantados.

—Grande y eterno Señor, que diste tu bendición a Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Aarón y Salomón, bendícenos a nosotros y a tu ciudad. Pero no bendigas a este pecador...

—Amén — contestaron a coro los *haberim*, juntando piadosamente las manos.

Fue entonces cuando uno de ellos me vio y me dijo con tono provocativo:

—Hoy, rabí, te han visto con ese mínimo...

Todos se volvieron hacia mí. Leí en sus ojos enojo y desafío. El corazón me latió con más fuerza y sentí un vacío en el estómago. Primero quise explicarles que escucho al maestro por simple

curiosidad, que no soy discípulo suyo. Pero no dije nada. No acepté el desafío. Salí sin decir palabra.

En estas circunstancias, cuando parecía que cada nueva aparición del maestro podía acabar trágicamente, se produjeron unos incidentes que apartaron de él la atención de todos. De pronto compareció en la ciudad Pilotos. Como te dije, desde hace años viene a Jerusalén sólo para las fiestas. Pero esta vez llegó cuando ya hacía días que habían enmudecido los ecos del gran Hallel con que terminan las fiestas de la siega. Cayó inesperadamente a modo de una nube negra como la que el viento nos trae cada día cargada y siniestra desde más allá del mar Grande. La mañana amaneció gris y fría y el viento llenó la casa de extraños rumores. Una oscuridad cada vez mayor cubrió la ciudad; creí que de un momento a otro caería la primera oleada ensordecedora de lluvia otoñal, que al chocar con la tierra reseca y endurecida rebota formando como un surtidor de perlas. Pero, en vez de la lluvia, entró en la ciudad un armado pelotón de soldados de la escolta de Pilatos. Resonaron los cascos de sus caballos. Tuve el presentimiento de que algo malo ocurriría. Y así fue: aún no había transcurrido una hora, vino a buscarme un hombre llamándome para una sesión extraordinaria del Sanedrín.

Me envolví en mi *simlah* y salí. El viento soplaba con fuerza cambiando de dirección sin cesar, levantando en las estrechas callejuelas torbellinos de polvo muy molesto. La lluvia seguía colgada en el aire, a punto de caer. El día era triste y desapacible. Por el cielo cruzaban unos grandes nubarrones grises, como piezas de ropa sucia.

Todos los miembros del Sanedrín llegaron pronto, acuciados por la curiosidad y por tan malos presentimientos como los míos. Apenas nos sentamos, apareció Caifás. Su cara estaba pálida y los ojos le ardían con un resplandor siniestro. Un fuerte temblor sacudía sus gordas mejillas.

— ¡Oh, ilustres rabinos! — comenzó. Pero la indignación le cortó el aliento y no pudo continuar. Se llevó las manos al cuello y luego, con un brusco movimiento, se despeinó el cabello, que por la general lleva muy bien alisado —. ¡Oh, ilustres...! — empezó de nuevo, respirando con dificultad —. Ha ocurrido una gran desgracia... Este... este... este bárbaro... este *goim* impuro, este edomita, éste... ha levantado de nuevo su sacrílega mano...

— ¡Oh, maldición! — exclamaron todos al unísono, y todas las cabezas se inclinaron.

—¿Ha vuelto a profanar los lugares santos con signos inmundos? — preguntó el rabí Jonatán.

—Peor, ilustrísimo —. Caifás resollaba y tiraba con fuerza de su hermosa barba negra —. Peor aún, ilustrísimo. Este bárbaro... este... — el sumo sacerdote se atragantaba con su propia indignación —, este siervo romano, éste... ha osado robar... ¡ha robado al *corbán*! — gritó con los ojos desorbitados, como si esta última palabra fuera una piedra que se le hubiera atravesado en la garganta.

—¿Ha robado el tesoro del Templo? — exclamaron muchas voces en diferentes rincones de la sala —. ¿Ha robado el tesoro del Templo? — Estaban aterrados —. ¿Ha osado poner la mano sobre el tesoro del Altísimo? — ¡Sí! ¡Lo ha robado! — gritó Caifás, golpeando el pupitre con sus gordas manos —. ¡Infame! ¡Impuro! ¡Bárbaro!... ¡Entró allí con los suyos y ordenó que se le dieran... trescientos talentos!

Tras el grito de indignación que llenó por unos momentos la sala, se oyó la estridente voz del rabí Onkelos:

—Pero, ¿no ha sido robado todo el tesoro, sino sólo trescientos talentos?

Se produjo un gran silencio.

—Cada *as* que se encuentra en el *corbán* es propiedad del Eterno — dijo uno de los saduceos.

— ¡Trescientos talentos es una cantidad enorme! — exclamó otro.

—Sí, lo sé, lo sé — dijo el rabí Onkelos — Pero todos querríamos saber exactamente cómo ha sucedido todo.

Con voz ahogada, como si le tapasen la boca con un pañuelo, Caifás explicó:

—El procurador Pilotos ha robado trescientos talentos del tesoro del Templo.

—¿Y por qué no robó cuatrocientos? — preguntó el rabí Johanaan, interrumpiendo al sumo sacerdote.

—Fue la cantidad que exigió...

—¡Oh, qué amable! — dijo en tono burlón el rabí Eleazar —. ¿Y para qué quería tanto dinero?

—Quería construir un acueducto... — contestó de mala gana Jonatán, hijo de Ananías.

Se hizo en la sala un silencio muy significativo. Nuestros *haberim* se dirigían miradas de inteligencia.

—Es curioso — observó maliciosamente el otro Jonatán —. Se arma un gran revuelo, se nos reúne a todos aquí, el sumo sacerdote ordena que nos horroricemos ante la acción sacrílega del romano... y, al final, ¿qué resulta? Que este malhechor llega y se lleva cortésmente trescientos talentos del tesoro. Trescientos talentos, ni uno más ni uno menos. ¿Dónde encontraríamos otro que no se lo hubiera llevado todo? ¡Pero nosotros sabemos por qué ha ocurrido esto! — Con ademán acusador alargó una mano hacia el banco de los saduceos —. ¡El romano no ha robado el dinero! ¡Vosotros mismos se lo habéis entregado!

— ¡Vosotros mismos — exclamó el rabí Johanaan — habéis robado el tesoro!

— ¿Cómo te atreves a hablar así? — gritaron los saduceos.

— ¡Entonces negadlo, si podéis!

— ¡Ladrones del oro del Altísimo!

— ¡Silencio, calumniadores!

— ¡Impuros! ¡Traidores!

— ¡Silencio! ¡Callad de una vez!

— ¡Chis! — Jonatán, hijo de Ananías, intentó acallar a los reunidos. Ocupaba el puesto de *nasi* y en él recaía la obligación de mantener el orden durante los debates —. ¡Chis! ¡Dejad ya de gritar, dejad de insultaros! Yo os lo explicaré todo...

—Bien, esperemos. Que él lo explique — dijo el otro Jonatán volviéndose hacia los fariseos.

El aludido se frotó las manos nerviosamente. El hijo mayor de Ananías es más griego que judío. Lee libros griegos, mantiene largos coloquios con filósofos vagabundos griegos y, al anochecer, en las afueras de la ciudad, se ejercita a lanzar el disco y correr. Le gusta burlarse de todo. Pero ahora, ante todo el Gran Consejo reunido, no tenía ganas de bromear. Parecía más bien preocupado.

—El ilustre rabí Jonatán, hijo de Azziel, no tiene razón. No hemos dado el dinero a Pilotos. Él mismo lo cogió. Es verdad que desde hace tiempo nos hablaba de que le diéramos trescientos talentos para la construcción del acueducto.

— ¡Para que él y vosotros podáis instalar en vuestras casas unos baños romanos! — exclamó un fariseo desde el extremo del banco.

—Puedo hacerme un baño en casa sin necesidad del acueducto — respondió el *nasi* con orgullo —. Pilatos desea la nueva conducción de agua para tener agua para sí mismo. Pidió dinero para esto. Le explicamos que el oro del *corbán* no podía ser empleado para este fin... que es sagrado.

—No era necesario tener ninguna clase de explicaciones con él. ¡No hay que hablar con los *goim*! Vosotros, los saduceos, no observáis las reglas de pureza y de aquí vienen luego todas las complicaciones...

—El noble rabí Eleazar se enoja innecesariamente. Alguien tiene que hablar con los romanos. Si los romanos no trataran más que con vosotros, en el país habría constantemente luchas y cruces en todas las colinas...

— ¡Si tuviéramos que llegar a luchar —gritó uno de los jóvenes fariseos —, el Altísimo estaría con nosotros! ¡Venceríamos!

—El Altísimo ayuda a los prudentes y no a los insensatos. Desde el tiempo de los Macabeos todas las insurrecciones han terminado en una derrota. Basta de sangre derramada inútilmente. Necesitamos paz...

— ¡Paz no significa amistad con los impuros! Separémonos de ellos y sirvamos al Eterno con el corazón puro.

—Pero alguien ha de tratar con los romanos. Alguien ha de sacrificar su propia... pureza. Sobre la tierra estamos nosotros y los *goim*. Vosotros podréis servir al Señor con el corazón puro gracias a que nosotros hemos tomado sobre nuestros hombros el cuidado de la nación.

— ¡Sí, aliándoos con los impuros! ¡Por esto se perdieron diez generaciones de israelitas!

—Pero, ¿qué ocurrirá con las dos restantes cuando todos las odien? ¿Podrían luchar contra el mundo entero?

—Quien ha confiado en el Altísimo no será defraudado y contemplará con sus propios ojos la derrota de sus enemigos.

—El Altísimo en más de una ocasión ha dado la victoria a los enemigos de Israel...

— ¿Vosotros, los saduceos, no creéis en el Eterno?

—Creemos, creemos en Él más que vosotros. Pero nuestra fe no es como la fe de los ignorantes *amhaares*.

— ¡No cuidáis la pureza!

— ¡Esto son fantasías vuestras! ¡Calumniadores! —comenzaron a gritar desde el banco de los saduceos.

— ¡Chis! — Jonatán, hijo de Ananías, tuvo que calmar de nuevo la excitación de la sala —. No discutamos ahora. Procuremos encontrar con Pilatos una solución a este asunto.

— ¿Qué podemos hacer, puesto que él ya tiene el dinero?

—Nuestra misión es acercar la ley al pueblo... — dijo con orgullo el rabí Joel.

—Precisamente, precisamente... — continuó Jonatán —. Es una misión muy hermosa y por esto tenéis un gran ascendiente sobre los *amhaares*. Contadles lo que ha ocurrido y decidles que el romano ha cometido un robo sacrílego. Que vayan a la torre Antonia y se pongan a gritar con todas sus fuerzas. Si los soldados los maltratan...

—En una palabra queréis que provoquemos un motín, ¿no es esto? — preguntó sin rodeos el rabí Johanaan.

— ¡Motín! ¡Motín! ¿Por qué emplear en seguida grandes palabras? Conocemos a Pilatos. Es un cobarde. Con él no es necesario llegar a un motín. Basta con que la gente grite un poco y que él ordene a sus soldados que maten unos cuantos *amhaares*. Sólo nos interesa que la noticia de su acción llegue a oídos de Vitelio. Éste ya se encargará de comunicárselo al César.

— ¿Querrías, Jonatán, que se repitiera lo del circo de Cesarea?

— ¡Tú lo has dicho!

— ¡Hum! — El rabí Jonatán, hijo de Azziel, carraspeó y miró a todos los bancos —. Podríamos hacer la prueba. El pueblo hará todo lo que nosotros le mandemos — subrayó la palabra «nosotros» —. Pero, ¿por qué hemos de enmendar vuestras faltas? ¿Qué nos importa que Pilatos se os haya llevado el oro?

—No nos lo ha robado a nosotros, sino al Templo.

—Pero vosotros lo custodiáis.

—Somos del linaje de Aarón...

—La pureza es lo que hace al sacerdote y no sus vínculos de sangre.

— ¡Así lo creéis vosotros! Pero... dejemos esto por hoy. ¿Para qué discutir, no os parece? Hoy os pedimos: ayudadnos. Quizá mañana nosotros os podamos ayudar en algo. Bueno, decid — consultó a los suyos con la mirada —: ¿qué queréis a cambio de la organización de ese pequeño motín?

Hasta donde me alcanza la memoria, nunca el Sanedrín había presenciado semejante proposición. Los saduceos deben sentirse muy debilitados cuando buscan acercarse a nosotros. Nuestra secta espera desde hace cien años que el poder pase a sus manos. Ahora estoy convencido de que esto no tardará en llegar.

— ¿Por el motín? ¿Cuánto queremos por el motín? —Jonatán, hijo de Azziel, Johanaan y Eleazar se consultaron en voz baja —. El Gran Consejo tendrá que meditarlo...

—Pero, ¿y el motín?

—Lo tendréis. Mañana, desde el amanecer, las turbas estarán al pie de la torre Antonia. ¿Y vuestra promesa? —No la olvidaremos. Estamos dispuestos a jurarlo por el oro del Templo.

Así terminó la sesión del Sanedrín. Ahora escucha lo que ocurrió al día siguiente. Como había prometido el rabí Jonatán, hijo de Azziel, a la mañana siguiente, desde el amanecer, una enorme multitud se colocó a las puertas de la torre Antonia gritando: « ¡Devuelve el tesoro del Templo! ¡Devuelve el tesoro del templo! » Nuestros *haberim* lo habían organizado a la perfección. Las horas pasaban y la plebe, en vez de disminuir, gritaba cada vez más amenazadoramente. La convencieron de que el romano había cometido un terrible sacrilegio. El *amhaares* nunca sabe lo que es realmente un crimen. Pero está dispuesto a dar la vida por la fe. Pasó el mediodía, la lluvia cayó dos veces, pero nadie se movió de la puerta. Sobre toda la ciudad se elevaba un lúgubre clamor parecido a la triste llamada de un pordiosero: ¡Devuelve el tesoro del Templo!» Pilatos no se mostró a las turbas vociferantes; la puerta continuaba cerrada; la guardia romana se retiró de las calles y se colocó sobre las murallas.

Reunidos en el Templo, esperábamos a que el procurador cediera. Aquel estado de cosas podía durar hasta la mañana siguiente: cuando hubo aquel incidente con las insignias y estandartes de la legión, Pilatos se mantuvo firme durante tres días enteros. Un grupo de jóvenes fariseos dirigía los gritos de la gente. Otros corean por la ciudad y llevaban a las puertas de la Antonia a los que aún no habían ido.

Ellos nos trajeron la funesta noticia. A Pilatos la experiencia anterior le sirvió de algo. Aquella vez intentó asustar a la gente con el brillo de las espadas desnudas, pero fracasó. Ahora probó otro sistema. Sus soldados cubiertos con mantos, se mezclaron con la multitud, logrando pasar inadvertidos. Al oír el silbato que tenían como señal, dejaron caer los mantos y empuñaron unos gruesos bastones que llevaban escondidos bajo ellos. Comenzaron a repartir despiadados garrotazos, pegando como sólo los romanos saben pegar. Cundió el pánico entre la multitud. Las mismas personas que hace unos años sabían encararse valerosamente con la muerte, huían ahora como perros acobardados ante los garrotazos. Los soldados los perseguían y rompían los palos en sus cabezas. No creo que haya un solo hombre entre el pueblo bajo de Jerusalén que no haya tenido al menos un par de chichones. Muchos han quedado con las piernas y brazos rotos y la cabeza lastimosamente magullada. Incluso algunos fariseos fueron maltratados. En vez de cantos victoriosos, la ciudad está ahora llena de gemidos y lamentos.

Hemos perdido. Pilaros mandó llamar a nuestros representantes y les comunicó, entre risas, que está muy agradecido al Sanedrín por haberle ofrecido oro para el acueducto y que pondrá en seguida manos a la obra. Incluso ya ha cursado las órdenes pertinentes. Aseguré que en otoño los soldados que vigilan el orden de la ciudad podrán bañarse en agua clara y fresca. En el atrio de Pilatos se construirá una fuente... Al oírlo, Caifás comenzó a dar bramidos como un buey al que estuvieran degollando. Los saduceos, ofendidos, rompieron toda relación con Pilatos. Desde luego, podrás comprender el odio que siente ahora la población de Jerusalén hacia los romanos.

Gracias a estos acontecimientos no se ha hablado más del maestro. Él tampoco viene ya a la ciudad. Se ha ido no se sabe adónde y las últimas nieves, suaves y ligeras, han borrado sus huellas. Pero sé que no ha vuelto a Galilea. Está en algún lugar no lejos de la ciudad, como quien se aparta sólo unos pasos de su casa para poder volver a ella a la primera llamada.

CARTA XVII

Querido Justo:

En vez de estarse tranquilamente escondido y aprovechar el silencio que se ha formado alrededor de su persona, el maestro está buscando de nuevo la desgracia. Llegó a Jerusalén para la fiesta de la Chanuca. Los festejos de este año han coincidido con un tiempo frío y lluvioso. La lluvia, mezclada con nieve, venía a ráfagas y apagaba las luces que los fieles habían encendido en las azoteas de las casas. Nunca las ceremonias de la bendición del Templo me habían parecido tan grises y faltas de alegría.

La gente, helada de frío, se había agrupado bajo los pórticos. Entonces vieron que él llegaba con un grupo de discípulos. Alguien exclamó, « ¡Mirad, el profeta de Galilea! ¡Ha venido! ¡No tiene miedo! » Envuelta en sus mantos mojados, la gente se sentía triste y desanimada. La lluvia, que apagaba las luces de fiesta y penetraba en las casas por todas las rendijas, los había puesto tristes. ¿De qué sirve que desde hace doscientos años se celebre el día de la purificación del Templo profanado por Epífanes? ¿Es que algo ha cambiado desde entonces? Después del general romano, que también penetro a la fuerza en el Santuario, nadie purificó el Templo con la solemnidad requerida y hoy no se conmemora este día. Pero Pompeya, al menos, no se llevó nada. Pilatos ha robado el oro del *corbán*, construye con él un acueducto y sigue impune. Todo esto, ¿no son como peldaños por los que nuestra nación desciende cada vez más bajo? ¿Qué somos ahora? ¿Veremos el fin de nuestras humillaciones? Ahora la gente piensa a menudo en esto, sobre todo en el mes de *kislév*. No es de extrañar, pues, que alguien entre la multitud gritara:

— ¡Escucha, rabí! ¿Cuánto tiempo nos vas a mantener aún en este estado de inseguridad? Si eres el Mesías, dínoslo claramente...

El maestro se detuvo. Quizá no hubiera hablado si no le hubieran interpelado. Pero el nunca deja una pregunta sin contestar. Dijo simplemente, como si sus palabras no tuvieran un contenido tan extraordinario:

— ¡Tantas veces os lo he dicho y no me habéis escuchado! ¡Tantas veces os lo he demostrado con obras y no habéis querido creerme! ¿Qué más puedo hacer? Como predijo el profeta, he venido a reunirme con mis ovejas. He buscado a las que se habían perdido y he llamado a las que se apartaban del rebaño... ¡Quiero dar mi vida por ellas, igual que el buen pastor la da por las suyas! Pero ahora es necesario que haya juicio entre una oveja y otra. Se ve que no sois de mis ovejas. Si fuerais mías nadie os apartaría de mí. Lo que el Padre me ha dado nunca nadie podrá arrebatármelo. Porque yo y el Padre somos uno...

¿No era esto suficiente para provocar a esta gente amargada? Su tristeza encontró una salida en la indignación. Se levantaron en alto bastones y puños. Otros comenzaron a coger piedras del suelo.

— ¡Está blasfemando! ¡Está blasfemando! — gritaban—. ¡Lapidadlo! ¡Está blasfemando!

Preguntó serenamente, como si no se diera cuenta de que su vida estaba en peligro.

— ¿Por qué queréis lapidarme? ¿Por cuál de mis obras? ¿Por cuál de mis curaciones?

— ¡No por las curaciones! — gritaron —. ¡Has de morir lapidado por blasfemo!

— ¿Blasfemo decís...? —repitió tristemente —. ¿Mis palabras os suenan a blasfemia? ¿Y mis actos? ¿Y mis obras? Si no queréis creer en mis palabras, creed en mis obras. Cada obra mía da testimonio de mí...

Se mezcló con el gentío y, antes de que nadie se decidiera a lanzar sobre él una piedra, desapareció. Debió de abandonar la ciudad en seguida porque no se le vio más. Pero esta corta discusión hizo que junto a la ira contra los romanos y Pilatos apareciera de nuevo una general irritación contra él. A decir verdad, son como dos arbustos que nacieran de una misma raíz. El pueblo está harto de la vida que le ha tocado vivir. Desea una liberación. Por esto odia a los romanos y por esto esperaba tanto del maestro. Empiezo a comprender a todos aquellos cuya fidelidad, como la de Judas, se

está transformando en irritación, reproches, e incluso en una sospecha de traición... Esperaban que después de los milagros, de las curaciones, vendrían las milagrosas victorias sobre el enemigo. Pero el maestro no piensa siquiera en esto. No entiende lo que es un enemigo... Podría creerse que Pilatos y los romanos significan para él lo mismo que sus hermanos. Te dije en otra ocasión que parece alegrarle y al mismo tiempo entristecerle la extraña idea de que un día vendrá gente forastera y se apoderará de la heredad abandonada... ¡Hay en él tantos misterios! Pero los hombres como Judas no pueden soportar los misterios. Siempre quieren saberlo todo. Para ellos, un denario dado lo mismo a quien ha trabajado una jornada entera que a quien ha trabajado sólo una hora es una simple estafa. ¡Aunque este denario tuviera el valor de todos los tesoros del Ofir!

Pero esta mentalidad de Judas la tienen ahora muchos en la ciudad. La chusma ciudadana habla con desprecio del maestro. En Galilea seguramente sigue teniendo miles de amigos y partidarios. Pero en Jerusalén ya no es así. Aquí cada uno quería verle realizar sus propios deseos. ¿Para qué viene a Judea? Un soñador como él, predicador de hermosas doctrinas y *hagadás,* debería quedarse entre los suyos. Ellos tampoco le comprenderían, pero le apreciarían, particularmente si evitara irritar inútilmente a nuestros *haberim*. Nuestra secta permite que todos tomen la palabra en las cuestiones referentes al Altísimo. Y su lenguaje es hermoso... ¡Cuánto bien podría hacer aún enseñando al pueblo cómo amar al Eterno Sekina, o bien curando! Mientras que, sin haber hecho nada todavía, parece dar su tarea por terminada. ¿Qué ha logrado en estos tres años? Se ha ganado doce discípulos y un grupo de oyentes. ¡Es bien poco! ¡Incluso si tuviera de su parte a toda Galilea, Judea y Perea, pero no Jerusalén, no habría logrado nada! En esto nuestros doctores tienen razón: ¡sólo se puede ser profeta en Sión!

Y él, en Jerusalén, se ha enemistado con todos, pequeños y grandes. No queda nada de la consideración con la que un día le recibieron. ¡Ojalá se volviera de una vez entre los suyos y se quedara allí!

—Si se obstina en volver a menudo a Jerusalén, temo mucho que tarde o temprano le llegará la muerte...

Dije esto porque cierto día, imagínate tú, se me presentaron en casa las dos hermanas de Lázaro. Si María hubiese venido sola no hubiera hablado con ella. No quiero tener relación alguna con mujeres que hayan vivido en pecado. ¡María todavía hoy parece hechizar!... Yo

soy un hombre puro. Que el maestro perdone a pecadoras como ella, que hable con ellas y que incluso llegue a aceptar comida de sus manos, me desagrada profundamente. Exagera en su bondad. ¡La ley dejaría de existir si no hubiera un castigo para los pecadores!

Pero no quise disgustar a Marta. ¡Es tan buena! La mujer, según afirman algunos de nuestros doctores, es un ser inferior creado por el Altísimo y quizás en parte por Satanás. Había dudado de esto desde hace tiempo, pero dejé de creer totalmente en ello desde que la madre del maestro ha vivido en mi casa. Mas también Marta es toda una persona. Me conmueve su abnegación. No vive para sí misma. Si llegara a la conclusión de que el mundo la necesita sólo para cocinar alimentos, no se apartaría de los fogones para el resto de su vida. Su deseo de servir a los demás no tiene límites. Conozco muchas esposas fieles y abnegadas. Me pregunto si Marta sería una buena esposa. Me temo que aceptaría de manos del marido tanto lo bueno como lo malo, siempre con la misma sonrisa serena. Y esto al hombre le desagrada. La mujer no debe ofrecerle sólo bondad y cuidados. Esto le aburriría. Pero para el hermano y la hermana Marta es un amigo y un amigo incomparable.

Te dije en otra ocasión que irradia paz y serenidad. Pero ahora, sentada ante mí en la estera, pude ver sus ojos dolorosamente entornados bajo las pesadas cejas fruncidas. Las dos hermanas no se parecen en nada. Marta no es hermosa, y su cara ha conservado la tendencia infantil a hacer muecas. Parece una criatura grande y buena. María es muy diferente; su belleza emana de ella como el perfume de una flor. Ningún colorete, ningún afeite podrían añadir nada a su hermosura. Anda por la calle con la cabeza erguida, y su mirada se posa en los transeúntes como por fuerza; sus ojos parecen estar siempre buscando a alguien. Se parecen a los de Juan, hijo de Zacarías...

Vinieron a contarme sus penas. Su hermano había enfermado gravemente. De pronto se vio atacado por unas fiebres muy altas que le han dejado postrado en el lecho.

Primero creyeron que la fiebre cedería como suelen ceder las enfermedades causadas por los bruscos cambios de temperatura invernal... Pero la fiebre de Lázaro no cedía: requemaba su cuerpo hasta dejarlo como un madero seco.

—Si sigue así unos días más, tendrá que morir... — dijo Marta en voz baja, con esfuerzo.

— ¿Podría ayudaros en algo? — me ofrecí. Sé que no necesitan dinero: el taller de Lázaro y el huerto de Marta les dan suficiente para vivir.

—Aconséjanos, rabí — respondió —. Tú sabes — y sonrió a pesar de su dolor — que si él estuviera aquí curaría a Lázaro con sólo decir una palabra.

Para mí aquello fue como si me hubieran asestado un golpe en el pecho. ¿No se encontraba él en Jerusalén cuando Rut estaba enferma? ¿Por qué, pues...? De nuevo la terrible pregunta se apoderó de mí. Nunca podré contestármela. O, mejor dicho: ya me la había contestado. Me decía que no me ayudó porque me considera como a alguien muy próximo a sí mismo. Es una explicación curiosa, ¿verdad? Pero, gracias a ella, había recobrado la tranquilidad. Ahora, en cambio, las palabras de aquella mujer me la han quitado de nuevo.

—Sí — contesté, dominando a duras penas mi amargura —, es amigo vuestro; de modo que, si se lo pidierais... Pero no está aquí. Y no sé dónde hallarle.

—Yo sé dónde está — dijo Marta en voz baja —. Yo lo sé... Se ha ido al desierto, cerca de Efrem...

—Pues decidle que venga.

Las dos se estremecieron. Ahora habló María, que hasta entonces no había dicho ni una palabra, dejando que lo hiciera su hermana.

— ¡Si viniera aquí serían capaces de matarle! Dicen que quisieron lapidarle la última vez que estuvo aquí. Que escapó de poco...

Me pasé varias veces lo mano por la barba mientras meditaba la respuesta.

—Sí — reconocí —, aquí realmente le amenazan muchos peligros. Tiene enemigos entre los sacerdotes, los doctores y el pueblo.

Sentí la tentación de decir: « ¡Tenéis razón, no debéis llamarle! » No tengo nada contra Lázaro, ni le deseo ningún mal, ¡pero deseaba con toda mi alma que se curara solo, sin la ayuda del maestro! Al mismo tiempo, otros pensamientos caían sobre mi corazón gota a gota... Bastaría que los soltara para que afluyeran como un torrente. La salud y la vida de Rut no le importaron lo más mínimo. Su muerte le dejó indiferente. Pero si muriera Lázaro... Sentí en mi corazón una alegría maliciosa. Lázaro es amigo suyo. Con su muerte quizás comprendiera lo que siente una persona cuando no tiene quién le ayude...

Era como si algo extraño se adueñara de mí, gritando, zarandeándome y no dejándome hablar... Me martilleaban estas frases en el cerebro: «Entonces no supo ver mi desesperación. ¿Sabrá ver ahora el dolor de estas mujeres? A mí no me ayudó. Pero a sí mismo, a sí mismo, sí que lo hará... Esto será una prueba para saber cómo es él...» El tiempo pasaba y yo seguía sin saber que contestar a Marta y María.

— ¡Si aquí tuviera que ocurrirle algo — dijo de pronto María —, sería mejor que Lázaro muriese!

Sus palabras me parecieron simplemente crueles. Miré, inquieto, a las dos hermanas.

—Tú, María — observé — no debes de querer mucho a tu hermano...

— ¡No! ¡No! — se apresuró en decir Marta. Su menudo rostro estaba contraído por la inquietud, le temblaban los párpados y los ojos se le llenaron de lágrimas —. No, rabí, no la juzgues así. Ella quiere mucho a Lázaro... pero ella recuerda lo que él dijo...

—No me defiendas, Marta — interrumpió María a su hermana. Es verdad lo que ha dicho el rabí: no os quiero bastante, no os quiero como vosotros me queréis a mí. Pero tengo tanto miedo por él...

Su voz, grave y melodiosa, que antes me había parecido tan despiadada, se quebró, quedó suspendida en una nota como una piedra que, lanzada a un precipicio, queda de pronto detenida por una mata de hierba.

—Si Lázaro muriera... sería una desgracia horrible. Tendría que llorarle hasta el fin de mis días. Nunca podría perdonarme haberle pagado de este modo sus bondades. Pero... si algo le ocurriera a él — apretó los puños contra sus labios —, entonces todos los hombres... los hombres y las piedras... tendría que... —Se quedó con los ojos muy abiertos, como si acabara de tener una visión espeluznante —. ¡No! ¡No! ¡No! — gritó —. ¡Hay que evitarlo por todos los medios! De nuevo me pasé la mano por la barba y vi que este movimiento me ayudaba a pensar. Si Rut viviera y yo estuviese seguro de que él, con su llegada, la curaría, no dudaría ni un instante. De pronto recordé su dolorosa advertencia: « ¡Las meretrices se os adelantarán en el camino del Reino! » Las meretrices... Miré a María como si la viera por primera vez. En su mirada se leía una fidelidad ciega y una ardorosa entrega. Una expresión parecida, en tal estado de tensión, sólo la había visto antes en el rostro de Simón. Pero el de Simón es tosco e

inexpresivo, mientras que el de María es de una belleza turbadora. Los pecados cometidos no han dejado en ella menor huella: como si nunca los hubiera cometido, como si no se avergonzara de ellos. En su rostro los sentimientos presentes han borrado todo rastro de las culpas pasadas. Miré a Marta. ¡Pobre Marta! A ella la comprendo mejor. Ella no sabría escoger tan categóricamente como lo ha hecho su hermana. El nuevo amor no ha borrado en ella todo lo anterior. La comprendo. Yo también, a pesar de lo mucho que espero del maestro... ¿Espero? ¡Esta palabra ha aparecido sin quererlo bajo mi estilete! ¿Qué puedo esperar de él? Rut ha muerto... Su Reino es un reino de palabras y sueños... Él no es el Mesías... Yo y Marta somos personas corrientes. Conocemos el precio del dolor. Conocemos la fuerza de los lazos humanos. Tentemos lo que pueda ocurrir...

— ¿Qué podría aconsejaros? — murmuré —. Creo — luchaba conmigo mismo —, creo que deberíais tratar de salvar a vuestro hermano... —Hablaba como si estuviera cargado con piedras —. Si el maestro viniere a Jerusalén, su vida podría peligrar, mas si va sólo a vuestra casa, a Betania, ¿quién lo sabrá? Pero pedidle —acabé entre dientes — que no venga a la ciudad...

—¡Qué bien razonas, rabí! — exclamó Marta. Sonrió a pesar de las lágrimas, que resbalaban por sus mejillas. María no dijo nada. Seguía sentada, con la cabeza baja, como quien ha dicho todo lo que tenía que decir.

—No debéis de tener a nadie a quien enviarle —. Sentí el deseo de actuar en contra de mí mismo, en contra de mis pensamientos y mi dolor —. Si queréis, mandaré a Efrem a mi siervo Ahir. Es un hombre listo. Él le encontrará y le conducirá hasta vuestra casa...

Se inclinaron ante mí con respeto y agradecimiento.

Pasó toda una semana antes de que Ahir volviera a casa. Llegó cansado, con los pies cubiertos de barro seco y la *simlah* sucia y mojada. Ahir es un siervo muy fiel que utilizo sólo para asuntos que requieran a un hombre de confianza. Su padre había servido ya en casa del mío. No tengo secretos para él. Conozco también su espíritu de iniciativa. No dudé de que sabría encontrar al maestro aunque estuviera escondido en la más miserable de las aldeas.

—¿Has logrado dar con él? — pregunté.

Aprecio tanto a Ahir que le permití sentarse en mi presencia.

—Sí, rabí; le he encontrado y ya viene. Si quieres verle cuando entre en Betania, ve allá ahora mismo. Debería llegar hacia el anochecer...

—Has tardado en encontrarle.

—No tanto, rabí. Es verdad que ya no estaba en Efrem. Había atravesado el Jordán. Pero cuando le encontré allí no quiso marchar en seguida...

— ¿No quiso?

—Es un hombre extraño... Cuando le hablé de le enfermedad de Lázaro, sonrió y dijo a sus discípulos: «No es una enfermedad mortal, pero por medio de ella la gloria descenderá sobre el hijo del hombre». Y va no se habló más de su vuelta a Betania. Me quedé sin saber qué pensar. Es un hombre muy extraño, rabí. Parece que lo ve todo, pero actúa como si no viera nada. Quise volver yo solo. Pero al cabo de dos días él mismo me llamó a su lado. Me mandó que le explicara de nuevo la enfermedad de Lázaro. Luego dijo a los suyos: «Vamos a Judea». Al oírlo, sus discípulos comenzaron a suplicarle que no fuera, porque allí le amenaza peligro de muerte. Pero él dijo: «Quien camina de día ve su camino y no tropieza. Mas cuando llega la noche puede caer... Vámonos. Nuestro amigo Lázaro se ha dormido. Hay que despertarle. «Si duerme», dijeron los discípulos, «sanará. El sueño es la mejor medicina...» Entonces movió la cabeza y dijo: «Lázaro se ha dormido con el sueño de la muerte. Ha muerto...»

— ¿Cómo lo sabía? — exclamé, asombrado. Hacia días que me habían comunicado que el hermano de Marta y María había muerto. El pobre no aguantó hasta la llegada del maestro. Se extinguió al amanecer, silenciosamente, como la luz de una lamparita.

—No lo sé — Ahir se encogió de hombros —, no lo sé...

Así pues, sabía que Lázaro se estaba muriendo y, a pesar de esto, no fue antes... Debe de ser cierto lo que yo suponía de que no le gusta socorrer a los amigos. Este descubrimiento hubiera tenido que darme ánimos. Había hecho lo mismo con ellos que conmigo. Pero, a pesar de ello, me sentí algo así como decepcionado. Y también tuve una vaga conciencia de culpabilidad. Como si yo tuviera la culpa de que Lázaro hubiese muerto sin la ayuda del maestro.

— ¿Entonces se puso en camino? — pregunté a Ahir.

—Sí; los discípulos ya no se opusieron más. Uno de ellos exclamó: « ¡Puesto que el maestro va a morir, vayamos a la muerte con él! »

Sonreí con desdén. ¿Quién era el que así se las daba de valiente? ¿Simón o Tomás? Los dos son igualmente fanfarrones. Pero si supieran qué clase de peligro amenaza en realidad a su maestro, no volverían a comparecer en Jerusalén hasta el fin de sus días. La heroicidad, en la mayoría de los casos, es simplemente inconsciencia. A veces siento no poder ser inconsciente en según qué momentos... Pero me di cuenta de que estaba deseando verle. Quería saber qué diría cuando le preguntaran: «Puesto que ahora has decidido venir, ¿por qué no lo hiciste más pronto?

Dije a Ahir:

—Ve y llama a Datán y Hefer. Que me traigan el bastón de viaje, la *simlah* y las sandalias. Ellos irán a Betania conmigo...

La casa de Lázaro estaba de luto. Ya no había plañideras ni pífanos, pero en todas las habitaciones se notaba el olor a incienso quemado y. sentados a las mesas, se veían numerosos visitantes que habían ido a dar el pésame. Marta, con la ayuda de una sirvienta, acudía con la comida y la repartía. Tenía los ojos enrojecidos y apretaba los labios con fuerza. Peco cuidaba de que a los invitados no les faltara nada. Había pensado en todo y no omitía detalle. Ahogó su dolor en el trabajo.

En cambio. María estaba sentada en un banco, en un rincón solitario del jardín. Al verme se levantó de un salto y vino hacia mí. Un mechón de pelo rojizo caía sobre su frente y mejilla como una serpiente de cobre. Preguntó precipitadamente:

—Rabí, ¿vendrá él?

Su respiración era agitada, y en sus grandes ojos verdes se leía una ardiente impaciencia.

—Estará aquí de un momento a otro — contesté.

Bajó la cabeza y lanzó un profundo suspiro, como el corredor que, al llegar a la meta, se siente desfallecer. Volvió a su banco.

El rostro de Marta era el de una persona que ha sufrido una derrota, pero sabe soportarla. El de María era, en cambio, el de una persona derrotada. Podría decirse que aquélla sigue luchando aún.

Ahir lo había calculado bien. El sol comenzaba a esconderse tras el monte de los Olivos cuando alguien entró en la casa gritando:

—¡Marta! ¡Marta! ¡Ha llegado el maestro! Marta estaba más cerca y salió la primera. Yo la seguí. Él atravesaba precisamente entonces el portillo del bajo muro, hecho de piedras planas. Parecía el mismo de siempre, sereno y sonriente. Marta corrió hacia él y se echó a sus pie, Sus brazos, que soportaban tan enérgicamente todo el trabajo de la casa, se volvieron débiles temblorosos, femeninos. Lloraba en silencio postrada a sus pies. Él se inclinó y le acarició suavemente la cabeza. Luego ella alzóla y le miró. Su voz, tan dominada en presencia de los visitantes, se quebraba ahora:

—Si hubieses estado aquí, rabí, Lázaro no habría muerto... —sollozó —. Pero sé — hablaba conteniendo las lágrimas — que aun ahora, cualquier cosa que pidas al Altísimo, Él te la concederá...

Asintió con la cabeza y dijo:

—Tu hermano resucitará.

—Sé que resucitará — siguió diciendo ella, sumisa —. Lo que dicen los doctores y así lo enseñas tú, rabí: resucitará al último día.

Con suavidad y firmeza a la vez, puso las manos sobro los hombros de ella. La apartó ligeramente, como si quisiera contemplar sus fieles ojos, y dijo:

—Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, vive aunque haya muerto, y quien vive ya no morirá. ¿Tú crees esto, Marta?

Sus ojos se encontraron; ella le miraba con fe y sumisión.

—Lo creo, rabí —contestó. Y de pronto, con una firmeza insólita en una mujer, exclamó —: Y creo que tú eres el Mesías, el Hijo del Altísimo que ha bajado del Cielo...

Como si sintiera que ya no podía completar con nada esta atrevida confesión, se levantó y se marchó con un paso rápido. Yo estaba aturdido e impresionado. En seguida recordé que Judas me había contado que Simón le había dirigido estas mismas palabras allí, cerca de Paneas. « ¿Se han vuelto locos todos ellos?», se me ocurrió pensar. ¿Qué ven en él? Desde luego, no se trata de un hombre corriente. Es un ser extraordinario. Es un profeta, un maestro... Pero esto que dicen ellos es una blasfemia. Y él no lo niega, no les reprende por ello. ¡El Hijo del Altísimo! ¡No me está permitido ni siquiera escucharle!

Atravesó el jardín y vino en mi dirección. Estuve dudando si marchar o quedarme y saludarle. Pero en aquel momento salió de la casa un grupo de gente delante de la cual iba María. Ahora ella se postró a sus pies. Le saludó con las mismas palabras que su hermana:

— ¡Oh, rabí! Si hubieses estado aquí, Lázaro no habría muerto...

El maestro pasó la mano por sus cabellos de fuego como si recogiera sus rojos y dorados destellos. Y, como si este contacto tuviera algún poder mágico, el rostro de Jesús cambió de pronto. Su expresión, serena y amable, se volvió ahora dolorosa. Por primera vez vi lo que Judas me había contado: ¡Este hombre se estremeció! Al venir aquí pensaba: debe de ser insensible al dolor. Incluso se lo reprochaba en mi interior. Ahora vi un rostro que el dolor estaba transformando con la rapidez del fuego. Lo cubrió como una máscara. Parecía como si se hubiera desmoronado en él un dique que hasta ahora había contenido este sufrimiento, y que él le había permitido desbordarse, e incluso lo había provocado... Más de una vez he visto muecas de personas que lloran, y siempre había creído que estas contracciones dolorosas son hasta cierto punto liberadoras. Pero él no hacia mueca: su dolor no recurría a ellas para liberarse; quedó aprisionado en su interior. El rostro se le oscureció como el cielo cubierto por una nube amenazadora y quedó sumido en la tristeza. De pronto estalló en sollozos. Lloró como un niño a quien apartan de su madre. Tú sabes lo que fue para mí la muerte de Rut... Pero acaso no sufrí tanto entonces... Mi dolor tenía límites. Pero el suyo era como un mar, como el mar Grande... En su llanto se oía el grito de miles de personas ante las tumbas. Él lloraba por Lázaro, pero a mí me pareció por un momento que también lloraba por Rut...

— ¿Dónde le habéis enterrado? — preguntó entre sollozos.

—Ven, rabí, verás su sepulcro — dijeron varios.

Nos dirigimos hacia el fondo del jardín. Iba llorando aún, entre las dos hermanas, que también lloraban. Le seguían los discípulos y los visitantes. Yo pensaba: «nunca creería que le amara hasta tal punto». ¡De cuánto amor es capaz! Nunca lograré llegar hasta el fondo de su corazón. Si aquel denario de la viña fuera este amor suyo, ¿podría alguien quejarse de injusticia?

Pero si tanto amaba a Lázaro, ¿por qué no vino a tiempo de curarle? Si sabía cuándo Lázaro había muerto, también debió saber su enfermedad, aun antes de que Ahir se lo dijera. ¿Curó a tanta

gente y no pudo curar a Lázaro? ¡Qué extraña amistad, que se manifiesta torturando al prójimo y aun a sí mismo! Pero quizás esto sólo sea una muestra de cobardía por su parte. Quizá no ha querido curarle porque sabe que cada milagro obrado en Bethania es sabido el mismo día en Jerusalén.

Llegamos ante una roca en la que habían excavado la sepultura. Le piedra que cierra la abertura había sida introducida en un estrecho corredor de mucha pendiente. Nos detuvimos. Todo estaba en silencio; sólo se oía su sollozo. La sangre me latía en las sienes como la savia de primavera en las ramas de los arbustos que nos rodeaban. Él seguía llorando. Ahora parecía un hombre débil y acongojado, encorvado bajo un dolor superior a sus fuerzas. ¡Cómo se contradicen esta actitud suya y las palabras pronunciadas por Marta! En aquel llanto había toda nuestra impotencia ante la muerte.

Lloró lo mismo cuando corrieron la losa. «Esto significa el fin, el fin», me repetía entonces. Aunque, a decir verdad, para mí no era Rut lo que yacía bajo aquella piedra. Allí había sólo su pobre cuerpo cansado, casi repelente en su dolorosa desolación. Mientras que ella estaba en no sé qué punto del espacio, invisible, lejana... La losa nos aparta sólo de los recuerdos del muerto... ¿Para qué ha venido él aquí? ¿Para llorar a Lázaro? Allí, bajo la piedra, no queda sino su cuerpo en descomposición...

—Quitad la piedra — oí.

Primero creí que no lo había entendido bien. Pero el murmullo de asombro y espanto que se produjo entre los presentes me confirmó que estaba en lo cierto. Le miré. Este hombre cambia con extraordinaria rapidez. Ya no lloraba. Estaba erguido ante la blanca pared de piedra, como Moisés cuando golpeó la roca con su basten. No sé por qué se me ocurrió esta comparación. La gente se apartó instintivamente, dejándole ante la sepultura solo con las dos hermanas. María miraba al maestro abriendo desmesuradamente los ojos. Sus oscuras y largas pestañas brillaban como los rayos de las estrellas. En aquellos ojos se leía un grito, un grito de esperanza... El rostro de Marta, antes tan dolorido, volvió a ser el rostro sereno de la persona que sabe dominar sus sentimientos.

—Ya hiede, rabí —- contestó —. Hoy hace cuatro días que lo bajamos a la sepultura...

La interrumpió con tono de reproche:

— ¡Te dije antes: cree en mí!

No se opuso más. Hizo una seña a los criados. Cuatro hombres fuertes cogieron la piedra y, con un esfuerzo enorme, la sacaron fuera. Apareció la negra abertura, semejante a las fauces de un animal. Salió del interior una corriente de aire frío y olor a perfume mezclado con el insoportable hedor de un cuerpo en descomposición. El maestro abrió los brazos y levantó la cabeza. Siempre reza así: aprisa, en voz baja o con un susurro apenas audible. No oí nada de lo que dijo. Pero las palabras que dirigió a la gente las oímos todos. Las dijo en voz alta, como una orden dada a todo un ejército preparado para la lucha. No pude huir, pero me cubrí los ojos con la mano. ¡No sé por qué tenemos este miedo a los muertos, aunque sean los más queridos! Quizá porque este cuerpo yacente, sin movimiento, ya no es ninguno de ellos... Es sólo un cuerpo. Me cubrí los ojos con los dedos, pero no dejé de mirar. Seguramente estuve gritando como los otros. En el corredor excavado para introducir la piedra que cerraba la sepultura apareció una blanca figura que avanzó por la empinada pendiente dando unos torpes saltos... Todos gritaban, se cubrían los ojos, caían al suelo. Dominando aquel griterío, oí su voz:

—¡Desatadle!

Pero nadie, excepto las hermanas y el mismo maestro, se atrevió a acercarse a la figura envuelta en sábanas. Sólo ellos tres lo hicieron. La gente dejó de gritar. Parecía como si todos reserváramos el resto de nuestras fuerzas para poder gritar de nuevo ante la visión que se nos ofrecería cuando el sudario cayera de la cara del resucitado. Pero cuando vimos entre Marta y María el rostro de su hermano, nadie gritó. No había motivo. Era un hombre vivo, como si acabara de despertar de un sueño, sonriente: parpadeaba y miraba un poco sorprendido a sus hermanas, a todos nosotros y a sí mismo... Luego levantó la vista hasta el maestro. ¿Qué había en aquella mirada? ¿Miedo? ¿Adoración? ¿Admiración? No sabría decírtelo. Yo vi en sus ojos alegría. ¿Alegría por haber resucitado? ¿O porque la primera persona que veía al revivir era el maestro? Se arrodilló y él le atrajo la cabeza contra sí mismo. Luego, mirando a Marta, exclamó casi con alegría

—Dadle de comer, ¿no veis que está hambriento?

Las personas que habían presenciado aquello continuaban inmóviles, llenas de temor y admiración. Pero se fueron animando lentamente. Uno después de otro se acercaban a Lázaro y le tocaban tímidamente. También yo me acerqué. Era un hombre vivo. El hedor de la descomposición había desaparecido. Tampoco quedaba nada

de su palidez, frialdad y rigidez... Lázaro nos sonrió y alargó los brazos en señal de saludo como quien vuelve de un largo viaje. Comió del pan que le sirvió Marta. La silenciosa admiración de todos se trocó en entusiasmo. Los discípulos dieron la primera señal. Resonaron de pronto gritos de alegría. Todos chillaban a la vez, sin darse cuenta de que estaban gritando como si estuvieran borrachos.

— ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Qué gran rabí! ¡Gran profeta! ¡Hijo de David! ¡El Mesías! ¡El Mesías! ¡El Hijo del Altísimo!

Se oía cada vez más claro:

— El Hijo del Altísimo! ¡Mesías! ¡Aleluya!

Yo no gritaba con ellos... Me marché cuando el banquete fúnebre se transformó en una alegre fiesta. Aunque la noche era fría y había niebla, prefería volver a Jerusalén a tener que compartir con ellos aquella alegría nocturna. Tú, Justo, me comprendes, ¿verdad? Él lo ha resucitado... Si yo le condujera hasta la roca donde Rut yace desde hace cerca de un año, ¿lloraría y diría como aquí: «Sal de la tumba»? No lo creo, no puedo creerlo... Dijo en cierta ocasión: «Hay que tener fe, y a una orden tuya la montaña caerá al mar...» Querría creerlo, ¡pero no puedo! Así pues, ¿yo no merezco un milagro así? No lo merezco, ésta es la única respuesta. Se ve que soy peor que todos estos *amhaares,* pescadores, publicanos y meretrices. Para María ha hecho el milagro, pero para mí no lo haría... Soy peor, más miserable, más débil, más pecador. No sé cómo ha sido, no sé cómo he podido no verlo hasta hoy. Estaba convencido de que era mejor, más puro... Pero el ha vuelto el mundo del revés. Lo ha entregado a manos de gente sencilla como Simón, Tomás, Felipe... Y en él no hay sitio para mí. Hubiera tenido que ser *amhaares* y no doctor, conocedor de la Ley, creador de *hagadás*... Pero yo ¿quién soy? Por eso Rut sufrió y murió. Murió como señal de que no pertenezco a su mundo. En el mundo anterior yo participaba en el festín y Lázaro era un mendigo. Ahora se han cambiado los papeles. ¡Pero yo no quiero los restos de la mesa de otro! ¡No siento deseos de participar en la alegría ajena! ¡Vuelvo a mi casa, a mi soledad, a mi dolor, a mis recuerdos de Rut! ¡No quiero quedarme entre ellos! Si él me hubiera resucitado a Rut no volvería a pedirle nada a la vida.

No sé quién es él. No hay duda de que debe ser alguien muy grande. Quizás es el Mesías, quizás es realmente el Hijo del Altísimo... ¡pero, quien quiera que sea, la felicidad que trae consigo no está destinada a mí!

CARTA XVIII

Querido Justo:

Desde hace unas semanas vivo triste, amargado, casi desesperado. Nunca hasta ahora creí que se pudiera llegar a desear la muerte. Tampoco nunca hasta ahora había caído en la tentación de pensar que, quitándome la vida yo mismo, podría encontrar la salvación... Siempre fui un hombre solitario. Quizá por esto mi amor por Rut fue tan inmensamente profundo. Pero últimamente me parece como si no hubiera conocido la verdadera soledad hasta ahora. ¡Ahora que él me ha engañado! Pero veo que comienzo a hablar como Judas. Y sé que esto no es verdad. Él no engaña. No sabría siquiera hacerlo. Se le podría acusar de otras cosas, pero no de insinceridad. Él no engaña. Somos nosotros mismos los que nos engañamos al interpretar a nuestro modo sus palabras. ¿Qué fue lo que me dijo en aquella ocasión? «Coge mi cruz... y yo cogeré la tuya.» No mencionó para nada a Rut. Sólo a mí me pareció que mi cruz era esta enfermedad y la de él sus dificultades con nuestros *haberim*. Pero el verdadero sentido de sus palabras es más profundo, mucho más profundo. Han pasado tres años desde que le vi por primera vez a orillas del Jordán. Me parecía que durante este tiempo había llegado a comprenderlo. Pero, no. ¡Sigo sin saber quién es! Dijo hace poco que era el principio... Para mí lo ha sido sin lugar a duda. ¿Pero el principio de qué? Tengo cuarenta años, no soy un jovencito. He ido acumulando ciencia y prestigio. Se dice aquí que soy el mejor creador de *hagadás*. Podría decirse que he hallado mi camino y que hubiera debido seguirlo tranquilamente hasta la muerte. Es el curso natural de la vida. Pero en la mía esta enfermedad lo ha cambiado todo. La enfermedad y a él. Fue el principio de algo nuevo. Dejé de escribir *hagadás*. Esto no quiere decir que ahora no sepa o no pueda escribirlas. ¡Al contrario! Siento en mí como una orden de que vuelva a hacerlo. Pero lucho contra ella. No quiero... Hasta ahora había creado mis *hagadás* sin dolor, sin esfuerzo alguno, con el alegre

deseo de servir al Altísimo. En cambio, ahora sé que esto ya no volverá. Escribir ahora sería ir grabando las letras no sobre cera, sino directamente sobre el corazón. He de escribir y lo temo. Creo, Justo, que comienzo a descubrir lo que él entonces quería de mí... ¡Yo tenía razón! Era una trampa. ¡Quería que escribiera una *hagadá* sobre él! ¡Él no sabe escribirla solo! O quizá no puede. Pero ha exigido que yo me convierta en su estilete. Y ésta precisamente había de ser su cruz. Yo me imaginaba que debía defenderle, salvarle... Pero él no lo desea. Se expone. Acaso busca la muerte. Y a mí me ha mandado que escriba una *hagadá* sobre él mismo. Ahora lo sé con certeza: es esto lo que quería... Por esto no salvó a Rut. Seguramente conocía su enfermedad, leía la desesperación en mis ojos, conocía los momentos de su agonía. Quizá... quizá lloró por ella como lloró ante el sepulcro de Lázaro. Pero no escuchó mis ruegos. Dejó que Rut se muriese. Y no la resucitó. ¡Oh, es despiadado para los suyos! Y para sí mismo también... Sus milagros son para los extraños. Judas tiene razón de sentirse engañado. Le siguió creyendo que sería su maestro, su rey, su Mesías. En cambio, él es el Mesías de los que le rechazan. Los que le han seguido deben compartir su suerte, porque yo creo que es realmente el Mesías... Pero un Mesías distinto del que esperábamos. Otra decepción más... La vida es un continuo desengaño. ¿Por qué me ha mandado escribir la *hagadá* sobre sí mismo? ¿Por qué a mí precisamente? Soy miedoso, lo reconozco... Sé moverme entre elementos conocidos, simples, aceptados por la tradición. Pero un *hagadá* sobre él seria algo contrario a todo esto. Quien se decidiera a escribirla debería disponerse a luchar contra todos. Una *hagadá* sobre Él seria un escándalo... ¡Uno puede hacerse respetar escribiendo sobre toda clase de temas, pero no sobre Él! Soy un hombre tranquilo. Detesto las discusiones. Soy capaz de ceder cien veces con tal de no crearme enemigos discutiendo. Una *hagadá* sobre Él pondría a todos en contra de mí... Todos serían enemigos míos. ¡No quiero, no quiero! ¿Por qué me he escogido a mí? ¿Por qué me crucé en su camino? Dijo entonces: «Estás cerca del reino...», y al instante sentí que aquello equivalía a designarme un puesto de trabajo... ¿Por qué fui a Él? ¿Acaso Rut se hubiera salvado? La gente, generalmente, no pierde lo que le es más precioso sobre la tierra. A todos les queda siempre algún consuelo... Yo no tengo ninguno. ¡Ninguno! ¡ninguno! ¡Mi habilidad para hacer *hagadás*!... Pero incluso esto se ha convertido para mí en una herida en la mano... ¿Qué quiere decir, Justo, esto que he escrito: «herida en la mano»? Sé bien quién tiene la mano herida. Siento escalofríos... ¿Por qué lo he escrito? ¡Cuán

exactamente se cumplen todas sus palabras! Me dijo: «Te doy mi cruz...» Tengo mi mano clavada a esta *hagadá* suya como el condenado en el madero de la cruz...

CARTA XIX

Querido Justo:

Cuando me marché de la casa de Lázaro resucitado estaba convencido de que no volvería allí nunca. Pero no ha sido así. Precisamente mañana tengo intención de ir...

Vino a mi casa un mozalbete de parte de Lázaro. El hermano de Marta me mandaba decir: «Te invito a un banquete en mi casa. El Maestro está con nosotros. Deseamos verte».

Esto me ha sorprendido. Me ha sorprendido, asombrado y asustado. Les hice saber lo que se había acordado en la última sesión del Sanedrín y pedí que se lo comunicaran también al Maestro. Además, cada día se habla más de esto y los *seliah* han leído en las sinagogas las órdenes dadas por el Gran Consejo. El mismo Lázaro tampoco está seguro, tanto más cuanto que todos hablan de su resurrección y muchos llegan a Betania desde los más apartados rincones para ver con sus propios ojos al hombre que ha estado muerto.

Bien es verdad que ahora todo está más tranquilo. Dentro de poco comienzan las fiestas y ya está llegando a Jerusalén una gran multitud de peregrinos. Entre miles de personas cuesta menos escapar a la vigilancia de los perseguidores. En esta época es seguro que el Sanedrín no hará nada contra el Maestro. Se cree que los galileos defenderían al profeta, y ya sabemos de qué son capaces ellos. Pero, así y todo, ¿para qué tentar al peligro? En vez de mostrarse a los ojos del enemigo, sería mejor, mientras sea posible todavía, marchar a algún lugar más allá del Jordán o a Traconítide y allí quedarse quieto durante dos o tres años. Me parece un exceso de celo venir aquí para las fiestas cuando la sentencia ya ha sido prácticamente pronunciada...

Ahora no me quedaría ni la posibilidad de salvarle. En el Sanedrín y en el Gran Consejo desconfían de mí y mantienen en secreto todas

sus maquinaciones contra Él. Pero, ¿y si es el mismo Altísimo quien desea su muerte? Es éste un pensamiento que, como una barrena, me da vueltas en el cerebro. Hasta ahora había estado convencido en lo más profundo de mi ser de que el Eterno realmente le había confiado una misión especial. Las enseñanzas de algunos profetas, en según qué ocasiones también parecieron escandalosas y audaces. Pero el Altísimo los protegía. Los envolvía en el milagro de su protección. ¿Y a Él le condena a muerte? Cosa curiosa; parece como si Él lo presintiera. Si no, ¿por qué se expondría tanto? Se comporta como un hombre que se dirige con plena conciencia al fin que le ha sido designado. Pero, si es así, en todo ello se esconde algún enorme misterio, incomprensible para mí... ¿Qué clase de Mesías sería el que viniera al mundo para luego ser condenado a muerte por una sentencia del Altísimo? Esperábamos al Mesías victorioso, jefe, triunfador, y no al Mesías maltratado por el Cielo y la tierra. En verdad, no sé qué pensar de todo esto...

Pero sé que ahora no me comprendes. He de contártelo todo y sólo entonces podré esperar de ti tu consejo y opinión.

Al día siguiente del milagro de la resurrección de Lázaro, la guardia del Gran Consejo llegó a Betania para apoderarse del Maestro. Pero Él se había marchado antes del amanecer y la gente encargada de perseguirle no logró encontrarle. Los guardias actuaron sin miramiento alguno: maltrataron a Lázaro, derribaron al suelo a María, revolvieron y estropearon muebles y utensilios y deshicieron a hachazos el taller de Lázaro. Al marchar, les amenazaron diciendo que si volvían otra vez y no se les decía dónde se esconde el Maestro, sería aún mucho peor. El Gran Consejo ha borrado a Lázaro de la lista de miembros de nuestra secta. Dos días después me convocaron para una reunión del Sanedrín. Debía ser una sesión muy solemne, porque Caifás había sido elegido sumo sacerdote por decimoquinta vez y Pilatos había confirmado su elección. A causa de la tirantez de relaciones entre los saduceos y el procurador, no creía que la cosa sucediera así. Pero es evidente que Pilatos trata de congraciarse con los hijos de Betus y Ananías para poder comerciar de nuevo con ellos. No se ganaba mal la vida con aquellos negocios. Actualmente, el único intermediario entre él y el Sanedrín es José, y éste no tiene ninguna clase de ambición personal, de modo que no se le puede inducir a comprar cargos.

Caifás compareció en la reunión vestido con las sagradas vestiduras de sumo sacerdote que Pilatos mandó sacar del tesoro de

la torre Antonia para el tiempo de las fiestas. Al entrar él nos pusimos todos en pie y le saludamos con varias reverencias; él, a su vez, nos bendijo.

No me gusta Caifás. Es un hombre codicioso, irritable y goloso. Ningún procedimiento le parece malo para ganar dinero. De todo el comercio que se hace en el recinto del Templo él recibe un elevado tanto por ciento y, junto con sus hijos, comprueba escrupulosamente las cuentas por temor a ser engañados por los arrendatarios. Caifás y Judas, en muchos aspectos, se parecen, pero Judas es un pobretón que se contenta con pequeñas cantidades y, si tuviera ocasión de manejar grandes sumas, no sabría qué hacer con ellas. En cambio, la codicia de Caifás es tan grande que no desprecia ni los *ases* arrancados a los miserables que cambian en las tiendas el dinero pagano por la moneda de los impuestos. Sólo en nuestros tristes tiempos en que unos hombres desaprensivos e impíos cumplen las sagradas funciones en el Templo, una persona como Caifás ha podido llegar a ocupar el más alto puesto de la nación. Nadie le quiere, e incluso entre los suyos tiene enemigos (en general, los saduceos se pelean entre sí como perros rabiosos y sólo ante nuestros ojos procuran aparecer unidos). Pero todos le temen porque, cuando se deja dominar por la ira, no repara en medios. Tiene una cara blanca y fofa y unas gordas mejillas caídas que se le hinchan y tiemblan cuando se enfurece; lleva peinados a la moda griega su barba y su pelo negros. Como todos ellos, Caifás quiere parecerse a un griego, pero no le gusta practicar los deportes griegos y luce una voluminosa y saliente barriga. Le miro con verdadero asco. Pero he de confesar que cuando se nos aparece vestido con el sagrado *meil* y el sagrado *efod* y lleva en la frente la placa de oro con la inscripción «Santo para el Señor», parece otro hombre. Entonces no se ven sus ojos llenos de codicia, sus labios sensuales, sus mejillas adiposas y su enorme vientre. El despreciable hijo de Betus queda momentáneamente ennoblecido por la dignidad de su cargo. José y yo fuimos los últimos en llegar a la reunión. Vivo cerca de Caifás y acostumbro ser uno de los primeros en llegar a las sesiones del Sanedrín. Pero esta vez, cuando entré en la sala, casi todos los miembros del Consejo estaban ya en sus puestos. En seguida sospeché que se me había avisado más tarde, adrede, para poder tratar, antes de que yo llegase, de algo que querían mantener en secreto para mí. Comuniqué mi suposición a José y él me confesó que había tenido la misma impresión. Pero lo tomó a broma.

—Nos temen dijo riendo —. ¡Oh, qué necios son!

José es muy valiente; no teme a nada ni a nadie y siente un profundo desprecio por la mayoría de los miembros del Sanedrín. Considera que sólo saben intrigar, discutir e insultarse mutuamente. Pero yo, desde que tuve la certeza de que se estaba tramando algo a espaldas mías, no estuve tranquilo. Desprecio la enemistad, pero la encubierta, venga de donde venga, me inquieta.

Por esto temblé cuando, hacia el final de la reunión, Jonatán, hijo de Manías, me dirigió la palabra:

—Hace unos días ocurrió en las afueras, en Betania, un hecho asombroso. Esperamos que el rabí Nicodemo, que, según dicen, fue testigo ocular del caso, quiera contarnos lo que sucedió allí exactamente.

El tono de voz del *nasi* era cortés y logré dominar mi inquietud. Al fin y al cabo, ¿qué pueden hacerme?, me decía yo. ¿Y porqué no hubiera podido estar en Betania cuando sucedió el milagro? Me levanté y conté detalladamente todo el incidente. La sala me escuchaba en silencio y nadie me interrumpió con preguntas o exclamaciones. Pero, por la cara de mis oyentes, deduje que el asunto no les era indiferente. Tuve la completa certeza de que antes de mi llegada se había hablado del Maestro.

—Así pues, ilustre rabí, ¿dices que él resucitó a ese Lázaro? — preguntó Jonatán cuando terminé de contarlo.

El rostro del *nasi* tenía una expresión burlona.

—Sí — afirmé.

—¡Hum! Por lo visto, ocurrió allí un hecho totalmente inusitado —. Me pareció que toda aquella historia, más que preocupar a Jonatán, le divertía, pero por no sé que razón se veía obligado a interrogarme —. ¡Hum!... ¿Acaso Lázaro no se habría escondido simplemente en el sepulcro para poder así ayudar a su amigo en el milagro?

— No — negué con bastante energía —. Es imposible. Lázaro había estado enfermo. Cuando llegamos a la tumba encontramos la piedra corrida, obstruyendo la entrada. Cuando la sacaron, del interior salió una bocanada de aire fétido. Entonces apareció Lázaro envuelto en sábanas y vendas.

—Bueno, no era difícil preparar de antemano toda la escena —dijo el *nasi*, riendo —. Pudo haberse curado. Pudieron obstruir la entrada del sepulcro, sobre todo si había otra en la parte posterior. ¿verdad?

También se puede envolver en sábanas a un hombre vivo. Y basta colocar en la entrada un cordero muerto...

— ¿Todos estos engaños han sido comprobados? — preguntó, inesperadamente, José.

Entre Jonatán y José existe una antigua rivalidad que ha ido en aumento desde que José sigue tratando a Pilatos, mientras que Jonatán, por orden de Caifás, tuvo que romper toda relación con el procurador. Comprendí que mi amigo, al que todo aquel asunto le traía sin cuidado, sólo quería irritar al *nasi*. Jonatán contestó con irónica cortesía:

—No, no han sido comprobados. Nadie se preocupó de hacerlo. Según nos han dicho, todos se quedaron tan extasiados ante aquel... milagro, que a nadie le pasó siquiera por la cabeza que toda aquella historia pudiera ser un vulgar engaño. Me refiero, claro está, a los *amhaares*. Porque es evidente que el ilustre rabí Nicodemo habrá conservado su sano juicio y no se habrá dejado influir por la ingenua historia del despertar de un muerto...

—Soy fariseo, Jonatán — interrumpí al nasi —. Creo en la resurrección...

La sala, que hasta entonces había escuchado en silencio, sacudió su sopor: los reunidos comenzaron a murmurar en voz baja. De los bancos de nuestros *haberim* se elevaron voces irritadas:

—¿Qué dices. Nicodemo? También nosotros creemos en la resurrección y somos fariseos. Pero la gente resucitará en el último día. La hará resucitar el Altísimo y no un pecador cualquiera. ¿De qué estás hablando? Él no puede resucitar a nadie.

—Pero, a pesar de todo — les contesté —, Él ha hecho resucitar a Lázaro. Ya entonces decían que tenía ese poder. Pero esta vez lo he visto con mis propios ojos.

Después de estas palabras se produjo un silencio interrumpido sólo por algunos susurros. Jonatán extendió los brazos y me dirigió otra vez su burlona sonrisa.

—Puesto que el rabí Nicodemo lo ha visto...

—No es verdad — exclamó de pronto el rabí Jonatán, hijo de Azziel —. ¡Nicodemo no lo ha visto! Ya sé que no miente — se corrigió —. Pero, sin duda alguna, fue víctima de una alucinación.

— ¿También son víctimas de una alucinación todos los que ven a Lázaro en el Templo y en el mercado? —observó de nuevo José —. Yo mismo le vi precisamente ayer.

De nuevo se produjo un silencio denso, lleno de ira.

—Sí, es verdad... — dijo por fin el hijo de Azziel con dificultad, como quien ha de ceder —. Lázaro anda y cuenta a todos su resurrección. Es posible que todo fuera un engaño, como ha dicho el ilustre *nasi*. Pero, engaño o no, este asunto ha de terminar de una vez. Este galileo ya ha provocado bastantes disturbios Después de este milagro todos le seguirán. Sé lo que últimamente se dice en la ciudad. ¿Queréis tener mañana una guerra con los romanos?

—¡Claro que no! — dijo Caifás—. El ilustre rabí Jonatán tiene razón. Hace bien en hablar así. Nadie de nosotros quiere la guerra. Una guerra ahora sería nuestra perdición.

—¡Hay que terminar con este mínimo! — exclamó el rabí Eleazar.

—Sí, terminemos con él. Según he oído, vosotros, ilustres rabinos — Caifás se dirigió hacia nosotros —, le habéis sorprendido en más de una ocasión predicando falsas enseñanzas. No hay nada más fácil. Basta que un hombre a vuestras órdenes tire la primera piedra y que la tire bien... Basta que corra un poco de sangre para que los otros también la tiren...

—No se puede hacer esto — dijo Jonatán, hijo de Azziel.

— ¿Por qué?

—Más de una vez nuestra gente echó mano de las piedras... y no logró nada. Él es astuto y tiene muchos amigos. Sobre todo ahora.

—Pues hagámosle venir aquí, condenémosle a recibir cuarenta azotes y prohibámosle quedarse en la ciudad. Que vuelva a su Galilea.

—Ahora es ya demasiado tarde — y la voz del rabí Joel resonó como el ronco canto de un gallo viejo —. ¡Demasiado tarde! ¡Él ya ha enseñado a la gente a pecar y a descuidar las sagradas abluciones! ¡Debe morir!

—Sí — afirmó el rabí Jonatán con sequedad y dureza —. ¡Debe morir!

—No tengo nada que oponer a esto — dijo Jonatán, el *nasi,* encogiéndose de hombros con indiferencia —. Sabéis, que por su culpa he sufrido grandes pérdidas. Ahora nadie espera el milagro en el

estanque de las Ovejas... Es un hombre peligroso en todos los conceptos. Pero meditemos un instante sobre un punto. Si le condenamos a muerte sin más, nuestra sentencia tendrá que ser aprobada por Pilatos. Y Pilatos, ya le conocéis, hará todo lo posible por oponerse...

—Quizá sería mejor — observó Jehudá, hijo de Azziel — que arreglásemos este asunto con los sicarios...

— ¡No, no! — exclamó su hermano, el rabí Jonatán, con obstinación. El rostro del presidente del Gran Consejo tenía una expresión de odio—. ¡No! Sería capaz de escabullirse también de las manos de los sicarios. Hay que matarle y destruir su doctrina. Ha de ser juzgado y sufrir una muerte ignominiosa, a la vista de todos...

—Pero Pilatos... — insistió el *nasi*.

—Quizá José podría encargarse de esto... — propuso alguien.

—¡No contéis conmigo! —resonó la voz estentórea de José —. No estoy dispuesto a negociar con la muerte de nadie. ¡Soy comerciante, no asesino!

—Eres demasiado comerciante, José — observó Eleazar con mordacidad.

—Y tú eres ¿demasiado qué? — replicó mi amigo.

—¡Callad! — exclamó el *nasi*, golpeando el suelo con su vara —. ¡No disputéis! Yo también considero que José no debería encargarse de este asunto. Con ello no haríamos sino demostrarle a Pilatos que esta muerte nos interesa. Pilatos se ha hartado de engullir oro, pero aún no lo ha digerido y no le contentaríamos con poco.

— ¡Perro impuro! — rugió Caifás, que desde el incidente con el acueducto se sulfura cada vez que alguien menciona a Pilatos.

— ¿Qué hacer, pues? — preguntó el rabí Jonatán, hijo de Azziel —. ¡Este hombre debe morir! — repitió con insistencia —. Nuestro plan...

—Lo recordamos — aseguro el otro Jonatán, interrumpiéndole.

—El *nasi* está pensando sólo en la clase de muerte que se merece este hacedor de milagros... — dijo Caifás, con aire conciliador.

—Aún no ha sido juzgado —me atreví a decir. Mis palabras provocaron cierta reacción. Pero el *nasi* se hizo cargo en seguida de la situación.

—Desde luego — dijo, fijando los ojos en mí y sonriendo con ironía —. Desde luego, rabí Nicodemo. Primero hay que prenderle y juzgarle. Juzgarle bien y con justicia. — Y, dirigiéndose a los bancos de los fariseos, añadió —: Para esto, ante todo, hay que saber dónde se encuentra. Anunciad en todas las sinagogas que le estamos buscando. Fijemos una recompensa para el que nos indique su paradero...

—Pero no demasiado grande — objetó Caifás. Y añadió, mientras acariciaba con los dedos las piedras preciosas incrustadas en el santo *hosen*—: Una recompensa excesiva convierte al perseguido en alguien demasiado importante. Fijemos una recompensa pequeña. Por ejemplo, unos treinta siclos, lo que se pide por un esclavo que ha sido corneado por el buey del vecino. Con esto bastará... No intimidemos al hombre que venga a entregárnosle. Seguro que será algún *amhaares* maloliente.

—El ilustrísimo sumo sacerdote tiene absoluta razón — observó el *nasi*.

—Y luego, ¿qué? — preguntó Eleazar, impaciente. — Será cuestión de meditarlo — contestóle aquél—. Quizá se podría provocar un pequeño motín.

— ¡Otro motín! — exclamaron, descontentos, varios jóvenes fariseos —. ¿Para que de nuevo toda Jerusalén se vea apaleada?

Pero el mismo hijo de Azziel le hizo callar diciendo:

—¡Silencio, por favor! ¡No os irritéis! El palo es un buen maestro. Si no fuera por estos palos, nuestro odio hacia los romanos acabaría oxidándose. Aún pueden sernos útiles... Bueno, ya meditaremos sobre la clase de muerte que merece este mínimo. ¡Porque es evidente que ha de morir!

—Ha de morir — repitieron con dureza varias voces de nuestros *haberim*.

Pensaba que la sesión iba a terminarse aquí cuando de pronto el rabí Jonatán, hijo de Azziel, se levantó y se dirigió a Caifás.

—Tú, ilustrísimo, inauguras hoy un nuevo año de tu poder. Seguro estoy que recuerdas el privilegio que te está reservado para el día de hoy...

Me sorprendieron aquellas palabras y el modo servil con el que el rabí Jonatán hablaba a su enemigo. Desde el día de aquella protesta

común contra Pilatos algo ha cambiado en las relaciones entre nuestros *haberim* y los saduceos.

—Hoy — siguió diciendo Jonatán — puedes profetizar ante las sagradas piedras Urim y Tummim. Te llamamos y le pedimos que profetices. Di que este pecador debe morir...

— ¿Para qué preguntar? — le interrumpió el rabí Eleazar. Vi que a los otros *haberim* tampoco les gustaba aquella salida del jefe de la secta —. ¿Para qué preguntar? Todos sabemos que él es peligroso y que debe morir...

— ¿Para que preguntar? — repitieron otras voces.

Yo tampoco comprendía aquella inconsciencia del rabí Jonatán. «Está tentando al Altísimo», pensé. Pero al mismo tiempo me di cuenta de que si la profecía contestaba «no», nadie osaría levantar la mano sobre el Maestro. Jonatán se había dejado arrastrar por su odio. Voces cada vez más numerosas gritaban: « ¿Para qué preguntar? » Pero el gran doctor movió obstinadamente la cabeza.

—Que las sagradas piedras hablen, te lo pido, ilustrísimo.

—Lo pides... — dijo Caifás con expresión de perplejidad—. Lo pides... ¿Sólo tú, rabí, lo pides? ¿Para qué invocar la voz del Altísimo en un asunto de tan poca importancia.

— ¡Yo también lo pido! — exclamé bruscamente.

Estaba seguro de salvar con ello al Maestro: el Altísimo no puede hablar en favor de la injusticia. Allí se estaba tramando un crimen contra un inocente y Él debía protegerle. Odio a Caifás, pero sé que cuando le toque hacerlo profetizará como sumo sacerdote. En momentos así, el Eterno habla incluso por boca de un pecador. ¡Que hable! Se hará evidente para todos que el Maestro es una persona enviada por Él. Que le proteja con su poder, puesto que yo no puedo hacer nada.

—Como queráis...

Caifás abrió los brazos, cediendo a disgusto. No sentía el menor deseo de hacer aquella profecía y miraba a todos lados esperando que alguien le librara de ella. Pero todos en la sala perdieron la cabeza y no supieron cómo oponerse a nuestra petición. El sumo sacerdote seguía nerviosamente con los dedos las costuras del *hosen*. Se daba perfecta cuenta de que, fuera cual fuera la contestación de la profecía, habría de ponerle en una situación embarazosa: le

obligaría a buscar el asentimiento de Pilatos para cumplir la sentencia, o bien le convertiría en guardián de la vida de una persona considerada desde aquel momento inviolable, pero a la que él creía peligrosa... Pero ya no podía retroceder. El sumo sacerdote debe profetizar cuando lo piden dos miembros del Sanedrín.

—Como queráis... — repitió, y nos miró de nuevo a todos.

Ni siquiera Jonatán, el *nasi*, tan hábil siempre, supo sugerirle ninguna solución. Nuestros *haberim* quedaron sin saber qué decir frente a aquellas súbitas palabras del cabeza del Gran Consejo.

—Rogad — dijo Caifás— para que el Señor nos envíe su respuesta a través de mí...

Abrió los brazos, inclinó la cabeza y comenzó a recitar la fórmula de la profecía:

—¡Oh, Adonai, Sabaoth, Sekiná! Envíame tu señal, a mí, tu sumo sacerdote, al que te has dignado llamar a tu servicio. Envíame la señal y responde: ¿Es necesario, para el bien de tu nación escogida, que este hombre muera? Danos la señal. Pongo ahora mi mano dentro del sagrado *hosen*. Siento bajo mis dedos las dos piedras sagradas Urim y Tummim. No sé cuál es la negra ni cuál es la dorada. Pero que la que he cogido sea tu respuesta. Si es Urim, querrá decir que has contestado «no» a mi pregunta. Si es Tummim, es que has contestado «sí». ¡Oh, Adai, Sabaoth, Sekiná! ¡Siete veces santo! ¡Te invoco! ¡He escogido la piedra! ¡La saco ahora de la bolsa sagrada! He aquí la señal del Altísimo. ¡Mirad!

Abrió su gordezuela mano; la gente se alzó de los bancos y rodeó al sacerdote.

— ¡Tummim! ¡Tummim! —estallaran de pronto los gritos de todos. Me quedé anonadado —. ¡Tummim! oía a mi lado ¡El Señor lo ha dicho! ¡Él ha de morir!

¿Qué significa esto, Justo? Contéstame pronto, ¿qué puede significar esta profecía? ¿Es cierto que ha de morir? ¡Qué insospechadas consecuencias ha traído aquella resurrección! En seguida avisé a Lázaro y le mandé decir que previniera al Maestro. Nuestras *haberim* siguen pensando en la manera de prenderle. En todas las sinagogas se ha leído la orden de entregarle. Y mientras tanto Él sigue, como si nada, en Betania. Y Lázaro me invita a que vaya...

Pero iré a pesar de todo... En cuanto vuelva, te escribiré. Pero tú, sin esperar mi carta, contéstame qué piensas de todo esto.

CARTA XX

Querido Justo:

Estuve en Betania y le vi. Pero todo lo que ocurrió luego deja en segundo plano el banquete en casa de Lázaro, del que volví triste y deprimido. Dos días más tarde tuvieron lugar los acontecimientos decisivos. Nunca en mi vida he pasado por algo semejante. Me parecía... ¡No, no me lo parecía, estaba seguro! Gritaba y a mi lado centenares de personas gritaban lo mismo. Estoy seguro de que has experimentado alguna vez este sentimiento de solidaridad. Pero la noche trajo una inquietante pausa. Y por fin hoy...

Comenzaré por el principio. Fui a Betania. Lázaro ofreció un banquete al Maestro y a sus discípulos. No hubo otros invitados, excepto yo. Te dije que Lázaro fue maltratado por los guardias cuando buscaban al Maestro. Resulta que entonces le rompieron una mano y varias costillas, le sacaron un ojo y le magullaron todo el cuerpo. Al golpearle le gritaban que se acordara bien de que nunca había muerto. Aquel hombre salido del sepulcro en la plenitud de sus fuerzas es ahora un inválido, encogido de dolor. No pudo levantarse para saludarnos. Pero cuando el Maestro se acercó a él le cogió impetuosamente la mano y se la llevó a los labios. Yo, sentado al otro extremo de la mesa, pensaba: Esta resurrección no le ha hecho un gran favor a Lázaro. En su vida anterior la gente le respetaba y honraba. Ahora, desde un principio, le afligen penas y sufrimientos. Para Rut, la muerte significó el final de sus padecimientos. ¿Es que para Lázaro significará el principio de ellos? Pero, si es así, ¿por qué le hizo resucitar? ¿Y por qué Lázaro se muestra tan agradecido?

Estaba sumido en estos pensamientos cuando sentí su mirada posada en mí. Levanté la cabeza. Me miraba como si me llamara. Tuve que preguntar:

—¿Deseas algo, rabí?

—Quiero preguntarte, amigo — ahora siempre me llama así —, si te gustan las parábolas.

—Sí, me gustan, rabí. La ciencia de la vida siempre aparece más clara en el *mashal* y en la *hagadá*. Yo mismo he compuesto muchos de ellos...

Entonces escucha la que voy a contarte ahora. «Un sembrador salió a sembrar y echó el grano. Una parte cayó en tierra buena, blanda, fértil y húmeda, y germinó pronto. Pero la otra cayó en tierra dura, pobre y estéril. Aunque llegó a echar raíces e incluso germinó, aquel germen era débil como un niño que apenas comienza a andas Pero al sembrador le dio pena aquella tierra de la que no crecía sino una mísera espiga. Se puso a trabajarla otra vez: la removió profundamente con el azadón, sacó todas las piedras que encontró, la regó... Cuando llegó el día de la siega, la cosecha de la tierra mala fue tan abundante como la de la tierra buena. Y dijo el labrador: 'No me arrepiento del trabajo y de los cuidados, porque esta tierra en la que he puesto tanto esfuerzo me es ahora más cara. Y ha dado un fruto digno...' ¿Qué piensas, amigo, de esta parábola?

—Es un hermoso *mashal* — contesté —. Sin duda has querido decir con él que, trabajando, el hombre puede convertir en algo de valor incluso la cosa más insignificante.

—Lo has entendido bien —aprobó. Pero en esta aprobación se notaba una bondadosa indulgencia era como si hablara a un niño que hubiese comprendido de sus palabras lo justo que podía comprender —. No hay concha tan pobre — siguió diciendo — de la que no se pueda sacar una perla. No hay oveja en el rebaño que no sea digna de que se la busque de noche entre rocas y espinas... Pero esto sólo lo hace el hombre cuidadoso... Por esto el Hijo del Hombre riega las espigas débiles y va en busca de las ovejas perdidas...

Me pareció que algo nuevo se desprendía de sus palabras. Seguramente se refiere a sus discípulos y me explica con delicadeza, en forma de parábola, la razón de haberles escogido a ellos. Observé sus caras; ¡me parecieron tan inexpresivas y se leía en ellas tan marcada inclinación a la disputa! Es una mala tierra que exige muchos cuidados. Y no se sabe aún qué frutos dará. Él seguía mirándome y parecía desear que yo le interrogara de nuevo. Continué:

—Pero no siempre los esfuerzos del labrador dan el fruto deseado...

—No siempre — reconoció. Y una nube de tristeza cruzó por su rostro —. No siempre — repitió —. Pero el Hijo del Hombre siempre está dispuesto a ir en busca de la oveja perdida, aunque sea en plena lluvia y tormenta. Como la mujer que ha perdido un denario se queda barriendo la habitación hasta encontrarlo: como el labrador que abona, labra y riega la tierra pobre hasta que le da buen fruto...

Inclinó la cabeza. De nuevo el dolor se abatió sobre este hombre y le dobló como el fruto demasiado abundante dobla la rama tierna, aún no bastante fuerte, de un manzano. De pronto se me ocurrió una idea: ¡Este hombre también ha sentido el desengaño! Esperaba una victoria. Pero necesitó unos compañeros y los escogió entre la gente más baja. Ésta fue su equivocación, una equivocación muy grande. Él estaba convencido de que podría cambiar a estos pescadores, artesanos y publicanos. ¡Pero no lo ha logrado! Han seguido siendo quienes eran. Lo que ahora dice es sólo una manera de consolarse a sí mismo. En contra de la evidencia y de la experiencia, dice que no hay tierra mala de la que no se pueda obtener una buena cosecha. En esta tierra de *amhaares* nunca crecerá nada inteligente. Él lo presiente aunque todavía se obstina...

Pero, ¿por qué pedir lo imposible? Un *amhaares* siempre será un *amhaares*. Se puede hacer algo para mejorar su suerte, pero nunca se logrará nada con su colaboración. ¿Por qué no buscó apoyo en personas como yo? Luego no hubiera tenido que lamentarse de que la tierra mala, a pesar del abono, haya dado un fruto malo... Aquella vez, después de nuestra primera entrevista, salí impresionado y enardecido. Estaba dispuesto a seguirle. Fui a Galilea. Esperé alguna indicación suya. Si hubiera curado a Rut... Entonces lo hubiese hecho todo por Él...

Nos servía Marta, atenta como siempre a que a nadie le faltara nada. María no estaba en la habitación. Esto me extrañó, generalmente no se aparta del lado del Maestro. Sentada a su lado, parece devorar cada una de sus palabras. Esta vez aún no la había visto. Pero en el preciso momento en que, me hacía esta observación la vi entrar, Iba un poco inclinada, descalza, con el pelo suelto y llevaba en la mano algo que apretaba fuertemente contra el pecho. Parecía una de esas plañideras que se ven en los entierros y no una mujer que saluda a un huésped insigne y esperado. Ni siquiera cuando Lázaro estaba en la tumba parecía tan desesperada. Avanzaba de puntillas, siguiendo la pared, silenciosa, como no queriendo llamar la atención de nadie. Se detuvo por fin junto al

triclinio del maestro. Entre los mechones que le caían sobre la cara vi sus ojos más oscuros, casi negros, un poco entornados como por efecto de un intenso dolor contenido. De pronto apartó las manos del pecho y vi que llevaba un hermoso jarrón de alabastro. Con un hábil movimiento le rompió el cuello. Por toda la estancia se esparció un intenso perfume. Debía de ser un ungüento de gran valor, de aquel que en el mercado llaman «real» y lo venden muy caro. Lo vertió sobre la cabeza del Maestro. Luego recogió delicadamente con la punta de los dedos las gotas esparcidas y las fue extendiendo por los negros mechones de pelo, como un hábil peluquero.

Las conversaciones de la mesa se cortaron en seco. Mientras el Maestro parecía triste y permanecía callado, sus discípulos, aquella noche, estaban más animados que nunca. Sus lenguas se movían a gran velocidad, como &ruecas en pleno funcionamiento. Se reían y discutían. Pero ahora se callaron y quedáronse mirando al maestro y a María. No decían nada, pero sus caras parecían expresar todas el mismo pensamiento. Felipe fue el primero en soltarlo:

— ¡Vaya, vaya, qué perfume! ¡Es el auténtico «real»! Un jarrón así debe de costar no menos de dos denarios...

—Tres — puntualizó Judas, que está siempre al corriente de los precios —. Tres denarios justos.

— ¡Qué bien huele!...

— ¡Pero, qué precio! exclamó Simón el Zelota. —Con menos dinero se puede comprar ungüento oloroso — observó Santiago el Mayor.

—¿Para qué ungüento? — exclamó Judas —. Sólo las mujeres de mala vida usan de estas cosas. ¿Para qué ungüento? En vez de gastar el dinero en esto, más valdría repartirlo entre los pobres.

Estas últimas palabras resonaron como una bofetada. Miraba a María y era evidente que sus observaciones iban dirigidas a ella. Su mala voluntad para con ella debe de venir de lejos; se la notaba henchida de viejas pasiones y enojos frecuentemente contenidos. Él debió de conocerla en otro tiempo y sabe con qué palabras puede molestarla más.

—¿No es verdad? — añadió, dirigiéndose a los otros.

—Sí, desde luego, es verdad — asintieron todos a coro— Tienes razón. Judas. ¿Para qué gastar esencias tan caras? Más valdría

repartir este dinero entre los pobres. Es seguro que el rabí también lo preferiría.

La mujer cayó de rodillas sin decir palabra. No intentó defenderse. Vi su rostro cubierto por una cascada de cabellos color rojizo dorado, junto a los pies del Maestro. Al ver su pena, él tocó su frente con delicadeza y le acarició la cabeza con la mano. Entre aquellos discípulos que chillaban y hacían sus comentarios a grito pelado, ellos dos eran como una pareja de forasteros heridos por un agudo dolor que los demás no compartían ni & sabían comprender.

—¿Por que la herís? — dijo en voz baja — Me ama y ha querido servirme. A los pobres las tendréis siempre entre vosotros. ¡Y ojalá nunca os olvidéis de ellos! Pero a mí ya no me tendréis por mucho tiempo... Ella ha ungido mi cuerpo para la muerte, para el sepulcro. No se lo reprochéis. En verdad os digo que, dondequiera que en el mundo se hable de la nueva que yo os he traído, se recordará también esta acción suya...

Los discípulos enmudecieron y se hizo un profundo silencio. Aquellas palabras debieron de producirles un gran efecto, pues su alegría se esfumó en el acto. Se consultaban con la mirada, entre asustada e interrogante, y se hablaban en voz baja.

¿Para la muerte? ¿Para la muerte? ¿De qué está hablando?

De nuevo Felipe tomó la palabra por todos. En sus grandes ojos incoloros brillaban dos lágrimas.

—Rabí, nosotros también te amamos... —balbució —. ¿Por qué nos hablas de tu muerte? Si no vas a la ciudad no te pasará nada. No vayas...

—No vayas... — repitieron los otros.

Con movimiento lento pero firme, movió la cabeza como quien tiene tomada una decisión desde hace tiempo y la considera irrevocable.

—Iré allí pasado mañana — dijo.

— ¡Pero los saduceos y los fariseos lo sabrán! — exclamó Judas.

Fijó en él su mirada, serena pero indeciblemente triste, y contestó:

—El mundo entero lo sabrá...

¡Y así fue! ¡El mundo entero se enteró de ello! Aún veo desfilar ante mis ojos los primeros acontecimientos de aquel día. Fui al

Templo atravesando unas calles atestadas de geste. Los gritos que llegaban de más allá de los muros, por el lado del valle del Cedrón, no llamaron siquiera mi atención. La ciudad, en vigilia de fiestas, siempre está llena de gritos, cantos, ruidos, disputas y regateos en voz alta. Algunas peregrinaciones entran en Jerusalén cantando y acompañándose con *kinnors*. Yo iba pensativo y no me daba cuenta de que algo extraordinario estaba ocurriendo. De pronto, alguien a mi lado gritó mi nombre; era una voz conocida que al mismo tiempo sonaba de un modo extraño. Al levantar la cabeza me encontré con los rabinos Joel y Jonatán, hijo de Azziel. No sólo las voces de los dos grandes doctores me parecieron extrañas; su aspecto aún lo era más. En este momento no eran dos ilustres *soferim* que cruzan la ciudad sumidos en sus meditaciones, ajenos a toda aquella turba vociferante. Tenía ante mí a dos personas excitadas que agitaban los brazos con violencia. Me asaltaron por ambos lados.

—¡Rabí Nicodemo! ¿Qué intenta hacer él ahora? Tú debes saberlo... ¿Qué quiere?

— ¿Quién? ¿Quién, respetables?

No sabía a quién se referían.

— ¡Pues, él! ¡Este... profeta vuestro! — balbució el rabí local Joel. En sus palabras, más que desprecio, había ahora temor, sólo temor.

—No sé nada... No está aquí — contesté sin gran convicción, sorprendido por sus palabras.

—¿Cómo que no está? ¿Cómo que no? —exclamaron al mismo tiempo —. Precisamente se está acercando ahora al frente de miles de personas. Todos los *amhaares* se han unido a él. Toda la gente... ¿Qué pretende, Nicodemo? Tú estás en buenas relaciones con él... ¿Crees que ordenará matar? — preguntó el rabí Joel con un hilo de voz —. ¿Verdad que es bueno?...

—¿Viene aquí?

—¿No lo oyes! ¡Mira!

Me cogieron de las manos y me condujeron bajo el pórtico. Entre el bosque de columnas vi, efectivamente, una enorme multitud que bajaba por el camino del monte de los Olivos hacia el desfiladero del Cedrón.

— ¡Mira! — gritaba Joel ¡Todos se han ido con él! ¡Toda Jerusalén! ¡Muchos de nuestros *haberim*! Vienen agitando ramas y poniendo sus mantos bajo las patas del asno en que va montado...

Debes de haber sido tú el que le ha hablado de aquella *hagadá* según la cual el Mesías llegará montado en un asno... ¿Lo oyes? Están gritando: « ¡Gloria al hijo de David! »

—Él es hijo de David — repetí involuntariamente.

—Es posible, es posible... Puesto que tú lo afirmas... —se apresuró a decir el rabí Joel —. Pero dinos: ¿qué pretende hacer? ¿Quiere disolver el Sanedrín y proclamarse el Mesías?

—No — contesté, mientras escuchaba los gritos, que se convertían en un verdadero estruendo a medida que el cortejo se acercaba y miraba a la gente que salía por las puertas de la ciudad para ir a su encuentro —. Él quiere su reino...

— ¡Su reino significa el dominio de los *amhaares*, de los publicanos y de las meretrices! — masculló entre dientes el rabí Jonatán con un frío odio en la mirada —. Antes que tener un rey como él, más vale que la nación no recupere nunca su libertad.

—¡Ilustrísimo! — exclamó, asustado, el rabí Joel, levantando los brazos en alto y mirándome intranquilo. Adiviné que el honorable penitente por los pecados de Israel tenía miedo y estaba dispuesto a reconocer en el Maestro al Mesías con tal de no perder su propia vida en la revuelta. Pero el odio de Jonatán no sabe ceder. Este hombre nunca ha cedido a nadie y estoy convencido de que nada podrá obligarle a ceder. Prefiere morir a reconocerse vencido.

El griterío de la multitud que entraba se desbordó bajo el doble arco de la puerta de Oro. Me sentí enardecido y lleno de entusiasmo. Por unos instantes olvidé todas mis penas, preocupaciones y temores. ¡Por fin, pensé, Él ha entrado! ¡Ha demostrado quién es! Todo lo anterior, sus huidas, sus temores, sus predicciones sobre su muerte, fueron sólo una manera de probar a sus discípulos. Pero el tiempo de prueba ha terminado y llegado el momento de la victoria. Ahora ya no será el Maestro vagabundo, perseguido por todos. Se ha mostrado abiertamente y toda la nación ha creído en Él. Había pensado que tenía enemigos y que había perdido prestigio y simpatía entre la gente. ¡Nada de esto! Los gritos que la ciudad le dispensaba como saludo hablaban claramente de su triunfo. Este asustado Joel y el maldicente Jonatán eran como dos hojas impotentes arrancadas de la rama por una fuerte ráfaga invernal. Es verdad que aún están los romanos... Pero en este momento no me parecieron terribles. Nada me parecía terrible. Aquel repentino cambio de situación me había llenado de una enorme confianza en el poder del Maestro. Él lo puede

todo, pensé. ¡Es el Mesías! Se escondía, pero ahora se ha manifestado. Josué mandó tocar las trompetas y los muros de Jericó se derrumbaron. ¿Qué pueden hacer los romanos? ¿Le reconocerán acaso? Además, Él lo puede todo...

—El Mesías — dije a Jonatán, con aire provocativo — será tal como nos lo mande el Altísimo.

Me contestó con apasionamiento igualmente provocativo:

—No queremos a un Mesías así, aunque nos lo mandara el mismísimo Sekiná!

El cortejo entraba ya en el atrio. No tuve ganas de seguir la disputa con Jonatán. Este hombre, que con su intransigencia me había producido siempre cierta inquietud, en aquel momento dejó de existir para mí. Pasé por su lado como si fuera un objeto sin importancia. Rompí la rama de un árbol y corrí a recibir a los que llegaban. Oí detrás de mí los pesados pasos de Joel. El gran doctor debía de sentirse más seguro a mi lado. No era fácil llegar hasta el Maestro. Le rodeaban centenares y miles de personas formando una masa compacta. Todos gritaban en honor suyo. Era una entrada triunfal en la que en modo alguno hubiera creído si alguien me la hubiese predicho el día anterior. Entre aquella multitud resonaba como el repique de un tambor la voz de Simón. Los discípulos rodeaban al Maestro como la guardia a su rey. Logré introducirme entre aquella turba y le vi en el momento de apearse del asnillo en el que había llegado. Los discípulos, radiantes y encantados con la victoria, no se apartaban de Él ni un paso. Vi entre ellos a Judas. Él también parecía reventar de orgullo. Corría, se agitaba, daba órdenes: mandó a unos que se apartaran, a otros les permitió acercarse más... Al verme, me saludó con la cabeza, pero con tanta negligencia como si yo no fuera un gran fariseo y él un tendero de Bezetha. Ya no era aquel miserable que escondía sus odios bajo la máscara de una humilde sonrisa, sino el más destacado de los cortesanos de un rey. —Acércate, rabí — dijo con aire protector —. Y tú — gritó a un *amhaares* que intentaba acercarse al Maestro — apártate. ¡Hueles mal! Apártate, ¿oyes? ¿No te lo he dicho ya? ¿Por qué me miras así?

La multitud gritaba y cantaba:

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Bien venido, hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna! Bien venido, ¡Rey que has entrado montado en un asnillo! ¡Aleluya!

Oí a mis espaldas un susurro escandalizado:

—El no debería permitir que hablaran así. Es pecado, es un gran pecado...

Joel lo dijo en voz baja, pero el Maestro, que después de bajar del asno se dirigía al Santuario y pasaba precisamente a nuestro lado, debió de oírlo. Volvió de pronto su rostro hacia nosotros. En contraste con la animación general, no se leía en El la menor alegría. Ahora parecía triste y abatido, como cuando, cediendo a la insistencia de los que le pedían pruebas, curaba y limpiaba a las gentes. Sus pies descalzos se destacaban claramente contra el negro cilicio. Miró a Joel sin detenerse y el piadoso doctor se encogió bajo aquella mirada como una seta resecada por el ardor del sol.

—Si esta gente se calla — dijo —, las piedras se pondrán a gritar...

Pasó de largo y yo le seguí. Pero al poco rato se detuvo como si el cuadro que se ofrecía a sus ojos le chocara de pronto. Como siempre ocurre en los días *haggim*, la escalinata del Santuario estaba atestada de puestos de vendedores. Se vendían aquí los animales para los sacrificios y aquí también, en la parte alta de la escalinata bajo la misma puerta, había veinte mesas donde se cambiaba la moneda con la que los mercaderes tenían que pagar a Caifás los elevados impuestos por sus transacciones. A los gritos de los acompañantes del Maestro se unieron, formando un solo inmenso vocerío, los gritos de los vendedores, el tintineo de las monedas lanzadas contra el suelo o sobre los platillos de las balanzas para comprobar su sonido, los balidos de las ovejas, los rugidos de las vacas y terneros y el arrullo y aleteo de las palomas. Este mercado, a las puertas mismas del Santuario, es un espectáculo repugnante. No debería estar permitido. Pero reconozco que nos hemos acostumbrado a él. Además, cuando se trasladaron al nuevo Santuario, los sacerdotes se apoderaron de él y lo han convertido en una fuente más de sus riquezas. Él ha tenido que ver este mercado en más de una ocasión. Pero hoy, al contemplarlo, su mirada ardió como si lo viera por primera vez. Su rostro mostró sucesivamente asco, indignación, horror y por fin enojo. Enojo, pero no ira. En sus ojos nunca se enciende la llama del odio. Ni siquiera cuando con un movimiento lento y premeditado desató la correa que ceñía sus caderas y la dobló en forma de látigo. La multitud que le seguía se paró instantáneamente. El Maestro avanzó hacia la escalinata solo, andando despacio como una persona que va a cumplir una obligación penosa pero necesaria. En su enojo había más disgusto que severidad. Ellos ni le vieron, ocupados como

estaban comprando y vendiendo. Se abrió paso entre aquel tumulto y llegó, sin que nadie se fijara en Él, hasta el extremo superior de la escalinata. Se acercó a una de las mesas que hacían las veces de banco y, con un movimiento solemne y majestuoso, la golpeó con su correa y luego la empujó escaleras abajo. Un torrente de oro se vertió sobre las piedras, entre los pies de los transeúntes y la balanza, con gran ruido de platillos, bajó rodando por los peldaños. El cambista brincó de su taburete y púsose a vociferar como si le despellejaran vivo. Luego pareció que iba a abalanzarse sobre el Maestro: pero, de pronto, como si algo le detuviera, retrocedió, y se zambulló entre la gente para recoger las monedas esparcidas por el suelo. El Maestro siguió avanzando entre los mercaderes, derribando mesas, rompiendo jaulas y destrozando los cercados para el ganado. En el mercado no se oían más que gritos y lamentaciones. Pero nadie intentó detenerle. Los tenderos agarraban sus mercancías y abandonaban precipitadamente la escalinata. Ante aquel hombre solo huían centenares de personas provistas de permisos escritos y sellados para efectuar toda clase de comercio dentro del recinto del Templo. La turbamulta que atestaba la escalinata desapareció como el polvo lavado por la lluvia. El Maestro quedose solo: una blanca y alta silueta con una correa colgando de su mano. Junto a sus pies brillaban unas cuantas monedas perdidas, como fragmentos de ámbar, y montoncitos de abono verde negruzco parecidos a las matas de algas marinas que el mar deja después de la marea. Sobre la orilla desierta quedó el hombre, unos instantes antes majestuoso y fuerte, decaído ahora y como si de súbito le hubieran abandonado las fuerzas. Pero la multitud no se fijó en esto. Para ella, era el destructor de la vil explotación que los sacerdotes ejercen sobre el pueblo, el triunfador, el vencedor, el rey, ¡el Mesías! Con renovado entusiasmo, volvieron todos a gritar,

— ¡Gloria al hijo de David! ¡Gloria! ¡Honor al rey que ha venido en nombre del Altísimo! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Los discípulos se acercaron y le rodearon en círculo. Cuando me aproximé, les estaba diciendo algo. Pero las últimas palabras que llegaron a mis oídos me dejaron suspenso y asustado. Decía:

—Siento un gran temor... ¿Debo decir al Padre: Sálvame? No, para esto he venido...

Todavía añadió algo que no pude oír. Entonces retumbó un trueno como si un rayo hubiera caído allí mismo. Levanté la cabeza, pero no vi nada: sólo unas leves nubecillas cruzaban el cielo, azul pálido.

Mientras yo seguía mirando de dónde venía la tormenta, se alzaron voces entre la multitud exclamando:

—¡Un ángel ha hablado! ¡Un ángel! ¡He aquí al verdadero hijo de David! ¡Aleluya!

Él no lo negó. Preguntó, dirigiéndose a sus discípulos,

— ¿Habéis oído? Esta voz ha sido para vosotros —Y añadió en tono solemne—: He aquí que ha comenzado el juicio& del mundo. Ahora sólo falta que me suban a la cruz. Entonces atraeré a todos hacia mí...

— ¡No hables así! — exclamó Simón.

— ¡No hables así! — gritaron los demás discípulos —. ¡No estropees nuestra alegría! ¡El Mesías no muere! ¡No puede morir! ¡El Mesías vive eternamente! No hables así...

— ¡No hables así! — exclamé también yo —. El Mesías no muere...

Pero sentí que mi entusiasmo y mi alegría se habían esfumado. Él los había aplastado con su temor como los soldados enemigos cubren con piedras los pozos de una región conquistada. No comprendo: ¿con qué fin ha venido a la ciudad acompañado por multitudes enardecidas, si ahora ha de huir de nuevo, sin ser visto, hacia Betania? Estuve en lo cierto al decir que el mundo entero se había enterado de su poder. Pero ha encendido la lámpara para volver a apagarla en seguida. Las personas como Joel han tenido tiempo de sobreponerse a su miedo y ahora le odian más aún a causa de esa momentánea debilidad. ¿Y los saduceos? ¡El mercado dispersado debe de haberles sacado de sus casillas! Me imagino a Caifás. Hasta ahora aparentaban perseguir al Maestro sólo para contentarnos a nosotros. Ahora su odio contra Él y su deseo de darle muerte van parejos con los de nuestros *haberim*. ¿De qué le ha servido este triunfo, si no se ha convertido en una victoria?

Hoy, por fin, vino a la ciudad temprano y pasó varias horas bajo los pórticos. Vi que entre sus oyentes había varios jóvenes fariseos enviados seguramente por el Gran Consejo para seguirle los pasos. Él tiene que saberlo, pero, desafiando el peligro, ataca más duramente aún a nuestra secta. En cierto momento, al oír que la gente le llamaba hijo de David, pregunte, a los *haberim* que estaban más cerca:

—Según vosotros, ¿de quién será hijo el Mesías? Varias voces le contestaron, más bien a disgusto:

—De David. Así lo dicen los profetas...

Como si no le bastara esta respuesta, volvió a preguntar:

—¿Qué significan las palabras del salmo «El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra y yo dejaré tendidos a tus pies a todos tus enemigos.? Así pues, ¿David llama Señor a su propio hijo? ¿Cómo es esto? ¿Cómo os lo explicáis?

Se miraron con aire sombrío y se fueron con la cabeza baja sin decir palabra. Les siguió con una mirada llena de triste amor. Luego dijo:

—¡Necios y ciegos! Ahora tampoco había enojo en su voz—. Necios y ciegos... — repitió, moviendo la cabeza. Y de nuevo, con amargura: ¡Cuántas veces os he enviado a mis profetas, pero vosotros los habéis lapidado! ¡Aún ha de colmarse la medida de vuestros crímenes! ¡Oh, ciudad! —exclamó, no con ira, sino con dolorosa tristeza —. ¡Ciudad que matas a los profetas y a los que te han sido enviados! —Se quedó con los bravos abiertos, contemplando las barracas del Ophel extendidas a sus pies y los palacios de las laderas del Sión —. ¡Oh, ciudad! —se lamentaba con voz dolorida, como se lamenta una madre por un hijo que ha marchado y no ha vuelto —. ¡Cuantas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a los polluelos bajo sus alas, pero ellos no lo han querido! ¡Oh, ciudad! ¡Te espera la perdición! Quedarás desierta como una casa después de haber pasado por ella un vendaval. Y ellos no me verán hasta que digan: ¡Bendito el que viene en el nombre del Altísimo!

Abundantes lágrimas resbalaban por sus mejillas. La gente escuchaba en silencio. Estas palabras los habían asombrado e impresionado, aunque no las entendían. Él cada día parece más triste. Incluso tiene el rostro más delgado y pálido, como si el sol de esta primavera no quisiera tostarlo.

Hizo una seña a sus discípulos para que le siguieran y se fue en dirección a la puerta Dorada. Me reuní con ellos. Se avecinaba la noche y la sombra dentada de la muralla cubría el valle como un manto, llegando hasta la tumba de Absalón. En cambio, la amplia mole del monte de los Olivos se bañaba en rosados destellos. En el aire, inmóvil, reinaba un gran silencio.

Cruzamos la puerta y comenzamos a bajar al valle. El Maestro iba delante, silencioso y encorvado como si aún llorase por la ciudad a la que había predicho una próxima destrucción. Los discípulos le seguían, en grupo reducido, como una bandada de aves asustadas. De vez en cuando se decían algo en voz baja. La seguridad en si mismos que mostraban tres días antes había desaparecido por completo. Los últimos éramos Judas y yo. El discípulo de Karioth se había convertido de nuevo en un hombrecillo atormentado por secretos enojos. Al pasar por el puente, bajo el que corría rumoroso el torrente, de caudal abundante aún, me dijo en voz baja y aprisa:

— ¿Ves, rabí, ves?... De nuevo retrocede. No quiere. Entonces, cuando lo quiso, arrebató a todos, lo cual demuestra que puede hacerlo. Pero no quiere. ¿Por qué no quiere?

—No sé... — murmuré.

— ¿Por qué entonces no tomó el mando en sus manos? — siguió preguntando Judas con un susurro febril —. Pudo hacerlo, pudo... Pero ha traicionado la causa. La ha traicionado...

—¿Qué causa? — pregunté, sin fijarme demasiado en lo que preguntaba.

Me miró con sus ojos inyectados en sangre. También los últimos días han dejado huella en Judas: ha adelgazado y se ha vuelto más feo, más negro e incluso diría más pequeño y miserable. No sé por qué me recordaba ahora a una gran araña que hubiera pasado mucho tiempo sin coger ninguna mosca entre sus patas.

—La causa... — comenzó: pero se interrumpió y me miró de soslayo con una mirada que pareció llena de odio —. Esto, rabí, tú no lo comprenderías nunca... — murmuró al cabo de un rato, evasivamente.

No quiso añadir nada más y yo tampoco me esforcé en mantener la conversación. Además, ¿de qué hubiera podido hablarle? Cada uno de nosotros buscaba en el Maestro a alguien totalmente distinto. Pero Él no ha respondido a las esperanzas de ninguno de los dos. Y no porque sea alguien pequeño. Al contrario, parecía demasiado grande, mayor que todo lo que la gente podía esperar de Él. En cierta ocasión, cuando los enfermos llegaban a Él a centenares para que les curara, les miraba como si les preguntase: «¿Sólo esto queréis de mi?» Frente a todas nuestras exigencias parecía tener una sola respuesta: «¿Sólo esto queréis? Lo que yo os he traído es un don incomparablemente más precioso...» Pero si es así, ¿qué nos ha

traído? ¿Es que el sol luce más desde que El va por el mundo hablando de ese reino suyo?

Mientras tanto salimos de la sombra y comenzarnos a subir por la ladera inundada de luz. Las sombras de nuestros cuerpos se alargaban y quebraban en los peldaños excavados en la roja tierra arcillosa. Los grises olivos brillaban al sol, bajos y anchos. El Maestro andaba despacio, levantando pesadamente los pies, como si estuviera agotado por un enorme esfuerzo. También observé que levantaba a menudo la mano para secarse el sudor de la frente. ¿O acaso no era sudor lo que se secaba, sino lágrimas?

De pronto se paró y señaló con la mano un pequeño prado que se extendía a la largo de una valla bajita construida con piedras planas. Se sentó y todos nosotros hicimos lo mismo. Durante largo rato permanecimos silenciosos. La ciudad se extendía a nuestros pies apiñada, apretada, aplastada por la terraza de Moriah, rayada ésta como una piel de tigre por los rayos de sol que caían sobre ella a través de la columnata del Tiropeión. Desde aquí se podían distinguir claramente las personas que se movían por el atrio del templo. El sol descendía y sus rayos resbalaban oblicuamente sobre las azoteas y el patio. Pero por esto el mismo Santuario, cuyos pilones alargados por su propia sombra se recortaban contra el cielo encendido como una enorme pirámide escalonada vuelta de cara a nosotros, parecía ahora más espléndido y majestuoso que nunca. Teníamos justamente delante de nosotros, hundida en una negra sombra la doble puerta de los corintios que conducen al atrio de las mujeres. El atrio mismo parecía un pozo en el que brillaba, como una piedra en el fondo del agua, la puerta dorada que conduce al altar de los sacrificios. La magnífica construcción que domina la espaciosa plaza atraía nuestras miradas. Uno nunca se cansaría de contemplarla. Es el orgullo y el amor de toda la nación. El sol, escondido detrás de ella, lucía a través de las columna suspendidas en lo alto, refiejábase en el tejado dorado, saturaba de rojo el penacho de humo que se elevaba del altar de los sacrificios y extendíase sobre todo aquel conjunto como una aureola de azul, de púrpura y de oro. El Santuario parecía suspendido en el aire, como una aparición ultraterrena.

¡Qué bello es! Aunque me he pasado la vida al pie de sus muros, siempre me maravillo de su forma, tan ligera y majestuosa a la vez. Herodes era un bandido, sin honor ni fe, pero, sin duda alguna, su obra le redimirá de una parte de sus crímenes. Más de una vez pienso

que, mientras exista el Santuario, la peor suerte no es aún desesperada.

Evidentemente, no sólo yo siento esto.

—Míralo, rabí — exclamó uno de los discípulos, probablemente Juan — ¡Qué magnífico es!

A lo que Él contestó en ese mismo tono de voz dolorido y lastimero que había mostrado antes, bajo el pórtico:

—No quedará de él piedra sobre piedra...

Tuve la misma sensación que si de pronto hubiera soplado un aire helado y se hubiese introducido bajo nuestros mantos. Me sentí horrorizado.

—¿Qué estás diciendo, rabí? — exclamaron varias voces temblorosas —. ¡Esto no ocurrirá nunca! ¡No puede ocurrir!

—No quedará piedra sobre piedra... — repitió son fuerza. Yo le veía de lado, se le habían hinchado las venas de las sienes, tenía lágrimas en los ojos y una desesperada tristeza en el gesto de su boca —. Pero vosotros — siguió después de unos instantes de dolorosa meditación —, cuando veáis el ejército que cercará la ciudad, huid. ¡Huid de Jerusalén a otra ciudad, a los campos, a los montes! ¡Que ninguno de vosotros vuelva para nada! ¡Huid! Llegarán entonces días de venganza, días horribles que los profetas han predicho. El pueblo morirá de hambre y de guerra y por las ruinas de la ciudad se pasearán los paganos. Y esto seguirá así hasta el final, hasta que se cumplan los tiempos...

—¿Y entonces? — pregunté ávidamente.

Sin mirarme, continuó:

—Entonces aparecerán señales en el sol y en las estrellas, y entre las gentes habrá gran aflicción como no la ha habido nunca hasta ahora. El miedo se introducirá en vosotros, el miedo de la espera, y de él moriréis muchos de vosotros. Pero antes os atacarán. Seréis perseguidos, encarcelados, azotados y condenados a muerte. Se os juzgará como unos criminales. El hermano entregará al hermano y el padre al hijo... El amor se enfriará en muchos corazones. Recordad entonces que yo os lo había predicho. Y cuando tengáis que ir ante los tribunales, no preparéis lo que habréis de decir. El Espíritu santo os lo inspirará y enseñará. Seréis odiados por el mundo entero porque habéis querido ser fieles a mí. ¡Pero manteneos firmes! Manteneos firmes entonces. Querrán engañaros. Vendrán hombres y os dirán:

«Yo soy el Mesías». Harán grandes prodigios y promesas.. ¡No les creáis! ¡No les escuchéis! Esperad mi llegada. Porque yo vendré... No os dejaré a vosotros, amigos míos, solos y atemorizados. Vendré también para los que he escogido y acortaré los días terribles.

Nos quedamos en silencio, aterrados y desanimados. Quizá nunca suceda lo que dice. Los profetas, más de una vez, han predicho cosas que luego no se han cumplido. Pero El habla con tal seguridad en la voz como si todas sus palabras tuvieran que cumplirse. Parece saber muy bien lo que dice y por esto el cuadro que nos presenta es a la vez tan impresionante y tan extrañamente distinto...

—Voy a resumir... — Esta vez su voz era bondadosa. Podría creerse que se había dado cuenta del terrible desasosiego en el que nos había sumido y quería consolarnos —. No temáis — dijo suavemente —. Cuando esto ocurra alzad las cabezas, firmes y confiados. Entonces yo estaré ya cerca. Cuidad sólo de que no os encuentre dormidos o comiendo... Y orad mucho. No os canséis de orar...

—Dinos ahora cuándo ocurrirá todo esto — pidió Felipe.

Movió la cabeza y respondió:

—El día del final no lo conoce nadie, excepto el Padre. Debéis estar alerta. El Hijo del Hombre llegará como un rayo y, como un ladrón, entrará de noche en vuestras casas antes de que canten los gallos. Orad y vigilad para que no os ocurra como a los hombres del tiempo de Noé, que no se dieron cuenta de la llegada del diluvio. Vigilad y estad despiertos como hacen las doncellas que aguardan la llegada de sus esposos después del banquete de bodas... Estad alerta, pero no temáis...

A pesar de estas consoladoras palabras, seguíamos en silencio anonadados por la horrible visión que acababa de exponernos. De pronto resonó en el silencio la voz temblorosa de Simón:

—Y tú. Señor, ¿dónde estarás entonces?

Al contestar sonrió ligeramente. El sol se habla hundido ya tras el muro dentado del Templo y sólo unos pocos rayos iluminaban el cielo, que palidecía por momentos. La fantasmagórica visión del Santuario rodeado por una aureola quedó petrificada en una negra mole.

Sopló el viento, movió las hojas de los olivos y todo se volvió a quedar en silencio.

Aquellas palabras se derramaron como un río de aceite sobre el mar agitado de nuestro temor. Hubiérase creído que Él nos atemorizaba para luego poder apoderarse de nuestro miedo y disiparlo con una sola palabra. Como aquella vez en el mar. Aunque su respuesta se refería sólo a Simón, cada uno de nosotros respira más libremente, porque sentía confusamente que aquélla era también una contestación a la inquietud de su propio corazón. Oímos unas palabras pronunciadas en voz baja pero con tal fuerza como si tuvieran que resonar siempre:

—Allí donde tú estarás. Pedro...

CARTA XXI

Querido Justo:

¡Ha ocurrido ya! ¡Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir! ¡Le han prendido! Acaso le hayan matado ya... Pero Él debía de desearlo, pues ha hecho todo lo posible para atraer sobre sí el odio de los sacerdotes y doctores. Es verdad que no fue a entregarse Él mismo. Últimamente, por las noches, se escabullía de la ciudad sin ser visto y, a campo traviesa, se dirigía a Betania, o bien pasaba la noche en alguno de los huertos del monte de los Olivos. Pero se quedó en Jerusalén y predicó hasta el último día. Aún ayer por la mañana habló bajo el pórtico. Sostuvo una animada conversación con la gente enviada a Él por el Gran Consejo, los saduceos y los herodianos. Salió vencedor de ella..., pero fue una victoria puramente verbal. De poco le sirvió que ellos se marcharan furiosos, ardiendo en deseos de venganza, acompañados por las risotadas de la plebe. Las palabras que había empleado para vencerlos tampoco fueron comprendidas por los que las aplaudían. Eran palabras suyas, sólo suyas, implacables, a veces inesperadas, diferentes de las de toda la gente. Él es siempre el mismo. Parece no observar regla alguna. Incluso las cosas más bellas de nuestra existencia deben ser regidas por unas formas de acuerdo con una ley. El hombre debe obedecer a ciertas prescripciones; ni siquiera se puede ser bueno tal como uno quiere. Pero Él no; exige que toda regla ceda su puesto a una única ley que, según Él, es absoluta y debe ser observada incluso en detrimento de todas las demás: la ley de la caridad... Quien hace un acto de caridad es como si hubiera cumplido todas las demás prescripciones. Pero, para Él, si no se ama al Altísimo y al prójimo no tiene valor abstenerse de matar, de robar o dominarse las pasiones; ni tiene valor la observancia de todas las prescripciones referentes a la pureza y al sábado. Ha construido su doctrina sobre la Ley e incluso por encima de ella... Lo que en la Ley representa la culminación de las perfecciones humanas, para Él no es sino el principio de ellas. La Ley

exige: «Sé una persona honrada». Él parece enseñar: «Puesto que eres una persona honrada, puedes ser mi discípulo. Pero, incluso si no eres una persona honrada, ama y podrás serlo».

Ama... Esta doctrina tan sencilla es, sin duda alguna, la más difícil. Pero, ¿por qué un hombre que sólo exige un absoluto y constante amor es tan odiado? Hace una hora ha caído en manos de la guardia del Templo... ¿No le habrán matado ya? Aún estoy temblando por lo que me ha contado Santiago. Es horrible, horrible...

Cada vez que te escribo siento deseos de comenzar la carta por el final; los acontecimientos de su vida son tan impresionantes que los últimos siempre parecen eclipsar a los anteriores. Pero quería que tú, Justo, conocieras todos los detalles. Trataré, pues, de contarte ordenadamente todos los incidentes, que se han ido sucediendo raudos, más que una flecha al dispararse.

Esta mañana me he encontrado al rabí Joel. Tuve razón: al piadoso penitente por los pecados de Israel ya se le ha pasado del todo el susto. Los ojos se mueven más rápidos que nunca y su voz parece el croar de una rana.

—¡Oh, a quién veo, a quién veo!... —exclamó, alzando las manos, al verme. De su boca asomaban dos dientes amarillos y torcidos —. El rabí Nicodemo... ¡Cuánto tiempo sin vernos! — Cuatro días enteros—. El ilustre rabí nunca asiste ahora a las sesiones del pequeño Sanedrín...

Sus palabras me confirmaron mi suposición de que, a espaldas mías, habían tenido efecto algunas sesiones con una parte de los miembros del Consejo Supremo. Mis criados me habían dicho que de noche los ancianos saduceos se reúnen con nuestros más relevantes *haberim* en el palacete de Caifás, en las laderas de la montaña del Mal Consejo. A mí y a José nadie nos ha dicho ni una palabra de esto. La mirada de Joel recorría mi rostro como si quisiera descubrir en él mis sentimientos. Logré adoptar una expresión de completa indiferencia. Respondí

—No tengo necesidad de asistir a todas las reuniones.

—Desde luego, desde luego —se apresuró a contestar. Se frotaba las manos como es su costumbre y no dejaba de mirarme —, desde luego... — repitió —. Sin duda alguna el ilustre rabí Nicodemo trabajaba, ¿verdad? ¿Escribe sus hermosas *hagadás*? ¡Oh, si yo supiera escribir así! ¡El Altísimo ha depositado en tus manos una riqueza muy grande! ¡Muy grande! Escribe, escribe, Nicodemo. Harás

con ello grandes méritos a los ojos del Eterno y, además, te cubrirás de gloria. Llegará un día en que la nación entera estudiará las *hagadás* del rabí Nicodemo bar Nicodemo. Deseo que nunca hagas otra cosa y que no distraigas tu mente en cuestiones inútiles. Todos esperamos de ti más bellas y sabias narraciones... Escribe. Me disgustó saber que últimamente, en lugar de escribir, seguías a este hombre de Galilea. ¡Lástima de tu tiempo, ilustre rabí! Es mejor que escribas. Haciéndolo, sirves realmente al Altísimo. Yo te vi con una rama en la mano, corriendo detrás de Él... Incluso creo que dijiste que era el Mesías...

No contesté. Aparenté no haber oído las últimas palabras. No insistió. Pero seguía allí, encorvado, frotándose las manos con especial cuidado.

—Este hombre —observó — se ha expuesto mucho... No le bastó contravenir los santos preceptos de la pureza, sino que, además, dispersó a los mercaderes... Quizá tuvo razón al hacerlo... Pero fue una imprudencia muy grande. ¡Oh, los saduceos no podrán perdonárselo nunca! Ahora desean su muerte. El que tiene a Caifás por enemigo puede esperarlo todo... Y en todo momento... Sí, sí... —suspiró de pronto—, son graves los pecados de nuestro pueblo, muy graves. Quien haga penitencia por ellos debe sufrir mucho...

Se alejó arrastrando los pies. Me puse a considerar el motivo de haberme dicho todo aquello. Llegué a la conclusión de que debió impelerle a ello su odio hacia Caifás. Joel consideraba que el sumo sacerdote es como un tumor purulento en el cuerpo de la nación: le odia mortalmente. Incluso su odio contra el Maestro disminuye cuando lo compara con el que siente hacia Caifás. Supongo que no le fue fácil avenirse a la alianza que Jonatán, hijo de Azziel, propuso a los saduceos en nombre de nuestros *haberim,* y me pareció que Joel me había hablado adrede del peligro que ya ahora amenaza al Maestro. Eran los sacerdotes, principalmente, los que insistían en aplazar el prendimiento del Maestro hasta después de las fiestas. Pero ahora, heridos en lo vivo por las perdidas sufridas, son capaces de olvidar la prudencia.

Después de razonar así las palabras de Joel, tomé una determinación. En cuanto oscureció, cogí un asno y salí por la puerta Esterquilinia en dirección a Belén. Cuando estuve un poco alejado de la ciudad, torcí hacia el monte de los Olivos y, atravesando los jardines de las laderas, me dirigí a Betania. Quise de este modo despistar a los espías que quizá vigilan mis pasos.

La casa de Lázaro estaba tan silenciosa que parecía completamente dormida. Golpeé la puerta con la aldaba y esperé un largo raro a que me abrieran. Por fin oí unos pasos cansinos y apareció Lázaro. Está intentando andar apoyado en dos bastones. Confieso que cada vez que me encuentro cara a cara con él siento cierto temor. La muerte aleja y eleva a la persona, y no puedo olvidar que estuve ante el sepulcro cerrado de Lázaro. Nunca he vuelto a hablar con él de este asunto... ¿Quien sabe si hubiese sido mejor hacerlo? ¿Acaso sabría decirme algo de Rut? Allí es posible que unos sepan algo de los otros... Pero no me atreví a preguntárselo. Además, lo más probable es que el recuerdo del *seol* se haya borrado de él en el momento de volver a la vida. Si no fuera así, ¿podría vivir sabiendo cómo es aquello?

Me saludó con las palabras:

—El Altísimo esté contigo, rabí. Entra, por favor. Es tarde y debes de estar cansado. El Maestro aún no duerme, estamos todos reunidos. Hoy nos habló de ti...

—Precisamente venía para comunicarle algo.

—Entra, pues. Marta te traerá en seguida agua para lavarte.

Todos estaban abajo, en la gran estancia. La claridad que salía del hogar encerraba en un círculo a un grupo de personas en actitud de recogimiento. Él estaba sentado en medio, alargado, enorme en su blanca *cuttona*, con las manos cruzadas sobre las rodillas. No decía nada: miraba al fuego. Me chocó de pronto que aquella noche su rostro pareciera el de un hombre viejo. Desde hace unos días cada hora que pasa es para Él como si fuera un año entero. Y, a pesar de su gravedad, es un hombre joven, lleno de salud y fuerza. Antes sabía volver descansado incluso de los más largos viajes. Ahora, en cambio, parecía agotado, sin energía y como doblado por el peso de sus preocupaciones. Respiraba pesadamente con los labios entreabiertos. Su despejada frente estaba cubierta de arrugas. Parecía una persona que ha perdido toda esperanza y sólo aguarda pasivamente la derrota final. Al oír mis pasos, alzó despacio la cabeza. Una desvaída sonrisa, como un tenue rayo de sol otoñal, movió sus labios.

—La paz sea contigo, amigo — dijo.

Abrió los brazos y me llamó a su lado. Así recibía a menudo a sus discípulos, pero conmigo nunca se había mostrado tan cordial. Sentí sobre mis hombros sus cálidas manos. ¿Es que busca en mí alguna solución? Inconscientemente, traté de mostrarme enérgico y decidido:

la debilidad de los otros generalmente nos hace sentirnos fuertes. Pero esta vez no pude... Yo también estaba lleno de temor y desesperación y lo sentía a flor de piel. Ninguno de los dos, pensé, estamos en condiciones de tomar una decisión seria. Tocando con mi pecho el suyo, miré por encima de su hombro: los discípulos y las mujeres estaban sentados, con las cabezas inclinadas. Me pareció que compartían el decaimiento del Maestro. Incluso Marta, tan animada siempre hasta en los momentos más difíciles, parecía ahora destrozada.

—Hoy he estado pensando en ti, Nicodemo — oí que me decía. Abrió los brazos y me soltó —. Deseaba verte, lo deseaba mucho...

— ¿Quieres algo de mí, rabí? — pregunté.

Esperé que moviera suavemente la cabeza como hace tantas veces cuando le preguntan si quiere comer, beber, dormir o descansar. Pero esta vez fijó en mí una mirada dolorida, como la de uno de esos numerosos enfermos que Él ha curado y dijo en voz baja:

—Sí.

— ¿Qué deseas? — seguí preguntando.

A pesar de verle en tal estado de decaimiento no se borraba en mí el recuerdo de aquellos momentos en que, de pronto, como una llamarada, cedía en Él la debilidad humana para dar paso aun inmenso y secreto poder. Y no sólo esto. ¡Tantas veces nos ha mostrado su inigualable bondad! Es cierto que no salvó a Rut... pero a otros les daba tanto que incluso yo, sin haber recibido nada, me sentía deudor suyo.

—¿Qué deseas? Dilo. Te serviré al instante. ¿Sabes para qué he venido? Deseo salvarte. Te amenaza un gran peligro. Mañana, al amanecer, te mandaré unos cuantos asnos o, mejor, unos cuantos camellos y un hombre inteligente y de confianza. Irás con él muy lejos. Aquí estás en peligro. Los fariseos y los sacerdotes están tramando algo. Hoy me han dicho cosas por las que he deducido que serían capaces de lanzarse sobre ti incluso durante las fiestas. Márchate sin falta. Todo se calmará en su día y es posible que aún puedas volver.

Sentí que su mano tocaba la mía.

—No me hables de esto, amigo — dijo —. No me marcharé. Cada día tiene su anochecer... Espero de ti otra cosa...

—Siendo así, ¿qué puedo darte, rabí?

—Dame tus preocupaciones, Nicodemo.

— ¿Mis preocupaciones?

—Sí, amigo. Quedamos así en aquella ocasión. Ha llegado el momento. Dame hoy tus preocupaciones. Las necesito. Las he estado esperando. Me faltaban...

—No comprendo... — balbucí.

Ahora ya no hay manera de entenderle. Pero también entonces, al principio, ¿qué quería decir aquello de «volver a nacer»? Nunca me lo explicó. Raramente explica sus palabras. Cuando se le dice que son incomprensibles, se limita a mirar a los ojos y sonríe como diciendo: « ¿No las comprendes? Llegará un día en que las comprenderás.» Su doctrina no recuerda las doctrinas de los filósofos griegos. Ellos definían el mundo, explicaban cómo es. Él quiere que el hombre vaya solo de un descubrimiento a otro y que él mismo se explique todos los secretos. No arma a la gente para la lucha de la vida. Dice palabras incomprensibles que no se sabe cómo ni cuándo descubrirán su sentido. A veces parece contradecirse a sí mismo. En varias ocasiones le he oído decir: «Sed como niños, es necesario que seáis como niños...» Y al mismo tiempo estas extrañas palabras que parecen decir: debéis crecer para comprenderlas. Pero quien crece deja de ser niño y quien es niño debe conformarse con no entender el mundo...

Pero tampoco esta vez me aclaró nada. Me indicó que me sentara en un taburete y se quedó mirándome. En su mirada había cordialidad, amor, entrega. Parecía una persona que pide, que pide humildemente. Volvió a decir:

—Dame tus preocupaciones...

La madera chisporroteaba en el fuego. Marta se acercó de puntillas para preguntarme si quería beber un poco de leche caliente.

«Dame tus preocupaciones..., pensé. Esto sonaría a burla si Él fuera capaz de burlarse. Desde luego, estoy dispuesto a dárselas en seguida. No las escatimo. No las deseo para mí. En realidad, para librarme de ellas he venido aquí de noche, atravesando montes y atajos. Las he traído conmigo junto con la bolsa que cuelga de mi cinto. Pero aquí han aumentado todavía. «Dame tus preocupaciones...» Tampoco en aquella ocasión me libró de ellas. Miré al Maestro por encima de un recipiente de barro. Esperé a que dijera algo más. Pero volvió a fijar su mirada en el fuego y sobre su

rostro apareció de nuevo una expresión de lucha interna, dolor y desánimo. « ¡Es un hombre débil! », pensé un momento. Desde hace tres años este pensamiento vuelve a mí sin cesar. Y pensar que yo había estado a punto de creer una serie de cosas...

Era ya negra noche cuando decidí marcharme. Marta fue a sacar un asno del establo. Me levanté y me acerqué al Maestro. Parecía dormir con el rostro escondido entre las manos. Pero lo alzó al oír mis pasos y entonces vi que tenía las mejillas mojadas por las lágrimas. Debía de hacer rato que lloraba así, sin un sollozo siquiera. Sólo le temblaban los labios y la barba.

—Que el Eterno sea contigo, rabí — dije.

— ¿Ya te vas? — preguntó.

—Me marcho. Es tarde. Pronto cantará el primer gallo.

—Sí —susurró como para sí mismo —, es tarde... Y el gallo... — Suspiró —. Querría que pasara pronto y que durase indefinidamente — confesó —. Noche inolvidable... — Se me clavó en la memoria esto que dijo: «inolvidable». — Recuerda — me dijo, sacudiendo sus propios pensamientos — que espero tus preocupaciones. La paz sea contigo, criatura...

Este hombre, más joven que yo, hablaba como un viejo, como el padre de la nación... Alargó el brazo y me pasó la mano por el rostro. Tenía los dedos calientes y suaves. Nunca he sentido un contacto tan emocionante. Ni siquiera cuando Rut, al ver mi desesperación por causa de sus sufrimientos, me acariciaba la cara con sus manos para consolarme.

Delante de la casa estaba Marta sujetando mi asno y alguien más a su lado. Por el cielo pasaban unas grandes nubes densas que cubrían casi constantemente la claridad de la luna. Pero en este instante había logrado huir de ellas y aparecía en lo alto su claro disco luminoso. Las sombras de las personas parecían derretirse sobre el camino, brillante como un río de metal líquido. En la persona que estaba junto a Marta reconocí a Judas.

—¿Me permites, rabí — preguntó —, que vaya contigo hasta la ciudad? Tengo que hacer allí unas compras antes del amanecer...

—Ven — contesté.

Incluso me alegré, pues su presencia me libraría de la lucha con mis propios pensamientos. Monté en el asno, dije a Marta «El Señor sea contigo», y tomé el camino que me había conducido hasta la casa

de los hermanos. Judas caminaba a mi lado. Entramos en la zona de sombra de los árboles; por sus hojas resbalaba la luz de la luna y caía a grandes gotas sobre el pedregoso sendero. Se oían ladrar unos perros perdidos en la oscuridad. Cuando dejamos a nuestras espaldas las últimas casas, nos envolvió un silencio interrumpido sólo por el rumor de las hojas de los olivos mecidas por el viento.

—Me parece que tenías razón — dije en cierto momento; hasta ahora no habíamos cambiado ni una palabra —. El Maestro está totalmente acabado. Su poder ha desaparecido no sé dónde...

—¡Él mismo ha querido librarse de él! — respondió de pronto con un apasionado susurro. Entre los rápidos cambios de sombra y claridad no podía ver a mi compañero. Pero la brusquedad de sus palabras parecía indicar que él tampoco podía dejar de pensar en el Maestro. Sin dejarme hablar, Judas siguió diciendo con una vehemencia que iba en aumento —: Ya te lo dije, rabí ¡Él lo rechazó! ¡Pudo haber vencido! ¡Pudo! ¡Pudo haber dispersado a esta banda de ricachos, usureros, bandidos, ladrones, explotadores y holgazanes con el buche repleto de denarios...! ¡Hubiera podido destruirlos! —Su enojo parecía un caballo desbocado. Sentía su jadeante respiración, que parecía romperse en un sollozo.

—Temo —le dije — que si las autoridades del Sanedrín estuvieran al corriente de esta debilidad suya, no lo pensarían más. No le perderían de vista y, en cuanto se marcharan los que han venido para las fiestas, se lanzarían sobre Él...

—¡No esperarán a que pasen las fiestas! — me interrumpió de nuevo bruscamente —. ¡Le matarán! ¿Hoy, mañana?... ¡Está perdido! — En un arranque puso la mano sobe el cuello de mi asno. El animal se paró, pues Judas tiraba de su escuálida crin con toda la fuerza de sus dedos encorvados como garras —. ¡Está perdido! — repitió —. Pero, ¿por qué yo nunca he podido tener ni cinco denarios?

Su grito, lanzado en aquella centelleante oscuridad que parecía incrustada de lentejuelas, resonó como un gemido parecido al hipo de un moribundo. Inesperadamente apoyó todo su cuerpo contra el asno. Sentí sobre mi rostro su ardiente aliento. No comprendía lo que le estaba pasando.

—Nunca he tenido ni cinco denarios propios para comprar vino, perfume, amor... Él dice que ama a los hombres. ¡Es pura fantasía! No comprende que nunca nadie amará a un hombre que sea un desgraciado, un miserable, un mendigo... Le daban dinero... Pero

como si no lo tuviera. Yo no podía seguir así —. La voz de Judas temblaba, le castañeteaban los dientes —. Yo no podía... no podía. Nunca vino, nunca amigos, nunca algo mejor para cubrirse el cuerpo, nunca una mujer que ella, por sí misma. —Repetía obsesivamente —: Yo no podía... no podía... no podía...

Casi recostado sobre el asno, su cabeza emergió de pronto de la oscuridad como si la sacara del agua o de detrás de un velo. La luna le iluminó de lleno la cara, borró su color, las arrugas y las sombras; la dejó blanca y sin vida como la cara de una estatua. La mandíbula inferior le colgaba como la de un cadáver.

—Sigamos nuestro camino — le dije.

Se apartó del asno tambaleándose y avanzamos. Oía a mi lado sus pesados pasos, como se arrastraba con el andar de un borracho. Parecía como si la escena anterior le hubiese dejado sin fuerzas. Su respiración era fuerte, silbante. Luego oí que algo tintineaba; debía de tener en la mano algunas monedas. Una y otra vez las echaba al aire y volvía a cogerlas. Todo en él parecía bullir.

El camino nos condujo al fondo de un negro desfiladero. El asno bajaba lentamente poniendo con cuidado una pata delante de otra. Oía el golpear de sus cascos en las piedras planas. Sobre nuestras cabezas se veía, sumido en la oscuridad, el borde rocoso que ahora se iba volviendo cada vez más claro con los primeros rayos de luz rompiéndose contra sus aristas. El frío de aquel lugar y quizá mi agitación interna me hacía temblar. ¿Qué me había dicho?, traté de recordar. «Dame tus preocupaciones...» ¿Qué significaba esto? ¿Acaso es éste uno de sus misterios, terrible y doloroso, pero que como todo misterio suyo esconde en el fondo una inesperada paz? ¿O no son más que las semiinconscientes palabras de un hombre desesperado? Mi última conversación con Él me hizo recordar aquella otra en la montaña. Allí me dijo: «Toma mi cruz... dame la tuya...» Entonces no comprendí estas palabras. Esperaba a pesar mío, confiaba aún en que, a pesar de todo, curaría a Rut. Pero Rut ha muerto. Su enfermedad fue mi cruz más dolorosa, usando su misma expresión. Él no la tomó sobre sí. Pero ahora, ¡quién sabe!, quizá le espera una auténtica cruz... ¡Es una tortura horrible! Nunca he podido contemplar una crucifixión. No se siquiera imaginarme qué sería si me clavaran a mí en ella. Sólo de pensarlo me falta el aliento y siento un punzante dolor en las muñecas. ¡Me desmayaré si sigo pensando en esto! Judas también debe de sentir miedo de la cruz. ¿Acaso para

ahogar su miedo hace sonar constantemente estas monedas? Pero yo no puedo soportar más este tintineo.

Quería gritarle que dejara en paz las monedas, pero no lo hice. Temí que mi observación produjera en él otro torrente de palabras insensatas. Continué avanzando en silencio entre las manchas de luz solar que parecían movibles y me cegaban con su claridad. Judas, a mi lado, seguía haciendo saltar sus ciclos...

Por la mañana bajé a un taller que hay al lado mismo de mi casa. Quería hacer un encargo, pero allí se está tan bien que en vez de salir en seguida me senté y me quedé escuchando el alegre repique de los martillos. Los obreros canturreaban. Esta gente sencilla se alegra por la llegada de las fiestas y el descanso que la espera. ¡Si yo supiera sentirme libre como ellos! Su alegría mitigó un poco mi inquietud y comencé a olvidar las pesadillas que me habían atormentado de noche. De pronto, a la puerta, apareció Ahir y me hizo una seña con la mano. El corazón me dio un vuelco. Desde el primer instante comprendí que aquellos momentos de quietud habían terminado y que mi criado era un mensajero que me llamaba de nuevo al mundo de los temores y las preocupaciones. Cada día estaba más seguro de que algo malo se estaba acercando, y ahora me pareció leer en el ademán de Ahir la confirmación de que esto había ya llegado.

Abandoné el taller. Ante la puerta me esperaban Juan y Simón, a los que Ahir había encontrado cerca de Siloé. Venían con él para decirme que el Maestro me rogaba le dijese si podía cederle para aquella noche la parte alta de mi casa, pues deseaba celebrar allí con sus discípulos la Pascua galilea. Este proyecto aumentó aún más mi inquietud. No quería negárselo. Además, no está permitido negar hospitalidad a un peregrino que quiere comer en tu casa la cena pascual. Pero, ¿por qué hace Él esto? ¿Para qué viene, aunque sea protegido por la oscuridad de la noche, a una ciudad en la que siempre le espera algún peligro? Y, para colmo, quiere celebrar la Pascua a dos pasos de la casa del sumo sacerdote, en mi casa, ¡en la de un fariseo de quien el Sanedrín sospecha que es discípulo suyo! ¡Qué falta de reflexión, o bien, qué manera tan inconsciente de tentar al Altísimo! Dije a Simón:

—Puesto que el Maestro lo desea, claro está, no se lo voy a negar. ¡Pero os conjuro a que no hagáis tonterías! ¡No volváis a hacer otra entrada triunfal en la ciudad? Venid en silencio, en pequeños grupos, perdidos entre la gente. Lo más razonable sería que nadie supiera que pensáis pasar la noche en Jerusalén.

Juan movió la cabeza en señal de asentimiento. ¡Pero Simón está imposible! Volvió a invadirle una oleada de insolencia y seguridad en sí mismo. Puso los brazos en jarras y dijo (habla a grito pelado y, cuando empieza, llama la atención de todos):

—El Maestro no necesita temer a nada ni a nadie. ¡Que alguien se atreva a atacarle! ¡Ya le enseñaré yo! ¡Sobre todo ahora! —y golpeó con la mano un paquete que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué llevas ahí? — pregunté, inquieto.

Desató el envoltorio y me enseñó con aire triunfal dos cortas y anchas espadas de las que se pueden comprar en cualquier herrería.

—Podrían sernos útiles — afirmó con jactancia. Envolviéndolas de nuevo.

¡Ah, qué hombre tan necio! ¿Quiere pelear con los servidores del Templo y del Gran Consejo? Lo que aún me quedaba de tranquilidad se desvaneció por completo. De nuevo me asaltaron los peores presentimientos. No hay nada peor que un mal desconocido cuya llegada tememos. Su fantasma es peor que él mismo...

Ellos cenaban arriba y entonaban himnos mientras yo me paseaba inquieto por la planta baja, escuchando todos los rumores que venían de fuera. Cada pisada algo más fuerte ante la puerta de mi casa hacía latir mi corazón más de prisa. Luego, cuando volvía el silencio, sus latidos se hacían tan lentos que las fuerzas me abandonaban y me sentía desfallecer.

Ya era bien entrada la noche cuando los oí salir. Respiré. Como extenuado por un gran esfuerzo, me eché en la cama y me dormí en el acto. Pero no dormí mucho. Me despertaron. Ahir se inclinaba sobre mí tirándome del brazo. Dijo que alguien había venido y deseaba verme en seguida. Me levanté de un salto. No sentía sueño; estaba consciente, pero todo yo temblaba. Incluso dormido esperaba que llegase la desgracia. Me cubrí con un manto y salí al encuentro del recién llegado. Era Santiago, hermano de Juan. Los hijos de Zebedeo, aunque no tienen la misma edad, se parecen mucho: delicados y tímidos, esconden su entusiasmo y a menudo no saben mostrarlo. Pero el Maestro, que sabe penetrar hasta lo más íntimo de las personas y conoce nuestros sentimientos más recónditos, les llamó un día los hijos del trueno. Cuando recuerdo que sin esfuerzo alguno, como si leyera en un rollo abierto, sabía descubrir en un hombre sus virtudes y defectos, estoy más convencido de que Él no es una persona corriente... Santiago va siempre muy limpio, lleva el cabello

bien peinado y todo él da una impresión de pulcritud y cuidado. Pero ahora tenía ante mí a un hombre con una *simlah* arrugada y los cabellos mojados y en desorden, caídos sobre los ojos y la frente. Sus pies estaban llenos de barro y heridas y tenía la mirada extraviada. Todo él temblaba. No me dijo en seguida para qué había venido: parecía intentarlo, como si las palabras no pudieran pasar por su garganta. Al fin balbució:

— ¡Le han prendido...!

Aunque lo esperaba, aquello fue como si me hubiera caído un rayo encima. Las piernas se me doblaron. Me senté en un banco, sentí un vacío en la cabeza y ante mis ojos pasaron unas manchas oscuras. Me sentí débil como si fuera a desmayarme. De modo que, a pesar de todo..., comenzó a martillearme en la cabeza, a pesar de todo... Todos mis pensamientos, todas mis conversaciones con El se concretaron ahora en estas pocas palabras.

—A pesar de todo... — repetí en voz alta —, no ha logrado huir, salvarse, esconderse. ¡Le han prendido! Creo que estuve mucho rato sentado con la cabeza baja, sacudido por escalofríos, mareado. Cuando la levanté, el hombre seguía ante mí como un árbol destrozado por un rayo. Mirándole, comprendí que para este discípulo lo peor no era que el Maestro hubiera sido prendido... Sus ojos expresaban no sólo dolor y miedo. Además, había en ellos desesperación. Esta clase de sentimiento es contagioso: sobre la frente, en la misma raíz del cabello, sentí unas gotas de frío sudor que parecían el contacto de unas patitas de rana. Los dientes me castañeteaban y este ruido resonaba en la casa vacía y dormida como el rumor de unas rápidas pisadas. Haciendo un esfuerzo, susurré:

—¿Cómo ha... sido?

—Cómo ha sido... — repitió lentamente, como si no entendiera la pregunta, como si él mismo no supiera bien lo que había ocurrido. Inseguro, tartamudeando, comenzó a decir: Celebramos la Pascua en tu casa, rabí. Como siempre... Él... Él... estaba triste. Desde hace unos días estaba triste... Debiste notarlo... Decía... No sé, no lo he entendido todo... Decía... que no tardaría en marchar y luego no tardaría en volver porque no quiere dejarnos huérfanos... ¿Crees que le soltarán? ¿Qué crees, rabí? — Moví la cabeza con expresión de duda. Le vi tragar saliva con esfuerzo, dolorosamente —. Le dijimos que iríamos con Él adonde hiciera falta y que no temíamos ni a la misma muerte. Sonrió tristemente como si no lo creyera... Y dijo que

nos amáramos como nadie se ama. Debemos recordar que siempre está con nosotros y que por su amor hemos de cumplir con nuestro deber... Habló largamente, no puedo repetírtelo lodo. Después de la cena nos lavó los pies. Pedro no quería, pero Él dijo que debía hacerlo. De modo que accedió y todos nosotros también. Luego, aunque ya habíamos terminado la cena, tomó un pan y nos dio de él; nos dio a cada uno de nosotros. Luego hizo lo mismo con el vino, también a cada uno de nosotros. Y habló igual que cuando la gente se marchó indignada: que esto es ahora su cuerpo y su sangre y que debemos comerlo y beberla.. Pero aquello seguía siendo sólo pan y vino... No sabíamos qué pensar. Luego Judas salió en seguida. El Maestro le dijo algo e incluso añadió: «Hazlo cuanto antes». De nuevo repitió que nos amáramos... y que quien lo ve a Él ve también al Padre... Porque Felipe le había preguntado cómo es el Padre y pidió que nos lo mostrara... Habló mucho rato... Ahora se me confunde todo... Juan y yo dijimos que seríamos en el reino los primeros. Entonces Simón se indignó y Santiago comenzó a gritar que él será el primero porque es su «hermano». Pero el Maestro nos mandó callar. Dijo que en el mundo los reyes son los primeros, pero en el reino el que es primero debe ser como el siervo más humilde... Como el siervo de los siervos... Y por fin nos preguntó si nos había faltado algo mientras caminábamos con Él por Galilea, Perea, Samaria y Jadea. Le contestamos que nada, y es verdad: siempre tuvimos de qué comer y beber, aunque el Señor nos prohibía preocuparnos por el mañana. «Pero ahora», dijo, «ya no será así. Ahora debéis pensar en la bolsa para los ciclos y en las provisiones, y quien no tenga bolsa que venda su *simlah* y compre una espada.» Entonces Simón exclamó que las espadas ya las había comprado y le puso dos delante. Nos animó un gran entusiasmo y comenzamos a gritar que lucharíamos y no permitiríamos que nadie le hiciera nada. Los que con más fuerza gritaban eran Simón y Tomás. Pero ni siquiera miró las espadas. Se quedó un rato con la cabeza apoyada en las manos, con el rostro escondido en ellas, como si le hubiéramos dado un gran disgusto. Luego se levantó y dijo: «Basta ya. Vámonos de aquí.» Era ya muy de noche y la luna brillaba sobre las torres del Templo. En el palacio del sumo sacerdote se veían luces encendidas y se oían voces. Me extrañó que allí no estuvieran durmiendo a aquellas horas. Nos marchamos en silencio en dirección al Ophel. De pronto una figura se paró ante nosotros. Era María, su madre. Había estado sentada bajo una higuera retorcida y esperaba, al parecer, a que saliéramos. Ahora avanzó rápidamente hacia el Maestro. Nos

detuvimos. Ellos dos se quedaron juntos, iluminados por las manchas de luz lunar que atravesaban las ramas del árbol sin hojas. «Hijo», oí que decía la mujer, «te lo suplico, no vayas... te lo ruego.» Añadió algo más, pero su susurro era poco claro. Luego Él habló también en voz muy baja sólo para ella. De pronto ella dejó escapar un grito doloroso, retrocedió unos pasos y se cubrió el rostro. Él se le acercó, inclinose, apoyó sus dedos en las mejillas de ella y la acarició como si Él fuera la madre que quiere borrar el dolor y las lágrimas del rostro de su hijo. No añadió nada más. Todo duró unos instantes apenas. Luego, suavemente, pero con firmeza, la apartó a un lado. Ella aún se resistía y sus manos se prendían en el manto de su hijo. La respiración agitada de la mujer estaba ahogada por las lágrimas. Pero Él se dirigía ya a la puerta de la Fuente, sin volverse; ella todavía exclamó: « ¡Velaré...! » Ninguno de nosotros supo a qué se refería. Pasamos por su lado: se había quedado inmóvil bajo la higuera, con los brazos extendidos, y comenzamos a bajar, envueltos en la oscuridad, hacia la piscina. El Ophel quedaba a mano izquierda como un bosque de arbustos, con su negro amontonamiento de casas: sobre él, más allá del pórtico, brillaba el Templo. De nuevo parecía un coloso de belleza y fuerza. ¿Recuerdas, rabí, que Él dijo en cierta ocasión que no quedará de él piedra sobre piedra...? ¿Es posible que una cosa así ocurra? Dime, rabí, ¿lo crees posible? Porque a mí me parece que esto no ocurrirá. A Él le parecía que podría vencer a la gente del Templo. ¡Pero son ellos los que le han vencido! ¿Quién lograría derribar unos muros como éstos, construidos sobre una roca como ésta?

Se restregó la nariz. Después de una pequeña pausa siguió:

—A la derecha, allá donde la muralla forma una curva junto a la torre que da sobre la puerta Esterquilinia, todo aquel rincón está cubierto de tiendas de los que han venido para las fiestas. Pasamos por la puerta y seguimos bajando. De noche, el Cedrón resuena como el mar en tiempo de tormenta. Cuando salimos de la ciudad Él comenzó a hablar de nuevo. Se detuvo junto a una vid, la tocó con la mano y dijo: «Somos como esta planta; yo soy el tronco y vosotros los sarmientos...» Repitió que nos amáramos... «Amaos, amaos siempre, amaos sobre todo en la hora más difícil...» No le entendíamos, nos dábamos codazos... Él lo vio. «Lo entenderéis todo cuando os mande al Consolador... Él os lo enseñará todo... Debo marchar para que luego venga el Consolador... Yo iré con el Padre...» Entonces a mí y a Juan nos pareció que le habíamos entendido. En cierta ocasión

estaba con nosotros y con Simón en u. montaña... No se lo contamos a nadie porque nos mandó callar. Allí... De veras no sé si puedo contártelo, rabí. Pero nosotros hemos pensado que Él iría con el Padre igual que aquella vez en la cumbre de la montaña. Y que de nuevo ocurriría un milagro, pero que esta vez lo presenciaríamos todos... ¡Todo el mundo! Por esto le dijimos que ahora ya creemos todo lo que nos ha dicho. Pero en vez de alegrarse nos miró tristemente, como cuando discutíamos quién será el primero en el reino. «Ahora ya me creéis...» Se mordió los labios. «Ha llegado la hora en que huiréis y me dejaréis solo. Pero yo no estoy solo...» Luego se alzó y rezó con los brazos abiertos.

»La luna subía cada vez más alto y vertía su luz en el desfiladero como agua de un cántaro. Estábamos rendidos. Durante las últimas noches habíamos dormido muy poco. La cabeza nos daba vueltas a causa de tantas palabras como habíamos oído. Atravesamos despacio el puente. Él había decidido que pasáramos la noche en el huerto de los Olivos. En cuanto llegamos, a la tenue penumbra bajo los árboles nos quitarnos los mantos y los extendimos en el suelo. Pero el Maestro no se sentó. Quedose en la oscuridad como una blanca estatua pagana. "Dormid aquí", nos dijo. "yo me voy un poco más lejos". A ninguno nos sorprendió esto: más de una vez se ha pasado la noche orando mientras nosotros dormíamos cansados por las fatigas del día. Al marchar nos llamó a mí, a Juan y a Simón: "Venid conmigo".

»Fuimos hasta una roca saliente. Allí se detuvo y nos dijo: "Estad en vela y orad. Yo también oraré. Me siento triste como un hombre que va a morir..." Su tono de voz, al decirlo, hizo que los tres nos miráramos a la vez. Nunca nos había hablado así. Estaba triste desde el día del banquete en casa de Lázaro, pero esta tristeza no le impedía hablarnos y predicar. Momentos antes aún nos hablaba tranquilamente. Pero ahora su serenidad se había roto como se rompe una burbuja en la superficie del agua. Me pareció un hombre asustado, dominado por la desesperación. "Orad, estad en vela", repitió varias veces. "El espíritu está lleno de entusiasmo, pero la carne ¡es tan débil!" Despacio, como si se le doblaran las piernas, se apartó pero no mucho; algo así como la distancia que recorrería una piedra lanzada al aire. Allí había más claridad y le vimos postrarse. Simón dijo: "Oremos, puesto que el rabí lo desea". No nos arrodillamos porque estábamos muy fatigados. Nos limitamos a repetir las palabras del Hallel. Pero Juan se durmió en seguida. Este

muchacho no sabe velar y más de una vez se nos ha dormido en le barca... A mí también me pesaban los párpados y la oración se me detenía en los labios. Muy pronto oí roncar a Simón. Procuré despabilarme: no estaba seguro de si había velado todo el tiempo o me había dormido. Pero se me ocurrió pensar que probablemente ya no hacía falta seguir velando... Apoyé la cabeza contra un olivo y me dormí en el acto como un tronco.

»De pronto oí la voz del maestro. Me desperté sobresaltado. Se inclinaba sobre nosotros y nos hablaba con voz quejumbrosa. Parecida a la de un mendigo de la puerta de Efraím. "¿Por qué dormís? ¿No habéis sabido velar ni una hora?" Bajo las ramas estaba muy oscuro, a pesar de que la luz de la luna, más clara ahora, cubría las copas de los árboles como si fuera escarcha. Su voz gemía en la oscuridad. Por un momento entró en una mancha de luz lunar y pude ver su rostro. ¡Por la frente de Moisés! ¡Era terrible! ¿Has visto nunca la cara de un hombre que ha sido lapidado? La suya estaba igual: blanca, contraída por el dolor, tensa como una cuerda... ¡No!, digo mal; no como la cara de una persona lapidada, sino como la de un ahogado que ha estado ahogándose lentamente y luchando con desesperación hasta la última bocanada de aire. La noche era helada, pero su frente estaba empapada en sudor; algunas gotas resbalaron formando unos hilitos oscuros como si no fueran de sudor sino de sangre. Su respiración recordaba el estertor de un moribundo... Nos quedamos mudos. Realmente, no me imaginaba qué había podido ocurrirle. Si hubiera podido, me hubiera levantado de un salto y huido, gritando, como de un mal sueño. Pero me pareció estar clavado en tierra. Él seguía inclinado sobre nosotros murmurando palabras que salían entre aquel estertor como chispas cuando se afila un cuchillo. Hablaba bajo, pero a mí me pareció que gritaba... ¿Y sabes a qué parecía este grito? Al de un mendigo lisiado que no puede pasar por entre la multitud. ¡Cuántas veces lo hemos oído en medio de una aglomeración, como el grito de un pájaro quejumbroso y dolorido!

Ahora, su voz semejaba un grito así. "Por qué dormís?", repetía, “¿Por qué dormís? Os he prevenido... No durmáis. Os necesito. Orad. Estad en vela. Orad.” Sólo la primera tentación llega sola. La décima llega con la quinta, la vigésima con la novena... La última, junto con todas las otras..."

»Alzó una mano y se la pasó por el rostro. Tambaleándose, se volvió al lugar donde antes había estado orando. Primero era una sombra invisible en la penumbra, pero luego resplandeció como una

espada puesta al sol. Lentamente, se dejó caer de rodillas. En medio del silencio, roto por el estruendo del torrente, oíase su gemido. Repetía algo dolorosamente; sólo unas pocas palabras, siempre las mismas. Volvía a empezarlas de nuevo, como si cantara. No sé qué decía, pero era siempre lo mismo. A veces lo repetía más aprisa, febrilmente; a veces más despacio, como si lo meditara. ¿Qué podía estar diciendo? Me invadía un temor cada vez mayor. Nos dijo que rezáramos, pero las palabras del salmo se me paralizaban en los labios; les daba vueltas, no podía emitirlas, no tenía fuerzas para seguir adelante. Simón balbució algo como que, puesto que el Maestro nos necesitaba, no debíamos dormir. Pero, apenas lo hubo dicho... ¿Sabes, rabí?, el sueño me parecía la única salvaguardia contra el miedo. Cuando oí roncar a Simón, sentí que le envidiaba... ¡Él ya no tenía miedo, mientras que yo seguía teniéndolo!...»

¿Crees que no lo comprendía, Justo? Temblando como hierba lamida por el fuego, sentí que también en mí crecía un ardiente deseo de hundirme en la inconsciencia del sueño. Es nuestra salvación, si al menos así podemos evadirnos. Sólo que mi sueño nunca es una evasión. A veces es más agotador que la realidad. He tenido muchos sueños así después de la muerte de Rut, sueños en los que ella retornaba a la vida para volver a morir... ¡Felices los hombres que, cerrando los ojos, pueden olvidarlo todo!

Comprendí por qué había dejado de hablar, avergonzado.

—¿Volvisteis a dormiros? — pregunté.

Gimió como si le hubiera golpeado una herida mal cicatrizada.

—Tenía tanto miedo — los dientes le castañeteaban —, tanto miedo...

—¿Entonces vinieron ellos y le prendieron?

No contestó —. Él se acercó otra vez. Ahora ya no gemía ni lloraba. Se limitó a decirnos, dolorido: «Ya podéis dormir...» Le miramos restregándonos los ojos. Estábamos avergonzados de habernos dormido. Pero, ¿por qué no nos dijo que aquél era el último momento? En más de una ocasión nos había dicho: «Velad conmigo...» ¿Cómo podíamos suponerlo?

«De pronto resonaron unos gritos y entre los árboles lució el rojo resplandor de las antorchas. La guardia había cercado el huerto y de todas partes acudían soldados, seguros de que no podríamos escapar. Nos levantamos de un salto. Yo quería huir, pero Simón

empuñó la espada que llevaba consigo y preguntó, excitado: '¿Hemos de luchar, Señor? ¿Hemos de luchar?' Oí gritos de horror; eran los demás, que se habían despertado. Mientras tanto los soldados del Templo iban cerrando el círculo. A la vacilante luz de las antorchas veía espadas, bastones, lanzas, escudos y caras gritando amenazadoramente. Simón saltó el primero...

Pero Él, Justo, reprendió a su discípulo más fiel. Curó la herida que éste hizo a un criado del sumo sacerdote. ¿No hubiera podido huir? Él, que en tantas ocasiones desaparecía ante los ojos de toda una multitud. Pero, según parece, había dicho: «Ahora, ya no habrá más milagros.... ahora hay que tener la bolsa y la espada...»

¿Espada? ¿A qué espada se refería, puesto que no permitió luchar a Kefas?

No tenía esperanzas de volver a dormirme. Me dispuse, pues, a contarte todo esto y ya estaba a punto de terminar cuando alguien llamó de súbito a mi puerta. El corazón me dio un vuelco. Pensé inmediatamente que ellos, en esta noche, querían terminar también con todos los amigos del Maestro. En vez de ir hacia la entrada, subí a la azotea. El corazón me latía tan de prisa que se me ponía un velo ante los ojos. Pero abajo no vi más que a un hombre solo.

— ¿Quién es? — pregunté.

—Soy yo, Chai.

Reconocí a uno de los ascarios.

— ¿Qué quieres a estas horas?

—El sumo sacerdote me manda decirte que vayas ahora mismo a su palacio. Todo el Sanedrín se reunirá allí en seguida para juzgar al rebelde de Galilea...

—¿De noche? No se puede celebrar juicio por la noche. La ley lo prohíbe...

—No lo sé, rabí: no conozco las Escrituras. Es lo que me han mandado decir. Sigo adelante...

Desapareció en la oscuridad.

Volví a la planta baja, donde Santiago seguía sentado junto a la pared, inmóvil y dolorido. No puede perdonarse a sí mismo el haberse dormido.

¿Cómo ha dicho? «El Maestro necesitaba que estuviéramos en vela... nos pidió que veláramos...» Y él se había dormido. Pero al

menos había descansado cerca del Maestro... ¿De qué sirve lamentarse ahora? Las veces que yo me había dormido al lado de Rut... ¡Tampoco le hubiéramos salvado! Ni le salvaremos si no lo logra por sí mismo. ¡Si no lo logra o si no lo quiere? Un Mesías que ha venido pero no quiere vencer es el fin de la fe en el Mesías. ¿Y si no lo logra? Entonces esto significaría que no es el Mesías. ¿Qué es mejor: saber que nos hemos equivocado, o saber que la misma fe no es sino una ilusión? ¡Basta! ¡Basta! Nunca llegaré a verlo claro. Debo ir. ¿O quizá sería mejor fingir que estoy enfermo? ¿Qué ganaré con ello? ¿Le juzgarán sin mí? Pero, ¿y si se ha dejado prender sólo para mostrar luego su poder ante sus jueces? Entonces yo sería como un nadador que se ahoga en la misma orilla... No: hay que ir. Hay que ser valiente, luchar por Él. No quiero ser como este Santiago que llora y no se atreve a asomar la cabeza a la calle. No he conocido, es verdad, los espléndidos días de Galilea. He llegado al final, al último momento, como aquel jornalero rezagado a la viña de su *mashal*. Pensaba que sería el momento del triunfo y resulta que es el de la amarga derrota. ¡Qué remedio! Suele ocurrir así cuando el juego es arriesgado. Acaso me reprocharé todas mis dudas o, quizá, no haber dudado una vez más... ¡Pero basta ya! Al final hay que mostrar que se es alguien... Hemos de beber nuestro vino... Me voy. Enrollo la carta y me la llevo conmigo. Si encuentro en Xistos alguna caravana que salga de la ciudad te la mandaré ahora mismo. ¡Oh! ¿Por qué no estás aquí, Justo? ¿Sabrías decirme tú qué significan sus palabras: «dame tus preocupaciones...»? ¿Qué significan? ¿Por qué quiere tomar mis preocupaciones? ¿Y cómo hacer para dárselas? Desdichadamente, nadie podrá decírmelo nunca... ¡Oh, Justo! ¡Si al menos supieras decirme si Él espera todavía! Porque me dijo: »Espero... recuerda que las espero...» Lo dijo como habla del agua un hombre que está en el desierto. Pero ahora es un prisionero amenazado de muerte... ¿Puedo todavía añadirle peso a un prisionero? Pero, sino es Él, ¿quién? Sólo Él las deseaba tan ardientemente.

CARTA XXII

Querido Justo:

«Dame todo lo que te aprisiona...» Así me dijo entonces en la colina de la doble loma. Luego, cuando Rut murió, me pareció que había comprendido: El no quiso curarla. Pero, ¿por qué ahora ha vuelto a decirme: «Dame tus preocupaciones» ¿Qué significa esto? ¿Qué significa, Justo? ¿Por qué las quiere cargar sobre sus espaldas? ¿Cómo pensaba hacerlo? Desdichadamente, ahora ya nadie sabrá contestármelo...

Para todo es ya demasiado tarde. Ahora es un prisionero amenazado de muerte. ¿Qué puede hacer un prisionero por un hombre en libertad?

Acompañado por dos siervos con antorchas (las noches ahora son claras a causa del plenilunio, pero preferí no salir solo a la calle) me fui a casa del sumo sacerdote. Estaba llena de luces y voces. Incluso por fuera la habían rodeado de guardias. A lo largo del muro habían unos gordos y panzudos centinelas sólidamente apoyados sobre sus piernas, con una lanza en la mano. En el patio habían encendido grandes hogueras y junto a ellas se veían otros guardias, servidores del Templo, levitas, ascarios y unos hombres desconocidos con cara de bandoleros. Junto al muro surgían de la penumbra toda una hilera de grupas de asno. El amarillo resplandor de las hogueras hacía danzar sobre las paredes las sombras de las personas en movimiento. Los rayos de la luna quedaron fuera como una lluvia sobre la calle.

Cuando hube entrado en el patio se acercó a mí un levita.

—Te saludo, rabí — me dijo cortésmente —. El Sanedrín todavía no ha terminado de reunirse... Mientras tanto han llevado al prisionero a casa del ilustre Ananías. ¿Quieres ir a escuchar lo que dirá allí?

Contesté que sí y me dirigí al fondo del patio. La casa del sumo sacerdote está tocando a la de su suegro: sólo hay que atravesar dos patios. Por el camino vi por todas partes hogueras rodeadas por una

multitud de gente. Los saduceos habían hecho levantar a media Jerusalén. Sobre todo aquel gentío se elevaba una algarabía que a menudo se transformaba en gritos. También se oían exclamaciones entre las columnas del vestíbulo de la casa de Ananías. El levita me hizo entrar por una puerta lateral a una gran sala construida como los compluvios de las casas romanas, con un depósito para el agua en el centro, bajo el cielo raso. De espaldas a mí, bajo la columnata, estaba sentado Ananías sobre un trono bajo. Le rodeaban varios sacerdotes y saduceos, así como unos cuantos fariseos y doctores. Es admirable la rapidez con que una enemistad de muchos años se ha convertido de pronto en amistad. Poco después de llegar yo, por la otra puerta situada frente al trono de Ananías, hicieron entrar al Maestro. Me quedé clavado en mi sitio como si hubiera echado raíces. El espectáculo era doloroso... Jesús llevaba las manos atadas a la espalda e iba ceñido con un grueso cinturón con clavos de hierro, al que habían atado unas cuerdas. Mediante ellas se puede arrastrar a un hombre sin tocarle... de este modo han debido de conducirle desde el huerto de los Olivos. Según todas las apariencias, los siervos no le habían escatimado sufrimientos durante el camino. Arrastrado brutalmente, debió de caerse más de una vez. Su manto y su *cuttona* estaban sucios, mojados, cubiertos de barro. Además, debieron de maltratarle, porque sus vestiduras estaban arrugadas y rotas y llevaba los cabellos en desorden. Por debajo de la *simlah* asomaban sus pies ensangrentados y magullados. Pero, a pesar de estas marcas, este hombre seguía superando en estatura y gravedad a todos los circundantes. Su rostro expresaba tristeza y al mismo tiempo dominio. No miraba a los lados, sino directamente y con seguridad a la cara de Ananías. El miedo, si lo había sentido, se había sumido ahora en el fondo de su persona como una piedra en un lago. Cuando le vi de este modo, silencioso y erguido, me lo imaginé allí, bajo los negros árboles, diciendo a las gentes que habían ido a prenderle: «Soy yo. Puesto que es a mí a quien buscáis, dejad que éstos se marchen...» Su actitud debió de impresionar a las autoridades reunidas, porque en la sala reinaba un silencio interrumpido sólo por el crepitar de las antorchas.

De pronto oí algo así como el croar de una rana. Era Ananías que se estaba riendo. Este saduceo, viejo y delgado, siempre está lleno de maliciosa burla. Los saduceos y fariseos que le rodeaban se le unieron a coro. ¿Acaso necesitaban esto para decidirse a pronunciar la primera frase contra el prisionero? Porque al poco rato oí decir al sumo sacerdote:

— ¿De modo que tú eres Jesús de Nazaret? ¡Qué honor tenerte entre nosotros...! ¡Ja, ja, ja! Pero, ¿cómo es esto? ¿Has venido solo? — Desde mi sitio podía ver el perfil de gavilán de Ananías. La larga nariz le colgaba como un pico sobre su incolora y mal poblada barba; sus labios salientes avanzaban como para besar —. ¿Y dónde están tus discípulos? ¿Tus siervos? ¿Y tu reino? — De pronto cambió de tono. Golpeó con la mano el brazo del trono —. ¡Todo ha terminado ahora! ¡Ya has pecado bastante! ¡Basta de blasfemias! ¡Tú, tú... — hizo una mueca con su boca desdentada — has profanado el Templo del Señor! ¿Pensabas, quizá, que siempre te saldrías con la tuya?

Se calló y arrellanó en su sillón. Pero ahora, en vez de él, gritaban los otros. Se acercaban al prisionero y agitaban ante su cara los puños amenazadores. Los insultos caían sobre Él como un torrente impetuoso. El hechizo de la primera impresión se estaba desvaneciendo. Cuando el Maestro, golpeado por detrás por uno de los guardias, cayó sobre el pavimento de piedra, todos se abalanzaron sobre Él para golpearle y pisotearle.

Yo le contemplaba aterrorizado. Experimentaba algo así como si en toda aquella gente se hubiera desencadenado una maldad desconocida, oculta hasta entonces. Debí protestar por aquel modo de tratar a un hombre, pero la voz se me paralizó en la garganta. Tal vez hubiese acabado por decir algo de no haber refrenado Ananías el entusiasmo de los atacantes. El Maestro se alzó del suelo y la gente retrocedió unos pasos.

—Ya se ha terminado... — repitió el anterior sumo sacerdote —. Dinos ahora qué enseñabas a la gente. Deja que nosotros también escuchemos esas historietas tuyas —. De nuevo se rió cruelmente y con él todos los suyos —. ¡Vamos, habla! — exclamó en tono amenazador —. ¿Qué te ocurre? ¿Has enmudecido de pronto?

Posiblemente aquella mirada que seguía clavada en él, impasible, le irritaba. La voz del Maestro sonó como siempre, serenamente ponderada y muy triste

—He predicado mi doctrina en público. He hablado en el ateto del Templo y en las sinagogas. Todo el mundo podía escuchar lo que yo decía. Si quieres saberlo, pregunta a los que me han escuchado.

No terminó porque alguien se acercó a Él de un salto y le pegó con el puño en pleno rostro. El hombre era pequeño, pero el golpe debió de ser fuerte, porque Jesús volvió a caer. El hombre aprovechó esta circunstancia para darle aún un puntapié mientras gritaba:

— ¡Tú, desvergonzado! ¿Así te atreves a responder al ilustrísimo?

De nuevo todos los reunidos estuvieron a punto de lanzarse sobre el Maestro. Pero Él se puso primero de rodillas y luego se enderezó del todo. De su nariz y sus labios, magullados, bajó un río de sangre negra. Su mejilla, con la señal de los nudillos del siervo, se hinchaba más y más. Dijo con dificultad, con voz cambiada:

—Si he contestado mal, dilo. Pero si he hablado bien, ¿Por qué me pegas?

En vez de responder, el pequeño siervo escupió con saña a la cara del Maestro y soltó una ruidosa carcajada. Luego, mirando de lado a Ananías, chilló:

— ¡Para que no vuelvas a hablar así!

Me pareció recordar esta cara: una frente baja de zorro, ojos cargados de astucia, labios carnosos... ¡Sí, ya lo sé! Es Gadi, aquel a quien, durante la fiesta de los Tabernáculos, mandó Jonatán, hijo de Azziel, con la guardia para que prendiera a Jesús y luego le reprendió cuando volvió sin él. Despedido por el Gran Consejo, al parecer, ha entrado al servicio de Ananías. Ahora se está vengando de aquello... Los saduceos, los fariseos, la guardia, los servidores, todos deseaban lanzarse de nuevo sobre el Maestro. Pero en aquel momento apareció Chai e, inclinándose ante Ananías, le anunció que el Sanedrín se había ya reunido y estaba esperando al prisionero.

Las reuniones del Sanedrín tienen lugar en casa de Caifás. La sala de sesiones, con los bancos dispuestos en semicírculo, está siempre a punto. A pesar de la hora, intempestiva y contraria a todas las reglas, llegaron no sólo los imprescindibles veinticuatro miembros, sino la casi totalidad de ellos. Los bancos se llenaron. En el centro, al lado de Caifás, que saltaba de impaciencia, estaba sentado Jonatán, hijo de Ananías, como *nasi* de la reunión, y su suplente Ismael, hijo de Fabi, marido de la hija del anterior sumo sacerdote. La familia de Ananías se ha apoderado de todos los cargos como las moscas de la carroña de un asno muerto. En el banco de los saduceos había también otros hijos de Ananías: Eleazar, Ananías, Jehudá, y todos los sacerdotes más ancianos con Simón Kaimita, Jesús, hijo de Damaios, y Saúl al frente. Para sentarme en mi sitio de costumbre tuve que pasar entre nuestros *haberim:* Simón, hijo de Gamaliel, Jonatán bar Azziel, Eleazar bar Chetah, Johanaan bar Zakkai, Helias bar Abraham, Simón bar Poira, Joel bar Gerión... Les saludé con un movimiento de cabeza, pero observé que al verme se pusieron a murmurar algo entre

sí. José de Arimatea también estaba ya allí. Me senté a su lado. El *nasi* llamó a los dos escribas, al de la defensa y al de la parte acusadora, y les mandó que se sentaran a los extremos del semicírculo de asientos. Entonces se levantó.

—Ilustrísimos padres y maestros — comenzó —. Nos hemos reunido aquí para juzgar a un hombre cuya doctrina y actuación se han convertido en un peligro para la fe, la moral y la misma existencia de la nación israelita. Sabéis a quién me refiero: a este *naggar* de Galilea.

—Pero, ¿por qué se nos ha convocado aquí de noche? — preguntó José, levantándose del banco —. ¿Es que ya no hay día para celebrar los juicios?

José hablaba con una voz honda que recordaba el sonido de un cuerno. Debo reconocer que es más decidido que yo. Son su fabulosa riqueza y sus relaciones con los romanos lo que le han hecho así. Yo, a decir verdad, tampoco debería temer a nadie. ¿Quién podría hacerme algo? Pero soy así... No es fácil vivir con una naturaleza como la mía pero no la puedo cambiar. Soy yo quien hubiera debido hablar y no José. Él no sabe mucho acerca del Maestro. Sólo lo que yo le he contado. Nunca ha hablado con Él. ¿Acaso lo ha hecho ahora sólo por amistad hacia mí? Pero creo que más bien ha sido por ganas de contradecir a Jonatán. Entre ellos la discordia ha aumentado desde que, después de aquella pelea entre los saduceos y Pilatos, en otoño, los beneficios del comercio con los romanos van a parar a las manos de José.

—Ilustre... — Jonatán bar Ananías inclinó la cabeza en ademán de forzado respeto —. El asunto es muy urgente...

—Incluso en el caso más urgente no nos está permitido decidir nada de noche.

— ¡Está permitido! —exclamó el rabí Johanaan.

En esta sala es una verdadera sorpresa que un fariseo se ponga de parte de un saduceo.

— ¡No está permitido! — insistió José.

—Es verdad; cuando se trata de la vida de un hombre no está permitido... — dijeron unas cuantas voces inseguras desde varios rincones de la sala.

Hay un *halaká* que dice... — comenzó de nuevo Johanaan.

— ¡Pero no consta en las Escrituras! — le interrumpió secamente José.

—Pero, puesto que el *soferim* ha dicho... — se oyó en el banco de los fariseos.

— ¡El parecer del sabio tiene valor cuando ha sido aceptado por el Sanedrín!

—¡No! — exclamó otro de nuestros *haberim* —. Las palabras de un maestro son tan santas como lo eran antiguamente las de los profetas.

Esto produjo una viva reacción en el banco de los saduceos. Se oyeron voces.

— ¡No es verdad! ¡Es invención de los fariseos!

— ¡Silencio! ¡Silencio! — Jonatán se apresuró a calmar a los reunidos —. ¡Silencio, ilustrísimos! No es momento de discutirlo ahora. Tenemos un asunto urgente y las discusiones sobre las enseñanzas de la Ley duran desde hace muchos años. Mientras tanto, hagamos las paces. Puesto que todos estarnos de acuerdo en que el parecer de un sabio maestro puede convertirse en ley, ¿no es así?, nada más fácil que convertir en ella la opinión expresada hace un momento por el ilustre rabí Johanaan bar Zakkai.

—Pero es que por principio... — comenzó uno de los jóvenes fariseos del extremo del banco.

— ¡Hoy no vamos a discutir principios!

—No vamos a discutir principios — asintió el rabí Jonatán, hijo de Azziel. Comprendí que hoy los dos bandos trataban de evitar a toda costa la disputa. Nuestros ancianos sacudían la cabeza. Abandonado por los suyos, el joven fariseo se calló y volvió a sentarse. Pero José no quería ceder.

— ¡No estoy de acuerdo! — comenzó de nuevo —. De noche no se puede juzgar a nadie.

—Pero, puesto que los doctores están de acuerdo con los sacerdotes... objetó Jonatán bar Azziel.

—Sin embargo, ¡yo sigo disconforme! — gritó José, golpeando el banco con su enorme mano.

Se produjo un embarazoso silencio. En el banco de los fariseos y en el de los saduceos los miembros inclinaban las cabezas y se consultaban en voz baja. Jonatán volvió a decir:

Puesto que los doctores y los sacerdotes...

Caifás, al que desde el principio parecía que le estuvieran pinchando, estalló de pronto:

— ¡Qué nos importa el parecer de uno! ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¡Juzguemos pronto a este embaucador!

—Yo, en cambio, propongo que sigamos el parecer del doctor José — dijo inesperadamente el rabí Onkelos. Este griego siempre encuentra una salida a las situaciones más difíciles —. Es seguro que la sesión se prolongará. Ahora vamos a examinarlo todo, esto nos está permitido, y la sentencia la dictaremos cuando ya sea de día. Entonces estaremos de acuerdo con la Ley.

— ¡Es cierto! ¡Tiene razón! ¡Tiene razón! ¡Está en lo cierto! — exclamaron todos al unísono.

Jonatán, el *nasi*, sonrió aliviado y dijo algo a Caifás. Vi que el sumo sacerdote hacía un signo con la cabeza y dirigía a José una mirada llena de odio.

—Comencemos, pues — dijo el *nasi* —. Haced entrar al acusado y a los testigos.

Dio una palmada. Los servidores hicieron entrar primero al Maestro. Ahora no iba atado ni tenía sangre en le boca. Pero los labios, la nariz y la mejilla estaban hinchados y amoratados. Llevaba los cabellos en desorden. Debía de estar muy cansado, porque a cada momento se apoyaba pesadamente, ahora sobre un pie, ahora sobre el otro. No perdía la compostura, pero no miraba a los reunidos. Bajó la cabeza y parecía estar contando las baldosas de color. Los cabellos le cubrían la cara.

Detrás de Él hicieron entrar a toda una multitud de testigos. Formaban una columna asquerosa, repelente. Olían a ajo y a aceite rancio. Entre esta banda de auténticos ladrones se veía algún rostro con aspecto de más honrado, pero mortalmente asustado. Sólo con verles se comprendía que acudían bajo una amenaza o por dinero. El *nasi* recitó la fórmula de rigor:

—Recordad que habéis de decir la verdad. En caso contrario, la sangre del inocente caerá sobre vosotros. El escriba que estaba en el centro del semicírculo de los bancos cogió por el brazo a uno de los testigos y le condujo frente al *nasi*.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó Jonatán.

—Chuz, hijo... hijo... — tartamudeó el hombre —, hijo... de Si... de Simón...

— ¿Qué sabes sobre las culpas de este hombre?

— Yo... yo... le he visto... — balbució el desgraciado— comer... con... con... los pecadores... con los... paganos...

—Los saduceos lo hacen a menudo — dijo el joven fariseo a su vecino, pero tan fuerte que todos le oyeron.

— ¿Y qué más? — preguntó Jonatán de prisa al testigo.

—Él, él... ha dicho... que no... que no se puede dar... una carta de divorcio...

— ¿También tú lo has oído? — preguntó Jonatán al siguiente.

—Sí, ilustrísimo. Dijo que antes no había cartas de divorcio.

— ¿Y que no se pueden dar esas cartas?

—No, ilustrísimo. Dijo que antes no había cartas así...

— ¿Y por esto no se puede dar?

—No, ilustrísimo. Él sólo dijo que antes no había cartas...

— ¡Echad de aquí a este imbécil! — exclamó Caifás, impaciente —. ¡Que hable el siguiente!

— ¿Qué sabes sobre la culpa de este galileo? — preguntó el *nasi* a un hombre pequeño, contrahecho, con aspecto de mendigo.

— ¡Oh, sé mucho, nobilísimo! —El inválido soltaba las palabras aprisa, atragantándose con ellas —. Mucho... Curaba. Es decir, todos creían que curaba. Pero no era así. Muchas de las enfermedades se reprodujeron.

—Esto indica que se servía de artes mágicas, ¿verdad? — sugirió al testigo el rabí Joel.

— ¡Es seguro que se servía de ellas! ¡Oh, yo lo sé muy bien...! Siempre, cuando curaba, invocaba a Satanás...

— ¡No lo digas en voz alta, necio! — exclamó severamente el sumo sacerdote.

— ¿Y tú —Jonatán se volvió hacia el siguiente —, has visto también que la gente curada por él volvía a enfermar?

— No... — negó el hombre, mirando con terror al Maestro, que estaba cerca de él, siempre silencioso.

— ¿Por qué habéis traído aquí a un necio como éste? — se irritó Caifás —. ¡Fuera con él!

— El dijo a uno —exclamó otro entre la multitud de los testigos — que si volvía a pecar vendría sobre él una enfermedad peor aún.

— ¡Cállate! —El sumo sacerdote golpeó el banco con el puño —. ¡Nadie te pregunta nada!

— ¿Quién ha oído decir que las enfermedades se han reproducido? — siguió preguntando Jonatán.

Pero entre aquella chusma no se encontró para esto ningún otro testigo.

—Sigamos. ¿Qué más sabes? — preguntó el *nasi* al mendigo charlatán.

— ¡Oh, yo sé mucho, mucho, muchas cosas!... Él no daba ofrendas al Templo...

— ¿Dices la verdad?

— ¡Caiga yo ahora muerto aquí mismo si digo una mentira! Cuando el recaudador fue a hablar con sus discípulos, éstos le dijeron que el Maestro les había prohibido pagar...

— ¡Traed aquí a ese recaudador!

La multitud empujó a primera fila a un hombrecillo miserable, asustado, insignificante.

— ¡Más cerca! — gritó Jonatán —. ¡Más cerca aún! —El otro se acercó despacio, atemorizado —. Escucha bien lo que te digo. ¿Es verdad que los discípulos de éste — y señaló con la mano al Maestro — no han querido pagar el impuesto para el Templo?

—Ilustrísimo, nobilísimo... — El hombre tragaba saliva a cada palabra y su nuez se movía arriba y abajo — Es lo que estoy diciendo. Cuando llegué les dije que pagaran... Aquello fue en el mes de *tishri*, porque en el mes de *adar* él no estaba en el país...

— ¡Esto no nos importa! Contesta: ¿pagó o pagó? — preguntó, gritando, Caifás.

—Es esto, es esto... — La nuez le saltaba como un animalito vivo que se agitara bajo su piel —. Es lo que digo... Sus discípulos fueron a preguntárselo, ilustrísimo...

— ¿Y no pagaron?

— Es decir, ilustrísimo... es lo que digo... fueron a preguntárselo. Y él dijo...

— ¿Que no pagaran? ¿Es esto?

—Es lo que digo... Que pagaran... Porque dijo...

—Pero, ¿ellos no pagaron?

—Es lo que estoy diciendo, ilustrísimo... pagaron...

— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Qué imbécil! ¡El siguiente! Habla tú.

Era un hombre viejo, seco, de aspecto tétrico, con filacterias sobre la frente y una larga barba que le caía sobre el pecho; parecía un fariseo. Hablaba despacio, sin vacilar, en una lengua mucho más cultivada que todos los *amhaares* que habían declarado antes de él.

—Este hombre mandaba a sus discípulos recoger mucho dinero. Decían que era para hacer limosna a las viudas pobres y a los huérfanos. Pero todo el dinero iba a parar a él. Era un libertino... Predicaba penitencia, pero tenía tratos con meretrices. Le seguía toda una banda de mujeres. Organizaba para ellas grandes banquetes...

— ¿Cómo lo sabes?

—Todos le han visto en compañía de mujeres...

— ¿Y tú también lo has visto?

Jonatán, el *nasi,* se volvió hacia un hombre que estaba a su lado.

— ¡Oh, sí! — contestó éste, un galileo que hablaba un dialecto casi incomprensible de la región del Tiberiades —. He visto con mis propios ojos que el rabí Nahum, de Naim, le invitaba a un banquete. Entonces llegó una mujer de la calle y le lavó los pies...

—¿Qué está diciendo este hombre sobre no sé quién de Naim? — dijo, irritado, el rabí Simón Que diga si mantenía o no relaciones con las mujeres públicas.

—Esto lo sabemos nosotros mismos — dijo el rabí Joel — ¿Recordáis que durante las últimas fiestas de la Hosanna no permitió lapidar a una mujer que había sido sorprendida en acto de cometer adulterio?

—Sí — asintieron a disgusto unas cuantas voces —. Lo recordamos...

—No vale la pena de volver a hablar de ello... — murmuró el rabí Jonatán.

—Evidentemente, no vale la pena...

— ¿Quién puede confirmar lo que ha dicho este hombre — el *nasi* dirigió la pregunta a los restantes testigos —, de que el galileo mantenía relaciones con mujeres públicas? ¡Cómo! ¿Ninguno de vosotros lo ha visto?

— ¿Es que hemos convocado este juicio para juzgar a alguien por estar en tratos con meretrices? — dijo la profunda y sonora voz de José.

—Paciencia, José. Hay todavía otras acusaciones más serias.

—Aún no las he oído. A decir verdad, hasta ahora no he oído ninguna acusación. Los testigos se contradicen...

— ¡Fuera con éste! — exclamó Caifás, haciendo una seña a los criados para que se llevaran al testigo de la barba larga.

Ahora mismo oirás, José, algo más interesante — dijo Jonatán, hijo de Ananías —. Ven aquí tú — y con el dedo llamó a un levita —. ¿Qué dices tú?

—Este hombre — declaró el levita — ha celebrado hoy la cena de Pascua.

— ¡Blasfemia! — vociferaron varias voces —. ¡Ha faltado a la Ley!

— ¡No es verdad! — exclamó, elevándose sobre aquel griterío la voz de José.

—Esperad, José nos lo dirá — dijo el *nasi* con aire burlón —. En casa de un amigo suyo, el noble rabí Nicodemo, miembro del Gran Consejo de los fariseos, es donde se ha celebrado el banquete...

— ¡Es verdad! — respondió José —. Ahora voy a contarlo... El es galileo, ¿verdad? ¿Qué dicen las prescripciones sobre el derecho de los galileos a comer la Pascua en la noche del sábado pascual?

—Te estás hundiendo tú mismo. El sábado comienza por la noche...

—Pero el pascual ya ha comenzado. Olvidáis, según veo, que habéis juntado dos sábados en uno. Además, sabemos por que lo habéis hecho: queríais tener menos trabajo.

Se produjo un silencio. Alguien dijo:

—Tiene razón. Los galileos tienen derecho a aprovecharse de esto.

—Pero no sabemos — dijo precipitadamente Jonatán, hijo de Azziel — si el banquete pascual se hizo de acuerdo con las prescripciones...

— ¿Desde cuándo un «no sabemos» decide sobre la culpabilidad de una persona? — gritó José.

De nuevo se produjo un silencio. Oí los furibundos resoplidos de Caifás. Parecía un toro cegado por una capa roja.

—Un discípulo suyo — dijo entre dientes el hijo de Azziel — nos aseguró que después del banquete aún vertió vino y partió pan...

— ¿Dónde está este discípulo? Que lo diga él mismo.

Pero, a pesar de que le llamaron, no compareció.

—Se lo ha tragado la tierra — dijo burlonamente José —. Pero nos arreglaremos sin él. Yo os lo diré: las antiguas prescripciones dicen que en señal de amistad y fraternidad, en la noche de Pascua, se puede compartir el pan y el vino con tal de que sea después de celebrada ya la cena.

—Es una costumbre olvidada... — dijo Caifás.

Su mirada era como un cuchillo que quisiera clavarse en el pecho de mi amigo.

—Pero existe — observó José.

— ¡El testigo siguiente! — llamó el *nasi*, cortando la discusión. Oí cómo decía a Caifás en voz baja —: Tenemos muchos.

—Este hombre — dijo nuevamente otro galileo— no observaba los ayunos.

— ¿Dijo por qué lo hacía?

— Dijo que se ayunará luego...

— ¿Cuando luego?

—No sé, ilustrísimo. Dijo que llegará el tiempo para ello...

— ¿Tú también lo has oído? — preguntó el *nasi* al siguiente.

—Él decía otra cosa, ilustre: que es más importante la caridad que el ayuno.

—Y lo que ha dicho el otro testigo, ¿tú no lo has oído? ¿Acaso no le has entendido bien? ¿Acaso no entiendes la lengua galilea?

—La entiendo, ilustrísimo. Pero nunca le he oído decir esto.

—Pero, ¿visteis los dos que no ayunase?

—Yo no lo he visto — murmuró el judío.

—Pero la gente decía que no ayunaba — añadió de prisa el primero.

— ¿Quién más ha visto que este hombre no ayunara? De nuevo se hizo un gran silencio. Lo interrumpió un *amhaares* con el rostro cubierto de arrugas y unas grandes, duras y torpes manos de obrero que trabaja de albañil.

—Yo le oí decir que las abluciones no son necesarias. Dijo: los fariseos se lavan por fuera, pero a vosotros os basta estar limpios por dentro...

— ¡Oh, qué gran pecador! — gimió Joel, y se encogió más aún que de costumbre.

—Ésta es una acusación muy seria — dijo el rabí Johanaan —. Permite, ilustre — se dirigió al *nasi* —, que hagamos unas cuantas preguntas al testigo—. Cuando Jonatán le dio el permiso con un movimiento de cabeza, dijo —: Escúchame, ¿has visto nunca que este hombre, antes de comer, sumergiera las manos cerradas en el agua?

—No, no lo he visto nunca — aseguró el testigo.

— ¿Has visto alguna vez — preguntó ahora el rabí Eleazar — que, al volver de la ciudad, donde un hombre puro siempre puede haber tocado a un pecador, lavara todo su cuerpo?

—No.

— ¿Has visto alguna vez — prosiguió el rabí Joel —que él o sus discípulos lavaran con agua los recipientes de cobre en los que se hace la comida?

—No.

— ¿O los recipientes de piedra que hubiese podido tocar una mujer impura?

—No.

— ¿O el vaso de tierra en el que cualquier desconocido hubiera podido beber?

—No.

— ¿O el lecho en el que se acuesta un desconocido a la hora del banquete?

—Rabí Joel, si tienes intención de ir preguntando a este hombre sobre todas las cosas que vosotros mandáis lavar, nos faltará noche para este interrogatorio —dijo Ananías, hijo de Ananías.

— ¿Cómo puedes hablar así? — replicó, indignado, el rabí Jonatán, hijo de Azziel —. Todas ellas son cuestiones muy serias.

—Pero demasiado largas.

—Si éstas han de ser las culpas de este hombre — dijo José —, vámonos a dormir. Los fariseos pronto querrán lavar las estrellas y la luna...

—Tú, José, no eres puro. ¡Frecuentas demasiado las casas de los *goim!* — exclamó Joel.

—Rabí Nicodemo — me dirigía la palabra Johanaan —, tu amigo y socio se burla de las abluciones que seguramente tú mismo no descuidas...

—No... Cuido de la pureza — me defendí —. Pero tampoco me gusta la exageración.

— ¿A qué llamas tú exageración? — me atacó Joel.

—Es una exageración, como enseñaba el gran Hillel, exigir que se lave todo un cacharro cuya asa hubiere podido ser tocada por una mujer impura — dije, reanudando con ello la eterna discusión.

— ¡No es verdad! ¡No es verdad! — dijo, indignado, el rabí Eleazar —. El asa forma parte del cacharro entero. Cuando el asa...

—Pero, ¿nos hallamos aquí para juzgar a un blasfemo o para hablar de cacharros? — interrumpió, chillando, Caifás.

—Estamos investigando — observó el rabí Onkelos con falsa dulzura en la voz — hasta dónde llega la pureza de este galileo.

— ¡Pero si afirmáis que fuera de vosotros no hay nadie puro! — exclamó Jesús, hijo de Damaios.

—José tiene razón. Pronto el sol no os parecerá bastante puro — comentó, riendo, Simón Kaimita.

— ¡Quien no cuida la pureza del cuerpo no cuida tampoco la pureza del corazón! — respondió el rabí Jonanaan.

—Si el sacerdote no lo lavara todo, el *amhaares* no lavaría nada — dijo el rabí Eleazar, animándose.

— ¡Son grandes, muy grandes, los pecados de Israel! — gimió Joel alzando las manos con los dedos abiertos—. ¡Grandes son los pecados si los más grandes hablan así!...

— ¡Callad todos! — gritó Jonatán, el *nasi* —. ¡Callad! — repitió hasta que disminuyeron los gritos a ambos lados de los bancos —. Basta, ilustrísimos. No juzgaremos a este hombre por su impureza. No es sino un simple *amhaares*. Todos ellos son pecadores, ¿verdad?

—Jonatán tiene razón — reconoció el hijo de Azziel en nombre de todo el banco de los fariseos.

—El testigo siguiente — y el *nasi* llamó a un hombre que tenía la típica cara del ladrón de ciudad —. ¿Qué sabes sobre él? — preguntó.

—Él dijo que su cuerpo es el pan del que todos deberían comer y su sangre es el vino...

— ¡Qué repugnante! — observó con muestra de disgusto Jehudá bar Ananías.

—Sólo un *soteh* puede hablar así — dijo la voz de otro saduceo.

—O un loco...

—*Bazar wedam*, el cuerpo y la sangre, he aquí lo único que le importa a un *amhaares*. ¿Y el espíritu qué? — exclamó Joel con voz lastimera.

— ¡Esto no es un pecado, es una locura! — observó el joven fariseo del extremo del banco.

— ¿Qué más puedes decir de él? — preguntó el *nasi*.

—Él... — el hombre se paró y levantó las manos con ademán de indignación —, ¡él dijo que el Templo será destruido! — exclamó.

— ¡Oh, oh, oh...! —clamaron por todos los bancos.

— ¿Quién lo destruirá? — preguntó el *nasi* al testigo. Éste se quedó unos momentos pensativo.

— ¡Los romanos! — aseguró por fin.

— ¡Nunca el poder del Hedón podrá destruir el Templo! — dijo severamente Ananías, hijo de Ananías—. El Templo es eterno.

—Sí, sí — asentían todos.

— ¿No recordáis la profecía? El Señor dijo al *nabí* Jeremías que con el Templo ocurriría lo mismo que con la casa de Silo — dijo, de pronto José.

Unas miradas llenas de ira se volvieron contra mi amigo.

—Tú, José, eres sabio y conoces las Escrituras — dijo con voz silbante Ananías, hijo de Ananías —. Por esto deberías recordar que Jeremías se refería a la invasión de Nabucodonosor (¡que el *seol* sea despiadado con él!), pero luego prometió la vuelta y la reconstrucción del Templo.

— ¡Lo sé; no hace falta que me enseñes las profecías! — José estaba de pie con el rostro vuelto hacia el banco de los saduceos, pero miraba a algún punto del espacio más allá de ellos —. Se ha cumplido mucho de lo que Jeremías predijo... Pero no todo. Y mucho de lo que ya se ha cumplido puede volver a cumplirse dos, tres, diez veces aún... ¿Quién de vosotros sabe a qué nueva alianza se refería el profeta? ¿Qué significa eso de que cada pájaro conoce su tiempo, pero el pueblo de Israel no ha conocido el suyo? Escuchad... ¿No os parece que hay algo en el ambiente, un algo muy grande que se puede ganar o se puede perder?

— ¡Mirad, José está jugando a profeta! — dijo Caifás —. Otro día, ¿por qué no?, estaremos dispuestos a escuchar sus profecías... ¡Pero hoy no tenernos tiempo que perder!

—Es verdad, tienes razón — dijo Johanaan —. En las sinagogas siempre escuchamos gustosos las palabras de los profetas. Pero ahora hemos de terminar con este hombre.

Jonatán, hijo de Ananías, se volvió hacia el testigo.

—Así, ¿dijo que el Templo será destruido?

—Sí, ilustrísimo.

— ¿Por los romanos?

—No — exclamó otro andrajoso de la ciudad baja —. Yo lo he oído: dijo que él mismo destruirá el Templo y luego lo reconstruirá.

— ¿Qué? ¿El mismo? — El sumo sacerdote se levantó de un salto. Aquel largo interrogatorio había agotado todas las reservas de su paciencia. Comenzó a preguntar febrilmente —: ¿Él mismo quiere destruir el Templo?

—Sí, ahora recuerdo; dijo esto — exclamó el primero de los testigos —. Incluso afirmó que lo reconstruirá en tres días...

— ¡En tres días! — El joven Ananías soltó una carcajada —. ¿En tres días? Bueno, ¡con un milagro, quizá!

—Él incluso dijo — ahora declaraba el otro testigo — que no lo reconstruirá con las manos...

—No — corrigió el primero —, esto no lo dijo.

— ¡Es claro que lo dijo! ¿No lo oíste? — estalló el segundo.

—No, Semei, no lo dijo.

—Los testigos no se ponen de acuerdo — observó José.

— ¿Acabaréis de una vez? — preguntó Caifás, airado e impaciente —.Forzad vuestra memoria y decid: ¿lo dijo o no lo dijo?

— ¡No, ilustrísimo!... — gritó el primero.

—- ¡Lo dijo! — exclamó al mismo tiempo el otro —. ¡Dijo que el Hijo de Dios reconstruirá el Templo!

Se produjo un silencio de muerte. Este *amhaares* se había permitido pronunciar el nombre del Altísimo. Era obligado echarle de allí en el acto, proclamarle mínimo y prohibirle la entrada en el atrio de los fieles y en la sinagoga. Vi que Joel, que estaba sentado no lejos de mí, se tapaba los oídos y, con un gemido, golpeábase la frente contra el pupitre. Miré a Caifás y observé con sorpresa que su rostro, hasta hace poco irritado y malhumorado, se había aclarado ahora como por efecto de un inesperado descubrimiento. Se levantó bruscamente y alzó las dos manos. Comprendimos que quería hablar con la autoridad que le daba su cargo. Aunque, a decir verdad, no era necesario que fuera el mismo sumo sacerdote el que maldijera a aquel necio. La sala enmudeció en la espera. Pero Caifás no miraba al testigo, aterrado por efecto de sus propias palabras. Miraba al Maestro, que seguía con la cabeza baja, entre dos guardias, como un árbol desprovisto de hojas pero aún altivo e inflexible.

— ¡Escúchame, tú! — exclamó. Y continuó en tono solemne —. En nombre del Altísimo te ordeno que contestes: ¿Eres el Mesías, el Hijo de Yahvé?

Instintivamente inclinamos las cabezas y cerramos los ajos. Sólo en semejante conjuro y únicamente al sumo sacerdote le está permitido pronunciar el terrible nombre de El que Es. El corazón me latió más de prisa. Miré al Maestro. Quienquiera que sea Caifás, cuando habla así deja de ser un hombre corriente. Comprendí que Él se vería obligado a contestarle. Pero, ¿que le dirá? ¿Serán de nuevo palabras detrás de las que se abre un abismo? Levantó lentamente la cabeza. Aquel rostro hinchado y amoratado tenía en este momento una expresión de poder como cuando con una sola palabra expulsaba

los demonios o cuando llamó a Lázaro en la negra abertura del sepulcro. Si el obeso hijo de Betus, con su invocación había crecido hasta las proporciones de un superhombre, este cambio se había producido en grado muy superior aún en aquel maltratado y perseguido prisionero. ¿Acaso esperaba precisamente este momento para derribar todo lo que había venido a derribar? Mi respiración se hizo agitada. Toda mi vida estaba pendiente de sus labios. Caería el rayo sobre la casa de Caifás. Pensé: «quizás a este Sansón le han vuelto a crecer los cabellos...» Sentía la inquietud como un soplo de viento que pasara sobre nuestras cabezas. Todos: sanedritas, servidores, guardia, testigos, Jerusalén entera miraba el rostro del Maestro. Un día yo invoqué el destino. Hoy, con su conjuro, Caifás lo cumplió... Cuando se oiga la respuesta, pensé, sólo quedará un hombre vivo: Él o el sumo sacerdote.

—*Atali kamarta*... — oí.

Pero aquella voz no era un rayo. Esta inverosímil declaración fue pronunciada no por medio de un rayo, sino con unos labios doloridos, hinchados.

—Tú lo has dicho... Y por esto veréis venir al Hijo del Hombre en toda la gloria del Señor...

Las manos de Caifás, alzadas en ademán solemne, cayeron sobre su cuello. Se clavó sus gordos dedos en la garganta como si le faltara el aliento. Oí un rumor de tela rasgada. Con un brusco movimiento, de hombre al que el ritual no basta, el sumo sacerdote se rasgó la *cuttona* hasta abajo.

— ¡Blasfemooo...! — la voz, con un timbre histérico, pasó de grito a rugido y se disolvió en un susurro —: ¡Blasfemooo! — Caifás volvió hacia los bancos su faz enrojecida —. ¿Habéis oído? ¿Habéis oído? ¿Qué falta nos hacen los demás testigos? ¿Todos nosotros no somos acaso testigos?

Los miembros del Consejo Supremo se pusieron todos en pie. Entre los gritos de « ¡Blasfemo! ¡Blasfemia! », se oía el rumor de las *cuttonas* rasgadas. « ¡Acordaos de rasgarlas empezando por abajo!, exclamó Jonatán, hijo de Ananías. En aquella confusión general, sólo el *nasi* había conservado la serenidad, y ahora nos recordaba que, según el ritual, sólo el sumo sacerdote puede rasgar las vestiduras de arriba abajo; todos los demás han de hacerlo en sentido contrario.

Hablé con José y luego estuve paseando solo por el atrio. Meditaba y poco faltó para que los pensamientos me hicieran estallar el cráneo como unos melones pesados que rompen la cesta demasiado débil. Meditaba en todo lo que aquello significaba. Él ha contestado al solemne conjuro del sumo sacerdote con la afirmación de que es el Mesías, el Hijo del Altísimo... Pero al mismo tiempo no ha matado a sus enemigos con estas palabras. Ciertas confesiones tendrían que ser como un alud cuando cae en un desfiladero... ¿Por qué en él las cosas que sobrepasan más los límites humanos llegan de un modo tan simple, tan humano? ¿Quién es él? ¿Hemos estado esperando desde hace siglos al Mesías para que él ahora, con su primera confesión, se comprara su propia muerte? ¿Para esto hemos estado esperándole? Porque este año, ya desde la primera reunión del Sanedrín, no he tenido la menor duda de que había sido condenado aun antes de que hubiese comenzado su juicio. La pausa que propuso el *nasi* era necesaria sólo para dictar la sentencia de día. Por tratarse de una sentencia de muerte, tiene que ser ratificada por Pilatos, pero estoy convencido de que este cruel hombre no dudará ni un instante en aprobarla. Si se tratara de pedir gracia para alguien, podría aún esperarse de él alguna sorpresa. ¡Pero siendo una sentencia de muerte, no! De modo que le espera la muerte... ¿Quién votará en contra? Yo, José, quizá alguien más... No llegarán ni a seis voces. ¿Que nos queda por hacer? José sugería oponerse a la sentencia, gritar que el juicio nocturno no es válido, que al Maestro no le han dado defensor, que el nombre «Hijo de Dios» lo encontraremos en las Escrituras. Pero aquí no se trata del nombre. Yo sé más cosas... Hace unas horas. Santiago me repetía sus palabras con las que aseguraba a sus discípulos que él y el Padre son el mismo... ¡Él se considera literalmente el Hijo de Dios! Se considera... Pero, ¿quién es él, en realidad? Durante tres años he estado observándole de cerca y de lejos. Hacía y decía cosas impresionantes. Nunca ha existido un hombre como él. Nunca ha existido una persona... Porque, haciendo cosas asombrosas, era siempre un hombre. Resucitaba a los muertos, pero temblaba de frío en una mañana fresca. Cien veces, mil veces, he visto estas contradicciones. ¿Acaso Judas tenía razón? ¿Acaso él se ha asustado? ¿Acaso habría podido llegar a ser el Hijo de Dios, pero no hizo nada para lograr esta dignidad? ¿Acaso hubiera podido dejar de ser hombre, pero ha preferido seguir siéndolo...?

Todos estos pensamientos me hacían estallar la cabeza. Me paseaba como un sonámbulo entre las hogueras. Alrededor de ellas la gente se había callado y dormitaba. Sólo desde el otro extremo del

palacio me llegaban gritos. Procuraba no ir en aquella dirección. Cuando Jonatán, el *nasi,* mandó que le sacaran de la sala, parecía que todos fueran a hacerle pedazos; los guardias, la servidumbre, «incluso algunos miembros del Sanedrín se lanzaron sobre él, con los puños levantados. Le pegaban y le daban puntapiés; para que moderaran su furor donarán tuvo que gritar: « ¡No le matéis! No olvidéis que aún no ha sido condenado». En vez de pegarle, todos le escupieron a la cara repetidas veces. José quiso defenderle, pero le apartaron e le hicieron ir a la sala de deliberaciones. Yo logré escabullirme al atrio. No, no he logrado hacer nada por él. ¿Por qué soy tan cobarde? Santiago se desesperaba al ver que todos los discípulos se habían desperdigado y habían huido. Pero, ¿en qué podían ayudarle estos pequeños *amhaares*? Yo..., yo incluso, ¿qué puedo hacer? Si lograra sobornar a alguien... No escatimaría dinero; daría toda mi fortuna... Estoy dispuesto a cumplir nuestro pacto... Él dijo: «Dame tus preocupaciones y toma mi cruz...» ¿Cruz? Sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Cruz... Habla tan a menudo de ella como si supiera que en ella tuviese que morir. Porque si muere será en la cruz. ¡Para esto exigimos de Pilatos la seguridad de que no crucificaría a nadie más! Ahora dirá: vosotros mismos lo pedís... ¿Cómo he de tomar esta cruz suya? ¿He de dejar que me crucifiquen con él? ¡Pero esto sería un suicidio! Nadie desea mi muerte. ¿Para qué yo, un hombre delicado, sensato, inteligente y respetado por todos, debería ir a pedir personalmente la más ignominiosa de las muertes? Además, la cruz... No existe nada tan horrible como esta muerte de un hombre destrozado, colgado a la vista de todos, que espera horas y horas a que las convulsiones paralicen su corazón. ¡No es la muerte lo más horrible, sino el acto de morir, y la cruz es un inacabable fallecimiento! Cuando pienso en mi propia muerte siempre quiero imaginarla rápida, como un quedarse dormido. Sólo que la muerte... ¿Qué sé yo cuándo comenzó la muerte de Rut? ¿Cuándo comenzó su cruz?... Se dice: murió plácidamente. ¿Quién muere plácidamente? No, no: no hay fuerza que me obligue a coger su cruz en esta noche tan llena de sobresalto, ¿Por qué no lo hacen ellos, sus discípulos? ¿Han huido y yo he de morir? ¡No, no! Antes prefiero cerrar los ojos a todo lo que ha sido y aún será... Todo recuerdo puede arrancarse de la memoria de algún modo. Nuestro pacto... ¡Que más da! Además, ¿qué efectos ha tenido para mí? Rut ha muerto y ahora mismo yo me estoy muriendo de miedo. El morirá por su doctrina, por haber hablado de su Reino, que seguramente no existe... Si el Altísimo es tan enormemente misericordioso como él ha

dicho en tantas ocasiones, debería saber que uno de nosotros es un ser miserable incapaz de elevarse por encima del miedo... Quizás hay quien es capaz de no pensar en lo que va a ocurrir. Yo lo pienso siempre. Me consume el miedo de mis propias previsiones. Soy así. No se ser distinto. ¿Es que su doctrina es más suave que la antigua, según la cual a cada uno, bueno o pecador, le espera el frío, oscuro y triste *seol*? ¿Cómo se puede dar la vida a cambio de algo que quizá es un milagro de la felicidad, pero que no podemos imaginárnoslo siquiera? El reino... ¿Para qué ha venido él? ¿Para contarnos cosas sobre un mundo distinto del que pueden ver los ojos de un hombre vivo? ¿Para qué ha venido? Ha traído sus locos sueños a un mundo en el que ya, de un modo u otro, sabíamos vivir. Cuando Rut murió, pensaba: «No me ha quedado nada...» Pero la vida es más fuerte. De nuevo he vuelto a comer, dormir, hacer planes para el futuro. Evidentemente, podemos sobrevivir a la muerte del ser más querido. Lo podemos todo... ¿Por qué, pues, acordarme de este... reino?

Andaba y temblaba de frío. Me detenía cerca de alguna hoguera, pero era incapaz de quedarme parado, y seguía adelante. Mi sombra se me ponía delante, al lado, o bien se escapaba hacia atrás como la cola de un manto. Las mulas, hambrientas, relinchaban. A lo lejos, más allá de los muros de la ciudad, se oía el canto de un gallo. Los gritos de la gente detrás del palacio eran como un sonido que no logramos acallar con nada; el sonido de una próxima desgracia. El tiempo se alargaba indefinidamente como un camino conocido en todos sus detalles, siempre el mismo.

De pronto los gritos, que hasta entonces me habían llegado de lejos, comenzaron a aproximarse. Tenía que haber huido: pero mis pies se habían quedado clavados en tierra. Me quedé encogido, pestañeando como quien espera recibir un golpe en la cabeza. La gente, vociferando, venía en mi dirección. Otros que hasta entonces no habían tomado parte en los ataques contra el maestro, se apartaron de las hogueras y fueron a su encuentro. Alguien, cerca de mí, dio un grito y de pronto un hombre corpulento que corría hacia la puerta con la cara cubierta me dio un fuerte empujón. Me pareció ver algo familiar en la línea de su cabeza, pero no tuve tiempo para mirarle. Pasó por mi lado, rozándome casi, un grupo de servidores, guardias, jóvenes levitas y fariseos. Entre gritos y silbidos, conducían en el centro al maestro. Logré verle sólo un instante: el rostro cubierto de salivazos; en la cabeza, por escarnio, una corona de paja; las manos atadas a la espalda, y una dolorida mirada que rozaba a la gente

y resbalaba por ella como los rayos de la luna por las hojas de los árboles... Por unos momentos esta mirada se posó en mí... No quedaba nada en ella de aquel poder milagroso de antes. Sólo una hora antes, ante el conjuro de Caifás él era alguien cuya sola palabra era capaz de hacer caer de rodillas a todos. Ahora ya no era más que un hombre lanzado al mismo fondo de la miseria humana: un mendigo, un leproso, un enfermo, un prisionero, todo reunido en una sola persona... Pasó junto a mí como una aparición, pero su imagen me quedó bajo los párpados. Ellos siguieron adelante empujándole, escupiéndole, haciéndole reverencias burlescas. ¡Quedé destrozado...! ¡Si hubiera aún en él, al menos, algo del maestro de antes! Me hubiera sido más fácil defenderle. Pero, ¿cómo defender a un hombre cuya propia debilidad le ha convertido en algo (no sé cómo decirlo) casi repelente?...

La grisácea luz del amanecer anunciaba el nuevo día. La servidumbre nos hizo volver a la sala. Al poco rato todos habían ocupado sus puestos. Como si quisieran acelerar la llegada del nuevo día, las lámparas estaban apagadas y las sombras chocaban duramente con las blancas manchas de luz. Caifás se levantó lleno de impaciencia. No dejó hablar al *nasi*; él mismo ordenó:

— ¡Haced entrar al prisionero!

Debían de haberle cortado las cuerdas poco antes porque vi que la vida volvía lentamente a sus caídas manos, hinchadas y amoratadas. Se quedó de pie con la cabeza hundida entre los brazos en un instintivo ademán de defensa. Entre sus cabellos se veían briznas de paja y sobre las mejillas unos blancos redondeles de saliva aún húmeda.

Con una mano apoyada en la cadera, Caifás preguntó:

—Dinos otra vez lo que te has atrevido a afirmar antes ¿Eres el Mesías?

Contestó sin alzar la cabeza, con una voz en la que vibraba el cansancio.

— ¿De qué me servirá repetirlo? No me creeréis ni me vais a soltar... Pero ha llegado vuestra hora...

Caifás soltó una carcajada fría y cruel y le siguieron como animados por ella, otras voces:

— ¿De modo que eres el Hijo del Altísimo?

Tuvo que hacer un visible esfuerzo para vencer la debilidad que le estaba dominando; enderezó el cuerpo, alzó la cabeza y dijo

—Tú lo has dicho: lo soy.

Después de esto, su cabeza volvió a caer y todo su cuerpo se relajó. Parecía no oír los gritos que estallaron a su alrededor. Se quedó ajeno a todo lo que allí ocurría. No se movió siquiera cuando Caifás preguntó':

— ¿Qué sentencia dictáis?

— ¡Muerte! — pronunciaron primero los labios de Jonatan, hijo de Ananías, y la palabra recorrió todos los bancos —: ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

— ¡No! — exclamó José —. ¡No estoy de acuerdo! ¡Este juicio no es válido! ¡Y la sentencia tampoco lo es! Este hombre es inocente...

— ¿Inocente? —Caifás se estremeció —. ¿Inocente? ¿Desde cuándo, José, le está permitido a un pecador decir que es el Mesías y el Hijo del Altísimo?

— ¿Y si efectivamente lo fuera? — preguntó mi amigo —. Si lo fuera...

— ¿Él? —interrumpióle el sumo sacerdote, indignado —. ¿Él? Fíjate bien en él, José. ¿Parece alguien distinto del que es? ¿Este sucio *amhaares* iba a ser et Mesías?

—Ha obrado milagros —discutió José.

— ¡Con la ayuda del impuro! — exclamó Johanaan bar Zakkai —. Los magos egipcios también hacían milagros ante los faraones; sólo que los hechos de nuestro padre Moisés fueron mayores...

— ¿Y si lo fuera? Escuchad — José se volvió ahora hacia todos los reunidos —: Y no sé... Sólo soy un comerciante. Nunca he hablado con él. Nunca he meditado estas cuestiones. Pero desde que le miro, desde que le escucho, siento una nueva inquietud... ¿Qué sería si él fuera realmente el Mesías?

Le contestó un rumor que se transformó en gritos salidos de muchas bocas a la vez:

— ¡No digas tonterías, José! ¡No es el Mesías, sino un embaucador! ¡Te dejas engañar! ¿Es que te ha lanzado un maleficio? ¡El Mesías no vendrá de Galilea!

José me había infundido valor. Me puse en pie de un salto y grité:

— ¡Él no es de Galilea! ¡Ha nacido en Belén! Precisamente en la ciudad...

Pero mi grito, débil y torpe, quedó ahogado por un alud de objeciones.

— ¡Todos pueden decirlo desde que fueron destruidos los libros de los linajes! ¡Basta de tonterías! ¡Has hecho demasiado por él, Nicodemo! ¡Le has seguido, le has recibido en tu casa! ¡Le aclamaste cuando entró en la ciudad montado en un asno! ¿Pretendes que todos nos inclinemos ante un *amhaares* cualquiera? ¡Nosotros sabemos cuáles son las señales que anunciarán la llegada del Mesías!

—No perdamos tiempo —exclamó Caifás —, ¡Dictemos la sentencia!

— ¡Deteneos un momento! Este hombre... — No recuerdo haber oído nunca hablar a José de este modo. En su mente, lúcida y fría, debe de haberse producido algún cambio —. Escuchad — exclamó —: ¿a vosotros no os ha inquietado nada? ¿No os habéis dado cuenta de que todas vuestras acusaciones se desprendían de él como la arcilla seca de la piel? Él, realmente, no me importa nada. Le defendía sólo porque le estabais juzgando injustamente... Pero ahora no sé...

— ¡Puesto que no sabes, vete a dormir! — exclamó Ananías, hijo de Ananías —. Somos bastantes aquí para dictar la sentencia.

—Podéis iros los dos, tú y tu amigo. ¡Sería mejor que os fuerais y durmierais bien!

— ¡Juzguémosle! ¡Juzguémosle! — apremiaba Caifás. — ¡Juzguemos! —repitió Jonatán, el *nasi* — ¿Qué sentencia dictáis?

— ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! — se oía en el semicírculo de los bancos, como golpes de martillo.

— ¿Han pedido todos la muerte para el blasfemo? — preguntó el *nasi*.

— ¡Yo, no! — dijo José con dureza —. Considero esta sentencia ilegal...

—Yo tampoco... —dije, procurando dominar el temblor de mi voz.

—Ni yo — la tercera voz, inesperada, pertenecía al joven fariseo del extremo del banco —. Este hombre no puede ser culpable —. El joven *haberim* miraba bastante atrevidamente al sumo sacerdote —. Yo tampoco sé quién es él — confesó —, sólo me habló una vez —. Entornó los ojos como si quisiera hacer revivir la escena en la

penumbra de sus párpados caídos, pero se dominó y adoptó de nuevo el brusco y decidido tono de voz —. ¡Pero es inocente!

Caifás soltó una risotada estrepitosa y triunfante.

— ¡Inocente! ¡Pobrecillo inocente! ¡Ah, vosotros...! — apretó los dientes —. ¡Pero vuestra oposición no servirá de nada! — Nos traspasó a los tres con una mirada de odio —. Tú, José, los has soliviantado. ¡Te parece que porque eres el más rico del país te está permitido todo! ¡Te arrepentirás de esta piedad tuya! ¡Ajustaremos cuentas contigo! Y contigo. Nicodemo. ¡Traidores...! ¡Veréis...! — rugía.

Sentí que la cabeza me daba vueltas, como si hubiera llegado al borde de un precipicio. De un lado llegó a mí el susurro de Jonatán, hijo de Azziel:

—Has traicionado la obediencia del *haberim*. Nicodemo... Defiendes a un hombre que quería calumniamos ante todos. Nosotros tampoco hemos terminado contigo...

En un sordo silencio, uno por uno, abandonamos la sala. Desde la puerta miré al maestro. Por última vez revivió en mí la ligera esperanza de que aún haría algo que lo cambiara todo... Quizás todavía mostrara su poder. Pero seguía con la cabeza baja, inclinada hacia delante como si fuera a caerse de un momento a otro.

Salimos. Del Templo nos llegaba el tañido de las trompetas de plata; las agujas de las torres del palacio de los Asmodeos se colorearon de rosa. El aire era fresco y transparente. Sobre la hierba brillaban como perlas las gotas de rocío. Caminábamos despacio, sin decirnos nada. Por fin, José estalló

— ¡Por las barbas de Moisés! ¡Qué pandilla de bandidos...! ¡Y aún amenazan! Yo les enseñaré...

— ¿Adónde vas? — pregunté.

—A casa, a dormir — contestó, malhumorado —. No podría hacer nada más por él.

—Yo no podría dormir; iré al Templo y allí esperaré la decisión de Pilatos...

Nos paramos. José iba a añadir algo, pero se limitó a mover la mano con ademán irritado y se marchó sin decir palabra. El joven fariseo seguía allí indeciso.

— Tú, rabí — me preguntó de pronto —, ¿le habías conocido más de cerca?

Moví la cabeza de un modo vago.

—Sí. No: intenté conocerle, pero...

—Él me habló una vez — dijo el joven doctor —. Fue como si hubiera introducido la mano en mi interior y me hubiese vuelto del revés. ¿Quién es él, rabí Nicodemo?

Me encogí lentamente de hombros.

— ¡Qué sé yo!...

—Pero, ¿dijiste que ha nacido en Belén?

—Esto me han dicho.

— ¿Por qué no sabemos nada cierto sobre él? — preguntó —. Es un hombre tras una cortina de niebla... ¿Se puede luchar por alguien a quien no se conoce?

Le dejé con esta pregunta en los labios, marchándome con paso lento. El sol brillaba con creciente intensidad en los dorados metales del Santuario. Los peregrinos subían por el camino. De pronto, en una hendidura del muro vi a un hombre acostado con la cabeza metida entre las piedras. Al principio creí que era un borracho medio dormido después de alguna juerga nocturna. Pero, por las convulsivas sacudidas de sus hombros, comprendí que estaba llorando. También le reconocí por el manto. ¡Nos separan tantas cosas; fueron siempre tan extraños para mí estos *amhaares*...! Pero sentí una gran compasión por este corpulento y atontado pescador. (¿O acaso esto no era sino compasión de mí mismo?) Me incliné y apoyé una mano en su brazo.

—Pedro — le dije.

No sé cómo se me ocurrió llamarle por el nombre que le había dado el maestro. Se volvió bruscamente.

— ¡Ah, eres tú, rabí!... — sollozó. Tenía la cara cubierta de lágrimas y barro —. ¡No me llames así! — exclamó dolorosamente —. No soy una roca. Soy tierra, ceniza y polvo del camino... ¿Sabes qué he hecho? —me cogió por el borde de la *simlah* como si temiera que me marchara y no quisiese escucharle. De sus ojos excesivamente separados salían verdaderas fuentes de lágrimas. Sus gruesos labios hacían muecas al sollozar —. ¡Yo... yo... le he negado! He dicho que no te conozco... que no sé quién es... que no le había visto nunca.

— ¿Dónde fue eso? — pregunté.

—En el atrio del sumo sacerdote — gimió.

En seguida recordé: era él el que me había dado aquel empujón en la oscuridad. Así y todo, me sorprendió que hubiera tenido valor para entrar allí.

—No llores. — Le apreté el brazo con fuerza: quería consolarle —. Estas cosas ocurren... dije. El hombre...

Pero no lograba consolarle. Estalló en nuevos sollozos aún más fuertes.

—Le he traicionado... Le he traicionado... balbuceaba —. A él, que amaba tanto...

—Esto ocurre a menudo... — repetí — El miedo llega a ser más fuerte que el amor... Y quizá me con — me contestaba a mí mismo —, quizá el no es quien parecía ser...

—Soy demasiado ignorante... —lloró más fuerte aún— para saber quién es él. ¡Pero me amaba tanto! Y yo a él... — Corrigió, en medio de un amargo sollozo—: ¡Creí amarle tanto!... Nunca volveré a decir... ¡Nunca! ¡Nunca! —Se golpeaba el pecho con su enorme puño — ¡Nunca! Estaba tan seguro de mí mismo. Me indignaba contra Judas... que le ha traicionado... Y luego, yo mismo, igual... o aún peor, aún peor... — Se llevaba sus grandes manos a la boca con desesperación.

Es verdad, pensé; él amaba tanto... Siempre se sentía que para cualquiera de nosotros, incluso para mí solo, si hubiera sido necesario pasar por todo lo que ahora está pasando, lo hubiese hecho sin detenerse a pensarlo siquiera... Simón también lo siente así, aunque no sabe pensar. ¿Y yo? ¡Yo no le he negado! Pero tal vez porque nadie me preguntó por él como le habían preguntado a Simón. El destino o la casualidad me han evitado amenazas brutales. Acaso me expulsarán del Sanedrín o del Gran Consejo... Pueden hacerlo. A él han podido matarle sin consultar siquiera a Pilatos... Quizá sólo por esto no le he negado; pero, en cambio, he dudado... Simón le ha negado, pero no ha dudado. Para mí esto sigue siendo una cuestión de fe... Para él, una cuestión de amor...

¿No debería yo también llorar como él? Pero no me quedan más lágrimas. Las últimas las vertí por Rut, no cuando murió, sino cuando comprendí que debía morir... No tengo lágrimas, ni tengo fe. Simón llora, pero seguramente debe parecerle que, a pesar de esta traición,

el maestro sigue amándole... Yo he dejado de creer que él me espera. Y por esto no puedo llorar...

Desde la terraza sobre el pórtico veía cómo la serpiente multicolor de la gente se dilataba o contraía al entrar en las estrechas y tortuosas callejuelas. Sobre ellas se elevaban gritos y silbidos que aumentaban en intensidad a medida que se iba acercando el cortejo. No era muy numeroso: al frente iba la guardia que se abría paso a gritos y, cuando esto no bastaba, repartiendo bastonazos. Los seguían, solemnes, con toda la dignidad de sus puntiagudos turbantes, mantos de púrpura, *efods* y cadenas de oro, los sacerdotes y los ancianos del Gran Consejo. Inmediatamente detrás les conducían a él. Iba rodeado de guardias y un doble cordón de éstos contenía a la turba vociferante que se agolpaba detrás.

Era la chusma ciudadana acostumbrada a recoger las migajas de las mesas de los sacerdotes. Esta gente hace por dinero todo lo que se le pida. Par la noche se les había ordenado que se reuniesen en el atrio de la casa del sumo sacerdote. Ahora iban soltando injurias contra el maestro. Se sumaron a ellos toda clase de mirones callejeros que no faltan ni a esta hora tan temprana.

Pero, cuando el cortejo pasó el puente y entró en el atrio del Templo, todo el grupo quedó ahogado en el denso mar de peregrinos que, a pesar de la hora, se había reunido allí para comprar los animales para el sacrificio y cambiar dinero. El repugnante mercado que él había dispersado volvió a crecer como crece una ortiga cortada o un cardo. Aquel cortejo que trataba de abrirse paso llamó la atención de todos. Miles de personas se abalanzaron hacia él. Los desaforados gritos y los silbidos de los que conducían al maestro fueron ahogados por las voces llenas de sorpresa de los que súbitamente vieron al profeta de Galilea maniatado y rodeado de guardias. Me pareció que entre aquella algarabía oía los gritos, llenos de indignación, de los campesinos galileos. Aquello me animó. Hace una hora, al salir de la casa de Caifás, estaba convencido de que la suerte del maestro estaba echada. Pero ahora había renacido en mí una nueva esperanza. ¡José no tiene razón!, pensé. ¿Qué importa que el Sanedrín haya dictado sentencia? ¡El Sanedrín e incluso el mismo Pilatos no lo son todo! ¡Aquí están las multitudes que hace unos días aclamaban al maestro con el nombre de hijo de David! ¡Los galileos no entregarán a su profeta! Bajé de prisa. Mi debilidad había desaparecido, estaba dispuesto a actuar, a luchar nuevamente por la vida del maestro.

Momentos así, de un súbito resurgimiento de energía, también los había experimentado durante la enfermedad de Rut. Luchando con dificultad para abrirme paso, me dirigí hacia el cortejo que, seguido ahora por una enorme multitud, daba lentamente la vuelta al Templo. Daba empujones e la gente. En cierto momento mi manto se prendió en la mesa de un cambista y las monedas cayeron ruidosamente sobre las losas del suelo. Estallaron gritos de ira e indignación; alguien gritó mi nombre con enojo. Pero no me volví. A pesar de todo, nunca hubiera alcanzado a los primeros del cortejo si no hubiese tenido la idea de acortar el camino pasando por el atrio de los fieles. Por aquí se podía andar: tanto los peregrinos como los sacrificadores se agolpaban en las puertas para salir fuera. La oleada humana me arrastró a la parte opuesta del Santuario, bajo los muros de la severa torre Antonia. Aquí pude reunirme con el cortejo. Rozándome con los que iban a mi lado logré coger al vuelo algunos fragmentos de frases:

—Han prendido al galileo... Por la noche... ¡No se les entregará! Todo el Sanedrín... ¡Maldito hijo de Betus! ¿Adónde lo llevan? Hacía milagros, curaba... Hechizó el agua de la Piscina Probática! ¡Tonterías! ¡Es el Mesías...! ¡Blasfemas diciendo esto! ¡Es un maestro grande y bueno! ¡No. es un mínimo! Pero, ¿y si es el Mesías? Veréis como no dejará que le hagan nada. Vamos a verlo... ¿Y qué dicen los romanos a esto? ¡Que no se les ocurra hacer otra vez uso de los garrotes!

A los romanos debió de inquietarles aquel cortejo y el vocerío producido por él, porque, cuando nos acercamos a la Antonia, oí un penetrante ruido de cuernos y silbatos en el interior de la fortaleza. A la puerta nos recibió una triple formación de legionarios con los yelmos hundidos hasta los ojos y los escudos levantados, disimulados bajo un lienzo. Por la ventana, sobre la puerta se asomaba el jefe de la guarnición, el hegémona Sarkus, que haciendo bocina con las manos, gritó:

— ¡Deteneos! ¡Si no sois unos rebeldes, deteneos! ¿A qué venís?

El cortejo y toda la multitud que se había juntado a éste se vertió en la estrecha callejuela frente a la fortaleza. Los miembros del Sanedrín que iban delante, al oír las palabras del hegémona, se pararon a unos pasos de los soldados en formación. Pero nadie podía responder a la pregunta de Sarkus porque lo impedía el tremendo alboroto: continuamente nuevos grupos se unían a los últimos, preguntando el motivo de aquella concentración, expresando su opinión ruidosamente, gritando unos contra el maestro, otros contra

los sacerdotes y otros, por fin, y éstos eran los más, contra los romanos. El recuerdo de los garrotes romanos permanece vivo en la ciudad y el odio hacia Pilatos estalla por cualquier motivo. Observé que entre la multitud había muchos fariseos mezclados, sobre todo con los grupos de galileos, a quienes dirigían no sé qué rápidas palabras; juraría que las estaban convenciendo de la culpabilidad del maestro. La calle, atestada de gente, hervía como si la consumiera un incendio. Cuando hacía ya rato que esto duraba, vi que el rabí Jonatán, hijo de Azziel, decía algo a uno de los jóvenes *haberim*, el cual se subió a los hombros de otro y gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Silencio! ¡Callad! ¡El sumo sacerdote quiere hablar!

¡Hasta dónde hemos llegado! Tenemos que hacer callar al pueblo para que los saduceos puedan hablar... El vocerío disminuyó. Oí la voz ronca y medio ahogada de Caifás, dirigiéndose a Sarkus:

—Hemos venido a ver al ilustre procurador por un asunto muy grave. Le hemos traído a un conspirador que provoca disturbios. Ve y pídele al procurador que venga a donde tú estás y se digne escucharnos. No podemos entrar en la fortaleza porque, como sabes, mañana es nuestra gran fiesta y no podemos durante este tiempo entrar en casa de nadie que no profese nuestra fe...

Sarkus ni tuvo tiempo de contestar porque en la ventana de al lado apareció inesperadamente Pilatos. Se quedó sólidamente apoyado sobre sus piernas abiertas y con las manos cruzadas sobre el pecho. Debió de haber bebido por la noche, porque tenía dos grandes bolsas bajo los ojos, y sus labios, caídos, daban a su boca una expresión de disgusto. Además, en toda su figura se leía el mal humor, como quien se ha levantado con el pie izquierdo y no hace sino buscar la ocasión para mostrar su enojo. Se me ocurrió pensar que Pilatos no debía de haber olvidado aquel asunto del año anterior ni su triunfo, como probablemente tampoco había olvidado las antiguas derrotas. Para aquel hombre, envenenado por la desesperación, la venganza debía de ser algo así como una distracción o incluso lo único que daba sentido a su vida. Se quedó callado y parecía contar por debajo de sus párpados caídos el número de personas que componían aquella multitud. Caifás hizo una seña y los guardias, tirando brutalmente de la cadena y de las cuerdas, llevaron al prisionero al frente de los reunidos. La mirada de Pilatos pasó de la chusma a los miembros del Sanedrín, ricamente vestidos, y se posó al fin sobre el maestro. Dijo cáusticamente:

— ¿Es éste a quien habéis venido a acusar? Veo que no habéis aguardado a que yo le juzgue. Este hombre está medio muerto.

Decía la verdad. Durante aquella sola noche el maestro se había convertido en la sombra de sí mismo. Su rostro estaba cubierto de polvo, sudor y manchas rojizas producidas por los golpes. La mejilla derecha se había hinchado y le deformaba la línea de la nariz. Los cabellos, despeinados y cubiertos de polvo, colgaban en forma de sucios y desordenados mechones. Daba pena ver su barba, de la que los siervos del sumo sacerdote habían tirado y arrancado el pelo a puñados, dejándola convertida en un amasijo de carne, sangre y cabello. Tenía los labios entreabiertos, negros y resecos: en las comisuras, la sangre daba a su boca una expresión de dolor. Por debajo de la frente, cubierta de barro, parecía que miraban con esfuerzo sus ojos, ya no castaños, sino negros, como dos pequeñas ventanas abiertas a una noche sin estrellas...

— ¡Es un gran malhechor! — dijo Jonatán, el *nasi* —. Si no lo fuera, no le hubiéramos traído aquí.

—Puesto que ha hecho tantas maldades, deberíais juzgarle vosotros mismos — dijo desde arriba la voz burlona.

—Ya lo hemos juzgado — dijo el viejo Ananías —. Según nuestro juicio, ha merecido la muerte. Pero a nosotros, noble procurador, no nos está permitido cumplir una sentencia...

— ¡Claro que no os está permitido! — exclamó —. En toda Judea sólo yo decido sobre la vida y la muerte de las personas. Si esto dependiera de vosotros... —y movió la mano desdeñosamente—. Vuestra sentencia me importa bien poco — siguió diciendo con malos modos —. Yo solo decidiré cuál habrá de ser su suerte. ¡Traedle! ¡Si este hombre apenas vive! — exclamó, enojado, al ver que el maestro, brutalmente empujado por los guardias, había caído al suelo —. ¿Pretendéis que juzgue a un hombre al que antes habéis torturado? ¿Qué tenéis contra él?

— ¡Lee! — ordenó Caifás a uno de los levitas.

Advertí que el sumo sacerdote bullía en su interior, herido en lo vivo por las insultantes palabras de Pilatos. A este par de hombres, quienes durante tantos años habían mantenido constantes y continuas relaciones de verdadera amistad, la cuestión del acueducto les había separado para siempre.

El levita alzó el rollo y comenzó a leer como si cantara un salmo:

—«El Pontífice del Santísimo cuyo nombre no somos dignos de pronunciar, José Caifás, hijo de Betus, después de consultarlo con los más ilustres y sabios sacerdotes, maestros y conocedores de la Ley de Israel, proclama que Jesús, hijo de José, *naggar* de Nazaret, es culpable de incitar a la gente a no pagar los tributos debidos al César...»

— ¡Es mentira! — interrumpió Pilatos—. ¡Yo sé bien quién paga los impuestos y quién no los quiere pagar!

— ¡Sigue leyendo! — dijo Caifás con voz que delataba un furor a duras penas contenido.

— «Y también — continuó el levita — es culpable de soliviantar al pueblo y proclamarse a sí mismo rey de Israel...»

— ¿Rey? —Su desdeñoso enojo se convirtió en una burla abierta —. ¡Ah! De modo que me habéis traído a vuestro rey... Bueno, siendo así, ¡juzguémosle! — Y dijo a un soldado que estaba a su lado — Tráeme aquí a ese rey.

Los soldados romanos cogieron las cuerdas de manos de la guardia y tirando de ellas condujeron al maestro al espacioso patio empedrado con mosaico de color. Mientras tanto, los siervos habían sacado para Pilotas la silla curul y extendido sobre ella un baldaquino color púrpura. Vi de lejos que Pilatos se sentaba en el trono, cuyo alto respaldo terminaba con la odiosa figura del águila romana. A su lado se colocó el lictor y, junto a él, se arrodilló el escriba que anota las declaraciones. No pude oír las palabras, pero por los ademanes de Pilatos, podía deducirse el proceso de su conversación con el maestro. Pilatos primero preguntó algo, pero Jesús parecía sordo a sus palabras porque el romano tuvo que repetirle la pegunta varias veces. Luego el procurador mandó al escriba que le leyera de nuevo la sentencia del Sanedrín. Volvió a preguntarle algo, señalando el rollo, a lo que el maestro respondió, pero de tal manera, que Pilatos no hizo sino encogerse desdeñosamente de hombros como si a él mismo se le hubiera preguntado una cosa sin sentido. De nuevo dejó caer una palabra inclinándose hacia el prisionero, quien esta vez le contestó con unas cuantas frases. Al oírlas Pilatos se enderezó y, apoyándose en el respaldo, se quedó mirando fijamente al maestro como si no le hubiera visto hasta entonces. Por un ligero movimiento de la cabeza comprendí que pasaba la mirada de los pies a los cabellos enmarañados y luego de la cabeza a los pies descalzos y ensangrentados del hombre que tenía delante. Cuando volvió a

interrogarle, en vez de hacerlo como un juez aburrido, le hizo una pregunta con aire de perplejidad, que el maestro contestó durante bastante rato. En cierto momento Pilatos movió los hombros con impaciencia y sin esperar a que el prisionero acabase de hablar, se levantó de la silla y subió la escalera. A poco le vimos de nuevo en la ventana. Levantó la mano para imponer silencio a la gente que, durante el interrogatorio se había puesto a hablar, llenando de nuevo la calle de gritos y discusiones.

—Yo —afirmó secamente — no veo los crímenes de los que le acusáis...

Se hizo un momentáneo silencio que interrumpió la aguda voz de Caifás con un chillido:

— ¡Es un malhechor! ¡Un conspirador! ¡Un rebelde! También se oyeron voces de otros miembros del Sanedrín:

— ¡No puede ser, ilustre procurador!... ¡Es un hombre peligroso! ¡Le hemos juzgado! ... ¡Ha cometido muchos delitos!

—No los veo... — interrumpió secamente. Comprendí que Pilatos había intuido hasta qué punto interesaba a saduceos y fariseos, unidos por primera vez, la condenación del maestro, y precisamente por esto ponía dificultades. Los gritos, cada vez más violentos, de los sanedritas contrastaban con el absoluto silencio de la muchedumbre, que ya no sabía qué pensar de aquellas acusaciones dirigidas contra el maestro. Pilatos conocía demasiado bien a Jadea para ignorar que las opiniones de los sacerdotes y los maestros no tienen valor mientras el pueblo no las apoye. Hizo restallar los dedos con aire de indiferencia —. ¡No gritéis tanto! — dijo, como si quisiera irritarles más —. En último término — se balanceó sobre las piernas y humedeciose los labios —, puesto que os interesa tanto obtener una condena para este hombre — presentí que sus palabras volverían a ser un nuevo pinchazo para el sumo sacerdote y su séquito —, podéis llevarle al tetrarca. Puesto que éste es galileo, se lo cedo...

Dio media vuelta y desapareció de la ventana. Los soldados condujeron al maestro a la puerta y lo entregaron de nuevo a los guardias, que tiraron con rabia de las cuerdas.

La multitud comenzó a descongestionar lentamente la callejuela. Sobre ella seguía elevándose el rumor de animadas discusiones. Los sacerdotes y maestros iban rodeados por la guardia. Al pasar junto a mí, vi que hablaban y discutían acaloradamente. Seguro que ninguno de ellos sentía deseos de ir a ver a Antipas. Comprendí por qué

Pilatos los había enviado a él. Sabía que este cobarde no se atrevería a levantar de nuevo la mano sobre un hombre rodeado por el respeto de la mayoría. Sin duda recordaba aquella escena en Maqueronte. En mí nació de nuevo la esperanza de que, si incluso este hombre depravado se había puesto de su parte, el maestro saldría sano y salvo de aquel asunto. Es verdad que el propio acusado había dicho, prevenido... Pero todo ello podría ser sólo a modo de prueba. En no sé qué punto muy recóndito del corazón sentí el pinchazo, como de una aguja muy fina, de un pensamiento: sabrá salvarse a sí mismo...» Apreté con fuerza la mano. En todos nosotros viven dos personas: una está llena de nobles deseos y grandes anhelos: la otra, incluso en su preocupación por los demás, es capaz de esconder un algo de envidia... ¡Si existiera una fuerza capaz de limpiar los corazones humanos!

Vi también que Joel, Onkelos y Jonatán bar Azziel, saliendo del círculo de los guardias, en lugar de dirigirse hacia el palacio de Antipas, reunían en un grupo a los fariseos diseminados entre la multitud. Les decían algo. Debían de ser nuevas órdenes. Pero, cuando me acerqué al grupo, los otros los pusieron en guardia con una rápida mirada significativa en mi dirección.

Seguí al Sanedrín a cierta distancia. El cortejo avanzaba de nuevo a lo largo del pórtico, atravesó el puente y entró en Xistos. Aquí estaba el palacio construido por Antipas en lugar del antiguo de Herodes, que los romanos se quedaron para ellos. A medida que pasaban las horas llegaba más gente, enterada del prendimiento del maestro. En la ciudad, atestada de peregrinos, la noticia se extendió como el fuego en un haz de paja. Ni los preparativos de la Pascua detuvieron a la gente. La multitud, que supo mantenerse relativamente silenciosa ante la torre Antonia, cuando le tocó andar de una punta a otra de la ciudad, se dejó dominar por una pueril necesidad de gritar, aullar y silbar. El caso comenzó a atraer y apasionar a las personas como las carreras en el hipódromo con el que Herodes ha profanado la ladera del Sión. Se discutía cada vez más acaloradamente:

—Es el Mesías... ¿Qué dices? ¡Si es un simple galileo! ¡El Mesías no se dejaría pegar así!... Curó a mi mujer... El Mesías vencerá al Hedón. ¿Recordáis cómo devolvió la vista a Mateo, hijo de Chuz? Pero dijo que el Templo será destruido... Es un mínimo...

De pronto oí junto a mí a uno de los fariseos que decía a la multitud:

—No olvidéis que antes de la Pascua los romanos siempre sueltan a un prisionero. Hemos de exigirlo... —Es verdad, es verdad — respondían —. Tienen que soltar a uno, los malditos. Ya nos encargaremos de gritar.

—Pedid por Barrabás. Él luchó contra ellos... — sugería el fariseo.

¿Barrabás? Casi abrí la boca de asombro. ¡Qué idea! Este bandido criminal nunca ha luchado contra los romanos. Sus víctimas eran sólo los pobres indefensos. Los mismos saduceos pidieron a Pilatos que librara a la ciudad de este malhechor. ¿Y ahora se sugiere a la gente que grite por su liberación?

Mientras tanto los primeros del cortejo habían llegado ya al palacio. Comenzaron a discutir con el filiarca de Antipas porque ninguno de los sanedritas quería entrar, no fiándose de la pureza de la casa del tetrarca, y éste se negaba a salir fuera (sabemos por qué: ¡teme a la gente!). Por fin entregaron el prisionero a cuatro soldados tracios de la guardia del tetrarca y se lo llevaron adentro. Los sacerdotes, los doctores y toda la chusma se quedaron fuera, en la calle.

No esperamos mucho tiempo. Se produjo un movimiento bajo las columnas y la guardia volvió con el maestro. Llevaba, como antes, las manos atadas y el cinturón con las cuerdas, pero sobre sus vestiduras, sucias y rotas, le habían echado una sábana blanca. El filiarca, sin bajar de la escalinata, anunció:

—El nobilísimo rey de Galilea y Parea, Herodes, hijo de Herodes, os encarga, ilustres rabinos, que digáis al ilustre procurador que le da las gracias por haberle mandado al prisionero...

— ¡No somos mensajeros del rey Antipas! —exclamó Jonatán bar Ananías, indignado.

—Así lo ha dicho el rey — el griego hizo un ademán como queriendo librarse de toda responsabilidad —. Os devuelve al prisionero. No está dispuesto a juzgarle. Es un hombre anormal...

Los soldados tracios empujaron al maestro hasta el pie de la escalinata de piedra. De nuevo las cuerdas se encontraron en las manos de la guardia del Templo. Caifás les dijo algo con voz ronca de cólera. Entonces comenzaron a pegarle con saña y a maltratarle. El cortejo regresó al Templo. Durante el camino los guardias no cesaron de torturar a su prisionero. Le empujaban, tiraban brutalmente de la cadena y le daban puntapiés cuando se caía. Pensé con horror que,

puesto que no lograban obtener la sentencia, le matarían simplemente.

De nuevo nos encontramos ante las puertas de la Antonia. Pilatos, sonriendo con aire de burla, apareció en el balcón.

— ¿Y qué? ¿El tetrarca tampoco ha sabido ver en él los crímenes inventados por vosotros?

Los sanedritas no contestaron, aunque se les veía apretar con rabia las mandíbulas y los puños. Caifás volvió su roja faz hacia el hijo de Azziel y éste, en respuesta, movió ligeramente la cabeza. Los fariseos, mezclados entre el gentío, comenzaron a susurrar..... ¡Ahora, gritad ahora!» La multitud obedeció:

— ¡Un prisionero! ¡Suelta a un prisionero! — Las exclamaciones iban aumentando en potencia, hacían coro — ¡Un prisionero! ¡Queremos un prisionero!

Al poco rato la calle entera gritaba — ¡Suelta a un prisionero!

— ¿Qué chillan éstos? — preguntó Pilatos a Jonatán, el *nasi*.

—Generalmente, ilustre procurador, en el día de Pascua soltabas a un prisionero... — contestó el hijo de Ananías, esforzándose en mostrarse amable —. Es lo que ellos te están pidiendo ahora.

La muchedumbre, embriagándose con su propio número y fuerza, gritaba como loca:

— ¡Un prisionero! ¡Suelta a un prisionero! ¡Suelta a un prisionero!

Pilatos sonreía con malicia. Debía de producirle una gran satisfacción este juego contra sus antiguos amigos. Hizo ademán de que quería hablar y esperó pacientemente a que enmudeciera la última palabra rezagada, como la última piedra que cae en un desprendimiento de tierras.

— ¿Queréis que dé libertad a un prisionero? No os lo niego... — Alzó la vista y la voz por encima de las cabezas de los sanedritas. Miró la calle, atestada de gente, que semejaba una rama en la que se hubiera posado todo un enjambre de abejas Tengo a dos: uno de ellos es Jesús, a quien llamáis el Mesías y a quien vuestras autoridades acaban de entregarme. El otro es Barrabás... ¿A cuál preferís que ponga en libertad?

Se hizo un silencio absoluto. Por las afeitadas mejillas de Pilatos pasó una sonrisa de triunfo. ¡Esta pregunta había sido un acierto! La multitud, que hasta entonces sólo había actuado como espectador en

todo aquel asunto, seguramente respondería ahora con sentido común. Durante dos años Barrabás había sido el terror de mercaderes y peregrinos. Pero yo, esperando con impaciencia la voz del pueblo, no me hacía la menor ilusión sobre la postura de Pilatos. A él no le importaba en absoluto la vida del maestro, sólo deseaba oponerse a los deseos del Sanedrín. Hubiera luchado igualmente por la vida de cualquier otro hombre. Por aquellas dos derrotas consideraba que se le debía más de una victoria.

De pronto se elevó de entre la multitud una sola voz (estoy seguro de que era la de un algún *haberim*, pues conozco bien el lenguaje de los *amhaares*):

— ¡Suelta a Barrabás!

— ¡Suelta a Barrabás! — repitieron otras voces.

Si hubiera dicho tranquilamente: Fijaos en los que nombran a Barrabás; no son de los vuestros..., no dudo de que nadie hubiese repetido la petición. El maestro no sólo ha hecho muchas obras de misericordia, también había ridiculizado a los fariseos y dispersado el mercado en el que el pueblo se sentía explotado. El juego de los acusadores era enormemente arriesgado. Pero no suponía que nuestros *haberim* conocieran tan bien al procurador.

Le habían hecho caer en la trampa no había podido hablar mejor que cuando dijo, impaciente, burlándose y a la vez autoritariamente, como si no oyera aquellas voces:

— ¡Vamos, pronto! ¿Ya habéis escogido? ¿Queréis a Jesús? ¿O quizás alguno de vosotros prefiere al bandido y no al carpintero de Nazaret? ¿No? En este caso os voy a poner en libertad a Jesús...

— ¡No! — se oyó gritar —. ¡No! ¡No! ¡Queremos a Barrabás!

Ahora había más voces. La multitud es como un niño que se deja guiar sin darse cuenta de que cumple la voluntad ajena.

— ¡Suelta a Barrabás! ¡Queremos a Barrabás!

— ¿A Barrabás? — repitió con voz llena de asombro y rabia.

Ahora vi claramente lo que ocurría. La gente de la calle había comprendido que Pilatos defendía al maestro. A ella tampoco le importaba la vida de Jesús, sino la victoria. La lucha contra los saduceos y los fariseos se había transformado en una lucha contra los romanos. Querían triunfar sobre ellos. Quien ha vencido una vez quiere volver a experimentar el triunfo. Sus palabras vacilantes

parecían delatar su debilidad. La turba siente por instinto el desaliento de su contrincante. Mil voces chillaron a la vez:

— ¡Suelta a Barrabás! ¡A Barrabás! — Se produjo un tumulto —. ¡A Barrabás! — Ahora todos gritaban con toda la fuerza de sus pulmones. Barrabás ya no era el nombre de una persona, sino un símbolo—. ¡Suelta a Barrabás! ¡A Barrabás!

En el rostro de Pilatos se pintó el enojo. Estaba furioso por haber entregado su arma en manos del pueblo y que éste la volvía contra el. Un pequeño efebo griego, como tantos hay en los palacios, se acercó por detrás y le dijo algo. Por las mejillas de Pilatos pasó una súbita contracción, y los ojos le brillaron inquietos. Dijo al muchacho una corta frase, apoyó las manos en la balaustrada y se asomó. Seguía hablando por encima da las cabezas de la gente del Templo, como si creyera que así lograría hacerse oír.

—Así, ¿queréis a Barrabás en vez de Jesús?

— ¡Barrabás! — aullaba toda la turba al unísono.

— ¿Y qué he de hacer con Jesús?

Por un momento todos se callaron. Sentí cada latido de mi corazón. Si hubiera gritado: «Déjalo también en libertad», quizá la multitud me hubiera seguido. ¡Seguro que sí...! Pero yo no sé dirigir a una masa humana. No me gusta... La temo... Me sentí tímido y atemorizado. La voz se me paralizó en la garganta. Oí que los fariseos, mezclados de nuevo entre la plebe, gritaban: « ¡Crucifícale! » La frente se me cubrió de sudor, me faltó el aire en los pulmones. « ¡Crucifícale! », repitieron los mismos de antes. Parecía imposible que una multitud compuesta por millares de personas pudiera quedar supeditada a la voluntad de unos pocos. Pero Pilatos ayudó de nuevo inconscientemente a los agitadores, pues hizo una mueca, apretó los dientes y golpeó el muro con el puño, lleno de rabia. Al verlo, todos chillaron triunfalmente:

— ¡Crucifícale!

Ahora se volvió hacia la gente del Templo y la sinagoga:

—¿Me pedís que vuelva a crucificar? — preguntó con ironía —. ¿Vosotros mismos me lo pedís ahora?

—El pueblo lo quiere... — Contestó Jonatán, el *nasi*, abriendo los brazos.

Las voces siguieron gritando sin disminuir ni por un instante:

— ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

El procurador, vencido, se mordió los labios. Por dos veces se había dirigido al pueblo y por dos veces éste le había decepcionado. Pero este bárbaro, que, en cierta época, había soñado con los laureles de general, poseía una gran obstinación y un deseo salvaje de lanzar al pueblo contra los sacerdotes, a costa de lo que fuera. No me era difícil comprenderlo: una sola victoria de este tipo le hubiera hecho acreedor de la hasta ahora desconocida fama de persona que sabe gobernar a Judea. Hasta ahora nadie lo había logrado. El César sabría reconocérselo. Y quién sabe cuáles podrían ser las consecuencias de semejante éxito. Aquello no era sino un continuo juego de intereses que se disputaba por encima de la cabeza del maestro y en el que su vida no era más que la apuesta.

El rostro de Pilatos parecía ahora el de un general que ha confiado en cierta maniobra estratégica y, para completar su eficacia, está dispuesto a sacrificar a todos sus hombres. Llamó a un centurión. Al poco rato salieron unos soldados hasta la puerta de la torre Antonia y se llevaron al maestro de manos de la guardia. Pitusos se alejó del balcón y sentose de nuevo en su silla. Condujeron al prisionero más lejos, al fondo del lisostrotos. No pode ver dónde ni por qué. Pero había quien podía verlo. Al poco rato circuló entre la turba un rumor como el del viento entre las hojas de una palmera « ¡Le están azotando!

Esto duró bastante tiempo. La gente se quedó silenciosa, en tensión, deseando la sangre del procurador que el maestro iba a verter por él. Del fondo del patio nos llegaban gritos y risotadas de los soldados y, de lejos, del Templo, los balidos de los carneros destinados al sacrificio. Me pareció que oía también restallar los horribles azotes romanos. La respiración de los presentes se volvió rápida, sonora. Pensé que si esto duraba mucho, en vez de muerte gritarían pidiendo piedad. Pero me equivoqué: los azotes más bien los excitaban e impacientaban por presenciar la última tortura.

Luego vi que un grupo de soldados se acercaba al procurador. Éste se levantó y quedose mirándoles: pero no... no a ellos; había allí alguien más, no costaba adivinar quién. Por fin el procurador se dirigió hacia la escalera, seguido por los soldados. Sin decir palabra apareció en la ventana. En la otra, al lado, apareció el maestro.

—He aquí al hombre... — oí decir a Pilatos.

Me quedé con los ojos cerrados, fuertemente apretados, la garganta seca y sin aliento en los pulmones; el estómago se me subía hasta la garganta, bajo los párpados veía pasar unas manchas blancas y mi corazón se agitaba como una campana en el cuello de una oveja asustada... Aquello no era ya el maestro... Aquello no era ya nadie... ¡Rut, Rut, pensé, también Rut, en cierto momento, dejó de ser ella!... En el cuadrilátero de la ventana apareció la aterradora y lúgubre figura, cubierta de sangre desde la cabeza a las rodillas, de un hombre despellejado vivo. La cabeza, inmóvil sobre el cuello rígido, llevaba una extraña guirnalda sin hojas, una corona de espinas. Debajo de ella, los ojos, o, mejor dicho, dos oscuros agujeros en los que era difícil descubrir aún una llama de vida. Las mejillas y la barba cubiertas de sangre. El resto del cuerpo no era sino un amasijo de carne sanguinolenta también. El manto de púrpura que los soldados habían echado sobre sus destrozados brazos se le había pegado a las heridas como miles de ventosas y le daba el aspecto de persona que acaba de salir de un lagar. Por el pecho, las manos y los muslos la sangre caía al suelo formando pequeños hilos. Los labios del que había sido el maestro pendían sin vida. Las manos, atadas, sostenían una vara de mimbre...

Desde las primeras filas llegó hasta mí el grito:

— ¡Crucifícale!

Casi me pareció que yo mismo había gritado también: « ¡Crucifícale! ¡Que se termine esto de una vez! ¡No es posible contemplarlo...!.

— ¡Crucifícale! — gritaban todos a mi alrededor. — ¡Crucificadlo vosotros mismos! — exclamó Pilatos con rabia.

Habló el rabí Jonatán bar Azziel.

— ¿Significa esto, noble procurador, que quieres dejarle en libertad? Nosotros no podemos crucificarle. Pero él debe morir porque ha dicho que es el Hijo del Altísimo.

De nuevo vi sobre la lisa cara de Pilatos la misma contracción que antes cuando el pequeño efebo le dio no sé qué noticia. Miró a los suyos como si quisiera asegurarse de que estaban cerca. Incluso yo podía leer el miedo en sus ojos. Sin decir palabra bajó al patio. Vi que se hundía en su silla, en el abrazo de las doradas alas del águila. Los soldados llevaron ante él al prisionero,

Pilatos cruzó las manos a la espalda. Dio unos pasos pesados hacia delante y hacia atrás. Lentamente, volvió al balcón. Yo no le miraba a él; miraba, desesperado, la roja figura, allí en el patio. Me pareció revivirlo todo por segunda vez... Sentía lo mismo: tenía la misma espantosa conciencia de no ser yo quien sufría, deseando no obstante, que así fuera, porque entonces, al menos, podría ocuparme de mi propio dolor... Y al mismo tiempo, en el fondo de mi corazón, sentía una aturdidora sensación de alivio al saber que no era yo...

—Os digo por última vez... —declaró Pilatos, pero no advertí convicción en el tono de su voz — que no hallo en él crimen alguno. Le he castigado y ahora le voy a soltar...

— ¡Crucifícale! —aullaba la turba.

— ¡Crucifícale! —gritaban los sacerdotes, los levitas, los saduceos.

— ¡Crucifícale! — exclamaban también los fariseos, los doctores.

—Pero si es vuestro rey... — Pilatos se comportaba como un perro atado que, en un ataque de furia impotente, destroza la paja de su yacija —. ¿Queréis que crucifique a vuestro rey?

— No tenernos rey —dijo, destacándose entre el vocerío, la voz del *nasi*—, sino un César.

— ¿Quieres que vaya de nuevo a Capri a quejarme de ti? —dijo alguien, seguramente el mismo Ananías.

— ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! — vociferaban todos con saña.

— ¡El pueblo no cederá...! —dijo uno de los saduceos.

— ¡Habrá una revuelta! — exclamó el rabí Onkelos.

—Sabes lo poco que gustará esto en Roma...

— ¡Crucifícale! ¿Lo oyes? —chillaba con voz ronca Caifás —. Te llevaste el oro... Ahora crucifícale...

— ¡Crucifícale!... — repetían todos con creciente insistencia.

— ¿Quieres que vuelva a producirse lo que entonces en Cesarea? — siguió preguntando Ananías.

— ¡Este hombre debe morir! —clamaba, sulfurado el rabí Jonatán, hijo de Azziel.

— ¡Muerte al blasfemo!

— ¡Crucifícale!

— Bien — dijo al fin, apretando los dientes. Ahora era ya como un general que ha perdido la batalla y cuyo ardor guerrero se convierte en un frío desprecio por el mundo entero. Bajó las escaleras y se sentó en su silla. Yo tenía aun un poco de esperanza, totalmente infundada... Pronunció unas palabras, erguido, con las manos apoyadas en las rodillas. Acaso fue la horrible fórmula romana: *Ibis ad crucem*. Cuando luego se volvió hacia el lictor, comprendí que precisamente había dicho esto. En el patio se produjo un movimiento: los soldados salían y se ponían en formación. Sacaron un caballo. El escriba dejó sus tablillas y escribió algo sobre un madero...

El procurador apareció una vez más en la ventana. A su lado estaba el efebo con un cántaro y un recipiente. Con el movimiento de un sacerdote que cumple con un rito religioso, ordenó que le vertieran agua sobre las manos. Al sacudirlas, dijo:

—No tomo sobre mí responsabilidad alguna por esta sangre...

— ¡Nosotros la tomamos! —gritó Caifás.

— ¡Nosotros! — exclamó Jonatán bar Azziel, y le siguieron todos los fariseos desperdigados entre la multitud.

— ¡Nosotros! — repetía el populacho, sin saber bien lo que decía, embriagado por la victoria.

Por fin apareció en la puerta el cortejo. Lo abrían un centurión a caballo y unos veinte soldados. Detrás de ellos iba el maestro. Llevaba sus propias vestiduras, pero tan sucias y ensangrentadas que parecían los andrajos de un mendigo. El madero de la cruz le aplastaba un hombro: por debajo de aquél, rígida, sobresalía le dolorida cabeza coronada de espinas. Caminaba con paso vacilante, tambaleándose. Daba la impresión de que, si los criados no le hubieran sostenido de la cintura por las cuerdas, se hubiese desviado y habría chocado contra la multitud. Detrás de él seguían, igualmente encorvados bajo el peso de las cruces, dos hombres de la banda de Barrabás; los aguardaba la muerte de la que su jefe se había salvado. El resto de la centuria cerraba el cortejo. La multitud se separó, pero, al ver la ensangrentada figura que avanzaba dando tropezones, estalló en un salvaje rugido. Para la chusma él era ahora alguien a quien el romano había querido salvar y a quien ellos habían logrado arrancar de sus manos. Los puños se levantaron en alto y llovieron sobre el maestro piedras y basura de toda clase. Los soldados tuvieron que formar un cordón a cada lado para proteger de los golpes al prisionero. Pilatos, sin bajar del balcón, miraba con desprecio el

cortejo que se alejaba. De pronto llegó Caifás, como un vendaval, hasta la misma puerta, casi a la entrada de la fortaleza. Se atragantaba con su propio furor: la barba, la cadena, el manto, las anchas mangas, todo volaba a su alrededor como una nube de pájaros. Moviendo los brazos como las aspas de un molino, chillaba enfurecido:

— ¿Qué has hecho? ¿Por qué lo has escrito? ¿Cómo? ¡Esto no puede ser!

Comprendí. Uno de los criados que iba al lado del maestro llevaba una tablilla en la que Pilatos había mandado escribir en tres lenguas distintas la culpa del condenado: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos».

— ¿Lo has mandado escribir tú? Cogiste el dinero... — gritaba como loco. Otros saduceos y fariseos acudieron también allí, llenos de indignación —. ¡Ordena que lo cambien! Escribe: un embustero, un impostor, un charlatán que se hacía llamar rey...

Pero Pilatos se encogió de hombros. Parecía un hombre que, desde el fondo de su desdicha, ha dejado de contar con sus adversarios. Volviéndose hacia ellos, dijo con desdén

— Lo he escrito y no pienso cambiarlo...

No vi cómo se lo llevaban. El cortejo bajó y luego, desde el fondo del Tiropeón, comenzó a subir hacia la puerta de la ciudad. Los gritos de la gente que acompañaba a los condenados no disminuyeron ni por un instante. Pero, entre los que iban detrás como yo, se notaba la misma febril excitación. Se lanzaban hacia delante a cada momento, jadeando: se daban empujones, se ponían bruscamente de puntillas intentando ver algo por encima de las cabezas de los que nos precedían. Las conversaciones cesaron; la gente intercambiaba sólo unas cortas y escuetas observaciones. Cuando el cortejo se detenía, todos empujaban a la vez hacia delante. Se veía fiebre en los ojos de todos; las manos les temblaban.

Yo me arrastraba al final del cortejo, completamente deshecho. Me faltó valor para ir al lado del maestro. Le dejé solo... pero temía, temía ver su rostro empequeñecido bajo el peso de la corona de espinas, sus ojos, que parecían clavados en el fondo del cráneo. Cuando nos parábamos, entre los gritos que entonces aumentaban, distinguía palabras que expresaban una salvaje alegría:

— ¡Ha caído! ¡Está en el suelo! ¡Ha caído! ¡Levántate! ¡Levántate! ¡Más aprisa! ¡Muévete!

¡Tampoco tenía valor para ver esto! ¡Cuántas veces en mi vida me he mostrado cobarde ante la contemplación del dolor! Cada vez me costaba más andar, tropezaba... En cierto momento, al mirar al suelo, vi sobre el empedrado del camino la huella roja de un pie. Estaba seguro de que era el suyo el que había dejado aquella marca. Todo él era una sola llaga, desde la cabeza rodeada de espinas hasta los pies destrozados por los afilados cantos de las piedras... No había en todo su cuerpo ni un solo punto sano... Temblaba al pensar que volvería a verle... ¿Cómo el cuerpo humano que posee tantos atractivos, puede llegar a ser lo más horrible que uno se puede imaginar?

Seguí andando. Atravesamos la puerta. El cortejo torció hacia un pequeño montículo entre el camino y la muralla y se detuvo. En la cima de la colina, en vez de árboles, había clavados unos cuantos palos desnudos. La ladera de piedra, pelada en varios puntos como la piel de un asno sarnoso, sobre la que crecían sólo unos hierbajos parduscos, era también el cementerio de los condenados. Las blancas señales pintadas sobre la roca servían para prevenir a los que temían los contactos impuros. Los verdaderos fieles iban por el camino, por el que podían pasar a la vez sólo dos o tres personas. Éste fue el motivo de que el cortejo se detuviera. Pero la chusma, impaciente y poco escrupulosa en materia de pureza, saltó a través de las tumbas y las rocas.

Cuando logré llegar a la cima, la crucifixión estaba ya terminando. Los dos bandidos habían sido alzados sobre sendos palos colocados en el mismo borde. Para el maestro había sido destinado el palo central, más alto que los otros. Por su pulimentada superficie había resbalado la sangre de muchos malhechores y empapado la madera como una resina que volviera al tronco. La tablilla con la inscripción insultante estaba ya clavada y muchos la señalaban con el dedo, lanzando maldiciones contra Pilotos. Por un momento logré ver, por encima de las cabezas de la muchedumbre, la cabeza del maestro. Pero desapareció en seguida. Los ejecutores le habían ordenado tenderse en tierra. A pesar del vocerío, oí los pesados golpes del martillo. Luego alguien dio la orden y los criados que estaban detrás del palo comenzaron a tirar de las cuerdas. El palo transversal se elevó lentamente con el maestro clavado en él. Tenía la boca abierta, la cabeza rígida, echada hacia atrás, todos los músculos en tensión... La aparición del nuevo crucificado fue recibida por un tremendo

vocerío. La gente no sabía qué gritar y sólo dejaba escapar unos extraños y prolongados sonidos, parecidos a los gritos de los que se pierden en las montañas. El madero que resbalaba sobre el palo encontró por fin su encastre. Por la tensa, destrozada piel cruzó un espasmo de dolor. De nuevo se oyó el sordo golpear del martillo. Alguien, por abajo, clavaba los pies.

El maestro colgaba entre el cielo, azul grisáceo, y la cima de la colina cubierta por una agitada masa humana. Su cuerpo se tendía como si quisiera desclavarse de la cruz. Los verdugos, al clavarlo, habían tirado de sus brazos con todas sus fuerzas, por lo que el pecho, excesivamente abombado, no podía relajarse. Se ahogaba. El rostro se le amoratá, las venas del cuello se le hincharon hasta reventar y de sus labios abiertos salió una respiración silbante. Excepto una estrecha tira de tela, estaba totalmente desnudo y su cuerpo descubierto dejaba ver claramente todas las señales de los tormentos sufridos. Todo él era una sola llaga, un tumor abierto y purulento. No podía dejar de mirarle y no podía soportar esta visión... En su martirio había algo más que el mismo dolor; algo como un doloroso e indefenso pudor que ellos habían profanado... De nuevo recordé a Rut, sus ojos, cuando los médicos levantaban la sábana sobre su cuerpo deformado... El recuerdo de ella no me abandonaba ni por un momento. Era como si ella estuviese colgante allí, al lado del maestro... Casi me pareció oír, entre el jadeante alentar de los condenados, el de ella...

La multitud se acalló un poco. De vez en cuando alguien hablaba. Una mujer estalló en sollozos. Como si este martirio no fuera bastante, alguien exclamó:

— ¡Oye! ¿Por qué no bajas de la cruz?

En esta voz había mofa, pero a la vez denotaba un desesperado llamamiento. Varias voces repitieron:

— ¡Baja de la cruz! Anda, ¿por qué no bajas? Sabías hablar y hacer milagros... ¿Por qué ahora no dices nada? ¡Baja de la cruz!

El rumor aumentó de nuevo. A medida que se iban oyendo más frases como éstas, las voces hacíanse más insistentes, febriles.

— ¡Baja de la cruz! ¡Baja de la cruz! ¡Tú, destructor de templos! ¡Impostor! ¡Embustero! ¡Baja de la cruz! ¡Mentiroso! ¡Mesías! ¡Baja de la cruz! ¡Tú, rey! ¡Hijo del Eterno! ¡Baja de la cruz! ¡Baja! ¡Baja!

Me pareció que una de las voces venía de arriba. Alcé la cabeza. También uno de los bandidos crucificados gritaba:

— ¡Baja! ¡Baja! ¿No lo oyes?

El maestro movió su martirizada cabeza para volverla hacia él. En su mirada no había enojo ni reproche. Pero el bandido, como si esto le hiriese más aún, hinchó el tórax, recogió un resto de saliva y escupió en dirección al maestro. Al mismo tiempo mascculló:

— ¡Tú, impostor!...

Entonces se oyó al otro que colgaba, a la derecha, junto al maestro.

— ¡Necio! ¡Estás blasfemando...! Tú sabes por qué morimos... Pero él... él... — le falló la voz; también le faltó aire —. Rabí — volviose hacia el maestro, si... vas... a tu reino.., quizá... te acuerdes... de mí.

De nuevo vi su cabeza moverse sobre el cuello entumecido. Era difícil creerlo, pero por su rostro hinchado y ensangrentado pasó algo así como la sombra de una sonrisa.

—Hoy mismo...estaremos...allí...juntos — respondió. Y de nuevo jadeó, abriendo mucho la boca para conseguir un poco de aire.

De pronto sentí que los gritos en torno de las cruces habían disminuido. Fijos los ojos en el maestro, no me había dado cuenta del fenómeno que había producido de pronto una inquietud general. La gente, en vez de ocuparse de los condenados, miraba inquieta a todos lados. La luz solar había perdido su potencia y acabó apagándose del todo. No se supo cuándo, por detrás de las colinas circundantes, surgieron unos rojizos torbellinos como de niebla o humo extendidos en el aire húmedo y lluvioso. A pesar de ser mediodía se hacía cada vez más oscuro. Surgieron unas ráfagas que venían de diferentes direcciones y levantaban pequeñas columnas de polvo. Sobre el cielo, que por su colorido recordaba cada vez más el desierto de Judea quemado por el calor, el sol había dejado, perdidos detrás de la niebla, sólo unos pocos destellos de luz, como unas claras estrellas. Alguien gritó: e ¡La tierra se mueve!» Aunque yo no lo sentí, me invadió un ciego terror animal. Pero no sólo a mí. La apiñada chusma se dispersó como una manada de gorriones entre los que cae una piedra. Todos corrían gimiendo de miedo. Quedaron en la cima sólo los representantes del Sanedrín, los soldados y un puñado de los más valientes. El viento seguía girando, soplando, silbando, y en sus

ráfagas se oían como unos gritos humanos llenos de terror. Seguía oscureciendo como si del cielo cayera sobre la tierra una lluvia de ceniza. En la poca luz gris y rosada que aún quedaba aclarando la oscuridad podían divisarse sólo los objetos más próximos. Ya no se veían los muros de la ciudad ni el camino de Joppa. Me acerqué a la cruz. No quedaba allí casi nadie: sólo los soldados, que paseaban inquietos, unas cuantas figuras con los mantos echados sobre la cabeza, inmóviles al pie del palo del que pendía el maestro, y unas cuantas personas más que formaban un grupito como de ovejas asustadas.

— ¿Has oído? — preguntó alguien a mi lado —. Llamaba a Elías...

—Voy a darle de beber... — contestó la otra voz —. Ha pedido agua...

—Que venga Elías y que se la dé él mismo... — dijo un tercero, con mezcla de ironía y temor.

Miré en derredor: los sanedritas ya no estaban allí. Se habían marchado dejando de guardia a un joven fariseo.

Me acerqué a la cruz. El viento arrastraba con fuerza granitos de tierra. El pesado palo se balanceaba ligeramente. Entre los que estaban al pie había varias mujeres y un hombre. Le reconocí: era Juan, hijo de Zebedeo. A su lado estaba la madre del maestro. Tenía el rostro vuelto hacia la cruz en una estática expresión de dolor, como esculpida en piedra. Apoyaba su mano sobre el palo que el viento hacía crujir. Unos hilillos de sangre resbalaban desde lo alto sobre sus dedos. Su sangre, pensé, se mezcla sobre este árbol con la de los más grandes pecadores... Desde las tinieblas nos llegaba su estertor... Era aún más fuerte, más rápido, más entrecortado. A la altura de mis ojos tenía sus pies, puestos uno encima de otro y atravesados por un largo clavo. La tensión de los músculos se notaba incluso en los dedos, abiertos y rígidos.

En pleno sol no había tenido valor para mirarle. Pero en esta oscuridad me sentía más tranquilo si permanecía junto a la cruz de la que él pendía. «Ahora ocurrirá algo.», pensé. «Este súbito oscurecimiento, esta noche en medio del día, esta espantosa tensión tienen que tener un fin. Tienen que tenerlo... O él es realmente alguien o...»

De pronto me llegó desde lo alto una voz que pronunciaba palabras sueltas. Comenzó bajo, pero luego se convirtió en un grito

sostenido que recordaba el lamento de un pájaro nocturno. Me pareció oír:

—Abba... en tus... manos...

Alcé la mirada y escuché. Pero ahora ya no se oía nada; sólo el palo seguía crujiendo y el viento silbando. Los demás también escuchaban. No oímos nada más. Las tinieblas cubrieron la figura sobre nuestras cabezas y sólo me pareció notar que las rodillas se habían doblado para quedarse ya así.

Juan dijo: «Ha muerto», y se cubrió la cara con las manos. Las mujeres comenzaron a llorar. Golpeábanse la cabeza contra la tierra. Sólo la madre quedose como antes, con el rostro seco, levantado, inmóvil y gris. Yo seguí sin moverme, con los ojos fijos en sus plantas horadadas. Llegaron a mis oídos unas palabras griegas dichas seguramente por alguno de los soldados:

—No podía tratarse de un hombre corriente...

Seguí allí, insensible, como un palo más clavado en la blanca roca. «Así, ha muerto.» pensaba. Para los que veían en él al Hijo del Altísimo, esto tiene que haber sido una inmensa derrota... Pero para mí también lo es, lo reconozco. Esperaba que al final ocurriría algo... Pero que todo haya sucedido tan naturalmente... Él, que había hecho tantos milagros... El recuerdo del pensamiento de que él sabe salvarse a sí mismo me quemaba el rostro como una bofetada... ¡No ha sabido hacerlo! Pero tampoco nosotros... Yo mismo... Le defendí, me expuse a tener un serio disgusto con todo el Sanedrín y el Gran Consejo. Mas, con todo, tengo la impresión de no haber hecho todo lo que estaba en mi mano hacer. Lo mismo fue entonces, cuando Rut murió... Pero, ¿qué más podía hacer yo?

Del mismo modo que no había visto cuándo había comenzado a oscurecer, tampoco ahora sé cuándo comenzaron a desvanecerse aquellos lúgubres vapores. El día retornaba... Entre la roja niebla volvieron a aparecer rocas, colinas, la muralla escalonada de la ciudad, el camino, solitario en este momento. Levanté la cabeza. Él colgaba ahora pesadamente, sin la tensión muscular que antes le mantenía erguido. La cabeza caía sobre el pecho y los brazos, estirados como dos cuerdas flojas. El color morado del rostro se había convertido en lívido. Veía sobre mí unos ojos medio entornados y unos labios entreabiertos entre los que brillaban los dientes... El cuerpo, en el último espasmo, se había retorcido horriblemente. Comparados con la contracción de este cuerpo, los otros dos parecían

esculturas griegas. Aquí no había ninguna proporción, ninguna armonía. Como si antes de morir en la cruz hubiera sido atacado por la lepra y la parálisis. Como si todas las enfermedades del mundo se hubieran concentrado en él...

En esta muerte no había ninguna dignidad. Era sólo un espeluznante horror que uno sentía deseos de cubrir con algo lo más pronto posible... Los otros dos aún seguían vivos; los veía ahogarse con las últimas bocanadas de aire... En breve morirían y serían como él.

Uno de los consuelos ante la muerte es nuestra fe en su majestad... ¡Pero en realidad no tiene ninguna! Nos morimos en un acto de rebeldía. Toda la desesperación de esta última lucha se pintaba en aquel rostro que colgaba sobre mí. No podía dejar de mirarle. ¿Conoces la fuerza de atracción de un espejo y la incomprensible necesidad de hacer muecas ante él? Este cuerpo parecía un espejo. Veía en él mi propia cara. No lograba apartarme de su lado. Me parecía que me quedaría allí para siempre. Lo que en la persona viva era horrible, ahora, muerto ya, se había vuelto repugnante... No le reprocho haber muerto. ¡Pero no puedo perdonarle que lo haya hecho de este modo!

Sobre aquel palo habían muerto decenas de personas. Igual que él habían dejado escapar sus últimos ronquidos y estertores, su hipo, su rechinar de dientes... Y de pronto quedaban colgados, exánimes... No le sirvió de nada mi proximidad. Nos morimos solos. No oí el último suspiro de Rut, como no había oído el grito de él... Y los dos habían muerto de un modo tan parecido, como si estuvieran uno al lado del otro. Lejos de mí y tan cerca... Como si su muerte...

Volví la cabeza hacia el crucificado que estaba a mi derecha. Su respiración era anhelante, entrecortada. Recuerdo las palabras que él le había dirigido. Todas sus palabras eran como aquéllas. Su vida y su muerte habían sido una constante bendición... Y, así y todo, ha muerto. Es verdad, las rebeldías de Jacob eran insensatas. No hay respuesta para los que discuten. ¿Y si él deseaba tomar sobre sí todo aquel horror...? Muchas veces me he repetido: ¿por qué me ocurre esto? ¿Por qué a mí precisamente? Pero quizá no es así. ¿Acaso esto le ocurre no al que es culpable sino al que ama? Pero yo amo tan poco... Y amo tan mal...

Ha muerto... el día vuelve con sus habituales preocupaciones y temores. Ahora sé: comenzaré a imaginarme cuáles serán las

consecuencias de mis palabras en la sesión del Sanedrín. El que muere se va por lo menos al reino del silencio. Quizás a su reino... ¡Si él pudiera existir, a pesar de esta muerte! ¡Qué no daría yo para que él hubiera dicho a Rut lo mismo que le dijo a este ladrón! ¡Y que yo lo hubiera oído!

La rojiza oscuridad se disipó al fin y el sol apareció entre la niebla, rojo, como si estuviera enojado o avergonzado. Sembrando oscuridad, la nube se escondió tras el monte de los Olivos dejando en el aire un olor como el que se percibe después de una tempestad cruzada por los rayos. ¿Conoces este sentimiento?: nos parece que algo ha ocurrido a nuestro lado, pero seguimos sin saber qué es. Me atormentaba la inquietud y no podía concentrarme en nada. Volví a casa apresuradamente y subí a la habitación. Todo estaba tal como lo habían dejado ellos al marchar. Los criados no habían tocado aún nada. Sobre la mesa había un mantel de hilo, un poco arrugado aquí y allá, y sobre él varios jarros, vasos y platos, pedazos de pan y huesos. La luz solar se posaba sobre la mesa pesadamente, como una mano cansada de trabajar. Los mantos rituales y los bastones de viaje estaban caídos en un rincón al lado de un gran recipiente para el lavado de pies y un jarro de agua. Me senté en el banco, pensativo. Contemplé la gran copa de la que el maestro había bebido y de la que había dado a beber a los otros. Brillaba en el sol como si rezumara miel. Tuve que levantarme y mirar en su interior para cerciorarme de que estaba vacía, pues me parecía que algo bullía y se agitaba en ella. Pero no había nada, estaba completamente vacía, como una linterna en la que se hubiera quemado todo el aceite.

Estaba tan sumido en mis pensamientos, que no oí los pasos en las escaleras y no levanté la cabeza hasta que alguien me tocó en el brazo. Era José. A su lado estaba Juan, hijo de Zebedeo, con el rostro pálido, hinchado, retorcido por el llanto. Los pelos, en desorden, le caían sobre la frente y sus largas pestañas se agitaban rápidas como las alas de un pájaro fugitivo.

Advertí que habían venido para pedirme que hiciera algo. Pero yo deseaba sólo paz y olvido. Pregunté a disgusto:

— ¿Qué deseáis?

José se sentó a mi lado en el banco y apoyó las manos en las rodillas.

—No sé si sabes que ya ha muerto... — dijo —. Murió pronto. Este muchacho tiene razón al decir que cuando la noticia llegue a Caifás, el sumo sacerdote es capaz de recordarle a Pilatos la prescripción de la Ley según la cual es obligación enterrar los cuerpos de los condenados antes del anochecer. Entonces los echan a una fosa común. Creo que este hombre merece un entierro digno, ¿no te parece? Pero si quieres hacerlo hemos de ir ahora mismo a ver al procurador y pedirle que nos entregue el cuerpo. Nos queda poco tiempo. Dentro de una hora comenzará el sábado.

Dirigí a José una mirada cansada.

— ¿Quieres pedirle su cuerpo? Pilatos no querrá entregártelo... — aseguré, queriendo instintivamente librarme de aquella obligación.

—Es posible que lo quiera... — dijo —. Seguro que pedirá dinero, pero al fin se avendrá. De todos modos, se puede probar. Creía que tú respetabas a este hombre...

—Sí, desde luego que sí... — balbucí. Pero seguía buscando una excusa. Estaba aterrado ante la perspectiva de tener que ir en seguida a la casa del procurador, regatear por el cuerpo, cargar con la molestia del entierro y exponerme una vez más a las críticas de los saduceos y de los *haberim*. ¡Era un esfuerzo superior a mis fuerzas! —. ¡Pilatos no querrá hablar hoy con nosotros! — respondí Está furioso. Es un hombre cruel, un borracho, y se comporta como un gañan. Es capaz de descargar su enojo en nosotros.

José me dirigió una mirada penetrante.

—Es posible — reconoció —. Le conozco bien... Pero este muchacho lo pide tanto... Allí, junto a la cruz, están también María, la madre de Jesús, y varias mujeres más. Estamos de acuerdo en que le han condenado sin culpa. Hay que actuar de acuerdo con lo que uno cree... Pero realmente quizá sea mejor que vaya a ver a Pilatos yo solo. Más de una vez he hablado con él. Nunca le he pedido nada.

Me levanté de un salto.

— ¡No puedes ir solo! — grité —. Puesto que te empeñas... — Su muerte ha hecho que ahora tema cualquier nuevo esfuerzo —. Puesto que te empeñas... — repetí, enojado, olvidando que si José deseaba obtener el cuerpo del maestro lo hacía sin duda sobre todo para complacerme a mí —. Esto terminará mal, verás... —seguí diciendo —. ¡De qué sirve que ahora le enterremos si antes no hemos sabido defenderle! Pero tú, siempre que te obstinas...

Me paseaba por la habitación lleno de rabia. Me paré porque de nuevo me pareció que la copa dorada en la que el maestro había bebido estaba llena de líquido hasta rebosar. Claro que era sólo una ilusión, pero esto volvió a dirigir mis pensamientos hacia el maestro. Mi irritación me pareció entonces algo repugnante; como si le regateara un *as* a un mendigo. Él ha muerto, razoné, porque no quiso ceder. Quizá no fue quien la gente creía que era ni quien él mismo creía ser. Pero murió como un héroe. José tiene razón. Hay que honrar dignamente esta heroicidad...

—De veras, iré yo solo — trataba de persuadirme José Estás cansado.

— ¡No! ¡No! — Ahogué el miedo en mi interior —. Voy contigo. Vamos.

Las calles estaban tan llenas de gente que a duras penas podíamos abrirnos paso. Todos los que en vez de hacer por la mañana los preparativos para la Pascua habían seguido el juicio y la ejecución, ahora se apresuraban, tratando de aprovechar los últimos momentos del día. Así y todo, anduvimos más de prisa que nunca. Jamás recuerdo haber llegado con tanta rapidez a las puertas de la torre Antonia. La nube se había escondido totalmente tras el pórtico de Salomón, el cielo estaba despejado y el sol daba de lleno en la torre, que ardía en esta luz como una antorcha levantada sobre la ciudad.

Dimos nuestros nombres a la entrada y un mozalbete sirio se fue al interior de la fortaleza para anunciar nuestra llegada al procurador. Toqué a José con el codo y le recordé que nos impurificaríamos al entrar en una casa pagana. Me respondió:

—Tu maestro, Nicodemo, no se preocuparía de esto...

Sí, es verdad. José tenía razón. Para él un acto de caridad estaba por encima de todas las leyes. Aunque, por otra parte, ¿de qué sirven ahora las enseñanzas del Maestro crucificado? Pero no había tiempo para meditar; el mozalbete volvió y dijo que el procurador nos estaba esperando. Atravesamos el vestíbulo y el patio y subimos por las escaleras hasta el atrio. En el centro había una pequeña fuente. Al verla recordé la historia del robo del *corbán*.

Pero en aquel momento apareció Pilatos por el lado opuesto. Se acercó sonriendo, envuelto en una blanca toga. Cuando le saludamos, levantó su manaza de matarife en la que llevaba un anillo de caballero.

—Bien venidos — dijo —. ¿Qué os trae a mi casa, ilustres maestros, a estas horas y en un día como hoy? Ésta es vuestra fiesta más importante, ¿no es así? Ya por la mañana los miembros del Gran Consejo no han querido traspasar las puertas de mi casa... Como si yo fuera un leproso... — Me pareció que se estaba burlando maliciosamente y me sentí incómodo. Pero él trataba realmente de mostrarse amable. Nos señaló dos sillas y él mismo se sentó también. El sol hacía brillar su cráneo coronado por unos pocos pelos rubios—. Una desagradable oscuridad ha caído hoy sobre la ciudad. Como el humo de un incendio.

José le dijo el motivo de nuestra visita.

— ¡Cómo! — exclamó —. ¿Ha muerto ya? ¡No es posible! —Me pareció que al decirlo suspiró profundamente como un hombre a quien se ha librado de un gran peso en el corazón. Dijo —: voy a enviar a un soldado para que lo compruebe... — hizo sonar un pequeño gong y mandó que llamaran al centurión. Éste llegó al instante con la coraza puesta y la vara en la mano —. Escúchame, Longino —dijo el procurador —, ve ahora mismo, allí, a la colina, y comprueba si es verdad lo que me están diciendo estos maestros: que el galileo ha muerto ya.

Salió el centurión. Pilatos se levantó y se fue a la terraza que da sobre el atrio y la ciudad. Desde allí se veía el Gólgota por encima de las azoteas de las casas: un negro montículo a contraluz y, sobre su cima, las siluetas de las cruces y de la gente agrupada a sus pies.

— ¡Hummm...! — murmuró, frotándose con la mano su mandíbula cuidadosamente afeitada —. ¿Ya ha muerto? Ha muerto... — Volvió y se sentó cómodamente en la silla —. Dicen que se llamaba a sí mismo el hijo de Júpiter o algo por el estilo, ¿verdad? — No esperó nuestra respuesta. Se secó unas gotas de sudor de la frente—. Me he cansado hoy... — declaró con una expresión ligeramente dolorida —. Desde el amanecer, tanto ruido, gritos, mal olor, todos ellos inseparables compañeros de vuestros sacerdotes —. De pronto le picó la curiosidad —.Y tú, José, ¿para qué quieres su cuerpo?

—Querernos enterrarlo dignamente. Este hombre era un gran profeta. No creo que fuera culpable de lo que le han acusado los nuestros...

— ¡Claro que no era culpable!... — asintió Pilatos ¡Desde luego que no! Pero ¿qué hacer? ¡No todos son razonables como vosotros! Tanto los sacerdotes como los fariseos y el pueblo gritaban: «

¡Crucifícale! ¡Crucifícale! » Si se lo hubiera negado en seguida habrían comenzado los motines, asaltos, toda una insurrección en regla. Habría tenido que mandar a los soldados que restablecieran el orden. Más vale dejar que muera un... ¿cómo le llamáis, profeta?, que tener que matar luego a muchos. No soy un hombre cruel, aunque los judíos me tengan por tal. En todos mis actos trato de estar de acuerdo con la filosofía de la moderación. Pero ¿cómo aplicar ninguna filosofía si en torno mío no encuentro más que perturbados? A un loco se le puede encerrar en una celda sin ventanas. Pero, ¿qué hacer cuando todo un pueblo se ha vuelto loco? ¡Hay que soportar su locura! ¡Uf! Hoy me han irritado vuestros compatriotas. A Caifás y a Jonatán, el *nasi*, parece como si les hubiese picado algún bicho. ¡Querían amenazarme a mí! ¡Pero les he dado su merecido! ¡No lo olvidarán en mucho tiempo! Seguramente oísteis que me pedían chillando: «No escribas esto, manda escribir que es él mismo el que se hace llamar rey...» Pero yo no he querido ceder. ¿Qué se creen ellos, que les tengo miedo? ¡Que tengan su merecido por sus historias! ¿Lo habéis leído?: «Rey de Judea.» ¡Ja, ja, ja! Todos lo han leído. Se frotó las manos ¡Oh! Vuestro Sanedrín comenzaba a imaginarse que yo iba a bailar como un mono el son de la música que ellos quieran tocar —. La voz del procurador se convirtió en un desagradable sonido gutural —... ¡Que se lo quiten de la cabeza! ¡Podéis repetirles esto! ¡Yo mando y seguiré mandando! El César en Capri y Pilatos en Cesarea.

Estalló en una ruidosa carcajada, satisfecho de su frase. Yo también sonreí aliviado, porque comenzaba ya a inquietarme el tono de su monólogo.

Mientras tanto, a la entrada del atrio, apareció el centurión.

—Bueno, ¿qué? — le preguntó Pilatos.

—Señor, es tal como han dicho los maestros judíos.

El galileo ha muerto. Para asegurarme le he atravesado el costado. De la herida salió sangre y agua.

—De modo que es verdad... — dijo el procurador a media voz —. Ha muerto —. Se volvió hacia nosotros —. Parece que mientras vivía obraba milagros, curaba e incluso resucitaba a los muertos. Alguien se lo contó a mi mujer... Suele ocurrir así: estos magos enseñan toda clase de trucos, pero luego, cuando algo les sucede a ellos, se mueren como cualquiera de nosotros. El mundo es necio y obra neciamente. ¡Pero los más necios son los que tratan de encontrarle un sentido a esta necedad! — Llamó al muchacho sirio —. ¡Dame un

papiro! —Escribió unas palabras sobre un fragmento y el muchacho puso el sello —. Tomad — nos dijo —. Mostrando esto os podréis llevar el cuerpo del galileo.

Le dimos las gracias con una inclinación. Pero yo estaba convencido de que aquello no terminaría así. Incluso me extrañó que Pilatos no hubiera empezado imponiendo condiciones. Los dos llevábamos oro en las bolsas colgadas de nuestro cinturón y contábamos con que, si aquello no le bastaba a Pilatos, le extenderíamos un escrito prometiéndole más dinero.

— ¿Cuánto deseas que te paguemos por esto, ilustre procurador? — pregunté.

En el rostro de Pilatos se pintó una expresión de lucha interna. Estaba a punto de decir el precio, pero se contuvo y cruzó el atrio, pensativo. Se acercó a la balaustrada de la terraza acariciando de nuevo su afeitada barbilla. El sol descendía cada vez más y se escondía detrás de una colina, en dirección del Azot. Su luz atravesó tan directamente el grupo de personas y cruces en el Gólgota, que sus formas desaparecieron y la prominente roca parecía desierta.

—Bueno, pues... Quizá — comenzó Pilotos. Daba la impresión de una persona que ha de renunciar a su patrimonio o a algo igualmente caro —. Quizá, sí... O, mejor, ¡no! ¡no! — Suspiró y su cara, en contradicción con sus palabras, se volvió mala y amarga —. ¡No! — repitió una vez más —. Os regalo este cuerpo. Recogedlo y enterradlo. Enterradlo bien. Puesto que os lo he regalado, no escatiméis ungüento ni perfumes. No os cuesta nada. Dadle buena sepultura. Lo hago para castigar a los otros... —Se le iluminó le cara. Como queriendo acabar de consolarse por aquel acto inesperadamente generoso, dijo: — Les he dado una buena lección, ¿verdad? ¡No podrán olvidarlo! ¡Es una broma magnífica! ¡«Rey de Judea»! ¡Ja, ja, ja!...

José, con el escrito de Pilatos y unos hombres recogidos por el camino, se fue directamente al Gólgota mientras yo me dirigía al mercado a comprar mirra y áloe. Las tiendas ya estaban cerradas, pero después de llamar mucho rato abrieron una de ellas. Compré tanto perfume cuanto pude encontrar. Dos chiquillos cargaron con la mercancía. Nos fuimos. Las calles estaban sumidas en la sombra: sólo las azoteas se bañaban aún en luz solar. Más allá de la puerta Vieja, el camino que va a Lidda ceñía como un torrente la roca del Gólgota. Cuando me marché de allí, en los flancos del montículo

había una enorme multitud de gente: ahora estaban vacíos y sólo un pequeño grupo se movía arriba. Hasta mí llegaban sus voces, fuertes de pronto, y los golpes de martillo. Subí rápidamente por el camino que pasa entre matas de ajedreas, cardos y chumbaras. Me seguían los chiquillos con su carga.

Cuando llegué a la pequeña planicie sobre la cima, ya habían descolgado el cuerpo. Yacía rígido sobre una larga pieza de tela rosada, negruzco a causa de la sangre coagulada y teñido de rojo por los últimos rayos de sol. Los brazos, inverosímilmente estirados, conservaban la forma de la cruz y sobresalían mucho por ambos lados del sudario. La cabeza, que antes colgaba sobre el pecho, había caído hacia atrás, descubriendo la cara. Ahora aquello ya no era el rostro siempre dulce y sonriente del maestro. La serenidad de los muertos no se refleja en él. Los labios se habían quedado petrificados en un grito de dolor y desesperación y aún parecía que gritaran y sufrieran. Del maestro de antaño sólo quedaba su gran estatura. Vivo, aventajaba a todos en una cabeza por lo menos; ahora, muerto, parecía aun mayor, un gigante que extendiera su cuerpo sobre toda la colina. El grupito de personas, empujado hasta el mismo borde, me rodeaba. En el centro, la madre velaba al hijo. Con la cara descubierta, medio sentada y medio arrodillada en el suelo sostenía sobre sus rodillas la cabeza del muerto. En su rostro, asombrosamente joven y tan parecido al del maestro, no había sino una inmensidad de dolor. No lloraba, no sollozaba, no hablaba al yacente como se habla a los muertos. Los negros ojos de María estaban fijos con una obsesiva insistencia en el hinchado rostro del hijo. Este silencioso dolor era aterrador. Mirándola comprendí que, si bien la tortura había ya terminado para él, en modo alguno había acabado para su madre. La mirada de la mujer, aparentemente inmóvil, pasaba de una herida a otra, de un morado a otro, descifrando la verdad de cada huella. Parecía seguir al hijo y completar en ella misma todo lo que no se había cumplido en el cuerpo destrozado.

Llamé aparte a José y le mostré los perfumes.

— ¿Por qué no habéis lavado aún el cuerpo? — pregunté —. ¡Es tan tarde! Mira, los soldados se están impacientando.

La guardia, que mientras tanto había descolgado los cuerpos de los dos bandidos, nos hacía señales de que nos diéramos prisa.

—Ya lo veo — asintió José —. Les he ofrecido dinero, pero no quieren esperar.

— ¿Qué haremos, pues?

—Hay una solución. Tampoco tendríamos tiempo para todo... Yo, como sabes, tengo en la falda de aquella colina un sepulcro. Podemos ungir aquí el cuerpo y lo depositaremos luego allá. Por la mañana, después del sábado, lo lavaremos y ungiremos como es debido con lo que has traído.

— ¡Pero la regla, José...! — exclamé.

Movió la cabeza con impaciencia.

— ¡Ah, esas farisaicas prescripciones vuestras! Fíjate como ella lo está mirando — dijo, señalando a María, que seguía sosteniendo sobre sus rodillas la cabeza del maestro —. No he tenido corazón para apartarla del cuerpo como exige una prescripción tonta... Quizá soy un pecador, pero...

Se acercó a nosotros un viejo soldado.

—Apresuraos — dijo —. Recoged aprisa el cuerpo. Se está haciendo de noche. Los judíos serían capaces de lanzarse sobre nosotros porque les estamos turbando la fiesta.

— ¿Ves, Nicodemo?

No había otro remedio. Llamamos a Juan y le comunicamos el proyecto de José. No protestó. No pareció escandalizado por el hecho de que quisiéramos depositar en el sepulcro un cuerpo sin lavar. Se acercó a María, tocola delicadamente en el hombro y le señaló el sol poniente. Sin resistencia alguna, alzó de sus rodillas la cabeza de su hijo y la dejó sobre la sábana. Juan recogió los brazos extendidos y los cruzó sobre el pecho. Quedaron rígidos, tensos, ajenos a todo recuerdo de un ademán suave. Al mover el cuerpo, del costado salió de nuevo sangre y agua. El sol había descendido tanto que nos parecía estar pisoteando sus rayos. Las sombras, alargadas, no cabían ya en la cima y resbalaban sobre la ladera. Por fin un sudario cubrió el rostro del maestro. Pero al cubrirlo ante nuestros ojos no lo cubrió ante nuestros recuerdos. En mí, al menos, su imagen ha quedado grabada como con un hierro candente. Creí que me sentiría mejor al no ver más aquel rostro ensangrentado que daba horror. Pero no fue así: apenas desapareció ante mis ojos sentí que lo echaba de menos, que si no lo veía una vez más moriría, moriría de hambre, de sed, de repugnancia por todo lo que no fuera aquel rostro. Tú sabes lo

que puede llegar a ser la cara de un hombre martirizado. Y sabes lo que uno piensa cuando contempla las huellas de semejante tortura. Pero cuando el rostro del maestro desapareció, ¡créeme!, sentí deseos de volver a él lo más pronto posible, a pesar de estos pensamientos. ¡No que él vuelva a mí, sino yo a él! Era como una llamada desde el *seol*. Muchas veces, al hablar con él, me pareció leer en sus ojos una llamada. Y siempre me sentía culpable cuando no respondía a ella. ¡Este rostro me llama! Pero en vida era hermoso, claro, lleno de bondad. Después de muerto parece gritar dolor y anunciar dolor. Siempre te lo he dicho: yo no temo lo que ahora es, sino que imagino lo que será... Pero este dolor es una llamada. ¿Comprendes, Justo? ¿Puedes comprender un dolor que llama?

Al día siguiente, como es natural, no fui al sepulcro. Pero cuando, al anochecer, se terminó la Pascua, no pude contenerme más. Salí de casa. La luna brillaba como una lámpara, enorme y redonda, sonriendo ingenuamente. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, pero conozco los pasos por donde, de noche, se puede salir a extramuros. Uno de ellos está cerca de la puerta del Valle. Me apresuraba como si alguien estuviera esperándome. Cuando me encontré ya fuera de la ciudad, sobre la llanura inundada de luna hasta el punto de cegarme, me sentí intranquilo. Me acordé de los salteadores de caminos que nunca faltan cerca de la muralla, y más en época de fiestas. Pero no me volví; aquella llamada era más fuerte que mi imaginación. Anduve como hechizado a lo largo de la muralla, siguiendo la dentada línea de claridad y sombra. Las sombras eran hondas, casi tangibles, mientras que la luz resbalaba por las superficies borrando los contornos con millones de menudos reflejos. A veces tropezaba con alguna piedra invisible en aquella resplandeciente claridad. La noche era fría y yo temblaba a pesar de mi gruesa *simlah*. Al doblar la esquina del palacio de los Asmodeos divisé el Gólgota. A la luz de la luna parecía realmente una enorme calavera: dos hendiduras recordaban las órbitas de los ojos, rellenas hasta la mitad de tierra y los oscuros arbustos de los lados parecían mechones de pelo aún por caer. Caminaba de prisa, enganchándome el manto en los arbustos e hiriéndome dolorosamente los pies con las cortantes piedras. La roca toda parecía llamarme. Como un enamorado, corría impaciente a la cita. Me apresuraba para llegar a una zona de sombra que yacía al pie de la colina como un manto caído de los hombros. Pero apenas hube atravesado la línea divisoria

entre la claridad y la sombra, cayó sobre mí un grito como un golpe inesperado.

— ¡Detente!

Me paré en seco. El corazón se me subió hasta la garganta: la lengua, entumecida, se movía torpemente en mi boca, como si estuviera hinchada.

— ¿A qué vienes aquí? — preguntó el otro.

Salió de la oscuridad y, al resplandor de la luna, brilló su coraza. Era un soldado romano con su escudo cuadrado y la lanza en la mano. Yo estaba solo, de modo que se acercó a mí sin temor alguno. Pero seguía sosteniendo la lanza en actitud de alerta.

— ¿Qué quieres? — repitió.

—Yo... nada... He venido solo... al sepulcro... —balbucí.

— ¿Al sepulcro? — se rió —. ¿Para qué? ¡Los muertos no necesitan visitas nocturnas! Anda, cuenta ahora mismo para qué has venido, si no quieres que te llevemos a declarar...

Me encontré mal como si fuera a desmayarme. Me vi en mi imaginación destrozado por las más crueles torturas. Estaba dispuesto a decirlo todo, mentira o verdad, con tal de satisfacer al soldado con mi respuesta. Por suerte, en aquel momento, otro soldado salió de la oscuridad. Oí una voz jovial y conocida:

—Déjale, Antonio. Es un ilustre maestro. Yo le conozco. Vete. — El soldado dejó caer la lanza. El otro se acercó —. ¿Me conoces, rabí? — preguntome.

—Sí, claro que sí — me apresuré en contestar. Aunque el repentino alivio no me desató en seguida la lengua. En cierta ocasión yo le había dado a este soldado unos denarios a cambio de un pequeño servicio. Era un hombre viejo, con el pelo cano, listo como pocos. Me lo trajo una vez Ahir diciendo que por dinero se podía hacer de él lo que se quisiera. ¡Estaba salvado! ¡Claro que te conozco, Luciano! ¡Qué Suerte haberte encontrado aquí! No lo olvidaré... Pero, dime — ya había recuperado la voz —: ¿qué hacéis aquí?

— ¿Nosotros? — se rió —. Nos helamos de frío y re negamos. ¿De veras no sabes nada, rabí? Nos han mandado vigilar a este profeta galileo. Los doctores y los sacerdotes se lo han pedido al procurador. Al anochecer colocaron un gran sello sobre le piedra. Si quieres, te lo enseñaré. Pero ahora no podrás entrar en el sepulcro.

— ¡Pero el cuerpo no fue lavado ni ungido! — exclamé.

—No podemos remediarlo, rabí, aunque he oído decir que fuisteis tú y el comerciante José de Arimatea quienes os ocupasteis del entierro del profeta y que el procurador os dio el cuerpo sin pedir nada a cambio... ¡Hace doce años que sirvo a Pilatos y aún no había oído una cosa parecida! Más fácilmente creería que habíais tenido que pedir prestado a los usureros para contentarle. A veces ocurren cosas curiosas. Pero ahora no puedo ayudarte en nada. Tenemos orden de custodiar el sepulcro hasta mañana por la noche y no dejar entrar a nadie. Los sacerdotes y los doctores nos han prometido una pequeña recompensa a cambio. Pero, ¡qué idea, custodiar a un muerto! Por suerte, es sólo por una noche...

—Así, ¿sólo habéis de hacerlo hasta la próxima noche?

—Sí; según parece, este galileo predijo que resucitaría e los tres días. Y si no resucita al tercer día ya no lo hará. La gente cree en cuentos de esta clase y, mientras tanto, nosotros, nos helamos y no dormimos. Acércate al fuego, rabí, y caliéntate un poco.

Me acerqué a la hoguera que ardía en una concavidad de la roca. Alrededor de ella yacían varios soldados apoyados en los codos.

— ¡Oh, sois muchos! — observé.

— ¡Sí, somos diez! — respondió Luciano —. Basta para ahuyentar a cualquiera que quisiera acercarse el sepulcro. Incluso a él mismo, si resucitara, volveríamos a meterle debajo de la piedra, ¿verdad, muchachos? — gritó alegremente en la penumbra.

Resonaron unas voces roncas:

—Ya no saldrá, no hay cuidado... Le han matado a conciencia...

Uno, en la oscuridad, golpeó en su escudo, con aire de superioridad.

— ¡Aunque, si hiciera falta, volveríamos a matarle!

De nuevo se rieron de ese modo cruel y salvaje. Uno de ellos se puso a cantar una grosera canción de soldados. Sus palabras me herían en lo vivo; en estos momentos necesitaba paz para poder hilvanar mis pensamientos. La luna avanzaba por el cielo de un modo imperceptible, pero el tiempo transcurría y la noche pasaba sobre nuestras cabezas parecida a un silencioso simún. Lentamente, me fui hacia la roca. Luciano me seguía a unos pasos de distancia. Debía de temer que intentara arrancar el sello. Me molestaba su presencia;

deseaba quedarme solo, al menos por unos instantes, con esta muerte. Le dije:

—Te prometo que no tocaré siquiera el sello... Pero déjame orar un poco aquí al lado de la piedra. Sólo un ratito... Y haz callar a tus compañeros, te lo suplico. Les daré gustoso algo para que se compren un odre de vino... — Saqué de mi bolsa unas cuantas monedas y se las puse en la mano.

—Nos han prohibido beber vino mientras estemos custodiando el sepulcro... — dijo Luciano astutamente.

—Pues os lo compráis luego... Toma más — y añadí más dinero —. Déjame quedarme aquí un instante...

Se quedó parado, un tanto perplejo, ante esta petición mía. Pero, el fin, la plata tuvo más peso que todos sus escrúpulos. Con paso lento se fue hacia sus compañeros. Oí que les decía algo. Le contestaron con una risotada, pero luego se hizo el silencio.

La roca era dura, desagradable, fría y húmeda. Cuando acerqué a ella la cara tenía la sensación de haberla acercado al rostro de un muerto. En cuanto apoyé la frente contra ella. Comenzó a dolerme. Pasé la mano por la piedra pulimentada. Allí detrás, en un angosto lecho de piedra, yacía aquel a quien yo había pasado tres años observando atentamente. Le he seguido de lejos sin decidirme nunca a dar el paso decisivo. No he experimentado ésa alegría, esperanza y entusiasmo que embriagaba a sus discípulos. Fui a él en un momento de desgracia, destrozado por el sufrimiento, y quizá por esto compartí con ellos una sola cosa: su temor. En lo más hondo de mí, temía el momento en que su extraña doctrina del reino, que parecía empezar en la nada y luego lo absorbía todo, saliera del estado de incubación. Sentía que no siempre seguiría siendo esa dulce canción galilea. Sus palabras germinan como semillas. Cada uno de nosotros ha sido un trozo de tierra en el que han caído, una tierra buena o mala, rica o estéril. ¿Qué clase de tierra habría sido yo? Recuerdo bien lo que el dijo sobre aquella tierra que era necesario arar y abonar, y aquella semilla que exige protección contra el calor y las lluvias... Sus palabras no eran como una planta de fuerza salvaje que crece sola entre los campos, que, aunque la podes, vuelve a crecer y aunque la cortes a ras de tierra vuelve a brotar desde la misma raíz. No eran como esta planta, pero también ellas, en cierto modo, comenzaron a crecer. No sé cuándo fue. Dormíamos y comenzaban a empinarse. No te dabas cuenta y ya se habían convertido en un árbol. Sus raíces

habían penetrado hasta los cimientos de la casa. Mi vida me parecía tranquila y segura. Hoy vivo sobre una tierra sacudida por conmociones subterráneas... Le seguí de lejos... Hablé con él sólo unas pocas veces. Fui para pedirle algo y luego no supe formular mi ruego. Rut murió. Él no la curó a pesar de haber obrado tantos magníficos milagros. Me ofreció, a cambio, unas palabras incomprensibles. ¿Qué significó entonces aquello de «volver a nacer»? ¿Qué significaba «toma mi cruz y yo tomaré la tuya»? ¿Qué significaba «dame tus preocupaciones»?

Pero, aunque incomprensibles, estas palabras han ido creciendo en mí. Antes me parecían la clave de un gran misterio. Pero no han mostrado ninguna fuerza mágica. Su sonido no ha convertido a nadie en superhombre. Él mismo... A veces me parece que nunca nadie ha poseído una naturaleza más humana que él precisamente. La filosofía griega ha creado héroes, personas que por unos ideales de verdad, bondad y belleza han sabido elevarse a alturas de un renunciamiento sobrehumano y hecho ofrenda de sus vidas con dignidad y serenidad. Él también ha entregado su vida. Pudo salvarla, pudo huir; incluso no con un milagro, sino simplemente refugiándose cuando le advertimos del peligro. Ha hecho ofrenda de su vida. Pero, ¡de qué modo tan diferente de los demás! No fue uno de esos estoicos que tratan de vencer en sí mismos su propia humanidad. Vivió y murió con toda la debilidad humana. Le muerte de los héroes griegos siempre es hermosa. La suya fue horrible. Aquellas muertes poseyeron la belleza de un cuadro creado por un artista. ¿Quién querría representar el impresionante horror de su muerte? Siempre, siempre, hasta el fin, veré su cuerpo extendido sobre la cruz, como siempre veré a Rut en los brazos de las mujeres que la sostenían... Un cuadro así es una semilla de inquietud que va creciendo. La belleza de la muerte de un héroe griego es una belleza acabada. La suya no fue bella ni fue un fin... Aunque ya no vivía y aunque su reino, compuesto de unos cuantos hombres miedosos y rudos, quedara deshecho en unos pocos días, nosotros, los que hemos escuchado sus palabras, no podremos olvidar nunca una cosa... Él enseñaba que todo es nada y que la caridad lo es todo. Éste era, ante todo, el sentido de sus palabras, dijera lo que dijere. Si él viviera, ¡quién sabe!, a lo mejor hubiese llegado a extenderse la verdad de que la caridad precede a todas las demás leyes. El sólo habla de esto. Murió sólo para esta verdad. No huyó ante la más espantosa de las muertes, como para demostrar que esta caridad, de la que tanto había hablado, existe también en el horror de agonizar en una cruz. ¡No logró nada! La muerte de Rut fue

horrible. Siento un profundo rencor, no sé exactamente contra quién, de que ella haya muerto así. Pero la muerte de él aún fue más horrible. Siempre le recordaré gritando mientras agonizaba sobre el palo de la deshonra. Cuando le descolgamos de la cruz, cubierto de sangre y sudor, ya no hubo tiempo ni de lavarle, como se hace con el cuerpo aun del más miserable de los fieles, antes de depositarlo en le sepultura. No murió con la sonrisa en los labios, como la muerte de un sabio griego... Con toda le suciedad de su tortura, le acostamos en el sepulcro y, de prisa, como si nos avergonzáramos, corrimos la piedra. Luego vinieron los hombres del Sanedrín y pusieron el sello... Así quedó deshecho el testimonio de la caridad. Él murió para una verdad que no es tal verdad. La hija de Jairo resucitó, Lázaro resucitó... Él ha muerto y yace aplastado por el sello del Santuario — como si fuera aquella profecía de Caifás — y la sandalia del legionario romano. Nadie ha hecho que resucitara, como él no resucitó a Rut... Parece como si hubiera entregado a la muerte, con plena conciencia, sólo a sí mismo y a ella. ¿Para qué? Para que estas muertes den testimonio de que la Ley está por encima de la caridad, que el Altísimo sabe castigar, pero no quiere perdonar...

Me aparté de la pared rocosa. Durante mi meditación, el círculo de sombras se había ensanchado y la luz de la luna había perdido algo de su claridad. Volví hacia la hoguera. Algunos centinelas jugaban a los dados y los otros, paseando, ahuyentaban el sueño con el ejercicio.

—Gracias, Luciano — dije al soldado. Deslicé en su mano el resto de las monedas de mi bolsa —. Muchas gracias. Si algún día necesitares algo de mí...

Me fui. Durante largo rato me siguieron las voces de los soldados que disputaban repartiéndose las monedas. Luego uno de ellos comenzó a cantar de nuevo, a grito pelado, su grosera canción. Sus sucias palabras me perseguían y caían sobre mis hombros como pesos. «Ni esto han querido ahorrarte», pensé. Mañana, al anochecer, los soldados volverán a sus cuarteles. Se burlarán del rey judío que murió como un bandido del desierto y luego fue custodiado para que no resucitara. Y puesto que eran ellos los que le custodiaban, no pudo resucitar. El desprecio se ha transformado en mofa y sólo ella quedará. Nadie se burla de la cicuta. Pero, ¿quién podrá evitar que se burlen de la cruz?

Volví a casa. No podía dormir. Por esto te estoy escribiendo. ¡Oh, Justo, estoy pasando unos momentos terribles! Como si todo lo que

ya ha muerto en mí una vez, volviera a morir... Tendría que alegrarme de haber sabido mantenerme alejado de ellos, de no haber sido discípulo suyo. El Sanedrín y el Gran Consejo quizá me perdonarán que haya salido en su defensa. Tendría que estar satisfecho... Pero, por lo contrario, este sentimiento me llena de desesperación. Me parece como si los que han ido siempre con él, los que creyeron en él, hubieran conservado algo a pesar de esta muerte y de este desengaño. ¡Yo no he salvado nada! Para mí, él ha muerto como Rut, con todo. ¡Es como si la perdiera por segunda vez! Como si, por segunda vez, experimentara el dolor de que el Altísimo no haya querido cedérmela... Y, al mismo tiempo, ¡oh, Justo!, es incomprensible, pero siento como si en el fondo de mi desesperación se estuviese operando un cambio. De nuevo resuenan en mis oídos sus palabras sobre volver a nacer... ¿Por qué tengo la impresión de que esta noche será precisamente la de mi segundo nacimiento? ¿Qué tiene de común su muerte con mi nacimiento? Siento dolor en todo el cuerpo, un dolor terrible que me traspasa todo, como el de una mujer que da a luz, o el dolor, desconocido para el hombre adulto, del niño que llega al mundo. ¡Escríbeme qué piensas de esto! Pero, antes de que me contestes, la noche pasará y todo habrá terminado. Porque, a pesar de parecerme extremadamente larga, en realidad pasa muy de prisa. Del cielo, aún sombrío, cae una tenue claridad. Todo está en silencio y en esta paz me parece oír unas pisadas... Mi dolor continúa vivo. Creo que incluso aumenta. Si dura mucho más volveré a nacer y en seguida moriré. ¿Qué es la muerte? ¿Por qué no se lo pregunté a Lázaro? Me falta el aliento... Según dicen, cuando el hombre muere ve pasar ante sí, en un instante, toda su vida. Yo también la veo. ¡Mis *hagadás*, Rut y su cruz...! ¡La cruz que yo tuve que haber tomado...! ¡Pero no la tomé! ¡Él murió para demostrarme que está dispuesto a hacerlo todo por mí! ¡No sé por qué es así, pero él murió por mí! ¡La cruz en la que le clavaron era mi cruz! ¡Mi cruz! ¿Y la de él? ¿Qué he tomado sobre mí? ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! Simón cogió una espada. Judas dicen que corrió a ver a Caifás y le arrojó e los pies el dinero que le habían pagado por traicionar al maestro. ¿Y yo? ¿Yo, qué? ¡No he hecho ni esto siquiera! ¡No he hecho nada! Quería sólo observar... He guardado para mí mis temores, mis penas... ¡Ya sé qué soy yo! ¡Una tierra estéril! No volveré a nacer. No escribiré una *hagadá* sobre él. Moriré antes de que amanezca. Moriré de repugnancia de mí mismo... Moriré.

Alguien llegó corriendo hasta la puerta de mi casa...

Justo, ¡era aquel soldado! Le vi temblando ante mí como yo, en la noche, había temblado ante él. Jadeaba y el sudor resbalaba por sus mejillas a pesar de que la mañana era helada. Había perdido su escudo, su lanza y su yelmo... Apretaba en la mano unas monedas. Gritó, golpeándose el pecho con el puño:

— ¡A ti te lo digo, rabí! No dormíamos. ¡Y no habíamos bebido...! ¡De veras que no fue un sueño...!

Porque, ¿sabes?, él dice que el maestro ha salido del sepulcro. Dice...

¡Oh, Justo!, no sé qué escribirte. Siento una sensación de ahogo y, en la piel, unos escalofríos de terror. ¡Es imposible! ¡Es imposible! Yo no tomé su cruz. Esto sería demasiado... No; debió solamente de parecérselo. Sería demasiada misericordia... ¿Para qué hacerse ilusiones? Luego se tiene una sensación tan horrible... Como si uno hubiera despertado de un sueño en el que Rut vivía y no sufría...

CARTA XXIII

Querido Justo:

¿Cómo podré describírtelo todo? Esto habría que cantarlo y no decirlo... ¿Cómo pueden contarse cosas maravillosas con esta pobrísima y sencilla lengua humana que se traba y balbucea en la boca? Lo más terrible de su nueva es que uno se queda como lanzado lejos, más allá de la tierra, a la región de las estrellas, pero sigue teniendo el mismo cuerpo y corazón humanos...

Procuraré reunir para ti, en una sola unidad, todos los hechos que galopan como caballos desbocados. Apenas se hubo marchado aquel soldado, oí venir los pasos de los otros acontecimientos. Eran de nuevo, como ayer tarde, José y Juan. Pero ahora presentaban otro aspecto. Los dos tenían en los ojos una expresión de aturdimiento en el que la alegría iba pareja con el miedo. Mi amigo, antes de decirme nada, se sentó frente a mí y durante largo rato estuvo pasándose la mano por la barba y el pelo con un movimiento que denotaba perplejidad. Juan permanecía a su lado, un poco inclinado. Sus negros ojos despedían chispas y por sus labios pasaba un temblor.

— ¡Hummm...! — comenzó José —. No sé si ya habrá llegado algo de esto a tus oídos. Pero es un hecho asombroso. No entiendo nada. Escucha: este muchacho dice que muy de mañana todo un grupo de mujeres se dirigió al sepulcro con intención de lavar el cuerpo y ungirlo. Iban muy de prisa. Seguramente ninguna de ellas sabía lo del sello y los centinelas. Mientras tanto... Habla tu mismo — dijo a Juan.

—Estas mujeres, rabí — comenzó el hijo de Zebedeo —, cuentan que en cuanto pasaron la puerta enfrente del Gólgota se oyó como un terremoto...

—Yo no he sentido nada —dijo José.

—Ni yo —confesé.

—Yo tampoco — siguió Juan. El muchacho, a pesar de su febril excitación, procuraba hablar con serenidad y claridad —. Pero ellas dicen que fue así. También dicen que fue como si un rayo hubiera caído sobre la roca. Vieron su resplandor y oyeron el trueno... Luego vieron correr a los soldados... ¡Imagínate, rabí! ellos huían tirando al suelo escudos, yelmos, lanzas...

—Sí, lo sé.

Veía ante mí la cara bañada en sudor, mortalmente asustada, de Luciano.

—Las mujeres se asustaron también. Unas huyeron en seguida, pero otras, a pesar del miedo, se acercaron al sepulcro... Nosotros pasábamos la noche en casa de Safán, el curtidor, en el Ophel. Ninguno de nosotros podía dormir. De pronto llegó Juana, la mujer de Chuz, gritando que cuando se acercó al sepulcro con sus compañeras vio la piedra corrida y sobre ella a un hombre envuelto en un manto que resplandecía como el sol. Ellas están seguras de que era un ángel... Les habló y les dijo que el maestro no estaba allí porque había resucitado... Entonces huyeron chillando. Tratamos de tranquilizarlas. Les dijimos que seguramente todo aquello sólo había sido una alucinación... Pero ellas gritaban, hablaban todas a la vez, reían y oraban al mismo tiempo. Siguen creyendo que han visto a un ángel. Aún estábamos hablando con ellas cuando llegó mi madre y dijo que cuando estaba con María oyó la voz del maestro... No vio nada, pero oyó como hablaba con su madre... No sabíamos qué pensar de todo aquello, pero todos temblábamos de excitación. Tomás se puso a gritar diciendo que sin duda alguna desde el amanecer todos habían perdido el juicio. También Natanael dijo que la tristeza ha debido de perturbar a las mujeres y por esto cuentan cosas sin sentido. Las mujeres gritaban y nosotros también. Entonces llegó María, la hermana de Lázaro. Jadeante, con los cabellos caídos sobre los hombros, parecía como antes, cuando el demonio la tenía aún en su poder. Golpeó tanto la puerta que supusimos que era la guardia... Se puso a gritar más fuerte aún de lo que gritábamos todos. Decía que le había visto... Nos quedamos aterrorizados. Estábamos seguros de que había ocurrido algo terrible. Si yo mismo le había depositado en el sepulcro con vosotros, ilustres... Estaba frío y rígido... Y ella dice que le ha visto vivo... Primero no lo reconoció, pero él la llamó por su nombre y entonces se le abrieron de pronto los ojos. Le vio frente a ella, sobre la hierba, y dice que cuando se postró a sus pies, vio sus plantas agujereadas... Todavía nunca un hombre descolgado de la

cruz ha seguido viviendo. No permitió que ella le tocara. Dijo que para esto era demasiado pronto... y desapareció. Entonces ella vino corriendo a contárnoslo lo más de prisa que pudo. Jadeaba y tenía las piernas tan cansadas que tuvo que sentarse en el suelo. No pudimos aguantar más tiempo encerrados en la casa. Simón y yo salimos. Corríamos y dábamos empujones a la gente, que gritaba a nuestro paso. Pero no nos deteníamos. Yo llegué el primero al sepulcro; Simón quedó un poco rezagado...

— ¿Y qué? — exclamé en el colmo de la expectación —. ¿Y qué? ¿Qué viste?

Respiró hondo como si se preparara para una nueva carrera.

—-El sepulcro estaba realmente abierto... No tuve valor para entrar en él, por lo que esperé a Simón. Entramos juntos...

— ¿Y qué? ¿Qué?

Me moría de impaciencia por oír la última palabra.

—El cuerpo no estaba allí — exclamó con precipitación —. ¡En la tumba no hay nada! Todas las telas en las que envolvimos al maestro estaban allí, tiradas en un rincón... Sobre el gran sudario se ven las huellas de su cuerpo... Incluso el pañuelo con el que le tapamos la boca estaba caído a un lado... Lo recogimos todo...

Respiró de nuevo y callose. Yo también estuve callado. José me preguntó con su sonora voz:

—Nicodemo, ¿qué significa esto?

Me encogí de hombros sin saber qué decir.

—No sé — respondí —. No sé... Todo esto parece un cuento. Las mujeres dicen que la tierra tiembla, aunque nadie en la ciudad lo ha notado; un rayo cae del cielo despejado; se aparece un hombre, o alguien que no lo es, con vestiduras resplandecientes; diez soldados romanos huyen despavoridos. Los otros dicen que le han visto y oído; el sepulcro está vacío... ¡No, todo junto no tiene sentido! Dejemos a un lado las visiones, en las que no creo. Hay una cosa segura: el cuerpo ha desaparecido... Sobre esto se pueden hacer varias conjeturas. Primera posibilidad: Caifás ha querido profanar el cuerpo, ha mandado sacarlo del sepulcro y echarlo a la fosa común. Sobornó a los soldados para que fingieran pánico.

—Esto tampoco tiene sentido — me interrumpió José —. Ni Caifás ni Ananías se atreverían a hacer una cosa así. Pilatos nos entregó el

cuerpo y nos dio permiso para enterrarlo. Supongamos que han querido hacerlo de manera que no se supiese quién ha robado el cuerpo... Pero, ¿por qué no han esperado hasta el día siguiente, puesto que por la noche la guardia iba a retirarse? Mientras tanto el cuerpo estaba bajo el sello del Sanedrín. No se trataba de una cruz a la que nadie vigila y por esto mandaron arrancarla y echarla no sé dónde... ¡Cuánto más fácil hubiera sido robar el cuerpo cuando ye se encontrará en nuestras manos...!

—Tienes razón — reconocí —. Pero en tal caso son los discípulos los que se han llevado el cuerpo.

— ¡Nicodemo, no dices más que tonterías! ¿Los discípulos? ¿Ellos? — y señaló con la cabeza a Juan —. Pero si están muertos de miedo. ¡Cuánto valor habrá tenido que reunir este muchacho para salir de su escondrijo en pleno día! ¿Sospechas que tengan tanta valentía como para lanzarse sobre los soldados romanos? ¡Estás bromeando, amigo! Pero, si no son ellos, entonces, ¿quién? ¿Es que, exceptuando a nosotros dos, tenía él algún amigo de suficiente autoridad como para atreverse a realizar un acto como éste?

—No. Acaso Pilatos — dije sin fe en mis propias palabras —. Me han dicho que su mujer se ha interesado por la suerte del maestro.

Se golpeó la rodilla, irritado.

— ¡Me obligarás a que me ría de tus palabras! —exclamó —. ¿Te imaginas al procurador romano robando a sus propios soldados el cuerpo de un hombre a quien él mismo condenó a muerte hace dos días? ¡Conozco a Pilatos! ¡Hará despellejar a estos guardias! ¡Nunca les perdonará que se hayan atrevido a huir como un rebaño de ovejas ante los ojos de toda Jerusalén! Me imagino lo que está ocurriendo allí ahora... ¡No mezcles a Pilatos en ese asunto!

—Pero entonces, ¿quién? — pregunté.

José se quedó en silencio, mirándonos de reojo a mí y a Juan.

— ¿Y si él hubiera resucitado? — dijo lentamente. Le contesté con otra pregunta:

— ¿Crees en esto?

—No — confesó —. Soy un hombre que admite sólo lo que se puede sopesar y tocar con la mano... Con gran dificultad creí en la resurrección de Lázaro. Bueno, no podía dejar de creer, puesto que le había visto andar por la ciudad... Pero cuando alguien ha resucitado y luego ha desaparecido no soy capaz de creerlo. Mas, por otro lado, no

encuentro para lo ocurrido ninguna otra explicación. Por esto pregunto: ¿y si hubiera resucitado realmente? ¿Es posible su resurrección? ¿Será realmente posible?

—Él — exclamó Juan — decía que resucitaría de entre los muertos. ¡Lo dijo muchas veces! ¡Ahora lo recuerdo!

— ¿Y tú qué dices a esto? — me pregunto José. —Como fariseo creo, desde luego, en la resurrección. Pero creo que esto ocurrirá en un tiempo futuro, en el momento en que ocurran ciertos cambios que nos ayuden a creer... Creo en la resurrección, pero no que se realice en un mundo como el que nos rodea.

— En el fondo — movió los hombros —, razonamos igual. Y tú — preguntó a Juan —, ¿crees?

El delicado rostro del discípulo, tan diferente del de los muchachos de su edad, cubierto de granos, siempre sudoroso, con un constante aire burlón, ardió de pronto. Él lo creía; yo estaba convencido de ello aun antes de que lo dijera. Declaró en voz alta:

—Sí, ilustre. Él ha resucitado.

José, ceñudo, alzó los brazos y los dejó caer. Levantose y cruzó varias veces la habitación. Volvió a sentarse, e iba a decir algo cuando entró un criado anunciando que acababa de llegar Jonatán, hijo de Ananías.

— ¿Jonatán? — exclamé, asombrado.

— ¡Vaya, vaya! —José movió la cabeza —. No siento menos curiosidad que tú por saber a qué ha venido. Juan — dijo al hijo de Zebedeo —, tú márchate. Que no te encuentre aquí. Más vale que no te vea. Vuelve junto a los tuyos, pero avísame en cuanto haya alguna novedad.

Salí a la puerta para recibir al inesperado visitante. Jonatán venía en una magnífica silla de manos. ¡Estos saduceos imitan en todo a los griegos y romanos! Le hice pasar a la sala.

— ¡Oh!, ¿José también está aquí? — exclamó al ver a mi amigo. El *nasi* estaba tan cordial como si el día anterior no hubiera pasado nada entre nosotros —. Me alegro de veros a los dos a la vez. — Se sentó y, con una sonrisa ligeramente provocativa, permitió que le echaran agua para las manos —. Veo que siempre sigues fiel a las prescripciones —se rió —. Bueno, Nicodemo — dijo, frotándose las manos —, ¡vaya jugarreta que nos has hecho a todos!

— ¿A qué te refieres, Jonatán?

—No aparentes que no lo sabes. Si he de serte franco, nunca te hubiera creído capaz de hacer una broma de este tipo.

—Pero, ¿de qué estás hablando?

— ¿Aún me lo preguntas? Me refiero a tu idea de esconder el cuerpo.

— ¿Mi idea?

—Desde luego no es mía. Escucha, rabí, no nos creas tan tontos. Sabemos que eres tú quien ha robado el cuerpo.

— ¡Yo no me he llevado el cuerpo!

— ¡Ja, ja, ja! ¡Desde luego, eres estupendo! Bueno, claro es que tú solo no te has llevado el cuerpo. Como buen fariseo, nunca tocarías un cadáver. Pero eres lo bastante rico para poder pagarte un servicio. No me negarás que fuiste de noche al sepulcro.

—Sí, fui...

— ¡Bien! Entonces diste a los soldados una buena recompensa para que huyeran al ver a un espíritu... ¿No fue así? No lo niegues; no te servirá de nada. Debo confesarte que has acertado en la elección de tu venganza. Cuando Caifás se enteró de esto, creí que la rabia le ahogaría allí mismo. ¡Ja, ja, ja! Me pregunto si incluso habrás sobornado al mismo Pilatos, pues, en vez de condenar a los soldados a una buena azotaina, les ha perdonado la culpa. ¡No recuerdo nada parecido desde que tengo uso de razón! Este desollador os entrega gratis el cuerpo, a vosotros, a los dos hombres más ricos de Jerusalén, y luego permite graciosamente que sus invencibles soldados, vencedores de los partos, atraviesen la ciudad corriendo y chillando de miedo como mujeres... desde luego, lo has organizado todo con gran habilidad. A Caifás, al final, no le ha quedado en las manos más que la cruz, por la que ha pagado, os lo digo en confianza, mucho dinero...

—No me he llevado el cuerpo — repetí.

—Bien, bien... Digamos que no te lo has llevado. Entonces es que se ha volatilizado. Pero lo importante ahora es que los cuerpos de los muertos no se paseen por Jerusalén por su propio pie. Durante la sesión no hemos sido muy amables contigo, lo reconozco... A cambio de esto, tú te has burlado magníficamente de Caifás. Ojo por ojo... ¡Ja, ja, ja! *Habe*t, como dicen los romanos. Pero ahora hay que acabar con

esto. Escucha, Nicodemo, hagamos un pacto. Nadie de nosotros se llevará el cuerpo... Además, nadie tuvo nunca la menor intención de hacerlo. Es un acto impío. Pero tú dinos dónde se encuentra ahora. No lo tocaremos, te lo prometemos por lo que más quieras. Sólo queremos saber que yace bajo esta o aquella piedra...

— ¡Pero si te digo, Jonatán, que yo no me he llevado el cuerpo!

— ¡Claro que te lo has llevado, claro que sí! Ha sido tu venganza. Y nosotros no te lo censuramos. Quédatelo, si quieres. Que se esté tranquilo en el sepulcro de José o en algún otro. ¡Pero que yazca quieto como cualquier otro cadáver!

— ¡Yo no tengo el cuerpo!

—Nicodemo, esto es inútil palabrería.

—Te digo por última vez que no tengo el cuerpo.

—Pues, ¿quién lo tiene? ¿José?

Ahora habló mi amigo:

—Yo tampoco lo tengo. Pero sé dónde está. — Con brusquedad y decisión alargó el dedo en dirección a Jonatán y dijo — ¡Vosotros lo habéis escondido!

El *nasi* saltó del taburete. Luego se echó a reír, pero no era una risa franca, escondía su turbación.

— ¡Ja, ja, ja!... ¡ja, ja, ja! Tú, José, eres un jugador... Pero esta vez nadie te creerá. ¿Íbamos nosotros a llevarnos el cuerpo? Vosotros lo habéis hecho. Escuchad Basta de discutir: ¡si todos lo saben...! Vengo a hablaros como amigo. Ha habido entre nosotros disputas y disgustos, es verdad, pero yo vengo ahora con el corazón en la mano... No quiero discutir y me irrita la falta de sinceridad. Olvidemos lo que ya ha pasado. Escuchad: Caifás se siente muy ofendido. Conocéis su encarnizada obstinación. Cuando quiere vengarse no tiene escrúpulos. ¿Veis, pues...? Salomón dice: «más vale perro vivo que león muerto». Pero yo os digo: a veces más vale león muerto... Dad un buen entierro al león y todo quedará arreglado. Bueno, ¿qué decís a esto?

Miré a José. Mi amigo estaba serio, con expresión atenta y concentrada, como si estuviera meditando una idea que le llegara hasta el corazón. Movió la cabeza gravemente y dijo:

—A mí también me gusta la sinceridad, Jonatán, y no acostumbro encubrir mis acciones. Hablemos en serio. ¿Queréis forzamos a decir

que hemos escondido el cuerpo? Pues te doy mi palabra de honrado comerciante e israelita que ni yo ni Nicodemo tenemos nada que ver con todo esto.

Jonatán dejó a un lado la amabilidad que había mostrado hasta entonces.

— ¡Sólo vosotros habéis podido hacerlo! — exclamó, airado—. ¡Esta chusma galilea nunca se hubiera atrevido a hacer una cosa así!

—Pero, a pesar de esto, no hemos sido nosotros.

— ¿Vas a decirme que lo ha hecho Pilatos para su Claudia?

—Pues, ¿qué ha sido del cuerpo? No se ha evaporado, supongo yo...

—Jonatán... José se levantó, acercose al *nasi*, apoyó una mano en el respaldo de la silla del otro y se inclinó sobre él —, la misma pregunta nos estamos haciendo Nicodemo y yo desde el amanecer. Y no hemos sabido encontrar la respuesta. O, mejor dicho, tenemos sólo una...

— ¡Oh! — Jonatán volvió a reír, pero su risa recordaba el chirriar de una sierra sobre un tronco duro —. ¡Ja, ja, ja...! José, tú no eres doctor ni fariseo, sino un comerciante sensato. Dejemos que Nicodemo crea en ello... ¡Pero tú y yo sabemos que es una sandez! — Acercó su cara a la de José y cerró las mandíbulas con tanta fuerza que viese sobre sus mejillas el movimiento de los músculos. Con voz ronca continuó — Es una sandez, pero de la que no sabemos quién querrá aprovecharse... Sólo una cosa es segura que el Templo y la fe sufrirán las consecuencias de esto. Vuelvo a repetirte que más vale león muerto que perro vivo... Pero un resucitado... ¡Basta! ¡Hay que volver a correr la piedra sobre este «espíritu»!

—Si es él mismo el que ha quitado la piedra — dijo despacio José —, no se le podrá cubrir con ella por segunda vez...

— ¡No la ha quitado solo! Vosotros le habéis enterrado, pero sé que antes un soldado le atravesó el corazón. Ellos saben dar en el punto preciso. Un hombre al que han clavado una lanza romana en el costado es seguro que está muerto.

— ¡Es seguro que estaba muerto! — asintió José.

—De modo que no fue él quien apartó la piedra. Vosotros le habéis puesto en el sepulcro y luego vosotros mismos le habéis sacado de él.

—No lo hemos hecho.

— ¡José! ¡Nicodemo! He venido aquí bien dispuesto, con sinceros deseos de llegar a un acuerdo. ¡Una vez más os prevengo! ¡Caifás está decidido a todo! Sé que esta mañana se ha entrevistado con el rabí Jonatán bar Azziel, con el que inesperadamente ha vuelto a tener tratos. No permitirán que este asunto se les escurra de las manos. No quiero asustaros, pero, si seguís con vuestra obstinación, encontrarán un medio para obligaros a entregar el cuerpo.

—No quieres asustarnos, pero nos asustas, ¿verdad? —dijo José con tono burlón.

—Sólo os prevengo... —Jonatán se levantó. Por última vez intentó adoptar un tono ligero, amistoso —. Vamos, más vale que lleguemos a un acuerdo. A fin de cuentas no nos importa lo que hayáis podido hacer con el cuerpo. Nos interesa el sepulcro y que vosotros declaréis a todos que el galileo yace en él...

—Pero, ¿no habrá nadie dentro?

—Un cuerpo u otro siempre se encontrará.

—De esto se encargarán los sicarios, ¿no es así?

— ¡José! Recuerda que ni tus tratos con los romanos ni tu dinero...

—Lo sé, no es necesario que me lo adviertas. Ve en paz, Jonatán. Saluda al sumo sacerdote de mi parte y dale mi condolencia por lo del deterioro de la cortina...

— ¡Esto son tontas habladurías! Un levita tendría un mal sueño y ahora cuenta necedades que la plebe repite por encantarle estas «espeluznantes» historias...

—Pero, según he oído decir, es cierto que la cortina se rasgó el mismo día de la preparación.

— ¡No, no se rasgó! Y aunque así fuera, sabes que tenemos continuos temblores de tierra. En la roca Moriah han aparecido grietas y hendiduras; en el Templo caen objetos... También la cortina podía...

—Naturalmente...

—Así, pues... Quizá... Sé que sois personas sensatas. ¿Para qué luchar contra Caifás? No sé si habéis oído que solicitó vuestra destitución del Sanedrín.

—Aunque vosotros no me hubierais echado, yo mismo me habría ido. Después de esta sentencia, el Sanedrín ha dejado de ser lo que era.

— ¿Es ésta tu última palabra, José?

—Sí.

— ¿Y la tuya también, Nicodemo?

—José la ha dicho por mí.

—En este caso ya no me queda más que decir. No olvidéis la venganza de Caifás. Os aconsejo que abandonéis la ciudad... No os lo perdonará nunca...

Fui a despedir al *nasi* hasta la puerta y volví a la sala. José andaba de un lado a otro con la cabeza baja y las manos cruzadas a la espalda. Me senté en el taburete que momentos antes había ocupado Jonatán. Me sentía tembloroso y febril, en una inquietante espera. José seguía paseando en silencio. Por fin se paró ante mí y dijo:

—Después de esta conversación, dos cosas han quedado completamente claras. La primera es que la lucha de todos ellos contra el maestro aún no ha terminado. Son capaces de sostenerla con lo que ellos llaman su «espíritu» y con todo aquel que crea en este «espíritu». La segunda es que si antes podía haber alguna sospecha de que ellos hubieran escondido el cuerpo, ahora se ha desvanecido por completo. Jonatán no mentía. Realmente, no sabe dónde está el cuerpo. Y tampoco ha exagerado al decir que Caifás no se detendrá ante nada. Ni Jonatán bar Azziel tampoco. Además, les comprendo: para ellos el maestro es aún más peligroso ahora que cuando vivía... Se ha convertido en un símbolo y un símbolo puede llegar a ser más peligroso que un hombre vivo. Ahora tienen que luchar. Escucha, Nicodemo. Jonatán tiene razón; estás en peligro y seguirás estándolo por un tiempo... Más adelante los odios se enfriarán, pero ahora podrían hacerte caer en manos de los sicarios. Saben que fuiste a visitar de noche el sepulcro... No me lo habías dicho. ¿Por qué lo hiciste?

—Este sepulcro — confesé — parecía llamarme... —Es verdad, llama — dijo José —. Incluso ahora, vacío. Tendremos que ir allá. Pero déjame volver a lo de tu peligro. Creo que, tal como aconseja Jonatán, harías mejor marchándote de la ciudad. No para mucho tiempo, sino sólo para tres o cuatro días. Tienes un palacio entre

Emaús y Lidia, ¿verdad? Hace tiempo que no has ido allí y nadie sospechará si lo haces ahora. Llévate contigo a este joven Cleofás que se mostró contrario a la sentencia. También se querrán vengar en él... Tenemos que protegerle... Es un fariseo y te será más fácil hablarle. Bueno, ¿qué te parece este plan?

No me gustan las marchas repentinas. No me gusta cambiar inesperadamente de lugar, sobre todo en un tiempo en que cada momento parece traer algo nuevo. Pero José tiene razón. Preferiría que él viniera conmigo. Es muy enérgico y a mí el valor y la energía me han abandonado por completo. La verdad es que nunca he tenido demasiada energía. El maestro, en los momentos difíciles, debió haberle tenido a su lado. José me había dicho en varias ocasiones que deseaba conocerle. Decía estar interesado por su doctrina, de la que yo le había hablado. Pero no llegó a verle. En parte, yo tengo la culpa. A decir verdad, nunca hice nada para que este encuentro se efectuase. Siempre estaba ocupado en mí mismo y en mis propios asuntos. Me parecía que el maestro había penetrado con tanta fuerza sólo en mi vida... José es amigo mío, pero, en el fondo, le conozco muy poco. Me he acostumbrado a pensar que lo único que le interesa en la vida son los azares del comercio...

—Pero tú... — dije —. No quiero dejarte aquí.

—No temas por mí. Nada me amenaza. Estoy en buenas relaciones con los romanos y nadie se atreverá a tocarme. Tú debes marcharte ahora mismo.

—Me iré — decidí después de pensarlo un poco —, pero... — Me sentía incómodo sabiendo que yo marchaba y él se quedaba afrontando el peligro —. Pero tú...

—No me pasará nada — repitió —. Te lo aseguro... Puso una mano sobre mi hombro tranquilamente y con la otra se acarició la ondulada barba.

De pronto me di cuenta de todo lo que le debía a aquel hombre que cumple tan poco las prescripciones de la Ley. Desde hace años era como un sólido roble en el que podía apoyarse el débil arbusto de mi existencia. ¡Se mostró tan atento y tan bueno con Rut! Me traía el oro cuando yo no tenía tiempo ni cabeza para pensar en los beneficios. Un día me dijo que en el testamento me nombraba heredero de toda su fortuna. Ha vivido a mi lado y, a pesar de recibir tanto de él, simplemente no le veía... Pero, de pronto se me han abierto los ojos. En un súbito arranque de gratitud le tendí una mano.

—José — le dije, y la emoción me hizo temblar la voz —, eres un verdadero amigo...

—No — dijo —, te equivocas. Me parece que apenas he entrado en la pista de lo que debería ser la amistad... — volvió a apretarme la mano —. Márchate y vuelve sano y salvo. Cada uno de nosotros meditará por separado en el misterio de la desaparición de su cuerpo y luego nos comunicaremos las conclusiones. ¿De acuerdo? — Sonrió y quedose pensativo —. Hay misterios —dijo luego — que para comprenderlos hay que lanzarse a ellos como se lanza uno al agua, seguro de que se abrirá ante nosotros. Vete en paz, Nicodemo. *Salom aleihem*. ¿No crees que algunas cuestiones hay que aceptarlas primero para poder comprenderlas después?

Andábamos despacio porque el día se había vuelto muy caluroso, como si aquél no fuera el mes de *nisán*. Al principio casi no hablamos; ambos íbamos pensativos sopesando en nuestro espíritu los acontecimientos de la mañana. El camino de Emaús se desliza por las rocosas laderas de la meseta sobre la que están situados el Hebrón, Jerusalén y Gofna. La ciudad se encuentra sobre la última colina: más lejos, a lo largo de la costa, se extiende la franja de la llanura de Sarón, cubierta ya en esta época por una abundante vegetación y toda clase de flores olorosas.

Decidimos pasar la noche en Emaús para proseguir la marcha a la mañana siguiente.

Estábamos más o menos a medio camino cuando Cleofás, que hasta entonces había avanzado con aire sombrío y la cabeza baja, relinchó como un caballo joven y comenzó a hablar con voz que delataba una gran agitación interior.

— ¡No, no, no! ¡No logro comprenderlo! Supongamos que haya resucitado; aunque esto es imposible. La gente, en ocasiones ha sido resucitada en nombre del Altísimo, pero todavía nadie ha salido por sí solo del sepulcro. Sin embargo, supongamos que haya ocurrido así... Entonces, dime, rabí, ¿qué sentido ha tenido este juicio, este martirio, esta muerte? Quien es capaz de resucitar por sí mismo no debería morir como un esclavo. ¡No, no, no! ¡No lo comprenderé nunca! A no ser que tú, rabí, puedas explicármelo. Tú debes comprender algo más... Le conocías...

—Le conocía — respondí —, pero esto no me ayuda a comprender toda esta historia. Es verdad que en vida procedía a veces como

si quisiera asustar a los suyos para así probarles... Luego desaparecían los peligros, resultaban falsos, o bien los vencía... Pero, más a menudo, aún se dejaba vencer por la vida. Es evidente que poseía un poder, pero nadie nunca sabía cuándo haría uso de él. El milagro de la resurrección es el más grande de los milagros. Tienes razón al decir, Cleofás, que quien es capaz de levantarse de entre los muertos no debería sufrir tanto en la vida. Además, ¿de qué sirve una resurrección como la suya? ¿Ha resucitado y desaparecido? Sólo le han visto su madre y aquella pecadora arrepentida... Si esta resurrección tuviera que ser señal de la veracidad de su doctrina, tendrían que verle otros...

— ¡Tendrían que verle todos! — exclamó el joven fariseo.

—Naturalmente... Puesto que los que no le vean no querrán creer. El Mesías no puede triunfar en un solo corazón...

— ¿Crees tú, rabí, que era el Mesías?

— ¡Qué sé yo! Pero, si lo era, fue un Mesías distinto del que anunciaban las profecías. Ha traído algo diferente de lo que esperábamos.

— ¿Y qué es?

—Una sola cosa: el amor...

—Pero, según parece, decía que quien quiera ser discípulo suyo debe odiar a los suyos: a la madre, a la esposa, a los hijos.

—Le oí decirlo. Pero eran unas palabras extrañas, como una sola faceta de la verdad...

— ¿Así crees, rabí, que no mandó odiar? Desde que me repitieron esto tuve miedo...

—Él no conocía la palabra odio. Aunque decía: «He traído la espada», añadía en seguida: «La antigua Ley dice: "¡No mates!", pero yo digo: el que se enoja ya mata...» No, te lo aseguro, no sabía lo que significa odio. ¡Nunca odió a nadie! Ha muerto... A mí me parece incluso que se entregó en sus manos sólo para mostrarnos que el odio puede ser vencido...

— ¡Pero es el odio el que venció! Y le ha matado...

—Sí — asentí.

Y de nuevo cada uno de nosotros se sumió en su tristeza.

Nuestras dos sombras se deslizaban oblicuamente ante nosotros. No noté el momento en que se nos unió una tercera sombra. El

hombre que nos había alcanzado y estaba con nosotros parecía un caminante acostumbrado a hacer largos viajes, porque andaba ligero como si apenas tocara el suelo con los pies. No había en él nada especial que llamara nuestra atención: era muy alto llevaba un bastón y una *cuttona* arremangada para el viaje; no llevaba bolsa alguna. No habíamos oído sus pisadas, aunque debió andar muy deprisa, pues cuando, poco antes, me volví en el recodo (temía que alguien estuviera persiguiéndonos y esta inquietud no me abandonaba ni un instante), no vi a nadie. Pero ahora supo adaptar su paso al nuestro.

— ¿De qué estáis hablando? — preguntó —. ¡Parecéis muy tristes!

Cleofás se encogió de hombros.

—Vienes desde Jerusalén; por lo tanto, deberías saber...

— ¿Saber qué?

—Habrás estado en la ciudad de paso solamente y no para las fiestas. En los últimos días han ocurrido allí...

— ¿Qué cosas?

Las preguntas de nuestro nuevo compañero eran impacientes, como si temiera no poder llegar a entablar diálogo con nosotros. Cleofás estaba demasiado trastornado para poder contar ordenadamente todos los acontecimientos, de modo que hablé yo:

— ¿Has oído hablar del profeta de Galilea que andaba por todo el país, predicando y obraba maravillosos milagros? Curaba e incluso resucitaba... Pues, cuando hace unos días vino a la ciudad para las fiestas, nuestros sacerdotes y doctores mandaron prenderle y le entregaron, después de condenarle a muerte, a los romanos. Ellos le han crucificado. Los milagros de este hombre eran tan grandes y su doctrina tan hermosa, que muchos creyeron que venía de parte del Altísimo para liberar a Israel. Yo mismo lo creí también... ¡Desgraciadamente, ha muerto! ¡Y con una muerte horrible...! Hoy hace tres días que le depositaron en el sepulcro...

Me interrumpí porque mi pensamiento voló de nuevo hacia su cuerpo torturado, hacia todo el horror de aquella muerte terrible. Durante un rato descendimos en silencio por un sendero inclinado. Ahora teníamos el sol de frente: una gran bola roja colgaba sobre las grises franjas de neblina que se extendían a lo largo de la convexa superficie del mar.

—De modo que murió y le enterraron... —Al hombre que se había reunido con nosotros no le bastaban mis palabras —. ¿Qué más ocurrió?

Cleofás movió las manos con un ademán desesperado.

—Hay quien cree — dijo casi enojado— que ha resucitado.

Nos dirigió una penetrante mirada.

—Y vosotros — preguntó —, ¿qué creéis?

Le miré con cierta desconfianza; no me gustó este interrogatorio suyo. Parecía como si supiera todo lo referente a la muerte del maestro y nos hiciera estas preguntas sólo para conocer nuestra opinión. ¿Acaso era un espía del Sanedrín? En todo caso, pensé, está solo y nosotros somos dos. Ya nos habíamos alejado de la ciudad unos cuarenta estadios. Además, aunque este hombre no se diferenciaba en nada de cualquier otro caminante que hubiéramos podido encontrar en un camino solitario, había en él algo que inspiraba confianza.

—Efectivamente — comencé de nuevo —, hoy varias mujeres han ido a su sepulcro antes del amanecer... Volvieron diciendo que ya no habían encontrado el cuerpo y, en cambio, habían visto a un ángel, el cual, según ellas, les dijo que el muerto había resucitado. Al saberlo, los discípulos fueron también al sepulcro y tampoco encontraron el cuerpo...

— ¿Y qué dices tú a esto? — preguntó al ver que de nuevo me había interrumpido.

Ya no me preguntaba lo que había ocurrido luego, sino directamente lo que yo pensaba de todo aquello. Volví a sentir cierta desconfianza, pero de nuevo sucumbí a la fuerza de su autoridad. Él preguntaba no como una persona curiosa, sino como un hombre que tiene derecho a preguntar...

—No sé — respondí con vacilación —. No sé... Este galileo fue, sin duda alguna, un ser extraordinario. En cierto momento creí que era el Mesías... Nunca nadie había obrado milagros como los suyos, nunca nadie había hablado como él... Pero el Mesías debería ser superior a un hombre cualquiera...

— ¿Tú, un gran *soferim*, dices esto? — me interrumpió —. ¿No recuerdas lo que dijo Isaías sobre «la raíz del árbol de Jessé»?

—Lo recuerdo. Pero también Etam Ezrahita dijo: «He jurado a David que su linaje durará por todos los siglos...»

— ¿Y crees que esto no se cumplirá?

— ¿Cómo puede cumplirse? ¡El trono real dividido y en manos extranjeras! Y él, aunque fuera del linaje de David, ha muerto, le-han dado una muerte horrible... Si lo hubieras visto...

— ¡Hombre de corazón perezoso! — dijo de pronto severamente —. ¡Maestro que no enseñas a los demás ni tú mismo quieres conocer! —No recuerdo que nunca nadie me haya hablado de este modo. Mas, a pesar de todo, no me sentía ofendido. Hablaba irritado, pero al mismo tiempo parecía disipar la cortina de humo que nos había cubierto los ojos —. ¿Aún no veis que se ha cumplido todo lo que tenía que cumplirse? ¿No nos dijo nuestro padre Jacob que el Enviado, el Esperado, vendría cuando Judá perdiera su trono? ¿No has leído nada de esto en los libros sagrados, amigo? Escucha... —Citó con fluidez las palabras de la profecía de Isaías: «La gloria bajará sobre el camino del mar que atraviesa la pagana Galilea y el pueblo que vive en tinieblas verá una gran luz...» ¿No has estado en Galilea, no has visto?

—He visto... — murmuré —. ¡Es verdad!

¡Tantas veces he oído exclamar «El Mesías no vendrá de Galilea»! Pero este hombre ha sabido extraer esta profecía de los libros sagrados como un niño hábil pesca un pececillo en un pequeño charco. El ciego pueblo de Galilea, las turbas de *amhaares* han visto la luz... Es verdad... Lo miré. Él siguió diciendo

— ¿Dónde nació? ¿No fuiste allí a cerciorarte? ¿No has leído «Tú, Belén, tierra de Jada, de ti saldrá el caudillo del pueblos? ¿De quién ha nacido? ¿No te lo han dicho? ¿Y no has leído: «He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo...»? ¿No has oído contar cómo tuvieron que huir con él a la tierra de los faraones? ¿Y qué dices a esto: «De Egipto llamé a mi Hijo...»? ¿Quién lo anunció? ¿No decía el *nabí*: «Envía e un ángel para que te prepare el camino... La voz del que clama en el desierto, para que enderecéis los caminos del Altísimo...»?

—Todo esto es verdad... Sí, lo es... — me repetía.

El globo solar seguía bajando y se volvía cada vez más rojo; el mar, lejano, brillaba. Me sequé la frente bañada en sudor. Las palabras del desconocido me llenaban de asombro y de temor al mismo

tiempo. ¿Cómo es que yo mismo no he sabido ver todo esto?, me preguntaba. Cada uno de los textos citados por él caía sobre mi cabeza como un pesado garrote. He vivido en estrecho contacto con las sagradas profecías y no he sabido leerlas. El maestro estuvo en lo cierto cuando en varias ocasiones me dijo: « ¿Eres doctor y maestro y no lo sabes? » Me embriagaba con el sonido de las palabras de las Escrituras y no sabía ver su contenido. Como los otros, ciegamente y con obstinación, exigía el cumplimiento de las profecías que me convenían a mí, que respondían a mis propios anhelos, que traían el triunfo del ruido y no el del silencio...

El viajero siguió diciendo:

— ¿No enseñó como lo habían predicho: «con parábolas contaré cosas ocultas desde el principió del mundo»? ¿No envió a los suyos «como golondrinas de mar, para que pescaran hombres de todo monte, de todo collado, de toda caverna...»? ¿No fueron predichos todos sus milagros? ¿Acaso el Altísimo no tenía que concertar con vosotros una nueva alianza, una nueva Ley, escrita en el corazón y no en el cuerpo?

— ¡Dices la verdad! — oí decir a mi lado la exaltada voz del joven Cleofás —. Cada una de tus palabras nos abre un nuevo libro... Pero, si es como dices, ¿por qué ha muerto? ¿Por qué?

— ¿Y por qué ha muerto así? — exclamé —. De un modo tan miserable, tan horrible, tan infame, tan doloroso...

Le mirábamos los dos con los ojos muy abiertos. Sentíamos que este hombre era incomparablemente más instruido que nosotros. Parecía saber todo lo que nosotros ignorábamos y, al no saberlo, estábamos llenos de temor, como aquel de quien las Escrituras dicen «teme de día y de noche; por la mañana dice: ¡ojalá fuera de noche!, y por la noche: ¡ojalá ya fuera de día! »

No nos reprendió. Suavemente, como si cantara el son de un *kinnor*, comenzó

— ¿Tampoco recordáis esto: «Gusano soy y no varón, vergüenza de hombres y desecho del pueblo... La gente grita y mueve la cabeza: ¡Ha puesto su esperanza en el Altísimo, que Él le salve! Cercome una banda de malignos rugiendo como leones... Me rodearon unos perros feroces... Horadaron mis manos y mis pies y contaron todos mis huesos... Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay sobre mí ni un solo trozo de carne sana... Todo es una lívida herida. Ni belleza ni hermosura... Veíamos que no hay nada en Él, y así y todo le hemos

deseado. A un hombre cubierto de desprecio, al más miserable de los humanos, todo Él dolor, que conoce toda debilidad... Nuestras enfermedades han caído sobre Él, nuestros dolores le han herido. Para nosotros fue como un leproso, y el mismo Eterno le condenó a morir de muerte ignominiosa... Por nosotros ha sido aniquilado, por nuestras maldades. Pero su lividez nos ha curado. Nos desviamos del camino recto, pero el Altísimo ha puesto sobre Él nuestros pecados. Él mismo lo quiso... No movió los labios en defensa propia... Padeció en compañía de malhechores y por ellos oró...» ?

— ¡Oh, Adonai! — murmuré. Sentía los labios resecos como si estuviera atravesando un desierto sin agua.

—«Entregué mi cuerpo a los que me azotaban y no aparté la mejilla de los que me golpeaban — siguió diciendo —. Fui como un silencioso cordero conducido al sacrificio...»

No nos dimos cuenta del camino andado. Cuando, después de la última frase, se paró de pronto como si quisiera despedirse, vimos con asombro que ya habíamos llegado a Emaús. Él parecía saber que nos deteníamos allí, pero hizo como si tuviera intención de seguir adelante. Sin consultárnoslo, los dos a la vez exclamamos:

— ¡Rabí, quédate aquí con nosotros! Queremos que nos cuentes aún muchas otras cosas... Mira, se está haciendo de noche. Por la mañana seguirás tu camino. Quédate.

Pareció meditarlo. Pero ante nuestra insistencia accedió y entró con nosotros en la posada. Por suerte estaba vacía. El posadero nos colocó la mesa bajo una ancha higuera y se marchó a preparar la comida. Unas sombras rojizas caían sobre la tierra rosada. Del mar soplaba con fuerza, una fresca brisa refrescante. Las cimas de las colinas por las que habíamos bajado se coloreaban de rojo vivo, como los troncos en un fuego a punto de extinguirse.

— ¿Así, él era el Mesías? — preguntó Cleofás con labios temblorosos.

En vez de contestar siguió citando:

—«Este día los sordos oirán las palabras de los libros y los ojos de los ciegos verán en las tinieblas. Los mansos se sentirán dichosos y los pobres se alegrarán en el Santo de Israel. Los que no me buscaban me buscarán y diré a la nación que nunca me ha llamado: aquí estoy... Vendrán pueblos desde los confines de la tierra...»

En el aire gris y denso, como entretejido de hilos de telarañas, su voz resonó de pronto a modo de un triunfal grito de alegría. Después de la sangrienta visión que nos había descubierto con las anteriores dolorosas palabras, nos hizo la impresión de un coro de trompetas plateadas que lanzaran al cielo un canto de victoria. Nuestros corazones latieron más vivamente, con mayor ardor aún. Pero al mismo tiempo nos miramos inquietos. No era necesario hablar. El mismo pensamiento se había encendido en nuestras mentes. Si era verdad todo aquello que no habíamos sabido ver, a pesar de tener los ojos abiertos, ¿qué suerte nos esperaba e nosotros y a toda la nación escogida, que no se había dado cuenta de la llegada del Anunciado y le ha rechazado y crucificado? Ha sido terrible este esperar al Mesías durante miles de años. Pero, ¿qué será el fin de esta espera unido a la certeza de que el Mesías ha venido y nosotros no le hemos recibido? ¿Qué significa rechazar al Mesías? ¿Qué ocurrirá con los que le han dado muerte al Hijo del Altísimo?

Pero, como si adivinara nuestros pensamientos, dijo:

—Era necesario que se cumplieran las Escrituras... Y se han cumplido. El Hijo del Hombre ha muerto para que vosotros no muráis y vive para que vosotros viváis. Ha tenido que morir así para que cada uno de vosotros pueda salvarse. Porque el profeta ha dicho: «Aunque vuestros pecados fueran escarlata, los blanquearé mas que la nieve...»

Seguíamos sentados en silencio mientras el viento movía sobre nuestras cabezas las ramas de la higuera, desprovistas de hojas. Él alargó una mano, cogió un pan que el posadero había dejado en la mesa, lo partió y nos dio un pedazo a cada uno... Entonces, ¡oh, Justo!, este movimiento suyo... ¡De pronto todo se hizo claro! Me di cuenta en el acto de lo que antes no había visto: las llagas de las manos y esta sonrisa, única en el mundo, la sonrisa del amor que no tiene límites. ¡Oh, Justo, cómo lloré entonces! Como Simón... Porque Él, después de darse a conocer, desapareció. ¡Estaba allí y de pronto ya no estuvo! Pero el pan quedó, y la copa de vino... y las palabras... y esta inmensa alegría en la que Él había convertido nuestra desesperación... ¡Oh, Justo!, te lo escribo llorando... Nos levantamos de un salto. El sol se bailaba en el mar y la noche iba extendiéndose sobre nuestras cabezas como una tienda, pero en nosotros había un solo pensamiento, potente, e imperativo: volver, volver; volver inmediatamente, decirles a todos que Él ha resucitado de veras. ¡No había en el mundo nada más importante que esta noticia! Era menester

comunicarla a todos, había que gritarla desde las azoteas... Comimos el pan y empezamos a desandar el camino. Nuestras sombras eran absorbidas por la parda carretera llena de polvo. Avanzábamos llenos de febril agitación; a veces corríamos. Ninguno de los dos notaba si subíamos una cuesta o si nos faltaba el aliento. No nos decíamos nada, sólo de vez en cuando nos lanzábamos alguna rápida pregunta.

— ¿Recuerdas cuando Él decía...?

— ¡Si, lo recuerdo! El corazón me latía con fuerza...

— ¡Lo sentíamos, Cleofás, sentíamos que era Él!

En el cielo se encendió la primera estrella. A veces andábamos, a veces corríamos. Ni por un momento recordé los peligros de los que por la mañana había estado huyendo...

No me acordaba de ellos cuando llegué a la puerta de la casa de Safán, el curtidor. Era ya negra noche y el soldado de la torre Antonia acababa de anunciar la segunda guardia. La luna cruzaba por el cielo sembrado de pálidas estrellas, apagándolas a medida que se acercaba a ellas. Unas cuantas nubecillas blancas se recortaban contra el brillante cielo negro azulado y avanzaban lentamente de poniente a levante. El conglomerado de casas de Ophel semejaba un terrible desfiladero montañoso en el que hubieran caído sucesivos aludes o una ciudad convertida en un montón de ruinas. Mientras atravesaba las tortuosas, estrechas callejuelas (antes nunca me hubiera atrevido a pasar por allí, y menos de noche), temblaba de impaciencia. La pequeña puerta estaba cerrada. Me puse a golpearla con ambas manos. La noticia que llevaba me quemaba los labios como fuego vivo. No me abrieron en seguida. Detrás de los maderos oí un leve ruido; adiviné que alguien, asustado, trataba de mirar por le rendija para ver quién llamaba. La impaciencia no me dejó esperar. Grité:

— ¡Soy yo! Nicodemo! ¡Abrid! ¡Soy yo! ¡Os traigo una importante noticia! ¡Abrid!

Aún me pareció que tardaban; retrocedí unos pasos hasta colocarme en una mancha de luna, que parecida a un espejo abandonado, caía sobre la callejuela, un poco más ancha en aquel punto. Quise que me vieran en aquella luz y me reconocieran. En seguida se oyó el ligero chirriar de la puerta.

—Entra rabí — me dijo en voz baja Simón, el Zelota ¡Ven y no grites! ¡Tu voz podría atraer el peligro!

¿Peligro? No lo temía, no tenía miedo. Entré rápidamente por la estrecha puerta. Al final de un pequeño corredor había una habitación espaciosa que debía de servir para secar las pieles, porque flotaba en ella un fuerte olor a tanino y piel medio podrida. Estaba llena de gente. A pesar de lo avanzado de la hora, nadie dormía en la casa. En el resplandor del fuego que chisporroteaba en el hogar vi reunidos a sus discípulos (todos menos Tomás y Judas), a su Madre y su hermana, a Marta y María, varias mujeres más y unos hombres con aire de modestos artesanos. En este momento todos los rostros estaban vueltos hacia mí, todos los ojos parecían arder de curiosidad e inquietud. Debían de haberles asustado mis bruscos golpes. Pero el temor luchaba en ellos con la curiosidad de oír la noticia que todos, sin dame cuenta exacta de ello, estaban esperando; aunque se notaba que no estaban todos de acuerdo y antes de que yo llegase habían discutido.

—Ya sabemos lo de José... — dijo de prisa Santiago, hijo de Zebedeo.

Le interrumpí con un impaciente movimiento de la mano. No sabía de qué me quería hablar, pero para mí no había nada más importante que la noticia que les llevaba. Exclamé.

— ¡Le he visto! ¡Le he visto!

El silencio duró sólo un instante, porque de pronto todos a la vez se pusieron a hablar:

— ¿Veis como él también le ha visto? ¡Él también ha tenido visiones! ¡Miriam le ha visto! ¡A veces, a las madres les parece ver a sus hijos muertos! ¡No gritéis tanto, la gente nos va a oír! ¡Pero os digo que Él ha resucitado! ¡No, no, es imposible! ¡Le he visto! ¡Me eché a sus pies...! — oí que decía ahora María con su voz baja, casi masculina —. ¡Estás trastornada por el dolor; te lo pareció! ¡María le ha visto y yo le he visto!— tronó la voz de Simón —. ¡Os lo aseguro! ¡Te lo pareció, Simón! ¡De tanto llorar estás completamente atontado...!

— ¡Pero yo le he visto de veras! — exclamé —. Anduvo conmigo durante varios estadios. Habló, enseñó... Escuchad: me explicó por medio de las Escrituras que había tenido que sufrir de aquel modo precisamente para salvarnos...

—Rabí — dijo Santiago, el hermano del Maestro, acercándose a mí—. Se ve que también a ti la pena te ha ofuscado el entendimiento... ¡No alborotéis tanto! —añadió dirigiéndose a todos los reunidos, que trataban de convencerse unos a otros —. ¿Queréis que todo el Ophel venga aquí atraído por vuestros gritos? ¿Que traigan a la guardia del Templo? ¿Sabéis que nos acusan de haber robado el cuerpo? Escucha, rabí — me dijo de nuevo —, este repugnante crimen que te ha tocado tan de cerca... Créeme, compartimos sinceramente tu dolor... pero no te dejes llevar por las mismas alucinaciones que han tenido Miriam, Simón y María. Les parece haber visto al Maestro. Pero no podía ser más que una alucinación. Él ha muerto y la gente del Templo ha robado su cuerpo. Ahora, en cambio, nos acusan y dicen que nos lo hemos llevado nosotros. Si comenzamos a contar por todas partes que Él ha resucitado, nos prenderán y nos matarán. Todos los que creen haberle visto han sufrido alucinaciones. Podría ser un espíritu... Hay gente que ha visto los espíritus de los muertos... A lo mejor alguno de vosotros ha visto el suyo...

— ¡No era su espíritu! — gritó María, sacudiendo su dorada cabeza de rojizos reflejos —. ¡No era su espíritu! ¡Hubiera podido tocarle si El lo hubiese permitido...!

— ¡No era su espíritu! — repitió a su vez Simón. Pero no sentí en su voz esa inquebrantable seguridad en sí mismo que vibraba en las palabras de María. Además, Simón estaba como encorvado, encogido, sumiso. No intentaba hacer prevalecer su voz sobre la de los demás. No trataba de imponer a todos su punto de vista —. Yo tampoco le he tocado... — dijo como excusándose —. Pero le oí hablar. El Señor dijo así... — bajó aún más la voz queriendo imitar la manera de hablar del Maestro —, así: «Pedro...» ¿Podría un espíritu hablar como Él? — me preguntó de pronto.

—No era un espíritu... — asentí —-. En aquella misma mesa partía el pan y lo daba... No, no. Soy el hombre a quien más costaría creer una cosa inverosímil. También yo casi pude tocarle...

— ¡Pero ninguno de vosotros le tocó! — exclamó Santiago.

—Te lo parece, Simón — dijo Andrés —. Has visto a un espíritu.

— ¡No era un espíritu! — volvió a exclamar María.

— ¡Si al menos, como espíritu, pudiéramos volver a verle! — gritó de pronto Juan —. No estaríamos tan tristes...

—No, Juan oí en este momento la voz de Miriam. Ella habla como su Hijo; aunque lo haga en voz baja, sus palabras siempre tienen peso y se hunden en nosotros como el grano en la tierra. Habla poco, muy poco. Casi nos extrañó que lo hiciera entre aquel vocerío de los que disputaban —. No, Juan — repitió —, Él no se ha levantado sólo como espíritu. Su espíritu no ha muerto nunca. Se ha alejado de nosotros por un momento y ha vuelto en seguida. Pero su cuerpo ha resucitado para que nuestros ojos humanos puedan ver y nuestros labios humanos puedan hablar...

—Pero si fuera así... — comenzó Santiago.

— ¿Habéis oído a Miriam? — exclamó Simón —. Debo hablar, debo... —y se golpeaba el pecho con su fuerte puño —. Debo gritar...

—No es posible guardarlo en silencio — asentí.

Entonces fue cuando Él apareció entre nosotros. La puerta no se abrió, el chisporroteo del fuego no cesó, y nuestras respiraciones no se quedaron paralizadas. Seguíamos en nuestro mundo y El estaba allí, igual al de antes: alto, con los brazos abiertos en ademán de saludo y con su sonrisa irresistible en los labios.

—*Salom aleihem* — dijo.

Nadie le contestó, nadie se movió. Nos quedamos clavados en tierra como la mujer de Lot con el rostro vuelto hacia el incendio que devoraba las ciudades pecadoras. Reinaba un silencio mortal; sólo llegaban a nosotros, como a través de una cortina de niebla, unos lejanos ladridos y el rumor del viento que agitaba los cipreses.

— ¿Por qué teméis? — preguntó ¿Por qué buscáis en vuestras cabezas una respuesta más difícil que la que viene por sí sola? Soy yo. Mirad, examinad mis manos y mis pies. Tocadme, no soy un espíritu desprovisto de carne y hueso. Tocadme. ¿Aún no me creéis, hijos? ¿Aún teméis? Debéis de tener aquí algo para comer. Mirad, como vuestros peces y vuestra miel. ¿Tampoco ahora creéis que estoy aquí, vivo, entre vosotros?

— ¡Oh, rabí! — gritó Juan y, cayendo de rodillas, apretó los labios contra el borde de su manto.

— *¡Rabboni!* — exclamó María, acercándose a Él de rodillas, con las manos extendidas y el rostro radiante de felicidad.

— ¡Maestro! — sollozaba Pedro.

— ¡Señor! — suplicaba Santiago —. Perdona que haya podido no creer...

— ¡Jesús! —decía Miriam —. ¡Hijo mío! ...

— ¡Rabí! ¡Maestro! ¡Señor!

Todos se apretaban a su alrededor, le besaban las manos y las vestiduras, lloraban de felicidad y alegría. Él los estrechaba contra sí como si también se alegrara de haber vuelto y estar de nuevo entre ellos.

El último en acercarme a Él fui yo.

—Rabí — dije—. Anduvimos mucho camino juntos y no te reconocí hasta el final... Entonces desapareciste. Tuviste razón al hacerlo. No merezco la gracia de tu proximidad. No supe conocer quién eras, no supe abandonarlo todo para seguirte. Si me echas de tu lado será un castigo merecido... Y... Es que yo...

—Amigo — me interrumpió bondadosamente —, amigo mío, al que he dado mi cruz, ven, ven más cerca para que pueda estrecharte contra mi pecho.

¿Qué puedo decirte? Los griegos cuentan una leyenda sobre los hijos de la diosa tierra, que eran invencibles porque al caer sobre la tierra madre recuperaban la fuerza y la salud y volvían a la lucha con renovado ímpetu. Esta leyenda es como un pálido reflejo de lo que Él... Así que toqué su cálido, casi ardiente pecho, todo lo que había en mí de debilidad se convirtió en el acto en fortaleza. ¡El me ha curado! ¡Oh, Adonai...! ¡Él me ha resucitado...!

Nos sentamos en el suelo, en círculo, y Él quedose en el centro como otras veces había hecho. Volvió a decirnos que le había sido necesario morir precisamente de aquel modo para que se cumplieran las Escrituras y para que pudiera descender sobre todos la gracia de la remisión de los pecados...

—Vosotros seréis mis testigos — terminó diciendo —. Iréis por el mundo entero y llevaréis a cada uno la promesa del Padre...

Antes del amanecer, aquel hombre, que había cargado sobre sus espaldas las leyes del mundo para poder dominarlas, se fue como había entrado, sin abrir la puerta.

Cuando, por la mañana, quise marcharme, se me acercó Juan y me llevó aparte.

—Rabí — dijo —; no vuelvas aún a tu casa, no sea que te ocurra lo mismo que a José...

— ¿José?... — exclamé. Sentí una súbita contracción en el corazón —. ¿Qué le ha ocurrido? Habla... — dije bruscamente —. No sé nada.

—No creía que no lo supieras aún... —respondió, turbado—. Tu amigo, rabí, ha muerto. Fue al sepulcro del Maestro y allí lo asesinaron los sicarios...

¡José ha muerto! Me resistía a creer esta noticia. ¡José ha muerto! ¡Mi amigo, mi único amigo, que tanto me había dado en la vida y a quien no había descubierto hasta unos momentos antes de morir! Me dirigí a un rincón, me senté en un banco y me cubrí la cara con las manos. Pero no lloré. Aquella mañana no podía llorar. ¡Uno no puede llorar cuando ha sentido el contacto del pecho del Hijo de Dios...! ¡De ahora en adelante le llamaré así! ¿Puede ser una blasfemia pronunciar el nombre del Altísimo cuando con este nombre se le llama a Él? Pero José ha muerto. Desgraciadamente, sigo siendo un hombre. La alegría que Él me ha dado es como un soplo de viento, apenas toca nuestra mejilla y ya desaparece... Él no nos libra del dolor como no nos libra del mundo. Pero tanto uno como otro son diferentes ahora. José ha muerto. Le echaré mucho de menos. El vacío que ha quedado en mi vida después de morir Rut se hará aún más hondo... Pero sé una cosa con certeza... ¡No la sé, pero la siento! ¡Éste será un vacío mío solamente! Rut y José están con Él. Su muerte ha creado un nuevo mundo lleno de inconmensurable alegría. Ellos dos están con Él. No importa que me falten hasta el fin de mis días, no importa que nadie pueda sustituírmelos. ¡A ellos no les faltará nada! ¡Están en el Reino, con Él! Es seguro que están con Él... ¿Qué importancia tiene, Justo, que nosotros estemos en peligro si podemos estar tranquilos por la suerte de los que más amamos?

CARTA XXIV

Querido Justo:

Ya había comenzado a creer que no ocurría nada.

Cada día nos reuníamos para orar en común y cada día, arrodillados en semicírculo, rodeando el lugar donde hace tan poco aún lo habíamos visto a Él, vivo otra vez, pedíamos, llenos de esperanza, el consuelo prometido. ¡Pero era en vano! Conozco bien los sentimientos de la persona que ha estado suplicando algo con todas sus fuerzas, pero este algo no le ha sido concedido: entonces no hay en ella ni siquiera amargura, sino simplemente un gran vacío. Todo le parece entonces, indiferente: el bien o el mal; todo lo que ha de ocurrir, desea que ocurra ya de una vez, cuanto antes mejor, para que se termine lo más pronto posible el tiempo de espera... Cada vez nos alejábamos más del día en que Él nos dejó. Su gloria se iba borrando en nosotros hora tras hora. Por desgracia, no hay milagro que dure eternamente. Los cuadros se borran ante nuestros ojos, sobre los dedos de nuestras manos crece una nueva piel. No hay nada que pueda convencernos de una vez para siempre. De la mayor alegría caemos de nuevo en la desesperación. Orábamos... ¿Qué sé yo lo que sentía al rezar cada uno de ellos? Sus sentimientos podían ser diferentes. Pero los míos eran los de una tristeza que vuelve a crecer. No, no era que volviera a mí la duda. Era algo totalmente nuevo: una sensación de abandono, la sensación de que la felicidad existió por un momento y se desvaneció.

Señor, pensaba arrodillado, ahora ya no dudo. Sé que eres el Hijo de Dios y Dios tú mismo. Sólo Dios podía resucitar y subir a los cielos. Pero, después de mostrarnos tu divinidad, te has ido. Has estado entre nosotros, invisible, llenándonos de una alegría ultraterrena. Luego, por un momento, brillaste, como aquel ídolo pagano que apartó por un instante el paño que cubría la cara radiante: brillaste para volver a desaparecer. Y de nuevo no estás, como tampoco estuviste en aquellas dos inacabables noches. ¿Qué nos ha quedado

de ti? Sólo unos recuerdos... ¿Y qué son los recuerdos? ¿Se puede alimentar con ellos el corazón? La vida es un constante ir hacia delante. Bueno o malo, su fin está siempre ante nosotros. Además, tengo tan pocos recuerdos... A un hombre como yo no le bastan los instantes pasados. ¿Con qué fin nos descubriste tu divino amor, si luego todo tenía que volver a ser como antes? Jesús, Señor de grandeza — seguía rezando —, has vencido a la muerte, pero no la has vencido en nosotros. Seguimos siendo un continuo morir. El hombre no ha crecido a la estatura de su Dios. Cuando te marchaste, los que siempre habían estado contigo, se abalanzaron sobre la piedra en que quedó la huella de tus plantas y comenzaron a besarla. Para ellos, que te amaban tanto y te eran fieles, les basta una huella. Son tan ingenuos que imaginan poder llenarse con esto la vida. Pero yo no soy ingenuo. Y, además, creo que no te he amado. Te admiraba, te respetaba, y ahora creo en ti; pero no me está permitido decirte que te amo. Me has sacudido como un huracán sacude una casa; me has arrancado de los cimientos y has vuelto a colocarme en ellos, pero de un modo tan diferente que no puedo volver a sentirme el mismo de antes. Estoy inquieto, con la inquietud de la insatisfacción... Necesito sentirte... El hombre, en su soledad, necesita tocar a alguien. Busca en torno suyo a un amigo, a una mujer, incluso a un perro. Quiere tener junto así a un ser viviente. Aunque sabe que esto es sólo una ilusión, puesto que hasta el mejor amigo no lo comprenderá todo, la mujer querrá, a su vez, que se la consuele y se comparta su tristeza, el perro se marchará atraído por el ladrido de otro perro. Pero a mí no me quedan ni esta clase de ilusiones. ¡Rut ha muerto, José ha muerto...! ¡Y a ti no puedo tocarte!

Ellos son felices. Los elegiste y has llenado sus pequeñas vidas. A mí no me has elegido. He acudido a ti solo. Llamé tímidamente a tu puerta, de noche. Soplaba un viento que aparecía súbitamente, duraba un corto tiempo, luego disminuía y desaparecía no sé dónde. Las ramas de los árboles se agitaban inquietas. Dicen que el viento hace crecer más de prisa los árboles, que incluso el trigo se vuelve más fuerte cuando lo mece la brisa del mar Grande... Tú también hablaste de él entonces. « ¿Oyes este viento? — preguntaste —. Sopla de donde quiere...» Muchas veces, luego, he recordado tus palabras. He esperado la ráfaga proveniente de ti. La he esperado, pero no he sabido darte nada. Me avine a coger tu cruz. Pero aquello fueron sólo palabras. No hice como ellos, que abandonaron sus casas y todo lo suyo. Te recibí sólo con la mitad de mi corazón. ¡Si me hubieras dicho algo! Soy una persona que necesita palabras claras e

inteligibles. Una llamada. Una orden. Hasta el final no he sabido si me querías realmente y qué es lo que querías de mí. Me parecía que tu deseo era que escribiera una *hagadá* sobre ti. Pero ahora creo que también esto lo deseo sólo para mí. ¡Y de nuevo veo que no te amo!

Le hablé así, Justo, pero Él siguió callado. Ahora era un Dios en las alturas. Cuando iba por el mundo parecía llorar con todo aquel que llorase. ¡Pero el que está en el cielo no pierde inútilmente lágrimas! Cuando se desvaneció en el aire, ellos se quedaron con los ojos fijos en lo alto, con expresión de alegría en sus caras. Para ellos, El era su Maestro que se convertía abiertamente en Dios. Son demasiado ingenuos para sospechar que dentro de unos días comenzarán de nuevo a suspirar, a gemir y a sentir miedo. Yo ya lo presentía. Mientras estaba allí, mientras aparecía inesperadamente, medio espíritu y medio hombre vivo, todo parecía fácil y hermoso. Pero era demasiado fácil y demasiado hermoso. Aquello era como un tiempo dedicado al cuidado de un enfermo. Pero el enfermo se ha curado. Él se ha marchado dejándonos una promesa que quizás entendimos mal. Cuando nos alzábamos con las rodillas doloridas después de una larga oración, comenzaban las preguntas: «¿Cómo será? ¿Acaso Él mismo bajará por segunda vez a la tierra? Pero, ¿será esta vez en plena gloria y poder? ¿Cómo será el consuelo prometido?»

Simón exclamó:

—Yo os digo que Él ahora mandará unos ángeles y que éstos reconstruirán el reino de Israel. Y nacerá un segundo David...

En el círculo de los discípulos se oyó un rumor de aprobación. Tomás observó;

—Desde luego, si hemos de ser sus testigos hasta los confines de la tierra. Él habrá de someterla primero a nosotros...

—Pero recordad que Él dijo: «El Reino está en nosotros...» — observó Juan, pensativo.

—Es verdad — dijo Felipe —. Mas si quiero dar a otro lo que llevo en mí, he de hablar. ¡Pero haz la prueba de salir y predicar! En seguida te detiene la guardia del Templo y te lleva ante el sumo sacerdote.

Después de esto todos miramos instintivamente la pesada viga que atrancaba la puerta. Venían a mi casa a escondidas, a escondidas y con miedo. Su inquietud, que se había dormido en los días de la vuelta del Resucitado, volvió a despertarse.

Yo callaba, no decía nada. Ellos le conocían bien, recordaban muchas palabras suyas, podían citarlas. Mis recuerdos eran más modestos. En cambio, a menudo, mis pensamientos volaban a días atrás, cuando estábamos en la cima del monte Olivete. Él, traspasado de luz como una nube detrás de la que se esconde el sol, se elevó por los aires. Aún me parecía estar oyendo sus palabras: «Recibiréis un poder...» ¿Poder? ¿Cuándo vendrá? ¿Qué será? ¿Será un cambio en los destinos del mundo gracias al cual dejarán de ser un peligro para nosotros el Gran Consejo, el Sanedrín, el sumo sacerdote, Pilatos, los legados romanos, los tetrarcas y el lejano César? ¿O será sólo, pensaba con temor, una promesa como la del Mesías, que habrá de asustar durante siglos enteros para luego cumplirse inesperadamente en contra de las esperanzas nacidas a su alrededor?

Los discípulos se animaban con las disputas. Sólo Ella guardaba silencio. ¿Acaso sabía algo más que ellos sobre lo que iba a ocurrir? Su último grito de dolor lo dejó escapar allí, en la cima: «Oh. Hijo —exclamó —. ¿Una vez más vas a abandonarme? Llévame contigo, llévame, no me dejes...» Se echó a sus rodillas, a lo que Él se inclinó y le dijo algo en voz baja, como siempre, con su rostro junto al de Ella. Cuando terminó de hablar, Ella se postró más aún, tocando sus plantas con el rostro. No la alzó como un Hijo: se apartó de Ella como un Dios que ha dado la orden y se marcha. No volvió a sollozar nunca más. Se levantó y quedose, muda, entre los otros. Luego, cuando Él desapareció, se acercó como todos a las huellas que habían quedado en la piedra, arrodillose y besó la roca con unos labios blancos como la nieve. Se acercaron varias mujeres para sostenerla. Pero ella rehusó con la cabeza. Bajó sola, no como cuando bajó del Gólgota, que había que arrastrarla casi por el camino, ciega de dolor. Es alta como su Hijo y sobrepasa en estatura a muchos hombres. Cuando bajaba, como una estatua, su rostro parecía petrificado. Pero aquello duró poco. De pronto se detuvo y esperó a los discípulos que venían detrás. Alzó los brazos como si quisiera abrazarlos a todos en un ademán protector.

—Venid, hijos... — dijo. La expresión de dolor quedó enterrada al fondo de Ella misma y fue sustituida por una grande y cálida cordialidad. Envolvió a todos con la mirada; a mí también —. Iremos a rezar juntos y, unidos en la oración, esperaremos.

La seguimos obedientes. Ella, tan silenciosa, tan insignificante cuando seguía las huellas de su Hijo, ahora parecía ejercer un dominio sobre todo nuestro grupo. Descendíamos hacia el huerto de

los Olivos. Aquí abajo empezó, pensé, y allí arriba terminó. Todo sobre un mismo monte. Enfrente, al otro lado del valle, sobre el Moriah, ardía al sol, dorado, blanco y orgulloso, el Santuario. El monte Olivete era verde. Allí había piedra y oro, aquí hojas y manchas de sombra; allí historia, aquí vida. Ella nos condujo entre los árboles al verde valle del Cedrón, a través del torrente que corre con su angosto y moribundo caudal entre piedras blanquecinas, hacia la puerta, a través de la ciudad vacía y despoblada, jadeante por el calor y la espera de nuevos peregrinos.

Ahora nos repetía cada día: «Arrodillémonos y recemos». Arrodillados en círculo dirigíamos grandes voces al Cielo. El primer día estábamos seguros de que nuestra oración produciría un efecto inmediato. Pero el noveno día ya no sabíamos qué pensar de su silencio. ¡No nos había contestado! Y ya ninguno de nosotros era capaz de seguir rezando. La vida es la vida. Uno puede vivir y rezar, pero no se puede rezar y no vivir. ¡Nosotros rezábamos y no vivíamos!

Tras los muros de la casa, la ciudad, despoblada, comenzó a llenarse de nuevo de movimiento y ruido. Se acercaban las fiestas del Shabuah. La gente venía de los campos quemada por el sol, adornada con espigas y flores. Iba por las calles cantando. No nos dábamos cuenta de esto. Rezábamos, rezábamos hasta perder el aliento. Pero cada vez nos costaba más hacerlo. La vida nos llegaba de fuera atravesando las paredes con su sonido. Sentíamos que no cedería. El pensamiento de que había que volver a vivir de un modo u otro nos zumbaba insistentemente en la cabeza. Había que volver a vivir como si todo lo sucedido no hubiese acontecido nunca. Un Dios ha venido a la tierra y nos ha abierto su corazón, pero la tierra sigue siendo la tierra. Dentro de unos años, pensé, tendremos sólo una vaga impresión de que Él vivió, murió y resucitó. Un Dios en las alturas está siempre presente. Pero un Dios que ha sufrido y ha muerto debe resucitar cada día para acordarnos de Él.

Para ellos, pensé, todo lo ocurrido ha sido tan extraordinario que su recuerdo les bastaría hasta la muerte. Lo contarán a sus hijos y a sus nietos. Pero, si no ocurre nada más, su doctrina se convertirá en una leyenda. Aun los más poderosos reinos pasan, reinos de fuerza y gloria. ¿Por qué habría de ser más duradero un reino nacido del amor?

A menudo la miraba a Ella. Era el único consuelo, la única esperanza. Ellos recordaban el pasado, se enternecían sobre lo que había sido. Estaban de nuevo en Galilea. Ella ahora no se refería

nunca al pasado. Rezaba para el futuro. Yo la miraba. Ella, sintiendo mi mirada, alzaba los ojos y me sonreía. Me parecía que comprendía mi fatiga, pero con esta sonrisa me animaba a hacer un poco de esfuerzo aún. Volvía a la oración. Me repetía con insistencia: «Señor, envíanos lo que nos prometiste enviar. Envíalo pronto... Hemos podido esperar tu llegada durante siglos enteros. La espera de un desconocido no se hace larga. Pero después de habernos dejado oír tu voz ya no es posible seguir esperando. Ha pasado el noveno día y no ha ocurrido nada. ¡Nueve días! ¿Comprendes lo que son tantos días? Para ti, mil años son como un día. Pero, para nosotros, un día a menudo dura más que mil años.»

Llegó el anochecer y comenzó la fiesta. Toda la ciudad se volcó en las calles. La masa de peregrinos que de día buscaba la sombra, salía ahora de las casas y de los porches. Cortejos con antorchas se dirigían al Templo. De todas partes llegaban gritos, estallaban risas y los cantos se elevaban al cielo como si hasta los muros cantasen.

Comimos la cena y volvimos a lo oración. Fue Ella quien nos llamó. Nos exigió más que ningún otro día. El sueño nos cerraba los párpados, pero tratábamos de vencerlo a toda costa. Recitábamos los salmos a coro. Repetíamos una y otra vez la oración que Él mismo nos había enseñado: «Venga a nosotros tu reino...» Este reino hubiera tenido que venir junto con el Consolador. Le noche pasaba sobre nuestras cabezas, pesada como aquella noche de Pascua. Fue una noche de lucha. Forcejeamos, pensé, como Jacob con el ángel y como Él cuando solo, en el fondo del huerto, forcejeaba con el Padre. Pero nosotros éramos solamente hombres. Incluso Ella, la madre de Dios, era una persona humana. Resistíamos solos... Pero, ¿era verdad que estábamos solos? En la estancia éramos unas cuantas personas, rezando fervientemente, pero nuestra pobre oración, que en algunos momentos se convertía en un soñoliento susurro, parecía reforzada por millares de voces, como si a nuestro lado muchas más estuvieran rezando. A pesar de esto, ningún día habíamos rezado tan mal, Recitábamos los salmos con el resto de nuestras fuerzas y de nuestra atención. A cada momento alguno de nosotros, balanceándose y a punto de caer, se quedaba dormido. Las rodillas quemaban. Cada partícula de polvo se clavaba en ellas a modo de un punzón. La noche parecía interminable. Me rebelaba en mi interior y me preguntaba: ¿tendremos que rezar así hasta la mañana? Con impaciencia, casi con enojo la miraba. Pero Ella comenzaba un salmo después de otro. Viendo nuestros rostros pálidos por el esfuerzo, nos

animaba con una sonrisa «Aún más, hijos, un poco más aún. Perseverad...»

Volvíamos a nuestro balbuceo, nos lanzábamos en la oración como en un río cuya orilla todavía está lejos. Después de un esfuerzo así ya no queda en el hombre nada, como si se lo hubiera arrancado todo, como si hubiese perdido toda la sangre. La luz de las lámparas disminuía. Su resplandor se extinguía sustituido por la claridad del día. Las tinieblas cedían. Por fin el primer rayo de sol cayó sobre la pared. Era débil, rosado, suave, pero aumentaba en potencia a cada momento como una planta que se aferra a un pedazo húmedo de tierra. Aumentaba en potencia, en claridad, en destellos dorados. Seguíamos orando. La pared de enfrente parecía estar ardiendo. Estaba como incandescente y hería los ojos con sus oleadas de resplandor. Nos escocían los párpados. Mis fuerzas se estaban agotando. Dejé caer una mano y me apoyé en el suelo con la punta de los dedos. Me parecía que mis rodillas eran una sola herida; como si me hubieran cortado los pies y tuviera que apoyarme en dos sangrientos muñones.

De pronto, Miriam se irguió, alzó la cabeza y abrió los brazos. Ahora parecía el sumo sacerdote en el momento en que ofrece la víctima y espera el fuego que caerá desde arriba para consumir la ofrenda. Decía algo en voz baja. Interrumpimos las oraciones. La mirábamos como hechizados. Entonces...

Algo se desplomó entre nosotros. Algo cayó desde arriba como una invisible masa de fuego y poder... Seguramente conocerás esta sensación: cuando se avecina un huracán, nos parece que alguien como un gigante invisible ha entrado en nuestro círculo; primero se queda allí, impaciente, y luego comienza a debatirse, a golpear ciegamente, a dar coces, a pegar. No se trata de alguien bueno; es un ser maligno que descarga en nosotros su ira, un loco capaz de pisotearnos para satisfacer su furia...

Pero el gigante al que ahora sentíamos llegar no venía airado. Cayó sobre nosotros como un cálido torbellino, mas contuvo su fuerza para no quemamos. Era alguien misericordioso que tenía presente nuestra debilidad. Entró en la estancia a modo de un gran pájaro cuyas alas rozan los rostros y producen un inquietante rumor, pero cuyo vuelo es tranquilo y seguro. Volaba sobre nosotros describiendo invisibles círculos, cada vez más bajo, más bajo, hasta que se posó sobre nuestras cabezas. Hubiera podido aplastarnos, lo sentíamos claramente, pero no lo hizo. Sólo nos tocaba ligeramente con un

contacto amoroso. Unas lenguas de fuego cruzaban el aire, se detenían sobre nuestras frentes y penetraban en nuestra mente. Lo que estaba ocurriendo afuera se vertía en nuestro interior. Tragábamos el viento y él llegaba hasta nuestros corazones y nuestros cerebros quemándonos la boca como el carbón los labios de Isaías. Nos aniquilaba, pero de un modo que nos hacía desear este aniquilamiento. Éramos como una mujer dispuesta a morir en brazos del amante. De pronto nos dimos cuenta de que todos estábamos gritando. Así debe de gritar el niño cuando abandona el seno materno. El poder que se había posado sobre nosotros, a pesar de su bondad, nos estaba destrozando. Si hubiera durado mucho, habríamos dejado de existir. Su beso bastaba para obligar el hombre a salirse de los lazos de su propia voluntad. Un poco más y hubiéramos sido convertidos en llamas y cruzado el espacio como flores separadas de sus tallos. Pero aquel tremendo soplo se desvanecía ya. Nos tocó como una caricia capaz de convertir un trozo de arcilla en un cuerpo palpitante de vida y se fue desvaneciendo. Del poder que nos había traspasado quedó algo en nosotros. Cuando nos levantamos, gritando aún, teníamos los mismos cuerpos de antes, necesitados de comida y bebida, y las rodillas deshechas, pero nuestra miseria era como la jaula de una llama capaz de quemar la tierra entera. Nuestro equilibrio interno desapareció no sé cómo. Sentíamos la necesidad de gritar porque había en nosotros más de lo que podíamos encerrar en nuestro cuerpo. Estábamos de pie, en semicírculo, como antes habíamos estado de rodillas, impacientes, dispuestos a marcharnos en seguida. Nuestra voluntad se estaba quemando como una pira rociada de aceite. No supimos ver al punto que lo que había aparecido en nosotros era nuestro propio ser, sólo que, de pronto, sorprendentemente maduro. ¡Escucha, Justo: comprendí lo que significa volver a nacer! Él tenía razón: no es necesario volverse niño. Volver a nacer significa nacer en el acto, ya en toda la plenitud de nuestras posibilidades. Nosotros, las personas, traemos al mundo criaturas que en su día podrán llegar a ser algo. Dios crea al acto gigantes que arrancan las puertas de una ciudad y derrotan al ejército enemigo con una quijada de asno. ¡Oh, Justo, cuántas cuestiones se me hicieron claras de improviso! También supe qué estaba gritando. Gritaba la sabiduría del mundo y ellos, a mi lado, hacían lo mismo. Pero no creas que de pronto me haya vuelto muy sabio y que te haya superado en conocimiento a ti, mi maestro. ¡No, no! Yo sólo sé lo que necesito saber. El camino a seguir se me aparece recto y bien trazado. Sé dónde he de ir y qué he de hacer. Lo sé todo y poseo los

medios necesarios para hacerlo. ¡Ay de mí, si no los empleara! ¡Pero iré...! ¡Iré! ¿Es que podría quedarme? Ninguno de nosotros podría quedarse ahora...

Salimos de la casa corriendo. Vimos una aglomeración de gente. Había allí mercaderes locales, peregrinos y forasteros de lejanas tierras, Al vernos soltaron todos una carcajada. Debíamos de presentar un aspecto divertido: un grupito de personas con fiebre en la mirada, gritos en los labios y agitando los brazos. Sin dejar de reír, los otros se preguntaban quiénes éramos y por qué causa habíamos perdido el juicio. Resonaban a nuestro alrededor desconocidas lenguas y dialectos. De pronto me di cuenta de que comprendía alguno de ellos. Como si al momento hubiera descubierto de un modo totalmente incomprensible el secreto de la lengua que iba a emplear. Y esto me había ocurrido no sólo a mí. Cada uno de nosotros recibió el conocimiento de la lengua hablada por las personas que nos habían sido confiadas. No sólo les entendíamos, sino que podíamos hablarles en su propia lengua. Nos quedamos turbados por el poder recibido y, al mismo tiempo, paralizados por la orden que se encerraba en aquel don. Ahora ya no había elección posible. ¡Cuántas veces intentamos esquivar una obligación declarando: «no sé cómo decirlo...»! Pero ahora no podíamos librarnos de nada. Sí, Justo, un momento así lo vivimos una sola vez en la vida. Hoy ya sé que el poder que cayó sobre nosotros aquel día tiene también sus límites. Podemos huir de él, podemos... Sólo que la flecha corre muy veloz y una vez ha dado en el blanco se queda en él para siempre. El más ágil desertor tiene que llevársela clavada en el costado...

Nos quedamos frente a frente la multitud regocijada y varios de nosotros, temblorosos pero fortificados. Me conozco, Justo: soy cobarde. No dejé de tener miedo ni presentimientos. Pero la orden había llegado y era más fuerte que mi temor. Ahora comprendí: aquello era su cruz... Antes no hubiera tenido fuerzas para llevarla. Él sabía cuándo podía dármela. El invisible pájaro de fuego que Él nos mandó dejó en nuestros corazones algo de su amor, de este amor que ha transformado las leyes del mundo. El hombre ha de sentir miedo. Pero el amor desaloja el miedo lo mismo que un rayo de sol desaloja el frío de la noche sombría en los ángulos de las murallas.

— ¡Eh, vosotros, los borrachos! — gritó alguien entre la multitud —. ¿Qué son esos gritos? ¿Por qué turbáis la paz del día santo?

— ¡El vino joven se les ha subido a la cabeza!

— ¡Callad!

Era yo el que debía haberse adelantado. Las vestiduras de fariseo les hubieran impuesto respeto. Pero yo dudaba... ¡Ya lo comprendí y aún oponía resistencia! Ahora lo sé: aquello que Él escribió un día sobre el polvo estaba dirigido a mí: « ¿Por qué no te vas? » Es a mí a quien llamó: «Tierra estéril y dura». De pronto vi que Simón se abría paso hasta la primera fila. Su ancho rostro estaba colorado como si efectivamente estuviera borracho. Con sus grandes manos, que parecían remos, apartaba a los compañeros. Pensé: « ¿Qué sabrá decir este *amhaares*?» Al fin se colocó delante de todos. Se quedó allí alto y ancho de espaldas, bien apoyado en las dos piernas abiertas, con los brazos caídos como si estirase de una red llena de peces. Cuando comenzó a hablar, su potente voz dominó en seguida el vocerío. Más de una vez le había oído lanzar algunas bruscas palabras, para enmudecer luego como un chiquillo al que han regañado por hablar demasiado. Ahora comenzó lentamente, con gravedad, dominando su impulsividad.

— ¿Decís que estamos bebidos? No es verdad. Además, nadie bebe a una hora tan temprana. Pero no creáis que aquí no haya ocurrido nada. Al contrario, ha llegado lo que predijo Joel, el profeta del Señor, cuando dijo que vendría un día «en que el Altísimo enviaría a su Espíritu sobre cada hombre...»

Yo seguía pensando: tenía que hablar yo. Me cruzaban por la mente esbozos de *hagadás*. Pero al mismo tiempo no podía sustraerme al poder de las palabras de Simón. ¿Cómo es posible que este galileo, este pescador de Betsaida sepa hablar así? Sus palabras eran sencillas, pero llegaban hasta la misma esencia de la cuestión. Y a la vez admiraban por su valor. Decía:

—Supongo que no habéis olvidado a Jesús de Nazaret, que hace tan poco vivía aún entre vosotros, hacía señales y milagros, curaba a los enfermos, resucitaba a los muertos y escuchaba vuestros ruegos. Habéis condenado a muerte a este Jesús y los paganos le clavaron en cruz. Ha muerto. Pero la muerte no ha podido dominarle. El rey David murió y fue enterrado aquí, en Sión. Pero Jesús murió y resucitó y somos testigos de esto.

Nos señaló a nosotros y a sí mismo. Este hombre, que hace tan poco tiempo, en el patio de la casa de Caifás, gritaba entre gestos de terror « ¡No le conozco! »; este hombre, que no se atrevió a acercarse a la cruz y no acudió para ayudarnos a depositar el cuerpo en el se-

pulcro, decía ahora con indomable fuerza: «nosotros». Comprendí que, a pesar de todo lo que había recibido, yo no habría sabido hablar así. En Simón la confianza, se enciende rápida como un rayo. ¡Cómo sabe amar! Me parecía estar descubriendo de nuevo a este hombre. Si en el reino del Maestro el amor lo es todo, tuvo razón al hacerlo el primero en su Iglesia. ¡Con qué arcilla tan endeble se puede moldear un recipiente del Señor!

La gente que se hallaba frente a nosotros ya no se reía. Se quedó en silencio, anonadada, asombrada por las palabras oídas. En muchos rostros se pintó el miedo y la pena. Incluso la desesperación. De pronto alguien exclamó

— ¡No fuimos nosotros los que le matamos! ¡Fueron los romanos!

— ¡No fuimos nosotros los que le sentenciamos! —gritó otra voz —. ¡Fueron los sacerdotes y los fariseos! Nosotros somos una pobre gente...

—Ya que dices que ha resucitado y está en el Cielo, ¿cómo podemos pedirle que nos perdone?

— ¿Qué debemos hacer? — exclamaban por todas partes —. ¿Qué podemos hacer? Él era bueno, caritativo... Estaba siempre de nuestra parte y no de parte de los que nos roban... No queríamos matarle...

Simón se acercó a ellos. Abrió los brazos con el mismo ademán con que el Maestro atraía hacia sí a las multitudes y dijo:

—No neguéis vuestra culpa. Pero tampoco perdáis la confianza. Él ha venido para vosotros, para vosotros sufrió y murió, para vuestros hijos y para los que vendrán después. Yo no soy mejor que vosotros, porque lo negué. Pero Él me lo ha perdonado todo. Él sólo quiere que le amemos... Amadle, pues, y cambiad vuestras vidas. Haced penitencia. Convertíos en piedras vivas de la casa del Señor. Amadle a Él y amaos los unos a los otros. Que ningún mal aparezca entre vosotros. Recordad que habéis sido redimidos no con oro y plata, sino con la sangre del Mesías, del cordero purísimo. Bautizaos en nombre suyo. Que resbale sobre vosotros el agua y os limpie como limpió la tierra durante el diluvio. Entonces también bajará sobre vosotros el Espíritu consolador. Llegará como un viento que sopla de generación en generación, como una lluvia que cae sobre la tierra estéril, pero sedienta, como un perseguidor incansable en una implacable persecución, como un juez siempre benévolo, como un mendigo que

espera a las puertas de la casa, como un enfermo siempre deseoso de más consuelo...

Hablaba y ellos se acercaban llevando su miseria sobre las palmas extendidas de sus manos. Pedían —Bautízame... A mí también... Y a mí. Bautízanos en el nombre de Jesús de Nazaret...

Cogí a Simón por el brazo.

— ¿Ves, Pedro? — comencé... Quería decirle lo que de pronto se me había hecho evidente —. Siento tanto... Siempre me había parecido ser mejor que cualquiera de vosotros... En su nombre...

Me interrumpió, impaciente.

— ¡No hay de qué hablar, Nicodemo! Recuerda que yo le negué... Pero tampoco hay tiempo para volver a esto ahora. ¿Ves? — Describió un círculo con la mano señalando a la gente que se acercaba, sumisa —. Este fuego lo ha quemado todo —. No sabiendo si yo le había entendido, apoyó su enorme mano en mi hombro y se inclinó sobre mí —. Cuando Él me preguntó si le amaba, le dije: «Tú lo sabes todo...» Él sabe cuánto amor hay encerrado en los corazones humanos. Él quiere tenerlo. Y nosotros debemos recogerlo... Aprisa, Nicodemo, pongámonos a trabajar para que cuando Él vuelva no nos encuentre ociosos...

CARTA XXV

Querido Justo:

Mi carta te sorprenderá. Hace tiempo que no te había escrito. Quizás has comenzado a pensar que no volvería a hacerlo ya más, que te había olvidado o que me había muerto... Estoy vivo y te recuerdo, querido maestro. Incluso pienso en ti quizá más que antes, pero de veras me es difícil escribir ahora, y siento que cada día me lo será más. ¡Quién sabe si esta carta que te mando ahora no será la última...!

No me obligues a explicarte cosas que nacen en nosotros como una orden. Te dije en otra ocasión que me ha sido designada la tarea y me han sido entregados los medios. Aún esperaba un signo. No quería emprender nada por mi propia voluntad. Ahora el signo también ha llegado. A partir de este momento ya nada puede detenerme. Me marcho... ¿Te preguntas adónde? Pues no lo sé. Iré hacia donde Él me envíe, donde haya personas que me necesiten...

No soy yo sólo. Nos dispersamos todos. El día del Señor puede llegar a cada momento. Pedro lo cree así. Nos reunió a todos y nos dijo:

—Id adonde os guíe el espíritu del Señor. Aquí, en la tierra de Israel, me quedo yo con Santiago, el hermano del Señor, y Santiago, el hijo del Zebedeo. Pero los demás marchad y pronto, porque quizá tengáis ante vosotros más camino que tiempo. Marchad... Que Jesús, nuestro Señor, quede con vosotros...

Cuando Pedro manda, le obedecemos sumisos. Nos arremangamos las *cuttonas* para el viaje, cogimos las varas de peregrinos y, los que como yo no habíamos sido escogidos por el mismo Maestro, nos arrodillamos para recibir la bendición de manos de Pedro. Él lo hace así y así nos lo ha mandado hacer con los demás, para que el don de predicar vaya a cada uno por nuestra mediación, de los que han sido los primeros testigos del Señor.

A ti, que me conoces desde hace tiempo, Justo, debe de extrañarte que, siendo fariseo, me arrodille ante unos *amhaares* de Galilea y reciba su bendición como un preciado tesoro. ¡Pero tantas cosas han cambiado! No sé si sabré describírtelo todo. Estos últimos años han pasado rápidos como el agua del Jordán. En mi última carta te hablaba de la venida del Consolador y de las elocuentes palabras de Pedro. ¿Ves? Ya ha quedado así: Pedro siempre habla ahora el primero y nosotros lo aceptamos todo con humildad. Aunque él no ha cambiado. Sigue siendo el mismo... Continúa empleando la lengua de la gente inculta, tiene las manos grandes y toscas como antes y en más de una ocasión obra demasiado de prisa y luego tiene que retroceder. A veces vacila, no sabe qué hacer, pero nunca en presencia del peligro. Ante el Sanedrín y el Gran Consejo ha mostrado un valor digno de los Macabeos. Cuando le encarcelaron junto con Juan, después de haber curado a un mendigo de la puerta Hermosa, dijo a sus jueces: « ¿Nos juzgáis por haber devuelto la salud a un desgraciado que durante años enteros ha pedido ayuda en vano? Sabed que le hemos curado, no con propios medios, pues no somos más que unos pescadores y sólo sabemos echar y recoger las redes, sino en nombre de Jesús, el que vosotros habéis crucificado. Habéis querido matarle, pero Él ha resucitado y sigue haciendo el bien...»

Pedro se he convertido ahora en esta clase de hombre. A veces tiembla cuando vienen a preguntarle cómo hay que rezar, a quién se puede bautizar o cómo debe efectuarse la partición del pan, y entonces, antes de contestar, reza, consulta y sufre como una mujer en su primer parto. Cuando más tiembla es cuando ha de juzgar una disputa entre hermanos... Pero, frente al peligro, no tiembla nunca. Volvieron a encarcelarle junto con otros. Los sacerdotes se enteraron de que las multitudes los siguen como seguían antes al Maestro y les llevan a sus enfermos: él los cura y libra de los malos espíritus. El Maestro decía: «veréis milagros aún mayores», y así ha ocurrido: la sola sombra de Pedro cura a la gente... Por esto llegó la guardia y le encarceló en compañía de unos cuantos de los mayores. Pero de noche vino un ángel y los libró. Les dijo: «seguid hablando». Por lo que ellos, en cuanto amaneció, volvieron bajo el pórtico de Salomón y continuaron hablando de Jesús. El sumo sacerdote los llamó, pero esta vez no a la fuerza, porque temía a las multitudes, sino pidiéndoles que fueran a verle. Se presentaron ante él sin miedo alguno.

— ¿Por qué habláis sin cesar de vuestro Jesús? — les preguntó —. Nos acusáis de haber vertido su sangre. Ya una vez os prohibimos hablar de él.

En el rostro de Pedro no se movió ni uno solo músculo. Miraba obstinadamente a Ananías (ahora el hijo del viejo Ananías es sumo sacerdote). Dijo:

—Hay que escuchar más al Altísimo que a los hombres.

El sumo sacerdote, los sacerdotes y los doctores le miraban con odio. Cuando se pusieron de acuerdo sobre la condena del profeta galileo, ¿podían suponer que esta condena no les permitiría volver ya más a sus viejas disputas sin importancia, sino que los mantendría siempre unidos como aliados? Pedro siguió hablando con su profunda voz, que retumba como las olas en el lago de Genezaret cuando comienza la tormenta en el mar Grande

—El Altísimo ha resucitado a Jesús, a quien vosotros habéis dado muerte, y le ha permitido ser salvador de Israel. Nosotros seremos testigos de esto en el mundo entero, tanto si vosotros os oponéis como si pensáis secundarnos...

El tribunal le condenó a ser azotado: volvieron ensangrentados, pero llenos de alegría. Y de nuevo hablan de Jesús en el atrio del Templo o en las casas. Kefas es el que más habla. Se ha convertido realmente en una roca. No te sorprenda que me arrodille ante él y que mi corazón lata con más fuerza cuando toca con su mano mi frente, mis labios y mi pecho. Me avergüenzo de haberle mirado antes con desprecio. Es verdad que ha cambiado mucho. Pero a menudo, aún ahora, no pienso igual que él. A veces, incluso no puedo estar de acuerdo con sus ideas. Como en otros tiempos, querría decir: o él o yo... Pero cuando habla y siento reflejarse en sus palabras un amor ardiente como ninguno de los demás poseemos, me callo. Y recuerdo lo que dijo el Maestro a orillas del mar, en Galilea «Apacienta mis ovejas...»

He dejado de ser fariseo. Me han proclamado mínimo. Han lanzado sobre mí la maldición. Ya no pertenezco al Sanedrín. No puedo entrar en el atrio de los fieles ni en la sinagoga. Es muy doloroso... ¡pero bien había de pagar con algo esta dicha inigualable!

Ya no poseo riquezas. He vendido las casas, los campos, las tiendas y los rebaños. He entregado el dinero a los apóstoles y ellos lo han hecho repartir entre los necesitados por la gente encargada de hacerlo. Así hacen ahora todos nuestros hermanos. Nadie quiere

guardar nada para sí. Todo es propiedad del Señor y nosotros no somos sino los administradores a quienes llegará el día de presentar las cuentas hasta el último *as*.

Sólo dejé de vender una cosa: la casa en la que El cenó la noche de su prendimiento y en la que vino sobre nosotros el Consolador. Se la di a Ella y allí se quedó a vivir...

Pero Ella tampoco está ya... Con su partida se ha borrado la última huella terrena de su Hijo. Santiago. José, Judas, Simón, los hermanos del Maestro, son sólo unas sombras desvaídas. Ella, en cambio, era totalmente como Él; su rostro, sus movimientos eran los de Él... El hijo hereda de sus padres las facciones y el modo de comportarse. Todo lo que había en Él de humano lo tenía de Ella... ¿O acaso fue al revés? ¿Acaso Él, que existía ya en la eternidad, al entrar en Ella como niño, grabó sobre su frente, sus ojos y sus labios la bondad, la sonrisa y los pensamientos propios?

En vida de Jesús fue silenciosa. Pero después de su partida comenzó a hablar, y tuvo que hacerlo muchas veces porque la gente quería oír cosas de Él, y para esto venía desde lejanas tierras, de Antioquía, de Tarso, de Alejandría. Les hablaba y en sus narraciones había siempre palabras y actos de Él. Ella parecía no existir. Era como un árbol bajo cuya sombra se hubiera formado una leyenda. Sólo en dos ocasiones (lo contó con una sonrisa en los labios, como la del padre que confiesa al hijo sus flaquezas) la rama del árbol se dobló muy abajo para entrelazarse con la historia que se estaba creando. La primera vez habló de cuando Él, siendo niño aún, se perdió en la ciudad santa, mientras Ella y José volvían a casa despreocupados. Ella luego desanduvo el camino, corriendo, con los cabellos enmarañados, que se le escapaban por debajo del pañuelo, con el pecho agitado, los labios temblorosos... La tímida jovencita galilea llamaba osadamente a las puertas de casas desconocidas, pasaba cien veces por la misma calle. Quería gritar de miedo. No entendía muchas cosas, pero su corazón le decía que este Hijo nacido sin varón era la riqueza del mundo y no podía perderlo mientras se encontrara aún entre sus manos. No tenía miedo por sí misma, aunque entonces se sentía culpable de un delito mayor que el de los asesinos y los ladrones sacrílegos. «Que todo recaiga sobre mí — repetía una y mil veces —, pero ellos, Señor, son inocentes...» Subía aprisa, jadeante, por la ladera del Miroah, atravesaba los pórticos dando empujones a la gente y obligando a los fariseos, siempre temerosos de un contacto impuro, a cederle rápidamente el paso... Y

cuando le encontró hizo algo, que aun ahora, después de tantos años, parece dolerle: le regañó por estar sentado tranquilamente en un círculo de *soferim* mientras ella recorría la ciudad loca de miedo y desesperación. Pero Él seguía narrando con la misma sonrisa, dijo: « ¿Y qué que me hayas estado buscando? » A Ella no le disgustó que Él le hablase así. Pero sintió dolor al pensar que había tenido que hacerlo: había sido menester recordarle que, frente a los designios divinos, el miedo y la pena no son nada, y que a un Dios no se le pierde por distracción...

—En otra ocasión...

Hablaba en voz baja, suave: los que íbamos a escucharla casi conteníamos la respiración para no perder ni una palabra.

—Ocurrió al principio, a poco de haber comenzado a predicar. Hablaba entonces en Cafarnaúm, en casa de cierto hombre piadoso. Un gran gentío se agolpaba en el interior, queriendo escuchar sus palabras. Acudieron doctores, conocedores de las Escrituras, fariseos, y todos exclamaban, indignados, que su doctrina procedía del demonio. Él les contestaba con severidad y firmeza. Yo no estaba allí, pero unas mujeres y los hijos de Alfeo vinieron a decirme que Jesús se había dejado arrastrar por las palabras y que si no le interrumpíamos, los doctores le acusarían ante el tetrarca, el cual le encerraría en la cárcel como a Juan. « ¿Se habrá vuelto loco? » Sentí un gran temor. Dejé de pensar. Sólo resonaban en mis oídos estas palabras: le prenderán, le encerrarán en Maqueronte, le prenderán. Corrí con los otros. No era posible entrar en la casa: la gente la había rodeado por completo, colgándose de las ventanas y puertas y subiéndose a la azotea. Pedí sólo que le dijeran: «Estamos ante la casa y queremos que no hables más. Sal a nuestro encuentro...» No comprendí, seguía sin comprender... Por encima de los hombros de la gente me llegó la expresión que había oído durante tantos años y cuyas palabras habían quedado encerradas en mí para volver a renacer... Preguntó como entonces en el Templo: « ¿Y qué que mi madre y mis hermanos hayan venido? Vosotros sois mi madre y mis hermanos. Todo el que cumple la voluntad de mi Padre es mi hermano y mi madre...» Al instante me traspasó un gran dolor, el mismo que sintió Él al tener que decirme esto... Sentía siempre cada sufrimiento suyo, incluso cuando no lo comprendía. Pero entonces... Él siguió hablando, rechazando las acusaciones de los *soferims* « ¿Así, según vosotros, el demonio expulsa al demonio?» Y de nuevo dijo a los que antes había llamado su madre y sus hermanos: ¿Habéis

oído lo que me han dicho? ¡Me han llamado Satanás! El discípulo nunca es más que su maestro. Puesto que me han llamado Satanás, ¿cómo os llamarán a vosotros, que sois familia mía? Pero no temas, pequeña grey...» Yo lloraba al escuchar sus palabras. No porque Él hubiera llamado madre a otras personas, sino porque de nuevo había olvidado, hijos míos, que no se podía temer por Él...

Durante estas explicaciones, Ella seguía escondida a la sombra de Él, pero al mismo tiempo parecía vivir una vida propia. Junto a su Hijo apenas si era posible verla. Ahora, en cambio, crecía en silencio, imperceptiblemente. Cuando Pedro le pidió que hablara a la gente que acudía para ser bautizada, se negó a hacerlo, diciendo: «Esto es asunto vuestro. Para esto no necesitáis ayuda. Habéis recibido bastante. Pero cuando os falten las fuerzas, cuando estropeéis su obra y os lamentéis de haberlo hecho, entonces yo hablaré...»

Llegó una noche así. Estábamos sentados junto a Ella cuatro de nosotros: Pedro, Juan, Lucas (ese médico de Antioquía a quien me mandaste para que curara a Rut) y yo. Era una noche de primavera. Los pájaros cantaban a pleno pulmón en las ramas de los tamarindos y por la ventana de la habitación entraba un embriagante perfume de flores. La mesa en la que aquella noche se había verificado la Transubstanciación estaba junto a la pared. Ella se hallaba sentada en el centro de la estancia, bajo la lamparita que colgaba del techo, a cuyo alrededor revoloteaban un enjambre de mariposas nocturnas. Nosotros estábamos enfrente de Ella, en el suelo.

Aquella noche había desaparecido su placidez habitual. Había pasado la mañana orando en la soledad y luego, por la tarde, en compañía de varias viudas, estuvo repartiendo pan entre los necesitados y sirviendo a los enfermos. Esta Mujer, que hubiera podido llevar una vida ociosa, rodeada por el respeto de todos nosotros, no dejó de trabajar ni un solo momento. Hacía incluso más que cualquiera de las hermanas. ¿Acaso no podía olvidar las palabras: «mi madre y mis hermanas son los que cumplen la voluntad de mi Padre»? No había mujer más trabajadora, más sacrificada ni más esperada que Ella. No sólo daba, sino que lo daba de tal modo que la gente se alegraba de poder recibir de sus manos... Con su propio ejemplo enseñaba cómo hay que dar. Esteban, el que mataron, era discípulo suyo en esto. Quizá por ello cuando le estaban destrozando la cabeza en el valle del Cedrón, veía el Cielo abierto y a Jesús a la diestra de Dios.

Después de una dura jornada de trabajo, casi siempre estaba cansada. Sentada en silencio, para dormitar. Pero ya te he dicho antes que aquella noche parecía animada como nunca. Sus negros ojos ardían en el delgado rostro moreno como dos estrellas en el fondo de un pozo. Era una mujer madura que había sufrido muchos dolores, miserias y penalidades, pero no lo demostraba. No había cambiado nada desde el día en que la vi por primera vez a la puerta de mi casa. Entonces su presencia me ayudó a vencer el dolor por Rut... Los que la conocen desde hace tiempo dicen que no ha cambiado nada desde el nacimiento de su Hijo... Como si a partir de aquel día las leyes del tiempo hubieran dejado de tener influencia sobre Ella. Aquella noche estaba tal como desearíamos ver a una persona que no tardará en irse para mucho tiempo...

El vacilante resplandor de la lámpara ponía sombras sobre su cara y sus manos. De pronto dijo:

—Hijo, míos, aunque yo no esté, no me aparto de vosotros...

Levantamos rápidamente la cabeza. Sentí que el corazón se me paralizaba. Hay palabras que sólo los que se van saben pronunciarlas. Dicen que también Rut dijo la noche de su muerte: «Yo me marcho; vosotros os quedaréis...»

—No temáis — siguió diciendo con seguridad —. No estaré más lejos de vosotros, sino cada vez más cerca. Cada día, cada hora, entraré más en vuestras vidas... Seré vuestra...

No comprendíamos sus palabras, pero a los cuatro nos pareció que estaba diciendo algo enormemente importante que quizá quedaría incomprendido durante años enteros para encenderse de pronto en una llamarada de sol o caer en una lluvia de flores. Seguíamos sentados con los ojos fijos en Ella. Al otro lado de la ventana las rosas de Sarón dejaron de despedir perfume. Se produjo un profundo silencio en el que cada sonido estallaba a modo de trueno, como cuando el pájaro invisible iba a venir sobre nosotros. De nuevo, llenos de tensión, esperábamos algo, pero no sabíamos qué. Ella prosiguió con su suave voz, que resonaba como un canto lejano:

—De mi nació, para los que esperaban, la esperanza; de mí volverá a nacer la caridad... Sostendré la mano que se tenderá sobre vuestras cabezas... Podéis esperarlo todo de mí... Podéis pedirlo todo... Soy la escalera que nuestro padre Jacob vio en sueños, con ángeles que suben y bajan volando...

Aún flotaba en el aire su voz llena de dulzura cuando, súbitamente, se produjo un fenómeno inexplicable: instantáneo como el sueño. Nunca sabremos cómo ocurrió. Fue un momento corto como una caída de párpados. De pronto, Ella, su rostro, su figura entera parecieron ser ÉI. En el vibrante encaje de luz y sombras apareció ÉI y la cubrió con su presencia. Le vimos sentado en el banco, el mismo en el que un día, levantándose, partió el pan y lo convirtió en su Cuerpo. Sus manos blancas y agujereadas, descansaban sobre las rodillas. Y de nuevo fue como si un pájaro hubiera caído sobre la penumbra de aquella noche primaveral. Al levantarse ya no estaba allí ni ÉI ni ella. Nos pusimos de pie de un salto. Los pájaros estallaron en sonoros cantos; parecía «como si hubieran guardado silencio durante aquellos momentos de su partida. Volvió a sentirse el perfume de las rosas, pero más fuerte aún, como si las flores crecieran allí mismo, en el interior de la estancia. Ella desapareció, aunque momentos antes era aún un ser viviente. Sus palabras seguían vivas, pero ya comenzaban a fundirse con el silencio. Como las de los que se han ido allí y cada vez son menos un sonido, una frase, para convertirse sólo en contenido. Sobre el banco quedó su manto; parecía la *simlah* de Elías, caído del carro de fuego. Nos inclinamos ante él con veneración. De él procedía aquel perfume de rosas. Un ramillete de blancos capullos apenas abiertos cayó al suelo.

— ¿Dónde está? — pregunté, aturdido, inseguro de mi propia voz, que parecía resonar como un chirrido—. ¿Dónde esta? ¿Qué ha sido de Ella?

Juan contestó:

— ¿No lo sabes? El se la ha llevado...

Entonces recordé lo que la gente decía sobre Juan y la promesa que él había recibido.

— ¿ÉI vendrá también por ti de igual modo? — dije. Movió la cabeza:

—Muchas veces os lo he dicho: El nunca dijo que yo no moriría. Pero entonces, durante la Pascua, sentí su corazón... Es un gran secreto... Ella era su corazón... Ella estaba en El, y por esto no podía morir...

De modo que no ha muerto, Justo. Se ha marchado en alma y cuerpo... Ya no nos ligarán a Jerusalén con su presencia. Ahora podremos dispersarnos por el mundo como semillas que el viento hubiera arrasado de una hermosa planta. Ya no hay sitio en el que

pudiéramos volver a echar raíces. Somos una semilla eterna y alada antes de que nos convirtamos en árbol. Tal como El lo ha prometido...

Me marcho... Mi camino pasa por Antioquía, de modo que una parte la recorreré en compañía de Lucas. Al principio no podía soportar su presencia. Había hecho resucitar en mí los recuerdos de mi lucha por la vida de Rut. Pero esto pertenece ya al pasado. Rut está con El. ¿Puedo aún seguir desesperando? Aunque no lo veo, aunque no lo siento, lo creo, y la fe, con todo y ser más dolorosa que el ver y el sentir, es más fuerte...

Lucas me confesó en secreto que deseaba pintar el rostro de Ella. Me indigné y le dije que la Ley prohíbe la reproducción de figuras humanas. Aunque Lucas sea griego, desde el momento en que se ha unido a nosotros, ha de cumplir con las sagradas leyes del Antiguo Testamento. Entonces me dijo que tenía otra idea: recogerá todo la que ha oído sobre el Maestro y escribirá una narración, algo así como un *hagadá*...

Era yo quien tenía que escribirla, ¿recuerdas? Pero quizá Lucas lo haga mejor... Además, no se si El quería realmente que yo escribiera sobre ÉI. Mis *hagadás* sirvieron demasiado tiempo a mi propia gloria. Ahora querría que ya no hubiera nada para mí, sino todo para ÉI, que todo sea como ÉI lo desee... Iré adonde me mande ir, moriré cuando me mande morir. El anduvo, sufrió y murió por mí. ¿Qué valor tendría mi *hagadá*? ¿A quién lograría mostrarle tal como era ÉI en realidad? No le hemos encontrado para los demás. Cada uno debe encontrarle por sí mismo, como yo le encontré entonces en el camino de Emaús... ¿Acaso también Judas le encontró cuando se arrancó el dinero del corazón y lo arrojó sobre el empedrado del Templo? Judas... ¿Le hubiera traicionado si yo, a tiempo, hubiese compartido con el mis riquezas? Cada uno de nosotros le encontrará, indudablemente, un día, pero también cada uno de nosotros puede dificultarle este encuentro a otro...

¡Que Lucas escriba! Cuando El quiera tener su *hagadá*, le bastará con hacer un signo al primer llegado. Para mí, escribir sobre ÉI, ¡qué felicidad! Sería un don de su parte. Pero yo, así y todo, soy deudor suyo. ¿Qué puedo darle a cambio de todo el amor que me ha demostrado?